



PONTIFICIA  
UNIVERSIDAD  
CATÓLICA DE  
VALPARAÍSO

90

AÑOS  
1928 - 2018

# Memoria Histórica de la universidad

Dionisio Escobar Fernández



Ediciones Universitarias de Valparaíso  
Pontificia Universidad Católica de Valparaíso



PONTIFICIA  
UNIVERSIDAD  
CATÓLICA DE  
VALPARAÍSO

90

AÑOS  
1928 - 2018

# Memoria Histórica de la universidad



PONTIFICIA UNIVERSIDAD  
CATÓLICA DE VALPARAÍSO

Dionisio Escobar Fernández

Paulina Chacón Lolas  
Fernando Vergara Benítez  
Hery Segovia Embry



Ediciones Universitarias de Valparaíso  
Pontificia Universidad Católica de Valparaíso

© DIONISIO ESCOBAR FERNÁNDEZ  
**MEMORIA HISTORICA DE LA UNIVERSIDAD**

EQUIPO DEL PROYECTO:

PAULINA CHACÓN LOLAS  
FERNANDO VERGARA BENÍTEZ  
HERY SEGOVIA EMBRY

COLABORACIÓN ESPECIAL:

JUAN JOSÉ DANERI  
MARCELA ESPINOZA RIVERA  
DANIELA GONZÁLEZ DÍAZ  
CAMILA HUERTA CARICEO

REGISTRO DE PROPIEDAD INTELECTUAL N° XXXXXX  
ISBN: xxx-xxx-xx-xxxx-x  
DERECHOS RESERVADOS

TIRADA: xxx EJEMPLARES

EDICIONES UNIVERSITARIAS DE VALPARAÍSO  
PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DE VALPARAÍSO  
CALLE DOCE DE FEBRERO 21, VALPARAÍSO, CHILE  
FONO (32) 227 3902  
EMAIL: EUVSA@PUCV.CL  
WWW.EUV.CL

DISEÑO: GUIDO OLIVARES / ALEJANDRA SALINAS  
CORRECTOR: OSVALDO OLIVA P.

IMPRESA: SALESIANOS

HECHO EN CHILE

# ÍNDICE

|     |  |
|-----|--|
|     | PRESENTACIÓN DEL RECTOR . . . . .        |
|     | PRÓLOGO DEL AUTOR . . . . .              |
| 1.  | MARIANNE PERONARD THIERRY . . . . .      |
| 2.  | DAVID CADEMARTORI ROSSO . . . . .        |
| 3.  | ANDRÉS ILLANES FRONTAURA . . . . .       |
| 4.  | GONZALO ULLOA RÜBKE . . . . .            |
| 5.  | CARLOS WÖRNER OLAVARRÍA . . . . .        |
| 6.  | FRANCISCO MÉNDEZ LABBÉ . . . . .         |
| 7.  | PADRE JORGE SAPUNAR DUBRAVCIC . . . . .  |
| 8.  | EDUARDO CAVIERES FIGUEROA . . . . .      |
| 9.  | MÁXIMO VALDIVIA VEAS . . . . .           |
| 10. | DAVID CARRILLO CONTRERAS . . . . .       |
| 11. | ENRIQUE AIMONE GIBSON . . . . .          |
| 12. | RAMIRO MEGE THIERRY . . . . .            |
| 13. | BERNARDO DONOSO RIVEROS . . . . .        |
| 14. | ELEUTERIO YÁÑEZ RODRÍGUEZ . . . . .      |
| 15. | JOSÉ ANTONIO OLAETA COSCORROZA . . . . . |
| 16. | ETNA GONZÁLEZ DE LA FUENTE . . . . .     |
| 17. | RAÚL ALLARD NEUMANN . . . . .            |
| 18. | GLADYS JIMÉNEZ ALVARADO . . . . .        |
| 19. | MIGUEL EYQUEM ASTORGA . . . . .          |



## PRESENTACIÓN DEL RECTOR

El libro que el lector tiene en sus manos es fruto de un proyecto realizado por el Profesor del Instituto de Arte, Dionisio Escobar Fernández, junto a un equipo de profesionales de la PUCV, quienes –durante el año 2013– realizaron un total de 19 entrevistas, en su mayoría a ex alumnos, quienes son o han sido destacados académicos, funcionarios o autoridades de nuestra comunidad universitaria.

Estas entrevistas nos comparten ese espíritu de época, genuinamente universitario y propio de esta ciudad puerto. Muchos de estos testimonios, hasta ahora desconocidos, aportan antecedentes de las diferentes unidades académicas. Los textos están acompañados de imágenes, anécdotas, descripciones del “ayer”, historias de vida, sentidos de pertenencia y percepciones de la realidad nacional.

Un recorrido por estas múltiples trayectorias nos propone que la vocación de esta universidad es y ha sido estar al servicio de la sociedad. No obstante, también hay espacio para opiniones divergentes, a veces críticas. Es más, pudiera ser que el lector comparta o discrepe de los puntos de vista de un determinado entrevistado. Sin embargo, cuando estas opiniones son expresadas con el debido respeto, refuerzan el diálogo y la reflexión acerca de lo propio de esta tarea.

El conjunto de estas entrevistas nos propone también la importancia que tiene el recuerdo, como un componente esencial de la memoria universitaria, en especial, en instituciones con “tradición, vocación y compromiso” como la nuestra, la cual este año cumple 90 años de vida institucional.

Por último, este esfuerzo editorial que presentamos se suma a otros que se han venido realizando de forma paralela este 2018 y todos tienen el mérito que, en alguna medida, reflejan lo que somos, lo que sentimos, lo que anhelamos en una reflexión en torno a este nuevo aniversario.

Confiamos que el lector disfrutará y aprenderá de su lectura y contribuirá a enriquecer su propia memoria histórica, porque como se dice: “siempre recordamos en compañía de otros”.

CLAUDIO ELÓRTEGUI RAFFO  
RECTOR



## PRÓLOGO DEL AUTOR

Hace ya algunos años falleció mi amigo, el profesor Leonidas Emilfork Tobar. Leo, como le llamábamos cariñosamente cuando lo recordamos, era en ese momento (diciembre 2008) Director del Instituto de Arte de nuestra universidad. Él fue un muy destacado y respetado académico, quien, siendo alumno, llegó a ser presidente de la Federación de Estudiantes, FEUCV, después de la Reforma Universitaria de 1967. Leo se dedicó, hasta el día de su muerte, a su querida universidad.

9

---

Al año siguiente de su muerte, supuse que en el Claustro Pleno de la universidad se mencionaría a los profesores fallecidos recientemente, como efectivamente ocurrió. Sin embargo, la sola mención de su nombre me parecía muy poco para un profesor tan destacado como lo fue él.

Fue así como comenzó a proyectarse este libro y este registro de imágenes. Con esta idea en la cabeza, empecé a darle forma a este proyecto que, incluiría, entrevistas con destacadas personalidades asociadas a nuestra comunidad en los últimos sesenta años<sup>1</sup>. El proyecto inicial se llamó “Memoria Histórica de la universidad” y fue presentado a la Dirección de Investigación de la Vicerrectoría de Investigación y Estudios Avanzados.

Debido a la naturaleza del proyecto, vi la necesidad de invitar a participar en él a un periodista y a un historiador. Fue ahí que conocí a la señora

---

<sup>1</sup> Al final de cada apartado, un código QR permitirá al lector acceder a la versión completa de éstas entrevistas

Paulina Chacón Lolas, de la Dirección General de Vinculación con el Medio y a Fernando Vergara Benítez, del Fondo Histórico Patrimonial Eduardo Budge. Poco tiempo después, y de iniciativa propia, se sumó al grupo de trabajo el Ingeniero Comercial Hery Segovia Embry, quien realizó un valioso registro audiovisual de las entrevistas.

El proyecto contemplaba que los invitados hablaran de la universidad que conocieron, la que conocen y la que sueñan para cuando cumpla sus primeros cien años de vida. También, incluía que nos hablaran de aquello que nos distingue como institución en el contexto de la educación universitaria regional, nacional e internacional, que nos hablaran de nuestro Sello Valórico.

Como es sabido, las grandes instituciones las hacen grandes personas, no los constructores de edificios. Podemos pensar en los fundadores de la PUCV: la señora Isabel Caces de Brown y sus hijas (las señoras Isabel y María Teresa Brown Caces), el Presbítero Rubén Castro, el empresario Rafael Ariztía Lyon o el Padre Jorge González Föster, sólo por nombrar a algunos de los muchos que han contribuido a formar esa identidad reconocida que posee la universidad.

Todos aquellos que aceptaron nuestra invitación a participar en este trabajo, lo hicieron de forma inmediata y se animaron a relatarnos sus vivencias y sus experiencias de vida universitaria. Hubo en cada una de las entrevistas mucha cordialidad y también nostalgia, como cuando se describía la primera visita a esta Casa de estudios, hace más de cincuenta o sesenta años, en algunos casos. Pero también hubo momentos en los cuales se compartieron experiencias de vida muy personales, llenas de emoción. A cada uno de nuestros entrevistados les agradecemos su disposición y generosidad.

En cada entrevista preguntábamos por aquello que denominamos nuestro “Sello valórico”. Más allá que cada uno tiene aproximaciones diferentes a esta expresión, nos dimos cuenta que aquél es posible encontrarlo en muchos académicos, pero, también, en muchas secretarías, administrati-

vos, auxiliares. Pero lo más importante es constatar que existe en algunos estudiantes, porque lo traen consigo.

Este año se cumplen 90 años desde la apertura de esta universidad, 50 años desde que fue creado el Instituto de Arte, 10 años de la partida de mi amigo Leo Emilfork. Y el próximo, comenzamos con los 50 años de la creación del Instituto de Teología, los 90 de la muerte de Rafael Ariztía, y así. Sabemos que un proyecto como este se debe continuar desarrollando cada cierto tiempo. Y es que la memoria institucional es fundamental en el desarrollo de cualquier organización. En nuestro caso, resulta imprescindible acceder a los recuerdos de quienes han construido esta Casa de Estudios.

Esperamos que estos “fragmentos de la memoria” ayuden a nuestra comunidad universitaria a comprender mejor cómo llegamos a ser lo que somos y hacia dónde aspiramos ir.

Dionisio Escobar Fernández  
**Profesor**  
**Instituto de Arte**



*Íbamos de paseo, toda la universidad, gente de distintas unidades académicas, a lo que ahora es Placilla. También con frecuencia a la Quinta Compton, pero ahí no iban alumnos. Teníamos oportunidad de conocer profesores de otras facultades. Había varias actividades que tendían a unirnos.*

## ENTREVISTA

# Marianne Peronard Thierry

7 DE MAYO  
DEL 2013

**EQUIPO:** *Hoy conversaremos con la Profesora Marianne Peronard Thierry. La profesora Peronard estudió pedagogía en Inglés en la universidad de Chile, Sede Valparaíso, desde donde egresó en 1956. En 1979 realizó un doctorado en filosofía con mención en Filología Romana en la universidad de Chile. En 1959 comenzó a trabajar como Profesora de Morfosintaxis del inglés en la universidad Católica de Valparaíso. Junto con el profesor Luis Gómez Macker, desarrolló importantes estudios en los campos de la psicolingüística y la sociolingüística. Creó el Doctorado en Lingüística de la PUCV. También se desempeñó como miembro del Consejo Superior, fue vicedecana de la facultad de Filosofía y Educación, como también Directora del Instituto de Literatura y Ciencias del Lenguaje, y directora fundadora de la carrera de Periodismo. Fue miembro de número de la Academia Chilena de la Lengua y miembro correspondiente de la Real Academia Española. En 2002 fue galardonada con la Orden al Mérito Docente y Cultural Gabriela Mistral, en calidad de Gran Comendador. En el año 2007 recibió la investidura como Doctor Scientiae et Honoris Causa por la Pontificia universidad Católica de Valparaíso.*

*Profesora, queremos saber ¿cómo fue su primer contacto con la universidad?*

Bueno, en realidad llegué en la época del Padre González, que era amigo de mi padre, jugaban bridge y mi padre había fundado aquí la escuela de Ingeniería Química.

Yo fui secretaria en Ingeniería Química, fui secretaria de mi padre, antes de ser profesora de acá. Conocí a harta gente. En cambio, cuando ya una es profesora de una asignatura, pierde esa oportunidad. Había un profesor, Schleicher, era de Ingeniería Química. La escuela estaba donde ahora está el Consejo Superior, en el tercer piso. Ahí tenía él un laboratorio.

Recuerdo que había mucha amistad, hacíamos paseos, no sé si los organizaba mi padre, pero hacíamos paseos a la nieve, y nos íbamos a Osorno. Nos íbamos con algún sacerdote, que nos hacía misa allá. Lo pasábamos muy bien. Yo así medio enamorada de alguno de los chiquillos, alumnos de mi padre. Tenía 14 o 15 años, y había algunos muy buenos mozos y todos los años hacíamos algún paseo. No sé por qué eso se acabó, y no sé por qué eso ya no es costumbre en todas las facultades o en todas las escuelas.

Tampoco recuerdo cómo se financiaba aquello, porque no todos los chiquillos tenían “plata” como para quedarse allá. No sé si la universidad ayudaba, pero había mucha unidad. Iban los profesores también y, en las tardes, nos “pegábamos unos bailoteos” exquisitos.

*EQUIPO: ¿Llegó como alumna o como profesora?*

Yo estudiaba en la universidad de Chile (sede Valparaíso) inglés, y fui ayudante de Gramática Inglesa en esa universidad. Hablé con el Padre González –la primera vez– y me dijo: “Mira, vamos a abrir la carrera de Inglés más adelante”. Posteriormente, el profesor de Gramática Inglesa de la UCV fue becado a Estados Unidos y esta universidad necesitó un profesor de gramática.

Entonces, se abrió inglés, este profesor fue becado y luego me llamaron para que me hiciera cargo inmediatamente como profesora, no como ayudante. No fui alumna de acá, era de afuera, pero el contacto era el Padre González, que es un buen contacto. Así que empecé haciendo clases y me gusta hacer clases. Me gustaba, ya no. Me gustaba hacer clases, parece que lo hacía bien y ahí me quedé.

Después, pasaron algunos años y don Héctor Herrera dejó de ser decano, nombraron a Hugo Montes decano de la facultad y él me pidió que fuera vicedecano, porque él se dedicaba a otras cosas. Creo que tenía un colegio en ese momento en Santiago, y no podía dedicarse a jornada completa, así que me pidió que fuera vicedecano.

Y así me fui metiendo también en lo administrativo, porque la universidad era mi vida. Vivía aquí al frente de la universidad, en Avda. Argentina, donde estuvo la Compañía de Gas. Así que pude seguir teniendo chiquillos, criándolos, arrancándome un ratito de la universidad para amamantarlos y volver a la universidad. Así que ustedes se darán cuenta: esta es mi casa. Si me tuvieron que echar, no digo “a patadas”, porque me llenaron de honores y estoy muy agradecida, pero llegó un momento en que le dije al rector Alfonso Muga: “yo creo que es hora que me retire”. Sí —me dijo—, y me retiré. Me nombraron Profesora Emérito. Es tan lindo cuando uno se va, no lo jubilan, eso es administrativo, lo nombran Emérito y yo me siento muy honrada con eso, muy lindo que a uno le digan Emérito, en vez de decirle jubilado.

Ahora, yo vi crecer esta universidad. Cuando llegué, “el laberinto”... ¿Saben dónde se ubicaba el laberinto? El laberinto, en aquella época, fue el Internado de esta universidad, que después se cerró, no sé por qué razones, mi facultad se fue para allá. Entonces, teníamos a la escuela de Derecho en el primer piso, a Ingeniería Comercial en el segundo y nosotros, en el tercero. En ciertos momentos, se daban unas entretenidas batallas campales: los de arriba ganábamos, porque tirábamos cosas para abajo. En cambio, los de abajo, perdían. Fue una bonita época de la universidad.

**EQUIPO:** *Y su esposo ¿lo conoció aquí en la universidad?*

No, él estudiaba en la universidad Santa María. Nos conocimos en los campeonatos interuniversitarios que se hacían en el Fortín Prat. ¿Se acuerdan? Eran buenos esos campeonatos. Y sí, él era de la Santa María, por lo que estábamos en equipos opuestos.

**EQUIPO:** *Señora Marianne ¿toda la universidad se encontraba acá?*

Toda acá. Es que la universidad ha ido creciendo mucho en la matrícula de alumnos. En aquella época, todos vivíamos tranquilamente acá, con Ingeniería Química en la parte de afuera del tercer piso y, nosotros, en el

laberinto. Debajo nuestro, estaba la escuela de Derecho, que era la que recibía todos los tomates.

Ahora, la primera que salió de Casa Central –si no me equivoco– fue la escuela de Arquitectura, que estaba en el segundo piso. Ingeniería Comercial, estuvo en el Cerro Concepción y, ahora, está en el Gimpert. En realidad, vista así la historia, parece que la universidad hubiera estado saltando, de edificio en edificio.

**EQUIPO:** *¿Dónde estaban ubicados en Casa Central?*

Estábamos en el laberinto, pero no formábamos nada todavía, éramos escuelas: escuela de Historia y Geografía, escuela de Castellano, escuela de Inglés, escuela de Filología Clásica y, después, Luis López, otro gran personaje, insistió en que esto tenía que tener una forma, que tenía que tener facultades. Tenían que estar claramente establecidas las escuelas. De este modo, nos fue agrupando, formó la escuela de Educación, formó la escuela de Letras, que ahora es Instituto de Literatura y Ciencias del Lenguaje. Esa fue “pelea” de don Lucho, que era decano de la facultad esa. Recuerdo las reuniones de facultad que teníamos, por lo menos ahí conocíamos a los otros profesores, podíamos pelear con ellos, discutir con ellos, era rico.

A comienzos de los ‘80, el Instituto de Literatura abandonó el “laberinto”, nos llevaron al Edificio Gimpert, recién construido. Luego, se abrió el Campus Curauma y al Instituto de Literatura nos llevaron a Sausalito (iba a decir “nos tiraron” a Sausalito).

**EQUIPO:** *En su primera época ¿era difícil, para una mujer, ser profesora?*

No, yo nunca sentí que el ser mujer hiciera alguna diferencia, nunca. Tenía varias colegas y en las otras facultades también había mujeres. Eso sí, solo una mujer estudiante en Ingeniería Química.

**EQUIPO:** *¿Cómo evalúa usted la contribución de los Jesuitas acá en la universidad?*

Yo le tengo mucho respeto a los Jesuitas, creo que es gente inteligente, gente que está capacitada para dedicarse a una universidad, para fundarla y dirigirla bien. Bastante estrictos, sí, todo estaba bajo control, pero era una universidad más chica. Teníamos Consejo Superior igual y teníamos



buen equipo administrativo. Me acuerdo con mucho cariño de los bibliotecarios, por ejemplo, eran como parte de la familia también. Era una vida bonita, era una vida tranquila hasta la revolución del '66, de 1967, pero yo empecé a vivirla en el '66.

**EQUIPO:** *¿Usted fue contraria a la Reforma Universitaria?*

No. Yo no quería que echaran al Rector Zavala, así que me puse del lado de él, pero las ideas centrales de la revolución eran compartidas por todos. Por dos motivos: uno, actualizar la universidad fue muy necesario, el tener mayor contacto con el extranjero, el becar más a los alumnos, exigirle más formación a los profesores, todo eso era indispensable, pero el asunto de dañar a las personas, no me gustaba mucho. Pero no, a la universidad le hizo muy bien la reforma, muy bien.

**EQUIPO:** *¿En qué cree usted benefició a la universidad?*

En la internacionalización de la universidad. Salir y ver otras realidades universitarias, empezar a exigir postgrados a los profesores, o sea, mayor formación como profesional educativo. Eso, me parece que fue lo más importante de la reforma.

**EQUIPO:** *¿Usted fue senadora académica?*

No, fui miembro del Consejo Superior, cuando el Senado Académico se dividió en el Capítulo Académico y el Consejo Superior. Fui consejera con Raúl Allard, con Alfonso Muga.

**EQUIPO:** *Señora Marianne: ¿Qué recuerdos tiene del Profesor Luis Gómez Macker?*

Don Luis Gómez, fuimos muy amigos y gracias a él dejé de fumar. Él llegó de Santiago y trajo lo que se llama la Lingüística. Aquí en la universidad había Filología, con latín, con griego, ahí estaba el profesor Albino Misseroni. Había Filología, pero lingüística propiamente tal, no. Había un departamento de Castellano, otro de inglés y otro de latín. ¿Por qué se llamaba de latín? No sé, porque era de latín y griego. Y Luis empezó los cursos de lingüística.

Posteriormente, compartimos la misma oficina, porque no había espacio suficiente para que cada profesor tuviera una oficina. Entonces, empecé

a conocer lo que él enseñaba y me entusiasmó. Además, yo le podía leer, porque él era bastante “cegatón”. Yo le leía y le traducía directamente. Así, empezamos a estudiar juntos. Después, él se fue a una beca a sacar algún postgrado y cuando volvió me dijo: “Ahora, usted tiene que irse a sacar un postgrado”, y me fui a Brasil.

Cuando volví, me puse a enseñar lingüística y, de repente, me vi transformada en profesora de lingüística, en vez de profesora de gramática inglesa. Realmente, ha sido mi cariño, mi amor por la lingüística, sobre todo la psicolingüística. La mente me fascina, tratar de descubrir cómo es, por qué hablamos, por qué sabemos leer, por qué entendemos, por qué los chiquillos ahora no entienden... fascinante.

Así llegué a ser profesora de lingüística, de tener el postgrado, a tener el magíster, tener el doctorado. Curiosamente, el doctorado lo terminé en la universidad de Chile, así que tengo un doctorado en filología, porque así se llama la lingüística, que es su nombre antiguo.

Así que ahí me quedé. En la escuela de Periodismo, también enseñaba lingüística. Es que es fascinante. Así fue. Y don Lucho instaló la lingüística aquí, tuvo ayudantes. No es que desplazara a la filología, ella siguió en un departamento aparte. Lingüística, Castellano e Inglés formaron, posteriormente, la escuela de Literatura y Ciencias del Lenguaje. Y eso hace bastante tiempo ya.

El área de lingüística se ha desarrollado muy bien aquí, tanto que fundamos una escuela de Postgrado. Primero un magíster, tuve la buena ocurrencia de contratar a Giovanni Parodi como ayudante primero, y después cuando yo me retiré, obviamente, él quedó a cargo y le ha dado un ímpetu a esto, una internacionalización. En este momento, creo que está en China, en Panamá o, tal vez, en Argentina, dictando conferencias. Es decir, él logró, definitivamente, darle a nuestra lingüística un nivel internacional. Y de eso estoy muy contenta y muy orgullosa, soy como la “mamá” de Giovanni en eso, la “mamá académica”. Y él, a su vez, tiene ahora “hijos académicos” allá en Sausalito. Es bonita la historia de la lingüística aquí en la universidad. Yo diría que somos el mejor Centro que hay en este momento en el país, no gracias a mí, gracias a Giovanni, pero por lo menos yo la parí.

**EQUIPO:** *¿Tiene usted otros referentes que recuerde?*

Saben lo que pasa, estoy muy mala para recordar nombres, pero los referentes que tengo más claros, por ejemplo, en Ingeniería Química, es al señor Briceño, Exequiel Briceño. El ayudante de mi papá, el señor Zapata. Ahora, en la carrera de Inglés, por supuesto, René Chaperó, quien fue profesor de Gramática inglesa y Angélica Monardes, profesora de inglés, que se casó con el profesor uruguayo y reformista Ataliva Amengual.

A nivel de universidad, don Héctor Herrera por supuesto, el “Comandante Herrera”, todo un personaje. Un hombre muy recto, demasiado, muy severo. No quise decir intransigente, no, severo, correcto. Fue decano de nuestra facultad durante bastante tiempo y tenía un buen dominio sobre todos nosotros. Se le respetaba mucho. No es que gritara, no, miraba nomás, lo recuerdo con mucho cariño, él me ayudó y me apoyó mucho.

Después se formó la escuela de Educación, que fue un departamento dentro de nuestra facultad. Antes, eran asignaturas de educación en las distintas carreras hasta que se decidió juntarlas en la escuela de Educación. Tuvimos algún incidente en aquella época, pero para qué vamos a recordarlos.

**EQUIPO:** *¿Y qué cosas recuerda con cariño?*

Íbamos de paseo, toda la universidad, o sea, gente de las distintas unidades académicas mezcladas, en aquél entonces a lo que ahora es Placilla. También, íbamos con frecuencia a la Quinta Compton, pero ahí no iban los alumnos, sólo los profesores. Así, teníamos oportunidad de conocer a profesores de otras facultades. Había varias actividades que tendían a unirnos. En cambio, hoy ¿quién del Instituto de Historia conoce a alguien del Instituto de Música? No existe la sensación de que formamos un todo. Si hasta desfilábamos para el “21 de mayo”.

Eso, lo echo de menos y, en parte, se debe a que en Casa Central no había cómo crecer, salvo el edificio Gimpert, aquí al lado. Si ustedes piensan qué es lo que hay alrededor de esto, no había ningún terreno disponible como para hacer un campus. Entonces, primero las Ingenierías se instalaron en Av. Brasil; Historia se quedó siempre en el Castillo de Calle Alvares; el Campus Curauma, que para mí es el “colmo”; Música, que estaba arriba en el Cerro Concepción; Matemáticas, que estaba arriba de este Cerro Barón. ¿Cómo vamos a tener concepto de universidad si no tenemos campus?



La otra posibilidad es trasladar todo a Curauma, con el problema de la movilización. Tendríamos que tener buses permanentes, de ida y vuelta, porque ahí los terrenos eran baratos, valía la pena, pero en la media hora que uno demora ¡Qué lata! Cuando se creó la carrera de Periodismo, no quedó otra que arrendar un edificio. Y ese de calle Lusitania era arrendado, no era de la universidad. Yo prefería cuando la escuela se ubicaba ahí.

**EQUIPO: *¿Antes estuvieron en calle Ecuador?***

Un tiempo muy cortito. Pero, escuela-escuela empezó a hacerse en Lusitania. Después, vino como directora Patricia Stambuk, que le hizo muy bien parece, la “periodificó”, porque yo no soy periodista. No sé por qué me nombraron directora. Una vez, Raúl Allard dijo que yo era muy buena administradora, lo cual me ofendió como ustedes no se imaginan, como que hasta el día de hoy no lo olvido. Debe haber sido por eso, no sé, la verdad es que no sé. En todo caso, sí he ocupado varios puestos administrativos.

Ahora, de otra gente que recuerde, si me acordara de los nombres, tengo sólo algunas caras presentes. El tesorero ¿Cómo se llamaba? Navarro... Humberto Navarro. Él, era tesorero de la universidad desde que se fundó. ¿Quién más conocía yo en aquella época? El Padre Raimundo Barros, era “cosa seria” el Padre Barros, cuando se enojaba. Una vez, estaba haciendo

clases yo y entró a retar a los alumnos...uff... llegué a quererlo harto también, un hombre muy inteligente, jesuita, pero, a veces “perdía los estribos”. A mí, una vez me retó, no era raro que el padre Barros retara a alguien. Era el vicerrector Académico. ¿No? Había también un bibliotecario.

**EQUIPO:** *¿René Inostroza?*

No, antes que él. Era Roberto Prudencio, un gran intelectual boliviano. Tenía mucho control sobre los libros. Simpático.

**EQUIPO:** *Profesora ¿Dónde se almorzaba?*

No me acuerdo del casino, parece que no existía, pero sí, donde “Don Pancho”, llamado el “casino chico”, que desapareció después. No me acuerdo cómo era el local, pero sí que quedaba a la salida del gimnasio, en dirección a la calle Doce de Febrero. Imagínense, era como un pasillo, pero por lo menos ahí había algo que comer. Y si no, a los alrededores. Íbamos al segundo piso del Mercado El Cardonal, acá al lado. Se comía bien y barato. No muy limpio, pero bien y barato.

**EQUIPO:** *Señora Marianne, ¿Son años difíciles los '70?*

Un cambio tan profundo como el que sufrió la universidad con la revolución del '67 tiene consecuencias. Hay enemistades, a veces, más profundas de lo que debiera ser. Se cerró Sociología, por ejemplo, y algunos de esos profesores quedaron instalados en otras unidades pero, no fue fácil. Los combates verbales que hubo en el gimnasio, dejaron marcas, dejaron heridas. La salida de don Arturo Zavala, la llegada de Raúl Allard, “un cabro”. Treinta años, imagínense.

Después, vinieron los militares ¡Dios mío! Esa fue una época curiosa. Recuerdo que iba subiendo al tercer piso y había un chiquillo que estaba tratando de tirar al otro del segundo al primero. Lo tenía doblado sobre la baranda con las manos sujetas atrás. Cuando llegué yo los reté. ¿Qué más iba a hacer? O sea, la pelea no fue con los “milicos”, porque ellos entraron, sino que entre las bandas internas, a favor y en contra del Régimen. No, los milicos entraron a la universidad, se fumaron el “pito” que yo tenía guardado. No era que yo fumara, sino que alguien me regaló uno y me dijo pruébalo, y nunca lo probé, lo dejé en el escritorio y cuando volví, como un mes después, no estaba.

Revolvieron todo en las oficinas, se metieron en todas partes. Incluso, en un baño, en la parte superior del estanque, a cierta altura, dejaron un arma.

**EQUIPO:** *En ese tiempo la universidad estaba tomada.*

Primero, por los chiquillos y después, por los “milicos”. En realidad eran marinos, pero yo a todos los llamo milicos. Nosotros, los profesores, estábamos afuera de la universidad. Cuando entrábamos, lo hacíamos por el gimnasio, pero cuando se la tomaron los milicos, no nos permitían entrar por ningún lado. No sé cuánto sufriría la biblioteca, yo creo que no mucho.

Fue una época emocionante, muy inútil, porque –en realidad– la política sobrepasaba la universidad. Mucho más se logró con la revolución del ‘67. Ahí sí que se logró un cambio importante y fundamental, pero con estas tomas y retomas del ‘73, no se logró nada, salvo perder clases. Después, tuvimos que hacer un semestre en dos meses.

**EQUIPO:** *¿Usted estaba trabajando en el Gimpert cuando se va al Posgrado en Brasil?*

Sí, eso fue el año ‘86. Fue una bonita experiencia. Estaba en la universidad de Sao Paulo. Después, completé los cursos en la universidad de Chile, pues me reconocieron todo lo que había hecho en Brasil y el doctorado, finalmente, lo saqué en la Chile.

Pero en Brasil, para la época de carnaval, olvídense de clases. Esos días, me fui a Río de Janeiro, inolvidable. Tres días que estuve viendo todos los desfiles de carnaval, en vivo y en directo. Si hasta samba bailé, porque toda la ciudad bailaba en las calles. No era solo el desfile de las escuelas de samba. No se imaginan ustedes la ropa de esas bailarinas. Me contaron que se pasaban todo el año preocupadas de cómo se iban a vestir y de hacerse ellas mismas los vestidos, porque es gente de favela. Eran unas cosas tan brasileñas, casi caricatura: princesas con vestidos anchos, casi nudistas para arriba y bien vestidas por abajo, muy bonito.

**EQUIPO:** *Señora Marianne, ¿hay algo que usted podría definir como el sello o la identidad de un alumno PUCV?*

La personalidad de un alumno UCV... ¿Saben lo que pasa? Tendríamos que distinguir entre mi época y ahora, porque antes, los estudiantes eran

más cuidadosos, más respetuosos. No teníamos el problema de la computadora, que si ahora no tenemos computadora no podemos estudiar. Todo era papel y lápiz, era muy agradable hacer clases, no había revoltosos, salvo este grupito que después se tomó la universidad, que aún no entiendo por qué, en contra de Pinochet, claro.

No creo que sean distintos a los de otras universidades, porque esta universidad es católica y es Pontificia, pero no te piden ser católico ni a los profesores tampoco les piden ser católicos. Por lo tanto, la enseñanza no tiene los valores religiosos que debiera tener una universidad que se dice católica, sino que los valores científicos, la objetividad, la evidencia –en el caso de las ciencias duras– y las lecturas previas. Ahora, ¿a quién le pedimos lecturas previas?

El alumnado era distinto, pero no creo que nosotros lo hayamos influido, salvo por las personalidades que pudieran tener los distintos profesores. Es eso, a la larga, lo que marca a los alumnos. Si no hay esta convivencia, si no hay un espíritu de universidad, eso no lo pueden adquirir. De hecho, el centro de ex alumnos es mínimo comparado con el número de alumnos que hemos formado. No sé, quizás tendríamos que hacer una encuesta para ver cuánto cariño le tienen los ex alumnos a la universidad.

**EQUIPO:** *Y ese espíritu, ¿usted lo ve en los profesores?*

Es probable que al interior de algunas unidades académicas se logre, pero entre unidades académicas no. Pero si no nos conocemos. Y para sentirse uno, hay que verse, hay que mirarse. No, eso se perdió nomás, se perdió. ¡¡Armemos un paseo!! Por lo menos, entre los profesores. Vamos a visitar cada una de las sedes, a ver que tal es, como están. Yo debiera ir al Campus Curauma, que no conozco.

**EQUIPO:** *¿Le gustaría ir?*

No es tan fácil convencerme. No sé. Tan distinto que está eso ahora. No sé si han ido. Bueno, ustedes van todos los días de clases, pero toda la otra parte del camino se está llenando de casas, de edificios, de empresas. Para mí, Valparaíso llegaba hasta Placilla. Y había un lago muy lindo un poquito más allá, entre los árboles, en el bosque. Ahora debo decir: “entre las casas”.

**EQUIPO:** *Profesora, ¿cómo imagina esta universidad en 10 o 15 años más?*

Un campus. Un mega campus. Eso me encantaría. Podríamos hacer competencias de fútbol, entre una escuela y otra. Estaríamos ahí mismo, con grandes patios.

¿Le vamos a quitar la Av. Brasil a la Municipalidad? Echemos abajo los edificios, pues son muy grandes. Uno va a la facultad de Ingeniería, es grande. A Sausalito, es enorme, o sea, nuestra facultad ocupa mucho espacio. ¡Eso me gustaría!

¡Qué bien le haría a Valparaíso que nos quedáramos con el Mercado! Desaparecería la inmundicia que hay aquí, ese callejón, no, es calle en realidad, creo que tiene nombre, pero una inmundicia. Y todo porque hay que pagar \$100 para ir al baño, porque en el Mercado hay baños, pero, no. Primero, lo limpiamos bien, después nos apropiamos de él, pero más no se puede. Trasladar el Congreso, me gustó la idea. Ese sería mi sueño, irrealizable.

**EQUIPO:** *Le queremos agradecer infinitamente que nos haya dedicado unos minutos.*

Oigan, por favor, lo he pasado regio en realidad. He sido poco seria ¿Era la idea? Si quieren, les dicto una clase sobre la universidad. Recordar es muy lindo. Voy a tener que buscar a alguien con quien sentarme para recordar de nuevo los nombres.









*Tenemos una idea distinta de universidad, porque tenemos una trayectoria distinta, nos tocó vivir una universidad de mucha libertad, donde uno se jugaba más por valores que por indicadores de productividad, como es ahora.*

## ENTREVISTA

# David Cademartori Rosso

14 DE MAYO  
DEL 2013

*EQUIPO: David ha sido por muchos años un destacado profesor de nuestra universidad. Entre otros cargos le ha correspondido ser Director de la escuela de Comercio, decano de la facultad de Ciencias Económicas y Administrativas, integrante del Capítulo Académico, Vicerrector de Desarrollo. Actualmente, es Profesor Emérito de nuestra universidad.*

*Profesor: ¿Cómo fue su primer acercamiento a la universidad?*

El año '64 yo egresé del colegio italiano y había que buscar algo que estudiar. Dentro de las alternativas que estuve evaluando, una de ellas era la de la escuela de Comercio, que entonces permitía estudiar y trabajar. Además, como se llamaba "de comercio" y mi padre era comerciante, lo iba a ver con mejores ojos, digamos, que alguna otra "cosa rara". Y así fue como yo ingresé acá en el año 1965. En esa época, la escuela tenía como dos etapas, una la de contador auditor, y una segunda etapa, que eran dos años más de estudio, para la licenciatura. Yo hice ambas etapas, una hasta el '69 y la otra, hasta comienzos del '71.

Además, fui dirigente estudiantil. Primero, secretario del Centro de Alumnos de Comercio y, después, fui presidente del mismo. Entremedio, fui tesorero de la Federación de Estudiantes, organización que partió con el apoyo de la Democracia Cristiana y terminó en el Frente de Estudiantes Revolucionarios.

**EQUIPO:** *¿Bajo qué rectoría ocurrió esto?*

Bueno, yo ingresé con don Arturo Zavala Rojas y egresé con Raúl Allard Neumann. A mí me tocó participar de la Reforma del año '67, estaba en tercer año de Comercio y, como estudiante, obviamente participé de manera activa en lo que fue la reforma universitaria.

**EQUIPO:** *¿Hubo toma en el Obispado?*

Más que toma yo diría que fue un “asalto al Obispado”. Consistió en que no se nos autorizó una marcha. Entonces, los estudiantes de la carrera de Derecho “descubrieron” que las veredas son públicas, que se podía caminar por las veredas y, así, llegamos al Obispado. La meta era llegar al Obispado. Por supuesto que cuando llegamos al Obispado, en esa época se usaban los “sitting”, en que uno se sentaba en la calle. Era más tranquila la cosa que ahora. Uno se sentaba en la calle y, a lo más, los “pacos” venían y lo sacaban en andas.

La verdad es que no nos sacaron en andas, sino más bien, empezaron a tirar agua. Ya existían los guanacos, no había bombas lacrimógenas, había guanacos. Bueno, producto de esto, una chica se desmayó. Por tanto, nosotros tomamos a esta chica y nos metimos al Obispado. Pero ya dentro del Obispado, tiramos algunas cosas por la ventana. Ese fue el asalto al Obispado, no fue una toma, fue un asalto. La chica pertenecía a una escuela que ya no existe. Se llamaba escuela de Educación Familiar, con sede en la calle Errázuriz. Nunca entendí mucho el currículum ese ni para qué servía esa carrera, pero se llamaba “educación familiar”. Tiempo después, se fusionó con la escuela que, en esa época, se llamaba Servicio Social y que hoy se llama de Trabajo Social.

**EQUIPO:** *¿Qué obispo había entonces?*

El obispo era don Emilio Tagle Covarrubias, un religioso que se conoce más bien como Obispo conservador. Él no fue Obispo de Santiago, precisamente, porque en los círculos de poder de Santiago no se le consideraba

conservador, sino más bien se le consideraba muy cercano a la problemática social, a propósito de la Doctrina Social de la Iglesia. Entonces, los círculos de poder de Santiago estimaron que era más conservador don Raúl Silva Henríquez y, por eso, a don Raúl lo nombraron Obispo de Santiago y a don Emilio, Obispo de Valparaíso. La historia después ya es conocida. Esa fue la razón.

Don Emilio, además, tenía un problema bastante complicado al pulmón. Por lo tanto, él no sostenía reuniones muy largas. A la media hora, 45 minutos, las reuniones tenían que suspenderse, había un “aro” y después continuaban.

El conflicto universitario termina el 20 de agosto, con una cosa que se llamó el “Acta de advenimiento”. Este Acuerdo se empezó a redactar a las 6 de la tarde y terminó a las 7 de la mañana.

Les estoy contando cosas que yo vi, no en las cuales efectivamente yo hubiera participado mucho, porque yo era estudiante, aparte de controlar la puerta de Doce de Febrero, a ver quiénes entraban y quienes no, mayor participación no podía tener. Pero así fue.

#### **EQUIPO: *¿Cómo era la relación estudiante-profesor?***

Yo creo que la relación estudiante-profesor ha cambiado. A ver: fue mucho más complicada en la época del ‘70, donde hubo una división fuerte, muy violenta, donde entre los bandos había algo que nunca había visto –y espero no volver a ver, creo que no volveré a ver porque me voy a morir antes nomás, no porque no vaya a ocurrir– que es el odio. Por ejemplo: vi estudiantes que trataron de pegarle un cadenazo a otro compañero de curso. Y cuando uno le va a pegar un cadenazo al otro, no es precisamente para hacerle cariño, me imagino que es para matarlo, no sé. Eso yo lo vi en esta universidad.

Para mí, el período más difícil que ha habido, desde el punto de vista relación estudiante-profesor y, fundamentalmente, entre estudiantes, es este. El período de la dictadura fue “todos contra Pinochet”, por ende, no había tanto conflicto. Los que estaban a favor de Pinochet se quedaban más bien callados, no participaban mucho, por lo menos no se manifestaba el odio que se manifestó en tiempos de la reforma. Puede que hayan estado escondidos, yo no digo que no haya existido.

**EQUIPO:** *¿Usted estuvo cuando vino el General Pinochet a la universidad?*

Estuve cuando vino él, estuve cuando vino la Ministra Mónica Madariaga, estuve cuando vino Márquez de la Plata. A ver, en la de Mónica Madariaga la recuerdo más que la de Pinochet, quizás yo para Pinochet no estaba aquí.

**EQUIPO:** *Inauguración del año académico de 1974.*

No, estaba becado.

Mónica Madariaga se paseó por acá y como ella era bastante altiva –quizás esa es la palabra– enfrentó a los estudiantes. Lo hizo a “grito pelado” entre ella y los estudiantes, pero no pasó más allá.

Más complicada fue la visita de Márquez de la Plata, que nos costó que nos sacaran el puente que unía Casa Central con edificio Gimpert. A Márquez de la Plata, que no vino a la universidad, sino a la “Tía Rica”, que se ubica a un costado del Gimpert, en calle Doce de Febrero, le tiraron un tomate desde arriba, desde el puente. A las 48 horas, habían sacado el puente, que era bastante cómodo para pasar entre el Gimpert y acá. Y nunca más se puso y quedó botado. Se prestaba para que tiraran objetos, pero el tomate fue “la gota que rebalsó el vaso”.

**EQUIPO:** *Profesor. ¿Quiénes han sido un referente suyo dentro y fuera de la escuela de Comercio?*

En la escuela de Comercio, tengo tres. María Teresa García, una profesora que también es emérita de la escuela, que fue mi profesora de contabilidad. Don Jorge Magasich, un profesor que, cuando yo entré, él era el decano, profesor de derecho tributario y papá de todos los Magasich que andan dando vueltas por acá. A mí me tocó, como Presidente del Centro de Alumnos discutir con él. Tuvimos un conflicto con un profesor de matemáticas y don Jorge siempre preguntaba: “¿Cuál es la solución?” O sea, tú le llevabas el problema y siempre preguntaba cuál era la solución.

Por supuesto, nosotros queríamos echar al profesor. Entonces, cuando fuimos a hablar con él y ya sabíamos que venía con esa, le dijimos mire: aquí están las soluciones. Le llevamos tres nombres de profesores. ¿El resultado? Como siempre ocurre, el profesor no se fue hasta que terminó el año, y al año siguiente ya no apareció y contrataron a uno de los pro-

fesores que nosotros habíamos propuesto. O sea, nosotros tuvimos que resignarnos a la permanencia del profesor.

Por último, Carlos Álvarez, director de la escuela y quien me contrató. Carlos Álvarez es una persona capaz de entusiasmar y convencer a los jóvenes de la época que valía la pena trabajar en la universidad. Nosotros siempre tuvimos, desde el punto de vista profesional, un norte o un futuro bastante claro, pero Carlos Álvarez, en ese sentido fue una buena persona.

También, tengo los recuerdos del Padre Andrés Aninat. Fue un gran referente para muchos jóvenes. Don Luis López, un profesor de Matemáticas, había estudiado Arquitectura, yo lo conocí como Director de Filosofía. Yo diría que esos son como los referentes a nivel de la universidad.

**EQUIPO:** *¿Cómo era la universidad en esa época?*

Era una universidad fundamentalmente profesionalizante, orientada a la profesión. La investigación estaba en un segundo lugar. Yo voy a distinguir, antes de la reforma, primero, una universidad bastante pequeña, de unos tres mil o cuatro mil estudiantes, todos metidos aquí. Cuando yo ingresé, solo estaba fuera Arquitectura. Después se fue la escuela de Negocios, que pertenecía a la Fundación Adolfo Ibáñez y que funcionaba acá, en el segundo piso, donde está hoy día la facultad Eclesiástica de Teología y ya después, bastante después, se va Agronomía a Quillota.

**EQUIPO:** *La escuela de Negocios ¿Se fue a causa de la Reforma?*

No. Ellos, físicamente, se fueron a Recreo, porque allá tenían un mejor lugar, pero seguían perteneciendo a la universidad. La crisis con la escuela de Negocios fue posterior, en el año 1969. A inicios de los años '60 ingresan a la universidad.

**EQUIPO:** *El señor Ibáñez, ¿era profesor?*

No le daba para profesor. Pedro Ibáñez era un ilustre Senador de la República, me imagino que del Partido Conservador, y él era decano de la facultad de Ciencias Económicas y Administrativas, decano que mi escuela nunca aceptó.

Debió haber sido en el '60 o '62, alrededor de esos años. Hubo un conflicto fuerte, en que la escuela de Comercio simplemente se declaró en huelga



y no volvió más a clases hasta que el señor decano no se fuera. Yo, todavía no había llegado a la escuela, fue dos años antes. Y, entonces, el conflicto terminó cuando nombraron a don Jorge Magasich, que era aceptado por ambos bandos, era aceptado por la escuela de Comercio, porque era profesor nuestro de Derecho Tributario, pero también era aceptado por la escuela de Negocios, porque don Jorge era una persona bastante conocida y reconocida, no sólo en Santiago, sino también en Valparaíso.

Por tanto, era una persona muy respetada y fue nombrado decano. Ahí es que ellos se van. Pero el problema del año '69 tiene que ver con la Reforma, porque, como les decía, como era una universidad profesionalizante, unos de los hitos de la Reforma era transformar esta universidad en una universidad en la cual, también, hubiera investigación. Se hizo la distinción entre unidades académicas que forman profesionales, que se les llamó “escuelas” y los “Institutos”, dedicados a la investigación en su respectiva disciplina.

32

Entonces, existió un Instituto que se llamaba Instituto de Ciencias Sociales y Desarrollo, que cultivaba la economía, la sociología, la ciencia política, algo de antropología. Ese instituto, que fue uno de aquellos que lideró la reforma el año '67, se fue poco a poco polarizando, hasta que se llegó al extremo que tú no podías contratar a un profesor jornada completa, si no que siempre tenías que contratar dos. Uno de una orientación más liberal y otro de una orientación más marxista. Pero ellos son los que daban el servicio de economía, digamos, sin “derecho a pataleo” y eso, obviamente, la escuela de Negocios no lo aceptó y tomó la decisión de irse.

No siendo yo muy cercano a ellos, desde el punto de vista ideológico, les reconozco que fueron muy valientes, muy consecuentes, muy coherentes y ellos se fueron –fíjense ustedes– sin ninguna posibilidad de entregar títulos profesionales, porque en Chile, las únicas instituciones que podían hacerlo eran las universidades.

Hubo varios años en que los chicos que salieron de la escuela de Negocios no recibieron nada. Ahora, creo que nadie en esa época podía saber que después iba a venir un golpe militar y que, posteriormente, se podrían crear universidades y que, entre medio, ellos podían ser acogidos por otras universidades, como de hecho ocurrió con la universidad Técnica Federico Santa María. Es decir, ellos “se la jugaron” por su ideal y en eso yo les respeto. No conozco otra escuela de esta universidad que lo haya hecho.



La que sigue es la escuela de Arquitectura. Del resto, me guardo mi opinión si se han jugado alguna vez por algo. Eso fue así.

**EQUIPO:** *¿Y el período post Reforma?*

Post reforma, es una universidad que empieza a orientarse hacia las ciencias, de alta complejidad. Comienza el '68 – '69 hasta el '73. Bueno, es un período en el cual, primero, hay una generación muy joven, el rector tenía 33 años, yo era director de una escuela, tenía 24 años y hoy día creo que, a los 24 años, los “cabros” apenas son secretarios de un centro de alumnos. Éramos todos muy jóvenes. Las personas jóvenes están dispuestas a asumir riesgos. Y se esperaba concretar ese proyecto que, de alguna manera, se pensó e imaginó.

Luis Scherz García era Ingeniero Químico UCV, pero que hizo un doctorado en Sociología en Alemania. Su tesis trataba de cómo había que organizar una universidad y él fue quien planteó la necesidad de separar entre profesiones, ciencias y arte, dado que en un comienzo la distinción no existía.

**EQUIPO:** *¿Y se acabaron las facultad es?*

Sí, se acabaron las facultad es, la figura del decano “pa'la casa” y se creó una especie de universidad a la manera de un Estado. Por algo se llamó Senado Académico al organismo nacido de la Reforma, una especie de poder legislativo. Estaba el Ejecutivo que era la rectoría. Poder judicial, la verdad que no había. Esas dos instituciones existían y se operaba en esa lógica, y esa lógica tenía que ver con las votaciones, tenía que ver con la representatividad de los distintos sectores.

Siempre he hecho la siguiente reflexión: esta universidad reformada, con ese Senado Académico que era público, cualquiera podía ir, resistió un período de Chile terrible (1970-1973). ¿En qué sentido? Lo resistió en el sentido que los conflictos, de alguna manera, fueron canalizados a través de esta institución, o sea, todo conflicto terminaba discutiéndose en el Senado Académico.

En ese sentido, resistió bastante para el período que estábamos viviendo. En 1972, eran “puras tomas y retomas”. Hubo un período en el que estuvimos metidos tres días aquí y no podíamos salir. Ya teníamos hasta provisiones, porque sabíamos que nos íbamos a quedar y no íbamos a poder salir, tan simple como eso.

Fue un período interesante. Diría que es el período de máxima libertad que ha tenido la universidad, pero libertad en el buen sentido. Incluso, en el Instituto de Ciencias Religiosas había un rabino que enseñaba judaísmo y fue Director del Instituto. Eso nunca lo dice la “historia oficial” de nuestra universidad.

Se los digo con toda franqueza: para mí, ese es el período de máxima libertad, y bueno, uno lo puede echar de menos. Ahora, no sé si hoy día eso sería posible. Es lo más cercano de lo que yo conozco del concepto ideal de universidad-Edad Media, donde existió un vínculo discípulo-maestro y de donde, con el debido respeto, se podía plantear cualquier cosa, pero cualquier cosa. De hecho, tuvimos un candidato a rector que se declaraba marxista.

**EQUIPO: ;Quién fue?**

34

Rodrigo González Torres, hoy diputado de la república. Él se declaraba marxista y no fue ningún problema para que fuera candidato. Si hubiese salido elegido no sé qué habría pasado, pero que fue candidato, fue candidato y sacó bastantes votos.

**EQUIPO: *Los rectores delegados ;Cómo fueron percibidos?***

Para mí, el problema fue con los civiles que acompañaron a los rectores militares, y no me pidan dar nombres. Nunca tuvimos problemas con los rectores militares. Yo nunca tuve un problema con los rectores delegados, siempre tuvimos respeto, siempre tuvieron respeto por la escuela de Comercio, que era una escuela bien complicada desde el punto de vista ideológico, no porque la escuela fuera ideológicamente de izquierda, sino que para aquella época todo lo vespertino –como nosotros– sonaba de izquierda.

La universidad tenía –salvo excepciones– prácticamente casi todas las carreras duplicadas en la tarde. De partida, todas las ingenierías. Había ingeniería diurna y vespertina, lo que era ingeniería en ejecución o en construcción, pasaba lo mismo. Todas desaparecieron, la única que quedó fue la escuela de Comercio. Si bien se tenía una mirada frente a ella, nunca hubo problemas con los rectores. Tengo una anécdota con don Matías Valenzuela. ¿Se pueden contar anécdotas?

**EQUIPO: *Por supuesto.***

Nosotros, como escuela, acostumbrábamos –una vez al año al menos– ir a comer con los rectores delegados. Era afuera. A don Matías le gustaba ir al Club Naval y allá lo conocían. Entonces, fuimos. Yo formaba parte de la dirección de la escuela en esa época. Luego, el mozo ofrece el vino, y el mozo siempre le decía “un don Matías”. Él llega y me dice: “Y usted ¿Qué prefiere?” Yo le digo: “Prefiero un ex Zavala”. Y se rió. Era “buena onda”. Por eso les digo, francamente, con los rectores delegados no tuvimos problemas.

**EQUIPO:** *¿Y cuáles eran los problemas con los civiles?*

Que te perseguían... los italianos tienen una palabra que es espectacular “*la vendetta*”. A mí me cortaron la beca en Estados Unidos y yo creo no haber hecho nada malo.

**EQUIPO:** *Vamos a tener que investigar esa parte.*

Para los rectores delegados, la verdad es que la cosa no fue nada de fácil, y los que salieron de aquí, dos murieron y los otros salieron porque a la Junta Militar, o quien tomara la decisión, no le gustaba lo que estaban haciendo acá.

En general, los rectores delegados se “ponían la camiseta” de la universidad. Hubo conflictos. Esta universidad, en esa época, era bastante díscola.

Aquí hubo un asunto el año ‘71 que se llamó el “crédito francés”, que es famoso. Si ustedes hablan con los “viejos” como yo se van a acordar del “crédito francés”, porque era un millón de dólares. Imagínense lo que era un millón de dólares el año ‘71. No sabíamos qué comprar. Bueno, ese crédito francés había que pagarlo. Por supuesto que no se pagó. Ninguna universidad lo pagó y a la única que le hicieron efectiva la garantía fue a esta. Perdimos ese edificio allá donde funcionó Inacap un tiempo, al final de la Av. Argentina.

**EQUIPO:** *¿Por ser díscola?*

Por ser díscola, porque si bien teníamos un Rector Delegado, se sabía que aquí se miraba un poco... Evidentemente, que el año ‘73 hubo profesores que se tuvieron que ir al exilio. Yo no tengo mucho conocimiento, sé de estudiantes de mi escuela que se tuvieron que ir. Bueno, famoso es el caso del sacerdote Woodward que murió, pero aparte de esos hechos, que son

terribles sin lugar a dudas, los rectores delegados nos dejaban hacer cosas, no así los civiles.

Por ejemplo, fui llamado a rectoría junto a otros tres profesores, porque estábamos haciendo un seminario sobre Aristóteles, con Hugo Renato Ochoa. Entonces, nos preguntaron por qué estábamos estudiando a Aristóteles. Bueno, “estamos estudiando Aristóteles porque nosotros queremos ver que es lo que hay de ciencia en nuestra disciplina, que era técnica”. En esa época a uno lo calificaban, le ponían nota 1, 2, 3, 4. La 1 era la mejor, la 4 la peor. Nos pusieron a los dos en lista cuatro.

**EQUIPO:** *¿Qué significaba eso?*

Significaba menos plata. Claro, es un poco lo que hoy día se está haciendo. Ellos trataron de generar una especie de incentivo, y los incentivos tenían que ver con productividad. Para ellos fue muy mal visto que nosotros hiciéramos eso y nos castigaron por estudiar Aristóteles. Uno dice esa cuestión es inconcebible en una universidad, claro, es inconcebible, pero hay que entender que estábamos en esa época. Estoy hablando del ‘78 – ‘79, yo estaba de vuelta de la beca.

**EQUIPO:** *Los ‘80 ¿Es distinto? ¿La universidad crece?*

Bueno, esta universidad empieza a crecer como todas las universidades del país. Empezamos a tener rectores delegados civiles. Tuvimos a Raúl Bertelsen, que lo pasó mal, tuvo bastantes problemas, pues le tocó la época de las protestas.

Oswaldo Oelckers (QEPD) era Seremi de Justicia. El pobre se pasaba todas las tardes aquí, porque tenía que venir porque a los estudiantes se los llevaban presos. Había que empezar a buscar a “los cabros” en las distintas comisarías. Después, tuvimos a Juan Enrique Fröemel que tiene doble nombramiento: el de la Junta Militar y el de la Iglesia. Ahí, digamos que hay un doble decreto. Pero Juan Enrique, en mi opinión, se manejaba mejor en los conflictos. Él fue marino y, después, sacó un doctorado en educación. En esa época, yo era capitular.

**EQUIPO:** *¿Cómo recuerda su paso por el Capítulo Académico?*

Bueno, fue un “Capítulo” extraordinario. Estaba Fabio Cruz, Jorge Eduardo Rivera, Mauricio Bezanilla, eran personajes extraordinarios, las

discusiones eran de gran nivel académico. Uno tenía que estudiar para ir allá. Se entendió, en ese minuto, que esta institución, que era “la curia” que velaba por el cuidado de la universidad, tenía que tener “la mejor gente”. Entonces, se aprendió mucho. El Informe para la creación de la escuela de Psicología tiene 60 páginas. Yo les recomiendo que lo lean, no porque estén de acuerdo o no con lo que se dice, sino porque es un informe que va a la sustancia de la escuela. No para que cuadren los números, que si están los profesores, que la PSU, no, ese Informe se pregunta “¿Qué se pretende aquí con la Psicología? ¿Qué distingue a esta escuela de Psicología de otra?”

Eso fue para la creación de la escuela, pues había muchas preocupaciones. No es fácil armar una escuela de Psicología como tampoco una de periodismo, y no fue fácil Periodismo. Ustedes saben que en psicología hay “corrientes”, algunas están más cercanas a la visión que tiene la Iglesia sobre la persona humana. Evidentemente, ese fue el “tema”. De hecho, hubo una especie de “Comisión de hombres buenos” que la cuidaron como 10 años, para que no se fuera a desviar. Periodismo, fue otro proyecto muy, muy difícil, a tal punto que dependió de Rectoría durante años.

**EQUIPO:** *¿Fue Periodismo creada por sugerencia de Monseñor Jorge Medina?*

No. No sé si lo puedo decir, contra la opinión del Obispo, pero hay que reconocer el respeto del obispo con la universidad. “Yo no estoy de acuerdo —era Vicerrector de Desarrollo, así que estaba ahí—, pero si ustedes quieren crear la carrera de Periodismo tienen libertad para hacerlo” y así se hizo.

En general, tenemos una visión bastante distorsionada del Cardenal Medina por sus dichos públicos. No voy a decir que lo conocí mucho, pero un poco lo conocí. Tengo una visión un poco distinta de él como persona. Obviamente, que tiene su posición, se puede compartir o no, yo no la comparto, pero es una persona que respetó siempre la institución, siempre, y aquí se tomaron muchas decisiones contra la voluntad de él, importantes, no menores. No me pregunten cuáles, porque no se las voy a decir, pero no son menores.

**EQUIPO:** *¿Existe un sello o una identidad del alumno PUCV?*

Es bien difícil precisarlo, yo creo que sí. Ahora, identificarlo no es fácil. Un profesional formado en esta universidad a uno formado en la universidad Santa María, en la misma carrera, son distintos. Yo no digo que es peor ni mejor, digo que es distinto. Como se dice ahora, tiene más “competencias blandas que el de la U. Santa María”, y eso puede ser bueno para algunos casos y pésimo para otros, pero yo creo que sí.

Ahora, si me preguntan en una palabra, es difícil, también te tengo que decir que había mucha más identidad cuando estábamos comenzando, cuando la universidad tenía seis mil estudiantes que ahora que tiene catorce mil. Antes, nos conocíamos todos, estaban todas las carreras aquí, salvo la escuela de Arquitectura. Ahora, los estudiantes no conocen, no saben, ni los profesores saben que existe “Quillota”. Obviamente, yo creo que la identidad tiende a diluirse.

**EQUIPO: *¿Tiene una identidad PUCV el profesorado?***

No sé lo que opinan los profesores. No me gusta mucho la palabra, pero la voy a usar: los “profesores jóvenes” o los profesores que tienen menos de 50 años –no sé si 50 años sigue siendo joven– son tan distintos a los “dinosaurios” que vamos quedando, y cada vez somos menos. Tenemos una idea distinta de universidad, porque tenemos una trayectoria distinta, nos tocó vivir una universidad de mucha libertad, donde uno se jugaba más por valores que por indicadores de productividad como es ahora, y esto no es porque yo esté en contra de ello, pero indudablemente, creo que exageramos.

Francamente, no he logrado entender, no tengo claridad de cuál es el pensamiento universitario de los profesores que tienen 50 años y, menos, cuál es la idea que ellos tienen de universidad. Yo los veo a todos encerrados en sus proyectos personales. Pero es una visión de lo que yo veo no más, no digo que sea así y, a lo mejor, el tiempo de hoy requiere ese tipo de gente, porque ahora te miden en función de cuántos *papers*, cuánta investigación produces.

Esas cosas, en mi época, no existían para nada. Si alguien hacía una investigación, en buena hora, lo aplaudían. Uno más bien estaba discutiendo la sociedad que quería, discusión que no nos servía mucho, pero eso se hacía y, por eso te premiaban, por eso te elegían, porque tenías una visión, un pensamiento, una idea.

**EQUIPO:** *La sola docencia ha ido perdiendo prestigio: “usted es solamente profesor... no, tiene que ser investigador”.*

Es que el problema tiene que ver con el sistema que se ha establecido en Chile, de cómo el Estado entrega los recursos. Antes, el presupuesto de la universidad había que ir a discutirlo al Congreso. En el presupuesto de todas las universidades chilenas, más del 95% era entregado por el Estado. Pero no solamente eso, había una partida que decía “universidad Católica de Valparaíso”. Les voy a contar una anécdota.

Don Arturo Zavala, era abogado y una vez defendió a don Julio Durán. Para los jóvenes, don Julio Durán era un miembro muy reconocido del Partido Radical, que era senador y fue candidato a la presidencia. Don Arturo le llevó un asunto jurídico particular a don Julio Durán, y don Julio quedó muy agradecido y le dijo: “Rector, pídamle usted lo que quiera”.

Llegó el momento en que la universidad necesitaba plata –para variar– y don Arturo dijo: “Bueno, este es el momento, le voy a pedir el favor a don Julio”. Estoy hablando de una época en que había una fuerte pugna entre los católicos y los masones, no estoy hablando de los masones de ahora. Él era masón obviamente.

Entonces, don Julio le dijo: “Ningún problema don Arturo, yo lo voy a ayudar”. Y don Arturo fue a la sesión del Senado en la cual se iba a discutir esta cuestión y se levanta Julio Durán y empieza a despotricar contra las universidades católicas. El rector Zavala se preguntó qué iba a pasar luego de la intervención.

Termina de hablar, sale de la sala de sesiones. Detrás de él salen todos los senadores radicales y lo que se aprobó, se hizo solamente con los votos de los demócratacristianos y de los conservadores. O sea, la estrategia de Julio Durán fue irse para sacar a los radicales y así evitar que votaran en contra.

Con esto, les quiero decir que las platas de las universidades se discutían en el Senado de la República, no como ocurre ahora. Hoy día, el tema pasa por otro lado. En ese entonces, las platas no estaban vinculadas a indicadores y a ese tipo de cosas. Se entregaban los recursos nomás.

**EQUIPO:** *Profesor, usted fue decano y Vicerrector de Desarrollo.*

Decano fui por más de un período. Vicerrector fui por uno solo, estuve

cuatro años en la Vicerrectoría, me tocó crearla. Esto fue en el segundo período de Bernardo Donoso y tiene que haber sido entre los años '94-'98.

La verdad de las cosas es que es bastante desgastador. Hay una cosa que ustedes tienen que saber para entenderme un poco más. Yo estudié en una escuela vespertina, hice clases en una escuela vespertina. Las clases terminan a las 9 y media. Eso significa llegar a la casa como a las 11 de la noche. Y eso, durante 30 años... no es un período corto. Entonces, una vicerrectoría también es un trabajo de 24 horas, y lo hice como pude durante cuatro años, de la mejor manera posible. Después, opté por mi familia y dije: "no, no voy a seguir". Y me retiré de la vicerrectoría. Estuve dos veces en una rectoría, en este y también en el período de Raúl Allard.

**EQUIPO:** *¿En qué cargo?*

Traducido al lenguaje actual, en un cargo que era una especie de Jefe de gabinete del Vicerrector Académico, que en esa época era Duncan Livingston Bianchi. Ahí, yo trabajé con Alfonso Muga Naredo, que ustedes deben conocer. Estábamos en la misma oficina y nosotros inventamos los primeros indicadores.

40

**EQUIPO:** *¿Para medir qué?*

No para medir, sino para oponernos a algo.

Por ejemplo, en cierto momento, el Instituto de Matemáticas entregó un presupuesto. En esa época, había presupuesto para lo que uno quisiera, y el Instituto pidió 22 jornadas completas y una serie de otras cosas, lo cual estimamos era demasiado. Aquí, en los últimos 30 años, no se ha contratado tal número de una sola vez. Bueno, entonces "inventamos" unos indicadores, de profesores por alumno y ese tipo de cosas, y redujimos las 22 jornadas completas a 7, en una discusión pública. Insisto, el presupuesto se comenzaba a discutir a las 3 de la tarde de un día y terminaba a las 8 del día siguiente, noche entera, y todos podían hablar.

**EQUIPO:** *¿Estudiantes, profesores?*

Estudiantes, profesores, administrativos. Incluso, se decía –nunca ocurrió– que si alguien de la calle quería entrar y pedía la palabra, podía hablar. Eran discursos eternos. Era casi como el Claustro Pleno, pero para el presupuesto. Como venían todos, la sala se hacía chica (la sala del Senado era lo que hoy día es la oficina del Rector).



Entonces, algunas discusiones presupuestarias fueron en el Salón de Honor, que era casi como en la revolución francesa, con los montañeses y toda la cuestión... Estaba la mesa del Senado. Imaginen toda la gente alrededor de ella y arriba la galería repleta. Nunca vi que tiraran papeles, por ejemplo, que no habría sido nada, habría sido lo más inocente tirar un papel, para que le cayera a un “senador” en la cabeza, o un “avioncito”, para molestar. Gritos sí, pero nada más. Por eso digo, la institucionalidad universitaria funcionó.

**EQUIPO:** *Y el Claustro ¿Siempre se ha hecho?*

El claustro es un invento de la Reforma. Tiene que ver con el sentido que la comunidad es la que participa, tiene que ver un poco con el concepto de “Pueblo de Dios” del Concilio Vaticano II también, pues la Reforma está influenciada por el Concilio (1965) y por la Conferencia de Buga (1967). Esos son los puntos más relevantes, lo más ideológico de la Reforma está centrado ahí, el poder reside en el “Pueblo”. Cuando el sacerdote se coloca de frente para officiar la misa, en vez de darle la espalda a la feligresía, tiene ese sentido. Entonces, ahí nace. ¿Para qué nace? El claustro tenía las siguientes funciones: elegir al Rector, recibir la cuenta del Rector y una cosa que después se perdió en el claustro actual y que yo creo que hace falta. Se perdió que cuando uno hablaba y proponía cosas, no las aprobaban ni nada, sino que el Senado Académico tenía la obligación de discutir las y estudiarlas después, nada más.

Por ejemplo, en los claustros que vinieron más adelante, hay uno donde el profesor Alejandro Guzmán Brito hizo un muy buen planteamiento respecto al famoso tema de los Estudios Generales, pero ahí quedó. Porque hoy en día uno va al claustro y escucha. A veces, hay propuestas interesantes de profesores, pero mueren ahí, ni siquiera quedan en el acta. Yo no sé si habrá actas de claustro.

En esa época, tú hacías propuestas y el Senado tenía la obligación, al menos, de estudiarlas, no de darte la razón necesariamente. En eso era un poco distinto al de hoy, en el resto era lo mismo (o sea, elegir al rector y modificar los Estatuto, si se requería modificarlos).

**EQUIPO:** *Una cosa que mencionan los estudiantes es la triestamentalidad ¿Funcionó en esa época?*

Fue un desastre.

La triestamentalidad se llevó al extremo. Tú tenías estudiantes, profesores y funcionarios de administración y servicios. Ellos tenían un 5%, los estudiantes un 25%, y entre ambos hacían un 30%. Los profesores teníamos un 70%. El 5% que se les dio a ellos en un comienzo, no existía. Eso se llevó incluso al extremo en los Consejos de escuela. El Consejo que tenía en mi escuela estaba integrado por los profesores, los estudiantes y las secretarías.

Entonces ¿qué pasaba? Pasaba que la secretaria, quien tenía muy claro que dependía de ti, preguntaba “¿Cómo voto?”... Ahora, a nivel de la universidad, la cosa era más politizada. Había representantes de los trabajadores que pertenecían al partido “x” y otros al partido “y”. En definitiva, nunca influyeron en ninguna decisión, ni siquiera en la presupuestaria, que era la que podría haber estado más cercana a ellos.

Considero que no funcionó y creo que menos tiene sentido hoy día donde existen los sindicatos. Es distinta la relación cuando hay sindicatos o cuando no hay sindicatos. La experiencia que tuvimos fue mala en el sentido que aportó poco y no funcionó, esa es mi opinión.

**EQUIPO:** *¿Cómo te imaginas la universidad cuando cumpla su centenario?*

Les voy a decir una cosa primero. Entregué unas fotos, en el Rubén Castro. Yo conocí al jefe de gabinete de Rubén Castro, por eso conozco la historia de esta universidad desde sus orígenes, de antes que entrara, porque el “Marcos Avilés” de la época, que también era un egresado de derecho, era amigo de mi padre. Mi padre tenía un negocio en la esquina de Pedro Montt con Doce de Febrero. Don Rubén Castro iba a fumar cigarrillos “Captain” al negocio de mi padre, cuando se estaba construyendo el edificio. Venía todos los días a ver cómo iba la construcción y a su jefe de gabinete, o el secretario privado como se llamaba en esa época, lo conocí. Manuel Talcaño Silva, quien estudió derecho porque al papá le parecía, pero a él no le gustaba el derecho, le gustaba el canto y terminó cantando en Perú. Se casó con una pianista, en Perú también.

Ahora, ¿Cómo imagino la universidad? Tengo el presentimiento que la universidad va a vivir otro “67”, no sé cuándo, con otras características, lo que ustedes quieran. No va a ser con la lógica de lo que fue el ‘67, pero va a vivir un cambio diría “copernicano”.

**EQUIPO:** *¿Qué le hace presentir eso?*

¿Qué me hace presentir eso? Que las cosas tienen ciclos, no es que yo sea “determinista” para la vida creo que las cosas tienen ciclos. La Reforma —acuérdense— no fue solo aquí. Siempre decimos que aquí partió, pero en todo el mundo se cuestionó el modelo de universidad de la época. Yo creo —como habría dicho un ex presidente— que, más temprano que tarde, se va a reflexionar sobre esto. Si los estudiantes que están en la calle, los que están gritando, los que se toman las universidades tienen cuestionamientos que son profundos y ellos lo que quieren, es lo mismo que quisimos nosotros el ‘67: cambiar el sistema. Ellos no quieren menos o más crédito, más o menos becas. Cuando hablan del lucro y la gratuidad, lo que ellos quieren es cambiar el sistema.

Como todas las cosas, estamos llegando a un extremo, demasiado extremo para el desarrollo de la actividad universitaria. Por ejemplo: estoy de acuerdo con los estadísticos, así que puedo hablar con conocimiento de causa. No soy de los que habla contra las publicaciones ISI, porque las tengo. Yo creo que hay que hacerlas y hay que tenerlas, no digo que no. Pero no se puede llegar al extremo en que todo se reduce a eso.

Y al comienzo hablaban respecto la desvalorización de la docencia. Si la docencia es muy importante. Uno se forma en función de la gente que ve. Creo todavía en la relación maestro-discípulo. En la medida que haya maestros van a haber discípulos y se van a formar. Hoy día, eso se ha perdido absolutamente.

Miren, me tocó implementar las famosas “Salas Génesis”. ¿Saben lo que haría yo ahora? las sacaría todas. Creo que no están cumpliendo ninguna función. Los famosos *powerpoint*, los sacaría todos, porque hoy día la clase se está transformando en pasar transparencias y, los estudiantes, están jugando o chateando con sus teléfonos móviles. Esa es la clase de hoy. Yo me asomo, como no hago clases, y veo qué están haciendo los cabros y qué está haciendo el profesor. El profesor está pasando transparencias, el alumno está chateando y así, eso necesariamente revienta.

Antes —esta es anécdota de la escuela de Derecho— los estudiantes trataban de quitarle los apuntes al profesor, para ver si era capaz de hacer clases sin apuntes. Yo les quitaría el *pendrive* ahora, para ver si son capaces. Algunos, simplemente no lo son. Y después andamos pidiendo a los alumnos que aprendan a hablar, que sepan hacer informes, que sepan escribir, si ni el profesor lo hace, pues sólo muestra transparencias.

Entonces, el tema no es un conflicto de esta universidad, es un conflicto de la sociedad, va a reventar nomás. Las universidades siempre han sido reflejo de lo que pasa en la sociedad. Entonces, si ustedes me preguntan por la universidad para su centenario... Sí, pero después de un conflicto tan grande como el del '67, en que vamos a volver otra vez a las raíces.

**EQUIPO:** *Profesor ¿Qué aporta esta universidad a Valparaíso o al país?*

Aparentemente, no aporta mucho, porque nos llenaron de parquímetros, a la ciudad le importa re poco esta universidad, pero bueno. A ver, creo que la universidad aporta buenos profesionales, reconocidos. Ahí hay un aporte. Lo que ha dejado de aportar o aporta menos es la influencia en lo que hoy, tan pomposamente, llaman “políticas públicas”.

Me acuerdo de la discusión que hubo con la famosa “vía elevada”, esta vía que está aquí en frente a medio hacer. Ahí, la escuela de Arquitectura tuvo una posición clara respecto a la ciudad: “la Avenida del Mar se hace por aquí”. Y el gobierno dijo: “no, hay que hacer una vía elevada que vaya por acá”. Ese tipo de cosas, las echo de menos.

Están los egresados y hay informes de profesores de escuelas de esta universidad que son solicitados y que son considerados y, de esa manera, evidentemente influyen en la opinión pública.

Lo que pasa con la universidad es que falta, no lo que nosotros creemos de ella, sino lo que otros piensan de lo que nosotros somos. Yo creo que falta reconocimiento a nivel de la sociedad respecto de cuánto contribuye esta universidad. La pregunta que ustedes me hacen habría que hacerla al revés, o sea, preguntarle a la ciudad sobre la contribución de la universidad a ella.

**EQUIPO:** *¿Cuál ha sido su legado que lo deja más satisfecho?*

Para un profesor el único legado que lo deja satisfecho son las tantas generaciones que pasaron y que uno modestamente ayudó a formar. Por otra parte, esta universidad es bastante centralizada. Entonces, en la Vicerrectoría de Desarrollo inventamos cuestiones nuevas, introdujimos tecnología. Ustedes no lo van a creer, pero no había página web, no existía. Con Kareen Stock la inventamos. Era horrible, pero no importa, salimos con la página web. A mí me tocó incorporar harta tecnología a la universidad. Si me preguntan un hecho así concreto, pienso en ese.

**EQUIPO:** *¿Y la política de desvinculación de los académicos?*

Esa me tocó muy al final. Hicimos los primeros cálculos. Ahí la persona que más colaboró fue Juan Vrsalovic, fue quien implementó esa política.

**EQUIPO:** *¿Y por qué se eligió 65 y no 70 años?*

Porque simplemente se siguió el Código del Trabajo. La única discusión fue si las mujeres tenían que jubilar a los 60 o 65. Ahí, Marianne Pernard estaba furiosa, porque habían puesto 60. Nadie pensó en esa época en los efectos que podría tener la jubilación anticipada en las rentas de los cotizantes ya jubilados. Nosotros somos de una generación media rara. Yo soy el típico personaje paradigmático del sistema de AFP.

El sistema supone que tu jubilarías con el 70% de tus ingresos cuando eras activo ¿Cierto? A mí sí. ¿Y por qué? Porque yo empecé a trabajar a los 18 años. Trabajé durante los 5 años que estuve en la carrera y me estaban pagando las imposiciones. Después no tuve ninguna laguna y la rentabilidad promedio sobre el 6%. Con todas estas condiciones da el 70% de tus ingresos.

¿Qué es lo que pasa? Esa situación no la tiene nadie, porque la mayoría de la gente, de mis colegas, los primeros cinco años laborales –esto lo enseñan las Matemáticas Financieras– pesan mucho después. Mis colegas estaban estudiando, no estaban trabajando. Después, entraron a una universidad en que muchos entramos y ellos entraron sin imposiciones. En el año ‘81, que es cuando se cambia al nuevo Sistema a AFP, hubo un problema. El Estado le dio el dinero a la universidad para descontar a los profesores aquellas imposiciones que eran de parte del trabajador. De esta manera, quedaría el mismo sueldo líquido. Ahí, la universidad no se gastó todo el dinero en el tema imposiciones, porque se arrastraba una deuda por mucho tiempo.

Esta universidad, por lo que les decía, era una universidad díscola. Hubo períodos en los cuales le reajustaban el presupuesto en un 50% del IPC, por lo que no alcanzaba para pagar los sueldos de los profesores y personal administrativo. Por lo tanto, había que ir a pedir crédito con ese 50% del IPC. Por eso es que esta universidad, cuando se inventan los famosos –en esa época se llamaban “Fondos de Desarrollo Institucional”, después se llamaron MECESUP– la universidad tuvo que usarlos durante los dos primeros años, porque se los pusieron como condición para pagar présta-

mos. Entonces, nosotros tuvimos dos años de rezago, que otras universidades pudieron usar para construir infraestructura. Eso es lo que ocurrió.

**EQUIPO:** *Profesor, queremos agradecer su gentileza. Este trabajo es una historia basada en relatos.*

Es un agrado para mí. Las historias que hay de la universidad son medias cuestionadas, están demasiado recientes los hechos, aunque ya han pasado 40 años, para ser la historia. Claro, el problema es a quiénes se entrevistan para los relatos y qué preguntas les hacen.

Tienen que buscar a personas que hayan participado más en el período de los rectores delegados, porque ahí yo tengo una laguna, sabía muy poco. Y gente que haya estado en el otro bando. Yo no sé cuánto estará dispuesto a hablar Félix Lagreze, por ejemplo, fue un hombre importante en la época de los rectores delegados.

46

**EQUIPO:** *Construyó el edificio Gimpert.*

Creo que también es bueno conocer desde la otra perspectiva, de los que trataron de llevar adelante un proyecto de universidad en el cual ellos creían, porque si no, la historia no les queda completa. Después, habría que buscar profesores que hayan estado fuera del país, que también los hay.

**EQUIPO:** *¿Como por ejemplo?*

Fernando Alvarado. A Fernando hubo que sacarlo del país, pasó por la Academia de Guerra. Seguramente, no va a querer hablar de eso. Tienen otros nombres que fueron bien importantes en esta universidad: los hermanos De Mateo, Filadelfo que está en la universidad Adolfo Ibáñez, fue importante. Alejandro Guzmán, quien es un gran intelectual. Raúl Bertelsen, fue Rector. El mismo Juan Enrique Fröemel. Claudio Molledo, quien fue Secretario General. Alfonso Muga. Bueno, muchas gracias.









*La universidad se ha vuelto mucho más reactiva y menos proactiva. Esta universidad, como luz de la sociedad que marca rumbos, se ha ido perdiendo y hoy en día, por su propia subsistencia, tiene que ir reaccionando a las señales del medio.*



## ENTREVISTA

# Andrés Illanes Frontaura

28 DE MAYO  
DEL 2013

**EQUIPO:** *Hoy conversaremos con Andrés Illanes Frontaura, quien es un profesor de larga trayectoria en la universidad. Entre otros cargos, el currículum nos indica que ha sido Jefe de Docencia de la escuela de Ingeniería Bioquímica, Secretario Académico y Director de la misma escuela. Por dos períodos, fue Vicerrector Académico de la universidad. El profesor Illanes es Ingeniero Civil Químico de la universidad Católica de Valparaíso.*

*Profesor ¿Cómo fue su llegada a la universidad?  
¿Cómo era la universidad que usted conoció?*

Mi llegada fue muy entretenida. Entré con 16 años a la universidad, era muy chico, muy inmaduro, obviamente, pero yo tenía la convicción de irme a estudiar a una ciudad distinta de mi casa, no porque tuviera problemas con mis padres (de hecho mi madre había muerto, mi padre vivía, tenía una muy buena relación con él) pero yo no quería estudiar en Santiago. Mi familia es de Santiago, yo quería irme a estudiar a otro lado. Y se daba la coyuntura de que acá, en la Católica de Valparaíso, había una escuela de Ingeniería Química.

A mí me gustaba mucho la química. Bueno, por esas cosas tontas que uno tiene, me parecía que era la parte de ingeniería que abría como más perspectivas. Entonces, Ingeniería Química sólo se daba en la Católica de Valparaíso y en la universidad de Concepción. Las demás universidades, incluidas las de Santiago, tenían un tronco común y después derivaban a las distintas disciplinas, pero yo quería estudiar ingeniería química desde el comienzo. Por ello, me pareció entretenido y esto de venir a Valparaíso me parecía un poco fascinante, una ciudad muy atractiva, muy poética, me pareció macanudo.

Yo, además, quería estar por mi cuenta, y se dio la coyuntura, una cosa muy especial, el año en que yo entré a la universidad, que fue el año '65, mis tíos —que eran muy querendones nuestros, porque nosotros habíamos perdido a mi madre, a su hermana, cuando éramos muy niños— eran como segundos papás nuestros, nos habían invitado a un viaje por Argentina y coincidió ese viaje con la fecha en que se tomaba el examen de admisión a la universidad de Chile, que era la otra opción que yo tenía. Yo había sido seleccionado en Ingeniería en la universidad de Chile, tenía muy buen puntaje en el bachillerato, entonces podía entrar a donde quería realmente, pero dije: “yo no me pierdo el viaje, así que dije no voy a la Chile” y, en Valparaíso, tomaban el examen de admisión los primeros días de marzo. Así que vine, entramos a dar el examen, era un examen espeluznante para entrar a Ingeniería Química en aquella época.

**EQUIPO:** *Era la única Ingeniería.*

Claro, era la única Ingeniería que había acá en la Católica. Esta era una escuela que, en su época, tenía mucha tradición. Una de ellas era que tenía que “darle duro” a los alumnos de entrada. Entonces, este examen de admisión era un examen horroroso, que yo me senté y, la verdad, es que yo creo que si doy ese examen, no entro, salgo mal, porque era realmente muy complicado. Pero se acercó el Director, que era don Samuel Navarrete en aquella época, y me dijo: “mire, usted viene con 30 puntos en el bachillerato, usted es muy buen alumno, no creo que sea necesario que dé el examen, así que váyase”. Y ahí entré.

Entré porque tenía muy buen puntaje, pero el examen en definitiva no se lo tomaron a todo el mundo, se lo tomaron a los que tenían más bajo puntaje y así entré a la universidad. Cumplí 17 años los primeros días del

año y bueno, ya no me moví más, me quedé acá en Valparaíso y después me quedé trabajando acá hasta el día de hoy.

**EQUIPO:** *¿Y era muy distinta la universidad?*

Sí, era bastante distinta. De partida era una universidad mucho más pequeña, casi todas las actividades estaban concentradas acá, porque fuera de Casa Central ¿qué es lo que había? Estaba la escuela de Arquitectura, que tenía su casa en Recreo, y nada más, porque incluso Agronomía estaba acá. Había campo, pero la escuela como tal estaba acá en el cuarto piso, y ponían plantas y era genial, porque nosotros en Ingeniería Química éramos muy amigos de los agrónomos, por una razón física en realidad y es que los tipos estaban un piso más arriba que nosotros. Para la Semana Universitaria era muy importante, esto de jugar a favor de la gravedad, porque se tiraban cosas. Entonces, nuestros “enemigos” eran los de Derecho y estaban en el segundo piso. Entonces, nosotros teníamos la gravedad a nuestro favor, pero con los agrónomos no había que meterse, porque estaban arriba nuestro y, además, eran bastante salvajes, eran tremendos, eran cosa seria. Entonces, en Ingeniería Química, siempre tratábamos de aliarnos con Agronomía y con alguna escuela de niñas bonitas, como Servicio Social, Inglés, Francés, que eran las chicas bonitas.

**EQUIPO:** *¿Y cuándo se transforma a Ingeniería Bioquímica?*

A ver, la historia es un poco larga. La escuela de Ingeniería Química se crea prácticamente con la fundación de la universidad. El año ‘69 se crean las carreras –no eran escuelas todavía– de Ingeniería Civil Industrial e Ingeniería Civil Bioquímica. Entonces, empiezan los primeros estudiantes de Ingeniería Bioquímica más o menos el año ‘70. Ese año yo diría que ya no estábamos acá. Estuvimos unos años (como hasta el año ‘72) en la calle Doce de Febrero y en esa época yo ya me había ido becado a Estados Unidos, y cuando regresé la escuela estaba en el Edificio Rafael Ariztía, en un galpón miserable en esa época.

Se habían comprado ese lugar, pero imagínense, eso era una embotelladora, o sea, era un galpón industrial. Bueno, nosotros estábamos en la parte que tiene entrada por la calle General Cruz, que no es propiamente el frontis, sino que es un costado, y eso era una embotelladora de la Coca-Cola. La habían adaptado, por supuesto, como recinto universitario, pero era terrible, vivíamos como en unas casamatas. Eran muy parecidas a unas que había en el MIT, Estados Unidos, que eran unas casas que

habían usado los soldados durante la guerra. Eran verdaderas barracas y ahí estábamos, compartíamos oficinas de a dos en un lugar muy húmedo, muy oscuro, bastante siniestro. Y poco a poco fuimos mejorando.

**EQUIPO:** *¿Usted ya era profesor de la escuela?*

Claro, cuando volví de Estados Unidos, lo hice como profesor en ese lugar. Estábamos instalando los laboratorios. Ha sido un desarrollo bastante paulatino, no quiero decir penoso, porque ha sido con esfuerzo, pero ha sido bastante paulatino, hasta llegar a lo que tenemos hoy, que es presentable, todavía no mucho, pero presentable. Lo maravilloso es que la universidad finalmente nos está construyendo un edificio para la escuela, una cuadra más allá donde está la facultad de Ingeniería, un lugar que tiene un valor histórico porque entiendo que allí murieron unos bomberos en un gran incendio [1953]. Hay una placa recordatoria y la Compañía de Bomberos está al lado.

52

Bueno, ya se comenzó la construcción del edificio. Se supone que el año 2014, en algún momento, deberíamos estar trasladándonos y eso es realmente una aspiración muy sentida, porque vamos a tener un edificio, prácticamente, para nosotros solos; y eso, en la PUCV, es un privilegio que le agradecemos a las autoridades.

La escuela nuestra tiene una historia súper entretenida, porque es partir de cero a tener lo que tenemos ahora. Nosotros no teníamos nada. Me acuerdo que para los laboratorios de nuestros alumnos teníamos que pedir prestados unos aparatos que tenía Victoriano Campos, profesor de Microbiología. Él era nuestro aliado, porque era una persona que tenía una cierta vinculación temática con nosotros. El profesor Campos tenía un laboratorio y una serie de cosas que nosotros no estábamos en condiciones de adquirir. Entonces, las clases de laboratorio las hacíamos en el laboratorio de Victoriano Campos.

**EQUIPO:** *Profesor ¿cuáles son los maestros o compañeros que usted más destacaría?*

En primer lugar, Andrés Raffo. Él es un ingeniero químico que, en esa época cuando yo entré a estudiar, era profesor de la universidad. Él me hizo clases en primer año, en la famosa “Eliminatoria”. En ese tiempo no se usaban eufemismos, el curso de primer año era “La Eliminatoria” y le hacía honor a su nombre, pues salía más de la mitad de la gente para afuera.

Bueno, él fue profesor mío y, seguramente, encontró que yo era un alumno con potencialidades, qué se yo. En segundo año, él me pide que haga ayudantía en este curso de “eliminatória”, cosa que no era muy común en alumnos de segundo año. Bueno, él como que me apadrinó, o sea, el tipo siempre pensó que yo tenía potencial. Fui su ayudante durante todos los años de la carrera y cuando estaba en sexto, estaba andando este proyecto de Ingeniería Bioquímica y la verdad es que él es quien me propone.

Entonces, cuando yo egreso, ya estaba aceptada la creación de la carrera de Ingeniería Bioquímica, a pesar de que no había nada muy concreto, pero ya el Senado Académico de la universidad había aprobado la creación de la carrera en una sesión memorable.

El Senado Académico era un lugar de debate en que participaba gente de muy distintos estamentos, con muy distintas visiones y, donde en verdad, se hacía un análisis académico muy a fondo de los problemas, con una –pienso– altura de miras bastante grande. Yo me acuerdo hasta el día de hoy, pues asistí como alumno, a esa sesión donde se aprueba la creación de la carrera. Me parece que fue un 5 de noviembre del año ‘69. Me acuerdo haber visto al “Tata Cruz” en una intervención genial, como todas las cosas que hacía Alberto Cruz, genial, donde él hace una serie de relaciones entre la Ingeniería Bioquímica y la *cuisine*, él hablaba de la *cuisine*, claro, como teníamos que ver con manejo de material biológico, de alimentos y todo. Finalmente, señaló que era muy importante que en la universidad se cultiven estas cosas que tienen que ver con uno de los placeres del espíritu, que es comer y el no sé qué... ¡fue espectacular!

Bueno, entonces coincide mi egreso –prácticamente– con la creación de este proyecto y Andrés Raffo me dice que quería que yo me incorporara, que postulara a las plazas que se estaban creando. Pero en ese momento, a mí me habían contratado en la RPC en Concón para ir a trabajar como Ingeniero Químico. Pero la verdad es que a mí siempre “me picó el bicho” de la investigación y de la docencia. A mí me encanta hacer clases. Hasta el día de hoy gozo haciendo clases. Entonces, en definitiva, me pareció que esto era atractivo y me daban la opción que, si yo ingresaba a la escuela, tenía la posibilidad de tener una beca para ir a hacer un postgrado a Estados Unidos. Eso, a mí me pareció fascinante. Renuncié a la RPC y me quedé como profesor de la universidad.

Andrés Raffo fue una persona que a mí me marcó mucho. Cuando volví de Estados Unidos con el postgrado él ya se había ido. Tuvo un conflicto dentro de la escuela. Era una persona con un carácter muy, muy especial, un temperamento muy fuerte, muy llevado a sus ideas y bueno. En ese momento, se produjo una situación compleja en la escuela y finalmente decidió irse, hizo su carrera profesional fuera, él es ahora un ingeniero muy exitoso, trabajó principalmente vinculado al grupo Corpora con Tres Montes. Él fue una persona que me marcó, claramente.

La otra persona que yo creo que fue muy importante en mi desarrollo y mi vida académica es Fernando Acevedo. Fernando es aún profesor de la universidad. Él terminó su condición de profesor adscrito hace un año y está todavía trabajando, está muy activo, es de esas personas que uno lamenta que tengan que jubilarse, porque realmente es una persona muy activa y muy importante para la escuela. Cuando yo me fui a estudiar él estaba por regresar y tenía por misión de echar a andar la carrera de ingeniería bioquímica.

Así que yo a él prácticamente no lo conocí hasta que volví, dos años y medio, casi tres años después, para incorporarme y trabajar con él creando y dándole forma a esta escuela. Pero claro, él era una persona mayor que yo, tenía –en esa época– mayor trayectoria académica, una persona a la que yo le tengo un respeto intelectual impresionante, es una persona –a mi juicio– extraordinaria del punto de vista intelectual. A mí me dio mucho. Ahora, claro, con el correr de la vida somos colegas y, por supuesto, hemos tenido siempre una relación muy horizontal. Él fue muy importante en mi formación, es una persona a la que siempre escucho porque suele decir cosas que a mí me parecen inteligentes y son cosas que a mí no se me ocurrirían. Fernando es capaz de ver cosas que yo no veo, que están fuera de mi percepción, para mí fue un maestro. Andrés y Fernando serían las personas que yo destacaría en mi formación.

Hubo otros profesores, como don Samuel Navarrete. Él fue un impulsor de la idea de la ingeniería bioquímica. La verdad es que él fue el que tuvo esta visión de crear una carrera de ingeniería bioquímica en la Católica de Valparaíso, siguiendo el modelo de MIT en Estados Unidos. Fue el primero el que plantó la semilla, siempre fue una persona sumamente deferente conmigo, desde la vez que me sacó de la prueba y me evitó el bochorno hasta que se murió porque tuvimos muchas ocasiones para compartir.

Ahora, en mi vida, al margen de mi disciplina, ya el año '77 me empecé a vincular con la administración central de la universidad. Tuve una trayectoria en que pasé yo diría por casi todos los cargos de la Vicerrectoría Académica. Estuve en la Dirección de Promoción de Docentes, después estuve en la Dirección General de Docencia. Después me crearon –un poco a mi medida– una cosa que se llamó Dirección General Académica, que era una especie de sub Vicerrector más o menos y, después, fui Vicerrector Académico en dos oportunidades. La primera vez no alcancé a terminar el período porque al rector lo desbancaron. Entre medio de todo esto fui Director de la escuela de Ingeniería Bioquímica y otros cargos.

**EQUIPO:** *¿Qué Rector era?*

El rector era Raúl Bertelsen. Fue una cosa muy interesante, porque Raúl –a quien le tengo mucho aprecio también, no necesariamente comparto sus ideas políticas, pero le tengo mucho aprecio– marcó un hito dentro del devenir universitario, porque él fue el primer Rector no Delegado durante la dictadura.

En definitiva, hubo una situación bastante compleja entre el gobierno y la Iglesia. La Iglesia optó por nombrar a Raúl Bertelsen sin la anuencia del gobierno. Aprovechando en ese momento que la Ministra de Educación era Mónica Madariaga, que tenía mucha relación con el mismo Raúl Bertelsen, es que fue nombrado –no con carácter de delegado– y eso causó mucha complicación acá. Raúl tuvo una rectoría difícil porque, a pesar de que él era una persona de pensamiento más bien de derecha –creo yo– era una persona que no tenía el sello de garantía dado por el gobierno militar. Entonces, fue una cosa complicada.

Finalmente, se produjeron ciertos problemas que provocaron la salida de Raúl. Era una época muy complicada, muy conflictiva, porque estaba toda la efervescencia contra la dictadura, toda la efervescencia social y, por supuesto, universitaria. Bueno, nuestra universidad siempre ha sido muy pionera en ese tipo de cosas.

**EQUIPO:** *¿De qué años estamos hablando?*

Estamos hablando del año '82-'83 por ahí, fueron años muy complicados. Acá teníamos todos los días enfrentamientos entre los estudiantes, carabineros, con bombas lacrimógenas, había que desalojar la universi-

dad, era una época bien turbulenta. Finalmente, esto decanta de alguna manera con la salida de Raúl y la llegada de Juan Enrique Fröemel.

Como Raúl sale, salimos todos los que éramos parte de su equipo. Me acuerdo que esto fue a fines de enero, 28 o 29 de enero, yo me había ido dos días antes a ver a mi cuñada en Holanda, yo estaba en Holanda, en Utrecht. Me acuerdo que me llega una notificación que tenía que presentar mi renuncia indeclinable. En aquella época las comunicaciones no eran como ahora. Me acuerdo perfectamente haber estado en la oficina de correos de Utrecht, en pleno invierno, con dos metros de nieve, redactando a manuscrito mi renuncia para mandarla por cable. No me acuerdo cómo la mandamos.

Así que alcanzamos a estar más o menos unos tres años de los cuatro, y vino el cambio. Obviamente, a los pocos meses me tuve que ir. Me aceptaron la renuncia, por supuesto y, bueno, estuvo Juan Enrique Fröemel que estuvo un período. Luego, viene el fin de la dictadura, el año '89 con la llegada de la democracia y se elige —ya sin ninguna participación del gobierno— a Bernardo Donoso, Bernardo se elige de acuerdo al procedimiento tradicional en la universidad.

**EQUIPO:** *Un poco antes de eso, se redactaron y votaron los Estatutos.*

Unos años antes estuvo el desarrollo de los Estatutos Generales de la universidad, donde fue muy interesante, porque fue de alguna forma el planteamiento de dos modelos universitarios que tenían algunas diferencias fundamentales. Uno de ellos era un modelo muy clásico, o bien, muy enraizado en la tradición de la universidad, basado en el concepto de Unidad Académica, mientras que el otro proyecto tendía a estructurar facultades. O sea, dar una supra estructura en base a facultades, que no ha sido algo muy propio de nuestra cultura universitaria.

Si bien, ha habido tradicionalmente algunas facultades, pero la mayoría de las facultades que existían entonces eran prácticamente una Unidad Académica, excepto la facultad de Básicas. Ciencias Básicas siempre tuvo una estructura más macro, pero el resto de la universidad eran unidades académicas, dispersas.

Ingeniería, era un grupo de escuelas. Estaba la escuela de Ingeniería con sus tres carreras: la de Ingeniería Eléctrica, Ingeniería Mecánica, Cons-



trucción Civil, que eran las que habían salido desde las escuelas técnicas.

Entonces, había una tradición de trabajar en base a Unidades Académicas, pero surge este proyecto en base a facultad es que es el que en definitiva gana. Gana el proyecto y se crea entonces toda la estructura de facultad es, se crea el Capítulo Académico, en fin, se le da una organicidad a la universidad que no era la habitual. Yo era partidario del proyecto que perdió.

**EQUIPO:** *Aquél que se heredó de la Reforma Universitaria.*

Claro, exactamente. Imagínense, me tocó vivir la reforma como estudiante y esas cosas marcan mucho, la vivimos muy intensamente. Con esa formación a mí siempre me pareció muy atractiva la manera como la universidad organizaba la vida académica. Entonces, un cambio a una forma un poco ajena a nuestras tradiciones no le encontraba mucho sentido. La misma idea de la creación del Capítulo Académico a mí nunca me convenció demasiado.

Había una serie de cosas. Es una época de mucho debate, pero la gracia que tuvo este estudio de los Estatutos, al margen del hecho de darse nuevos estatutos, es que creó un ambiente de discusión que no era fácil en aquella época. Se logra crear un ambiente de discusión de ideas que, la verdad, en años anteriores se había vuelto muy complicado, porque si bien la intervención militar en nuestra universidad fue bastante suave, pero era y vivíamos en un contexto donde las universidades eran miradas con mucha suspicacia por el gobierno, porque eran focos de rebelión y una serie de cosas.

Entonces no era fácil. Yo, por lo menos, reconozco que los rectores delegados que tuvimos, más allá de su rol tan duro, tan terrible para uno, fueron buenas personas.

Don Matías Valenzuela, por ejemplo, fue una muy buena persona, criteriosa, un muy buen hombre que le tocó ejercer este rol tan repudiable por la mayoría de la comunidad que le tocaba dirigir. Pero en fin, en ese ámbito yo destacaría a Raúl Bertelsen y a Bernardo Donoso. Con Bernardo somos amigos, a pesar de que nunca hemos tenido una amistad que vaya mucho más allá de los muros de la universidad, pero sí fuimos muy compañeros, muy amigos. A mí me tocó ser Vicerrector Académico cuando él era Vicerrector de Finanzas, lo cual nos ponía siempre en una

posición de enfrentamiento, porque claro: yo era el que me tenía que gastar la plata y él, el que tenía que cuidarla. Pero siempre lo hicimos en muy buen pie. Siento que tengo con Bernardo una muy buena relación, al punto que cuando es elegido Rector me pide que me haga cargo de la Vicerrectoría Académica. Alcanzo a estar con él durante el primer período de su rectoría, que fue interesante también, porque era el primer período, ya propiamente en democracia, donde se respiraba un aire un poco más fresco y, bueno, Bernardo tenía una manera de conducir las cosas que a mí me parecía muy entretenida, muy atractiva.

**EQUIPO:** *¿Cuál es esa manera?*

Bernardo es una persona muy afable, es un tipo que quizás de manera a veces un poco exagerada está siempre tratando de buscar acuerdos. Es un gran “acordador”, es una persona capaz de mezclar el aceite y el vinagre y te los mezcla sin problema. Siendo una persona que tenía “pelaje político”, que yo no lo tengo en absoluto, creo que Bernardo se manejaba bien en ese plano político, era una persona muy afable, que hacía las cosas de una manera muy poco confrontacional, capaz de conciliar. Eso a mí me parece que fue una gran cosa. Él es respetuoso de las ideas de los otros. Nosotros teníamos muchas coincidencias, pero también teníamos alguna discrepancias, pero nunca sentí que él me fuera impositivo, a mí me dejaba las “manos libres”.

En esa época, existía el Rector y solamente dos Vicerrectorías: la Académica y la de Administración y Finanzas. La Vicerrectoría Académica era compleja, porque manejaba no solamente los aspectos docentes, de pre y postgrado, sino además todo el tema de investigación y los asuntos estudiantiles. O sea, era una Vicerrectoría más o menos grandota.

**EQUIPO:** *¿Debía abandonar la bioquímica?*

Lo que yo abandoné fue el resto de mi vida, pero la Ingeniería bioquímica no la abandoné nunca. De hecho, estaba siempre en la mañana en mi escuela, salvo que tuviera una cosa importante, una reunión, pero normalmente llegaba y estaba de 7 y media a 12 en la escuela, hacía mis clases y mantenía mis proyectos de investigación, que nunca los dejé. Claro, me tocaba trabajar hasta las tantas de la noche. Tenía en una época una secretaria muy encantadora, Alicia Olivares. Ella era muy simpática, una persona muy extrovertida, nos llevábamos muy bien, fue secretaria

mía durante mucho tiempo. Yo la desesperaba, porque llegaba a la Vicerrectoría el viernes a las cuatro de la tarde, a la hora que las secretarías normalmente se van y le traía un montón de cosas que hacer. Pobre Alicia, se quedaba los viernes hasta las nueve de la noche sacando papeles. La verdad es que yo logré más o menos conciliar ambas tareas, o sea, nunca dejé la ingeniería bioquímica y, en buena hora, porque sino yo habría quedado *out*. O sea, cuando yo regreso a la vida académica plena el año '92, habría estado casi 15 años desvinculado, es impensable eso.

Yo creo que eso lo hice bien, con un costo personal indudable, pero lo hice bien desde el punto de vista de mi vida en la universidad, porque nunca me desvinculé de mi escuela, pero claro, había que trabajar más horas, así era la cosa. Bueno, como les dije, con Bernardo Donoso había dos Vicerrectorías: Vicerrector de Finanzas, en el primer período, era Atilio Menichetti, ¿se acuerdan de Atilio? Atilio era una persona que, bueno, tenía un cierto grado de controversia, de hecho no salió muy bien de la universidad, pero era una gran persona. Él venía de Ingeniería Industrial, o sea, nosotros nos conocíamos desde antes y, si bien era complicado trabajar con él, la verdad es que creo que fue bueno. Después me tocó a Bernardo como Vicerrector de Finanzas, siendo Raúl Bertelsen rector.

Ya con Bernardo como Rector, Gabriel Yany fue el Vicerrector de Finanzas. Entonces, la estructura que había más o menos en esa época era como que Raúl era la figura del Presidente y yo era –un poco– la figura del Ministro del Interior. O sea, yo era el “gallo” que me tenía que hacer cargo de toda la “chuchoca” interna, una persona de muy poca figuración, cosa que a mí me venía muy bien, porque yo nunca he sido “muy de ceremonia”. Todas esas cuestiones a mí me enferman, siento que estoy perdiendo el tiempo.

En cambio, Bernardo Donoso era una persona de mucha figuración, un tipo bueno para hablar, bueno para hacer lobby, muy bueno para relacionarse con el gobierno. En esa época, tenía una sintonía política con el gobierno, lo cual permitía una buena llegada y él se manejaba muy bien en eso. Pero claro, yo creo que Bernardo no tenía un conocimiento tan a fondo de la universidad como el que tenía yo en la parte académica. Yo había hecho el camino completo, en esa época me conocía la universidad de *pé a pá*. Entonces, para mí no fue muy complicado hacerme cargo de

toda esta cuestión. Y Bernardo sabía que la “cosa interna” yo la podía manejar bien. Para Bernardo, la parte de finanzas nunca fue mayor problema y él se podía dedicar un poco más a la parte política y de vinculación que –creo– fue muy importante, sumamente importante. Después, alcancé a trabajar con Alfonso Muga, porque Alfonso fue director de la Oficina de Planificación.

Era muy divertido, porque existía el Comité de Rectoría, que era muy importante. Estaba integrado por el Rector, el Vicerrector de Finanzas, el Vicerrector Académico y el Director de Planificación. Eso era genial, porque estar sentado en una misma mesa con Bernardo Donoso y Alfonso Muga, les digo que es toda una experiencia. Ahí había que entrar con un escudo, porque las cosas te llegaban con fuego cruzado. Alfonso es una persona muy sagaz, muy astuta, muy brillante, tenía muy buen *feeling* con Bernardo, existía entre ellos mucho compañerismo. Entonces, era fácil apuntar contra el vicerrector académico.

60

**EQUIPO:** *¿Usted conocía desde antes a Alfonso Muga?*

Alfonso es Ingeniero Químico, es una persona a quien yo conocí desde niño, estaba un curso o dos más arriba que yo y fue siempre igual. O sea, Alfonso estudiaba Ingeniería Química, pero su vida era la política. Era una persona de una capacidad de oratoria y de persuasión impresionante. Este “gallo” manejaba el centro de alumnos y las asambleas “con el dedo chico”. Muy hábil, era capaz de darte vuelta una asamblea completa. Y a él le tocó una participación muy activa durante la Reforma, a pesar de que –si mal no recuerdo– Alfonso fue antireformista, cosas que se olvidan. En general, la escuela de Ingeniería Química de aquella época era antireforma. Pero Alfonso era un líder nato, absolutamente, una persona con mucho carisma, con una capacidad de palabra extraordinaria, desde joven. Ese fue siempre su derrotero.

Bueno, después él se fue de la universidad y volvió muchos años después, pero yo lo conocí como compañero en Ingeniería Química. No era una persona así que se dedicara 100% a los estudios, porque tenía esta inquietud, es un tipo muy inteligente, le fue bien en sus estudios, no es que fuera un flojo ni mucho menos, pero su vocación iba por otro lado.

**EQUIPO:** *¿De esa generación es también Patricio Proust?*

Patricio Proust fue profesor mío, una persona muy buena gente. Una persona de una apariencia muy dura, pero en el fondo muy buena gente. Como profesor, un poco temible, porque era complicado. Los profesores de Ingeniería Química eran cosa seria, realmente, porque existía esa filosofía. La filosofía de la escuela de Ingeniería Química –por lo menos, como yo la recibí– provenía de un profesor que se llamaba Luis García de Cortázar, el “loro Cortázar”. Este hombre tenía una concepción muy particular de las cosas. Él decía que el ingeniero era una persona que tenía que ser capaz de responder en condiciones adversas. Por lo tanto, al ingeniero tú tenías que someterlo a la adversidad y hacerlo rendir en la adversidad, ese era su discurso. De alguna manera te torturaban de esa forma. El “loro” era muy simpático, tú le aguantabas cualquier cosa porque era simpático. Pero este tipo, a mí me hizo todos los cursos de matemáticas (en esa época, las matemáticas las hacían los ingenieros, no los profesores de matemáticas) y el “loro” hacía varios cursos. Este tipo era genial, porque en las pruebas se paseaba golpeando los bancos, estos bancos con hoyitos que hacían caja de resonancia, y entonces el “loro” hablaba a grito pelado, golpeaba y, entonces, uno se molestaba, porque estaba tratando de resolver un problema y el otro golpeando. Y él decía “no gallos, es que así es la cosa, el ingeniero tiene que trabajar en condiciones adversas” y se metía y te miraba la prueba, te decía “está loco, eso está malo, haga otra cosa”. Era “fregado”, pero era tan simpático que uno le aguantaba las cosas.

Bueno, estoy caricaturizando, pero esa filosofía de la exigencia, más allá de lo aconsejable, era muy propia de la escuela de Ingeniería Química en aquella época. Yo creo que ese espíritu ha ido cambiando bastante, pero el Pato Proust, Horacio Soto, Amelia Dondero, etc.

Quienes fueron mis profesores estaban muy imbuidos de ese espíritu de alta exigencia. Los exámenes de ingeniería química eran horriblos, eran orales y escritos, creo que los alumnos de ahora se espantarían. El escrito se tomaba primero y duraba toda la mañana. Salían con la cabeza “dada vuelta” y a las dos y media de la tarde empezaba el oral, donde te sometían a preguntas de estos “próceres”.

Don Samuel Navarrete era tremendo para los exámenes orales. Uno salía por “debajo de la puerta”. Era realmente –a mi juicio– exagerado, pero ese era el espíritu: “que al ingeniero hay que exigirle y hay que darle con-

diciones adversas para responder”. Un poco exagerado creo yo, pero de alguna manera templado. A mí no me complicó mucho, porque yo venía de un colegio de curas alemanes que era más o menos de la misma onda. Yo había estudiado en el Liceo Alemán en Santiago y, también, esos curas eran unos “malvados” que te hacían la vida imposible. Entonces, tenía el cuero más o menos duro cuando llegué a la universidad.

**EQUIPO:** *Tenemos 85 años como universidad. ¿Cómo se imagina cuando tengamos 100 años?*

No lo sé, la pregunta es que ni siquiera me aventuraría a hacer un pronóstico, porque siento que la universidad como función social ha evolucionado claramente. El rol que hoy día la sociedad pide o exige a la universidad es un rol muy distinto del que pedía o exigía hace 20 o 30 años atrás. Necesariamente, la universidad se tiene que ir adaptando a aquello y este rol es cada vez más multifacético, porque de la universidad se esperan muchas cosas. Algunas, me parecen propias y otras no tanto, pero en definitiva la sociedad termina por hacer las exigencias a las universidades. Entonces, lo que no advierto a nivel nacional es un modelo de universidad, no tengo claro hacia dónde va.

Es cierto que, de alguna manera, nos estamos separando de un modelo de universidad más clásico, de una universidad centrada en el estudiante y en la transmisión del saber hacia una universidad más multifacética, donde además de eso –porque todavía nadie se ha atrevido a cuestionarlo– tiene que hacer muchas otras cosas: tiene que desarrollar tecnologías, tiene que transferir conocimientos, tiene que crear gérmenes de empresas y una serie de otras actividades que, indudablemente, van mostrando una dimensión de la universidad que es más difícil de encasillar.

Entonces, no veo claro cuál es el norte y cuál es el modelo de universidad. Veo a la universidad muy reactiva frente a las señales del entorno y esas señales del entorno son cambiantes. Eso me complica, porque muchas veces, la universidad Católica de Valparaíso tiene que ir acomodándose a unas condiciones de entorno que son variables y sobre las cuales no tiene mucha capacidad de manejo. Sobre todo este tema de las acreditaciones y todas esas cosas sobre las cuales hay ciertas ideas, pero que de pronto esas ideas cambian y la universidad inmediatamente tiene que ir moviendo el timón en la dirección en que estas grandes directrices de la educación en nuestro país se van dando.

Yo veo que la universidad –y esto no es una crítica a nadie en particular– se ha vuelto mucho más reactiva y menos proactiva. Esta universidad, como luz de la sociedad que marca rumbos, se ha ido perdiendo y hoy en día tenemos una universidad que, por su propia subsistencia, tiene que ir reaccionando frente a las señales del medio.

Además, hay un problema económico que no se puede soslayar. Las universidades tienen que financiarse. Hoy en día, ya no existe un Estado generoso que le dé sin pedir nada a cambio los recursos para que las universidades puedan cumplir su rol social. Eso ya no existe y me temo que no va a existir nunca más. Por lo tanto, hay una problemática económica que complica mucho poder crear políticas propias.

Ahora ¿cuáles son las señales del medio? Tenemos que acreditar institucionalmente la universidad. Cada cierto tiempo hay que hacer una acreditación y en ella tenemos que decir las cosas que suenen bien a los oídos de quienes nos están acreditando. Muchas veces, esas cosas no necesariamente la decimos con una convicción profunda, porque ya no tenemos espacio para una convicción profunda. Estamos tan presionados por el medio externo y por los recursos que los espacios para las convicciones propias se han ido haciendo cada vez más estrechos. Yo sé que se trata de conciliar las cosas, pero es difícil.

Si ustedes me preguntan qué va a pasar en 20 años más, no lo sé. Probablemente, no me va a tocar vivirlo. La universidad va a cumplir 100 años, en buena hora. Creo que ese es un momento muy lindo para la institución. Honestamente, no veo un derrotero claro hacia dónde nos dirigimos. La universidad está haciendo una renovación generacional y creo que eso es muy bueno, muy necesario, pero viene una generación –me refiero a la gente de 40 años hacia atrás– con otras ideas, con otras vivencias, que no necesariamente están imbuidos de lo que ha sido el devenir de la institución. Por lo tanto, tienen menos compromisos emocionales con lo que es el espíritu de la institución y no sé qué va a pasar.

No sé hasta qué punto nosotros, los viejos, hemos sido capaces de transmitirle a las generaciones más jóvenes esa “cosa institucional” tan bonita que sentimos con tanta fuerza por la universidad Católica de Valparaíso. No sé si las nuevas generaciones... no sé para dónde van a ir, realmente no lo tengo claro.

**EQUIPO:** *El proyecto nuestro es un poco eso, tiene que ver con cómo se conserva el espíritu de la universidad.*

Profesor, usted es uno de los académicos que más publica *papers* de corriente principal y ha contribuido a internacionalizar esta universidad. ¿Podría ahí haber una nueva característica de este modelo universitario?

Lo que he tratado, más que ser un modelo, es de crear, es formar gente. Me he preocupado de eso, de que hayan discípulos que te superan, y en ese sentido, cuando yo me vaya, me iré muy satisfecho porque contribuí a formar gente que tiene mejores cualidades que las que tengo yo. No me cabe duda que van a llegar a ser aportes muy importantes a la universidad. Hay personas que, aunque no estén ya directamente trabajando conmigo, son personas que —creo— he contribuido a su formación y que van a dar fruto en la universidad. Personas como Claudia Altamirano, Lorena Wilson que trabaja hasta el día de hoy conmigo, una profesional que estoy seguro va a tener un gran desarrollo en la universidad.

Creo que para pensar que hay gente que va a hacer andar esta universidad en una buena dirección, se requiere mucho cariño con la institución. Sentirse emocionalmente ligado a ella, tener ganas de trabajar. Hay que trabajar duro y sé que cada vez el trabajo académico es más complejo, más diverso. Tiene que haber algo que es lo que yo menos tengo claro en las generaciones más jóvenes: que es el amor por la enseñanza, por transmitir los conocimientos.

Los profesores jóvenes han tenido una formación muy sólida, un acceso muy grande a la información. Las generaciones jóvenes tienen una gran capacidad de trabajo. Al contrario, creo que son más bien trabajólicos, pero no sé hasta qué punto exista ese compromiso afectivo con la transmisión del conocimiento y la formación de personas.

Ese es un aspecto que hay que trabajar muy fuerte a la hora de la renovación de los cuadros académicos. Creo que es sumamente importante que la opción que la universidad está teniendo de renovar su planta académica con personas jóvenes, la haga sobre la base de personas que tengan un compromiso fuerte en ese aspecto.

**EQUIPO:** *En ese sentido profesor, ¿Usted considera que existe un sello o una identidad propia del alumno / exalumno PUCV?*



En alguna medida sí, ahora sería bien difícil poder decirlo en palabras, hay ciertas cosas que uno percibe, que son parte del sello de la universidad. En general, nuestros egresados, sienten un cierto orgullo de haber estudiado en una institución que tiene una serie de méritos a exhibir. Esta institución, a pesar de ser una universidad de provincia, una universidad pequeña, que no puede pretender competir con las grandes universidades de nuestro país, con la U. de Chile, con la U. Católica, incluso con la U. de Concepción, ha tenido el mérito de tener muchas cosas pioneras.

Algunas, estrictamente académicas y también periféricas como el caso de la televisión. La Reforma que impulsó nuestra universidad modificó completamente la estructura universitaria del país. Eso no es menor, que no lo quieran reconocer es otra cosa, pero es una verdad, una parte importante de la reforma se gesta desde acá y esto es antes de París (1968). De alguna manera, eso se transmite y forma parte del orgullo de pertenecer a la Católica de Valparaíso. Esta universidad ha sido muy valiente en hacer nuevas propuestas a la sociedad y ojalá eso se mantuviera.

La misma carrera de ingeniería bioquímica es una apuesta y nuestra escuela hasta el día de hoy puede exhibir eso. Fue la escuela en donde se introdujo, en Chile, una disciplina de la Ingeniería y hoy en día esto lo puedes encontrar en la Católica, en la universidad de Chile, pero nosotros lo hicimos antes. Probablemente, ahora nos van a pasar por encima, si es que ya no lo han hecho, pero esto se gestó desde acá, desde la universidad Católica de Valparaíso.

No me cabe duda que hay otros ejemplos, yo les estoy dando uno que conozco desde cerca, pero creo que en esta universidad hay una “cosa institucional”, de creación, de vanguardia en muchos aspectos y eso, de alguna manera, a pesar de que probablemente los alumnos ni siquiera lo saben, se empapan de ello y eso genera un cierto orgullo.

Pienso que la misma situación de la universidad durante la dictadura militar también deja cierta enseñanza interesante. Lo que ocurrió en esta universidad es distinto a lo que ocurrió en otras instituciones y uno se pregunta ¿por qué? Y no es que no pasaran cosas duras. Acá salieron muchos académicos por razones políticas, pero la universidad, cuando existió la posibilidad, les hizo un gesto muy bonito de reincorporación. Algunos se reincorporaron, otros no, pero estuvo el gesto.

Nuestra universidad ha sido siempre muy peculiar, no quiero hacer referencia a la parte católica, eso va por otros canales. Yo no soy la persona menos adecuada para hablar de eso, pero me imagino que también hay algo de la condición de católica de nuestra universidad que, de alguna forma, se transmite.

La misma actitud que la universidad ha tenido siempre frente al estudiante de escasos recursos. Creo que esa es una característica institucional muy interesante: no hay otra universidad en este país que destine tantos recursos para tratar de paliar las deficiencias económicas que tienen los estudiantes, entendiendo que esta universidad es una institución de un perfil socioeconómico medio, tendiendo para bajo. Eso es así y que bien que sea así, porque de alguna manera es congruente con la creación de la universidad. Está en el espíritu de los fundadores de la universidad. Me acuerdo que Bernardo Donoso siempre decía algo que muchos compartimos: “Esta universidad es como Chile”. Es un buen cuadro de lo que es el país, porque acá hay de todo. Tú cruzas socialmente desde personas de mucho dinero hasta personas casi en el límite de la indigencia, y eso es una característica de esta universidad muy potente.

66

Les doy una experiencia personal. Mis hijos fueron todos educados en la educación privada viñamarina: mi hijo fue al Mackay –contra mi deseo– pero fue al Mackay; mi hija estudió unos pocos años en las Monjas Inglesas, hizo la mayor parte –a Dios gracias– en la Alianza Francesa, pero fueron personas que siempre se movieron en un ambiente viñamarino. Afortunadamente, ambos estudiaron en la PUCV, mi hija estudió derecho y mi hijo estudió ingeniería industrial. Para ellos, fue muy importante porque vieron una dimensión social que tenían mucho más restringida. Supieron lo que era tener compañeros que no venían de Reñaca, sino del Cerro Mariposas, y pudieron ver que podían compartir con ellos y tuvieron una dimensión de lo que es el país mucho más real. Entonces, es un mérito de nuestra universidad y hay que reconocerlo.

**EQUIPO:** *¿Recuerda usted profesor el episodio en el que el Gobierno decidió sacar las carreras de pedagogías de las universidades y la Iglesia se opuso en las universidades católicas?*

Claro. Bueno, fueron dos cosas. Por supuesto la Iglesia, y en forma muy atinada, dijo por una cuestión doctrinaria “yo quiero seguir siendo parte de la formación de profesores, porque la misión evangélica de la Iglesia

así lo indica”. Obviamente, la Iglesia veía con mucha preocupación que las pedagogías pudieran salir de la universidad. Yo diría que, al margen de la oposición de la Iglesia a esta decisión, y que probablemente fue la que decidió en último término la permanencia de las pedagogías en las universidades Católicas, existió la convicción de que esta universidad tenía un rol social importante que cumplir en la formación de los profesores. No fue solamente una cuestión evangelizadora, sino que también hubo una convicción institucional respecto que, no siendo las pedagogías carreras “rentables” y teniendo bastantes costos la formación de los alumnos, no existía la opción de sacar las pedagogías de la universidad Católica de Valparaíso, lo cual me parece otro rasgo distintivo de nuestra universidad. Y como esta, hay muchas otras cosas que tenemos para sentirse orgulloso.

**EQUIPO:** *¿Qué cosas cambiaría usted de la universidad?*

No sé, yo no soy quien para decir eso, pero sí hay ciertas cosas que uno visualiza y que son interesantes. Por ejemplo, esta universidad es una de las de cierto respeto en el país, que tiene la peor infraestructura, la peor. Vayan a cualquier otra universidad. Ésta, en la mayoría de sus sedes, da un poco de vergüenza, tiene una infraestructura muy mala. Tiene una manera de hacer las cosas muy a lo “maestro chasquilla”. Aquí “nos llevamos toda la vida poniendo un altillo, haciendo una escalerita de no sé qué, un hueco por acá”. Esa es una cosa que está metida en el ADN institucional.

Claro, tiene lo bueno que esta institución siempre ha tenido unas finanzas muy sólidas y eso ha sido bueno, pero muchas veces se cuida demasiado, yo creo que carece un poco de audacia en ese sentido, y eso hace que seamos una universidad con una infraestructura pobre. Ha habido cambios, por supuesto, está Curauma y una serie de otras edificaciones, lo que significa que hay una preocupación, pero en esto —me parece— la universidad tiene una mentalidad “un poco de almacenero, de sacarle la chaucha al peso para hacer caja” y eso es complicado, a mí no me parece.

¿Qué otra cosa yo le podría criticar a la universidad? Sin ofender a nadie, a mí me da la impresión de que hay una excesiva profesionalización en la Vicerrectoría Académica. Me parece que hay demasiados profesionales trabajando allí y que se ha ido perdiendo un poco la conducción propiamente académica, porque son muy buenos profesionales, pero están haciendo una función profesional dentro de una Vicerrectoría que tiene

que dar una conducción del punto de vista académico. A mí me complica un poco eso, no sé si es atinado.

Aquí pasó algo con lo que tiendo no estar de acuerdo. Cuando Alfonso Muga se hizo cargo de la rectoría, él dismanteló la Vicerrectoría Académica, la disgregó, probablemente porque eso se avenía con su personalidad. Alfonso había sido vicerrector académico y se las sabía todas y si no, él creía que se las sabía todas. Por lo tanto, él desmembró la Vicerrectoría y, por ende, la profesionalizó mucho. En gran medida, las directrices académicas las daba el rector.

Yo no quiero ser ofensivo respecto de nadie, no es mi intención, pero creo que eso fue malo para la universidad, se desmembró un organismo que era importante, porque permitía dar ciertas políticas y eso quedó muy desmembrado. Se ha intentado volver un poco atrás pero yo diría que se ha vuelto atrás más en la forma que en el fondo. Ustedes saben: desaparece la Vicerrectoría Académica, desaparece del todo y se crean la Vicerrectoría de Investigación, la Dirección de Asuntos Estudiantiles, etc.

Ahora, se ha intentado recomponer la Vicerrectoría Académica, pero eso es más formal que de fondo, porque actualmente está prácticamente restringida a la docencia de pregrado, y eso no es una Vicerrectoría Académica. Se llama así, pero no lo es. Esto —a mi juicio— no fue un paso en la dirección correcta, en cuanto a la organización de la universidad.

Me preocupa la excesiva reactividad de la universidad, esa es una cuestión muy criticable. Estamos muy en la idea de tener que estar dando respuestas punto a punto a lo que los acreditadores nos piden.

Se trata de personas a las que les pasan un documento de 500 páginas, leen la cuarta parte y dan opiniones. Esas opiniones “quedan marcadas a granito” y la institución tiene ahora que orientarse en base a ese tipo de opiniones que, probablemente, en la siguiente acreditación, van a ser otras porque el acreditador será otro. Creo que hay un exceso de esa actitud reactiva.

No hay una política muy definitiva y se trabaja reaccionando frente a demandas del entorno. Entiendo que es muy complicado, porque ellos tienen “la llave de la caja de fondos”, pero me preocupa una universidad reactiva frente a las señales del entorno. Eso, de alguna manera, nos va alejando de poder tener una política más propia.

Probablemente, las personas que están en esto van a decir que en realidad esa política existe, que lo que simplemente ellos hacen es adaptar esa línea conductual a las señales del medio, porque hay que hacerlo. Ojalá así sea, yo no lo veo tan claro. No existe esa línea conductual, más bien veo una línea un poco curva, que se va en una u otra dirección dependiendo de lo que el medio le señala.

Esto es complicado porque estamos en un país donde la educación es un problema no menor. La universidad, en este momento, se tiene que estar haciendo cargo —a mi juicio de muy mala manera— de todas las deficiencias que provienen de la enseñanza media. Estamos recibiendo un contingente de estudiantes que vienen tan mal preparados para hacer vida universitaria, que tenemos que empezar a subsanar las deficiencias. Entonces, la universidad empieza a hacerse cargo de cosas que la alejan de sus funciones.

Hoy día tenemos que tener talleres remediales para A, B, C, D... J.. Z. Inglés, porque los niños no saben inglés y ahora hay que saber inglés; castellano, porque los niños no saben castellano y hay que saber leer y escribir y los chicos, prácticamente, no lo saben hacer de manera correcta. Resulta que la universidad, por lo menos con los alumnos de primer año, se empieza a transformar en una suerte de “propedéutico”, sin serlo, porque —en último caso— eso sería razonable. Decir: “¿saben qué? la educación media es tan mala, los cabros llegan con tantas deficiencias, que vamos a inventar un *college*, un no sé qué, un primer año, llámenlo como quieran, para poder llevarlos a ellos a una condición de ingreso a la educación superior”.

Bien, eso me parece razonable, pero no estamos haciendo eso, estamos cerrando los ojos, pensando que podemos seguir haciéndole a los estudiantes de primer año una carrera universitaria, pero además tenemos que “taparles todos los hoyos” con los que vienen. Los pobres chicos se vuelven locos, porque resulta que, además de los cursos que ya tienen grandes dificultades para poder tomar, tienen que cursar 400 talleres de remediación, de nivelación, de no sé qué. Se vuelve una especie de círculo vicioso. La gente tiene poco tiempo para estudiar y, además, tiene que hacer todas estas actividades.

Creo que se están mezclando las cosas. Eso me preocupa, creo que es erróneo. Sé que es muy fácil decirlo sentado en esta mesa, “otra cosa es con gui-

tarra”, pero aquí hay algo que no va en buena dirección. Estamos haciéndonos cargo de una deficiencia que a la universidad no le corresponde asumir.

Creo que ha habido ahí también falta de fuerza. Esto ya no es una crítica a esta universidad, a las universidades, al Consejo de Rectores, a quien sea, para hacer sentir a la sociedad que la universidad está siendo amenazada por una deficiencia que proviene de la educación media. Entonces, al hacerse cargo de esa deficiencia, se desvirtúa su rol. Creo que esto no se ha dicho suficientemente. A lo mejor lo han dicho, pero creo que es una cuestión más complicada.

Yo quisiera decir aquellas cosas que me parecen criticables de esta institución. Tendría que decir que la PUCV no ha resuelto este problema ni cercanamente. Estamos “con la cabeza dentro del hoyo”, estamos pensando que resolvemos un problema que no se soluciona de esa forma. Acá, un alumno con las limitaciones que trae no se le resuelven haciéndole talleres A, B, C, y menos en la dimensión de un semestre, eso no se resuelve. Eso, en cuanto a las críticas institucionales.

**EQUIPO:** *Para sintetizar sus palabras, usted dijo, si se llega a ir, la mayor satisfacción es haber formado gente. ¿Cuál ha sido su mayor logro, que usted pudiera compartir con nosotros, su aporte?*

Honestamente, pienso que esa es una respuesta que más bien podrían dar otras personas, para uno es muy difícil decir qué es lo que ha sido un aporte. Lo que sí siento y me siento orgulloso y no tengo por qué negarlo, es que yo sí he dado lo que tengo, no he sido mezquino, no me he mezquinado frente a la universidad. Los pocos talentos que tengo han estado siempre disponibles para la universidad, nunca me he negado a nada.

Soy una persona que, difícilmente, he renunciado a cosas que se me han pedido o tareas que se me hayan encomendado. Eso me parece que es algo de lo que uno puede sentirse orgulloso. Lo demás ya son cosas con aspectos de calidad y la calidad lo juzgan otros, uno no puede juzgarla.

Alguna vez lo dije cuando me tocó hablar en el Consejo Superior. Nosotros tenemos un privilegio extraordinario, porque no envejecemos nunca si nos morimos jóvenes, porque estamos todo el tiempo en contacto con ustedes. Los alumnos son siempre jóvenes, y uno está siempre en con-

tacto con la juventud y eso es fantástico, porque eso es un tónico para el espíritu. Uno podrá estar en desacuerdo con las manifestaciones de los estudiantes, llevarte malos ratos con ellos, pero el fuego de la juventud uno lo recibe y eso es lindo, es un privilegio extraordinario.

Es lo que puedo decirles de aquello que me enorgullece. Me siento orgulloso de haber aceptado lo que me hayan pedido y creo que, hasta el día que me vaya de la universidad, va a ser siempre así. Me gusta la Católica de Valparaíso. Por supuesto, como todos los amores son relaciones complicadas. A veces, dan ganas de “mandar todo al carajo”, porque de repente pasan cosas desagradables, tanto en el micro entorno de tu unidad académica como a nivel general, pero en el fondo es bueno.

**EQUIPO:** *Hasta antes del '73 esta universidad era financiada por el Estado en más del 95% de su presupuesto. ¿Qué significó eso?*

Ese es un cambio que tiene enormes repercusiones. Eso que yo les decía de ser eminentemente reactivos tiene mucho que ver con esto, porque en la situación actual, las universidades tienen mucho menos autonomía real, porque tienen menos opciones de definir sus líneas conductoras, estando amenazadas en su propia subsistencia. No es que esté abogando por un Estado generoso, que da los recursos sin pedir nada a cambio. Me parece que eso no corresponde. Se estaría traicionando una cuestión de principio social. Pero este sistema, tan poco apoyado por el Estado, es perjudicial para instituciones que sienten que tienen roles sociales que hay que asumir por convicción y no por una cuestión económica.

El mismo hecho de mantener las pedagogías, las cuales no generan ingresos, provoca bastantes problemas. Sin embargo, esta institución estima que es un rol social irrenunciable. ¿Y qué decir lo de las carreras de Teología o algunas áreas de las humanidades que probablemente pudieran no ser rentables? Incluso, algunas ingenierías pudieran ser no rentables. Entonces, uno echa de menos que el Estado solidarice un poco más con esa función que no están cumpliendo otras instituciones.

La situación ha cambiado violentamente. En este momento, las universidades viven con “la espada sobre la cabeza” y se comienzan a tomar medidas de subsistencia. Yo les digo: los criterios que tenemos en estos momentos para definir el tamaño de las matrículas, por ejemplo, cuantas personas ingresan por cada carrera, son criterios que, por más que se le vistan con

ropaje académico, son criterios económicos y, si hay una carrera que “da más leche, la estrujamos”.

Si en Derecho pueden entrar 50 personas más porque están por sobre los 600 puntos, que ingresen. Y si en Ingeniería Industrial pueden entrar 500 más, que entren. Y si hay que retener a los alumnos, aunque sean de muy mal rendimiento, retengámoslos, porque si no se van a la competencia, ¿se fijan? Son una serie de cosas que empiezan a contaminar el sistema. Y eso por qué, porque hay una situación de precariedad en el financiamiento, no precariedad en el sentido de que tengamos poca plata, sino que hay poca certeza. Es decir, si no se toman medidas de protección a nuestra cuestión financiera, la universidad se vuelve inviable.

Fíjense lo que pasó el año 2011 donde tuvimos todas las movilizaciones estudiantiles, en que la universidad estuvo a punto de perder un semestre. Si la universidad no hubiera terminado el semestre, la universidad entraba en un estado absolutamente de desfinanciamiento, y eso –para la Católica de Valparaíso– es impensable, menos con un Rector con la formación que él tiene<sup>1</sup>. Hubo que hacer esfuerzos sobrehumanos para evitar esa catástrofe económica.

En otra época, también habría sido lamentable pero no habría tenido ese tipo de impacto. De hecho, la universidad perdió el segundo semestre el año 1973. La gente ya no se acuerda, por el golpe militar hubo un solo semestre, pero en ese momento el impacto económico no se sintió, porque como bien decíamos, si la universidad era financiada en un noventa y tantos por ciento, independiente de su gestión, eso estaba garantizado.

Un semestre en que los estudiantes no paguen o no reciban los subsidios del Estado, vuelve inmediatamente la universidad a un estado de insolvencia y eso es gravísimo. Esto estuvo a punto de pasar y quien no dice que podría ocurrir a futuro. Ojalá que no, pero podría pasar. Esto tiene un efecto muy profundo en la institución, eso ha hecho que las cosas se vuelvan mucho más complejas.

Hay que tenerle simpatía a nuestras autoridades, porque la verdad es que trabajan en condiciones adversas. De repente, uno es muy crítico pero “otra cosa es con guitarra”. Hay que darse cuenta que, a veces, decisiones

---

1



que a uno le parecen muy aberrantes, están forzadas por situaciones que son de fuerza mayor. ¿Cómo conciliar las dos cosas? No lo sé. Ojalá tengamos un rector que sepa hacerlo.





*Los consejos de profesores eran una verdadera “guerra mundial”. Nunca había visto a sacerdotes peleando, “sacándose la mugre” en discusiones –de ideas por supuesto– pero también a nivel académico, “haciendo gallito”.*

## ENTREVISTA

# Gonzalo Ulloa Rübke

4 DE JUNIO  
DEL 2013

*EQUIPO: Gonzalo Ulloa Rübke es profesor de Filosofía, Orientador Educacional, licenciado en Filosofía y Educación; licenciado y doctor en Filosofía y Letras por la universidad Complutense de Madrid. Dentro de los cargos que ha ocupado en la universidad durante tres períodos ha sido Director-decano del Instituto de Ciencias Religiosas. Ha participado en diversos congresos internacionales, tiene muchas publicaciones. En la actualidad, es profesor titular de la facultad Eclesiástica de Teología de la PUCV.*

*Profesor, ¿cómo llegó acá? usted ingresó a estudiar a la universidad el año 1958.*

– A ver, una mini biografía para que nos ubiquemos. Yo me eduqué toda la enseñanza media en los Sagrados Corazones de Valparaíso, subrayo de Valparaíso, que es el original. Solamente la media. Aquí hay algo que no sé si saben, pero yo repetí sexto humanidades. A estas alturas de la vida, eso uno lo puede contar muerto de la risa, sin vergüenza. Repetí sexto, principalmente por los ramos matemáticos y científicos. Puros rojos, incluso química lo seguí reprobando siempre. En la concentración de notas de mi enseñanza media sigue apareciendo en rojo química, pero

por las normas de la época, promedio y no sé qué... El año '58, entré a la universidad. Salí del colegio el año '55, repetí el año '56 en un colegio nocturno. Mi papá dijo: "no más colegio diurno, al nocturno". Era nocturno, no vespertino. El Eduardo de la Barra tenía nocturno.

**EQUIPO: ¿A qué hora comenzaba el nocturno?**

Entre 6:30 y 7:00 de la tarde. Salíamos cerca de medianoche, era bien sacrificado. Uno llegaba a la casa y en la mesa del comedor la mamá me dejaba el termo, con un "sanguchito" y un vaso de leche. Y bueno, ese sexto lo hice estupendo, saqué premio al final, algo increíble después de haber repetido. Salí premiado en castellano y terminé mi sexto de humanidades. Fue una muy buena experiencia.

Cosas que me tenía el "destino", fue muy enriquecedor. Tenía compañeros de todas las edades, jóvenes como yo y otros mayores que eran empleados antiguos en empresas y que, para poder ascender, estaban terminando su enseñanza media. Tenía también compañeros que eran de niveles laborales muy bajos, estaban recién abriéndose camino. En el '56, durante el día, trabajaba en la oficina de mi padre, que era contador y tenía oficina propia.

El año '57, me fui de cura. Entré a la Congregación de los Padres Franceses, los SS.CC., entré en marzo y me retiré en noviembre. Las experiencias de la vida hay que tomarlas como experiencias que te van enriqueciendo. Nadie me cuenta cuentos sobre qué es lo que es vivir en un convento. Yo lo viví durante nueve meses, los mismos que estuve en el vientre de mi madre, una rica experiencia, de altos y bajos, sufrimientos y otros lados mejores, me enfermé varias veces de distintas cosas.

Me tocó el año '57 un Chile con muchas muertes, una epidemia de gripe, de influenza. Afortunadamente, en mi familia no pasó nada, pero hubo un momento en que estaban todos en cama y en el Convento de los Padres Franceses, en Los Perales, cerca de Villa Alemana, estaban todos en cama también. Entonces, el que atendía a los demás era el que tenía menos fiebre. Yo no pude jamás levantarme, con cuarenta y tantos de fiebre, deliraba, etc. Entonces, los más viejos lo iban a atender a uno, te cambiaban las sábanas empapadas, te cambiaban el pijama, fue terrible, no falleció nadie de mi familia gracias a Dios tampoco, pero en Chile murió mucha gente, niños y ancianos.

**EQUIPO: *¿Cómo era la Católica en ese tiempo?***

El '58 entro a la universidad, a primer año de Filosofía. Yo tenía mi selección hecha, pensaba que en el '58 todavía se podía estudiar dos carreras. Entonces, me presento así nomás, sin hacer fila ni nada. Me dijeron en la portería tiene que pasar al segundo piso, a Secretaría General.

**EQUIPO: *¿Dónde físicamente?***

Aquí en Casa Central, en el segundo piso, al medio, las primeras oficinas donde está Rectoría hoy. La Secretaría General era una sola oficinita, una especie de mesón. “Buenos días joven ¿Qué es lo que desea?” Quiero matricularme, contesté.

– ¿En qué carrera se va a matricular? En Castellano y Filosofía, ya lo tenía pensado. ¡Ah, no, perdón! Inglés y Filosofía. Inglés por una cosa pragmática y Filosofía porque era mi tendencia, mi gusto personal.

“Ah, muy bien joven, llene este formulario” a mimeógrafo en aquella época. Un formulario, una sola hoja, los datos personales. “Ya, mire, su papá tiene que venir a pagar tanto por matrícula”. No me acuerdo la cifra, pero era baratísimo.

**EQUIPO: *¿Le tomaron alguna prueba de selección?***

No, sin prueba de selección ni nada, así nomás. “Ya, listo, está inscrito en Filosofía”. Después, las mensualidades eran también bajísimas. Alcancé a estudiar clases del curso de inglés, gran parte de lo que hoy día llamaríamos primer semestre, porque era todo anual, pero hasta junio nomás, porque salió un decreto de rectoría que, por razones prácticas y de acuerdo a experiencias que se habían tenido, no se iba a permitir más que un alumno tomara dos carreras al mismo tiempo, simultáneas, en mi caso Filosofía e Inglés. Y esa también fue una experiencia que aproveché mucho, de estar estudiando inglés.

Había buenos profesores, pero me duró un semestre nomás, tuve que optar, abandoné Inglés y mi opción fue siempre Filosofía. En esa época, los cursos eran anuales, hasta el año '68, la “revolución académica” (Reforma) que, si no me equivoco, quizás por mi amor a Valparaíso puede que me equivoque, pero la revolución estudiantil en Valparaíso fue primero que en Francia.

**EQUIPO:** *Efectivamente, el '68 fue en Francia.*

Era tan sencillo entrar a la universidad, no se postulaba, tú entrabas y te matriculabas. Era problema tuyo cuánto durabas o si te retirabas. Como algunas de estas fotos donde aparecen compañeros de curso, en Filosofía éramos 10 alumnos, donde yo era el único varón. Una compañera y yo éramos los más “viejos” del grupo. Entré a la universidad a los 22 años y mi compañera también venía llegando de un monasterio, había sido monja, se retiró y entró a la universidad a estudiar Filosofía. Hasta el día de hoy somos muy amigos.

Pero el resto del curso tenía 15 o 16 años, recién salidos de sexto humanidades. Ustedes ven algunas fotos, en un día cualquiera de clases, parecen “viejas de un club de canasta”. Taco, “traje sastre”. Nosotros, los varones, de cuello y corbata. Esa era la manera de venir a la universidad. No nos imaginábamos –como ahora– los chiquillos en zapatillas, blue jeans, poleras, o los norteamericanos que vienen con “condoritos” a clases. Eran otros tiempos.

Entonces, la universidad era muy pequeña. Los que teníamos pedagogía teníamos una asignatura que se llamaba “Estadística”, porque se suponía que después uno iba a trabajar con tesis, sacar porcentajes, todo eso. Era una asignatura obligatoria, con un profesor de la escuela de Matemáticas. Entonces, la tarea que me dio el profesor fue que cada uno tenía que hacer un trabajo específico para aprobar el curso. Y a mí me dijo: “Usted joven, haga una estadística de la universidad”.

**EQUIPO:** *La primera estadística de la universidad.*

Estadística tiene que haber sido por lo menos segundo año, no lo recuerdo. Yo no usaba agenda como uso ahora. Anoto todo, los acontecimientos importantes, los eventos. Sería fácil si en esa época hubiese hecho lo mismo, tener recuerdos, las fechas por ejemplo, pero me encargaron el trabajo, una especie de retrato estadístico de la universidad. Entonces, trabajé haciendo un tipo de “Censo”. Fui escuela por escuela, y estaba todo aquí en Casa Central, incluso Arquitectura. Se salía a terreno, a la ciudad abierta de Ritoque, solamente a ciertos “ritos esotéricos” de los que siempre tienen, pero las clases las tenían acá en la universidad. Los talleres y otras cosas esotéricas allá. Lo de “esotérico” lo digo en serio.

Un día, yo ya estaba de profesor en la universidad, a mediados de los '80 debió haber sido. Nos invitan a todos los profesores de la universidad a un Congreso de Filosofía organizado por Arquitectura, no por Filosofía. Traían como invitado a un profesor francés, que vino con un grupo de alumnos y su ayudante.

Estos alumnos llegaron con una moda que ya no se usaba en Chile, que era el “pantalón pata de elefante”, todos, incluso el profesor. Además, traían una insignia –bastante misteriosa– en la camisa o en la solapa, de un elefante, de metal. Ustedes saben que el elefante siempre ha sido un símbolo de inteligencia. En fin, todo el Seminario con los franceses trató sobre un pasaje del filósofo griego Heráclito y fue muy interesante. Como sabrán, a cada taller que se realiza asiste la escuela completa. Bueno, era una especie de mini escuela esotérica.

Hice esa estadística visitando las escuelas, los directores. Anoté primero en términos generales: damas, cuántas damas están inscritas en la universidad, en las distintas carreras. Varones, cuántos profesores, cuántas profesoras, a ese nivel y haciendo los porcentajes y todo lo demás. Después, escuela por escuela.

#### **EQUIPO: ¿Se conserva eso?**

Yo entregué el trabajo en mimeógrafo, no existían las fotocopias. No guardé ninguna cosa para mí. Era un lío poner papeles carbón, quedaba todo cochino, pasabas la mano y se borraba todo con el carboncillo. Entonces, me olvidé del tema. Y hace unos años atrás, bajo el rectorado de Alfonso Muga, un día me llama el Rector a la oficina y me dice: “Gonzalo, estate atento, porque en unos minutos más va a ir el estafeta de la Rectoría y te lleva un regalito mío”. ¿Qué me puede regalar el rector? Me pregunté.

Al poco rato llega el estafeta, trae un tremendo sobre tamaño oficio y era una fotocopia del trabajo. Venía con una nota del rector Muga que decía: “Esta es una joyita. Me guardé el original y te mando una fotocopia, porque esto hay que guardarlo en los archivos de la universidad”.

Es una estadística de fines de los '60. Yo estuve en la universidad hasta el año '69, cuando me fui a España al doctorado y volví a comienzos de los '70, cuando había sucedido la revolución, el cambio total de *switch*.

**EQUIPO:** *¿Recuerda alguno de los resultados de ese trabajo estadístico?*

El rector Muga lo encontró bueno. Si bien él es de un área que tiene más que ver con números que yo, lo encontró interesante. En ese entonces, la universidad era la décima parte de lo que es hoy. Recuerdo que eran 600 alumnos todas las carreras. Entonces, nos conocíamos todos.

**EQUIPO:** *¿Estaban sólo en Casa Central?*

Todos en Casa Central. Como dije: Arquitectura iba a sus ceremonias esotéricas, pero los ramos los tenían acá.

**EQUIPO:** *Mecánica, por ejemplo. ¿También estaba en Casa Central?*

Mecánica estaba en uno de los subterráneos, donde también estuvo la sede del Canal de Televisión, cuando se creó la televisión. La Católica de Valparaíso fue una de las primeras en incorporarse con el tema.

80

**EQUIPO:** *¿Cómo recuerda el ambiente en esa época?*

Nos conocíamos todos, éramos entre 600. Era como un colegio pequeño prácticamente. Se destacaban algunas escuelas más que otras por sus “eventos provocadores”, llamémosles así. Por ejemplo, creo que fue incluso la correctísima escuela de Derecho –que no trata ni de “tú” siquiera– empezó un desfile por los pasillos gritando algo. Seguramente, comparado con cualquier manifestación de hoy, sería un chiste. El resto, que no estábamos en esa escuela simplemente mirábamos, porque tampoco teníamos claro qué pasaba.

Recuerdo también que había dos padres de apellido Barros. Uno era Raimundo Barros, jesuita, que medía como 2 metros. Era iracundo, era serio, aunque era más bien amoroso con las niñas. La universidad era jesuita desde que entré hasta que egresé. Eso fue en el rectorado de Arturo Zavala (año ‘63).

Yo me formé durante toda mi carrera con los jesuitas, lo cual fue relativamente bueno. Fue una buena experiencia porque quienes eran profesores en la universidad eran especialistas en lo que enseñaban. El que enseñaba Matemáticas, en el Instituto de Matemáticas, hacía clases de Matemáticas, es porque era matemático. No como cuando yo estaba en el colegio –los Padres Franceses– donde quien me hacía Historia era un Superior al que le gustaba la Historia.



En la universidad, no. Cada profesor, aunque fuera sacerdote, hacía clases de su especialidad. Yo recuerdo, por ejemplo, algunos profesores, con mucho afecto, como Miguel Iturrate Acuña, debe estar en los Anales. Era un colorín, si nosotros éramos veinteañeros, él debía haber tenido treinta y algo, no era más que eso.

**EQUIPO:** *¿Fue sacerdote también?*

Sí, sacerdote. Cuando yo estaba en último año, aún no me titulaba, me llama un amigo y me dice: “Gonzalo, la última noticia, el cura Iturrate se arrancó con su ayudante”. Efectivamente, se arrancaron a Estados, porque ella era profesora de inglés de la escuela de Inglés. Muy buenamoza, hermosísima. Nos hacía clases de algo relacionado con pedagogía, recuerdo que tenía algún curso con ella. Era muy especial, todos estábamos enamorados de ella.

Iturrate era psiquiatra, un cura psiquiatra. Se había graduado en una universidad francesa, creo que en alguna de las facultad es de la universidad de París. Y tenía su práctica psiquiátrica en Francia, también con importantes profesores de esa área de aquella época. Era entre psicólogo y psiquiatra, en una época en que para ser psiquiatra no era necesario ser médico. Era como ser psicólogo, una cosa así. De ahí que el Padre Iturrate nos hacía clases de psicología: psicología educacional, psicología del adolescente, psicología del niño. Teníamos varias asignaturas con él como psicólogo. Eran entretenidísimos sus cursos y como éramos cursos pequeños –en mi curso de filosofía en primer año éramos 10, pero ya en segundo año éramos 4 o 5– entonces se sumaban a cursos comunes con otros para aprovechar al profesor. Vivían, aquí en Casa Central, todos los curas, en el cuarto piso, donde después estuvo el pensionado. Bueno, no eran muchos tampoco, pero los que hacían clases vivían aquí mismo.

En algunas clases con Iturrate, me llamaba aparte, me pasaba su llavero y me decía: “Gonzalo, anda a mi pieza y en el escritorio hay un cajón con llave, ahí está la llave. Tráete una botella que vas a encontrar ahí y, si puedes, consigue unos vasos por ahí”. Era una botella de whisky. Era invierno, hacía un frío para morir y éramos apenas cuatro pelagatos que estábamos en clases. Así que hicimos el resto de clases, cada uno con su vasito de whisky.

Así era la época. Además, los cursos eran pequeños. El área de filosofía, de

humanidades, castellano, éramos súper pocos, todos amigos. Teníamos muchas asignaturas en común: francés, filosofía, castellano, historia.

**EQUIPO:** *Profesor, a propósito del período jesuita. ¿Usted recuerda al rector Larraín?*

Sí, Hernán Larraín. Lo recuerdo, pero no lo conocí mucho, porque estuvo un corto período, pero él falleció después, no como rector. Era una persona alta, solemne, muy serio y, como buen jesuita, se dedicaba a la universidad.

No tuve mucho trato personal con él, porque no nos hacía clases. Lo mismo el padre Jorge González Förster. De repente, él nos reunió a los de Filosofía y nos dijo: “Chiquillos, saben, yo quiero entretenerme un rato con ustedes –era un día cualquiera– les quiero hacer clases de latín”.

Nosotros teníamos nuestras propias clases de latín con el profesor Silvano Mazzon, que era un italiano, ex sacerdote. Había sido cura en sus tiempos, en Italia. Se había casado en Chile y vivía en las casas en un edificio de departamentos antiquísimo, en la Av. Argentina. Un edificio que era como medio rojizo. Ahí vivían varios profesores, pues la universidad tenía departamentos para ellos. Aquí en la Casa Central, también vivían profesores. Entraban por calle Doce de Febrero. Los profesores, dado que vivían aquí mismo, te citaban en su casa para entregarte un resultado o un trabajo corregido, etc.

Así era, nos conocíamos todos y era una época muy linda y sana. Éramos “más sanos que un yoghurt natural”. En octubre, más o menos, se celebraba la Fiesta de la Primavera en todo Chile y en Valparaíso, por supuesto. Había desfiles, carros alegóricos, etc. Y la universidad Católica participaba con un carro alegórico.

Era muy lindo porque todos participaban. Le sacábamos “el jugo” a los de Arquitectura, para que hicieran el diseño, vieran el material que había que utilizar. El carro alegórico que hicimos que tuvo mucho éxito porque era la época, estaba de moda ser *hippie*, y ser *hippie* significaba ser existencialista, la parte existencialista que se popularizó en Francia y en Europa fue la de Jean Paul Sartre, una especie de crítica social muy fuerte. Por eso, nos identificábamos con los *hippies*, que son de los años ‘60, el movimiento *hippie* como tal, no lo que llamamos *hippie* ahora, a quien anda con jeans rotos o con parches, los *hippies* de filosofía *hippie*.

La universidad en pleno se volcaba a participar de esta festividad, a reírse, a celebrar, a disfrazarse, dejar la dignidad y la seriedad a un lado, era muy rico. Como señalé, la tarea de los arquitectos era diseñar el carro alegórico, los adornos, los materiales y todo eso. El resto, colaborábamos en el armado de la cosa y teníamos “chipe libre” para los disfraces. Cada uno se disfrazaba de lo que sentía, no todos estábamos disfrazados de lo mismo, como una comparsa, cada uno decidía. Con otro compañero, que estudiaba Castellano, decidimos disfrazarnos de vagabundos, de “rotos”. Entonces, conseguimos en la casa, los más viejos pantalones que encontramos, los “rajamos” de verdad, los rompimos, los parchamos; camisas con apariencia de sucias, porque esa era la imagen de existencialista que teníamos.

El camión, representaba una *cave* existencialista, que en Francia eran famosas. Las *cave* eran bares subterráneos, donde participaba la juventud que ya estaba en edad de tomar trago, el “vinito”, el coñac, muy a la francesa, con cantantes, donde se formó la Juliette Greco, la musa de Picasso y de otros artistas de la época. Una mujer muy hermosa, alta, de pelo largo y negro, una voz preciosa y su pose para cantar frente al micrófono, de pie con los brazos colgando, sin hacer gesto con los brazos, nada. Esa era Juliette Greco.

En fin, estas fiestas universitarias eran muy fraternas, nos conocíamos todos, al menos por el nombre, algunos más cercanos, otros menos, incluso los “arquitectos” que siempre han tenido su propia cultura, compartíamos todos. No recuerdo ninguna escuela, ni siquiera la escuela de Derecho, que siempre ha sido más de cuello y corbata, ellos también se plegaban a los actos comunes.

Como les dije, esa vez, algún grupo —puede que esté equivocado, pero me parece que fue Derecho, justamente por el contraste, eran muy serios siempre— estaban haciendo una marcha por algo, en los pasillos del segundo piso, y aparece el padre Raimundo Barros, de sotana, que le daba más prestancia. Ahí estaba, de piernas abiertas, con brazos “boca de jarro”, esperándolos en el pasillo. Nadie se atrevió a elevar la voz. El cura no les dijo nada. Simplemente, con su vozarrón, dijo: “¿Qué pasa aquí? ¡Hay cursos en clases!”

Hasta ahí no más llegó la manifestación, se quedaron calladitos y volvieron a sus clases. Le teníamos respeto a Barros. Fue profesor mío en

un ramo relacionado con un tema educacional, porque en esa época hay que recordar una cosa interesante de la universidad, que después con la Reforma se acabó, y era que los cursos eran anuales, con examen final en diciembre. También, está el hecho que pasábamos bastante tiempo acá, todas las escuelas estaban en Casa Central.

**EQUIPO:** *¿La actual Sala Budge era su única biblioteca?*

Claro, esta era LA biblioteca, con un señor que todavía lo diviso por ahí, a veces. René Inostroza. Uno largo, flaco, lo he visto por ahí. Una persona muy especial, era muy serio, de pocos amigos, imposible entrar en confianza con él. Era el Jefe de la Biblioteca Central de la universidad. En mis tiempos no recuerdo ningún otro funcionario. Esta era LA biblioteca de la universidad, no había otras, por lo menos en mis tiempos de estudiante.

84

Y veníamos a consultar los libros que encargaba cualquier profesor de asignatura. No existía esto ya más exclusivo, veníamos a la biblioteca y el que ganaba, ganaba, porque había un solo ejemplar de cada título.

Como anécdota, a nuestros compañeros de primero de Filosofía y a mí nos sirvió muchísimo. En una época en que no existían las fotocopias, uno copiaba a mano un capítulo, cosa que yo tuve que hacer, más de alguna vez, para que el “ejemplar único” circulara en el curso. Entonces, el profesor en primer año nos encarga leer un libro de Filosofía Griega primitiva, y voy a la biblioteca y había un solo ejemplar. Estaba en francés –aunque el autor era inglés– se llamaba “La Aurora de la Filosofía Griega”. Un libro que, en esa época, era un clásico de historia de la filosofía griega y que estudiábamos en primer año.

Y todos tuvimos que hacerlo así, pero tuve la suerte que fui el primero que agarró el libro de la biblioteca. Estudiaba aquí en la misma biblioteca y después me lo llevaba a la casa, porque tenía permiso para llevarlo. Copié los dos o tres capítulos que había que estudiar para la prueba, en francés.

Me sirvió muchísimo, yo había estudiado en los Padres Franceses, y ahí teníamos clases de francés, que las daba un padre francés, pero nunca como para manejarse con soltura en una lectura cualquiera. Leíamos unos cuentitos en francés. Me sirvió muchísimo, ortografía en francés, tenía que fijarme que la palabra estuviera bien escrita. Después, en la casa fui

marcando las palabras que no entendía y las buscaba. Y lo mismo tuvimos que hacer todos. Fue la única manera de preparar la prueba. No recuerdo que alguno de nosotros nos haya ido mal, tomábamos en serio la cosa y además, en francés, un reto.

Entonces, me propuse –al igual que otros compañeros– aprender un idioma. Primero estudié inglés en el Instituto Chileno-Norteamericano y, luego, francés. Estuve un tiempo en el Instituto Francés, luego fui autodidacta.

A mí me daba mucha pena cuando ya era profesor encontrar un texto en inglés o en francés que pudiera interesarle a un colega y no hablaba inglés. Todavía era posible en esa época –estoy hablando hace 30 años atrás– que catedráticos universitarios no manejaran un idioma: castellano y punto, que pobreza. Y lo digo porque no estoy en esa o si no me quedaría calladito. Eso era posible todavía en los años ‘70-‘80, profesores de la antigua escuela que habían estudiado su especialidad y punto, no se habían preocupado de manejar otro idioma. Afortunadamente, recibí el desafío y dije: “esto no me la va a ganar y me dediqué”.

Bueno, era una universidad muy manejable, pequeña, todos en el mismo edificio. Eso que fuera pequeña fue muy bueno para esas generaciones, porque vivimos la universidad al 100%. Teníamos una inquietud de cultura general muy clara. Por ejemplo, desde el colegio, muchos aprendimos a participar de los conciertos. No nos perdíamos concierto. Ya existían los de la universidad Santa María, los días miércoles. Íbamos a conciertos, a ciclos de cine arte, películas especiales. Íbamos voluntariamente.

En ese sentido, era una universidad muy manejable, pequeña, cómoda a nivel humano. Todos nos conocíamos. Bueno y era natural. No sólo el crecimiento en número de alumnos en algunas carreras, sino que también escuelas nuevas, carreras nuevas.

**EQUIPO:** *¿Usted vuelve de España como profesor?*

De inmediato no. Por eso les mencioné lo de la revolución estudiantil, tanto en Francia, como aquí en Chile. Porque toda revolución tiene sus pro y sus contra. El pro en esta universidad fue que se organizó mejor la carrera académica, donde había requisitos para... No era llegar y decir: “Yo soy profesor titular, porque estoy a cargo del curso tal o cual”, no. En-

tonces, eso cambió las cosas y le dio transparencia en ese sentido. Nadie se las puede dar de catedrático si no es catedrático, si es solamente el ayudante. Y eso yo lo aprendí en España, donde el ayudante de cátedra era un doctor, era doctorado, porque ellos no podían entender –en Europa– que si hace clases en un doctorado no sea doctor, aunque sea el ayudante que nos guiaba las lecturas, etc.

**EQUIPO:** *¿Cómo fue el cambio cuando llegaron los rectores militares?*

Yo entré a la cátedra el año '71. El '73, yo ya estaba de profesor. Entré al Instituto de Teología, ¿Por qué? Porque lo primero que hice cuando llegué con mi doctorado fue ser ayudante, pero de los ayudantes de antes de la Reforma. Era, simplemente, un alumno de curso superior, un profesor me nombraba su ayudante, nos pagaban. Era una cifra casi simbólica que no alcanzaba ni para la micro, no recuerdo la cifra.

**EQUIPO:** *A Filosofía. ¿Cuándo llegó?*

Cuando estaba en mi pregrado yo era ayudante de Filosofía, hasta que egresé y me titulé era ayudante. Me fui a España y el decano de ese momento, Hugo Montes, literato, que fue rector en una universidad en Santiago me dice: “Te deseo feliz viaje”. Típico, me pidió que llevara un regalito, una publicación suya para que se la llevara a fulanito de tal, que no encontré nunca. Todavía ando con el manuscrito por ahí. Hice el empeño, pero cuando volví Montes ya no estaba aquí, estuve fuera casi cinco años.

Entonces, cuando volví, había sucedido la Reforma Universitaria, y lo primero que hice con mi cartoncito del doctorado, fue presentarme en mi escuela, que era el Instituto de Filosofía, como diciendo “Aquí estoy. ¿Hay algo para mí?”. La respuesta fue: “Mira, lo lamentamos mucho, pero vas a tener que esperar que llamen a concurso, que sea necesario llamar a concurso para algo que falte. En este momento está todo el grupo de profesores formado, así que tienes que armarte de paciencia y esperar que llamen a concurso”.

Esto fue a inicios del año 70, entonces “¿qué hago? No me puedo quedar sin trabajar”. Justo por esas cosas me encuentro en la calle, al salir de la universidad, con un colega de filosofía, Hernán Zomosa, con quien somos muy amigos hasta el día de hoy, está jubilado igual que yo y sigue

haciendo clases en el postgrado. Y me pregunta: “¿En qué andas?” Y le conté que quería presentarme como profesor ahí.

Me dijo que él pasó por una cosa parecida, que también había hecho el doctorado en Madrid y que cuando volvió, en ese minuto ya estaba de profesor en el Instituto de Filosofía. Y me dice: “Mira, donde suelen recibir profesores formados en la Católica es en el Liceo N°1 de Niñas. Yo acabo de venir de allá porque fui a ver a un amigo, por un trámite que tuve que hacer. Anda al tiro”. Ahí mismo fui. Me recibieron con los brazos abiertos, recién doctorado.

Y así fue como entré a trabajar el año ‘70 en el Liceo N°1 de Niñas de la Av. Argentina. Además, eran otros tiempos, no era como los liceos de hoy día, había disciplina, no había revolución estudiantil, eran unas clases estupendas y bueno, el solo desafío de ser un profesor joven, soltero, en una plaza de puras mujeres.

Me mandaban papelitos, con lo poco agraciado que soy. Por supuesto que me hacían lesa, porque no iba a entrar a castigar ni nada, hubiera sido peor. Me hacían lesa nomás. Mensajitos y, por supuesto, lo mínimo mostrar la pierna. En esa época, en los liceos se usaba uniforme con falda, no se permitían los pantalones y las niñas iban con las minifaldas muy cortas. Nunca vi más muslos que en aquella oportunidad.

Como anécdota, yo entro a hacer clases de inmediato, el año ‘70. Tenían un capellán que era Párroco de Iglesia de Los 12 Apóstoles, que está frente al Liceo y hacía clases de religión. Eran otros tiempos, pero aun así era un colegio de niñas, que mostraban las piernas. Entró junto conmigo en marzo. Curita de sotana, de sombrero de cura, duró un par de días y renunció, porque las “chiquillas” lo provocaban, de adrede, para molestarlo. El cura no era muy joven pero tampoco muy mayor, mediana edad, de tez blanca, de esas que jamás han tomado el sol y con cara de esos sacerdotes que yo rechazo profunda y enfáticamente, que andan con cara de amargado —que los hay— como que tiene el peso del mundo encima o que están rechazando todo con ira. Eso, para mí no es un sacerdote como debiera ser.

Yo siempre digo, este gallo no se ha enterado que Cristo resucitó, como va a andar tan amargado. A algunos de mis alumnos —hice clases 30 años en el Seminario Mayor de Lo Vásquez— les decía: “Cristo resucitó, no anden con esa cara”.

Ese año –70– recién llegado de mi doctorado, me presenté con mis antecedentes a todos los concursos que había. En ese momento, yo venía a la universidad casi todos los días, por si había llamado a concurso. Y hubo un llamado: Instituto de Teología universidad Católica de Valparaíso y otro, en la misma página, Profesor de Filosofía, Departamento de Ciencias Humanas de la universidad Santa María. Postulé a los dos, pensando que en uno de ellos me darán unas horitas. Y aquí, en la Católica, en el Instituto de Teología eran solamente 10 horas que había dejado un rabino que hacía clases aquí.

**EQUIPO:** *¿Es cierto que fue el primer Director?*

No sé, no lo conocí personalmente. Cuando me hice cargo de esas horas, él ya había sido trasladado a Santiago. A los rabinos los trasladan de un lado a otro, así que no lo alcancé a conocer. Lo conocí mucho de nombre, como una excelente persona, pero falleció poco después en Estados Unidos, donde había sido enviado a su rabinato. Esas 10 horitas fueron aumentando poco a poco. El año ‘74, ya estaba con jornada completa.

**EQUIPO:** *¿Cómo recuerda esos años?*

Yo entré en marzo del ‘71 al Instituto de Teología. Chile, estaba ya con las divisiones correspondientes según los partidos y las ideologías. Era complicado. Éramos pocos en el Instituto, la mayoría eran sacerdotes. Incluso, los sacerdotes estaban totalmente polarizados entre ellos. Estaban en toda la onda de la época, la Teología de la Liberación, pues estaba muy viva la cosa. Los consejos de profesores eran una verdadera “guerra mundial”. Con la mirada del tiempo se ve como una anécdota a estas alturas, incluso para la risa. Eran discusiones del Consejo de Profesores que se “echaban en cara” unos a otros. Nunca había visto a sacerdotes peleando, “sacándose la mugre” en discusiones –de ideas por supuesto– pero también a nivel académico, “haciendo el gallito”.

Fue una época dura, en ese sentido, muy dura. No sé si eso influyó, pero algunos colegas dejaron el sacerdocio. No sé si habrá coincidido con sus crisis personales, pero fue una coincidencia que suscitaba comentarios.

Mis colegas –los menos– eran laicos, tanto así que me cuesta pensar qué otro laico había aparte de mí. Ah, una era mi colega Aída Cabrié, profesora de Historia de la Iglesia que estaba como laica en el Instituto de Teología.



**EQUIPO: ¿Antonio Rehbein?**

También. Él venía recién llegando, estaba postulando a un doctorado. Venía de haber abandonado el sacerdocio jesuita y haberse casado recientemente. No sé si ordenado o no, los estudios de los jesuitas son larguísimos, duran años. Él hizo toda la filosofía, toda la teología. Todos sabemos que los estudios jesuitas son de alto nivel, así que era una preparación estupenda. Se salió del seminario jesuita y entró a trabajar a la Católica de Valparaíso, porque era de la zona, porque alguien lo conocía, en fin. Falleció hace un par de años, de una enfermedad muy rara. Esas que empiezan a tener una especie de anquilosis en los músculos. Al final, ya no podía caminar, una especie de parálisis.

Otro de mis colegas, también sacerdote, sufrió mucho porque era de una congregación religiosa donde, se supone, hay un espíritu comunitario. Y en su comunidad le “hicieron el vacío”. Una vez, me dio mucha pena. Lo vi caminando por el centro de Valparaíso, solo. Le pregunté qué andaba haciendo. “Haciendo tiempo –me dijo– estoy en una pensión por ahí”. Éramos muy pocos los que lo saludábamos siquiera, lo pasó pésimo. Al final, murió yo creo que de pena. Se fue a Estados Unidos, con sus relaciones de amistades, unos pocos curas amigos que tenía. Después, supimos que al poco tiempo había fallecido.

**EQUIPO: ¿A qué profesores recuerdas?**

Por supuesto a Pepo Gutiérrez, José Gutiérrez Asenjo. Profesor de acá, de los fundadores de Teología, era presbítero diocesano. Es un gran hombre, se le han venido los años encima, ahora lo veo cojeando. Fue párroco en La Matriz durante varios años, muy cercano a la gente, un buen hombre, de profesión ingeniero.

**EQUIPO: ¿Ingeniero Químico?**

No, era Ingeniero Civil-Civil parece. Sufrió mucho al igual que el otro sacerdote. El Obispo de la época lo desconoció, no le dijo ni sí ni no. No lo llamó nunca a entrevistarse con él. Entonces, no pertenecía a ninguna parroquia.

Pepo era sacerdote diocesano. Lo que hizo fue atender comunidades de vecinos en los cerros, arriba, con la gente más pobre y esos vecinos le daban de comer, lo financiaban. Hacían una colecta, seguramente, para pa-

garle algo, sumado a lo que podía él también obtener de su trabajo como ingeniero en su casa, por encargos, cosas muy pequeñas. Creo que hasta hizo clases particulares de matemáticas, para poder ganarse el sustento. Siempre ha vivido con una hermana soltera. Hasta hace poco, siempre lo veía con ella. Ahora que camina con dificultad, la hermana lo acompaña también. Cada vez que lo divisó nos tomamos un café por ahí.

Bueno, sí, profesores de esa época son todos. Fue una época dura por el tema de la liberación a nivel teológico y por los tiempos mismos que vivía Chile. Cuando llegó el '73 no fue ninguna sorpresa para nadie, al menos aquí en la universidad, porque se veía venir algo así. Estaban muy radicalizadas las cosas, tanto la derecha como la izquierda de la época. La izquierda tenía sus sectores más radicales, que hacían daño a los bienes públicos, a las personas, en fin, fue una época muy difícil y la universidad no fue una isla. Hubo rectores delegados, algunos se mantuvieron en el cargo. El primero que llegó, creo de apellido Cabezas, otro que murió de un ataque cardíaco.

### **EQUIPO: ¿Y conoció a Matías Valenzuela?**

A Matías Valenzuela Labra lo conocí cuando fui Director y me tocó interactuar mucho con él. Era muy calladito y muy respetuoso y decía abiertamente: “Yo no soy académico, este mundo es de ustedes, ustedes lo manejan”. Entonces, siempre se hizo rodear de académicos, de vicerrectores, de Académicos bien reconocidos por su prestigio. No sé si sería casualidad o no, pero más bien gente de derecha, pero no importa, eran Académicos.

Yo diría que el rectorado de Matías Valenzuela fue el más humano. No se metió en nada, en lo mínimo, porque su cargo así lo exigía. Recuerdo una anécdota. Él está fallecido, con todo respeto, pero es una cosa como “amorosa”. Como Rector le tocaba participar en todos los actos públicos de la universidad. Estábamos inaugurando no sé qué congreso, en el Salón de Honor. Él estaba con las autoridades, de frente al público, y los profesores estábamos frente a él. Así que fuimos testigos. Estábamos en la canción nacional —en esa época la misma Junta Militar había ordenado que el Himno Nacional se cantara completo, incluso con los versos que tradicionalmente no se cantan, y hay unos versos que dicen algo así: “Vuestros hombres valientes soldados” y se ruborizaba, pobrecito, porque sentía como culpa: “Este no es mi mundo, yo soy del mundo de los soldados, era marino, infante de marina, de los más duros”. Era un abuelo

amoroso, fue muy tranquilo y al menos mi testimonio es que no produjo mayores problemas.

Los profesores teníamos oposición a él, por ser rector delegado, no ser académico, pero como persona fue el más humano de todos. Del primer delegado, no me acuerdo, porque no lo alcancé a conocer.

**EQUIPO: ¿Victor Wilson Amenábar?**

Wilson fue –yo diría– el más puntudo de todos, porque Cabezas murió al poco tiempo, dentro del primer año que estaba de delegado. Le dio un ataque y murió. Pero Víctor Wilson fue muy duro. Tenía, de frentón, mano dura para gobernar la universidad. Eso le costó la vida. No sé si saben la anécdota. Yo era Director del Instituto de Teología, por lo que me tocó conocerlo más de cerca. Había un profesor de una escuela, que no voy a mencionar para no involucrar a nadie. Pero no tiene ninguna importancia a estas alturas. Bueno, era un profesor de la escuela de Historia.

91

No importa las razones, pero al Rector “se le puso entre ceja y ceja”, molestando ahí. Es un revolucionario y, seguramente, ante la mirada del rector era un comunista. Entonces, decide exonerarlo. Emite un decreto de rectoría, disfrazado con el lenguaje oficial, pero exonerado a contar de fecha determinada. Y el profesor decide rebelarse. Entonces, él comentaba: “Yo no me voy a mi casa, porque yo soy catedrático. Este señor no es académico, no lo reconozco como autoridad y yo no me voy, sigo acá”. Y siguió dando sus cursos.

A los pocos días, al rector le llega la noticia que el profesor estaba en rebelión y cometió un error, que ninguna autoridad superior –por protocolo– debiera hacer. Bajó de la oficina de Rectoría a la del profesor, lo fue a ver al Instituto de Historia y le dijo: “Usted se me va”. “Que no me voy, que esta es mi casa, es mi mundo, soy catedrático universitario y usted es un militar y no reconozco su autoridad en esta Casa de Estudios” respondió el profesor, con una voz muy tranquila.

Cometió el error, primero, de haber ido personalmente a increpar al profesor. En segundo lugar, cometió el error de enfurecerse, de perder la paciencia y, mientras más tranquilo estaba el profesor, más se enfureció el rector, hasta que le dio un ataque. Se fue poniendo rojo, rojo, rojo, hasta que explotó: un infarto. Murió camino al hospital. Creo que no alcanzó a llegar al hospital naval, por un exceso de ira. La rabia, mata.

Un ataque de risa también te puede matar. Son anécdotas que van quedando y es parte de la historia de la universidad. Yo no sé si les conté, pero participé de un grupo académico que tuvimos en los años '80. Era un grupo heterogéneo, de profesores de distintas carreras. Incluso, estaba el infaltable Lucho Nicolini, él hacía de cabeza. Lo llamábamos "Ayudante de *osten*". El grupo era lúdico. Creo que nos salvó la psiquis en esos tiempos y, por lo menos, nos reíamos un poco de nosotros mismos.

**EQUIPO:** *Profesor, ¿Usted cree que existe alguna identidad o sello del alumno PUCV?*

Sí y no. Sí, sello UCV en los antiguos egresados y en los antiguos profesores, los que somos profesores antiguos tenemos el sello UCV, nos sentimos UCV, tenemos el corazón UCV. Tanto es así que, en mi época, cuando éramos alumnos, para el desfile del 21 de mayo nos llamaban, era voluntario, la universidad no tenía que ir, pero se armaba por lo menos un grupo de 50 o 100 alumnos que íbamos a desfilar. ¿Por qué no participar en esta cosa ciudadana?

A diferencia de la universidad Santa María que tenía uniforme oficial, desfilaban con chaqueta con el escudo de la universidad, muy elegante, de pantalón gris, etc. Nosotros no teníamos uniforme, pero lo inventábamos.

"Ya, mañana es el día del desfile del 21 de mayo, nos ponemos todos jersey azul, ojalá con corbata los varones, las niñas con blusa blanca y falda gris". Y, además, nos dábamos el trabajo de recortar en papel una "UCV" y pegarla con alfileres en el jersey. Desfilábamos así. Al menos, un par de veces yo recuerdo que así fue, con la "UCV" pegada en el jersey de color azul. Era nuestro sello.

Después del desfile a las Glorias Navales, terminábamos en la Av. Argentina y ahí nos sacábamos eso. Veníamos ya peleando con la universidad Santa María. A veces, con la universidad de Chile, con quienes veníamos desfilando por la misma calle y nos venían gritando: "Ustedes son los pechoños, los niñitos de los curas" y nosotros respondíamos a los de la Chile: "Ustedes son los masones" y qué sé yo.

Nunca llegó la sangre al río, jamás. A lo más, alguno agarró un terrón de tierra de los jardines de la Av. Brasil y se lo tiró a los demás, pero nunca

pasó a mayores, ni que a alguien se le pasara la mano con alguna talla o insulto. Nos sentíamos rivales. El concepto era que los de la universidad de Chile eran todos masones, ateos. Nosotros, éramos el sello valórico, cristiano, en fin, eran cosas de la época. Ese era el sí, había un sello. Orgullosos de ser UCV. Los profesores, por supuesto. Incluso, los recientes se acomodaban al estilo nuestro, todo giraba en torno a la universidad y había una fraternidad con los profesores, una cercanía con los profesores que, quizás, en otras universidades eran más “acartonados” en ese sentido.

El No, porque yo siento que eso se ha ido perdiendo. En primer lugar, mucho profesor joven, y lo digo con todo respeto, se ha formado en otras universidades. Por tanto, con otros estilos, otras vivencias. O están contratados por hora o han ganado un concurso de jornada más grande, pero tienen una formación que no es la de acá.

Yo viví en una época donde la mayoría de los profesores eran egresados de esta misma universidad y el que no, era cercano de alguna manera, de la disciplina que fuera. Eso yo creo que se ha perdido. Incluso, el espíritu de curso, como no hay cursos, el mismo grupo que va año por año, pero por lo menos en cátedra.

Esta es una anécdota actual: si los estudiantes están en paro, uno, como profesor, que no está en paro, tiene el deber de ir a ver qué pasa en la sala de clases. Por ejemplo, todos estos días, la única vez desde la semana pasada que no hice la clase, terminé conversando con mis alumnos a partir del mismo paro. Y “¿por qué están ustedes aquí?” les pregunté. “Porque nos falta poco para egresar” dijeron algunos. “No quiero perder tiempo en huelgas, ya no estoy para eso, quiero adelantar mi tesis”, en fin. Hoy, no existe –y se lo he dicho a ellos– el espíritu de cuerpo. Que si la Federación de Estudiantes votó huelga y yo quedé en la minoría, tengo que aceptar que estoy en huelga también. Eso ya no se ve. Los chiquillos que no votaron huelga están viniendo a clases, eso está sucediendo.

Por eso les digo que las cosas han cambiado mucho. Hay una falta de solidaridad que vive el mundo estudiantil. Y la primera señal de alarma la supe hace ya un par de años atrás. Un colega de otra carrera, de otra facultad me la comentó. Estaba indignado, porque fue testigo de lo que les voy a contar. Dice que estaba en el pasillo y escuchó que un compañero le dijo al otro. Uno de ellos se reintegraba a clases después de unos meses de haber estado enfermo grave. Y le dijo a un compañero: “Oye, tú que

siempre tomas apuntes, préstame tus cuadernos para ponerme al día con el profe”. Y la respuesta del otro fue: “¿Y por qué te tengo que dar ventaja?”. Eso ocurrió en la universidad Católica de Valparaíso... El profesor me lo contó porque a él le causó pena. Y a mí también.

**EQUIPO:** *Vamos a tener que invitarle otra vez. Muchas gracias profesor.*

Disculpen, uno de mis problemas metodológicos es que me voy con las ramas con mucha facilidad. Gracias a ustedes.









*Mis dos pilares de una universidad: la libertad y la trascendencia. Porque la trascendencia no es otra cosa que hacerse una pregunta básica: ¿Cuál es el sentido de esta vida? La universidad tiene la obligación de presentar este problema.*



## ENTREVISTA

# Carlos Wörner Olavarría

11 DE JUNIO  
DEL 2013

*EQUIPO: Carlos Wörner Olavarría, Doctor en Física es profesor titular del Instituto de Física reconocido como profesor de Matemática y Física y Licenciado en Filosofía y Educación de la Pontificia universidad Católica de Valparaíso. Entre los cargos que ha ejercido, es posible indicar que fue Director del Instituto de Física, miembro del Consejo Superior, Director de la División de Docencia de la universidad. Además, ha sido Vicerrector de Investigación y Postgrado, así como también Vicerrector de Desarrollo. El Dr. Wörner, fue Director de Estudios Avanzados de la Vicerrectoría de Investigación y Estudios Avanzados.*

*Ingresó a la universidad el año 1959, viniendo de Puerto Montt.*

*Profesor, ¿cómo llegó a la universidad Católica de Valparaíso?*

Estudí en el Colegio de los jesuitas en Puerto Montt y los jesuitas eran los que administraban en ese tiempo esta universidad. Entonces, me mandaron directo para acá. No solamente llegué a la universidad, sino que llegué al pensionado universitario San Ignacio que fue una cosa muy importante.

**EQUIPO:** *¿Estaba ubicado acá en Casa Central?*

No, era de los jesuitas y estaba al lado de la iglesia de los jesuitas, era administrado por la universidad. Bueno, yo tenía una intención de entrar al Noviciado de los jesuitas también, o sea, los jesuitas me rutearon para acá para que no se arrancara mucho el joven...

**EQUIPO:** *¿Y cómo era la universidad que conociste?*

La universidad –mirada con ojos actuales– era una especie de colegio grande, todo el mundo se conocía, había muchos menos colegas que ahora, no existía la investigación, lo cual no significa que no hubiera grandes profesores. Había grandes profesores, estaba Siles, por ejemplo, en Historia.

**EQUIPO:** *¿El de Bolivia?*

Sí, el de Bolivia, Siles Salinas. Estaba don Héctor Herrera, estaba Roberto Prudencio que fue Director de Biblioteca, que también era boliviano. Prudencio, era un exiliado que me hizo clases de Estética a mí. En fin, en Derecho había grandes abogados de la plaza –digamos– los mejores abogados de Valparaíso que eran de una cultura católica, porque los de una cultura laica estaban en la universidad de Chile. Don Enrique Wiegang, era Secretario General y bueno, el Rector, el padre González, que le imponía un sello propio a esta universidad. De hecho el padre González transformó a la universidad de ser “colegio” a ser una universidad, con todas las características que tenía el rectorado de Jorge González.

**EQUIPO:** *¿Cómo el padre González logró ese paso que dice usted, de pasar de una especie de colegio a universidad? ¿En qué se tradujo?*

Bueno, la universidad creció cualitativa y cuantitativamente. Se crearon un montón de escuelas. Se creó toda la parte de pedagogía, toda la parte de Humanidades con el padre González. Él hizo un convenio con la Fundación Adolfo Ibáñez para fundar la escuela de Negocios. Él trajo al grupo de arquitectura que fundó la escuela de Arquitectura, que ahora está en Recreo. Había una escuela de Arquitectura, pero se cambió fundamentalmente con la llegada de Alberto Cruz y Godofredo Iommi. Creó toda el área marina, creó la escuela de Pesca, en una época en que eso era un “pecado académico”; ¿cómo un pescador iba a estar en una universidad! También fundó la escuela de Agronomía.

**EQUIPO:** *¿El Colegio Experimental Rubén Castro?*

Bueno, también. Era gente muy audaz realmente. En ese momento, el sacrosanto examen para entrar a la universidad era el bachillerato. El bachillerato lo administraba la universidad de Chile y esta universidad, que era una universidad pequeña y cuyo peso era mucho menor al que tiene ahora. El líder de esta cuestión era el padre Raimundo Barros, jesuita, que venía llegando de Estados Unidos. Él era especialista en evaluaciones educacionales, así que montaron todo este sistema de bachillerato, que era reconocido solo en algunas universidades, por supuesto que no en la universidad de Chile, pero la universidad de Concepción reconocía el bachillerato de la Católica de Valparaíso.

De ahí vino el Departamento de Selección Universitaria, en fin, todo el aparato. Esa fue una cosa absolutamente audaz.

**EQUIPO: ¿Tú entraste con el Bachillerato de la UCV?**

No, yo entré con el Bachillerato de la Chile, porque el de acá no se tomaba en Puerto Montt, por razones económicas fundamentalmente. Esa es una audacia ¿no? Es como si a alguien hoy día se le ocurriera hacer otra prueba de Aptitud Académica, con otra filosofía, con otro enfoque. Es la primera vez que se hacen en Chile, por ejemplo, pruebas de conocimiento con respuestas múltiples, lo que es ahora la PSU.

Después, otro invento es el Colegio Rubén Castro, del cual yo fui profesor. Este era un colegio experimental. Nuevamente, se rompía con todos los moldes. Era un colegio experimental ¿qué significaba eso? Que tenía un programa de estudios y una manera distinta de acercarse a los estudiantes. Y eso no era fácil. Hoy en día, no hay ningún colegio experimental, con toda la libertad y toda la cosa, todos los colegios siguen los planes del Ministerio de Educación básicamente. Y el Colegio Rubén Castro era un colegio singular, por muchos motivos.

Fijémonos en la parte curricular nomás. Los alumnos tenían clases en la mañana, clases teóricas y clases que estaban fijadas en un horario predefinido. Por ejemplo, en una mañana a primera hora tenían Castellano, en la segunda hora tenían Matemáticas, en la tercera tenían Inglés o Francés, etc. y en la tarde, se dedicaban a lo que nosotros habitualmente llamamos “actividades extra programáticas”: talleres de guitarra, de teatro, de deportes, en fin. Los programas eran distintos.

Cuando yo enseñé en el Rubén Castro, por ejemplo, enseñé álgebra y el

texto era un texto inglés. Y Física se enseñaba con textos argentinos, o sea, no se usaban los textos normales. Todos los estudiantes tenían el texto, el colegio era gratuito, absolutamente gratuito.

Había un año que se elegía la asignatura, en tercero de humanidades creo, no había matemáticas. Pero ¿cómo es posible que no haya matemáticas? no había matemáticas, pero el resultado final era que los estudiantes salían sabiendo mucho más de matemáticas que los que salían de colegios normales. De hecho, no sé si se puede dejar por escrito, pero tengo testimonios de que los examinadores en ese tiempo llegaban a tomar los exámenes y tenían problemas...

**EQUIPO:** *Esos examinadores son de colegios públicos, ¿no?*

De liceos venían a examinar a los colegios particulares. Tenían problemas porque aquí, en el Colegio Rubén Castro, se pasaban materias que no se pasaban en los liceos. Bueno, esa era la segunda singularidad.

100

La tercera singularidad es el Canal de Televisión. En su espíritu original era una herramienta que usó el padre González para evitar caer en la televisión comercial. Las primeras estaciones de televisión que hubo en Chile fueron universitarias y se dedicaban a cosas, llamémoslas así, culturales, y la idea era que si no se hacía eso se iba a caer en la televisión comercial, cosa en la cual finalmente caímos.

Menciono esas tres cosas como cosas atípicas. El padre González, además, tenía por su propia personalidad una condición de líder, era un hombre que hacía cosas como venir a los partidos de básquetbol, se llenaba el gimnasio con los equipos de la universidad.

**EQUIPO:** *¿Creó la Dirección de Deportes?*

Claro, y el club deportivo y todas esas cosas, muy en la “onda jesuita”. Los jesuitas son muy partidarios de los deportes. Él venía a animar al equipo. Cura con sotana, venía y lideraba, y gritaba el lema de la Católica, cantaba y se paraba en medio de la galería, porque no es que tenía un lugar, un palco, él llegaba tranquilamente. De hecho, él no tenía auto, él viajaba en tren cuando tenía que ir a Santiago y en tercera clase. Bueno, eso era un poco lo que era la universidad en ese momento. Hay muchas cosas más, si uno se pone a hacer recuerdos, la memoria...

**EQUIPO:** *¿Y el Instituto de Física?*

Mi Instituto no existía. Existió la escuela de Matemáticas y Física, que formaba parte de la facultad de Filosofía y Educación. El decano de la facultad era Héctor Herrera, el Director de la escuela era don Wadim Praus y el Director del Departamento de Física –así se llamaba– que era una parte de la escuela, era Tomás Muzzio.

**EQUIPO:** *¿Todo se ubicaba en Casa Central?*

Todo en Casa Central. Cuando yo llegué, estaba allá en el laberinto y el año anterior, en 1958, se había inaugurado el sector donde están ustedes ahora [Comunicación Institucional y Prensa], ahí estaban unos laboratorios de Física, la escuela de Biología y Química y la de Electrónica.

**EQUIPO:** *¿Qué año?*

En el año 1958 se construyó ese sobrepiso, nosotros le llamábamos el cuarto piso, pero es el quinto piso del edificio anexo. Eso fue diseñado, igual que la habilitación del laberinto, por don Lucho López, que era arquitecto de profesión.

Bueno, otras cosas que hizo el Padre Jorge González fue traer profesores de afuera. Él viajaba, era un hombre de mundo. Era una época en que era muy difícil viajar, la gente no viajaba. Entonces él trajo profesores. Yo tuve dos profesores españoles que me hicieron clases de lo que, en ese momento, se llamaba pedagogía. Y después hubo dos profesores de física a quienes yo no conocí, ya se habían ido cuando yo llegué en 1959, también eran españoles. Y la “importación” más notable que hizo fue la de Francisco Garrido, que es el que funda toda la investigación científica en la universidad. Si ustedes preguntan a los químicos quién la fundó, fue Francisco Garrido, Paco Garrido.

**EQUIPO:** *¿Conociste bien a Lucho López?*

A ver, no podría decir que fui amigo íntimo de Lucho López, pero sí lo conocí. Personaje muy interesante Lucho López, porque él era arquitecto y, después de la Reforma, terminó siendo miembro del Instituto de Matemáticas y del Instituto de Filosofía.

Luis Hernán López González creo que se llamaba. Don Lucho era un personaje, era lo que propiamente los gringos llamarían “un score”, un intelectual. Y su vida era, su especialidad, lo que él enseñaba era Lógica, por eso se explica por qué estaba en Matemáticas y estaba en Filosofía, la

Lógica Matemática, la lógica moderna que se llamaba en ese tiempo, la lógica simbólica y ese tipo de cosas, no la lógica aristotélica, clásica.

El solo hecho de ser arquitecto, secretario de la facultad de Filosofía y Educación, interesarse por la matemática, por la filosofía, por la epistemología ya lo hace ser un personaje singular. Pero no sólo eso, Lucho López fue el que inventó la escuela de Educación Física. Lucho López no era precisamente un personaje atlético, era más bien bajo, rechonchito, le gustaba la buena mesa. Sin embargo, decide que el deporte era una cuestión fundamental para la vida.

Entonces, fue dirigente y entregó mucho tiempo al Club Deportivo de la universidad Católica y estando ahí, junto con Bernardo Parra, profesor de Botánica, se le ocurrió crear una escuela de Educación Física, que no había. El déficit de profesores de educación física en ese tiempo, no sé ahora, era mayor que el de profesores de matemáticas. Entonces, Lucho López inventó una escuela, pero de la nada, o sea, de cero. Inventó los planes de estudios, consiguió que el padre Jorge González lo auspiciara y diera el visto bueno para que funcionara, con una condición: le pidió que no gastara plata porque las finanzas no andaban muy bien.

Las finanzas nunca anduvieron buenas en tiempos de Jorge González, después puedo referirme a eso. Entonces, Lucho López funda la carrera —me estoy imaginando yo como fue la cosa— pero, no tengo plata, así que tú verás como lo haces. De tal manera que el primer año, la escuela de Educación Física funcionó con profesores *ad honorem*, o sea, don Lucho habló con la gente: “oye tú, hazme clases de matemáticas... ¿me puedes hacer clases de matemáticas para estos cabros?”

Tenían clases de matemáticas, de lógica, y tenían clases de física. Yo hice clases de física ahí, yo soy profesor fundador de la escuela de Educación Física. Era una cosa totalmente distinta, era un paradigma distinto. Hubo otra gente, por supuesto, que estuvo metida en eso, en la escuela de Biología había un médico que era Aguirre, fisiólogo, que también era entusiasta del deporte y de este tipo de cosas. Después empezaron a llegar profesionales, que eran los que circulaban por el mundo de Valparaíso. Estaba Aldo Vitale, que era el preparador físico de Wanderers, profesor de educación física; Martínez, que era profesor de la escuela Naval; Alex Schmidling, que era un gran entrenador de atletismo; Yovanovic, que era entrenador de básquetbol, y así, la escuela de Educación Física adquiere

una personalidad. Ahora, si tú quieres saber más de eso, se lo puedes preguntar a Gladys Jiménez.

**EQUIPO:** *Después le sucede el Rector Hernán Larraín SJ, y después vienen los laicos ¿continúa la audacia?*

Ahora cuento la anécdota. Hernán Larraín era al revés del padre González. Perdón, el padre González era un gran retórico de los clásicos, estudioso de los clásicos, esa era su especialidad. Hernán Larraín, cuando llega, era una figura intelectualmente muy respetada en Chile, era Director de la *Revista Mensaje*. Era a mediados del período presidencial de don Jorge Alessandri Rodríguez, y “Mensaje” mantenía una política de crítica a la sociedad contemporánea, y continúa siéndolo hasta hoy. Era un intelectual distinguido, manejaba toda un ala que hoy día llamaríamos progresista. Él había sido Director y fundador de la escuela de Psicología de la universidad Católica de Chile, era psicólogo y académico.

103

Bueno, entonces viene este intelectual –tiene varios libros a su haber– a hacerse cargo de la universidad, con mucha esperanza para aquellos que creían o no creían que había que hacer una especie de reforma en la universidad. El estilo de conducción de Jorge González era un estilo incluso paternalista, o sea, si uno quería que le subieran el sueldo iba a hablar con Jorge González.

**EQUIPO:** *¿Autoritario?*

Yo no le llamaría autoritario, al menos en la forma, pero no se le discutía mucho a lo que decía Jorge González, no sé, no estaba en la cultura, no es como si fueras a discutir con el rector de tu colegio. Jorge González tenía un trato personal con los profesores, los conocía, podía pasar que se encontrara en el pasillo con un profesor y le dijera “oye, así que tuviste guagua, ya, entonces voy a ver si te pueden subir un poco el sueldo, porque tienes más necesidades”, cosas como esa.

Bueno, se encuentra con este estilo de conducción Hernán Larraín y lo primero que se da cuenta es que la universidad era un caos financiero. O sea, esta universidad funcionaba porque el padre González iba a hablar con los gerentes de los bancos y les decía: “deme un sobresueldo, porque la universidad no puede quebrar, imagínese usted, estos niños, qué sé yo, que voy a hablar con un Diputado, que la Ley de Presupuesto y el gobierno”, en fin, se llevaba en eso.

Este hombre, no, era un intelectual más sistemático y aquí viene la anécdota que te comentaba al principio. Esto se lo escuché yo a Hernán Larraín. A propósito del Consejo Superior que había en ese tiempo, dijo que el primer Consejo Superior al que asistió fue siendo Presidente del Consejo el padre Jorge González, pero Hernán Larraín ya sabía que sería el próximo Rector.

En esa reunión del Consejo Superior se aprobó un plan de expansión de la universidad. Ese plan es casi mítico, porque se expandía la universidad hacia el sector Agua Santa, cerca de donde está el Canal de Televisión, por ahí. Eran terrenos que tenía INVICA, que era una especie de emprendimiento social de la iglesia para construir casas. Entonces, compraban terrenos, hacían casas para los más necesitados. INVICA se llamaba eso: Instituto de Viviendas Caritas Chile.

104

Aparentemente, había unos terrenos en los cuales se podría hacer el gran campus de la universidad Católica en Agua Santa. Entonces –contaba Hernán Larraín– el Rector González presentó al Consejo Superior el plan para hacer el campus allá y fue aprobado por unanimidad en el Consejo, con aplausos. El próximo Consejo Superior al que fui –dice Hernán Larraín– era yo el Rector y llegué al Consejo y les dije que era inviable hacer esa cuestión porque no teníamos plata, no teníamos de a dónde y el Consejo me lo aprobó por unanimidad (risas). Esa es la anécdota que él contaba para qué servía el Consejo.

Era un hombre de un estilo como parco, era todo lo contrario al padre González, quien era un hombre jovial, de abrazar en el pasillo. Jamás vi a Hernán Larraín abrazar a nadie, un hombre seco, enjuto, usaba unos lentes oscuros, así que se veía más enjuto todavía. En un artículo que escribí para la *Revista Mensaje* está dicho eso, no es que el tipo fuera hosco, era un problema de timidez. Era un hombre cultísimo –Jorge González también lo era–, pero te podía citar filósofos, literatos, sabía de cine, todo el movimiento cultural contemporáneo, y yo creo que no tenía dotes de administrador. O sea, se encontró con una universidad que no tenía plata, que tenía un montón de demandas, que estaba creciendo.

**EQUIPO:** *Y el poco dinero que había, ¿de dónde llegaba?*

El poco dinero llegaba del Estado, de las pocas matrículas, porque en ese tiempo se pagaba una matrícula que era nominal, como si ahora pagaras



\$50.000 por año, una cosa así, llegaba porque el padre González inventó una cosa que era muy imaginativa. Resulta que no existían las subvenciones para la universidad. La universidad en ese tiempo recibía un aporte que estaba en la Ley de Presupuestos. Había un ítem en la Ley que transfería recursos a las universidades y eso se lo peleaban los diputados en la Comisión de Presupuesto.

Para esta una universidad era requetecontra poca plata. Entonces, él inventó lo siguiente: que el Instituto de Técnicos (Mecánica, Construcción Civil, Electricidad, Electrónica, después Pesca, incluso Agronomía, porque empezó como escuela Técnica con Técnico en Administración Agrícola) fuera considerado por el Ministerio de Educación como Liceo Técnico. Entonces, recibía la subvención, porque esos sí podían recibir recursos y, por lo tanto, tenía consecuencias curiosas. El régimen de los profesores que hacíamos clases en esos lugares era distinto al régimen de los otros. Por ejemplo, a nosotros nos pagaban gratificación, porque estaba estipulado que los colegios privados, que recibieran subvención de Estado, tenían que pagarle un mes o medio mes de gratificación a sus profesores. Entonces, nosotros recibíamos una gratificación, no era una gran cosa, pero era curioso, ¿no?

El Colegio Rubén Castro también recibía subvención. Aquí había un solo bolsón de plata. De ahí venía el dinero. Sospecho que pudo haber motivos privados, pero no tengo ninguna certeza.

**EQUIPO:** *¿Qué pasó con esa subvención cuando las carreras técnicas pasan a ser ingenierías?*

Despareció esa subvención porque después ya no fue necesaria.

Hernán Larraín fue un Rector que, pienso, la universidad no ha valorado como lo que fue, porque fue un hombre que trajo institucionalidad, que trató de poner orden en esta especie de caos. No tuvo los medios para hacerlo, no tenía la simpatía personal de Jorge González, por lo tanto, le fue más difícil ordenar la universidad. Además, hubo dificultades económicas porque el gobierno de Jorge Alessandri no era especialmente amigo de los jesuitas y esta era una universidad administrada por los jesuitas.

Los jesuitas le daban duro al gobierno en la *Revista Mensaje*, pero Hernán Larraín, por ejemplo, es un gran teórico de la universidad Católica, tiene un gran artículo sobre la universidad Católica, qué es lo que es, qué es lo

que debe hacer una universidad Católica. Él puso la semilla de lo que fue la Reforma Universitaria; él constituyó dos grandes grupos dialogantes diría yo. Uno fue lo que se llamó la Comisión de Reforma Universitaria (no sé si tenía ese nombre), pero había gente que se reunía.

La otra cosa que hizo Hernán Larraín, algo nuevo para nosotros, de mucha importancia para los tiempos, es que constituyó un consejo que se llamaba de “Cooperación Social”. Este Consejo era para que la universidad hiciera lo que en ese tiempo se llamaba acción social, pero una acción social integral universitaria, no meramente asistencial.

Nosotros tomamos un barrio de Valparaíso, que era Rocuant, y la idea fue hacer una aplicación integral de los recursos y la acción universitaria sobre esa población. Así, los arquitectos se dedicaron a estudiar las casas, los profesores colaboraron en las escuelas, también los ingenieros ayudaron. Esa era la idea, cómo proyectar la universidad en un mundo carenciado, limitado, pero la universidad iba ahí con presencia de todos, una idea bastante interesante.

**EQUIPO:** *La Reforma Universitaria critica la falta de eso.*

Claro, por supuesto, es una forma. Por eso que esto es una pre-Reforma. Yo no me acuerdo si en ese tiempo los estudiantes participaban, yo creo que no, tendría algún recuerdo, pero creo que no, eran más bien los profesores.

**EQUIPO:** *¿Por qué se acaba la administración jesuita?*

Yo realmente no sé. Fue como una pequeña revuelta cuando se fueron los jesuitas. Me acuerdo que para tener un contacto más cercano con la universidad, Hernán Larraín inventó un consejo de directores. Como no tenía una muy buena opinión del Consejo Superior bajo su rectorado, inventó el Consejo de Directores. Se juntaba una vez al mes con todos los Directores de escuela y asistía a estas reuniones el Presidente de la Federación, que era yo en ese momento.

**EQUIPO:** *¿Fuiste Presidente de la Federación de Estudiantes?*

Sí, yo he sido casi de todo. No, la verdad que portero no he sido, pero apagaba las luces, me consta, esa es una manía.

Bueno, en uno de los últimos consejos que yo asistí, pudo haber sido en octubre del año 1963. En ese consejo estaba Arturo Zavala, porque

era el Director de la escuela de Derecho, lo cual ya fue una revolución, porque acuérdense ustedes que la escuela de Derecho tuvo su origen en la Congregación de los Padres Franceses, y el Director de la escuela de Derecho era un sacerdote de los Padres Franceses, padre Eduardo Lobos. De tal modo que cuando se fue el padre Lobos, debe haber tenido ya una cierta edad, se nombró un Director laico, lo que fue una especie de escandalillo. Esta era una obra de la Congregación, y si ustedes escuchan los discursos de nuestro Rector, de nuestro Gran Canciller de repente, vuelve a los orígenes de la escuela de Leyes como Curso de Leyes de los Sagrados Corazones.

En ese Consejo estaba Arturo Zavala, estaba yo, una especie de espectador asombrado de lo que ahí pasaba y estaba Héctor Herrera. Cuando terminó la sesión, me acuerdo de que se para de un sillón como estos, hace un ademán de irse, cosa que teníamos que irnos y se para Héctor Herrera y dice: “un momento, hay un asunto que tenemos que considerar los directores”. En ese momento yo me paro y le digo: “bueno, yo me voy si es un asunto de los directores, yo estoy aquí porque me invitó el Rector, pero si se transforma esto en una reunión de directores, yo me retiro”. Entonces, Héctor Herrera me dijo: “no Carlos, quédate, esta cuestión es importante para todos”. Así que me quedé.

Y en ese momento, Héctor Herrera da la noticia que los jesuitas se iban. Eso, sin consulta a la comunidad universitaria. Y se produce una discusión entre él y Arturo Zavala. Nadie sabía que Arturo Zavala iba a ser el próximo Rector (a lo mejor él sí). Entonces, la discusión era que Héctor Herrera defendía la continuidad de los jesuitas y Arturo Zavala defendía la autoridad del Obispo y de la Iglesia. Se produjo un diálogo bastante áspero por lo que yo me acuerdo.

**EQUIPO:** *¿El Padre Larraín estaba?*

No. Esto produjo todo un movimiento y la Federación de Estudiantes tomó cartas en el asunto y fuimos a hablar al Obispado. Y mandamos una carta a Roma... ¿qué te crees tú?

Enviamos una carta a Roma, consensuada por todos los organismos estudiantiles de esa época, que exigía una explicación. No me acuerdo si iba dirigida a Barisladi (*sic*) u otro. El mensaje que recibimos fue: “miren niños, la universidad es como una hija de esta Diócesis y resulta que la Dió-

cesis no podía mantener a esta hija y tuvo que darla como en adopción. Pero ahora, la Diócesis ya siente que puede seguir con esta cosa”. Eso fue.

El Obispo era don Emilio Tagle y Wenche Barra su Vicario. Estaba don Emilio, porque don Raúl Silva Henríquez estuvo aquí, si no me equivoco en 1959 y en 1960. Y de ahí lo permutaron con don Emilio, que estaba en Santiago, y lo trajeron para acá. Entonces, en 1961 debe haber estado don Emilio. Y el equipo de don Emilio era Wenche Barra, Barisladi, etc. Todo esto en un tono muy del Concilio Vaticano II, con un Rector laico, etc. Y ahí, en ese momento, entró Arturo Zavala.

Te cuento otra anécdota. Esta me la contaron. Se dice que cuando don Arturo Zavala tomó posesión del cargo de rector finalmente –los alegatos quedaron en nada– algunos de sus amigos, consejeros, le dijeron: “oye, por qué no te vas a entrevistar con don Jorge Alessandri. –Y qué voy a hacer yo ahí? respondió ¿Qué monos voy a pintar ahí yo? No soy un político”.

Bueno, dicen que pidió la entrevista y se la dieron. Cuando entró al despacho del Presidente don Jorge Alessandri, a quien él no conocía, se para don Jorge del escritorio, va y lo saluda con gran afecto, pero con gran afecto, que no sabía de donde venía, y le dice algo así como: “qué bueno Rector, por fin se han ido los jesuitas, no sabe usted lo que me alivia”.

#### **EQUIPO: *Primer Rector laico en una universidad católica.***

Claro, primer Rector laico, pero a él lo que le interesaba era que ya no estaban los jesuitas. Entonces, el Presidente le pregunta: “¿bueno, qué podemos hacer, en qué le puedo ayudar?” Y don Arturo ahí le hizo la pedida... plata. Y cuenta el final del cuento que don Jorge Alessandri habría levantado el teléfono y habría hablado con el Director de Presupuesto, dándole instrucciones para que recibiera a este caballero y que tuviera buena oreja para lo que le iba a pedir.

Y en ese momento aparece el dinero, directamente consignado por el Estado. De hecho, nos subieron el sueldo, claro, no sé cuántos profesores habría, pero aquí cada profesor en ese tiempo tenía un sueldo distinto. Muy manejadas las finanzas al estilo de boliche o almacén. No, con Arturo Zavala se formalizó la cuestión, se pagaba al día, cosa que antes no existía.

Antes, si tú tenías una deuda, se compraban con letras. Nosotros comprábamos con letras. Entonces, cuando se nos vencían las letras y teníamos que pagar, pasábamos por aquí y le preguntábamos a don Humberto Navarro. Don Humberto, ¿cómo están las cosas este mes? En ese entonces, don Humberto era el tesorero, Vicerrector de Administración y Finanzas, de todo. Él manejaba la caja aquí, en sus cajones. Decía: “mira niño, está más o menos la cuestión, pero ¿cuánto necesitas? Bueno, para pagar la letra, no sé, 50 escudos... Mira, te puedo hacer un anticipo por 40, tú búscate los otros 10 por ahí”.

Y efectivamente, te hacían un anticipo y cuando yo era Presidente de la Federación de Estudiantes, fui a hablar con él –de esto me acuerdo patente– le pido plata, plata que era de la Federación, porque de la plata que pagaban los estudiantes había una cuota establecida para la Federación. “Sabe don Humberto, tenemos que hacer la fiesta de primer año, usted sabe, el mechoneo y toda la lesera y eso requiere de algunos gastos. Bueno mi niño ¿cuánto necesita? Yo tenía 18 años en ese tiempo. Bueno don Humberto, tanto. A ver, llamaba a uno de sus secuaces que manejaba la cartola de los bancos *in situ*, a mano. Dime ¿en qué banco tenemos saldo? –En el Sudamericano don Humberto”. Entonces, abría el cajón, sacaba un montón de libretos de cheques, escogía el del banco Sudamericano y te hacía el cheque ahí mismo, lo firmaba él y listo. Hasta la próxima pedida. Así se manejaban las finanzas en ese tiempo.

Bueno, volvamos al rectorado de don Arturo Zavala.

**EQUIPO:** *Entendemos que ni Wadim Praus, ni Lucho López tenían título universitario.*

La profesión de arquitecto como la de constructor o la de contador, por nombrar algunas que se me pasan por la cabeza, no eran necesariamente carreras universitarias. Incluso antes, el título de abogado lo daba directamente la Corte Suprema. O sea, no era necesario estudiar en una universidad para ser abogado, podías estudiar por tu cuenta o siendo asistente en un estudio jurídico, por ejemplo. Finalmente, tenías que dar un examen ante la Corte Suprema y te daban el título de abogado. Pregúntense ustedes, ¿dónde estudió Arturo Prat? En ese tiempo no había ninguna escuela de Derecho en Valparaíso.

**EQUIPO:** *¿Y el Curso Fiscal de Leyes?*

El Curso Fiscal de Leyes es posterior, creo yo, al Curso de los Sagrados Corazones. O contemporáneo, pero no hay biografía de Prat donde salga dónde estudió, porque no se estudiaba Derecho en ese tiempo. Don Andrés Bello daba “clases particulares” en Santiago. Bueno, no era rara esta cuestión. El arquitecto era una persona que diseñaba básicamente en base a la práctica, en base al maestro, después lo hicieron quienes tenían título de arquitecto.

**EQUIPO:** *Tampoco los periodistas estudiaron en la universidad.*

Tampoco estaban los periodistas. Los constructores eran también prácticos nomás. Cuando se crea la ley del Colegio de Constructores se les reconoce a todos los que habían sido prácticos. Se les otorga el título de Constructor Civil, digamos por gracia. Bueno, Wadim Praus era arquitecto, se le notaba en su manera de escribir.

**EQUIPO:** *¿Qué relación tuvo Wadim Praus con el Canal de Televisión de la universidad?*

Bueno, yo lo conocí como Director de la escuela de Matemáticas y Física. Fue profesor mío. Digo que era un notable arquitecto porque hacía unos dibujos hermosísimos. Junto con Esteban Herrera, que también era un profesor de matemáticas, y Jorge Curie que era profesor de física, tenían una cierta tertulia, una cierta amistad entre ellos en torno a cosas científicas. De ello nació el programa “El hombre ante el Universo”, un programa radial que se transmitía por la radio de la universidad Santa María.

Con el tiempo, fue un programa icónico de la televisión chilena. En este programa, Wadim Praus era el presentador, porque además tenía una voz de locutor, era profundo y modulaba muy bien. Me acuerdo haberle escuchado hablar sobre el *sputnik* por ejemplo, de los satélites artificiales que en ese momento eran una novedad, cómo estas cuestiones pueden funcionar, de las leyes del universo, etc. El programa era muy elemental desde el punto de vista televisivo, simplemente había una cámara o un par de cámaras, fijas. Tuvimos las primeras cámaras de cuatro mechas aquí en la universidad.

**EQUIPO:** *¿En ese tiempo no se podían guardar, cierto?*

No lo sé, pero de todas maneras hay otro problema con el guardado. Sencillamente, tenía un papelógrafo donde él dibujaba y tenía cartones

donde había cosas predibujadas. Entonces, iba cambiando los cartones en el papelógrafo, con un micrófono en la mano y un puntero. Ese era todo el programa, en blanco y negro.

No sé si se podía grabar o no, parece que no, pero incluso si se hubieran podido grabar, eso que se grabó se perdió durante la época de la Unidad Popular, por cuanto en esa época había escasez de material. Entonces, reciclaron todas las cintas o buena parte de las cintas que tenían. Hay muchas cosas históricas de la televisión chilena que se perdieron. Programas como “A esta hora se improvisa”, por ejemplo, la Católica de Chile no tiene los registros de todos los programas. Pienso que se extraviaron también. Entonces, Wadim Praus fue el primer periodista científico que hubo en el país.

**EQUIPO:** *¿Dónde estaban los estudios? ¿Dónde se hacían las filmaciones? ¿No estaba aquí en el subterráneo?*

Sí claro, en el subterráneo, en una sala que está en una esquina en el vértice opuesto de esta, cruzando la diagonal, ahí estaba el canal. Yo ingresé una vez al set cuando era Presidente de la Federación. Teníamos una campaña de alfabetización, todavía la alfabetización era un problema en Chile en ese momento, y nosotros como estudiantes universitarios y entre la acción social, propusimos una campaña de alfabetización y, a propósito de esa campaña, fui al Canal de Televisión y vi como era la cosa adentro.

Para empezar, lo primero que te decían era: “¡cuidado con los cables!” Porque estaban todos los cables en el suelo. Había una mesa que estaba despejada y atrás había una foto o algo así, eso era el set. Era una pieza chica, si es una sala de clases. Hay cosas entretenidas sobre el Canal de Televisión. ¿Ustedes saben que una vez trataron de meter un elefante al set del subterráneo?

**EQUIPO:** *(risas)*

Kamel Harire sabe ese tipo de cosas porque trabajó en el canal. Pregúntele a él para saber las brutalidades que se hacían en ese tiempo, cómo tenían que ingeniárselas los técnicos para producir un programa. Todo era en vivo. Una vez, se les ocurrió traer un elefante para acá y fue un escándalo. El elefante pasó por el patio, entrando a la izquierda, para bajarlo por la escala de la esquina. Por supuesto, él se rehusó a bajar.

No sé, Gretel creo que se llamaba la elefanta del circo “Las Águilas Humanas”, porque por lo demás, el circo se instalaba aquí al frente, en el Estadio Ferroviario.

**EQUIPO:** *¿Y qué querían, entrevistar a la elefanta?*

(risas) Era un show, no sé, para los niños. Otra vez vino una artista, una actriz argentina que era media ligera de cascos, hoy día se podría dar en algún matinal de la televisión. No me acuerdo cómo se llamaba, la verdad. Y todos nosotros estábamos “ooohhh”. Era una rubia platinada. Desde luego no había teléfono móvil para tomar fotos.

**EQUIPO:** *¿Cuántos años fuiste Presidente de la Federación?*

Un año nomás. Bueno, era entretenido. Claro, tenía 18 o 19 años y tenía que ir a hablar con el gerente del banco, teníamos cuenta corriente. No sé cómo los ejecutivos nos aguantaban que firmáramos los cheques y otras operaciones. Había que pagarle a una secretaria. En ese tiempo, la Federación de Estudiantes se encargaba de lo que podría llamarse el “bienestar de los estudiantes”, el servicio médico, el carné para pasar en las micros, etc. Después, cuando yo dejé de ser Presidente había gente dedicada al bienestar estudiantil.

**EQUIPO:** *Usted lleva más de 50 años en la universidad.*

Desde el año 1959.

**EQUIPO:** *¿Qué hechos relevantes usted nos podría mencionar en estos 50 años?*

Lo más notable como ícono es la Reforma, el tiempo de la reforma, en el cual se paralizó la universidad. Profesores y estudiantes se unieron. En ese tiempo, año 1967 yo era un profesor con muy poca visibilidad e influencia. No estuve en la toma, yo no fui un antiguo reformista. Sin embargo, la reforma fue adoptada por la inmensa mayoría de la comunidad universitaria, cuando empezó a funcionar como tal. En el fondo, yo creo que la reforma estaba prefigurada en la cabeza de muchos profesores. De todas maneras, eso estaba en el pensamiento del rector Hernán Larraín.

**EQUIPO:** *La toma fue hecha por profesores y alumnos. ¿Cuánto tiempo duró?*

Fue larga. Eso se lo pueden preguntar a Raúl Allard.



**EQUIPO:** *¿Él te nombró en un cargo?*

Así es. Director de Docencia.

**EQUIPO:** *¿Sería como el Vicerrector Académico de hoy?*

Sería como la Dirección de Docencia, más la Dirección de Desarrollo Curricular y Formativo, más la Unidad de Beneficios Estudiantiles y todo lo que tiene que ver con docencia pasaba por mis manos. Básicamente, lo que había que hacer en ese momento era ordenar la Dirección después de la Reforma, había que elaborar sus reglamentos. Ahí se inventaron los Jefes de Docencia.

Todos creen que los Jefes de Docencia nacieron con la universidad. No, es una idea falsa, la estructura era: un Director, un Jefe de Docencia, un Jefe de Investigación y un Jefe de Extensión.

Yo llegué ahí porque cuando volví de mi primera estadía en la Argentina me nombraron Jefe de Docencia del Departamento de Física. El Departamento tenía la responsabilidad de enseñar física a todas las carreras y eso era un lío académico burocrático grande. Entonces, había que tener a alguien que manejara ese asunto y me incorporé ahí, “pajarito nuevo”.

De eso devino un organismo que casi nadie recuerda. Se llamaba “Consejo de Coordinación Académica”, que era el consejo de todos los Jefes de Docencia de las Unidades Académicas de la universidad. Era esencialmente un ente técnico que estaba permeado por influencias políticas –estamos hablando del período de Allende– y el organismo técnico de ejecución era el Departamento de Selección Universitaria y el Departamento de Admisión y Registro, que en ese tiempo lo dirigía Bernardo Parra.

A mí me eligieron muy a la moda de ese tiempo, Presidente del Consejo de Coordinación Académica. De ahí me saca Duncan Livingston, que era Vicerrector Académico, y me lleva a trabajar con él como Jefe de la Dirección de Docencia. En ese tiempo entre el Rector, el Vicerrector, el Director de Investigación (que era David Carrillo) no había casi investigación.

**EQUIPO:** *¿Después de la Reforma se potencia toda el área de investigación?*

Sí, pero se potencia diría yo no la estructura, sino más bien dentro de la base. O sea, la gente comenzó a darse cuenta de que había que hacer

investigación, especialmente la gente de ciencias básicas. Acuérdense que había un motorcito que se llama Química, con Francisco Berríos, que siempre se preocupó mucho de la investigación. Biología hacía algunas cosas, pero en Física en cambio, había muy poca investigación.

**EQUIPO:** *La investigación ¿se financiaba con dineros del extranjero?*

Sí, pero no tengo información. Reinhard Zorn puede saber de esas cosas, gestionó dineros de Alemania.

En el primer rectorado de Allard, me parece, se suscribió un crédito con un aval de la CORFO para equipar los laboratorios. Se llamó “el crédito francés”, todavía hay material que deriva de ese crédito. Hasta donde yo sé fue la última adquisición masiva de equipos que hizo la universidad. Y eso derivó después en una deuda histórica que tuvimos con la CORFO por muchos años y que ignoro cómo terminó.

**EQUIPO:** *El Rector Zavala, a fines de su rectorado, andaba en Europa consiguiéndose financiamiento.*

Sí, con la ayuda de la organización de la Iglesia, pero no sé qué fin habrá tenido eso.

**EQUIPO:** *En esos años, ¿el ambiente político era difícil?*

Sí. El ambiente político durante el gobierno de Allende fue muy difícil, ya estaba la reforma en marcha. Nosotros, la universidad, éramos una caja de resonancia de los conflictos que había. Por una parte, entre el gobierno y la oposición de la época. Por otra, dentro del mismo gobierno, el cual se disputaba porciones de poder dentro de las organizaciones sindicales e industrias que estaban intervenidas. De repente, eso traía consecuencias a la universidad. O sea, el Centro de Alumnos de cierta carrera estaba en poder de determinado partido y, entonces, ellos tenían el problema en alguna parte, en la Fundación Ventanas, por ejemplo, y eso repercutía aquí en la universidad.

Raúl Allard era un maestro para manejar estos asuntos. A pesar de eso, tuvimos muchos problemas. Muchas veces, se tomaban la universidad, había verdaderos combates dentro de ella. Afortunadamente, en ese tiempo no se usaban armas de fuego.

De las cosas que me acuerdo, por ejemplo, refiero una. Una vez, la uni-

versidad estaba tomada por la, entonces, oposición. Los partidarios del gobierno se la retomaron y encerraron a todos los “momios” –a los dirigentes que ellos llamaban “momios”– en la oficina de Raúl Allard. O sea, se arrancaron y se refugiaron ahí. Luego, llegó un montón de gente que pertenecía a la Rectoría y otros profesores que andaban por ahí, y fuimos a acompañar a Raúl en esta situación y empezamos las negociaciones. Llegó el Intendente, un Diputado local, el jefe del Comité Político de la Unidad Popular en esta zona, que era Rodrigo González, profesor de esta universidad y ex alumno de Filosofía. Al final, sacaron a la gente, pero la sacaron custodiada.

Pineda, que era Presidente de la Federación de Estudiantes, junto a Raúl Allard tenían que sacar de a uno a los niños del segundo piso hasta la puerta donde los estaba esperando una micro, porque la solicitud de los que, en ese momento, ocupaban la universidad era que todos estos que estaban adentro eran unos delincuentes subversivos y, por lo tanto, había que llevarlos a la comisaría, prontuariarlos, hacerlos pasar a la justicia por sus actos, etc., por lo menos fotografiarlos.

Lo que se logró después fue que salieran entre medio de una fila de opositores a ella, entre escupitajos, patadas y qué sé yo, todos protegidos por Raúl Allard y por Pineda, quienes recibieron todas las expresiones de protesta al bajar por la escala desde la oficina de Rectoría hasta la puerta de la universidad. No con uno, sino con veinte estudiantes que estaban ahí. Si no me equivoco estaba Francisco Bartolucci,

### **EQUIPO: *¿Cómo recuerdas el año 1973?***

Los primeros días, después del 11 de septiembre, estaba cerrada, no creo que haya estado ocupada la universidad. Te quiero decir no estaba ocupada por los marinos, por las FF.AA., estaba ocupada por lo que, en ese tiempo, era la oposición. Después llegaron las Fuerzas Armadas, pero los primeros días no, estaba cerrada la universidad.

Después se abrió. Yo asistí a una cosa curiosa. Hubo una ceremonia de cambio de Rector, o sea, se reconoció a Raúl Allard como Rector de la universidad y Allard entregó el mando de la universidad al primer Rector Delegado, que era el Almirante De la Maza, cosa que no sucedió en ninguna parte del país. Por ejemplo, a la Técnica del Estado entraron con tanques.

En el año 1974 me fui becado. Yo estuve cuando vino Fidel Castro. Eso pudo haber sido el año 1970 o 1971, por ahí. No vino a la universidad. Estuvo como un mes en Chile. Entonces, la paranoia de la gente de izquierda era que la CIA iba a matar a Fidel Castro. Por ello, la universidad se cerró y quedó bajo la protección de los partidos políticos de izquierda. Eso se negoció. Entonces, andaban por los techos de la Casa Central. Yo estaba dentro.

Físicamente, nunca estuvo acá, pero sí en Valparaíso. Y en determinado momento nos avisaron... Estaba de decano Héctor Sarmiento, Roberto Serra. Raúl Allard no estaba, se encontraba en una reunión en Santiago, y de repente nos avisan que uno de estos jóvenes se había caído desde el techo del gimnasio, así que tuvimos que llevarlo a la posta. El tipo no era de aquí, no sabía dónde estaba pisando, no sé que le pasó después, nosotros lo dejamos en la Posta, nos quedamos ahí y apareció un comando que nos dijo: "Muchas gracias por preocuparse, ahora esto es problema de nosotros".

116

Luego, regresé en febrero del año 1978.

**EQUIPO:** *Las actividades académicas de la universidad, ¿se cumplían sin problema?*

Sí, sin problema. El que organizaba la universidad en ese tiempo fue el Vicerrector Académico Héctor Herrera, en tiempos de Matías Valenzuela, había un Prorector, que era Félix Lagreze, quien manejaba "la interna". Curiosamente, yo encuentro que los rectores que conocí eran bastante razonables, conversables, que eran el Almirante de la Maza y don Matías Valenzuela. Hubo muchos más, pero yo no los conocí.

**EQUIPO:** *¿Cuál es el último Rector Delegado?*

Depende de cómo cuentes el cuento. El último Rector, ex miembro de las Fuerzas Armadas y que firmaba como Rector Delegado, fue don Matías Valenzuela.

**EQUIPO:** *¿Eso fue en los '80?*

Eso fue hasta Mónica Madariaga, no me pidas fecha. Mónica Madariaga fue una de las que empezó a civilizar las universidades. El primer Rector civil es Raúl Bertelsen, pero yo no sé si Bertelsen era Rector Delegado, tengo mis dudas. Si era delegado, era nombrado por el Obispo, en acuerdo con la autoridad militar.

Lo que sí me acuerdo es que el último Rector durante ese régimen fue Juan Enrique Fröemel. Se negaba y se enojaba cuando uno decía que era Rector Delegado. Yo no soy delegado por nadie, yo soy nombrado por el Gran Canciller. Por eso te digo, según como cuentes el cuento, poco a poco se fue diluyendo la presencia militar y fue asumiendo el Obispado el control de la situación.

En ese tiempo, era Obispo don Francisco de Borja Valenzuela Ríos. Yo creo que la figura del Gran Canciller existió siempre. No sé, habría que revisar los estatutos del tiempo de los jesuitas. Los jesuitas, por allá por el año cincuenta y tanto, hicieron un Estatuto de la universidad que debe estar archivado por ahí. Puede ser del año 1965. Muy en la onda pre-reforma. Ahí decía, por ejemplo, “Atribuciones del Prorector”. El Prorector era una figura que, en ese estatuto, reemplazaba al Rector cuando éste estaba fuera. Una especie de Vicepresidente de la República. Ejerce mientras el otro no está. No es como el Vicerrector, que tiene otras funciones. Este era un Rector de mentira. Entonces decía: “el Prorector deberá resolver todos los asuntos en la mente del Rector”. Una frase que ya no existe. ¡En la mente del Rector! ¿Qué significa eso? que el tipo no tenía autonomía para decidir por él, si no que él tenía que decidir pensando lo que el Rector hubiese decidido.

**EQUIPO:** *¿Por qué se fue el Prorector Lagreze?*

No tengo información fidedigna, copuchas nomás. Tiene que ver con los cambios de Rector, cambios en los equipos. Cuando se fue don Matías Valenzuela, seguramente se fue Lagreze también.

**EQUIPO:** *Profesor, usted es un hombre de fe y de Iglesia.*

Sí claro, ambas cosas.

**EQUIPO:** *¿Cómo observa usted la catolicidad de esta universidad? Es una pregunta que tiene que ver con el sello valórico.*

Yo creo que no existe “LA” universidad católica. No hay un molde para una universidad católica. La universidad católica, como todas las instituciones de Iglesia y como nosotros mismos somos llamados a vivir la catolicidad, nuestra fe, de una manera que nosotros mismos formulamos. O sea, que el formular una universidad católica es un proceso que debería ser continuo, no estático y que puede ser perfectamente

diferente de la universidad católica que está al lado, puede expresarse de muchas maneras.

Hay básicamente dos extremos de universidad católica: una, es la universidad católica confesional, donde todos los alumnos son católicos, donde hay prácticas de fe que son obligatorias o cuasi obligatorias; el otro extremo es la universidad católica donde no hay ninguna obligación con la Iglesia, donde se mantiene el nombre por razones históricas –llamémosle así– de origen.

Esos son los dos extremos. En el medio, hay una vastísima cantidad de grises. En mi opinión, lo que caracteriza a esta universidad católica son básicamente el respeto por la libertad de la persona, libertad que no es una libertad independiente de la pertenencia a la Iglesia, sino que es propiamente evangélica. Es decir, Dios no quiere esclavos, está escrito eso. A ti no te pueden obligar ir al cielo, para decirlo en términos simples, tú eliges ir al cielo y es un acto propio de tu voluntad. Lo mismo rige para la universidad.

Y esta universidad ha mantenido una honrosa tradición de respeto por la libertad de las personas. Aquí nunca se le pregunta a nadie qué religión tiene, si practica o no practica, existe la más amplia libertad. Incluso, yo diría un abuso de la libertad para hacer proselitismo de otras confesiones religiosas. Ahora bien, lo que sí, la universidad tiene que presentar su visión del hombre. Junto con respetar la libertad tiene que hacer presente la trascendencia. O sea, para decirlo en términos simples, nuestra vida tiene un sentido. No somos seres accesorios ni intrascendentes en el mundo, tenemos una misión trascendente y eso es una cosa que la universidad tiene que hacer presente a sus estudiantes.

Esos son mis dos pilares de una universidad: la libertad y la trascendencia. Porque la trascendencia no es otra cosa que hacerse una pregunta básica del hombre: ¿por qué estamos aquí? O dicho de otra manera, ¿por qué nos vamos a morir? ¿Cuál es el sentido de esta vida? El cristianismo tiene una respuesta para eso. Yo no obligo a nadie adoptar una respuesta al cristianismo, lo que sí tiene la universidad es la obligación –en mi opinión– de presentar el problema.

El fenómeno religioso existe en todas las culturas y la universidad católica lo tiene que hacer presente. Las universidades laicas, generalmente, son

neutras. Nosotros no. Ahora, el estudiante será libre de adoptarlo o no, de hacerse él el lesa, pero no puede decir que nosotros no le dijimos. Y ese es el sentido que tienen los cursos de cultura religiosa. Cuando yo estudié en la universidad, mi carrera era de cinco años y tuve 10 cursos de cultura religiosa. Tuve grandes profesores.

**EQUIPO:** *¿Y era como ahora? Que uno puede optar por Historia de las religiones, por ejemplo.*

No, había programas. Teología, cultura religiosa, historia, antropología. Ahora no, los programas de cultura religiosa están centrados en dos cursos. Uno es antropología cristiana, que es justamente este sentido: ¿para qué estamos aquí?, el estudio del hombre y el otro es moral, nuestro comportamiento en la sociedad y ahí se deriva una suerte de relaciones con nuestros hermanos, con nuestros prójimos, eso es la ética.

A mí me parecen muy apropiados, porque no son cursos de catequesis, son cursos universitarios. No pueden ser de otra manera, donde se plantean los grandes problemas de la vida y su trascendencia, a través de un lenguaje universitario.

**EQUIPO:** *¿Usted identifica o piensa que existe una identidad del alumno o ex alumni PUCV?*

Yo creo que sí, es muy difícil de definir, no te lo podría resumir, pero he hecho clases –aparte de esta universidad– en la U. Santa María, hice clases en la U. Adolfo Ibáñez y en la escuela Naval. Los tres lugares son totalmente diferentes.

**EQUIPO:** *¿Los alumnos o los profesores?*

La comunidad, el ambiente, totalmente diferente. Claro, si tu me dices haga una tipología, no sé, no podría hacerla, pero son diferentes. Quizás, la más fácil sería la escuela Naval, todos uniformados, no hay problema de disciplina, nadie se va a tomar jamás la escuela Naval. Los tipos son cuadrados, se paran, se forman.

**EQUIPO:** *Pero lo que ha observado acá, ¿tendría que ver con la catolicidad o tiene que ver con otras cosas?*

Tiene que ver con la manera como se ve la catolicidad, porque puede haber universidades legítimamente católicas, pero que toman otro matiz

del catolicismo, un matiz más doctrinario por así decirlo. Se me ocurre que hay ejemplos de eso.

Yo estudié en un colegio jesuita y estuve en el Pensionado que estaba al lado de los jesuitas. Nosotros jugábamos al dominó con los curas que estaban al lado. Yo tenía clases de sociología con Ignacio Paredes, SJ, el lunes a las ocho y media, y el domingo en la noche estábamos jugando dominó. Todo eso se transmite. El ambiente de libertad que conlleva a la responsabilidad. Nosotros, en el pensionado, nos autogobernábamos.

El director del pensionado era un estudiante o había egresado ya, pero era compañero nuestro. Había ciertas reglas que cumplir. Por ejemplo, después de las diez de la noche, no se podía meter bulla y punto.

**EQUIPO:** *Pero eso es diferente a los estudiantes de hoy en día.*

No sé, pero esa era una cuestión tácita. El tipo que repetía se iba del pensionado. En ese tiempo había estructura de años. El que repetía se iba. Para mí, era gratis el Pensionado porque estaba acá.

**EQUIPO:** *¿Cómo aparece Física y Humor, su libro?*

En aquel tiempo, estamos hablando de unos 15 años atrás había cierto interés de parte de algunos de nosotros, en el Instituto de Ciencias Básicas, de hacer investigación, para lo cual necesitábamos información de lo que se hacía en otras partes del mundo. Algo que ahora con la base de datos ISI tienes todo, pero en ese tiempo no existía.

La universidad estaba suscrita a las revistas que a uno le interesaba, que son casi infinitas, pero no había dinero para comprarlas todas. Entonces, existió un académico que se le ocurrió una cosa: vio una oportunidad y publicaba una revista –si se puede llamar así– que se llamaba “*Current Contents*” (“Contenidos Actuales”). Había una para ciencias, otra para sociología, etc.

¿Y en qué consistía esta publicación? En que el interesado compraba todas las revistas científicas, copiaba todos los índices y los publicaba. Todas las semanas llegaba aquí, por correo, papel biblia. Entonces, tú estabas al día en todo, porque tenías una base de datos espectacular. ¿Cómo te las conseguías? Te ofrecían conseguir las revistas originales, porque con los puros títulos no te servían, y la publicación te daba la dirección de los investigadores, tú les podías escribir a los autores de la publicación y él



te enviaba los escritos. Si a mí me pedían una, yo mandaba la mía, por correo. Ese era “*Current Contents*”, pero no era para leer todos los índices de las revistas.

Entonces, al investigador se le ocurrió tener una sección de tres páginas, que hablaba de ciencia en general. De ahí, derivó lo que hace Atilio Bustos ahora, la *cienciometría*. Esa sección tenía una caricatura científica en todos los números. Entonces, cuando llegaba la revista a Física, lo primero que hacía uno, no era mirar los índices, sino la caricatura, una caricatura genial, un tipo que se llamaba Signed Halls [*sic*]. No me di cuenta —una cosa que era evidente— que esos eran chistes que sólo entendían los físicos o los químicos. A lo mejor, los científicos, porque nos reíamos nosotros nomás. Si yo te mostraba la caricatura a ti, no pasaba nada.

Entonces, le propuse a Ángel Romero hacerlo al revés. ¿Por qué no usamos los chistes y “los explicamos”? No se pueden explicar los chistes, pero le damos el contexto. O sea, el tipo en el chiste trata sobre el big bang, le explicamos lo que es el big bang. Entonces, enseñamos Física, porque “Física y Humor” enseña Física “*believe or not*”.

Bueno, lo que sigue después ya es historia, la anécdota está en que lo primero que me dijo Ángel fue: ¡estás loco! Segundo, la Comisión de Estudios Generales dijo que esa era una tontera, que cómo se nos ocurría enseñar “Física y Humor”. Finalmente, lo aceptaron y lo aceptaron con ese nombre, porque lo que ellos querían era algo como: “Aspectos etimológicos de la humorística científica en el contexto de no sé qué...”

**EQUIPO:** *Y hoy el libro es reconocido en el mundo entero.*

Tanto como el mundo entero...

**EQUIPO:** *Lo hemos visto en los seminarios siempre debatiendo con altura, acá en el Salón de Honor. Si usted tuviera que darle un consejo al mundo académico, a los jóvenes profesores, ¿cuál sería ese consejo?*

A ver, en primer lugar, yo no sé si se pueden dar consejos. No sé si son eficaces. Los consejos vienen de la vida, uno tiene que convencerse, no porque se lo digan. Esa es la primera advertencia. La segunda, es que los tiempos que vivimos los viejos no son los mismos tiempos que viven los jóvenes. De alguna manera habría cosas que podrán haber sido útiles. Y lo tercero es que la vida de uno es personal, uno tiene sus propios atributos,

sus características, sus mañas, sus manías y sus fortalezas.

Yo les diría a los jóvenes que hagan bien su pega nomás. Ahora ¿cuál es la pega? Ahí tendríamos que entrar a picar. Porque yo soy un tipo que ha hecho muchas cosas distintas en su vida académica. Si algo se me pudiera reprochar es que no fui constante en hacer una sola cosa. Por ejemplo, el libro y los cursos de “Física y Humor”, eso da para toda una vida académica, entera. Pero yo, además, he hecho gestión, eso también da para toda una vida académica. No solamente he hecho gestión en la práctica, he escrito cosas sobre aquello. Tengo el interés por la enseñanza de la física, lo cual de nuevo te daría toda una vida. Y tengo un interés por lo que fue mi especialización, que son los materiales.

Hoy día, las exigencias son tales, que el académico tiene que quedarse en una sola cosa o dos. Por eso digo yo que ahí hay que entrar a picar, qué es lo que define la pega aquí en el siglo XXI.

122

**EQUIPO:** *¿Cómo se imagina usted la PUCV pensando en el Centenario?*

Yo creo que la universidad va en buen camino para los 100 años, en el sentido en que se ha transformado en una universidad compleja. Está crecientemente preocupándose de lo que es la vocación universitaria real, interrogándose por la creación del conocimiento. Porque la tarea universitaria no es simplemente la enseñanza. La tarea universitaria de solo enseñanza y sin reflexión no tiene sentido, eso lo puede hacer algún Instituto, que no es una universidad.

La universidad, lo que tiene que hacer es crear cultura y ese crear cultura creo que esta universidad lo hace. Es lo que dice de una universidad que es compleja. Crear cultura, en ese camino, la universidad enseña. Es una forma de crear cultura y mi visión sería que siguiera creando cultura.

Ahora, mi sueño sería que la sociedad reconociera que la universidad está creando cultura, no sólo formando profesionales. Ustedes sabrán todo el debate nacional que hay sobre la educación profesional. Se refiere a la formación de profesionales, si tienen trabajo o no tienen trabajo, si es pertinente o no, cuántos ingresan y cuántos egresan, si la PSU es conveniente, si el ranking tal o cual, etc.

Cada *paper* que se publica es un invento. Por definición, un *paper* es una cosa nueva, es una idea nueva. A uno no le aceptan un *paper* si es una cosa

que ya está estudiada, lo rechazan. Hay algunos que publican muchos *paper* y parcializan la idea, pero de todas maneras sigue siendo... Y no es poco que en una universidad se estén publicando unos 200 *paper*, aunque debieran publicarse unos 400, por el número de profesores que tenemos. Ese es el cuento, cómo publicamos ideas o manejamos ideas que no se reconocen. Esto, por ejemplo, esto es crear cultura, tener esta biblioteca, esto que están haciendo ustedes. Pero ¿creen que a alguien se le movería un cejo en Chile si esto mañana desaparece?

**EQUIPO:** *Te queremos agradecer infinitamente este tiempo que nos has dedicado.*

Bueno, muchas gracias. Ha sido un momento muy agradable, gracias por el café y la hospitalidad. Yo me siento como en mi casa aquí, es cierto.





*La idea era que, al hacer el mural, Valparaíso —que era una ciudad pintoresca— tuviera un contrapunto que fuera artístico. O sea, que miraras el horizonte, la perspectiva, que para eso da mucho la estructura de Valparaíso, y por otro lado, vieras la pintura.*

## ENTREVISTA

# Francisco Méndez Labbé

13 DE JUNIO  
DEL 2013

*EQUIPO: En esta ocasión, entrevistamos<sup>1</sup> al Profesor Francisco Méndez Labbé, arquitecto formado en la Pontificia universidad Católica de Chile. Pintor, ex profesor del Instituto de Arte del cual fue Director durante muchos años. Es el creador del “Museo a Cielo Abierto de Valparaíso” en el que participaron algunos de los más importantes pintores chilenos como Nemesio Antúnez, Roberto Matta, Mario Toral, etc. También es Profesor co-fundador de la escuela de Arquitectura de la UCV.*

125

*¿Profesor, cómo llegó usted a la universidad?*

Nosotros teníamos un grupo de arquitectos que nos juntábamos en la Oficina que teníamos junto a Alberto Cruz y Jaime Errázuriz. Se ubicaba en los altos del Waldorf Astoria. No sé si ustedes alcanzaron a conocerlo. Era un lugar donde se podía comer de todo, poco o mucho, en fin, llevarse para la casa. Fue de los primeros hoteles de este tipo, en la calle Ahumada, entre Moneda y Agustinas. Un gran edificio que, en el noveno piso, tenía esta oficina que les menciono.

---

<sup>1</sup> Agradecemos al Profesor José de Nordenflycht su participación en esta entrevista, realizada en la casa del entrevistado, en Santiago de Chile.

A Alberto, le dieron una *pega* para dibujar unas portadas de una revista que se llamaba “El Estanquero”. La editaba una agencia de publicidad que quedaba unos pisos más abajo y que era de un amigo de colegio de Alberto. Cerda creo que se llamaba. Este amigo, le propuso a Alberto que hiciera sus portadas para la revista, así se ganaba unos pesos. El propietario de la revista era el abogado Jorge Prat, que para mí era un fascista. Un día, este señor llega a la oficina con botas y yo le dije a Alberto: “¿No te decía yo?!” Venía de andar a caballo.

Ahí conocí también a un señor que le decían Godo (Godofredo Iommi). Durante mucho tiempo, creí que era español –por lo de Godo– aunque hablaba distinto, muy argentino, pero en ese momento para mí era Godo, “el español”.

**EQUIPO:** *¿De qué años estamos hablando?*

126

Años 1949-1950. Con Alberto, habíamos vuelto de un viaje a Europa, en el año 1948, y cuando regresamos, nos nombraron profesores en la universidad Católica de Chile. Éramos todos de esa universidad. Ahí estaban también Pepe Vial (José Vial Armstrong) y Tuto (Arturo Baeza). En ese momento, eran alumnos de cursos superiores y participaban del Centro de Alumnos de la carrera. Ahí se gestó la primera “revolución” que tuvimos los arquitectos. Se inició con un gran acto en el patio de la universidad Católica que estaba en la Alameda. En esa época, nuestra escuela estaba en el último piso de Casa Central, tenía mansarda. En la ocasión, se quemaron los libros de Vignola, Jacopo Barozzi de Vignola, texto fundamental de arte clásico, muy buen libro de este teórico renacentista.

**EQUIPO:** *¿Cómo fue eso?*

Nosotros teníamos que hacer, en primer año, unas láminas copiando los órdenes –el dórico, jónico, corintio– y todo eso. Pero hicimos una fogata con los libros. Yo, por suerte, no tenía el libro a mano en ese momento. Además, estaba en cursos mayores.

Ese fue un escándalo para qué les digo. Estaba don Carlos Casanueva de rector. Al poco tiempo, murió don Carlos y lo sucedió en la rectoría un Obispo muy re tonto que había en esa época. Era Monseñor Salinas, muy conservador. Bueno, despidieron a todos los profesores. Y con ello, los alumnos decidieron irse también. No quedó nadie.

Dentro de los agitadores de esto estaba justamente el grupo nuestro. Pepe Vial y Tuto Baeza eran del Centro de Alumnos y ellos influían a los estudiantes. Entre los profesores jóvenes estábamos Alberto Cruz, Jaime Errázuriz y yo. Como les digo, ganamos la pelea y nombraron al arquitecto Sergio Larraín García-Moreno como decano. Lo primero que él hizo fue dejar fuera de la facultad a todo el vejestorio. Luego, nombró al arquitecto Emilio Duhart como Profesor titular de Urbanismo. Yo quedé como profesor adjunto de esa Cátedra, para tercer y cuarto año. A Alberto lo nombraron profesor de algo relacionado con la formación plástica, para primer año. No me acuerdo el nombre del curso.

En este contexto, llegó a nuestro taller Godo. Todos le debemos a él una cosa muy importante: nos empezó a hablar de lo que era el rigor artístico. Porque hasta ahí éramos unos buenos muchachos de la universidad Católica, con muchas intenciones, pero con falta de rigor. En ese momento, éramos como ocho (Tuto, Jaime Bellalta, incluso había un cineasta que era Pato Kaulen. Había otro muchacho, Pedro...). Fuimos acercándonos unos a otros, aunque al principio no nos conociéramos mucho.

Yo ubicaba más a Jaime y a Miguel Eyquem que estaban un año más abajo. Teníamos grandes conversaciones sobre el arte y la poesía, y Godo proponía ideas para “la revolución”. Bueno, formamos un grupo que se veía y conversaba mucho y creo que lo que nos unió fue que todos teníamos un sentido de la modernidad. No había duda cuando se hablaba de qué es lo moderno, éramos grandes admiradores de Le Corbusier y, por supuesto, de Walter Gropius. Jaime Bellalta estudió con Gropius después, en Harvard.

Nos juntábamos, a veces, en el departamento donde yo vivía con mi madre y mi hermana. Un día, recibimos –no me acuerdo si una carta o un telegrama– del Padre Jorge González Förster, que se acaba de hacer cargo de la universidad Católica de Valparaíso. La era de los jesuitas. Para entonces, un alumno de la escuela de Arquitectura en ese momento, Enrique Concha, le sugirió al Padre González llamar a Alberto Cruz como profesor, quien hacía un taller muy extraño para la época.

La escuela de Arquitectura de la UCV andaba como “las huifas” en ese momento. Nos juntamos en Santiago para estudiar esta invitación y llegamos a la conclusión que, si Alberto se iba solo para Valparaíso, no iba a poder hacer nada entremedio de esta *majamama* que había. Y esa fue

idea de Godo también. Hicimos primero un Manifiesto que, por suerte, se perdió y no supimos nunca más de él. Y ahí, en la mesa del comedor de mi departamento, redactamos entre todos una carta al Padre González, explicándole que un profesor no podía hacer nada solo. Por lo tanto, proponíamos que nos contratara a los ocho que éramos o a ninguno.

Le mandamos la carta y felices dijimos: “¡Ya, nos sacamos el problema de encima! Para sorpresa nuestra, llegó un telegrama del padre González que decía: “Los contrato a todos, a los ocho”. Tuto y Pepe aún no estaban recibidos, Jaime Billalta y Miguel estaban recibíendose.. Los únicos profesores-profesores éramos Alberto y yo.

**EQUIPO:** *¿Y Godo? ¿Cómo es que entra un poeta a la escuela de Arquitectura?*

Encontramos una solución: que fuera profesor de castellano en la universidad. Entonces, tenía una doble ocupación, hacía clases de castellano, pero le duraron poco las clases, se quedó finalmente en nuestra escuela.

Así, nos trasladamos a Valparaíso. Esto fue en enero-febrero y las clases comenzaban el 8 de marzo, así que hubo que trasladarse todo el grupo y encontrar alojamiento. Como era verano todavía, me fui donde mi abuela en Viña y me puse a buscar casa. Me acuerdo que por alguna razón subí al cerro Castillo y encontré una pequeña población de casitas que las estaban terminando. Averigüé que el dueño era un señor González, quien era un pan de Dios, una excelente persona. Y él decidió arrendarnos las casas. Allí arrendamos, los casados en casas separadas y los solteros, en una sola. Los solteros éramos Alberto, Miguel, Pepe, que se casó después cuando estábamos allá, Fabio –que era primo de Alberto– y yo ¿Quién era el otro? Ah, Jaime. Jaime justo se había sacado una beca para ir a Harvard, así que le guardamos el puesto y se fue a estudiar. Volvió casado con una inglesa. Así que quedamos todos juntos en el cerro Castillo.

**EQUIPO:** *¿Y Claudio Girola? ¿Cómo llega a la escuela?*

Claudio llega en el año 1956, yo les estaba hablando del año 1952. A Claudio, que era escultor, lo invitamos por una propuesta de Godo, que era su tío. Vino a pasar un verano con nosotros, esas visitas sucedieron durante tres años. Y en 1956, él decidió instalarse con nosotros, pero Claudio no fue de los fundadores, fue posterior.



**EQUIPO:** *¿Estaban en la Casa Central en esa época?*

Sí, en Casa Central, arriba. Nosotros estábamos en el segundo piso, con Derecho. En ese momento, nombraron decano a un arquitecto, santiaguino también, que fue quien proyectó toda una esquina donde está hoy el Reloj de Flores, porque esa zona estaba ocupada por un antiguo astillero y molo. Era un paseo...

Después, entró Carlos Bresciani, que era muy amigo del Padre González y muy amigo nuestro. De ahí, nos fuimos tomando la escuela, poco a poco. Estaba de Director un arquitecto de Valparaíso, parece que su nombre era Wadim Praus, y ante nuestra llegada renunció al cargo. Él, se suponía que era moderno, pero ahí no era cuestión de estilo, sino más bien que era la “invasión de los santiaguinos”. Renunció, pensando que se la iban a rechazar, pero eso no ocurrió.

Ahí me tocó hacerme cargo de los alumnos mayores, de cuarto y quinto, y Alberto tomó primer año, teniendo como ayudantes al Tuto y a Miguel. Fabio, también debió estar ahí, entre primero y segundo se repartieron. Y Jaime, cuando volvió de Harvard, se hizo cargo también de un taller.

129

**EQUIPO:** *¿Y la sede de Recreo?*

Bueno, cuando se hizo cargo Bresciani, lo primero que planteó fue que la facultad debía tener una casa propia, porque no cabíamos en Casa Central. Me pidió a mí que lo ayudara a buscar lugar. Recorrimos las grandes casas de Valparaíso. Me acuerdo que anduvimos muy cerca de decidirnos por una casa que, después, fue parte del Hospital Alemán, y no sé cómo supimos de una casa en Recreo.

Esa casa era de un concesionario del carbón, que le vendía el carbón a la Compañía de Gas y se había hecho muy rico. Ese hombre, se hizo esta casa “moderna” en el barrio Recreo. Nosotros, encontramos que requería muchos arreglos y dijimos: “Esta podría ser la casa”.

Al dueño, lo nombraron alcalde de Viña y daba muchas fiestas, ponía plata, por lo que se fundió económicamente. Entonces, no me acuerdo el precio de la casa, pero me imagino que fue vendida a la universidad a un precio muy conveniente. Y así fuimos a dar a la casa actual en Avenida Matta.

**EQUIPO:** *¿De qué año es más o menos?*

Esa casa la adquirió la universidad en 1954, por ahí. No confío mucho en mis fechas, pero yo estoy casi seguro que cuando llegó Claudio Girola ya estábamos en ella.

Hicimos una gran exposición en Casa Central, con fotografías enormes, que se llamó “El destino de Valparaíso está en el Mar”. Me acuerdo que ese fue –como de verdad– “nuestro Manifiesto”.

Con esto del destino del mar, resultó que el Director de la escuela Naval era medio pariente o lejano pariente de Alberto Cruz, lo suficiente como para tener una reunión con él. Le propusimos que nos hiciera clases de “materias náuticas”. Íbamos en la tarde, cuando los guardiamarinas ya estaban comiendo o listos para ir a acostarse. Nos hacían clases de señales, de submarinos, de cómo se trenzaban los cabos y cosas así. Yo me hice muy amigo del teniente Allen, quien después fue Almirante o Contraalmirante, no lo recuerdo, y le gustaban las carreras náuticas.

130

Nosotros planteábamos que la universidad tenía que tener un Club Náutico, de remo primero. Salíamos a remar. Hicimos, incluso, unas carreras entre profesores y alumnos. Recuerdo que había un muchacho que se llamaba Jorge Gómez, que había sido miembro de los remeros que representaban a Chile. Él nos enseñó a remar y todo eso. Lástima que eso no siguió.

**EQUIPO:** *¿Y todos remaban?*

No, sólo los más jóvenes. Alberto y Godo nos miraban desde la orilla. Alberto, ya era “el viejo” para nosotros. Le decíamos el viejo, porque Alberto siempre se ha hecho más viejo de lo que es. Antes de morir, le conté a Fabio que había estado con Alberto y él me dijo: “Bueno, ahora sí que está viejo el viejo”.

**EQUIPO:** *¿Y cómo era la universidad en ese tiempo?*

La universidad era muy divertida. De repente, tocaban una especie de pito que era para que entraran a clases los de leyes. Nosotros, los arquitectos, éramos los locos. No existían las escuelas de Arte todavía.

La universidad de Chile tenía una sede, en Valparaíso, que era nada más que Leyes. Y parece que era muy buena, pero no sé. Se hablaba de que era una de las facultades de Derecho en donde mejor se enseñaba el Derecho Procesal, porque la escuela de Leyes de la Católica de Valparaíso no era

muy buena. Por lo menos, es lo que me decía un tío que fue Ministro de Justicia, así que algo sabía. En esa época, en la escuela de leyes, había un sacerdote que era de “buena sociedad” de Viña y que era cojo. Y también había otro profesor, que era muy querido, que era medio “curcuncho”.

También, me acuerdo que me tocó hacer clases durante la Unidad Popular. Eran como doscientos tipos de una sola vez. Abajo, en el subterráneo de la Casa Central, estaban los Técnicos (los mecánicos, los eléctricos, los de construcción civil). Tenían cursos de cien alumnos, a lo mejor estaban mezclados de distintas carreras.

**EQUIPO:** *La escuela de Arquitectura, ¿se vinculaba con el resto de la universidad?*

Poco. Nuestra escuela –en Recreo– era una especie de Instituto Superior de Estudios de la universidad. Y gracias al Padre González, la universidad empezó a ser más universidad.

131

**EQUIPO:** *¿Y cómo fue cuando tú eras Director del Instituto de Arte?*

Yo fui Director justo antes de Pinochet. A mí me nombraron profesor del Instituto mientras estaba en Europa. Cuando volví, a fines de 1968, empezamos las clases. En ese entonces (1969-1970), el Director del Instituto era Alberto Cruz. Alberto, dejó de hacer clases en el Instituto y se dedicó totalmente a la escuela de Arquitectura. Seguidamente, me nombraron a mí Director, en 1971. Inauguramos las clases con una especie de fiesta en el Salón de Honor. Eran muy entretenidas esas cosas.

**EQUIPO:** *¿Y cómo fue la compra de la casa del Instituto<sup>2</sup>?*

Tengo entendido que fue directamente desde la Casa Central que gestionaron la compra. El que la Casa estuviera tan cerca de la escuela de Arquitectura, fue una de las cosas fundamentales.

**EQUIPO:** *¿Estabas en Chile para el tiempo de la Reforma Universitaria?*

No, yo estaba en Francia. Ahora, allá nos juntábamos un grupo de amigos que había formado Godo. Y nos llega, no me acuerdo si fue un telegrama,

<sup>2</sup> El Instituto de Arte se ubicó originalmente en la esquina de las calles Amunátegui con Latorre, en Recreo. Por largo tiempo, tuvo como profesores a Alberto Cruz, Godofredo Iommi, Claudio Girola y Francisco Méndez. En el año 1974, se produce un distanciamiento entre Godo y los poetas del Instituto (Leónidas Emilfork, Virgilio Rodríguez y Adolfo de Nordenflycht).

un recorte de diario o algo más largo, pero decía que se habían tomado el Obispado. Entonces, para un europeo, una revolución en la que se toman un Obispado era como surrealista. Recuerdo que nos reíamos como locos. Esa toma del Obispado parece que fue muy divertida. Lo supe después, como les digo. Y supe, incluso, que las mujeres de la carrera habían participado en la toma. Esos años fueron muy divertidos.

**EQUIPO:** *Y cuando llega Pinochet y aparecen los rectores delegados, ¿qué recuerdos tiene?*

Bueno, el primer Rector Delegado era un Contraalmirante que se llamaba, un nombre equivalente a González, pero no era González<sup>3</sup>. A este hombre, muy católico, le tocó justamente la parte más dura, la primera, cuando se hace cargo de la universidad. Un día, me vinieron a ver para decirme que a los alumnos de un profesor los metieron al Regimiento Maipo. El profesor, que era “de lo más marxista que hay”, les había “lavado el cerebro” a los estudiantes. Entonces, me fui donde el Rector y le expliqué todo el asunto. Le dije que estos “pobres beatos” eran inocentes. Que, el culpable, era el profesor que debiera estar en el Maipo, no ellos. Y él los hizo salir. Esa fue una de las gestiones que me tocó hacer.

Otra de las gestiones fue que, algunos alumnos nuestros de la escuela, armaron una “fiestoca” para celebrar un examen. Un vecino, denunció que era una reunión política, siendo que éstas estaban prohibidas. Entonces, con Pepe Vial tuvimos que intervenir nuevamente. Como les digo, este Rector, a pesar que –de seguro– recibía órdenes “tremebundas”, gracias a él, la primera fase fue más amable. Porque estaba el barbón ese...

Héctor Herrera.

Él fue el brazo derecho del Rector delegado Víctor Wilson. Como Wilson, que era Capitán de Navío, no veía más allá de sus narices, se confiaba mucho en él. Herrera hizo todo lo posible para echarnos, para disolver el Instituto de Arte y todo. Nos dejó sin alumnos un par de años.

**EQUIPO:** *Matías Valenzuela era Capitán de Navío. Víctor Wilson fue Contraalmirante.*

Cierto. Era “recontra buen tipo”. Me acuerdo que una vez hubo una reunión con los Vicerrectores ¿Se acuerdan que ya eran civiles? Eso fue en

<sup>3</sup> El entrevistado se refiere a Alberto de la Maza.

el año ochenta y tanto, tiempo de Pinochet todavía. Y estaba el Rector Matías Valenzuela, que era muy correcto. Yo había ido donde él, primero, para tantear cómo estaba la cosa y me dijo: “El Instituto no lo toca nadie, pero no me pidas que aumente a más profesores”.

Tiempo después, en 1984, Godo dio una especie de “Golpe de Estado” dentro de la escuela de Arquitectura ¿Se acuerdan? Él anunció que se iba, porque los planes de estudio estaban muy profesionalizados. Planteó que la Arquitectura era otra cosa, lo mismo la poesía... Ahí empezó Amereida, en 1984. Y en un consejo de profesores, me dijo que yo no podía estar en Amereida, porque no “era artista moderno”. Como se dice la pintura del siglo XIX, que era muy decimonónica, que era muy “académico” en mi pintura. Godo nunca supo nada de pintura.

By the way.

Pienso que, por amistad, debió habérmelo dicho a solas, ¿cierto? Justo dos días antes yo había ido a decirle que estaba muy impresionado, mal impresionado, de los exámenes de taller de la escuela. No siendo de taller de la escuela, pero que había estado viendo y no me gustaba nada. Y estábamos muy de acuerdo con Godo. Y nos paseamos para arriba y para abajo por Reñaca, estuvimos como tres horas pensando sobre este problema.

Miren lo curioso que son las cosas. Yo le comenté a Godo que Claudio Girola había realizado una buena experiencia. Él había mandado a sus alumnos de Diseño Gráfico para que viajaran al Norte, a realizar unas travesías. Tengo la impresión que Godo había pensado algo parecido, quizás mejor. Pero les digo, ese pudo haber sido el momento que hubiera terminado la discusión. Él pudo haberme dicho que no estaba tan de acuerdo con mis propuestas, por aquí, por acá, qué se yo.

**EQUIPO:** *¿Y lo hizo?*

¿Para qué? Para probar que se iba, que era capaz de sacrificar la amistad. Utilizó nuestra amistad para su brillante discurso, porque cuando comenzó a hablar, ahí le salió “el argentino”. Yo pensé: “Pucha, por fin Godo va a dar el paso hacia la poesía”, sin pensar que nos iba a abandonar. En ese momento, me preguntaba: “¿Qué vamos a hacer para retenerlo?”, porque este es un loco, tiene una familia con cinco hijos y ahora sale con esto. En realidad, nunca pensó en irse, nunca. Yo no pude reaccionar, me sorprendió tanto y después, el decano Hugo Rojas me dijo: “Oye, Godo

te quiere echar, pero se le olvida una cosa, que él no es quien te paga el sueldo. Cuando te eche el Rector, ahí sí”.

**EQUIPO:** *¿Qué pasó después de esta “renuncia” de Godo?*

Godo se peleó conmigo, yo recibí el “chaparrón” nomás. En esa época, Godo planteó la travesía y yo no renuncié a la universidad, sino que hacía clases de Diseño Gráfico. Yo era muy amigo del Rector, en ese momento. El Rector me confesó que Héctor Herrera le traía constantemente motivos, quejas... Una vez, el Rector Matías Valenzuela, me dijo: “Usted es el más pedigüeño, pide poquito, pero a cada rato”.

Me tocó también vivir esas pseudos tomas de la universidad en los años ochenta, ¿recuerdan? En una ocasión, fui a la universidad porque tenía un asunto que tratar con el Rector. Me topé con este profesor griego, Christos Clair, que se encontraba ahí también. Y empezaron los “boches” afuera. Había una fila de infantes de Marina. A cargo, estaba un teniente joven. Al tipo le corría la transpiración y decía: “No somos tropa de disuasión como los carabineros, nosotros somos de acción”. Ellos estaban todos con una metralleta y uno me apuntaba muy de cerca. Yo pensaba: “Mira la imbecilidad, se le llega a salir un tiro...”.

**EQUIPO:** *¿Cómo fue su relación con los rectores delegados?*

Miren, cuando aparecía un Rector Delegado, el primero que mandaba una carta renuncia como Director del Instituto de Arte era yo. Cada Rector Delegado tenía una carta mía de renuncia y eso parece que les gustaba. La otra cosa que les gustaba era que nosotros, en la escuela de Arquitectura, siempre tuvimos una estrecha relación con la Marina, por las clases que habíamos tenido con ellos, porque habíamos querido hacer muchas cosas con el mar. La escuela de Arquitectura era la más cercana a la Marina, no en términos políticos, sino por el vínculo común con el mar.

**EQUIPO:** *¿Cuándo se inició Diseño Gráfico?*

Antes de irme a Europa, nos dimos cuenta que los estudios de Arquitectura eran muy largos para muchos de los alumnos. Había muchos estudiantes que no se la podían, más por la duración que por sus capacidades. Sin embargo, les gustaba la parte artística. Entonces, propusimos hacer dos carreras cortas: Diseño Gráfico y Diseño Industrial.

Esa idea empezó después que me vine de Europa. En Diseño Gráfico, yo

hacía clases de dibujo. Traía modelos desnudos que eran muy interesantes. Me las había recomendado un sujeto que era Director del Museo de la Quinta Vergara.

**EQUIPO:** *En los años setenta, usted y sus alumnos de los cursos de Estudios Generales pintaron innumerables murales en Valparaíso.*

Acuérdense que cuando se fundó el Instituto de Arte, Godo me dijo: “tú puedes hacer unas clases de acuarela”. Y yo le dije, irónicamente: “Podríamos hacer clases de guitarra o de cerámica”. Y entonces, se me ocurrió hacer clases de murales con aquellos alumnos de la universidad que no tenían idea de arte.

La idea mía era, primero, que al hacer el mural, Valparaíso –que era una ciudad pintoresca– tuviera un contrapunto que fuera artístico, una pintura, ese era el fundamento. O sea, que tú mirabas el horizonte, la perspectiva, que para eso da mucho la estructura de Valparaíso. Y por otro lado, tú vieras la pintura.

Yo hacía un proyecto y los alumnos ejecutaban, porque yo pensaba que iban a estar mucho más cerca de la pintura cuando tuvieran pinceles en la mano, aunque fueran “pintores de brocha”. Y bueno, tuvo un éxito loco, ya no sabía qué hacer con tanta gente.

Me conseguía pintura con la Empresa Tricolor, que nos la regalaba. Ahora, yo pintaba los murales de manera que no tuvieran dificultades demasiado técnicas, porque eran alumnos que no sabían absolutamente nada de pintura. Siempre formaba grupos de cinco estudiantes con un jefe que, por lo general, era muy estricto. Yo era mucho más *manga ancha*.

El hecho que fueran murales abstractos, contrarios a la tradición del muralismo más político, debió haber sido muy novedoso en esa época, fines de los sesenta y comienzos de los setenta.

Les voy a contar algunas anécdotas del proyecto. Yo escogía un muro, tenía permiso de la Municipalidad para que todos aquellos muros que eran municipales pudiera intervenirlos. Muchas veces, se trataba de muros que sostenían una vivienda, entonces limpiábamos. Yo les mostraba a los vecinos el proyecto: “Mire, vamos a hacer algo así. El compromiso es que, cuando esté terminado –y si a usted no le gusta– nosotros le

pintamos un solo color, el que usted quiera, y borramos todo”. Ese era el compromiso y nunca nos dijeron nada.

¿Qué pasó? Les gustaba demasiado, creo que les gustaba más la actividad que el mismo mural. La gente sentía que era considerada, a tal punto que nos prestaban escaleras, nos guardaban las pinturas, dejaban pasar a los muchachos para que se lavaran, todo eso. Y cuando terminábamos el mural, yo compraba unos “chucos de vino”, unas papas fritas y hacíamos una fiesta. A veces, le encargaba a algún profesor del Instituto que hiciera una pequeña “cosa poética”. Los vecinos traían sus sillas, ponían las mesas y venía gente de todo el barrio.

**EQUIPO: ¿Qué ocurre después de 1973?**

Borraron los murales. Sólo se salvaron tres. Bueno, esto fue en tiempos de la Unidad Popular, 1969-1973. Hicimos alrededor de sesenta murales en toda la ciudad. Incluso, de repente hay quienes me dicen: “Oye, en la escalera del Cerro tanto, ustedes hicieron una cosa bien bonita”. Yo pensaba, pero si nosotros no hemos hecho un mural en ese lugar. Entonces, iba a verlo y encontraba que era muy de nuestro estilo, pero había sido hecho por los mismos vecinos.

**EQUIPO: ¿Tuvieron conflictos con otros grupos muralistas?**

Hubo una elección municipal y uno de los vecinos me contó que llegaron unos tipos a pintar. Se trataba de demócratas cristianos. Me dijo: “Vinieron aquí a hacer” porque la mayoría de las veces el peligro era que el mural dijera *vote por...*; porque también estaban los murales de la Brigada Ramona Parra, la cual hacía unas cosas más “artistosas”. Y salieron los vecinos a defender nuestro mural, para que no los rayaran encima. Le echaban una pintura blanca y luego escribían: “Viva... vote por...”. Pero lo peor –me dijo el vecino– es que eran de su propio partido político, y los echaba de todas maneras.

En esa época, la Brigada Ramona Parra empezó a hacer política, pintando alegorías, que les quedaban muy bien hechas. Por ejemplo, en un momento, apareció un letrero con la imagen de Salvador Allende. Pero, artísticamente, les pasó una cosa bien divertida, más bien trágica: como tenían que hacer cada vez más y más murales, de mayor tamaño, al poco tiempo no dieron abasto y terminaron haciendo puros letreros.



Una cosa muy bonita que apareció cuando hacíamos murales en los barrios, es que siempre había una señora o unos tipos que nos decían: “¿Por qué no hacen un mural en la escuela tanto, que tiene un gran muro?”. Hicimos varios. Yo, en ese caso, propuse a los alumnos otro sistema: les pedía que cada uno hiciera un proyecto y escogía los tres mejores. Luego, se los presentaba a la escuela tal, y ellos escogían el que más les gustaba.

Un día domingo nos íbamos bien temprano, porque teníamos que terminar el mural al finalizar el día. Y el que lideraba era “el dueño” del proyecto. Eso lo hicimos varias veces, en escuelas, en un liceo, incluso en un club de rayuela, que quedaba en un lugar muy curioso, frente a donde se ubicaba el Astillero Las Habas. Entonces, cuando terminamos el mural, como agradecimiento, el club de rayuela nos ofreció un gran cóctel a todo el curso.

De la Municipalidad llamaron al Instituto de Arte para agradecer el embellecimiento que habíamos hecho de la ciudad, hasta nos regalaron un pergamino. En ese tiempo, el alcalde era Pedro Vuskovic, un profesor universitario de Filosofía que era militante comunista, con sentido del humor, inteligente. Bueno, fui a su oficina. Yo dije: “Pucha, me va a cortar la cabeza”. Junto al alcalde, había un negro feo. Tenía puesto el gorro ese con la estrellita del Che Guevara. Entonces, Vuskovic me dice: “El camarada aquí es el Director de la Brigada Ramona Parra –algo así como un Comisario Político– él nos ha dicho que la Brigada puso aviso en los diarios ofreciendo a la comunidad a pintar murales donde quisieran, colegios, qué sé yo, y no han tenido mucho éxito, entonces yo pensé en ustedes, los del Instituto”. Yo le respondí: “Nosotros estamos llenos de pedidos”, a lo que él me dijo: “Mándelos todos para acá”. Esa fue la anécdota más divertida que me ha tocado con los murales.

**EQUIPO:** *Profesor, ¿cómo se gesta la idea esta del Museo a Cielo Abierto?*

En el primer semestre de 1973 se me ocurrió, además de los murales que yo les hacía pintar a los estudiantes, pedirles a mis amigos pintores que me enviaran proyectos relativamente simples. Y Eduardo Pérez, el grabador, conocido como “Eduperto”, aceptó. De la misma manera, Nemesio Antúnez.

También, le pedí al pintor Eduardo Vilches, que fue el primero en entregarme su propuesta. Fue muy bonito. Desgraciadamente, ese muro se llenó de plantas y, después, lo echaron abajo porque hicieron otras cosas

ahí, o sea, desapareció. Y sólo queda uno de Eduardo Pérez. Recuerdo que él me envió dos proyectos: uno medio figurativo, con el nombre de “Eduperto”, y otro absolutamente abstracto, geométrico, que se ubica en una subida de escalera. Ese es el único que queda.

**EQUIPO:** *Y el de Roberto Matta, ¿cómo lo consiguió?*

Ah, ese es otro cuento. Pablo MacClure estuvo en España un tiempo con Matta, como su ayudante. Y Matta le regaló un dibujo y le dijo: “Haz lo que quieras con él”. Entonces, yo le propuse a MacClure que ese dibujo lo pusiéramos en el Museo. Claro, Matta dijo “haz lo que quieras con él” en el sentido de que lo venda o qué sé yo. Finalmente, el mismo MacClure lo pintó.

**EQUIPO:** *Y Roberto Matta, cuando se enteró de esto, ¿cómo reaccionó?*

Yo me acuerdo que le pregunté a MacClure si le había preguntado, pero no, no se atrevió y Matta nunca supo y después se murió. Pero la viuda de Roberto puede suponer que Matta dio el permiso. Se trataba de un boceto pequeño. Y alcanzamos a pintar, al principio del semestre, dos murales; el de Vilches y el de “Eduperto” porque Nemesio Antúnez —que tenía muchas actividades— nos fue postergando y postergando, hasta que al final llegó y me dijo un día: “Mira, Neruda tiene su casa ahí, yo quisiera un lugar en que Neruda pudiera verlo”. Y nos pusimos a buscar en los alrededores y encontramos una casa perfecta, todo un muro.

**EQUIPO:** *¿Se ve desde La Sebastiana?*

Sí. Entonces, yo le digo: “Mándame el dibujo”. Hasta que al final llegó con su boceto. Estábamos en el mes de mayo. Yo estaba muy preocupado porque se nos acababa el semestre y me quedaba sin alumnos y tenía que esperar al otro semestre. Así que empezamos a cuadrificarlo todo y cuando terminamos aparecieron dos sujetos, que se encargaban de los barrios, eran del partido socialista y nos dijeron: “Ustedes no pueden hacer eso aquí”. Entonces, les explicamos todo el cuento, que era de Nemesio Antúnez, que era para que lo viera Neruda. Luego, ellos nos pidieron que les mostráramos el boceto para realizar las consultas con su comité. Entre idas y venidas, pasaron 15 días o algo así, esperando el permiso.

Seguí mientras tanto trabajando en otros murales, tenía varios funcionando, cuando en eso nos dan el permiso. Empezamos a trabajar sobre

el cuadrículado y aparecen otros dos sujetos que nos dicen lo mismo que los anteriores: “Esto no lo pueden pintar sin el permiso del comité del barrio”. Entonces, les explicamos que ya teníamos el permiso y nos respondieron que no, que se distribuyó de otra manera y que los socialistas ya no estaban a cargo, sino que los comunistas.

Y otra vez la “cháchara”. Perdimos mes y medio. El grupo de alumnos de buena voluntad, que le correspondía pintar el mural dijo: “Nosotros vamos a seguir; nos tocan las vacaciones de invierno, cuente con nosotros profesor”. Y por fin llegaron con el permiso. Alcanzamos a pintar una parte cuando ocurrió el golpe de 1973 y hasta ahí nomás se pudo continuar.

**EQUIPO:** *Hubo que esperar unos años porque el mural actual de Nemesio Antúnez es otro motivo.*

Después del golpe, mural que pillaban lo pintaban de blanco, porque pensaban que eran de trabajos de la Brigada Ramona Parra. Cuando ya se normalizaron más las cosas bajo el régimen de Pinochet, me mandaron recados diciendo que me ayudarían, de parte del gobierno militar, pero yo no quise. Yo fui anti pinochetista desde el principio, no podía ser “un pintor del gobierno”, además que me cargaba el gobierno, porque si hubiera sido pinochetista –a lo mejor– habría pensado de otra manera.

Sólo cuando empezó de verdad la transición a la democracia, que se normalizaron las cosas, ahí se me ocurrió pasar a otro nivel, es decir, encargar los bocetos a pintores. Gracias a Nemesio Antúnez, que me acompañó a visitar a artistas locales, pude hacer una lista de alrededor de dieciocho pintores.

Y ahí se me ocurrió el nombre “Museo a Cielo Abierto”, con esa palabra, porque lo de la época de la Unidad Popular no era un museo, eran sólo murales. Lo único que era parecido era que se pintaba con los alumnos. Ustedes saben que este nombre ha sido copiado en muchos países, me lo contó un “gringo” de Estados Unidos.

**EQUIPO:** *¿Se acabó el libro relativo al Museo?*

El libro fue hecho después, bilingüe, y ahí dice: *Museum of open sky of Valparaíso*. No sé si se habrá agotado. La universidad tenía un montón. La segunda edición fue mucho mejor que la primera.

El alcalde Hernán Pinto fue un gran partidario nuestro. Les voy a decir

que el “Museo a Cielo Abierto” le debe mucho a él. Al “gordo Pinto” no se le ocurrió nada mejor que mandar a hacer una nueva edición y le exigió a ESVAL que la financiara. ¿Por qué? Porque él estaba en el proceso de declarar a Valparaíso Patrimonio de la Humanidad. Tiempo después, me contó que se había llevado trescientos ejemplares del libro con él para mostrar la idea de Valparaíso. Me invitó especialmente a una sesión del Concejo Municipal en que daba cuenta que había sido incorporada la ciudad al listado UNESCO y me dijo: “Gracias a tu libro pudimos convencer a muchos. Y claro, ahí sale Valparaíso”.

**EQUIPO:** *¿Quién hizo las fotografías?*

Las fotografías de los murales para el libro las hizo un joven fotógrafo de Viña, Michael Jones. Muy agradable él. Bueno, él tomó las fotos serias, pero hay otras que fueron tomadas por Paola Pascual, Claudio Fraiman y dos niñas que me hicieron la primera edición. Creo se tomaron unas dos mil fotos y de ahí escogimos las mejores.

**EQUIPO:** **Le queremos agradecer los recuerdos que ha compartido con nosotros y el tiempo que nos ha dedicado para esta entrevista.**







*Hay una especie de relación más allá del título que tenga uno, de la cátedra que ocupe, de las ideas que tiene. Hay un vínculo de familiaridad entre todos, como de pertenencia a la Universidad Católica de Valparaíso.*

## ENTREVISTA

# Mons. Jorge Sapunar Dubravcic

18 DE JUNIO  
DEL 2013

*EQUIPO: Hoy tenemos una entrevista con el Pbro. Jorge Sapunar Dubravcic, ordenado sacerdote el 23 de septiembre del año '61. El padre Sapunar es Licenciado en Teología, Licenciado en Derecho Canónico, Profesor de Religión, Profesor Emérito y Doctor Honoris Causa de la universidad. Ha sido profesor titular del Instituto de Ciencias Religiosas hasta 2002. Fue presidente de la comisión organizadora del Instituto de Teología y redactor de su proyecto de creación. En 1970 es elegido como el primer Director del Instituto de Teología. Fue Vicepresidente del Senado Académico hasta agosto de 1973. En esa fecha terminó el periodo y hubo elecciones. Viajó a México y lo sucedió el P. Andrés Aninat.*

*En dos extensos períodos ha sido Vice Gran Canciller de la universidad. Ha sido Vicario General de la Diócesis de Valparaíso. Actualmente, es el párroco de la Parroquia San Antonio de Padua de Viña del Mar.*

*¿Cómo fue creada en la universidad la figura de Vice Gran Canciller?*

En año '88 llegó de Obispo Auxiliar a Valparaíso Mons. Javier Prado que, hasta ese momento,



estaba en Iquique. Entonces, decidí renunciar a los dos cargos que, a mi entender, le correspondían a él, por su condición de Obispo. Ser Vice Canciller y Vicario General de la Diócesis. Yo era Vicario General de la Diócesis durante ese período. Y desde julio del '93, eso es cuando llegó Mons. Jorge Medina de Obispo de Valparaíso, él me renombró Vice Canciller para “comprarme” digamos. Él –lo que quería– era nombrarme Administrador de Bienes, y como yo le puse la nariz medio ariscada, me dijo: pero te voy a hacer otro nombramiento que sí que te va a gustar. ¿Cuál? –le dije yo– entonces me dijo: Vice Canciller de la universidad. Ahí sí que estamos de acuerdo.

Y esa fue la vez que el Vice Canciller fue nombrado con potestad, porque antes los nombramientos, tanto el mío como después de Mons. Prado, era que éramos Vice Cancelleres con potestad cuando el Obispo estaba fuera de la diócesis, de viaje o lo que fuera. Pero cuando el Obispo estaba, no tenía ninguna potestad.

144

Cuando me nombró Medina al llegar acá, me dijo: “te voy a nombrar Vice Canciller y tú vas a tener todas las potestades menos esta, esta y esta, que eran: nombrar al Rector, destituir al Rector, las tres o cuatro esas que involucraban también una participación en la Santa Sede”.

O sea, la figura del Vice Gran Canciller, como la entendemos hoy, nace con mi nombramiento hecho por Mons. Medina en julio del '93. Antes, había una figura de Vicario, de representante del Vice Gran Canciller en la época de la Reforma, después no hubo nada.

**EQUIPO:** *Entonces, hasta ahora, sólo han existido dos Vice Grandes Cancelleres: ¿Usted y el Padre Dietrich Lorenz?*

No, tres. Hubo un Vice Canciller que fue Mons. Jorge Bosagna durante el tiempo “olvidable” de la intervención militar, olvidable por sanidad mental.

Vicario General, fui desde el '83 hasta el '88, que es cuando llegó Mons. Javier Prado. Soy también párroco de la Parroquia San Antonio de Padua. Ustedes saben que San Antonio de Padua no era ni Antonio ni de Padua, era Fernando de Lisboa. Porque murió en Padua, le pusieron de Padua y porque se hizo franciscano se cambió el nombre.



**EQUIPO:** *En 1954 ingresa a estudiar Ingeniería Química a la universidad. Usted es nacido en Antofagasta, padre, ¿cómo llegó a la universidad? ¿Cómo era la universidad de ese entonces?*

Bueno, realmente yo creo que ahora que tengo las cosas más claras. Lo que yo quería estudiar –aunque se enojen mis compañeros de Ingeniería Química– era Químico Farmacéutico, pero como en ese tiempo a uno no lo orientaban mucho y, aquí en Valparaíso, no había escuela de químico farmacéutico, la palabra “química” me trajo hasta esta universidad. Me matriculé en Ingeniería Química, prestigiosa facultad desde los primeros tiempos de esta universidad, pero mi paso fue muy ligero, muy breve, fue un par de años.

**EQUIPO:** *Eso dejó el contacto para siempre...*

Por supuesto que dejó el contacto, el cariño y el afecto para siempre. Y sobre todo, porque fue el lugar del cual Dios se sirvió para convencerme que mi misión en esta vida no iba a estar entre los frascos de una farmacia ni en un laboratorio de química, sino que tenía que ser en el ministerio sacerdotal. De hecho, descubrí mi vocación en la escuela de Ingeniería Química.

La escuela, en ese entonces, tenía fama que un alumno se iba anualmente al Seminario. Tenemos ilustres personajes que fueron de la escuela de Ingeniería Química. Por ejemplo, Carlos Camus, que fue Obispo de Linares. Tenemos también al padre Astorga, si no me equivoco, Jaime Astorga. Teníamos a otro sacerdote, hermano del que fue decano por muchos años de la universidad Santa María. Le decíamos “el mote” Aguirre, Gonzalo Aguirre creo que es. Todos los años salía uno de Ingeniería Química hacia el Seminario y la razón era porque en Ingeniería Química había un núcleo fuerte de lo que entonces se llamaba la AUC –Acción de Universitarios Católicos. Entre ellos, estaba un Ingeniero Química, Luz Aspalé, casada después con Homero Aylwin, que eran muy activos desde el punto de vista apostólico.

Entonces, fue precisamente mi incorporación a la universidad de esos años que llevó a darme la convicción que tenía que cambiar de misión. De hecho, después de un retiro en La Palma, en una hermosa casa que ya no existe, predicado por Monseñor José Manuel Santos, decidí entrar al Seminario al año siguiente. Guardé durante todo ese año el secreto en mi

corazón. Eso debió haber sido en Semana Santa del año '55 y yo entré al Seminario en marzo del '56.

Esa fue mi entrada a la universidad del '54 al '56. De allí al Seminario de Santiago. Posteriormente, estuve en Roma y volví el año '64. En marzo del '67 fui catapultado de la noche a la mañana, textualmente, a esta universidad. Fue una cosa que decidieron una tarde y me lo comunicaron Arturo Zavala y don Emilio Tagle.

En la universidad había, en ese momento en lo que se llamaba Departamento de Cultura Religiosa, unos problemas entre los profesores. Decidieron que yo, al día siguiente –esto me lo habrán comunicado a las 5 de la tarde– debía trasladarme a la universidad, donde iba a estar por media jornada y continuaría siendo secretario privado de Mons. Tagle.

Me venía de Director del Departamento de Cultura Religiosa, elegido –como ustedes ven– a dedo. Y efectivamente llegué en la mañana y recuerdo que quien estaba de secretaria en ese entonces, María de la Luz Ackermann, me pregunta: ¿qué se le ofrece Padre?

Y yo le digo, vengo a sentarme en la oficina del Director, soy el nuevo Director. Eso fue en marzo del '67 y en el mes de junio ya teníamos el comienzo de la reforma universitaria, con el Manifiesto de la escuela de Arquitectura y, también, de lo que en ese entonces existía, el Instituto de Ciencias Sociales y Desarrollo, con lo cual se da inicio a la reforma.

Período interesantísimo y, como ustedes ven, de una intensidad tremenda. Creo que ese fue mi doctorado en cuestiones universitarias, porque a los tres meses de estar en la universidad ya estaba dentro del proceso y el movimiento de la reforma, con todo lo que significó para esta universidad.

**EQUIPO:** *Padre, usted es uno de los pocos que conoció al Obispo Rafael Lira Infante.*

Él me hizo la tonsura al entrar al estado clerical. Era como una costra simbólica de cortarse el pelo, como signo de abandonar las vanidades del mundo. Y el que me hizo la tonsura antes de mandarme a Roma fue don Rafael Lira, a quien yo conocía desde antes, como alumno de la universidad tenía un buen contacto con él, porque visitaba a mi familia.

**EQUIPO:** *¿Él venía a la universidad? ¿Cómo era la relación con el Obispo de aquel entonces?*

Esa parte no se las puedo decir porque yo, en ese momento, no tenía nada que ver con la universidad. Estamos hablando cuando era estudiante universitario. Y cuando entré a la universidad, él ya había muerto hace unos 8 ó 9 años. No sé, eran los tiempos de don Jorge González Förster y, antes, de don Malaquíás, “don Malacas”.

**EQUIPO:** *Cuéntenos algo de don Malaquíás Morales.*

Yo sólo asistí a sus funerales, así que no les puedo decir, estaba muy tranquilo en ese entonces.

**EQUIPO:** *¿Y la relación de don Malaquíás con la familia Brown?*

Pésima, pésimo con doña Teresa Brown de Ariztía, fundadora de esta universidad con su marido y benefactora de la Parroquia donde estoy actualmente.

¡Era pésima la relación! porque don Malaquíás no tuvo la sabiduría, la perspicacia de darse cuenta de lo que significaba doña Teresa para la universidad. Yo no conocí a doña Teresa, claro, ella hizo todo esto, este edificio, la manzana entera, entre ella y su marido. Lo que su madre, doña Isabel Caces de Brown, dejó en su testamento fue una cantidad pequeña, comparado con lo que dieron su hija y su yerno. Yo creo que debe haber alcanzado para comprar el terreno. El resto de la plata la puso doña Teresa con don Rafael Ariztía. Ahora, me imagino que una persona que dona a una institución de educación, este tremendo edificio para esa época, se sentiría vinculada con la universidad y con el derecho de tener alguna palabra en ella. Y a lo mejor, este caballero no le daba entrada, no sé por qué pero se trataban pésimo. No voy a repetir los epítetos que se decían.

Si me prometen –lo que no van a cumplir– de conservar esto como *off the record*, dicen que en alguna ocasión doña Teresa se refería a don Malaquíás como “ese pajarraco”. Eso lo escuché decir, pero no lo oí. Y tuvo muy mala relación con él, a pesar que todavía tenían cosas pendientes de la donación. Por ejemplo, don Rafael Ariztía, en su testamento, donó a esta universidad la Hacienda de La Palma que, en ese entonces, era bastante más grande de lo que es ahora el fundo donde está la escuela de Agronomía. Lo donó, pero donó la nuda propiedad dejando el usufructo

a su viuda, doña Teresa. Sólo cuando doña Teresa falleció pasó de pleno derecho, uso y usufructo a la universidad Católica de Valparaíso.

Así entré a la universidad, o sea, tuve dos entradas. Una como alumno, que no fue muy exitosa que digamos, pero que los mitos le atribuyen mucha importancia; y la otra, cuando entré de profesor. En ese tiempo fui una especie de representante oficioso de la Iglesia, cuando fui elegido vicepresidente del Senado Académico.

**EQUIPO: ¿Cómo era el Senado Académico?**

Esto del Senado Académico debe haber entrado en vigencia el año '68. Después de la elaboración los Estatutos. Entonces, el Acta de Acuerdo con el cual terminó la toma de esta sede fue en agosto del '67 y allí, inmediatamente, se creó una Comisión de Reforma. Yo doné al Fondo Patrimonial todos los originales y documentos de la época que conservé y ordené pacientemente. Empezó esa Comisión de Reforma que —luego— termina en tres proyectos de Constitución Básica, de nuevos estatutos para la universidad.

Uno, elaborado por el Movimiento de Reforma, que estaba liderado por la gente del Instituto de Ciencias Sociales y Desarrollo y, principalmente, la escuela de Arquitectura. Otro, que elaboró un gran profesor de esta universidad, don Lucho López (es una pena que no esté vivo para haber dado él una entrevista, ese sí que estaba en la historia de la universidad). Había también un tercer proyecto en el cual había participado mi queridísima Marianne Peronard —una reina— y Enrique Aimone.

Enrique estaba pintado como uno de los líderes de ese tercer proyecto. No sé por qué me ronda en la cabeza la idea de un cuarto proyecto...

**EQUIPO: ¿de Alberto Vial?**

No, porque incluso Alberto, que era de Matemáticas, apoyaba el proyecto de Arquitectura. Ese hombre, andaba siempre con un cigarro pegado en la boca. No sabía si era primero el cigarro o él.

Es un momento de la historia de la universidad en que nos estamos acercando al año '70 con la elección de Allende. Nos acercamos también al '73, un período muy convulsionado en el país y también muy politizado. En la misma universidad, por ejemplo, los estudiantes estaban bien clara-

mente separados entre aquellos que eran partidarios de la UP y aquellos que eran contrarios.

Bueno, llegamos al momento máximo de la polarización, en septiembre del '73. El Senado Académico, en el cual tenían participación los estudiantes y los representantes de los trabajadores, fue disuelto. Hacía un mes que yo ya no formaba parte de él. Me había sucedido el padre Andrés "Papo" Aninat, pero duró poco tiempo. Ya había regresado de México.

Raúl Allard, era el Rector reelegido con una cantidad de votos impresionante, apoyado por el que se denominaba "Movimiento de Reforma". Hubo un momento en que llegué a ser como parte del "comando de la troika", que era como una ficción de derecho de este Movimiento, porque en realidad no tenía ninguna estructura, no existía físicamente durante todo el año y, en ciertas ocasiones, la mayoría de la universidad se aunaba en torno a este ideario. Incluso, nosotros impusimos la figura de Raúl Allard como candidato —que ya había cumplido un período de Rector— aún en contra de los partidos políticos.

**EQUIPO:** *¿Usted defiende esa idea que señala que este movimiento fue genuino, sin participación de los partidos políticos?*

Absolutamente, no tenía nada de partidismo. En el Movimiento de Reforma había gente de todos los sectores. No quiero nombrar a algunos profesores, que uno podría caracterizarlos como gente muy tradicionalista, de derecha, qué sé yo, con gente bastante progresista. De hecho, cuando el Movimiento apoyó a Raúl Allard para ser reelegido, lo hizo con el 75% de los votos.

Era una adhesión a ideas universitarias, no obedecía a los esquemas políticos. Por ejemplo, Raúl Allard, miembro connotado del partido Demócrata Cristiano, no era aceptado por su partido y se quería imponer a otra persona (que no voy a nombrar) que falleció hace poco. Querían, desde Santiago, imponerlo como candidato a la rectoría y yo le dije a él: "váyase tranquilo a su casa, porque no tiene nada que hacer aquí".

Yo no voy a decir su nombre, no corresponde. Es una persona que, en cualquier otro momento, hubiera sido un rector de lujo, pero el momento en que estaba postulando él como miembro del partido político y, por ser de ese partido político, hubiera roto toda la idea que había del

Movimiento de Reforma, un movimiento universitario, más allá de los partidos políticos y que nos unía. Y nuestros adversarios, en ese entonces, eran más bien de otro sector muy fuerte.

**EQUIPO:** *¿Máximo Pacheco?*

Sí, Máximo Pacheco. Él había sido Ministro de Educación y Embajador de Chile en Rusia, en tiempos de Eduardo Frei padre. Era amigo de Eduardo Frei, de quien fui su capellán privadamente durante todo el tiempo hasta su muerte. Privadamente, sin sueldo de La Moneda ni nada, como hay ahora.

Entonces, cuando la Democracia Cristiana lo traía para que se presentara de candidato a Rector, don Eduardo le dijo: “hable con el Padre Sapunar y pregúntele su opinión”. Nos encontramos en el Hotel O’Higgins, él me pidió mi opinión y le dije: “Señor Pacheco, mi opinión es la siguiente, devuélvase a Santiago, no se meta acá, no tiene nada que hacer. Este es un proceso universitario y, si usted viene para acá, va a encontrar que tiene una universidad muy cohesionada en torno a una idea de universidad, más allá de los colores políticos y eso se llama el Movimiento de Reforma, al cual yo represento. Así que le hablo con autoridad, váyase a la casa”. Y el hombre, con una gran humildad, me abrazó y me dio las gracias por el consejo que le había dado.

El otro candidato a la Rectoría –en ese entonces– era el actual Diputado Rodrigo González.

Después del Golpe, quedamos en una situación de gran inestabilidad, por el famoso Decreto N°112, por el cual el Gobierno Militar intervino todas las universidades. Allí, gracias a la intervención de un personaje, que también es de los hombres destacados de esta universidad, Enrique Pascal hizo ver a la Junta Militar que, el tratamiento que debía dárseles a las universidades católicas, dada la relación con la Iglesia y la Santa Sede, no podía ser el mismo que se le daba a otras universidades.

Entonces, se reconoció la pertenencia de esta universidad como la de Santiago a la Iglesia Católica. Por lo tanto, debían sujetarse a la normativa que la Sede Apostólica tenía sobre la universidad.

En esa época, cuando redactamos aquí en Chile un Estatuto Básico de universidades Católicas y le dijimos a Roma “acá está nuestra Constitu-

ción Básica, aprobada democráticamente”, Roma ya tenía conocimiento del movimiento de reforma en la universidad Católica de Chile, que fue también bastante drástico. De esta manera, el problema ya no era sólo de esta universidad, sino que de las dos universidades católicas, y Roma dijo: “bueno, aquí tenemos que ponernos de acuerdo y redactar algo básico”. Por eso se llama “Estatuto Básico de las universidades Católicas”, al cual tendrán que sujetarse los estatutos nuevos de ambas universidades. Y se trató así y fue redactado aquí en el Episcopado de Valparaíso.

Yo doné toda la documentación de eso a la universidad. Sé que por allí hay hasta un lapsus dentro del texto, de la Secretaria que escribió mal una palabra y que quedó consignado para la eternidad.

Se aprobó ese “Estatuto Básico de las universidades Católicas”. Posteriormente, en el decreto de intervención militar se señala que debía respetarse ese Estatuto Básico. Antes que nombraran al primer Rector Delegado, con Raúl Allard como... no sé cómo definirlo, no quiero caricaturizarlo, pero con mucha ingenuidad, viendo las cosas desde la perspectiva actual, sin saber dónde estábamos ni con quien nos metíamos, fuimos a entrevistarnos con el primer Ministro de Educación que nombró la Junta Militar.

No me acuerdo el nombre, era un caballero ya de edad, anciano, si no me equivoco profesor de Física en la escuela Militar y en la de Aviación. Era un ex profesor de Gustavo Leigh y de Pinochet, y como había sido su profesor, ellos estimaron que podía ser Ministro de Educación. Un caballero con una facha de buena persona, de abuelito, simpático, muy afectuoso incluso. Nos recibió en su casa a eso de las 9 de la noche. Una casa muy sencilla, tipo “Ley Pereira”, de dos pisos. Le explicamos quienes éramos. Raúl Allard le dijo: “soy el Rector destituido y el Padre Sapunar, de alguna manera, representa al Obispado de Valparaíso y estábamos preocupados”. No se preocupen —dijo—nos trató amablemente y nosotros salimos más inflados que un globo, pensando que habíamos salvado la universidad. A los dos o tres días, el Ministro fue cambiado. Yo creo que nadie sabe quién fue, no alcanzó a hacer nada y ahí entró un Ministro de Educación que fue muy duro.

**EQUIPO:** *Padre, nos llama la atención la frase que dijo al comienzo de la entrevista: “una época olvidable por sanidad mental”. La verdad que esta Comisión requiere recordar aquellos períodos, por muy ingratos que sean, para precisamente no olvidar o no repetir, porque se sabe muy poco.*

Bueno, todo el mundo sabe que en ese entonces nadie creía qué cosas atroces estaban ocurriendo, y al que lo sabía y decía algo, se decía que era comunista. A mí me trataron en esta Provincia de comunista. Ilustres rectores de universidad decían: “ese cura rojo, marxista”. Lo divertido es que antes del ‘73 yo era “momio”. De hecho, en las columnas y murallas de esta universidad estaba escrito: “Sapunar, cura momio”. Yo no estaba para el lado de la Unidad Popular ni tampoco a favor de la derecha y, además, nunca he participado en política. Resulta que, después del Golpe, pasé a ser rojo marxista. Es decir, yo siempre estaba parado en el mismo lugar y esto era como que me hubieran corrido el telón de atrás. Porque si tú decías eso, eras marxista.

Yo repartía en la universidad el Boletín de la Vicaría de la Solidaridad con un muy fiel amigo, le digo amigo porque eso somos. Un empleado de esta universidad, a quien contraté como “capillero” y que todavía está trabajando: el señor José Antonio Villalón.

152

Con Villalón, repartíamos más o menos unos 100 ejemplares de ese Boletín, porque eso no lo podías recibir por correo, había que repartirlo a mano. A mí me llegaban los paquetes vía confidencial. Los distribuíamos entre un selecto grupo de personas, profesores de esta universidad y gente de fuera, a quienes les interesaba enterarse de la situación.

Y ahí teníamos información que a uno lo hace ver lo que ahora todo el mundo sabe, reconoce y dice: “sí, es cierto que existió”, pero nosotros, no nos dimos cuenta. Fueron muchos años de saber que todo esto sucedía. Sin embargo, nadie podía hacer nada, si no es por la Iglesia Católica que creó la Vicaría de la Solidaridad.

Primero, fue el Comité Pro Paz, con la participación de las otras iglesias, incluso de la religión judía. Pero eso se disolvió al poco tiempo. Después, se creó la Vicaría de la Solidaridad, de la Iglesia Católica. Ese era un paraguas que protegía, porque realmente en ocasiones había que ser protegido. En ese tiempo, yo era “tan marxista” que, incluso, daba clases en esta universidad desde las 22:30 hasta las 24:00 y, luego iba a dejar a sus casas a mis alumnas, chiquillas, lolas, en mi citroneta, antes del toque de queda, porque me dificultaban el hacer clases.

En una ocasión, le avisaron al Director del Instituto de Ciencias Religiosas, el Padre Reinaldo Orellana, mi muy querido hermano, que estaban



suspendidas las inscripciones a los cursos del Padre Sapunar hasta nuevo aviso, con la intención que los alumnos hubieran inscrito otras asignaturas. Y el Padre Orellana, ciudadano no chileno, con gran arremetida dijo: “yo sólo recibo órdenes del Obispo de Valparaíso y no del Vicerrector Académico de la época”, que era Héctor Herrera.

Pero se supo eso y en el día se coparon todas las inscripciones, porque Construcción Civil –que siempre fue como un feudo– vino a Casa Central en masa a inscribirse. La escuela de Comercio, lo mismo, y coparon los cursos. Era, probablemente, porque yo tenía también un muy buen paraguas, el de la Iglesia.

En ese tiempo, aparte de la universidad, mis servicios como sacerdote no eran apreciados en la Diócesis. Por ello partí a Santiago a trabajar en el Episcopado.

**EQUIPO:** *Padre, ¿cómo era la relación de los académicos con los Rectores designados?*

Muy diferente. Aquí yo quiero rendir un homenaje. El Alnte. De la Maza fue el primer Rector Delegado, un caballero no muy alto y el día que asume como Rector (yo tenía más pelo que ahora, pero creí que se me caía todo de golpe) aparece acá en la universidad vestido de marino, con todas sus galas de almirante, con sus condecoraciones y todo. Dije: ¡Madre mía! Y entonces fuimos con otra persona –con Raúl Allard debió haber sido– a decirle que si le parecía conveniente, esta llegada a la universidad... tan de marino, tan de fuera de la universidad. Me dijo: “todo lo contrario, lo hago conscientemente para que quede claro, que sea visible que no soy un académico, que soy un interventor y que estoy aquí, por decirlo así, por orden superior, por jerarquía, como un interventor, pero no como un académico. Estoy entrando a un recinto académico y yo no lo soy. Como queriendo decir, no es justo lo que estoy haciendo, pero tengo que hacerlo”.

Después, este señor nos llamó a Arturo Zavala, a Reinhard Zorn y a mí para que integráramos el Consejo Asesor del Rector Delegado. Imagínense, nosotros que habíamos luchado por el movimiento de reforma, ahora seríamos parte del Consejo Asesor del Rector Delegado de la Junta.

La reacción nuestra fue absolutamente, yo diría, visceralmente, de rechazo. Allí fue cuando se nos acercaron muchos profesores, algunos de ellos que me son muy queridos se recordarán, a decirnos: “Por favor, acepten”. Era gente de izquierda, sabían que corrían peligro sus vidas y así lo sentían. “Acepten por favor, porque si ustedes están dentro de ese Consejo, algo podrán hacer para que esta intervención no sea como pensamos que puede ser”. Y visto eso, aceptamos.

Tengo que rendir testimonio al Alnte. De la Maza. Duró apenas un año en el cargo, porque lo sacaron por blando, por haberse dejado influenciar por los académicos, por no haber cumplido las normativas, las órdenes que se le daban, lo sacaron con un gran dolor para él, porque realmente el hombre, sin ser un académico ni un universitario, comprendió lo que significaba –para una institución como la universidad– tener esta intervención. Lo sacaron de la noche a la mañana.

154

La relación con él era buena, pero nosotros éramos, para un sector de la universidad, los que estábamos impidiendo que se hicieran procesos de purificación de no sé qué cosa en la universidad, y estábamos influyendo en De la Maza, que era débil y se dejaba embaucar por estos profesores “malignos”... Arturo Zavala... ¡Reinhard Zorn!

Esa fue la relación con el primero. Con el segundo rector no logramos a tener mayor vínculo, porque bueno, Dios se lo llevó al poco tiempo y, prácticamente, no alcanzó a ejercer como Rector, producto de un aneurisma abdominal.

#### **EQUIPO: ¿Victor Cabezas?**

El Alnte. Cabezas. Fuimos con Reinhard Zorn a presentarle nuestra renuncia, porque éramos miembros del Consejo Asesor. Pusimos nuestro cargo a su disposición. Y en su lecho de enfermo él nos la aceptó de inmediato. Esa fue toda mi relación con él. Después de eso vino el Almirante Wilson. Con él no tuve absolutamente ninguna relación, no duró mucho, porque falleció al poco tiempo.

Después, vino el Capitán de Navío Matías Valenzuela Labra, con el cual tuve muy mala relación, pésima.

Una vez pedí entrevista con él. Lo fui a ver para comunicarle que yo era representante de un convenio entre la universidad y una institución ale-

mana, también universitaria. Este convenio era muy beneficioso para la universidad y quería que él lo supiera. Yo era Presidente en Chile de ese convenio y lo era personalmente, porque el inspirador de esto, un alemán, decía que, más que en las instituciones él confiaba en las personas. Dimos becas, bastantes, para estudiar en Alemania. Algunos profesores se beneficiaron de esas becas y salvaron sus vidas, según ellos, porque los sacamos en el último momento.

El caballero éste me recibió en su oficina y me dejó de pie delante de él, que estaba sentado en el escritorio. No me ofreció sentarme ni nada. Me dijo que estaba bien, que tomaba conocimiento y que se vería qué se iba a hacer con eso y hasta luego. Esa fue toda mi relación con él.

En su rectoría fue cuando a mí me pretendieron sacar de la universidad, pero no podían. Tenía el paraguas muy fuerte por parte del Episcopado, entonces no se pudo. Esas fueron mis relaciones con los rectores.

Ahora, después me tocó –esas son las vueltas de la vida– entrar a la oficina de don Matías Valenzuela. Nuevamente de pie delante de su escritorio y él sentado. Fui a comunicarle que dejaba de ser Rector Delegado de la universidad Católica de Valparaíso.

**EQUIPO:** *¿Usted trae el mensaje para el Rector delegado de la universidad?*

Pero sí eso sucedió. Fue el año '83, cuando llegó Mons. Valenzuela como Obispo de Valparaíso. En ese entonces, era Ministra de Educación, y lo voy a decir con todas sus letras, porque sé que no todo el mundo se atreve a decirlo, mi queridísima amiga Mónica Madariaga. Queridísima amiga, porque realmente fuimos amigos.

**EQUIPO:** *¿Se conocían desde antes?*

No, nos conocimos aquí, pero llegamos a ser muy buenos amigos, con contactos familiares, conocí a su mamá, estuve en su casa, ellas estuvieron en la mía. Mónica, era muy amiga de don Pancho Valenzuela.

Cuando llegó como Obispo, él le dijo que no estaba conforme con el Rector de la universidad, porque resulta que don Francisco de Borja Valenzuela Ríos, por el hecho de ser Obispo de Valparaíso es, instantáneamente, Gran Canciller de la universidad. Inmediatamente, le llegó una carta del Rector indicándole el plan de visita a la universidad y como sería

la asunción de su cargo como Gran Canciller.

Don Pancho, que era huaso colchaguino y como dicen los huasos, no admitía “pelo en el lomo”, se enfureció. A él nadie le venía a determinar qué era lo que se tenía que hacer. Y el Rector delegado le estaba pauteando y ajustando todo.

Llamó entonces a la Ministra Madariaga y le dijo que no estaba conforme con el Rector Delegado, y ella le contestó: “bueno, ¡cámbielo!”. Pero si es Rector Delegado, dijo el Obispo. “Sí, pero usted es el Obispo, usted determina, cámbielo”. Y entonces, le entregué la carta a don Matías Valenzuela. Le dije que el Obispo lo va a sacar del cargo.

“Soy Rector Delegado y me nombra el Presidente. Hasta luego, hasta luego”. Y el caballero de arriba aceptó lo que hizo su sobrina, de decirle al Obispo de Valparaíso que tenía potestad para destituirlo. ¡Es inaudito, nadie se lo imaginaba! Fue una cuestión de Mónica Madariaga.

156

Luego comenzaron las conversaciones para nombrar al nuevo Rector. Se acordó que era un nombramiento simultáneo: el Obispo nombraba al Rector de la universidad Católica de Valparaíso y el gobierno le daba la calidad de delegado. Y se convino fácilmente en la figura de Raúl Bertelsen Repetto, gran académico, hombre prestigiosísimo, para mí un gran amigo. Todo el mundo aceptó inmediatamente.

Raúl no duró mucho tiempo de Rector, fueron como 2 años. Él había sido Vicerrector Académico, pero ser Rector... había ya problemas con los estudiantes, él no era para este cargo. Se procedió entonces a realizar el segundo nombramiento y ahí me falla la memoria...

**EQUIPO:** *¿Juan Enrique Fröemel?*

Sí, fue Juan Enrique Fröemel, lo tengo claro y, además, no fue problema. Lo que no tengo claro es si estaba aún Mónica de Ministra de Educación. Parece que sí, porque Juan Enrique Fröemel, Capitán de Navío (R), había sido Subsecretario de Educación, o algo así. Trabajaba en el Ministerio, era conocido de Mónica y se convino, fácilmente, en el nombramiento de él. Después de eso sacaron a la pobre Mónica, cuando intervino en la universidad de Concepción, centro de la fuerza opositora al gobierno militar, y se puso a hablar en un gimnasio, directamente con los alumnos que empezaron a preguntarle cosas.

Un alumno le preguntó: “Y usted ¿qué piensa de los rectores delegados?” Mónica Madariaga le contestó: “Yo postulé hace algunas semanas atrás a Comandante del Regimiento... –y le nombró uno– pero no me han contestado”, como queriendo decir: “yo no tengo nada que hacer en regimientos”. Esas fueron las últimas palabras de la Mónica Madariaga como Ministra.

A ella, el “caballero de arriba”, le tenía un gran aprecio y gratitud, porque cuando él era un joven oficial, la casa de Mónica y su madre eran para él un refugio, un apoyo, que sé yo. Pinochet quería mucho a la mamá de Mónica y a la misma Mónica, pero ella llegó a hacerle la vida imposible al pobre caballero, con todas las salidas de libreto que tenía, porque ella era así.

Después, lo demostró en la política, porque pasó por todos lados. Era una mujer muy entera. A mí, lo que me gustaba de ella, es que era muy valiente y muy congruente con lo que pensaba, aunque no todos pensábamos igual, yo la estimé mucho y la sigo estimando. En un libro que escribí, ella hace recuerdos de esta amistad familiar y menciona, precisamente, la amistad que nos unía, de la cual no me desdigo ni oculto.

**EQUIPO:** *Padre, ¿Usted estuvo cuando vino el General Pinochet a la universidad el año '74? Lo recibieron en el Gimnasio de la Casa Central y le entregaron la medalla “Virtud y Mérito”.*

La misma que me dieron a mí. Y la cambiaron después. La única explicación es que era la más alta condecoración que podía dar la universidad y querían dármele. Y me advirtieron que la habían dado muy pocas veces y una de las pocas veces que la habían dado...

Fíjense que no recuerdo eso, no sé si será parte de esa higiene mental que uno siempre va olvidando recuerdos no agradables. Tengo que haber estado. Lo que sí estuve es cuando vino Mónica Madariaga a la universidad. Y a mí me tocó acompañarla desde que se bajó del auto hasta el gimnasio.

**EQUIPO:** *Época de protestas...*

De protestas y de todo. Cuando salió para afuera nosotros tratábamos de meterla al auto para que se la llevaran. Un grupo de alumnos de izquierda ubicado frente a la universidad empezó a increparla y gritarle cosas. Ella se separó de nosotros y fue a conversar con los estudiantes:

# gentecatura

## MONSEÑOR JORGE SAPUNAR DUBRAVCIC

Nació en Antofagasta el 31 de enero de 1936. Estudió en su ciudad natal y luego fue al Seminario de Santiago. Fue ordenado sacerdote el 23 de septiembre de 1961. Se especializó en cursos de Teología y otras materias en la Universidad Católica de Chile. Ha desempeñado los cargos de Vicario General de la Diócesis, administrador del Obispado de Valparaíso, Párroco del Espíritu Santo y Rector de la Iglesia Catedral. Actualmente, además de sus funciones ejecutivas en el Obispado, es Vicario para la Pastoral Universitaria y Vice Gran Canciller de la Universidad Católica de Valparaíso. Ha sido profesor del Instituto de Ciencias Religiosas de la UCV. Es conocido por su sentido de la administración, orden y rectitud y ha sido un importante guía, tanto para los jóvenes universitarios de su plantel, como para señalar el moderno sentido de la docencia cristiana.



*Yugoslavia está en sus venas  
con su aspecto de católico.  
Lo ha inspirado el altruismo,  
tiene una mente serena.  
De párroco tiene pasta,  
sabe ser un buen pastor,  
hoy recuerdan su labor.  
El nació en Antofagasta.*

*Estudioso, hoy y ayer,  
es un maestro en la fe.  
Perfecciona lo que va*

*de Gran Vicario.  
Tiene sangre de los urinos  
que a Europa dieron su base.  
Es buen maestro en sus clases.  
Fue gran Rector y Vicario.*

*Queremos felicitar  
a quien cumple su misión,  
diga también en su acción  
el Monseñor Sapunar!*

(C)

“¿qué quieren decirme? conversemos...”. No, si la mujer tenía “ñeque”, eso no se le puede negar.

**EQUIPO:** *Padre, ¿hay algo que usted podría definir como la identidad o el sello de un alumno o ex alumno PUCV?*

Yo no me atrevería a hablar de una cosa así tan específica, pero yo les hablaría más bien de la UCV misma y de sus personas. Siempre he dicho y he pensado que esta universidad, dentro de las diferencias y diversidad que hay al interior, conserva un carácter, como decirles... todos nos conocemos y, de alguna manera, la mayoría somos amigos. Casi me atrevería a decir –aunque la frase es media cursi, media hecha– hay como un ambiente familiar.

Los años que estuve en esta universidad creo que llegué a conocer –aunque para los nombres soy fatal, me olvido, pero nunca de las caras– a todo el mundo de la universidad y cuando hablo de todo el mundo, es todo el mundo: los obreros, los empleados, no la totalidad de los alumnos, por supuesto, pero sí conocía a aquellos que tenía en mis cursos.

Hay una especie de relación más allá del título que tenga uno, de la cátedra que ocupe, de las ideas que tiene. Hay un vínculo de familiaridad entre todos, como de pertenencia a la universidad Católica de Valparaíso. Esto es tremendamente fuerte en algunas escuelas, por ejemplo la de Arquitectura. Al menos, así era en los tiempos que yo la conocía, porque hace muchos años que ya no voy.

Todos los profesores nos conocemos. Por ejemplo, yo no he conversado nunca más de cinco palabras con el profesor que estaba en la puerta de la universidad cuando entré hoy, el ilustre decano de la facultad de Derecho, pero nos saludamos muy amigablemente. No hemos sido nunca cercanos ni tampoco somos afines en muchas cosas de ver la vida, de ver la universidad, pero siempre nos ha unido algo: somos profesores de la universidad Católica de Valparaíso.

Hay un sello de familiaridad que yo creo que no se da en todas las universidades. No sé si fue por el tamaño reducido, porque fue creciendo poco a poco y ¡fue creciendo! Yo soy testigo del crecimiento. Cuando yo entré a la universidad no éramos más de 1.200 alumnos y ahora, más de 12 mil, sólo en pregrado.





**PRESBITERO JORGE SAPUNAR DUBRAVCIC,**  
Vicario General de la Diócesis de Valparaíso

Vive el Padre Sapunar  
Impulsado en su Sacerdo, siendo buen guía ejemplo en su cargo de Vicario. Joven, bello lo veis, animado en fe de Dios. Nació el año treinta y seis y es fiel mensaje su voz.

Largo tiempo está en la Ude.  
Es del joven, conductor por las sendas de la fe.  
¡Un valioso profesor!  
Amigo de la verdad, siempre y brilla cuanto labra.  
Limpio de alma: caridad y amor de Dios es su palabra.

Moderno es su pensamiento y gusta cual buen hermano: Asesor del Movimiento que es "Familias Cristianas" Cuando verida su fe asuma estudio en nuestra nación. Más tarde, logrará en Roma superar su formación.

Juvenil, dicharachero, y a la vez docto es su voz. Es un gran "casamentero" en nuestra Quinta Región. A la diócesis Negó y al Pastor, hoy asesora. ¡Vicario, su bendición nos ayude en toda hora!



Como les digo, mientras estuve acá, mis 40 y tantos años, 41 años estuve en esta universidad, yo creo que conocí a todo el personal no académico, los visitaba bastante a menudo como les consta a sus respectivas directivas en los sindicatos. Conocía a todo el mundo y todavía me conoce bastante gente y me saluda cuando pocas veces que he vuelto a la universidad.

No sé, es ese ambiente de formar parte de algo, en lo cual no todos pensamos lo mismo, pero todos amamos lo mismo, desde distintas trincheras nos entendemos. Es una universidad también de mucho consenso, en el sentido de que discutimos horas de horas.

Tuve sesiones del Senado Académico que, cuando se cansaba Reinhard Zorn, se iba a su casa y me tocaba presidirlas, salíamos a las 7 de la mañana de la sesión que habíamos empezado el día anterior, porque somos muy buenos para hablar. Yo nunca llegué muy temprano a la universidad, porque soy como de horarios gerenciales, más ahora que no tengo patrón.

Me acuerdo una vez que iba saliendo de la universidad –a las 7 de la mañana– y un trabajador me dice: “Padre, tan temprano que llegó a la universidad”. No, le digo, si no he llegado, me voy yendo. Cuando discutíamos los presupuestos...

**EQUIPO:** *¿Cómo era el trabajo en el Senado Académico?*

Era bien difícil. Eran alrededor de 30, no me acuerdo muy bien, pero eso es fácil verlo en las actas del Senado. Eran sesiones semanales. Y había sesiones que duraban hasta las 4 o 5 de la mañana, arriba en el Salón de Honor, discutiendo, discutiendo y discutiendo. La asistencia era libre, así que cualquier persona podía asistir. En el Salón de Honor estaba la mesa y en ella cabíamos 25 personas, a su alrededor habían sillas y, en el segundo piso, arriba en la galería lleno de gente.

Sesionábamos con público. Había mucha pelea, pero no física, sino que verbal.

**EQUIPO:** *Discusiones con altura de miras...*

Sí claro, largos discursos. Iommi, Alberto Cruz, Alberto Vial, el “Tuto” Baeza... Arturo Baeza, Fernando Molina. Terminó el proceso del Acta de Advenimiento (agosto del '67) y Fernando se fue a la Católica de Santiago, de Prorrector creo, cuando estaba ya de Rector el arquitecto que había

perdido la voz... Fernando Castillo Velasco, que fue el primer rector laico que asumió la rectoría en esa universidad después del movimiento de reforma.

**EQUIPO:** *¿Cómo se imagina usted la universidad para el centenario (2028)?*

No tengo capacidad para eso. Fíjate que yo siempre me he definido como una persona poco creativa, yo soy un restaurador y un gran restaurador. No solamente en la Parroquia, en los libros. Yo reconozco que tengo ese don, yo soy un restaurador y me encanta sacar una cosa que está por decirte así, irreconocible, despreciada, me gusta llevarla a su belleza original y en eso tengo capacidad, pero de creatividad no tengo nada, así que no me pidan imaginar cosas ¿Cómo restauraría la universidad?

Yo no me he vuelto a meter a esta universidad desde que me fui —¿hace cuántos años ya?— Yo me fui de ella cuando la universidad cumplió 80, hace cinco años. Claro, cuando cumplió la universidad 80 años, yo cumplí 41 en ella y dije: “ya llevo la mitad, la mitad de la vida de la universidad estuve en ella, desde el comienzo participando activamente”. Realmente, yo creo que ya estoy fuera y ya no me corresponde hablar de qué cambiaría en ella.

**EQUIPO:** *¿Qué grandes profesores recuerda?*

Lucho López. Fue profesor mío en el colegio, me enseñó matemáticas. El primer día llenó la pizarra con una serie de cosas, ¿qué es esto? Nos preguntamos. Y era el número 1. Pero puso todas las funciones y operaciones matemáticas alrededor del número 1 que lo dejaban siendo el número 1, elevado a tal potencia, que esto otro y qué sé yo. Un personaje especial Lucho López, yo lo estimaba y respetaba mucho. No siempre estábamos de acuerdo, pero qué sé yo.

Alberto Cruz, indudablemente. Yo lo estimo mucho, lo quiero mucho y he estado muy cerca de él, en varios momentos. Él ha sido muy gentil conmigo, más allá de lo que realmente puedo representar para él. Pero indudablemente que, no sólo en la escuela de Arquitectura, sino que en el movimiento de reforma, fue uno de los líderes de pensamiento.

El gran Godo —ya que estoy hablando de la escuela de Arquitectura— era un personaje, realmente un poeta, bueno... Godo. Y la otra persona

para mí –de esa escuela, que fue la que partió con la reforma– es Baeza, “Tuto” Baeza.

Era el arquitecto con las ideas poéticas de Godo y de Alberto, pero con los pies en la tierra. Era el nexo que nos unía, porque con Arturo podíamos entender lo que ellos querían decirnos a quienes éramos “más terrenales”, por decirlo así, o “menos poéticos”. Y, por último, Fabio Cruz en esa escuela.

**EQUIPO:** *¿Y en otros ámbitos de la universidad?*

Bueno, aquí puede estar mi recuerdo contaminado con el sentimiento de amistad, pero conocí a Raúl Allard y a Mónica cuando eran jovencitos. El Rector más joven de Chile. Ella, secretaria en la Rectoría. Les puse las argollas, los casé, les he bautizado a los hijos y, hasta ahora, somos grandes amigos. Creo que Raúl es una persona importante en todo este proceso de desarrollo de la universidad y muy importante. Pero ven, ya nombré a Raúl Allard y se amplía el círculo ¿no es cierto?

Pero vamos a hablar de los más antiguos. A Raúl Allard lo dejamos, a pesar de que es joven, entre los antiguos, por ser el primer Rector de la reforma. Y ya nombré a Lucho López y a los arquitectos.

Está también el “Papo” Aninat, Andrés Aninat, un hombre de gran influencia formativa por su testimonio de vida en esta universidad, tanto en la escuela de Derecho como en el Instituto de Teología. El “Papo” era un personaje de una gran congruencia de vida como universitario y como sacerdote, un hombre muy inquieto intelectualmente y muy cercano a los jóvenes.

Otro que marcó toda una época en la universidad fue el padre Pedro Gutiérrez, que lamentablemente está todavía en este mundo, pero prácticamente ya no está con nosotros, porque se ha olvidado de todo. Indudablemente que marcó una época y un estilo de relación, sobre todo con los alumnos, yo creo que es un personaje así, señor.

Más atrás no me refiero porque el padre Jorge González me recibió en la universidad, pero no nos conocimos ni como alumno ni como profesor, sino que después nos conocimos como sacerdotes. ¡Uh! que pregunta difícil esto de relacionar personas, porque si uno dice me olvidé, voy a llegar

a la casa y voy a recordar otros nombres ¡cómo me voy a disculpar de haberlos olvidado!, pero...

Don Lucho Gómez Macker y Marianne Peronard eran como un “matrimonio académico”. Yo a la Marianne Peronard la conozco jovencísima, era hija de don Kay Peronard, que era el Director de Ingeniería Química.

**EQUIPO:** *Ella nos contó que su padre fue el fundador de la escuela.*

Ciertamente. Ella, la buena moza secretaria que tenía su padre cuando yo entré a la universidad. Claro, desde esa época, Marianne Peronard indudablemente es un personaje fundacional, por decirte así, de los últimos 50 años de la universidad.

**EQUIPO:** *Padre, usted tiene muchos reconocimientos, pero ¿cuál es su mayor satisfacción después de 41 años?*

164

Mi satisfacción es que —creo— que en esta universidad, como decirles... cuando me despidieron de esta universidad (no de despedirme, si no del acto de despedida) un gran amigo mío y a quien estimo muchísimo dijo que yo había sido “Un hombre de Iglesia en la universidad y un universitario en la Iglesia”, o sea, un cura en la universidad, pero también una persona que siempre buscó que la universidad realmente fuera una obra de la Iglesia y que la Iglesia, por otra parte, respetara al ser universitario. El autor de esto es Fernando Alvarado Quiroga.

Eso me gustó que se dijera de mí, no sé si es cierto, pero a mí me gusta.

Además, cuando me dieron el *Doctor Honoris Causa* de esta universidad, no me lo dieron porque mi Unidad Académica lo haya pedido o porque se considerara que mi aporte teológico, mi aporte en el campo del derecho o en el campo laboral de los que fui profesor haya sido una eminencia. No lo pidió la Unidad Académica, lo pidieron todos los decanos de la universidad junto con el Rector, por mi ser universitario, que para mí es el mejor título. O sea, no me dieron este reconocimiento en Teología, en Derecho, no. Fue la universidad como tal, y eso lo acepté gozoso, como “chancho en el barro”. Eso me define. Me gusta que me definan así, no sé si lo merezco.

**EQUIPO:** *Padre, le queremos agradecer infinitamente que nos haya contado algunos de sus recuerdos.*

¡Hay tantos recuerdos! Pero realmente para mí el período en la universidad fue gozoso. Fregado también, pero gozoso. Muy bien pues, muchas gracias a ustedes por considerar que vale la pena escuchar a este veterano.





*Mi formación como profesor normalista y mi desarrollo como profesor del Instituto de Historia me señala que hicimos un muy buen trabajo, formamos muy buenos profesionales y, por lo mismo, me hace pensar que el problema no es de métodos, no es de mediciones, sino que el problema es que la Educación, para que efectivamente logre buenos resultados, necesita de profesores que quieran enseñar y de estudiantes que quieran aprender.*

## ENTREVISTA

# Eduardo Cavieres Figueroa

25 DE JUNIO  
DEL 2013

**EQUIPO:** *Hoy vamos a conversar con el Dr. Eduardo Cavieres Figueroa.*

*El profesor Cavieres es Licenciado en Historia, Profesor de Historia, Geografía y Ciencias Sociales de la universidad Católica de Valparaíso. También, es Master en Historia por la universidad de Madison, Wisconsin, Estados Unidos. Es Doctor en Historia por la universidad de Essex en Inglaterra.*

*Es profesor titular del Instituto de Historia de la PUCV, del Departamento de Ciencias Históricas de la universidad de Chile, Profesor extraordinario de la universidad Austral de Valdivia. Ha sido Director del Programa de Postgrado del Instituto. En la actualidad, es Presidente de la Junta Directiva de la universidad de Playa Ancha de Valparaíso. El año 2008 le fue otorgado el Premio Nacional de Historia. El año 2009 recibe la medalla “Fides et Labor” de la PUCV.*

*Profesor, usted ingresó a la universidad el año 1969, ¿cómo llegó a estudiar Historia y cómo era la universidad en ese tiempo?*

Creo que la situación que definió mi entrada a Historia aquí fue el hecho que la universidad ve-



nía saliendo de la Reforma Universitaria. Por lo tanto, la estructura rígida de curso de las antiguas escuelas se había transformado y había dado paso a un currículum flexible, que permitía acomodar los horarios y cumplir con los compromisos laborales y académicos que ya tenía. Eso, decidió finalmente mi ingreso a Historia, descartando una posible carrera en Derecho en la universidad de Chile, sede Valparaíso, donde también había quedado aceptado. Digo que esta fue una situación definitiva, porque en el inconsciente, creo que siempre estuvo mi orientación hacia el estudio de la Historia.

Recuerdo, además, que esta universidad estaba todavía en una situación de mucha convulsión que siguió en los años siguientes, sobre todo en el período de la Unidad Popular. Pero lo recuerdo desde el punto de vista que llenaba mis expectativas que tenía respecto a lo que era una universidad. Me refiero a una institución de estudios superiores, en donde no existía –tanto– una jerarquía de poderes políticos. Había mucha discusión política, pero no una jerarquía de carácter político, sino que, fundamentalmente, unas jerarquías académicas que, en mi caso, y en el caso de los que entramos al Instituto de Historia, estaban muy bien representadas a partir de la imagen, figura y personalidad de don Héctor Herrera. Creo que eso era lo más distintivo.

Desde el punto de vista físico, el laberinto, en el tercer piso, era muy atractivo, sobre todo en términos anecdóticos. Yo tenía clases de Teoría de la Historia a las siete de la tarde, cuando ya –en invierno sobre todo– comenzaba a oscurecer. Entre medio de nuestras reflexiones historiográficas de “alto nivel”, venían los rebuznos de los animales provenientes del Mercado, que hacían efectivamente “síntesis” entre el pensamiento abstracto y la realidad material concreta.

Creo que mi entrada a la universidad correspondió exactamente al nivel que yo buscaba de lo que debía ser una universidad. Porque, además, yo ya traía una formación previa, me había titulado de profesor normalista. De tal manera, sabía por dónde iba el análisis académico, propiamente tal.

Había incluso estado haciendo una estadía en la “José Abelardo Núñez”, antes que la cerraran, especializándome –precisamente– en Historia y Ciencias Sociales. Tenía un cierto bagaje que me permitió cumplir adecuadamente mis estudios aquí. Pude compatibilizar los requerimientos de acá con las actividades laborales que ya tenía en la escuela Industrial.



**EQUIPO: *¿Trabajaba y estudiaba?***

Sí. Creo que sí se pueden hacer las cosas, cuando se tienen proyectos de futuro y cuando, además de aquello, se tiene una formación de persona, una formación de vida, que tenía de mi hogar. Entonces, la entrada a la universidad no me significó –en modo alguno– una situación violenta, de cambio de escenarios. Además, tengo que agregar que, cuando entré a la universidad, estaba casado y tenía una hija. Así que, en realidad, era un escenario movible e, indudablemente, llegar acá a la universidad me significaba poder retirarme de lo que eran las necesidades materiales, de familia, de trabajo, etc., y reencontrarme con el conocimiento, que es lo que a mí realmente siempre me ha llamado la atención y he dedicado mi vida a ello.

**EQUIPO: *¿Por qué pensó en Derecho?***

Porque yo trabajaba como administrativo, era Inspector en la escuela Industrial de Valparaíso, un establecimiento muy grande, siempre. Yo era muy joven, de una figura no demasiado voluminosa. De tal manera que, a pesar que tenía un contrato de inspector de patio, mis actividades se centraron muchísimo más en la parte administrativa.

Tenía mucho la estimación de los profesores allí. Era un conjunto de profesores, fundamentalmente de izquierda. Tenían esa impronta de ser gente de izquierda, de ser gente muy sensible a las cosas sociales. Desde ese punto de vista, me transformé en una especie de “protegido” de ellos. Siempre me daban consejos, veían que yo ya venía saliendo de la escuela Normal. Me tenían mucha simpatía. Por una cuestión casi natural dentro del gremio me decían: “No sigas esto, no seas profesor, busca por otros lados”.

Aparte de ellos, también tenía un par de amigos que sí eran abogados. Entre ellos Osvaldo Fernández, que escribió –en su momento– un libro famoso: “La Democracia Cristiana, teoría de la ambigüedad”. Después, se fue exiliado.

La verdad es que no me habría molestado. Creo que si hubiese seguido Derecho habría terminado en “Historia del Derecho”. Pero, repito, las cosas se van presentando de una manera determinada en la vida. Las cosas me llevaron a que coincidiera este momento de entrada a la universidad –como he señalado– cuando esta universidad había flexibilizado el currí-

culo. Por lo tanto, me resultó muy natural, muy conveniente, de todo mi agrado venir a estudiar Historia.

**EQUIPO: ;*Cómo era el Instituto de Historia que usted conoció?***

Tenía un currículo espectacular. Básicamente, estaba dividido en tres cátedras, grandes cátedras. Una, “La historia antigua y medieval”; en segundo lugar, “La historia de Chile y América Latina” y, en tercer lugar, “La historia moderna y contemporánea”. “Teoría de la Historia” figuraba un poco independiente, pero estaba bajo la tutela de don Héctor Herrera, en el área “Historia antigua y medieval”.

Lo novedoso es que durante varios años uno podía ingresar por cualquiera de estas tres secciones, no necesariamente en orden cronológico desde la historia antigua en adelante. De hecho, yo entré por Historia de Chile y América en el primer año, primer semestre.

170

Tomé sí el curso de Teoría de la Historia, que era un curso anual. En “Historia de América”, el profesor titular era don Manuel Zamorano, que justo ese año, por el mes de octubre, tuvo un accidente ferroviario aquí, en Barón, y murió producto de ese accidente.

Manuel Zamorano era una persona llamada a ser un gran intelectual dentro de nuestro país y, posiblemente, fuera de nuestro país igualmente. Era un hombre muy agudo, en términos de sus análisis historiográficos. Con cierta ironía, pero que se sentía como el catedrático que estaba dictando cátedra y, por lo tanto, estaba en un nivel superior a sus estudiantes. Esto, no significaba que no aceptara acercamientos, aproximaciones, por el contrario, era un hombre muy simpático.

Si comparo ese primer año, y junto las clases que tenía en “Teoría de la Historia”, con las clases con Manuel Zamorano, pienso que no pude haber entrado en un momento más espectacular a la carrera. Por lo siguiente: porque posiblemente, por algunas capacidades y sensibilidades anteriores, por lo que he definido mi carrera académica durante todas estas décadas, soy una persona que disfruto muchísimo más con perspectivas analíticas que con perspectivas descriptivas.

A mí no me gusta esta Historia que solamente enumera o cuenta “cuentos del pasado”. Yo insisto muchísimo frente a mis alumnos, todavía, actualmente, que la historia es descubrir problemas y es analizar problemas.

A mí me parece que esa situación se dio perfectamente cuando yo ingresé a la universidad y eso es lo que, de alguna manera, pude subrayar y pude marcar como aquello que yo quería efectivamente hacer. Posiblemente, por mi propia situación, eso no me marcó una diferencia de niveles de pensamiento, entre lo que hacía fuera de la universidad con lo que hacía dentro de ella, hasta tal punto que, cuando volví a matricularme en segundo año, en ese momento me ofrecieron ser ayudante de “Teoría de la Historia”.

Ahora, todavía era una universidad con mucha estructura de poder tradicional. Cada una de estas secciones de las cuales hablo tenía un cabeza de sección: don Héctor Herrera, Manuel Zamorano hasta que falleció, Marco Antonio Huesbe, en la otra sección, y cada uno de ellos tenía – quiero decirlo simpáticamente– una especie de “séquito de profesores” que se estaba formando, o que ya habían alcanzado cierto nivel, y que, de acuerdo a sus calidades académicas, podían dictar clases en términos independientes.

Durante esos años, entraba el catedrático a la sala de clases y, detrás de él, entraban los tres profesores auxiliares y, detrás de los tres profesores auxiliares, entraban los estudiantes ayudantes. En la cátedra de “Teoría de la Historia” yo entraba como en el último lugar, pero muy rápidamente, porque son así nomás las cosas, no por otra razón, fui pasando por el lado.

Recuerdo perfectamente que yo era el que acompañaba a don Héctor a la sala de clases y se ponían de pie. En muchas oportunidades, don Héctor ponía un par de conceptos en la pizarra, se sentaba y me decía: “Toma la clase”.

**EQUIPO:** *¿Se ponía nervioso con eso?*

Creo que no. En general, soy una persona retraída, una persona de bajo perfil, como se dice hoy día. Soy una persona bastante poco sociable, en términos generales, pero al mismo tiempo, soy una persona que, enfrenado a situaciones y sobre todo al mundo académico, no tengo problemas en asumir la conducción de un grupo o de una clase, porque además yo sabía de estas cosas por mi calidad de profesor normalista y porque en la escuela Industrial, siendo normalista también, ya tenía posibilidad de llevar algún curso. Claro, era de enseñanza media, esto era universidad, pero acá no hacía o no notaba el peso de la diferencia.

Sí, esta jerarquía se llevaba bien llevada, porque en un ambiente muy tenso desde el punto de vista ideológico. Estamos hablando de los años '69 - '71, un ambiente muy cargado ideológicamente, con enfrentamientos verbales muy fuertes en muchos casos.

A pesar de ello, había un respeto bastante fuerte, sobre todo por la figura de don Héctor, que era la expresión de un pensamiento conservador de derecha. A su vez, en esos años, yo era mucho más alumno que ayudante del Instituto, era mucho más alumno que participante del Claustro del Instituto. Conocía –y era amigo– del grueso de mis compañeros, gente muy activa políticamente desde la izquierda.

Y yo notaba, era bastante notorio, que todos veían en don Héctor una persona adversaria políticamente, muy adversaria políticamente, pero todos –al mismo tiempo– reconocían en él sus cualidades no solamente académicas, sino que sus cualidades personales. Era la persona que podía estar muy enfurecida en un debate, pero que posteriormente podía conversar con los estudiantes, con sus adversarios políticos, para poner por sobre lo político, lo académico.

**EQUIPO:** *Profesor, ¿Cómo era la universidad en esa época, por ejemplo, la relación entre las carreras?*

Por lo que he señalado, yo no hice gran vida universitaria. Trabajaba y bastante, estaba casado. Por lo tanto, la universidad representaba –en términos generales– la tercera o cuarta parte de mis actividades. Así es que no hice una vida universitaria plena.

Pero, por supuesto, sí participé activamente de lo que iba sucediendo, en las discusiones de la época. Creo que era el momento de la transición, entre lo que podría llamar –a partir del título de mi último libro– “El fin del antiguo régimen y la transición hacia una universidad más moderna”. Ello sí que era muy notable, porque la Reforma –por mucho que se piense como una actitud de rebelión de los universitarios de la época, que por supuesto dejó víctimas en el camino– creo que le dio a la universidad una impronta, un carácter, que no solamente fue beneficioso al interior de la universidad, sino que la puso en una situación –yo diría– casi de “privilegio” dentro del país.

Esto, hoy día se ha olvidado. Pertenecer a una escuela o a un Instituto,

prácticamente, pareciera ser una cuestión de denominación, sin contenido, pero es mucho más profundo que eso. Cuando la universidad se transforma en Institutos y las Unidades Académicas pasan a ser en su mayoría Institutos es porque los Institutos no solamente transmiten conocimientos, sino que también crean conocimientos. Y la construcción de conocimientos, por lo tanto, introduce todo lo que tiene que ver con la investigación dentro de la universidad. A su vez, el hecho que se introduzca la investigación dentro de la universidad significa que ésta es de las primeras universidades que se preocupa que sus profesores salgan a obtener grados académicos en el extranjero. A tal punto que, en los '80s, seguramente esta universidad era una de las mejor consolidadas en el país en ese sentido.

¿Qué sucedía con aquello? No solamente era un cambio de nombre, ya no éramos escuela de Historia, éramos Instituto de Historia. Pero ser Instituto significaba una tremenda adscripción a un régimen de muchos seminarios, de mucha discusión teórica y de apertura hacia la investigación, propiamente tal.

Junto con ello, desde la Reforma en adelante, esta universidad, lo digo por mi experiencia, pues he hecho una carrera paralela con la universidad de Chile, he sido profesor de la universidad de Chile y de esta universidad al mismo tiempo, y por lo tanto, puedo comparar. Como digo, la Unidad Académica se establece como la unidad en donde se sitúa el poder académico de la universidad. Eso significa, por ejemplo, que las decisiones académicas del Claustro correspondiente parten desde el propio Claustro de la unidad académica. No se determina desde Rectoría hacia abajo, sino que –incluso las relaciones con Rectoría– pasaron durante muchas décadas por esta “mediatización” que significó el Consejo de Instituto.

En nuestro caso, hay un día, hay un horario establecido de Consejo de Instituto, de reunión de Instituto. Hoy día no funciona mucho, pero durante mucho tiempo funcionó. Primero los martes, ahora los lunes. Funcionó como base y como preocupación, es decir, todos nosotros sabíamos que durante ese horario no podíamos comprometernos, porque allí decidíamos todo lo que comprometía nuestros desarrollos docentes, académicos, investigación, extensión, etc.

Entonces, creo que esta universidad le debe a la Reforma aspectos sustantivos de lo que ha sido y lo que ha significado dentro del país. Y el Insti-

tuto de Historia, en ese sentido, también, un Instituto muy distinguido a nivel nacional, sin duda alguna.

**EQUIPO: ¿Usted se benefició con la promoción de docentes post Reforma?**

Debo decir en esto de que tengo una especie de paréntesis. Nunca dejé de pertenecer a la universidad, pero la generación con la cual me formé, la generación de colegas que han sido profesores del Instituto junto conmigo, tuvieron unos desarrollos que yo no tuve. La razón fundamental fue que mis colegas tuvieron un apoyo institucional que yo no, de tal manera que, en los años '70 en que llegué a realizar muchos cursos como profesor en el Instituto, yo no avanzaba ni en contrato ni en jerarquía, al revés de mis colegas. La mayoría de ellos fueron profesores jornada completa muy rápidamente.

En el año '80 obtuve una beca de la Fundación Ford para irme a estudiar a Estados Unidos, a cursar mi master en la universidad de Madison. ¿Qué es lo que sucedió? Que era muchísimo dinero, pero que cuando se trató de distribuir, una parte sustantiva iba a cancelar los aranceles universitarios de Madison, Wisconsin. Otra parte importante se destinaba a cancelar los pasajes aéreos (míos y de mi familia, yo tenía tres hijos). Y lo que restaba, se gastó en seguros médicos. De tal manera que cuando me fui tenía un contrato de 19 horas de contrato. Ni siquiera una media jornada, no, 19 horas sueltas.

Cuando llegué a Estados Unidos, a la semana me llegó una carta del Vicerrector quitándome la mitad de esas horas. De hecho, yo desde Estados Unidos me fui a la universidad de Essex, en Inglaterra, a realizar mis estudios de doctorado. En el año '87, cuando comienza la transición en esta universidad, también la primera en el país, con el Rector Juan Enrique Fröemel, en un acuerdo entre Iglesia y Gobierno para comenzar a normalizar la situación universitaria –debo decirlo y reconocerlo– uno de los primeros decretos del Rector Fröemel fue mi nombramiento como profesor de jornada completa.

Ahora, esto que en su momento para mí resultaba muy molesto e injusto, a la larga me dio una capacidad de independencia, que la he manifestado permanentemente y que creo me ha hecho bien. No era solamente independencia respecto a la universidad, era también independencia frente al mundo político de este país. Por lo siguiente: yo estudié afuera –como lo he dicho– prácticamente sin apoyo de esta universidad. Me habían baja-

do de hecho las horas señalándome que –si no renunciaba– me quitaban también el resto. En el caso de la universidad de Chile, no le puedo reprochar absolutamente nada, porque mi contrato era de 6 horas y me las mantuvieron sin ningún problema. Eso era la suma de lo que yo recibía.

En ese mismo momento, cuando llego a Estados Unidos, se produce la subida del dólar, de 39 a más de 100 pesos chilenos, lo cual era un golpe tremendo.

No me obligó a trabajar a mí, pero sí obligó a mi señora. La verdad es que creo que parte importante de mis proyectos que pude materializar en ese momento, tanto en el Master como en el Doctorado en Inglaterra, fueron gracias al esfuerzo de mi esposa. También de mis hijos, que nunca exigieron más allá de la cuenta.

Lo que quiero decir, en el fondo, fue “el pago” a mi posición respecto a la vida en términos generales. Nunca apoyé el régimen militar, y eso significó no recibir desde el régimen militar alguna ayuda, muy por el contrario. Pero tampoco fui marxista, como muchos suponían que podía serlo. Por lo tanto, tampoco recibí ningún apoyo del marxismo internacional o de las becas y ayudas que sí tenían mis amigos que estaban exiliados en Estados Unidos, en Inglaterra. Algunos de ellos me trataron muy bien en términos personales, pero nunca me abrieron las puertas para una beca extraordinaria o alguna cosa que sí ellos podían obtener.

Cuando miro ese tiempo, no lo miro con reproche ni nada. Por el contrario, de alguna manera me sirve como para tener una actitud y una claridad muy traslúcida de lo que pienso hoy sobre lo que está ocurriendo en el país.

Son experiencias que, por muchas circunstancias, fueron posibilitándome hacer una carrera exitosa. No voy a decir que no, muy exitosa.

**EQUIPO:** *¿Quiénes han sido importantes referentes?*

Creo que, siempre en la vida, hay personas que estuvieron en el momento más adecuado, en el momento oportuno y en el momento en que uno los necesitaba.

Conocí en los años ‘80 a Rolando Mellafe, por ejemplo, una de las personas también a la cual siento una estimación muy profunda. Conocí en

Estados Unidos a Simon Collier, con quien después me fui a estudiar a Inglaterra. He conocido a tantas personas, que han suplido estas faltas de apoyos institucionales que –en definitiva– estos apoyos habrían sido posiblemente importantes, pero no fueron sustantivamente importantes.

La otra cosa que creo que es importante es la calidad. Volviendo a su pregunta de mi imagen de esta universidad, pienso que la calidad de mis estudios acá fue de tal nivel, que no tuve ningún problema de competencias o de incompetencias cuando hice mi master en Estados Unidos. Es decir, yo tenía una beca por dos años para ir a Estados Unidos para hacer el master.

En los dos años, no solamente hice todos los cursos, y no fueron solamente tampoco de Historia, sino que aproveché ese momento para terminar mi formación en muchos campos. Estudié mucha Historia Económica, con economistas, no con historiadores. Estudié Demografía Histórica con demógrafos, no con historiadores. Estudié muchísima metodología cuantitativa, etc. Y no tuve problemas, pues yo tenía buena formación, buena base y terminé con grado exactamente a los dos años. Pude presentar mi tesis y obtener mi grado de Magíster.

Y cuando me fui a Inglaterra, igualmente. Hice mis estudios de doctorado en los tiempos estipulados, incluía un viaje a Chile para complementar la documentación que necesitaba desde el Archivo Nacional.

Debo decir también que cuando volví a Chile –entre los años ‘84-‘85– yo era Master en Estados Unidos, era candidato a Doctor en una universidad de Inglaterra y, durante esos años, hice clases en educación secundaria. Recuerdo con gran aprecio el Instituto Profesional Blas Cañas, porque aquí en la universidad seguía la misma situación que ya he relatado. Y en la universidad de Chile, no aumentaba mi jornada, porque tampoco era propicio en ese momento hacerlo.

En fin, se van compaginando las situaciones. Esa buena formación –por otra parte– siempre me llevó a pensar, más que mi vida universitaria, mi proyecto de vida a horizontes de mediano alcance, lo que yo podía vislumbrar.

Cuando estudié en la escuela Normal, yo no habría tenido problema en haber sido profesor normalista. Si vine a esta universidad es porque necesitaba seguir estudiando, quería seguir estudiando. Y cuando entré a esta



universidad, por lo tanto, entré para ser profesor de educación media. Habría estado muy contento de haber sido profesor de enseñanza media.

Haber llegado a segundo año y que me hayan nombrado ayudante en “Teoría de la Historia” y de allí no que haya parado mi desarrollo académico, eso nunca lo pensé. Mi meta era lo otro.

Cuando me fui a Estados Unidos pensé: “Mi viaje será a Estados Unidos y volveré a Chile”. No tenía previsto de ninguna manera que de Estados Unidos iba a saltar a Inglaterra. Y cuando estaba en Inglaterra –con los ahorros de mi esposa, quien hacía artesanías y tenía un buen mercado de ventas– antes de volver a Chile dijimos: “Tenemos que conocer parte de Europa”.

Todos los chilenos que vivían allí, exiliados o no exiliados, hablaban de Europa. Nosotros estábamos entre Colchester –la ciudad donde vivíamos– y Londres, en donde yo hacía mis investigaciones. Teníamos que decidir: “¿Dónde vamos? Hagamos un viaje, hagamos un esfuerzo, porque estamos acá”. Y decidimos ir a París porque en los horizontes veíamos muy, muy difícil que en algún momento pudiésemos volver a Francia. En cambio –yo decía– a España de repente sí podemos llegar.

Bueno, con el tiempo, fui profesor en La Sorbonne durante tres temporadas, en la universidad de París, que es la escuela de Altos Estudios para América Latina y en la escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales, la fundada por Fernand Braudel. Después de eso llegué a Bologna, la otra universidad antigua.

Creo que todo eso es una construcción que parte aquí, que parte en los laberintos de esta universidad, que parte en esos años de estudiante, de ayudante, de profesor rápidamente. No en la mejor condición, pero sí –y eso yo siempre pienso– uno tiene que ocupar los espacios que se le ofrecen en la vida, aunque no sean espacios los mejores de la casa, pero si está el espacio uno tiene que ocuparlo responsablemente, yo creo que lo hice, y eso me vale, no solamente por lo tanto el aprecio por mis profesores y por lo que era la universidad en ese momento, sino que además, a pesar de estos otros obstáculos, el reconocimiento fundamental a una universidad, de valer y a un Instituto de Historia que tuvo momentos muy importantes dentro de la historiografía chilena.

**EQUIPO: *¿Cómo fue el paso de Estados Unidos a Inglaterra?***

Es una pequeña historia, pero creo que es importante en el siguiente sentido. La semana pasada, se editaron en Santiago las “Memorias Juveniles” del profesor Mario Góngora. Yo recordaba que don Mario tuvo un par –más de un par– de situaciones en las cuales estuve comprometido, y que también me significaron apoyos muy importantes, que en ese momento no los podía visualizar.

Ya he señalado la estructura del Instituto de Historia de la universidad en ese momento. Comencé por el lado de Historia de Chile y América y, junto con ello en el primer año, hice el curso de Teoría de la Historia. En el segundo año, seguí ya como ayudante en Teoría de la Historia y seguí los cursos que correspondían a la sección de Antigua y Medieval. En esta sección, como en toda la universidad, había otra situación muy importante: había un curso troncal, un curso esencial diríamos, por ejemplo, Historia Medieval, y junto con ese curso central, había dos opciones. Una opción, en ese momento era Historia Medieval, desde el punto de vista de la Historia de las ideas, del pensamiento medieval; el otro curso optativo era el de Historia Económica y Social Medieval. Coincidió que venía llegando de haber hecho estudios en Francia el profesor René Salinas.

Él comenzó a impartir el curso de Historia Social y Económica de la Edad Media. Tomé entonces ese curso y, a propósito de ese curso, fui ayudante del profesor Salinas, lo que me conectó con Rolando Mellafe, en el sentido de buscar material documental en los archivos notariales que en ese momento eran muy poco utilizados. En nuestro caso, estaban más bien encaminados a realizar Historia Demográfica en Chile o Demografía Histórica, siguiendo un método de Louis Henry, un demógrafo francés. Yo me entretenía muchísimo en eso y, junto a mis labores de casa, mis labores profesionales, la universidad, me iba encantado también con los archivos. Pasaba muchísimo tiempo en el Archivo Notarial, revisando asuntos de historia de la familia. Además, estaba preparando mi tesis de licenciatura. Comencé a darme cuenta que aparecían gradualmente, cada vez más, ciertas escrituras notariales que hablaban de conformación de sociedades económicas en Valparaíso: sociedades anónimas, sociedades encomanditas, etc.

Vuelvo ahora a la figura de don Mario Góngora. Él fue una de las personas que había pensado que para mí era mejor ir a los archivos y estudiar este tipo de historia, que seguir una carrera por el lado de la historia anti-

gua medieval, que me significaba –además– estudiar griego, latín, etc. Y eso fue fundamental.

Como estaba trabajando en ello, lo que hice fue comenzar a registrar estas investigaciones, que de verdad me resultaron interesantes. No tenía un objetivo definido con ellas, pero se me comenzaron a acumular este tipo de apuntes. De tal manera que, cuando gané la beca de la Fundación Ford, yo tenía fuentes documentales más o menos copiosas. Algunos profesores me habían recomendado llevarlas a Inglaterra: “De pronto te sirven para poder desarrollar tu tesis”.

También, me servirían para lo que estaba ocurriendo en la universidad en ese momento, y porque en Demografía Histórica necesitábamos hacerlo. Yo había comenzado a ingresar todos estos datos en unos programas muy básicos de computación de la época, a través del Departamento de Computación de la universidad, que estaba en la escuela de Ingeniería. El computador, era un aparato grande, y lo que nosotros hacíamos era digitar nuestros datos, transformarlos en números en estas famosas máquinas IBM de tarjetas. Entonces, teníamos datos de personas, se codificaba en números y ahí se iban haciendo las combinaciones. Uno digitaba en estas máquinas IBM y le salían tarjetas perforadas.

Yo me fui a Estados Unidos con una caja así, con todas las tarjetas perforadas, en donde estaba todo mi material sobre las sociedades comerciales de Valparaíso. Como estaba muy apurado por escribir una tesis, propuse de que yo quería escribir mi tesis sobre la Formación de Sociedades Comerciales en Valparaíso, y eso me lo aceptaron. Con un solo problema: en ese momento, en Estados Unidos, las tarjetas IBM ya no servían y teníamos computadores individuales. Por eso, tomé también cursos de computación o historia de métodos cuantitativos para historiadores, etc.

Cuando di mi examen de grado en Estados Unidos, el historiador Simon Collier me dijo: “Mira Eduardo, esto tiene una gran proyección, pero no puedes seguir estudiando acá. No te sirve, porque en el siglo XIX las relaciones están con Gran Bretaña. De tal manera que, si tú quieres seguir en esto –y él me animó a hacerlo– tienes que irte a Inglaterra”. Por lo tanto, me fui a la universidad de Essex, me fui sin beca.

Yo hice una pequeña trampa: juntamos nuestros ahorros, nos compramos unos pasajes de un chárter, que tenía la universidad de Madison, Wiscon-

sin. Iban todas las personas en ese avión con pequeñas maletas. Nosotros, íbamos con cajas, porque llevábamos la casa a Inglaterra y nos fuimos así.

Indudablemente para mí, hay también “tiempos ejes”, tiempos que cambian todas las perspectivas. Y ese fue uno de esos tiempos en mi vida. No lo pasamos mal, creo que familiarmente nos unimos profundamente, porque entre todos soportamos el hecho que no teníamos plata para pagar la calefacción. Por lo tanto, había que jugar, hacer ejercicios en la casa (porque no teníamos dinero para la calefacción), había que caminar para ir a la universidad, etc. Pero al mismo tiempo, este proyecto que se convirtió en la tesis entre el comercio chileno-británico. Al mismo tiempo, ya realizada la tesis, convertido en un libro, me abrió todas las puertas del mundo.

Creo que ese tránsito a Inglaterra, como lo dije antes, nunca lo había pensado. Salió, lo aproveché. Creo que dentro de nuestros recuerdos familiares tenemos dos posiciones: una hacia la universidad de Madison, Wisconsin, en donde hice mi Master, pero –al mismo tiempo– en donde vivimos bastante bien por lo que es Madison, por lo que es ciudad universitaria. Y que he seguido durante mi vida, porque, posteriormente, mi hija fue a estudiar y obtuvo su doctorado allá. Después de mi hija, otro de mis hijos obtuvo también su doctorado allá. Entonces ha sido una relación permanente.

Pero los años de Inglaterra, fueron años excepcionales. Incluso, creo que están en la etapa romántica de nuestra vida, por todo lo que significa Inglaterra. Llegué a Inglaterra cuando estaba recién Margaret Thatcher. Todavía estaba el estado de bienestar anterior, gracias a ello, el primer año, pudimos subsistir.

Volví a Chile sin saber cómo terminar los estudios en Inglaterra. Para pasar mi último año y, al mismo tiempo, para poder terminar de escribir mi tesis doctoral –porque no teníamos los recursos necesarios– obtuve una beca del British Council. El problema que tenía era que el British Council me podía pagar el año que me faltaba, pero no me podía pagar la deuda que yo tenía con la universidad, que era mucha. Finalmente, una ayuda de la universidad me permitió pagar esa deuda y, por lo tanto, hacer efectiva la beca del British Council, a cambio de algo que también me fue fundamental: tenía que trabajar como ayudante tutor de los estudiantes de pregrado. Ellos iban a la oficina donde había cientos de fotocopias y

me decían: “Tengo que escribir un trabajo sobre tal cosa ¿Qué me recomienda?” Yo me pasaba leyendo ahí todo lo que había sobre historiografía inglesa. Por lo tanto, sé bastante historiografía europea, estoy muy bien formado en eso. A cambio de esta asesoría, se me dio esa beca que me permitió pagar la deuda y terminar mis estudios con la beca del British Council.

Volviendo a su pregunta, creo que el paso de Estados Unidos a Inglaterra fue otra aventura de las que he hecho, aventura intelectual, pero aventura al fin, y de la cual salí bien parado.

**EQUIPO:** *Profesor, usted que lleva muchos años haciendo clases, ¿considera que existe un sello del alumno PUCV, una identidad del alumno?*

Creo que sí existe, de eso no me cabe la menor duda, pero creo que todas las cosas se dan contextualizadamente. Desde ese punto de vista, me parece que la universidad también ha pasado por unas crisis de sellos de identidad. Una de esas crisis que quiero señalar es que, durante el régimen militar, esta universidad –fundamentalmente sus autoridades– valoraron muchísimo más la adscripción al Régimen Militar que al catolicismo. Fuimos menos católicos –encuentro yo– y fuimos o estábamos influidos por ser mucho más leales al Régimen Militar.

Obviamente, eso significó una cierta ruptura con los estudiantes. No hay que olvidar que, como en la Reforma Universitaria de los años ‘60 –la Católica fue la primera– no hay que olvidar, también, que en esta universidad comienzan las primeras protestas estudiantiles contra el Régimen Militar. De tal modo que, recomponer esta relación entre los sellos identitarios de la universidad con los sellos identitarios de los estudiantes respecto la universidad, también fue un proceso que se fue construyendo a partir de los rectorados de Fröemel, posteriormente de Bernardo Donoso. Ya con Alfonso Muga las cosas estaban mucho más compuestas.

¿Dónde yo distingo hoy día este sello identitario de los estudiantes de la universidad? Por cierto, ya no tanto en el catolicismo. Desafortunadamente, porque me parece que en esto hay una especie de debilidad de representación de lo que uno es. Estoy de acuerdo, absolutamente, que en el año 2013 una universidad que pertenece al sistema tradicional, que percibe fondos del Estado, no puede ser excluyente respecto a los no creyentes.

Pero el hecho de que no sea excluyente respecto a los no creyentes, no impide que –al mismo tiempo– siga representando lo que en esencia es. Y allí hay todavía un trabajo que realizar, un trabajo importante que realizar. Quizás, la facultad de Teología hoy día ayude fuertemente en ello.

Más aún, mi formación siempre fue de una educación laica, gratuita y del Estado. Yo estudié en escuelas primarias públicas y estudié en un liceo público. Pero en un liceo público donde teníamos clases de religión y donde podíamos –prácticamente todos– convivir, sin tener que ocultar sus personales creencias y sus personales opciones filosóficas, religiosas, políticas frente a la vida.

Creo que eso hoy día está muy difuso en nuestra universidad. Pero sí creo que lo que tenemos que rescatar es que las relaciones de estudiantes con profesores en esta universidad todavía siguen siendo bastante magníficas. Ese tipo de relaciones, también, responden a una cierta tradición de esta universidad de bastante respeto hacia los alumnos, pero al mismo tiempo, de una tradición que hace que los estudiantes respeten adicionalmente a sus profesores, porque la mayoría de los profesores efectivamente cumplen con sus funciones académicas, tal como deben cumplirse.

Por lo tanto, a mí me alegra mucho todavía en esta identidad de los estudiantes de la universidad Católica, cuando –a pesar que ya no hago clases en pregrado– pero subo las escaleras del Instituto de Historia, los estudiantes de pregrado me saludan: “Buenos días profesor, Hola profesor”, situación que no acontece mucho en otras universidades.

**EQUIPO:** *¿Qué distinción se puede establecer con estudiantes de otras instituciones?*

Creo que no he sentido grandes distingos, en términos de mi propia experiencia. Posiblemente, porque coincide en mí el hecho de ser creyente. Yo soy católico, con una formación laica, pero respetuosa de pensamiento. Por lo tanto, desde ese punto de vista, en la universidad de Chile –en donde he sido muy apreciado igualmente hasta el día de hoy– no sentí que el catolicismo fuera excluyente de mi formación laica. Al mismo tiempo, en esta universidad –salvo esos períodos a los cuales me he referido– tampoco siento que mi formación laica obstruya mi pensamiento católico propiamente tal.

¿En dónde yo veo las diferencias? Las veo más en términos institucionales, de funcionamiento de las instituciones. La estructura de poder académico en esta universidad es absolutamente diferente a la U. de Chile, lo cual significa, por ejemplo, de que en esta universidad, uno de los rasgos distintivos, es que uno puede conversar con el Rector en cualquier momento.

En la universidad de Chile, es imposible llegar al Rector en tiempos cortos, porque está muy lejano. La figura de la autoridad está representada, en la universidad de Chile, por el decano, figura que en esta universidad tiene bastante poca relevancia. Ahora, es esa relación entre autoridad y profesores, por supuesto, se transmite hacia los estudiantes.

En la U. de Chile los estudiantes, si no la tienen absolutamente legitimada, utilizan su participación triestamental. En los últimos años se ha venido representando incluso esa relación. Existe un Senado Académico, pero el Senado Académico igualmente está distante de las unidades académicas propiamente tales y está distante de los estudiantes propiamente tales.

Creo que esta universidad –y es parte también de su sello identitario– es una universidad que todavía se maneja, más o menos, en unos términos moderados respecto a su tamaño. Siendo una universidad muy potente y muy significativa dentro de lo que es el ámbito universitario de este país, no es de las universidades más grandes.

Creo que está en un número de estudiantes bastante manejable, que todavía no rompe esto que se transforme, prácticamente, en una universidad impersonalizada. Creo que este rasgo es bueno cuidarlo, mantenerlo, precisamente porque, a pesar de las dificultades cotidianas respecto a estos movimientos sociales, etc.

De todas maneras –en lo general– hace que nuestros estudiantes sean estudiantes –insisto– de todas maneras, bastante respetuosos, que mantienen relaciones muy “civilizadamente” académicas con los profesores y, claro, yo diría que la universidad debiera manifestar más profundamente su sello valórico, en términos que hay una distinción clara, que yo muchas veces la he señalado acá: hoy día, cada vez es más importante lo que tiene que ver con la bioética. La bioética no es una disciplina que sea un mero ejercicio intelectual y que no tenga que ver con el transcurso normal de la vida universitaria. La bioética se manifiesta, fundamentalmente, en aquello que es la investigación, por ejemplo.

En la universidad de Chile, el problema prácticamente no existe, no es tal, porque cualquier profesor de filosofía podría hacer un análisis muy crítico, por ejemplo, de Santo Tomás. En nuestra universidad, en cambio, sería difícil plantear que, desde dentro de la universidad, hubiese un análisis crítico “demoledor” de la obra de Santo Tomás. No digo que sea bueno o malo una u otra situación, digo que nos plantea un problema que es real y que es diferente.

Y eso se va extendiendo hacia las relaciones con los estudiantes, respecto –por ejemplo– a la bioética, a lo que es la genética hoy día, respecto a lo que son las discusiones que deben existir sobre la manipulación genética. ¿Cuál es la posición de una universidad que sigue llamándose Católica, diferente por cierto a una universidad laica? ¿Cómo representamos esta situación? Creo que estos son problemas que tenemos que seguir discutiendo, que tenemos que seguir reflexionando, y sin ser o sin dejar de ser una universidad –repito– excluyente, de todas maneras creo que debe haber una voz que, por lo menos, sirva para decir de que las cosas nunca se pueden mirar solamente desde una perspectiva, sino que siempre deben mirarse desde muchas perspectivas, y que dentro de esas perspectivas, también es legítimo que esta universidad tenga una perspectiva que sea diferente a la universidad de Chile.

A mí, en términos historiográficos, no me molesta, porque soy, por mi propia experiencia –de haber dictado el curso “Teoría de la Historia” durante casi 30 años en el Instituto de Historia– cuidadoso en definir los ámbitos del conocimiento. En más de alguna oportunidad, me han consultado o me han comentado: “¿Cómo –siendo católico– se puede hacer Teoría de la Historia, en términos de las interpretaciones, de las proyecciones, de la experiencia humana?”.

Yo siempre he dicho que lo puedo hacer, porque soy historiador y no teólogo.

La semana pasada, di una conferencia en la facultad Pontificia Teológica y Civil de Lima, que es la más antigua de toda América Latina, con 180 religiosos presentes. Dije exactamente lo mismo: “Creo que el asunto consiste, fundamentalmente, en no traspasar los límites del conocimiento. Por lo tanto, puedo referirme a lo que es la experiencia concreta de los humanos y lo que ha sido la historia a través de sus largos procesos, en donde hablar de la vida material no es ser necesariamente materialista ni marxista, sino que es reconocer cuáles son los ámbitos en que se desarrolla



la vida histórica humana, la experiencia humana”.

No tengo porqué decir que la Teoría es “mala”, como se dijo durante 20 años todo lo contrario. La teoría alumbró, también, la interpretación que nosotros podemos hacer de nuestros procesos. Finalmente, lo importante es, si estos procesos en sus interpretaciones, podemos objetivamente cerrarlos desde lo factual o lo podemos dejar abierto desde múltiples proyecciones, entre ellas, proyecciones también teológicas.

Allí es donde los estudiantes deben tomar sus propias definiciones, sus propios caminos, pero lo que no deben hacer y nosotros permitir es cerrar las puertas para que ellos –además del conocimiento objetivo, si es que se puede llamar así a algún tipo de conocimiento– no tengan ni las herramientas ni las posibilidades de proyectar a un nivel interpretativo mayor que significan estos conocimientos. Creo que allí hay una cuestión fundamental de lo que debe ser nuestro sello universitario.

185

Hemos tenido reflexiones respecto si –en los procesos de acreditación de nuestras carreras– es posible enfatizar que nosotros hacemos conocimiento a la luz de la fe. Es un gran problema de nuestra sociedad actual.

¿Podemos construir conocimiento a la luz de la fe? Creo que sí. A lo mejor hay que explicitarlo más y hay que señalar qué significa construir tal conocimiento a la luz de la fe, porque podría entenderse que, si construimos conocimiento a la luz de la fe y solamente decimos eso, podrían interpretarse como que todavía estamos en los tiempos medievales. Y no es así.

Se puede construir conocimiento a la luz de la fe desde el punto de vista que sabemos cuáles son los límites que no se pueden traspasar, pero que sí pueden quedar abiertos para que nuestros estudiantes –en sus sellos valóricos, en su formación profesional y personal– sepan también que existen horizontes interpretativos que permiten que cada cosa tiene siempre un techo que se mueve hacia otro tipo de proyecciones. Poner la sentencia sin explicarla, indudablemente que es un problema y no se entendería.

**EQUIPO:** *Profesor, quien conozca su trayectoria académica podría sentirse movido a entender que su mayor contribución a la universidad ha sido recientemente internacionalizarla, a través de estos seminarios Chile-Perú, Chile-Argentina, Chile-Bolivia. ¿Cuál es la contribución a la universidad que lo deja más satisfecho?*

Creo que mi mayor contribución a la universidad ha sido preocuparme permanentemente de mi posición de profesor. Me siento muy satisfecho con la labor formativa. A nivel nacional, mi contribución mayor igualmente ha estado bastante marcada por esta preocupación, que tiene que ver con la docencia formativa, en el sentido de respetar, más que las opiniones, respetar las personas de mis estudiantes. Eso, fue muy decisivo cuando hice la postulación al Premio Nacional de Historia. Fueron 14 de 16 universidades en el país, de las instituciones tradicionales, las que apoyaron mi candidatura. Es decir, de norte a sur, pasando por las universidades del centro y –lo puedo decir con mucho orgullo– he sido una de las pocas personas que ha alcanzado ese carácter transversal.

También, me siento muy orgulloso de la contribución que, de alguna manera, me ha proyectado internacionalmente. Esa proyección internacional me hace ser uno de los profesores, uno de los historiadores chilenos más, no solamente conocido, sino que reconocido en Europa, Estados Unidos, a lo largo de América Latina.

186

Por lo tanto, ese reconocimiento tiene que ver con una historia que yo enseño, que trata de ser lo menos “provinciana” posible. Es decir, no doy cursos sobre la Historia de Valparaíso, o no doy cursos monográficos sobre la Historia de un período determinado de la Historia de Chile. Todos mis cursos están contextualizados en una relación entre la historia europea y la historia americana y de la historia americana con la historia de Chile.

Es en ese contexto donde yo situó mi interés por las relaciones vecinales. Pero ese interés por las relaciones vecinales no es un interés específico, entre la historia de Chile y el Perú. Para mí el problema es mayor. En Estados Unidos, estudié “Historia de América Latina”, eso fui a hacer allá. Y en mis estudios en Estados Unidos me di cuenta de algo que está a la vista: no existe una historia de América Latina, una historia real, existe un concepto de América Latina. Por lo tanto, la mayoría de nuestros libros sobre América Latina tienen que ver más bien con ir juntando historias nacionales que van desfilando a través de las páginas de aquello que se llama “Historia de América Latina” pero que no va más allá.

Hubo un momento muy importante cuando me invitaron –la UNESCO– a escribir un capítulo de un volumen de la Historia de América Latina, que –en mi caso– fue sobre demografía en el s. XVIII, en donde

precisamente lo que había que hacer era no escribir demografía de América Latina diciendo: “En Chile pasó tal cosa, en Argentina pasó tal cosa, en Perú, en Ecuador, etc.”, sino que había que incorporar esta visión demográfica de la población de América Latina en un solo relato, en un solo conjunto visualizada desde una manera global.

Para mí ese fue un ejercicio metodológico muy importante que me clarificó cómo hacer una Historia de América Latina considerando las diversidades. Por lo tanto, pensé que lo importante podría ser una historia –en primer lugar– regional. Fue a partir de ello que comencé con un proyecto que llevaba 15 años en espera y que, finalmente, encontró el espacio decisivo para entrar a organizar un equipo de colegas chilenos y un equipo de colegas peruanos, con los cuales podíamos juntarnos, trabajar y escribir una historia común de Chile y Perú, escrita entre todos, a través de cada uno de sus capítulos.

Previo a ello, indudablemente, estaba mi conocimiento sobre la historiografía peruana. Había viajado muchísimo a Perú, conocía a los principales historiados peruanos, éramos amigos. Ello posibilitó esta otra cosa. Así que no fue una contribución que surgió espontáneamente. Fue desarrollaba desde un proyecto anterior. A propósito de esto, hicimos lo mismo con Bolivia y con Argentina.

Próximamente, viajo a Lima y tenemos una reunión binacional. Vamos 8 colegas chilenos (4 historiadores, 2 profesionales de la educación, 1 periodista, 1 sociólogo) a reunirnos con un equipo similar peruano, para conversar, reflexionar y discutir acerca del papel de la historia, de cómo se estudia, de cómo se transmite y cómo se enseña en nuestros países en la actualidad.

Me parece que es un aporte extraordinario, ya no solamente en la relación chileno-peruana, sino que un aporte para repensar y replantear nuestra disciplina histórica, propiamente tal.

Así como hablo de mi contribución en esta serie de situaciones, tengo también que decir que, en parte, son posibles y, subrayadamente, porque desde el rectorado de Alfonso Muga he recibido todos los apoyos institucionales para llevar adelante estos proyectos. En este momento, dependiendo de la Vicerrectoría de Investigación y Estudios Avanzados, tengo un Programa de Estudios Iberoamericanos (PEI Sur) que está des-

tinado precisamente a este tipo de temas. Por lo tanto, mi contribución es también en reciprocidad a la contribución que la universidad, que el Vicerrector respectivo hace para que estas cosas sean posible.

**EQUIPO:** *Una cosa que salta a la vista en su currículo es que no le haya interesado el gobierno universitario.*

Pienso que hay que pasar por el gobierno universitario, en algún momento, en alguna instancia. Mi paso por labores administrativas se realizó por una cuestión circunstancial, como Director del Instituto de Historia, entre los años 90 y 92, una cosa así.

Yo respondo a un tipo de académico que, no solamente requiere, sino que defiende absolutamente su libertad de pensamiento, con mayúscula. Por mi propia experiencia, sobre todo en esta universidad, creo que la independencia de pensamiento se logra, en mayor medida –sin desconocer que necesitamos autoridades y que cada cual cumple funciones– con una decisión de vida. La mía es dedicarme a construir conocimiento. Eso significa mucho tiempo de lectura, de escritura, de reflexión y también, que es algo que no debiéramos perder y ojalá mis colegas no lo pierdan, muchas horas de conversación, incluso, muchas horas de café, no para hablar solamente sobre fútbol o cosas de la vida cotidiana, para hablar sobre Historia.

¿Qué es lo que sucede? Desde hace mucho tiempo, me sentiría incapaz de cumplir funciones administrativas con horario de 9 am a las 9 pm. Eso no significa que no haya tenido posibilidades de ser decano o Vicerrector, en esta u otra universidad, que se me han ofrecido y que he preferido no aceptarlas, precisamente, en aras de dedicar mis tiempos a esta independencia de pensamiento y a esta vocación –si ustedes quieren– que tengo por dar mi mayor tiempo, al estudio, a mi familia, que –también por experiencia de vida– me resulta muy importante: mis hijos, mis nietos, etc.

Insisto sí que, con esto, no quiero decir que no necesitemos autoridades, sino que muchas de las autoridades que he tenido en el pasado, en el presente, les tengo un gran aprecio. Sé lo que ello significa si uno hace carrera académica u otro tipo de carrera funcionaria en la universidad. Hay muchos ejemplos de personas que han sabido conciliar –perfectamente– estas dos opciones, y que no se han debilitado académicamente por ejercer funciones político-administrativas. Pero eso no está en mi naturaleza.

**EQUIPO:** *Profesor, aparte de don Héctor Herrera y el profesor Zamorano, ¿qué otros profesores fueron significativos en su carrera?*

Si yo comenzara a tratar de enumerar nombres, podría efectivamente dejar de nombrar a otras personas, por eso prefiero no hacerlo. Hay o hubo profesores en el Instituto de Historia notables, cada cual, con sus propias características. Se me viene a la cabeza la profesora María Teresa Cobos, pero lo que sucede –en mi caso– y en esto quiero ser muy cuidadoso al decirlo. Don Héctor Herrera, creo que él ejerció una forma de ser maestro, en un campo muy acotado que es el de “La Teoría de la Historia”, pero muy acotado. A mí lo que me definió dentro del Instituto de Historia fue “La Teoría de la Historia”.

Hice muy pocas clases, como profesor de las primeras líneas del claustro universitario del Instituto de Historia, que se refirieran a temas específicos como “Historia de América”, etc. Cuando era ayudante-profesor desarrollé clases de Historia Medieval, hice clases de Historia Moderna, etc. Pero mi relación académica –en el Instituto– es en “Teoría de la Historia”, con don Héctor.

Incluso, los académicos más influyentes no han sido necesariamente mis profesores. Rolando Mellafe, por ejemplo, nunca me hizo clases, pero con él nos pasamos años –todos los miércoles– conversando desde las 11 de la mañana hasta las 4 de la tarde, en el Paseo Ahumada, en el café. Eso, claro, no es que haya sido mi maestro desde un punto de vista formal, pero recibí una tremenda influencia de él.

Tengo muchos colegas que han ejercido gran influencia en mí. En Inglaterra, por ejemplo, no tenía requerimientos de cursos, pero yo iba a cursos de algunos profesores y esos profesores, tampoco eran profesores en el sentido formal, porque yo no tenía que dar pruebas, pero conversaba muchísimo con ellos y, por lo tanto, también recibí muchísima influencia.

Me tocó dirigir, en Santiago, todo un coloquio realizado por Eric Hobsbawm, para mí fundamental. Soy muy amigo con Giovanni Levi, que estuvo hace poco tiempo acá y recorrimos el país. Entonces, para mí el tema de “los maestros” es un poco complicado, no por el hecho de que crea que tengo una mente superior, nada por el estilo. Simplemente, porque he ido buscando mis propios caminos y en esos caminos me he ido encontrando con maestros que fueron de otros, no propiamente míos, pero con los cuales tuve muy buena relación.

Desde ese punto de vista, lo que tengo que decir es que en el Instituto de Historia siempre fui muy independiente, pero muy independiente. Por ejemplo: tengo un gran aprecio por Marco Antonio Huesbe, pero él no fue mi profesor.

Lo reitero: tuve una gran formación en este Instituto. Aún sumando todas las clases y todos los profesores, el despegue de mi formación lo hice fuera del país, y como la hice fuera del país es una formación muy poco provinciana, muy deudora de historias mayores: “La” Historia de América Latina, “La” Historia de Europa, del mundo moderno, sobre todo.

Podría hacer un largo listado de profesores a los cuales reconoceré toda mi vida, pero a los cuales también me cuesta llamar maestros, porque pienso que esta relación (maestro-discípulo) que desgraciadamente se ha venido perdiendo en el tiempo, es una relación mucho más profunda, que en ese caso, la tendría que visualizar mucho más en el contacto con esos años de “Teoría de la Historia” con don Héctor Herrera, con Juan Gómez Millas –con quien conversé tantas veces– con don Mario Góngora, a quien acabo de recordar, en fin.

**EQUIPO:** *Y acá en la universidad, algún referente en otras carreras, en otros ámbitos.*

Otro elemento que se me escapaba, pero que también no tiene que ver con una persona en particular. Cuando yo terminé la carrera de Profesor de Historia, se creó la Licenciatura en Historia, como una especie de postgrado, que de hecho estuvo discutiéndose posteriormente, porque duró pocos años y estuvo discutiéndose si eso podía ser homologado a un master, a un magíster. Nunca se hizo finalmente, por problemas de crédito o algo así.

Bueno, cuando yo hice la licenciatura en Historia, la realicé en un alto porcentaje en el Instituto de Teología. Ahí tuve clases con una serie de profesores sobre Personalismo, de Emmanuele Mounier, sobre Doctrina Social de la Iglesia, sobre Patrística y sobre Lecturas del Antiguo y Nuevo Testamento, con el Padre Reinaldo Orellana. Fueron cursos que –en su conjunto– modelaron muchísimo mi pensamiento católico, teórico, pero no trabajé con ninguno de ellos de manera permanente. Al Padre Orellana le tengo aprecio, un gran cariño. Él fue gestor que yo pudiese estudiar allí.

Lo mismo me pasa con las grandes figuras de la historiografía chilena: Sergio Villalobos, nunca fue mi profesor, pero tenemos magníficas relaciones y un trato muy cordial entre ambos. Álvaro Jara, nunca fue mi profesor, éramos colegas después en algún momento en la universidad de Chile. Don Ricardo Krebs, nunca fue mi profesor. Ya he hablado de Mario Góngora. Armando de Ramón, otro gran historiador, éramos amigos, pero él jamás me hizo clases. Estoy hablando de Premios Nacionales de Historia, y se me escapan otros más.

Me ha pasado, creo que –entre otras cosas– porque no soy muy sociable. De tal manera que no participo mucho de la actividad social, en donde uno puede desarrollar muchas más “fidelidades académicas”. Voy a pocas cosas, a lo que siempre voy es cuando me invitan a conferencias o a encuentros donde quiero transmitir algo.

A mí me ha gustado muchísimo ser miembro de un claustro académico como el del Instituto de Historia. Reconozco que, en su totalidad, fue un extraordinario claustro académico con muy buenos profesores, que formamos generaciones de estudiantes de muy buen nivel, pero que, en el caso personal mío, me es difícil de distinguir: entre quienes fueron mis profesores y quienes podrían haber sido mis maestros, porque esa fue la etapa de sustrato básico en la formación de historiador, y mi formación de historiador la terminé en los años ‘80, en el extranjero.

Lamento que –y qué bueno que se me ocurra decirlo– en los últimos años, la pedagogía y la Educación en términos generales, se haya “entrometido” tanto dentro del Instituto de Historia. Según las estadísticas –se dice– que se sigue formando buenos profesores. Tengo una discusión particular –no solamente en este Instituto, sino a nivel nacional– si, efectivamente, los profesores son bien o mal formados.

Más aún, creo que el mito que dice que “los profesores son los culpables de los desastres de la educación actual” es solamente una excusa de marca mayor para encontrar un culpable y no querer analizar en profundidad el tema de la educación.

Desde ese punto de vista, no tengo ningún problema en decir que las universidades –y esta universidad– han caído en la misma situación y han seguido desarrollando preocupaciones por un sistema didáctico de formación de profesores, en donde la medición termina empantanando lo que

es el ideal de un profesor con entusiasmo, un profesor comprometido, un profesor que quiere ser profesor.

Creo que el Instituto de Historia está en una especie de transición, que no condeno porque no me va a corresponder a mí visualizar lo que suceda en el futuro. A lo mejor hay buenos resultados, pero a mí personalmente no me acomoda, porque –desde mi formación como profesor normalista y mi desarrollo como profesor del Instituto de Historia hasta hace 15 años atrás– me señala que hicimos un muy buen trabajo, formamos muy buenos profesionales y, por lo mismo, me hace pensar que el problema no es de métodos, no es de mediciones, sino que el problema es que la Educación, para que efectivamente logre buenos resultados, necesita –lo he dicho 20 veces– de profesores que quieran enseñar y de estudiantes que quieran aprender.

192

Si hay profesores que quieran enseñar y estudiantes que quieren aprender, las didácticas van surgiendo muy autónomamente, muy intuitivamente. Si no existe esa situación –por mucho que se enseñen técnicas– no hay caso, no se obtendrán los resultados que se quieren. Creo que las disciplinas son importantes y que las disciplinas –como la Historia y la Ingeniería– necesitan de gente que se atreva a pensar. No digo que sepan pensar, porque todas las personas pueden, están capacitadas para hacerlo, pero necesitan de personas que se atrevan a pensar y, en general, los métodos no necesariamente enseñan a pensar o ponen a las personas a pensar.

Este es uno de mis mayores problemas respecto lo que es hoy día esta universidad y lo que son las universidades a nivel nacional. Hemos perdido independencia, las universidades han perdido sus sellos individuales, sobre todo en lo que se hace a nivel de formación de profesores.

**EQUIPO:** *¿Qué origina esta situación?*

En gran parte es culpa del financiamiento, pero también es allí donde uno decide por dónde opta. Hoy día nadie se recuerda, salvo situaciones especiales como la ocurrida la semana pasada en la universidad de Chile.

**EQUIPO:** *¿Qué es la autonomía universitaria?*

Soy gran defensor de la autonomía universitaria por mi propia experiencia en el Instituto de Historia. La autonomía en esta universidad nosotros la observábamos, la vivíamos, la experimentábamos a través de lo que era



el Consejo de Profesores. Como he dicho, la unidad académica en esta universidad era la base de la autonomía, era la base de las decisiones académicas propiamente tal.

Eso se ha ido esfumando. Yo me he dado cuenta, no sé si la comunidad lo ha hecho, en especial entre quienes formamos profesores. Porque instalado el tema de que el problema de la educación chilena tiene que ver con la formación –la mala formación– de profesores, el Ministerio de Educación, año tras año, gasta millones de pesos en programas de formación de profesores. Las universidades que aceptan dichos programas, reciben los recursos. Aquellas que no aceptan dichos programas, simplemente no reciben los recursos.

Por lo tanto, aquí hay una responsabilidad compartida, no de estos últimos 3 o 4 años, estamos hablando de los últimos 20 años. Es una responsabilidad compartida entre el Ministerio de Educación con las universidades y, fundamentalmente, con los profesores, quienes han “aceptado” esta situación.

El problema es del financiamiento, sin duda alguna. Pero ¿cómo volvemos a recuperar el principio que “la educación es también creatividad”? Es creatividad desde lo propio, desde cómo la relación de la comunidad universitaria –que es la relación entre el profesor con sus estudiantes– puede encontrar los cauces más necesarios, no solamente para incentivar que los estudiantes se sientan contentos con lo que están haciendo, sino que ellos sientan que –como profesores– tienen una función importantísima dentro de la sociedad, que no se trata sólo de llegar al grupo, sino que a cada uno de sus alumnos; que su formación no consiste en traspasar las técnicas de medición que ellos han experimentado a sus alumnos, sino que encontrar sujetos, personas, con diferentes capacidades, con diferentes proyectos, con diferentes sueños, con diferentes realidades.

Eso, nosotros lo hacíamos hace unos cuantos años atrás. Mis estudiantes, o los que yo ayudé a formar, no han sido malos profesores, muy por el contrario. Lo que sucede es que quienes terminaron trabajando en colegios privados, con buenos salarios, aparecen como los más “exitosos”. En cambio, quienes terminaron haciendo clases en colegios municipalizados aparecen como los “fracasados”. Pero ambos tuvieron la misma formación, ambos tuvieron los mismos conocimientos, ambos fueron formados de igual manera.

Por lo tanto, el problema no está en la formación, sino que está en el medio ambiente. Y creo que, en la medida que al interior de las universidades no reaccionemos frente a esta situación, estamos perdiendo parte de nuestro sello, de lo que hemos hecho y, fundamentalmente, estamos perdiendo el entusiasmo y la alegría vital de estar, primero, formándonos y, luego, desarrollándonos profesionalmente en ambientes mucho más propicios, que nos hacen sentirnos más personas.

Si hago un balance “casi espiritual” de mi experiencia en esta universidad, con todas las dificultades propias que tiene, mi balance es súper positivo. De verdad, siento que me he podido formar como persona y eso es lo fundamental.

**EQUIPO:** *Profesor, le agradecemos infinitamente esta conversación.*

Muy bien. Muchas gracias.







*Encuentro valiosísima esta instancia de recuperar la memoria. Creo firmemente en los postulados de Unamuno sobre la importancia de la intra historia, no sólo la historia oficial, la historia de los grandes personajes, si no el devenir cotidiano de las acciones de las personas comunes y corrientes.*

## ENTREVISTA

# Máximo Valdivia Veas

9 DE JULIO  
DEL 2013

*EQUIPO: Hoy día nos corresponde hablar con Máximo Valdivia Veas, Diseñador Gráfico y Diplomado en Competencias Comunicacionales, quien en el año 1969 ingresa a la universidad, primero como estudiante de la escuela de Derecho, luego como funcionario en septiembre de ese año, sumándose a la reciente Secretaría Ejecutiva de Extensión de la universidad Católica de Valparaíso. Posteriormente, en el año 1970 –y hasta 1973– estudia Castellano en el Instituto de Literatura y Ciencias del Lenguaje.*

*En la actualidad, se desempeña como diseñador gráfico de la Dirección General de Vinculación con el Medio. Por más de 20 años ha ejercido como docente en el área gráfica del Instituto Profesional INCACEA y en otros centros de formación técnica. Ha sido Presidente del Sindicato de Trabajadores Alberto Hurtado y, durante varios períodos, director del mismo.*

*Profesor, usted ingresa a la universidad en el año 1969, ¿qué nos puede decir de esos años?*

Bueno, yo entro primero como estudiante egresado del Colegio de los Padres Franceses de Valparaíso. Ingreso a estudiar Derecho y ese mismo

año, más o menos como en septiembre, Eduardo Vio Grossi, que era Director de Extensión, me invita a trabajar en esa unidad, producto de que nos conocíamos de la escuela de Derecho. En ese tiempo, Eduardo era el Presidente de la Federación de Estudiantes y a él correspondió firmar el acuerdo final de devolución de la universidad y fue quien inició el período post *Reforma*. Posteriormente, Eduardo Vio fue Fiscal del Ministerio de Relaciones Exteriores. Después, tuvo un período largo en la empresa privada –gerente creo– de los distribuidores de gas. Y en estos momentos, es uno de los integrantes de la Comisión de Derechos Humanos de la OEA (Organización de los Estados Americanos). Reside en Santiago y habitualmente viene a Valparaíso.

Ocurre que en esa época, yo era cercano a la Democracia Cristiana, igual que Eduardo. Realizaba actividades estudiantiles en la Federación de Estudiantes y él me dijo: “¿Por qué no vienes a trabajar acá, a la Extensión universitaria?”

198

Yo puse como condición poder seguir estudiando. Entonces, fue una situación laboral interesante, en el sentido que yo estudiaba durante el día y en los recreos me aparecía en la oficina. Allí se me acumulaban los pedidos, pero en la tarde realizaba los encargos hasta la hora que fuera necesario. Así fue hasta el año 1973.

La Secretaría de Extensión era una actividad que había surgido recién, como producto de la reforma del año 1967. Hace poco le pregunté a Eduardo cómo finalizó la toma de la universidad, cómo se llegó al acuerdo final con la Iglesia de que se iba el Rector Zavala y se iba a proceder a elecciones democráticas de Rector, a lo que él me señaló: “Con 19 o 20 años partí solo al Vaticano y allá me esperó una delegación de cardenales para decirme: *A ver muchachito, ¿cómo es esta cosa en la Católica de Valparaíso que ustedes quieren hacer?*” Y ahí se firmó ese acuerdo. Inmediatamente después, Eduardo regresó –puesto que era estudiante de Leyes– y el Rector Allard le encomendó que encabezara la nueva Área de Extensión.

Respecto del trato, la universidad de 1969 era bastante pequeña y más cálida, sobre todo humanamente hablando, más horizontal. Hoy ha cambiado mucho, para mejor y para peor.

**EQUIPO:** *¿Estaba todo en Casa Central?*

Sí, gran parte. Arquitectura siempre la vi afuera. No recuerdo bien cuándo Agronomía dejó de estar acá, pero recuerdo que alcancé a conocer unas instalaciones muy simpáticas en Quillota, eran “los palafitos”, edificios enteros de madera sobre pilotes. Como eran edificios independientes, a medida que se iban hundiendo y carcomiéndose por los bichos, en los mismos lugares se fueron construyendo los definitivos que hay hoy en día. Pero eran muy simpáticos los palafitos, bastante modernos en su diseño y tenían por todos los exteriores pasillos de madera. Pienso que eso pudo haber sido entre los años 1970-1971. Para nosotros, lo especial de la escuela de Agronomía ha sido que la Dirección de Extensión durante mucho tiempo realizó varias actividades en sus dependencias, muchas más que ahora. También, recuerdo que llevábamos obras de teatro a San Felipe, a Los Andes, exposiciones en los colegios y más. Definitivamente se realizaba mucha actividad de difusión de la universidad.

**EQUIPO:** *¿Recuerda alguna anécdota de esa época?*

199

Sí, muchas. Pasado el tiempo, la mayoría de las anécdotas terminan siendo gratas. Como les conté, ingresé a estudiar en el año 1969 y en septiembre a trabajar aquí, para entonces tenía 18 años.

Recuerdo que en mis postulaciones a la universidad mis opciones eran Derecho, Castellano y Filosofía. Yo había dado los exámenes en la escuela de Castellano, porque primeramente no quedé en la carrera de Derecho. Había tenido un resultado desastroso. Obtuve 200 y tantos puntos en letras; y 300 y tantos en matemáticas. Con ese puntaje no pude entrar a Derecho y entré a Castellano porque di una muy buena entrevista. La persona que me entrevistó el año 1969 me preguntó por algunos autores que a mí me gustaban, lo que hizo que me costara una excelente calificación para quedar en Castellano. Meses después de iniciado el año académico, me llaman del Colegio Padres Franceses y me dicen que es importante que vaya a Santiago. Se comunicó que hubo un gran error en los resultados de la Prueba de Aptitud Académica.

Creo que no alcancé a asistir a ninguna clase cuando llega este aviso del error. Fui a Santiago con tres compañeros y, afortunadamente, de esos 3, el error recayó en mí. De 200 y tantos puntos pasé a 700 y tantos en letras; y en matemáticas, que era una cosa horrible para mí, de 300 y tantos obtuve casi 500. Vuelvo a la universidad, me replanteo ingresar a



la escuela de Derecho y quedé automáticamente en buenos lugares. En resumen, renuncié a Castellano y entré en Derecho.

Producto, tal vez, de mi edad me desilusioné mucho de la carrera que yo siempre había tenido la intención de estudiar. La abandoné. Simplemente, no ingresé a los exámenes finales. Me encontraba a fines del año 1969 fuera de la universidad, o sea, era un alumno reprobado en todo. Entonces, me acordé que yo había sido estudiante de Castellano, fui y planteé mi reincorporación a la carrera, la cual fue aceptada. Posteriormente, en el año 1972 me presento como candidato a Presidente del Centro de Alumnos. Fue una elección bastante reñida. Yo representaba a los sectores de izquierda y había un compañero, Orlando Baesler, que representaba a los sectores de derecha. Afortunada o desafortunadamente yo gané.

En esa época, el Presidente del Centro de Alumnos tenía derecho a voz y voto en el Consejo Académico de la escuela. Creo que en buena parte eso significó mi “cabeza” al momento del Golpe de Estado. Bueno, vino el Golpe y resultó ser que fui el único alumno expulsado de la carrera de Castellano y del Instituto de Lengua. ¿En qué sentido? Se expulsaron a varios alumnos, algunos simplemente desaparecieron, se fueron, y otros apelaron. A todos quienes apelaron se les aceptó la apelación y se reincorporaron. Yo, atendiendo los principios de la Junta Militar que decía que si no se estaba de acuerdo con una sanción, se pidiera reestudio del caso. Apelé durante años a la Vicerrectoría Académica. Iba dos veces al año con mi cartita de solicitud de apelación. Como al tercer o cuarto intento, el funcionario-profesor que recibía las solicitudes me dijo: *“Mira, entiende claramente que con tus ideas tú no puedes llegar a ser profesor, ya te echaron como estudiante. Si sigues trayéndome esta cartita te vamos a echar como funcionario. ¿De qué vas a vivir? Así que escoge”*. Con esas buenas palabras no llevé nunca más la apelación.

Creo que todos los rectores delegados fueron tipos bastante simpáticos. Y creo que el mito de que el Golpe de Estado fue responsabilidad de los militares, que los militares son los tipos malos con su brutalidad y todas esas cosas que uno le achaca a los militares en algún momento no es del todo verdadera. Convéngase que el Golpe de Estado también involucró a civiles y las medidas que se tomaron contra la gente aquí en la universidad recayó fundamentalmente en los profesores, ni trabajadores ni estudiantes, mayoritariamente profesores y destacados profesores, entre los cuales



no había ninguno que uno pudiera decir: “Oye, este tipo tiene una militancia tremenda”. Quizás de Rodrigo González, hoy día Diputado, quien se declaraba abiertamente marxista. Profesor de Filosofía que enseñaba Marx entre otras cosas. Incluso, fue candidato a Rector de la UCV. Hoy, Rodrigo es bastante tranquilo, más morigerado.

**EQUIPO:** *¿Quiénes eran esos profesores destacados que fueron exonerados? Muchos entrevistados nos dicen que “el ambiente estaba polarizado”, ¿nos puede dar ejemplos de esa polarización en la UCV?*

Todo lo que se ha dicho es cierto y no sólo en la universidad. Esta última ha sido el reflejo de lo que sucede afuera. Para la época de la *reforma*, los estudiantes hablaban de que esta universidad no podía ser una “torre de marfil”. Más tarde, al momento del Golpe la “gente de derecha” –que tenía tomada la universidad– decía lo mismo. Por lo tanto, la universidad tenía que comprometerse en la petición de renuncia de Allende.

Las cosas no han cambiado mucho. A comienzos de los años setenta, la gente estaba abanderizada políticamente y aquí en Casa Central se sucedían las tomas y las retomas con una violencia mucho mayor que la de hoy. A mí me tocó ser parte –como funcionario– de una jornada de la Vicerrectoría de Comunicaciones, en Laguna Verde. Eso fue en la época de la venida de Fidel Castro a Chile. Los estudiantes de derecha se tomaron la universidad previendo que Fidel pudiera venir, por supuesto que con el propósito de impedir una eventual entrada. Eso fue mientras nosotros –la Vicerrectoría– estábamos en aquella Jornada.

Durante la rectoría de Raúl Allard, el rector le pidió al profesor Juan Orellana que vuelva a Casa Central para tratar de interceder en aquella situación, porque se había vuelto un caos. ¿Qué sucedió? La gente de derecha se tomó la universidad y algunos trabajadores de industrias cercanas y todos los estudiantes de izquierda procedieron a un desalojo impresionante. Ingresaron a la universidad y persiguieron a los estudiantes que se habían tomado las dependencias de la Católica pasillo por pasillo. El grupo de derecha se escondía en los entretechos, sin embargo, igualmente los alcanzaban y los golpeaban. Unos pocos de derecha lograron refugiarse en la Rectoría, pero no lograron salir sino hasta las tres o cuatro de la mañana con el apoyo del Rector, de Juan Orellana y del padre Andrés Aninat. En medio de una hilera doble de carabineros lograron salir los que se habían

refugiado en la Rectoría y aun así la gente saltaba desde atrás y con un palo les golpeaban en la cabeza. Ese era el nivel de violencia.

Creo que en esa misma toma hubo una situación muy curiosa. Un conocido de todos ustedes, Raúl Buono-Core como buen personaje de derecha, logró arrancarse. Es importante señalar que Raúl desde joven fue muy calvo. Yo lo conocí como estudiante de la universidad y era igual de pelado que ahora. Entonces, logró escapar y llegó corriendo hasta la Avenida Francia, donde respiró y dijo: “*Me salvé*” y se subió a un bus. Cuando de repente, se suben otros estudiantes detrás de él y gritaron: “*¡Pelado Buono-Core!*”. Y lo bajaron a golpes. O sea, la cosa era así de dramática, compañeros contra compañeros se agredían con cadenas. Realmente, había mucha violencia y gran nivel de intolerancia.

Ustedes se preguntarán cómo me fui de la universidad. Vino el Golpe, la universidad estuvo cerrada un tiempo hasta que se reanudaron las actividades académicas. Se nos envió a un local que estaba donde hoy está la facultad de Ingeniería y ahí fueron las matrículas. Yo me puse a la fila. Luego, la persona que me recibe –debe haber sido de la Dirección de Admisión y Registro– ve mi nombre y me dice: “*Pase a la fila de al lado*”. Entonces, en la fila de al lado me pasaron un papel roneo, de esos de color café, en el cual estaba impresa a mimeógrafo la acusación en mi contra.

Al reverso venía escrito a máquina solamente mi nombre. Al interior, había una carta tipo sin firma, que decía: “*El Rector Delegado*”. Yo soy de la idea que ese rector delegado nunca supo a cuántos alumnos y profesores echaron. La carta mía era sumamente delicada, porque se me acusaba de ser un “extremista peligroso”. Esa carta yo la tengo guardada. Imagínense lo que significaba en momentos del Golpe tener esa carta y que te allanaran –como allanaron mi domicilio cuatro veces en el mismo día– y pudieran encontrar eso donde la universidad y el Rector Delegado te acusaban de ser extremista peligroso.

En el caso de los profesores, era aún más ridículo. A los académicos de esta universidad se les acusaba de ser “agentes del caos” y, con ese cargo, se les expulsaba de la universidad en una carta, igualmente anónima como la que me entregaron a mí. Solamente en un lado, y bien escrito a máquina: el nombre, sin firma, pero que decía “Rector Delegado”.

Esto, evidentemente, fue producto de una odiosidad interna y manejada desde aquí adentro. Yo creo que no cometo ninguna barbaridad en decir que aparte de la gente que tenía simpatías políticas, o algunas militancias políticas, en un sistema legal que permitía ser partidario del gobierno constitucional, no era pecado ser partidario de la Unidad Popular. Aparte de esa gente, muchos se aprovecharon de las circunstancias y fue ahí donde apareció la naturaleza humana, con sus grandezas y sus miserias. Hubo quienes aprovecharon de echar a algunos colegas y, de la noche a la mañana, pasaron ellos a ocupar sus puestos académicos. En el caso de mi Instituto, por ejemplo, se dismanteló prácticamente toda el área de literatura. En esa época, se llamaba Instituto de Lengua y Literatura, y había una pugna muy grande entre ambas disciplinas.

Los lingüistas decían —obviamente a nivel de amistad— que los literatos eran todos unos “bohemos y borrachos”; y los literatos, decían que los lingüistas hablaban “puras payasadas” y enseñaban “pura paja molida”. Entonces, doña Marianne Peronard, que fue antireformista, al momento del Golpe, lideró el descabezamiento de algunos de sus colegas de literatura: René Jara Cuadra, Fernando Moreno, Nelson Osorio, por nombrar algunos.

Fernando Moreno es, en la actualidad, un directivo de un Instituto de Literatura Latinoamericana en Poitiers, Francia, y viene cada cierto tiempo invitado a las Jornadas de Estudios Hispánicos a dictar charlas. En esa época era un joven de unos 28 años, brillantísimo. También, fue exonerado Óscar Luis Molina Sierralta, creador de la Editorial Universitaria.

Prácticamente toda la gente de literatura, todos excelentes profesores, ninguno quiso dedicarse —como mucha gente en aquella época— a vender huevos, a poner un “negocito” en la casa. Todos se fueron al extranjero, fueron acogidos en muy buenas universidades y continuaron sus actividades académicas.

El caso más notable es el de René Jara Cuadra, profesor de Literatura Hispanoamericana. Tenía escrito un libro que se llama “Anatomía de la Novela”, escrita por él y su ayudante, que era Fernando Moreno. Él se fue a una universidad en Estados Unidos. René, siendo uno de los más reconocidos académicos en su materia, acá era un simple profesor de castellano de la universidad Católica de Valparaíso. Vecino de Quilpué, creo que habrá ido unas 4 veces a Santiago. Él decía que era un orgu-

lloso provinciano y que todo su centro de estudios era su biblioteca en Quilpué.

Cuando llega a Estados Unidos, postula a un postgrado y le dicen: “Profesor, no le podemos pedir los 3 ó 4 años de estudio, porque en este doctorado la piedra base es su libro *Anatomía de la Novela*”. Por lo tanto, obtuvo el grado de Doctor, creo que en uno o dos años, y falleció en esa universidad hace 3 ó 4 años atrás.

¿Por qué creo que esta pugna me afectó? Porque pocos días antes del Golpe, en el Instituto de Literatura, se produjo una vacante y surgió la posibilidad de contratar a un literato o a un lingüista. Ese literato era Nelson Osorio, militante comunista que venía de la universidad de Chile. Un tipo destacadísimo en su área. El área lingüista, no recuerdo a quién propuso. Los literatos, todos amigos de Nelson Osorio. Cuando se llega al momento de la votación, en mi calidad de Presidente del Centro de Alumnos, voté por don Nelson y eso significó el contrato de él y, después, la cosa se desencadenó. Y yo creo que esas cosas al final pesaban, no eran cosas totalmente políticas, pero estaban teñidas por lo partidista, sin lugar a dudas.

Yo insisto, acá en la Católica –por lo menos en Literatura– ninguno de los profesores tenía militancia. Todos eran intelectuales filo izquierdistas. A tal punto que a nivel estudiantil los alumnos discutían mucho con ellos porque les reprochaban falta de compromiso, porque eran “izquierdistas de café”, no se metían en nada y reclamaban porque costaba mucho comprar cigarrillos, porque había escasez, la carne estaba muy cara.

#### **EQUIPO: *La vida universitaria, ¿cómo se desarrollaba?***

En esa época con normalidad, salvo los meses previos al Golpe. Había constantes tomas y retomas. De repente, se tomaban la universidad gente de izquierda, la soltaban; después, la gente de derecha. La más grave toma fue aquella que les comenté cuando vino Fidel Castro, porque ahí llegó tanta gente de izquierda, estudiantes de aquí y de afuera, llegaron también obreros de fábricas, cuyo propósito era darle un escarmiento a la gente de derecha, “sacarles la mugre”.

Hay un caso, que ustedes tienen que conocer, que fue muy comentado. El Senado Académico realizó una gran sesión en el Salón de Honor para

tratar lo ocurrido en la “retoma” de la universidad. Los profesores decían que esto no se podía volver a repetir, que era símbolo de lo mal que estábamos, que esto había sido una brutalidad, una barbarie y *bla, bla, blá*. En eso interviene un joven estudiante de Filosofía, brillante, apodado el “Flaco Díaz”, que era un tipo que sabía artes marciales y era del “mundo gremialista”, muy destacado alumno. Alto, vehemente, reconocido dirigente de derecha pide la palabra y dice: “Yo tengo una observación, fue una pelea noble”. Y todo el mundo quedó plop.

Él exhibía algunos parches en el rostro y también algunos rasguños. Yo estaba muy cerca de él y escuchaba que los partidarios de derecha comentaban en voz baja: “A este gallo, le partieron la cabeza, lo dejaron tonto, está enfermo”. Y un profesor le preguntó cómo había sucedido esto. Y el “Flaco Díaz”, que era muy grandilocuente, respondió: “Yo me encontré en un pasillo con una turba de gente de izquierda. Venían con palos y cadenas, y les dije *Muchachos, de a uno, por favor*. Entonces, luché de a uno por uno, pero ya como en el número ocho, no fui capaz y me sacaron la cresta. Quiero dejar establecido aquí, en el Senado Académico, delante de todo el mundo, que yo tengo que reconocer que, a pesar de como estoy, fue una pelea noble”. Eso, distendió el ambiente.

**EQUIPO:** *Una pregunta que hacemos a nuestros entrevistados es sobre sus referentes... ¿Puede compartir con nosotros quiénes fueron referentes para Usted?*

Quiero dejar establecido lo siguiente: Encuentro valiosísima esta instancia de recuperar la memoria. Creo firmemente en los postulados de Unamuno sobre la importancia de la intra historia, no sólo la historia oficial, la historia de los grandes personajes, sino el devenir cotidiano de las acciones de las personas comunes y corrientes. Creo que eso, más la historia oficial –que es aburrida, porque pretende ser muy aséptica y no causar disgusto a nadie– dan una visión mucho más amplia de lo ha sido la realidad.

Les he dicho que tuve problemas políticos, que fui expulsado como alumno de esta universidad. En algún momento, me echaron también del trabajo que aquí tenía. Me llamaron y me dijeron: “Oye, colócale llave a tu escritorio, devuelve las cosas, ándate para la casa y no preguntes por qué”. Eso fue en la década de los años ochenta. “No preguntes por qué” y no pregunté, obvio. Me fui a la casa y me dijeron que a fin de mes viniera

a buscar mi finiquito. Volví a fin de mes a hablar con Atilio Menichetti, Director de Finanzas de la época, muy cuestionado, quien finalmente dejó el cargo en el rectorado de Raúl Bertelsen. Menichetti me dijo: “No te preocupé, pero vamos a sacar tus cuentas, vuelve el próximo mes”.

Me despidieron días antes de la Navidad. Esto me produjo un impacto fuerte. Yo sabía que eso podía ocurrir. Pasó diciembre, pasó enero, venía todos los meses a buscar mi sueldo, me lo pagaban y me decían: “Vuelve al próximo mes para entregarte el finiquito”. Y como en marzo o abril del año siguiente, cuando vengo a buscar mi finiquito, me dicen: “Reintégrate y olvídate, aquí no ha pasado nada”. Ese fue mi “despido laboral”.

Por otra parte, quiero agregar que tengo gran aprecio por académicos que eran ideológicamente contrarios a mí. Por ejemplo, mi mejor profesor en el Instituto de Literatura fue Francisco Aguilera, profesor de Teoría Literaria, quien años después fue nombrado Vicerrector de Asuntos Estudiantiles de la universidad de Chile en tiempos de la dictadura. O sea, está claro que era absolutamente partidario del régimen militar.

Tuve también gran aprecio por el Rector Bertelsen. Él era un hombre muy austero, a pesar de ser de familia acomodada, una de las dos fortunas de Quillota, junto con la familia Rebolar. Don Raúl, tenía muy buen gusto, era de una frugalidad extrema, yo diría como el Presidente Jorge Alessandri.

También, conocí a don Héctor Herrera Cajas, el hombre que manejó —con una habilidad notable— la persecución ideológica en esta universidad. Y lo hizo con gran acierto, pero debo reconocer que era un tipo extremadamente correcto. Él sabía lo que yo pensaba políticamente, yo sabía quién era él y, en más de alguna ocasión, me llamó personalmente a la oficina para felicitarme por algún trabajo editorial que le había hecho al Instituto de Historia.

**EQUIPO:** *¿Qué cargo tenía él en ese momento?*

Él fue Vicerrector Académico en varias ocasiones, subrogó a los rectores delegados y nunca quiso —ni siquiera durante la subrogancia— ocupar las oficinas de la Rectoría. Creo que don Héctor Herrera fue el civil, sin lugar a dudas, que tuvo más poder en todas las universidades chilenas. Un académico de profundas convicciones de derecha, reconocido mundialmente por sus estudios medievales, de una sola línea. Todo el mundo

sabía lo que era hablar con don Héctor Herrera y, por lo menos en esta universidad, tuvo la habilidad de ser Vicerrector Académico.

Hizo venir desde Santiago a Carlos Meléndez Infante, quien había fabricado la primera cámara de televisión, que dio origen al canal de televisión de la universidad. En ese momento, Meléndez era uno de los gerentes de la empresa Phillips. Lo trajo a la universidad y lo nombró Vicerrector de Comunicaciones, Director del canal y Director de la Editorial. Es decir, él manejaba la Vicerrectoría Académica y con esa relación directa que tenía con su amigo (Comunicaciones, Canal y Editorial) don Héctor fue muy, pero muy notable.

Los rectores delegados de acá llegaron al cargo en el ocaso de sus vidas, en regulares condiciones de salud. No nos olvidemos que dos fallecieron en el cargo, historia que ninguna otra universidad tiene. Uno por enfermedad. Entiendo que el Rector Hugo Cabezas partió a Estados Unidos a hacerse una operación. No sé si murió allá o en el camino, estaba muy enfermo. El otro, Rector Víctor Wilson, de quien se comenta que falleció producto de un ataque al corazón después de tener una fuerte discusión con un profesor del Instituto de Historia, el profesor Salinas.

**EQUIPO:** *¿René Salinas?*

René Salinas, pero hay que tener cuidado porque en esa época había dos René Salinas. Él era el más viejo, conocido como “pirata Coke”. Me lo encontré hace 15 años en Santiago, jubilado, visitando museos. Se acordó de mí y conversamos. Entiendo que había ido a Inglaterra a realizar uno de sus tantos post títulos y, a su regreso, se encuentra que está despedido.

No sé qué año exacto fue, pero fue bajo la rectoría de Víctor Wilson. Lo que se comenta es que este profesor era famoso por su mal carácter. Cuando regresó y le comunicaron que había sido despedido de la universidad se indignó. Se cuenta que habría irrumpido en la Rectoría y le había dicho al Rector: “¿Qué se imagina usted? Despedirme si ni quiera me conoce, yo soy tal cual”. Entiendo que se habría retirado con un portazo y, a los minutos después, al Rector Wilson le habría dado un ataque.

**EQUIPO:** *¿Tiene algún recuerdo especial de profesores sacerdotes?*

Obviamente del padre Andrés Aninat. El Padre Andrés Aninat fue mi Rector en el Colegio de los Padres Franceses. Durante un tiempo me

hizo clases de Filosofía y, cuando ingresé a la escuela de Derecho de esta universidad, fue mi profesor del ramo de Ética.

El padre Andrés, previo al Golpe Militar, era un acérrimo detractor de la Unidad Popular. Duro, duro, duro, a tal punto que, naturalmente, me distancié de él. Es decir, nos veíamos desde lejos. Yo creo que él me quería y me respetaba —como buen cura que era— a lo mejor, más de lo que yo lo respetaba a él, pero el padre Aninat tuvo “la mala idea” de ser consecuente con sus principios. Vino el Golpe y el Padre comenzó a defender los derechos humanos y a denunciar las arbitrariedades que se estaban cometiendo aquí. Por ese motivo, lo fueron arrinconando en esta universidad, hasta que finalmente se tuvo que ir a su casa.

El Padre Andrés seguía ejerciendo como cura y celebraba misa en la Iglesia de los Padres Franceses. En una ocasión, cuando terminó la misa dominical, lo estaban esperando en la Sacristía agentes de seguridad del gobierno para amenazarlo y advertirle que no siguiera realizando ese tipo de prédicas. Ese era el clima de aquella época, tipos que llegaban a la sacristía a esperar al curita y decirle “sus buenas cosas” con amenazas físicas y verbales.

Lo que les decía hace un instante: tengo gran admiración por algunos profesores, porque creo que la labor del profesor es fundamental, en el sentido de lo que se entrega y más aún siempre he admirado el ejercicio del estudio y de la intelectualidad, no importando que necesariamente piensen políticamente como yo. Por eso admiro mucho al padre Aninat. Me quedo con sus palabras citadas en un libro publicado recientemente sobre él: “El hombre vale lo que vale su corazón”. Este es el mensaje que nos deja el padre Aninat, que fue también un destacado académico y de los sacerdotes más estudiosos de su Congregación. Dentro de su Orden, el Padre no fue el “curita de la estampita”, sino que un gran intelectual. Él fue uno de los más importantes difusores del pensamiento de Teilhard de Chardin, dedicó gran parte de su vida a difundir su obra.

**EQUIPO:** *Y de la escuela de Derecho, ¿considera algún profesor como referente?*

En Derecho estuve muy poco, pero don Raúl Le Roy gozaba de mucho prestigio y creo que era un hombre bueno, profesor de Introducción al Derecho; don Raúl Bertelsen me hizo clases de Derecho Constitucional, y su ayudante era Alejandro Guzmán Brito. Destaco también a don Luis



Young Reyes, quien era profesor en los Padres Franceses, y a Gonzalo Calvo. Con él, tengo una anécdota.

Cuando yo postulo a Derecho me entrevistó don Gonzalo: serio, riguroso. Él tuvo la mala idea y yo el desatino –reconozco– al responder. Me preguntó: “*Y usted joven, ¿qué piensa que se necesita para entrar a esta escuela?*” Yo le dije: “Mire, creo que aparte de buen puntaje y suerte, se requiere también muy buenas recomendaciones”. Y el profesor Calvo montó en cólera y me dijo: “*¿Qué se ha imaginado usted? ¡Insolente! En mi vida he conocido a alguien que haya entrado a esta escuela con recomendaciones.*” Yo le respondí: ¿Quiere que le nombre a tres recomendados este año?

Hasta ahí nomás llegó la entrevista y cuando después fui a ver los resultados tenía cero punto en la entrevista, sumados a mi mal puntaje de Prueba de Aptitud Académica estaba fuera de Derecho, sin ninguna posibilidad. No recuerdo qué cara puso posteriormente, cuando se me cambió el puntaje y aparezco matriculado como alumno en la escuela, no sé qué habrá pensado “¿Cómo lo hizo este joven?, a lo mejor tiene recomendaciones”.

**EQUIPO:** *Después de los años que usted lleva trabajando en la universidad, ¿cuáles son –según su parecer– los principales atributos que posee esta institución?*

Creo que esta universidad es de una gran sobriedad –aunque la ha ido perdiendo un poco– y eso, en una institución universitaria que no es una empresa, que no es un comercio, es importante. Una sobriedad a todo nivel, sin grandes aparatajes, sin actividades superficiales, con preocupación tanto por la formación y calidad de sus profesores como la formación de los estudiantes. En esta universidad hay una sana relación laboral que se puede mejorar mucho todavía.

Creo que, al menos en esta parte, Bernardo Donoso junto con Camilo Lobos, fueron los impulsores de la posibilidad de establecer negociaciones colectivas para el manejo de las relaciones laborales. Tengo entendido que esa iniciativa del rector Donoso no fue muy bien acogida por el resto de los directivos. Sin embargo, él insistió en que era algo positivo y creo que tenía la razón. De alguna manera, fue audaz plantearlo, sostenerlo y mantenerlo. Me parece que hoy en día eso habría que revisarlo. El mecanismo, esa fórmula para lo cual fue creada, no está dando los resultados esperados, aunque en su momento constituyó un hito.

Esta universidad se ha preocupado de los estudiantes con menos recursos. Más allá de lo que se le pide, ha hecho esfuerzos que otras universidades no. Siempre he reconocido y comentado que esta universidad, desde hace muchos años, estableció la gratuidad de estudios para los hijos de funcionarios y profesores de jornada completa, cuestión inédita en gran parte de las universidades del país. Hay gente que trabaja acá, no por el sueldo, sino que trabaja por ese beneficio para sus hijos. Yo lo he aprovechado muy convenientemente, lo he dicho en otras ocasiones.

Una última cosa. La época previa al golpe había en esta universidad una vida más democrática. En nuestra Vicerrectoría de Comunicaciones, teníamos reuniones todos los funcionarios con el Rector, con el Director del Canal de Televisión, con el subdirector que era Agustín Squella. Esto, hoy día no existe, pero era parte de un fenómeno cultural y social que se podría graficar en un número muy importante de matrimonios de gente joven. Había una gran tendencia al compromiso, a todo nivel, no sólo compromiso político. Tú te enamorabas de una muchacha y si era la que tú pensabas, al poco tiempo había matrimonio, asumiendo todo aquello.

Yo me casé en segundo año de estudiante con una compañera de curso, que pasó a ser la Secretaria del Centro de Alumnos también. Ella, como era hija de militar, en aquella oportunidad en que a mí me expulsaron, le hicieron firmar una carta prometiendo que no se iba a meter en ningún asunto político, y ella terminó su carrera y es profesora. Aquellas relaciones humanas eran mucho más cálidas, permitieron que autoridades de esta universidad se casaran con sus secretarias. O sea, estos no eran *affaires*, no eran aventuras ni eran amoríos. El Rector Raúl Allard se casó con su secretaria; David Cademartori, Director de la escuela de Comercio, se casó con su secretaria; Sergio Soto, que posteriormente fue Director de la escuela de Ingeniería Mecánica, se casó con su secretaria. Todos, entiendo que son matrimonios que duran hasta el día de hoy.

Eso, hoy es impensable. Las reuniones, las convivencias, a nivel de funcionarios y de jefes, eran mucho más abiertas de lo que son ahora. Recuerdo que en mi época de dirigente sindical, el año 1993, postulé la idea de cambiarle el nombre a mi sindicato. De Sindicato N°2, propuse que pasara a ser llamado “Sindicato Beato Alberto Hurtado”, beato que hoy día es santo.

En esa época, nosotros peleamos, por así decirlo, negociamos, presentamos a la autoridad la idea de hacer un “día del trabajador universitario”,

en el cual la universidad cesaría sus actividades, se contrataría personal externo y se haría un gran festejo entre profesores y trabajadores, de manera de propiciar la convivencia universitaria. Nosotros pensábamos que en la medida que uno convive y se conoce, se acepta mucho más. La Asociación Gremial de Académicos, o mejor dicho, muchos profesores, se negaron a eso. Eso constituye hoy día el “Día del Funcionario”, que es un paseo de los trabajadores, pero siempre estuvo en nuestra propuesta el que asistieran todos los trabajadores, personal académico y no académico.

Esas son algunas cosas que pienso que hoy día no están, pero no es culpa de la universidad, es la sociedad que ha cambiado.

**EQUIPO:** *¿Qué hitos ha habido en su Área de Extensión que resultan relevantes para nuestra historia?*

Como les he dicho se hacía mucha extensión. Recuerdo, por ejemplo, que previo al Golpe llevamos obras de teatro al interior de la región. En esa época, el Director del Instituto de Literatura era el dramaturgo Fernando Cuadra, autor de “La niña en la palomera” y otras obras. Él tenía un grupo de teatro y la oficina me solicitaba llevarlos de gira, como coordinador. Los llevábamos a fábricas intervenidas, a CIMSA en Viña del Mar, a Los Andes y a San Felipe, por ejemplo.

Hacíamos muchas exposiciones en esos y otros lugares. Un profesor muy destacado de la universidad, Bernardo Parra, era de un entusiasmo desbordante. No había exposición en la cual don Bernardo no llegara con sus láminas con algas y helechos, esa era su especialidad como biólogo. Él fue hijo ilustre de Putaendo y vecino hoy de esa localidad.

Quiero mencionar un trabajo muy especial que para mí fue muy emocionante. Durante un tiempo trabajé a honorarios para la Editorial como libretista de un programa radial que se llamaba “El mundo de los libros”. Este se transmitía por la Radio Valentín Letelier de la entonces universidad de Chile, sede Valparaíso. Leía un locutor profesional, tenía cortinas musicales de las “Cuatro Estaciones” de Vivaldi. Este programa, no fue creación mía, sino de dos amigos míos que trabajaban en la Editorial, uno como corrector de prueba que era Luis Alberto Lagos Soto y el otro, Rubén Dalmazzo, hoy profesor de Castellano. Ellos dos tenían esta “pega” que, en el fondo, era un plus de la Editorial: tener un programa de radio donde difundían sus libros. Y, uno de ellos, me dijo un día:

“Oye Max, ¿por qué no te quedas tú con esta peguita, de ser libretista del programa?”.

¡Y por Dios que costaba llenar una emisión semanal de 15 a 20 minutos! Me acuerdo que eran muchas carillas escritas a máquina. Como nunca he pretendido ser un intelectual, el estilo del programa fue derivando a emitir reseñas muy superficiales, como las que vienen en la tapa de los libros y, como trabajaba acá, lo aprovechaba para difundir las actividades culturales de la universidad.

Eso sí, me permití un gusto muy grande: fui la segunda persona, después del Golpe, que se atrevió a comentar el libro “Confieso que he vivido” de Pablo Neruda, después de su muerte y en plena dictadura. Cuando lo hice, sabía lo que eso podía significar. De hecho, hablé con mi querido profesor René Jara, de Literatura Hispanoamericana y le dije: “René, ¿qué pudiera pasar?”, me respondió: “No comentes la parte política, dale una vueltecita a la cosa amorosa, a la cosa pintoresca. Alone, ya lo mencionó. Si a Alone no lo han metido preso –me dijo con sentido del humor– cómo te van a meter a ti. Además, ¿quién escucha ese programa?, así que no te preocupes”. Esa, fue una *peguita* que tuve durante un poco más de un año parece.

En un momento dado, cuando se celebraron los 450 años de la ciudad y se sacó el libro “Memorial de Valparaíso”, fui enviado durante un año en comisión de servicios. Ese año se me destinó para formar parte de un equipo de cinco diseñadores, donde estaba el actual jefe de diseño de la Editorial Guido Olivares, en un equipo encabezado por Allan Brown. Allan, a cada uno nos entregó un archivador con material muy diverso y cada uno se encargó del diseño de esa parte. En esa misma época, me tocó diseñar la carátula del primer trabajo sobre educación que publicó el Rector Juan Enrique Fröemel.

Actividad importante en lo que respecta a Extensión fue la conmemoración de los 50 años de vida de la universidad. Luego, en 1988 para el aniversario N° 60, me correspondió ir a la Casa de Moneda y a Correos de Chile porque la universidad gestionó una serie de sellos filatéticos oficiales, lo que era un gran reconocimiento. No se le otorgaba a cualquier institución. Después, hubo una ceremonia oficial de lanzamiento, donde se entregó el primer matasellos.

Otra actividad importante de gráfica fue la relativa al “Museo a Cielo Abierto” instancia en la que me correspondió la coordinación técnica de la edición del libro. En Santiago, pude conversar en su taller con el gestor de esta iniciativa, el profesor del Instituto de Arte, don Francisco Méndez. Me acuerdo que cuando estábamos en la imprenta revisando las primeras páginas, esas páginas de gentileza, con prólogo y presentaciones, hubo una discusión de último minuto, pues la señora de don Francisco le dijo: *“Pero Pancho, tú no puedes aceptar que vaya tan grande el logo de la universidad, si aquí el importante eres tú”*. Yo trataba de salvar el tamaño del logo y, al final, don Francisco –gran caballero– dijo: *“Mujer, no te preocupes”*.

Otro hito relevante fue para el aniversario de los 75 años de la universidad, en el que se le entregó la categoría de Pontificia. Entre otras cosas, vino su Eminencia Reverendísima, el Cardenal Zenón Grocholewski. Recuerdo que se armó una comisión de celebración presidida por don Herman Rojas, Director de Extensión, en la que participaba también el ex rector Bernardo Donoso, algunos profesores del Instituto de Historia, entre otros. Se decidió publicar dos libros; uno de ellos era de gran tamaño, un gran libro iconográfico. Nunca entendí por qué ese libro, que tenía gran presupuesto, no fue encargado a Ediciones Universitarias y se publicó tres años después. Del otro libro recuerdo que cuando se acercaba la fecha de las celebraciones principales de los 75 años, meses antes del Claustro Pleno de 2003, Herman Rojas me llama y me dice: “Max, no creo que este libro alcance a salir, estoy desesperado. Tú te vas a hacer cargo de sacar un libro antes del Claustro”. Se trataba de un libro más pequeño, que contenía la historia de la universidad, y que fue escrito por tres profesores del Instituto de Historia. Así fue como me hice cargo del libro debiendo trabajar con el profesor Urbina, quien fue muy gentil conmigo, él se encargó de escribir la historia comprendida desde la fundación hasta el período de Reforma; el profesor Buono-Core desde la reforma hasta el año 1973, y el profesor Estrada desde el 1973 hasta el 2003. En tanto, la selección de 20 o 30 fotografías está hecha por mí.

Por último respecto de este libro, tengo una crítica. Se decidió dejar fuera el capítulo correspondiente al período más reciente, lo que implica que al libro oficial de la historia de la universidad, publicado en el año 2003, le faltan 30 años de historia.

No creo que esa tercera parte contenga alguna barbaridad, algo muy polémico o hiriente, salvo, quizás, el caso muy doloroso del asesinato de un profesor de esta universidad, el sacerdote Miguel Woodward. Cuando iba a ser publicado, le dije a mi jefe: “Don Herman, a este libro tenemos que ponerle algo que explique por qué faltan 30 años”. Entonces, sugerí que en la portada de ese libro dijera “Tomo I”, para que alguien pudiera pensar que –en un tomo II– venía la otra parte de la historia.

**EQUIPO:** *¿Miguel Woodward era profesor de acá?*

Sí, era profesor del Instituto CESCLA, Centro de Estudios y Capacitación Laboral, que era un remedo del DUOC, el Departamento Universitario Obrero Campesino creado en la universidad Católica de Chile. Bueno, la UCV creó *a su pinta* el CESCLA, donde se dictaban clases para trabajadores. Y las clases las realizaban profesores de esta universidad y alumnos de cursos superiores muy ligados a la Federación de Estudiantes. Director del CESCLA fue Gabriel “Lito” Aldoney, Ingeniero Mecánico de acá, director de la Empresa Portuaria, antiguo Intendente, una gran persona. Y de los profesores destacados estaba Rodrigo González y el padre Miguel Woodward, Ingeniero Civil, titulado en Inglaterra con especialización en el área naval y que, en su convicción de cura obrero, trabajaba en los astilleros Las Habas. Hoy, todo el mundo sabe que fue asesinado a bordo de la Esmeralda y es un tema complejo, pues no aparecieron sus restos, para qué vamos a estar con cosas.

Y el otro caso, no sé si más delicado aun –estos son hechos reales y están publicados– fue el del sacerdote y profesor de esta universidad José “Pepo” Gutiérrez, no el padre Pedro Gutiérrez, sino el *Cura Pepo*, que fue uno de los grandes párrocos de la Iglesia La Matriz. Él fue quien organizó el “Comedor 421” para los *curaditos* y la gente del sector. El padre Pepo Gutiérrez, me imagino que debe haber sido partidario del gobierno de la Unidad Popular, fue detenido y torturado en la Academia de Guerra Naval y él denunció que, como parte de sus interrogadores, estaba un sacerdote que era autoridad en esta universidad. Se trataba del Padre Bosagna, quien después de eso fue enviado al Refugio de Cristo, que se ubica en el barrio de Recreo, Viña del Mar, y no volvió más por la universidad. Esto apareció publicado en uno de los mejores libros sobre la época, ¿en qué sentido uno de los mejores libros? En que solamente se detallan hechos y no hay interpretaciones ni juicios. Se citan notas de prensa, resoluciones

judiciales. Ese libro se llama “La Memoria Prohibida”, y está escrito por un staff de periodistas, en dos tomos.

En él se señala que, estando el Padre Pepo vendado, a él le llamaba la atención que aparte de las clásicas preguntas: “¿Cómo te llamas tal por cual? ¿Por qué eres comunista? y bla bla bla”, le hacían preguntas teológicas, propias de un especialista. Eso, a él, le llamó muchísimo la atención. Al igual que a mis profesores del Instituto de Literatura, al Padre Pepo lo detuvieron y lo soltaron varias veces, porque en esa época era así.

En uno de los tantos interrogatorios, él creyó reconocer la voz del Padre Bosagna. Y él lo dice en “La Memoria Prohibida”. Este libro, profesores de esta universidad lo encargaban –de manera reservada– en la librería, para leer sobre este episodio, porque el padre Pepo Gutiérrez, identificó a uno de sus torturadores.

Aparte de esos dos ejemplos, se dice que también hay un estudiante de la universidad, que estudiaba Servicio Social. No por ser pocos episodios, no son graves, pero creo que todas estas situaciones pueden ser analizadas, sobre todo en una universidad.

Yo, con las cosas que me han pasado, no tengo ningún interés en culpar a nadie, ni enjuiciar a nadie, no tengo rencor. Entiendo que las cosas se dieron en un contexto muy especial y, quién sabe si la cosa hubiera sido al revés, si yo hubiera hecho lo mismo que otros hicieron conmigo, no lo sé.

A lo mejor, en vez de echar a los de este lado, se hubiera echado a la Sra. Marianne y a don Héctor, quién sabe. Pero, si en una universidad no somos capaces de conversar y revisar estas situaciones ¿dónde podemos hacerlo? No vamos a pensar que se va a hacer en un regimiento, en una fábrica o en una escuela básica.

Hace poco vino de la Fundación Jacques Maritain un profesor a dictar una charla, y el profesor decía que el filósofo Jacques Maritain insistía mucho en la necesidad de revisar la historia: conocerla, porque eso iba a permitir una amistad cívica y, en la medida que eso se proyectara posibilitaría una amistad entre los pueblos, algo bastante utópico quizás. Pero era fundamental el conocer, analizar y revisar hasta la historia más reciente. Eso fue dicho aquí hace un par de meses y lo comparto.

**EQUIPO:** *Max, aquí dice en su currículo que usted ingresó a trabajar en la Secretaría Ejecutiva de Extensión, que actualmente se denomina Dirección General de Vinculación con el Medio. ¿Es efectivo que, en algún momento, fue una Vicerrectoría?*

Es la misma actividad que ha ido cambiando de nombre, y que ha tenido momentos de gloria y momentos de tragedia. Hoy, estamos nuevamente en alza. Hace algunos años, dejamos de ser Vicerrectoría y nos rebajaron a Dirección General. Nos quitaron buena parte de todo, redujeron el personal a menos de la mitad y nos metieron a todos en una sola sala, sin separación alguna. Estábamos ahí muy deprimidos. Pero fue muy comprensible.

Yo les comenté aquello que don Héctor Herrera había traído a Carlos Meléndez Infante y lo había puesto de Vicerrector, de Director de la Editorial de la universidad y de Director del Canal de Televisión, cargo que él siempre quiso. A la Editorial no fue nunca, no le alcanzaba el tiempo. Su *chiche* siempre fue la televisión. Su agenda diaria era la siguiente: se aparecía por la Vicerrectoría –estábamos donde actualmente está la Oficina de Análisis Institucional– entre 8.15 y 8.30 AM, firmaba algunos documentos, se iba al canal y no lo veíamos más durante el día. Él era un ingeniero quien recibió el título por gracia, por sus méritos, me contaron alguna vez. Este es uno de los pocos casos en que ocurrió y de los cuales se conoce muy poco.

Un buen día, el Rector dijo: “¿Para qué quieren ser Vicerrectoría si ustedes funcionan sin Vicerrector? El Vicerrector pasa en el canal y han funcionado igual”. Entonces, dejamos de ser Vicerrectoría, se aprovechó la ocasión y se despidió una cantidad grande de gente y esa fue una de las épocas más interesantes.

**EQUIPO:** *Máximo, ¿qué recuerdos tienes de la universidad en tiempos de los rectores delegados?*

Hay un detalle que es muy pintoresco y creo que muy pocas personas lo conocen y, por lo tanto, me parece oportuno consignar. En un momento, esta universidad tuvo dos Rectores simultáneamente: por un lado, estaba don Matías Valenzuela Labra, Infante de Marina retirado, que poco después del Golpe de Estado había sido Alcalde de Valparaíso. Por otro, estuvo don Raúl Bertelsen, abogado, que fue nombrado Rector en el Obispado con una gran intervención de la Iglesia.



Lo que ocurrió fue que al Rector Valenzuela se le solicitó la renuncia, pero este se negó a aceptarla, pues insistía que tenía que ser el propio General Pinochet quien se lo comunicara. Al final, convencieron al rector que debía renunciar y mandó una carta o una circular, muy emotiva, en que se despedía de la comunidad universitaria y lamentaba no haber tenido tiempo para despedirse de manera más personal. Luego de dejar la Rectoría de esa manera, no sé si habría influido en su pensamiento, pero don Matías terminó desfilando en las marchas públicas por el “NO” en Valparaíso. Yo andaba en esas marchas, de repente me topé con él. Era un hombre simpatiquísimo, creo que mucha gente en la universidad piensa lo mismo.

Obviamente, los primeros rectores delegados era gente que venía de la oficialidad naval, o sea, de universidad sabían nada. Con el Rector Juan Enrique Fröemel ya es otra cosa. Él era “medio milico” y medio académico, un tipo joven, plenamente lúcido, muy capaz, muy serio, muy duro, pero que hizo una buena labor y tuvo un desempeño muy digno durante los años de transición a la democracia.

**EQUIPO:** *¿Usted estuvo cuando el General Augusto Pinochet fue recibido en el gimnasio?*

Pinochet vino dos veces. Creo que la primera vez fue el año 1974 y, la segunda, durante la Rectoría de don Matías Valenzuela. Hasta el día de hoy me pregunto por qué, siendo yo la *cola del ratón* estuve metido ahí, directamente en negociaciones de ese tipo. ¿A qué me refiero? Poco antes de una de esas visitas, vino a la universidad un oficial de la Armada a cargo de la seguridad de Pinochet, y los directivos de mi oficina me incluyeron también. Y con este señor, que era un marino muy distinguido, de civil obviamente, vino y nos reunimos en una oficina que debe haber sido la Vicerrectoría Académica. Nos dice: *“Bueno, viene la visita, yo sé que ustedes son muy profesionales, hacen todo bien, pero está el tema de la seguridad. ¿Cómo lo hacemos?, porque queremos que sea un acto masivo, va a ser en el gimnasio y esto tiene que estar colmado, tiene que ser una actividad maravillosa, que el General se vaya feliz”*. Todos dijimos sí, sí.

Entonces, agregó: *“¿Cómo logramos el público? Podríamos pedir el carnet de identidad en la puerta, el carnet universitario, pero eso va a ser complicado, la gente aglomerada y nosotros controlando... ¿Tengo la solución! No entra nadie”*. Nosotros quedamos desconcertados: *“Pero ¿cómo? Estamos hablando de una actividad masiva ¿Y no va a venir nadie?”*.

*“Sí –respondió el marino– eso lo soluciono yo. No se preocupen, ustedes hagan su parte”.*

El día del evento, entraban al gimnasio mareas humanas de supuestos estudiantes. Los hombres, todos de pelo corto, curiosamente traían los libros mirando hacia abajo, todo lo contrario de cómo acostumbran llevar los libros las personas que leen habitualmente. Colmaron el gimnasio y aplaudían con entusiasmo cada una de las intervenciones del General.

En otra ocasión, don Héctor Herrera, que estaba en la gloria con estas visitas, nos encargó que las escalinatas que conducían al escenario estuvieran cubiertas de hojas de laurel, como se recibía a un general victorioso en la antigua Roma. ¡Roma!, la que era su especialidad académica junto con la Edad Media.

218

Y empecé a buscar las hojas de laurel, esas tareas me tocaban a mí. Yo hacía la escenografía, los grandes carteles, el logo de la universidad y, además, tenía que buscar esas hojas, que no era el laurel que uno le agrega a los tallarines, tenía que ser laurel y, obviamente, no había. Entonces, llegamos donde don Héctor, bastante angustiados, y le dijimos: “Mire, lo único que le podemos ofrecer son ramas de sauce, que son más parecidas”. No recuerdo si, al final, las pusimos o no.

La otra anécdota, respecto a una de las visitas del General, es que a don Héctor se le ocurrió la idea de entregarle una condecoración. Una medalla de oro macizo, que se fabricó recolectando oro en toda la comunidad universitaria y con aportes de particulares. Siempre quedó la interrogante de qué había ocurrido con el oro restante, pues se reunió, más o menos, casi medio kilo de oro y la medalla pesó 350 gramos...

**EQUIPO:** *Máximo, luego de las visitas del General, ¿recuerda otra importante autoridad política?*

A ver, el Presidente Patricio Aylwin vino a la universidad después de su elección. Recuerdo que vino y tuvo una reunión en el Salón de Honor con gran cantidad de gente, pero con un acceso muy restringido. En ese momento, concurrí como dirigente sindical.

Lo que también recuerdo fue la invitación que hicimos a don Ricardo Lagos a dictar una charla, cuando aún era candidato presidencial y, junto a

un grupo de dirigentes sindicales, lo salimos a esperar y lo acompañamos en su ingreso a la universidad.

**EQUIPO:** *Bueno Max, le queremos agradecer lo que nos ha contado de su paso por la universidad.*

A ustedes, también, pero insisto en que quiero decir que valoro tremendamente esta posibilidad. Creo que es muy importante. Siempre me he sentido orgulloso y muy contento de trabajar acá. Con todo lo que he vivido, tengo más momentos de alegría que de tristeza y creo que he podido conocer la grandeza y la miseria de la condición humana, quizás en uno de los mejores lugares donde se puede conocer esto, mezclado con la cultura y el buen diálogo.





*Mi gran preocupación es el individualismo que aparece no sólo en la Universidad; un individualismo increíble que nos puede transformar en un “archipiélago”, un montón de islas inconexas, donde cada uno trabaja en lo que le interesa.*

## ENTREVISTA

# David Carrillo Contreras

25 DE JULIO  
DEL 2013

*EQUIPO: Hoy vamos a conversar con el profesor David Carrillo Contreras. Él es profesor titular del Instituto de Química de la Pontificia universidad Católica de Valparaíso. Es Profesor de Química y Licenciado en Filosofía y Educación. Es Doctor en Ciencias Químicas por la universidad Complutense de Madrid y tiene un postdoctorado en Francia.*

*Ha sido decano de la facultad de Ciencias Básicas y Matemáticas, Vicerrector Académico de la universidad, miembro del Consejo Superior de la universidad, Director General de Investigación y Postgrado, Director de Personal y Perfeccionamiento Académico.*

*Entre otras distinciones recibió la medalla por Cooperación Científica Internacional del gobierno de Francia y la medalla "Fides et Labor" como Profesor Emérito de la Pontificia universidad Católica de Valparaíso. Recientemente, ha sido condecorado por el Ministerio de Educación Nacional de Francia. Es nombrado Caballero de la Orden de las Palmas Académicas.*

*En 1959 ingresa a estudiar pedagogía en Química y Licenciatura en Filosofía y Educación en esta universidad.*

*Profesor, usted nació en Talcahuano, en la Región del Biobío, ¿Por qué llegó a estudiar a la universidad?*

Bueno, mi padre era marino. Cuando jubiló, ellos –mis padres– decidieron venirse al norte, porque Talcahuano ve a Valparaíso como el norte. Mi padre dijo: “No más Talcahuano, mucha lluvia, mucho frío a Valparaíso”.

Se vendió la casa que teníamos allá, se compró una por acá y aquí terminé mis dos últimos años de educación secundaria, en el Liceo Eduardo de la Barra, glorioso Liceo Eduardo de la Barra. En ese tiempo, con muy buenos profesores. Terminé la Educación Media y supe que existía esta universidad. Alguien me dijo: “Oye, si está la universidad Católica de Valparaíso, en avenida Argentina con Brasil”.

–¿Esa es la universidad Católica de Valparaíso? Vine a preguntar aquí y me matriculé. ¿Cómo? Había un profesor, Bernardo Parra Leiva, en una oficina que está muy cerca de aquí, con un pisito, un cuaderno. Y en ese cuaderno se inscribían los postulantes que querían ingresar a las distintas carreras. Así era el sistema de inscripción a la universidad. Nadie me preguntó qué notas saqué en los estudios secundarios.

**EQUIPO:** *¿Examen?*

No, tampoco. Sólo había que tener rendido el examen de Bachillerato. ¡Qué distancia, qué diferencia tecnológica! La universidad tenía –eso una vez me lo dijo el padre González Förster– alrededor de 2 mil alumnos. Yo tenía la impresión que éramos muchos menos. Por lo tanto, todo funcionaba aquí, en Casa Central, excepto la escuela de Arquitectura –que funcionaba en Recreo– la Administración, las pedagogías, la Ingeniería Química que existía en ese entonces, etc.

Y aquí desarrollé mi vida de estudiante, mis cinco años de estudiante. En la mitad del camino se me apareció un profesor, Francisco Garrido Espinosa. De repente, nos dimos cuenta que era un líder nato. Tenía un carisma, un imán entre los estudiantes, que quedábamos boquiabiertos. Él venía, ni más ni menos, que de Salamanca (España), hablaba un español maravilloso. Tenía una gran experiencia en la química, a pesar de sus 32 años, y hablaba de la industria química como si hubiese trabajado toda la vida en ella. Nunca trabajó en industria, pero se sabía todo.

Y este hombre nos dice: “Esta universidad debe tener una facultad de Ciencias ¡y ustedes tienen que ser sus profesores!” Esa sola declaración a nosotros nos ponía casi tocando el cielo con las manos. De repente, pensábamos que todo esto era un *bluff*, pero con el correr del tiempo nos dimos cuenta que nuestros compañeros más viejos (Carlos Sunkel, Luis Vargas, Víctor Martínez, Rogelio Catalán) comenzaron a irse a España con una beca que el Profesor Garrido les conseguía.

Y luego nos tocó a nosotros. Un grupo partimos para allá. Llegamos a Madrid, fuimos al Instituto de Cultura Hispánica, beca por dos años, buena beca, no eran becas comunes y corrientes. Llegamos a los lugares donde teníamos que desarrollar nuestras tesis doctorales. Así, fue entonces una experiencia increíble.

Y él, mientras tanto dejó esta universidad para irse a Alemania, a hacer también una estadía de investigación. Era un hombre que amaba la investigación. Era un hombre que tenía un criterio y un bagaje cultural extraordinario. Para nosotros era un líder inalcanzable y no había otro, pese a que había otros profesores de su edad, no eran líderes. Eso a mí me ha enseñado lo importante que es que en las instituciones aparezcan líderes. Y quien tenga la responsabilidad de darse cuenta de ello, tiene que estimular a los más jóvenes que tienen potencial de liderazgo se desarrollen como tales, porque ese es el futuro de cualquier institución.

Él creyó en nosotros. Nosotros pasábamos las semanas estudiando con ese objetivo: ir un día a España, que era como un sueño. Los viajes a España no se hacían en avión como ahora. ¿Qué había que hacer? A lo más, subirse a un avión en Santiago, en Cerrillos, atravesar la cordillera, llegar a Buenos Aires y ahí subirse a un barco de pasajeros. 28 días de barco. Así conocimos, por supuesto, Buenos Aires, Montevideo, Brasilia, Sao Paulo.

#### **EQUIPO: ¿Los puertos?**

Los puertos, La Guaira en Venezuela, Islas Canarias, etc. Así fuimos conociendo. El regreso –después de cuatro años– no había cambiado mucho en cómo llegamos. Ya me había casado con mi señora, la había dejado como novia aquí en Chile y nos casamos allá. Es más, cuando llegó la línea italiana de cruceros Rossini, que eran los barcos que atravesaban el Canal de Panamá, yo conocí el Canal por eso, a mi regreso a Valparaíso.

Hoy no, ahora de un día para otro se está en cualquier parte del mundo. Eran otros tiempos.

**EQUIPO:** *Profesor, volviendo, la época que usted entró como estudiante, ¿cómo era la universidad en esa época? ¿Cómo era el ambiente entre las distintas carreras, la vida académica?*

Prácticamente no había contacto entre distintas carreras. Ingeniería Química –que era la facultad fundadora– vivía “en el cielo”. Ellos mismos decían que era “facultad de Dioses”, se peleaban con los de Derecho, una facultad mucho más antigua que había venido de los Padres Franceses.

Ellos vivían en el limbo –aunque el limbo ya no existe según el Vaticano– pero vivían en ese estado, en la nube. Sin embargo, y este es un dato importante para lo que ustedes persiguen, el Gran Canciller de la época, don Emilio Tagle Covarrubias, autorizó a un grupo de sacerdotes diocesanos, entre ellos uno que llegaría a ser Obispo (Sergio Contreras Navia, Obispo Emérito). Él era un joven sacerdote que había estudiado ingeniería en la universidad Santa María. Lo único que él quería era entrar al sacerdocio, pero sus padres le dijeron: “Tú no entras al sacerdocio mientras no termines tu carrera de ingeniería”. Y el padre Sergio Contreras terminó ingeniería, se ordenó de sacerdote y lo destinaron a esta universidad para dirigir un grupo de jóvenes católicos, la llamada AUC, Acción Universitaria Católica.

Él se rodeó de otros curas más jóvenes y estableció aquí la base para una mayor vinculación con los jóvenes de la Santa María y con los jóvenes de la universidad de Chile, sede Valparaíso. Se armó un grupo transversal de las tres universidades. Yo conocí –les aseguro– más gente de las otras universidades que jóvenes de aquí mismo. Había jornadas de estudio, jornadas de reflexión, nos íbamos a Los Andes y nos pasábamos 15 días tratando temas como el amor, la democracia, las relaciones humanas, la fe, la política, todo lo que era importante para un joven de esa época. Carlos Wörner era uno de ellos; Enrique Montenegro, Ricardo Córdova, nos juntábamos todos allá, pero también con gente de la Santa María y la universidad de Chile.

La obra de Monseñor Sergio Contreras fue una obra formidable, nunca reconocida por esta universidad, no porque hubiese mala voluntad, sino por olvido. Una vez lo hablé con Bernardo Donoso: ¿Por qué no hacer



un gesto con él, cuando era Obispo y Gran Canciller de la universidad Católica de Temuco? Pero no pasó nada.

Sergio Contreras fue Secretario del Episcopado Nacional en los tiempos más duros, porque él fue catalogado de “cura medio rojo”, rosado. Nunca escuchamos una palabra de él –cuando éramos jóvenes– de ese estilo, jamás. Un hombre de una fe profunda y que hizo mucho bien por un puñado grande de estudiantes. Hoy día me cruzo todavía con gente de la Santa María, con gente de la U. de Chile, y por supuesto con mis amigos y colegas de aquí. Por ejemplo, Boris Ramírez, de Ciencias del Mar, también formaba parte de esto.

Esa fue una obra muy importante que yo sé que después de muchos años se intentó recuperar con la creación del Departamento de Asistencia Religiosa, ¿Quiénes creen ustedes que redactó y firmó la cartita? Carlos Wörner y quien habla y no sé si alguno más, le enviamos una carta al Rector de la época, creo que era Juan Enrique Fröemel, diciéndole: “Es necesario crear un Departamento de Asistencia Religiosa al interior de la universidad”.

Y se nombró un sacerdote. No era lo mismo, porque penetrar a los estudiantes en su propia escuela o instituto es muy difícil. Normalmente, la gente que llega a este tipo de actividades es gente que estudió en algún colegio católico, donde los trataron muy bien. La experiencia nuestra es que los estudiantes que habían estudiado la enseñanza media en un colegio confesional no querían saber nunca más de la fe católica.

Pero sé que hay otros que no, que lo deseaban y otros que nunca habían estudiado y que descubrieron aquí, en esta universidad, esa guía de formación a través de los cursos.

Por ejemplo, Kamel Harire, Gonzalo Ulloa, que hacen cursos de Estudios Generales. Yo escucho cada día, en distintas partes, que hablan maravillas de ellos como profesores, la influencia que ellos tienen en la mente de esos jóvenes. Ustedes saben que esos cursos se llenan rápidamente. Comienza el día de la inscripción y se pelean las vacantes. Gonzalo Ulloa enseña religiones orientales. Eso, para los jóvenes, es descubrir la “papa” misma de la sabiduría; o Kamel Harire, cuando habla de los profetas, impresionante.

**EQUIPO:** *Profesor, ¿Usted podría compartir algunos hitos importantes de la trayectoria de la escuela de Química?*

Bueno, es Instituto. No se olviden que la Reforma Universitaria generó escuelas profesionales e institutos científicos. Y las ciencias estaban antiguamente en la antigua facultad de Filosofía y Educación, o sea, se estudiaba para ser profesor y punto.

Yo llegué aquí como profesor el año '67-'68, me iniciaba como profesor. Había estudiado pedagogía, por lo tanto no me era muy difícil, pero también comenzaba a iniciarme como papá, porque en el viaje mi esposa venía embarazada de cinco meses. Desembarcamos en Valparaíso y a los pocos meses nació nuestra primera hija, que estudió aquí como las otras tres.

Francisco Garrido, el profesor español nos decía: "No se pueden quedar solamente en la pedagogía, tienen que salir a las ciencias mismas: ser químico, ser físico, ser biólogo, etc." Entonces, cuando parte la Reforma y empieza a ser una realidad en la universidad, comienza todo un trabajo difícil, porque no había experiencia de constituir los institutos de cada una de las ciencias (Historia, Geografía, Filosofía). Por ejemplo: antes, para ser profesor de filosofía, había que estudiar pedagogía en Filosofía. Hoy, uno puede estudiar licenciatura para ser filósofo, y luego doctorarse en Alemania. De hecho, hay algunos profesores de la facultad de Derecho que van a Alemania. Bueno, partir de una escuela dentro de una facultad que se tiene que desarmar y dar paso a los institutos fue un trabajo muy largo, muy difícil, pero finalmente se constituyó, constituimos un Instituto de Ciencias Básicas.

### **EQUIPO: ;*Cuándo?***

A ver, la Reforma comenzó el '67 y continuó hasta varios años después. Se hacían las reuniones del Claustro Pleno en el Gimnasio de la Casa Central. Esa fue para mí la mejor escuela. Yo era un novato como profesor, recién doctorado, no sabía nada de este mundo. La mejor escuela que yo he tenido de universidad y de Humanismo. Hablaba el Tata Cruz, hablaba Iommi, hablaba Molina Vallejo, hablaba Allard, hablaban todos los decanos, el de Educación que, Héctor Herrera, horas y horas, todos ahí muertos de frío, pero todos escuchando. A veces pienso, qué bien le haría a la juventud actual nuestra, una jornada de ese estilo. Pero para eso hay que tener un conflicto, una diferencia potencial, para que las cosas se muevan, si no, no se mueven, tiene que haber una crisis. Fue una oportunidad.

Años '70-'71 se crea el Instituto de Ciencias Básicas. Al poco tiempo –esto ocurría en todas las disciplinas– aspirábamos a tener un Instituto fuera de la facultad de Filosofía y Educación. Ya varios de nosotros estábamos doctorados en ciencias. Por lo tanto, no queríamos volver a la facultad de Filosofía y Educación, obviamente. Y cuando se formó el Instituto de Ciencias Básicas, no aparecía todavía un Instituto de Química, pero nosotros queríamos Instituto de Química, de Física, de Biología.

Luego, hacia el año '68 más o menos, se crea la facultad de Ciencias Básicas y Matemáticas. Se engloba en una facultad los departamentos de Física, Química, Biología y de Matemáticas. A ver, primero fue facultad de Ciencias Básicas y el Instituto de Matemáticas quedó libre, después se integró. Fue creada la facultad “*ad experimentum*”, pues no se confiaba mucho que pudiera desarrollarse. En cuestión de 2 o 3 meses, se le quitó el apelativo “*ad experimentum*” y se dejó “facultad de Ciencias Básicas y Matemáticas”.

Seguimos siendo departamentos, pero luego vino la creación de los propios institutos. Ya no fueron departamentos, porque quedaban como muy “chicos”, teníamos la visión de ser más grandes. Se crearon los Institutos: de Química, de Física, Matemáticas y Biología. De hecho, hoy, en el Campus Curauma, tenemos la facultad de Ciencias que incluye a Matemáticas, Estadística, Química, Física, Biología, Kinesiología –que está incorporada a la facultad no sé cómo– y creo que se me olvida alguna... Tecnología Médica, que es bastante raro que esté al interior de una facultad de Ciencias.

facultad que, el día de mañana, está llamada a ser una de Ciencias Médicas, Paramédicas, algo así. Estoy seguro que Enfermería va a llegar en algún momento y, Medicina, más temprano que tarde, también creo que va a llegar. Lo que pasa, es que siempre la autoridad universitaria le tiene miedo a una facultad de Medicina, pues son demasiado abarcadores en los presupuestos, y el argumento es: “¡Se trata de la salud humana!” Y el 50% del presupuesto se va a esa facultad.

En ese caminar me tocó ser decano de la facultad de Ciencias, ocupé otros cargos en la universidad relacionados con la investigación: Director de Investigación y Postgrado como se señaló al comienzo, distintos cargos. He sido amigo de Bernardo Donoso y de Alfonso Muga, pero mucho tiempo antes de que Alfonso llegara a ser Rector por tres períodos. Con Bernardo

coincidimos cuando él era Vicerrector de Finanzas y yo Director de Investigación, aquí en Casa Central, ahí nos conocimos. Fui miembro del Consejo Superior por casi 10 años. Y me tocó realizar actividades, en realidad me ha tocado hacer cosas tan variadas que hasta me da vergüenza decirlo.

**EQUIPO:** *¿Como cuáles por ejemplo?*

Haber sido generalísimo de una campaña de Bernardo Donoso. Curioso. De los cargos que más he apreciado fue el último, en la Dirección de Perfeccionamiento Académico que involucraba el asunto de la desvinculación de los académicos. Me llamó un día Alfonso Muga y me dijo: “El director que está actualmente acaba de renunciar, y necesitamos a otra persona. Queremos que estés tú, eres conocido por todo el mundo”. La verdad es que estoy en la universidad desde hace mucho. A ver, estoy desde el año ‘59... 54 años.

228

Y Alfonso me dice que los profesores que se desvinculan lo pasan muy mal. Yo acababa de desvincularme y la pasé muy mal. Después me di cuenta que, todos, lo pasamos muy mal. Desvincularse significa cortar el cordón umbilical, no digo para siempre, pero una buena parte, en que ya tú no eres el hombre que siempre fuiste.

Por ejemplo: yo ahora sigo dictando cursos el primer semestre, un curso el segundo, me pagan por eso, si no hago cursos no me pagan. Muchos profesores a veces pierden su oficina, los echan. No los echan a patadas, pero les dicen: “Mira, en marzo llega un profesor asociado, necesitamos tu oficina”. Y en lugar de eso, ¿Dónde me quedo? ¿En el pasillo? “No, hay unos cubículos que hemos construido, de cuatro tablas y un pisito donde puedes estar, sin teléfono”. Es muy duro.

Bueno, yo gané esa experiencia y empezaron a llegar a los profesores. Tuvimos que organizar quienes se van en marzo próximo. Ellos van llegando a tu oficina y comienzan a preguntar: “Bueno, yo me voy a desvincular, quisiera saber cuáles son las condiciones en que me voy, voy a recibir una indemnización o no, a cuánto asciende, etc.”. Y uno tiene que seguirle la pista a ese profesor.

Afortunadamente, todas las fichas de los profesores, las fichas amarillentas, las de cincuenta y tantos años, están todas en la universidad. Gracias a Dios no ha habido ningún incendio, Dios no lo permita. Ahí apare-

ce el historial de cada uno: cuándo ingresó, cuándo la universidad dejó de imponer lo que tenía que imponer. Ustedes saben que los profesores que se desvinculan hasta ahora, recibimos una indemnización que todo el mundo diría: “¡Qué sustanciosa es!” Lo es. ¿Y por qué lo es? Porque, en el fondo, la institución como una forma de saldar el daño previsional provocado –porque la institución no podía pagar a todos el 100% de las imposiciones– pagaba una parte y el resto del sueldo figuraba como honorarios.

Como en esos tiempos no existía la posibilidad de pagarse las imposiciones en una AFP, como actualmente es posible, entonces nos pagan como compensación, sin tope, sin aplicar la ley que autoriza solamente 12 años. Es decir, si cualquiera se va con 50 años de servicio, le pagan una indemnización equivalente a 1 mes de sueldo por año, con un tope 12 años. Pero en el caso de los “viejos” como yo, nos pagaron indemnización por el número de años, 45 años de servicio, 45 meses.

Si uno ganaba \$1 millón, eran \$45 millones; si uno ganaba \$2 millones, serían \$90 millones, nunca vi hasta los últimos días que estuve en la Dirección de Perfeccionamiento Académico, indemnizaciones mayores a \$100 millones de pesos, pero hoy día las hay. Especialmente, aquellas unidades académicas que tienen sistemas que son descentralizados.

**EQUIPO:** *Casi todas están descentralizadas ahora.*

La facultad de Ciencias no lo está. Hay muchas descentralizadas y ellos pueden pagarle al profesor el sueldo que la universidad indica, más un sueldo que el Director de la Unidad Académica respectiva, por recursos que dispone, le hace. Entonces, se duplica. Son indemnizaciones muy importantes. Yo creo que por muy grandes que sean, son justas.

Creo que para quienes reciben menos de eso, existe una suerte de injusticia. Podrían pertenecer a un Instituto o una escuela que no son autofinanciables, qué sé yo. Filosofía, por ejemplo, aunque a lo mejor me equivoco. No es como en Ingeniería Industrial: los estudiantes llegan y pagan lo que sea por entrar a la escuela. Derecho, cuenta la matrícula y en lugar de sacar esta cantidad, saca el doble. Entonces, son pozos de plata. Son temas bien complicados, pero así es la realidad.

**EQUIPO:** *Profesor, de todos los años que lleva usted en la universidad considera que existe un sello o una identidad del alumno PUCV? Y si*

*considera que existe, cuál sería, cómo lo podría describir?*

Esa es una pregunta muy difícil. Ese tema yo lo discutí muchas veces con el que fue Rector –y antes Vicerrector Académico– Raúl Bertelsen. Un hombre muy católico, que siempre estuvo muy preocupado de la formación católica de los estudiantes. Conversé con él varias veces, en torno a un café, mientras estaba tomada la universidad, y la única conclusión a la que llegamos es que un estudiante que ingresa a esta universidad, sin que la institución haya hecho nada por la formación cristiana, la formación valórica, la formación humana, termina la universidad y ese estudiante sale distinto que si hubiese entrado a la universidad de Valparaíso, a la Santa María, a la Católica de Santiago, a la USACH, la Concepción, la Austral, la que fuera. Sale distinto, sale humanamente diferente.

Yo sé que hay cursos especializados en el Instituto de Ciencias Religiosas, profesores que se la juegan por llevar el mensaje evangélico o la formación humana. A lo mejor sin hablar de evangelio, pero de formación de valores humanos, sé que se la juegan, pero nunca uno reconoce que los 600 profesores, no sé cuántos seamos hoy en día, hay un número importante aún de profesores que, a lo mejor, sin ser católicos practicantes, católicos comprometidos con la misa dominical y con los sacramentos, recibieron de sus profesores ese “mensaje”.

Muchos se formaron aquí: Gonzalo Ulloa, Kamel Harire, Pedro Garcés. Los profesores del Instituto de Física, todos se formaron aquí. Por tanto, el mensaje llegó de una forma muy natural, sin que un profesor haya preconcebido la idea: “hoy voy a hablar de tal tema... o voy a hablar del aborto terapéutico”. No solamente de la materia de la clase, sino de aquello cotidiano que, la mayoría de las veces, surge espontáneamente. Y contar con un grupo en el cual todos coincidan en ciertas cosas, creo que ayudó a muchos estudiantes a encontrar su camino.

No basta crear un programa de formación cristiana o formación valórica, donde los alumnos llegan, terminan su curso y salen transformados, no creo en eso. Podrá haber erudición, podrá haber el conocimiento más amplio del mundo, pero no creo que sean capaces de atravesar la “coraza” que cada uno lleva en su cuerpo y en su mente.

El testimonio es un factor esencial, fundamental para el mensaje de una universidad como esta. Uno lee los comunicados del Rector, una carta

de los estudiantes, escucha sus conversaciones, las preguntas a la hora del café. De verdad, se hace mucha vida de café, mucho más de lo que había cuando uno yo fui estudiante. La Química se olvida por un momento.

**EQUIPO:** *Profesor, ¿cómo ve usted el ejercicio de su disciplina en la actualidad?*

Comparto labores con la profesora Carolina Manzur, quien fue alumna mía. Luego, fue mi primera egresada del Magíster, mi segunda estudiante de doctorado y hoy día es mi colega. Ella es también la jefa del laboratorio, pues yo me “desvinculé” de la universidad, aunque sigo activo en el trabajo de investigación. Tengo dos estudiantes de doctorado, gané un proyecto Fondecyt.

Muchas veces tratamos el tema de la competencia científica. Hoy en día los estudiantes están leyendo, están preocupados por saber qué dicen en China, en Estados Unidos, sobre tal o cual tema. Pero una vez que tienen su *paper*, que lo consiguen en tres segundos, lo imprimen, leen el resumen de un artículo de 5 o 7 páginas, creen que con eso están listos y cuando tratan de escribir sus propias ideas, señalan: tal tema, dos palabras, un numerito, la referencia.

¡Qué falta de respeto! ¿Saben ustedes lo que significa escribir un artículo, hacer la investigación? Uno o más años de investigación; escribirlo, tres o cuatro meses, en una lengua que no es la de uno. Nosotros, a esta altura, escribimos directamente en inglés. No escribimos en castellano para que luego, alguien traduzca al inglés, no. O sea, no hay ningún mérito, créanme, lo digo porque es la parte propia del trabajo diario.

Lo que sí, a los más viejos, nos está dejando de lado la tecnología, porque hoy día los artículos, a diferencia de 20 años atrás, uno lo escribía o la secretaria lo escribía a máquina, se metía dentro de un sobre y se mandaba por correo. Dos ejemplares, una semana demoraba en llegar a su destino fuera de Chile, otra semana en acusar recibo y uno o dos meses en saber la respuesta si fue aceptado o no el artículo. Actualmente, todo eso se hace en línea.

Hoy día, eso yo ya no lo hago, pero mis alumnos de doctorado lo hacen en cuestión de minutos y listo, ya está en Estados Unidos, en Alemania, etc.: “Agradecemos a usted su preferencia por haber sometido su artículo

titulado tanto, tanto. En algunos días se nombrará su *referee* que analizará su trabajo y en 15 días tendrá una respuesta si su trabajo ha sido aceptado o no”. Así es la vida hoy día.

**EQUIPO:** *¿Cuál es la diferencia entre el alumno que existía antes del alumno que existe ahora?*

Yo diría que hay un cambio notable y que los profesores no hemos sido capaces de captar eso. Si existe un profesor –y muchos de nosotros fuimos de ese tipo– que cree que los contenidos es lo más importante del mundo y que el curso hay que hacerlo de acuerdo al programa, los 14 capítulos hay que desarrollarlos en la clase, con ayudantías, preguntas, cuestionarios, etc., y que insiste en eso –en los contenidos– está perdiendo su tiempo.

La mentalidad que yo noto hoy en el estudiante es diferente: “¿Para qué profesor pierde tiempo en enseñar si eso está aquí? ¿Qué quiere que le diga: las propiedades del litio? Wikipedia”. Entonces, un estudiante, para qué necesita memorizar contenidos, materias, si eso lo consigue como profesional en un segundo, en cualquier parte del mundo. Fíjense que desde hace un tiempo apareció una cosa que se llama “la nube”. ¿Lo vieron? No es necesario andar con el pendrive. Me acuerdo que se me quedaba el pendrive metido en el computador, en mi casa, llegaba a Curauma y no podía trabajar.

La diferencia notable es que hay que ir a lo que siempre se ha dicho, no a la instrucción sino a la educación, focalizarse en cómo discutir un tema, en cómo observar un resultado, no recitar de memoria algo que está en los libros.

El ciclo de Krebs, les aseguro que todos los estudiantes de biología se lo saben de memoria, como si fuera una verdad absoluta que nunca va a cambiar. Todo cambia. Entonces, para qué insistir tanto en el conocimiento cuando hoy día con un teléfono tienen todo al alcance de la mano. Esa es la gran diferencia.

Antes era libresco, puro conocimiento, poco preocupado de la formación intelectual del cerebro funcionando. Hoy hay que privilegiar, los jóvenes especialmente, una cosa distinta, la formación. Y no perder el tiempo haciéndoles aprender cosas.

**EQUIPO:** *En todos estos años ¿hay algo que a usted lo deje particularmente satisfecho, que usted sienta que ha sido su contribución a la universidad?*



A ver, uno puede decir la universidad me ha entregado esto o esto otro. La verdad es que la universidad me ha dejado hacer todo lo que yo creo que era bueno hacer.

Me sorprendió una vez que un colega mío dijera, públicamente y enojado, cuando se le evaluó por la docencia en la enseñanza y por la investigación y dijo: a mí nunca se me dijo, cuando se me contrató, que tenía que investigar. Y todos quedamos como diciendo ¿pero cómo es posible? Se supone que la universidad no es un centro de pura docencia, es la búsqueda del conocimiento. Antes se decía “la búsqueda de la verdad”, sonaba muy cursi todo eso. Yo creo que hay una verdad y lo que nosotros hacemos es intentar acercarnos un poco a esa verdad, nada más.

Sigo pensando que la visión que tenemos de naturaleza es exacta a la que se planteó en el mito de la caverna de Platón, absolutamente. En química, nosotros podemos decir: “Mira la molécula cómo está”, pero no es un reflejo de la realidad, es una referencia.

Entonces, quienes tuvimos el privilegio de ir a hacer un doctorado, cuando regresamos, habíamos visto en las universidades españolas que los profesores eran todos doctores. Aquí, la mitad de los profesores o más no tienen grado de doctor, nunca tuvieron la experiencia de un doctorado. Si nos remontamos más atrás, casi nadie.

Hoy, en cambio, la nueva generación de jóvenes profesores asociados se contrata ya con el grado de doctor. Por lo tanto, ellos tienen mucho que dar todavía en esa materia. Entonces, cuando nosotros llegamos de vuelta de nuestros postgrados, por supuesto quisimos montar cada uno su laboratorio. La institución nunca nos dijo: “Oiga, usted –según su contrato– tiene que enseñar, pero también tiene que investigar”. Nunca nadie nos dijo eso, pero sabíamos que teníamos que hacerlo. Y se nos dejó hacer.

Después, cuando aparecen los fondos nacionales como Fondecyt, obviamente que vimos ahí el “pozo de oro” al cual había que acudir para tener recursos e investigar. La investigación que yo he hecho, la he conseguido en un 95% con recursos fuera de la universidad. La institución ¿me ha ayudado? Sí, claro que me ha ayudado, especialmente cuando no existía el fondo. Nos daban unas cantidades pequeñas, por poner un ejemplo, aproximadamente \$250.000.- de hoy y con eso había que pagar fotocopias, comprar un reactivo, pero aspirar a un equipo, imposible. Si no lo compraba la institución, no se compraba.

La universidad permitió que me desarrollara en el área en que yo actualmente lo hago, sin que nadie lo impidiera o impusiera. Y cuando esa área del conocimiento me pareció que ya estaba superada por otros, cambiaba de área. Nadie me dijo: “¿Por qué te estás cambiando de área, si tú eras especialista en tal cosa?” No, uno es especialista en lo último que está desarrollando. Lo ya hecho es cosa del pasado, lo dicen las publicaciones en las que uno trabajaba.

Un día me propuse hacer un postdoctorado en Francia y planteé la idea y me autorizaron de inmediato. Partí 15 meses a París, la ciudad de las luces, y ahí se me abrió el mundo, en otros términos, no solamente en la Química, sino también en la dimensión cultural que tiene esa ciudad. Un aprecio por la cultura que, si uno no es sensible a eso, va a lo suyo, vuelve y no pasa nada.

Para mí, la institución me permitió todo, todo lo que yo me propuse lo pude hacer. La universidad siempre me dio permiso para ir a un congreso o a una estadía más larga. Nunca me puso dificultades, eso mismo me hizo sentir con una gran libertad de espíritu. Hubo un tiempo en que estuve muy entusiasmado con todo el tema de la relación entre “ciencia y fe”, que lo comencé, ¿dónde?, en París. Ahí comencé a preguntarme por la vinculación entre fe y ciencia, la que nosotros conocemos como ciencia experimental. Yo respeto todas las demás ciencias. Teología, para mí es una ciencia, no experimental por supuesto, tiene otros cánones, otras metodologías. Cualquier medio para tener conocimiento, eso para mí es ciencia.

Entonces, qué relación hay entre la ciencia que yo cultivo y la fe que, en esos días, yo cultivaba con mucho fervor. Y lo digo por algo que estoy seguro que todo el mundo lo ha vivido, lo vive o lo va a vivir: que la fe, además de ser un don de Dios, puede estar presente ahora en la mañana y reaparecer al día subsiguiente, o no aparecer nunca más.

Para mí la pregunta es muy profunda. Por supuesto una pregunta que es muy difícil de responder, pero me las arreglé para visitar gente. Me acuerdo que había un profesor, que era del Instituto Católico de París (en Francia no hay universidades católicas). Había leído algunos artículos de él y me acuerdo que me regaló una serie de publicaciones que me mantuvieron entretenido bastante tiempo. Cuando regresé a Chile, por supuesto llegué “transmitiendo” sobre eso y sobre el sentido de la investigación.

En investigación, tiene que haber un fundamento. Se lo digo a mis estudiantes de doctorado: muchas veces opera la “tincada”, pero ahí no hay ningún fundamento detrás. La “tincada” es un primer paso, pero uno no puede quedarse en la tincada, es el motor, la intuición. Todo vale en ciencia.

**EQUIPO:** *Profesor ¿Qué significó para el Instituto de Química la llegada del profesor Francisco Garrido?*

Para mí fue él, yo vi otros líderes en escuelas o institutos vecinos, pero no voy a decir cuáles, es muy complejo. Había tres líderes y ustedes se podrán imaginar cómo terminó esa unidad académica hasta el día de hoy, desmembrada. Terminó hecha un archipiélago de individualidades. Si hubiese habido uno solo, habría ordenado la fila hacia una idea común.

**EQUIPO:** *¿A nivel de universidad?*

A nivel de universidad creo que han sido muy importantes, por ejemplo, Alejandro Guzmán. Se desvinculó hace poco. Un líder, un hombre de una gran sabiduría que ha escrito muchos libros. Destaca del resto de la gente, aunque hay también otros profesores muy capaces, muy dedicados a su deber, pero creo que es un líder destacadísimo.

Cómo no referirme a la facultad de Arquitectura, el gran líder, el “Tata Cruz” ¿o no? Un faro que iluminó por muchos años a generaciones de arquitectos. La voz y la palabra de él era la definitiva. No digo que sea un dictador, pero su palabra tenía una fuerza que convencía a muchos. Siempre me recuerdo del Manifiesto del año ‘67, yo no estaba en Chile. Estaba terminando mi doctorado, pero había una secretaria en esa facultad, tía de mi señora, que me enviaba cartas con recortes de diario que me llegaban a Madrid y así leíamos cómo se desarrollaba la revolución de la UCV.

Iommi, el Tata Cruz... el resto, eran más jóvenes, eran la base donde estos dos líderes –tan distintos el uno del otro– se movían. Cuando los estudiantes me preguntan sobre la Revolución del ‘67 yo les digo, ese movimiento fue una revolución. La universidad pre/post-revolución es totalmente distinta. Se terminó con una universidad que era napoleónica. Yo fui alumno de Luis Scherz García, el sociólogo, estudió Ingeniería Química, pero se doctoró en Sociología en Alemania.

Crisóstomo Pizarro, Molina, el “pelado Alvarado”. Fue el Rector Zavala, quien nunca se imaginó que ese movimiento que él convocó, finalmente

se le fue encima. La universidad hoy en día es lo que se sembró en esos tiempos. No habríamos tenido nunca ciencia en esta universidad si no hubiera sido por esa revolución.

Cuando el padre Jorge González Förster, jesuita, fue rector, el Consejo Superior estaba conformado por gente que no era de la universidad. Prácticamente, eran empresarios a quienes no conocíamos, no había ningún profesor dentro del Consejo Superior, de lo que yo recuerdo.

Los integrantes eran nombrados por el Obispo entre sus buenos amigos, pero no había ninguna participación, ni de estudiantes ni de profesores en las decisiones de la universidad. Yo no digo que hayan sido malas las decisiones, la verdad es que la universidad –con el padre Jorge González– tuvo un crecimiento impresionante, creó carreras, se lanzó con la carrera de Pesquería, que no existía en Chile, siendo la más antigua del país.

236

Creó un montón de cosas. Sin tener “un peso” el Padre González se lanzaba, la plata de alguna parte salía.

Volviendo a su pregunta de los referentes, le costó mucho a la facultad de Arquitectura considerar el tema de los postgrados. Muchos profesores que pudieron haber seguido el camino que siguió Historia, Filosofía, Química, Biología no lo pudieron hacer.

Me acuerdo de un profesor, que ya no está en este mundo, me dijo: “Eso, nunca lo hemos pensado, porque no existen los doctorados en Arquitectura”. Yo era Director de Investigación en esa época. ¿Cómo que no existían los doctorados en Arquitectura? Miremos Estados Unidos, miremos Europa. Hay doctores arquitectos, porque el estudio no se agota en un título profesional. Quienes desarrollan nuevas ideas arquitectónicas. ¿Es porque se les ocurre un día en su casa? No, porque hay instituciones superiores donde se discuten estas cosas, donde surgen movimientos nuevos y eso fue. Hoy día ya hay un grupo de profesores doctorados en la escuela de Arquitectura.

**EQUIPO:** *Fueron muy reacios a los doctorados, incluso al uso de computadores en la carrera de Diseño Gráfico.*

Tampoco le dieron cabida. Promoví hasta donde pude, más bien presioné como Director de Perfeccionamiento Académico, que los profesores de arquitectura que habían dicho que iban a hacer un doctorado lo hicieran.

Y los pusimos “entre la espada y la pared”. Me acuerdo que antes de irme del cargo ya había 4 ó 5 que tenían el doctorado. Y me dije: “Hice bien en presionar”.

**EQUIPO:** *Profesor, ¿Usted fue Vicerrector Académico en el año ‘83-‘84, con Raúl Bertelsen?*

Ese es un recuerdo que he tratado de borrar de mi mente y de la historia, pese a que lo digo en mi currículo. Porque hubo una crisis al comienzo de la rectoría de Bertelsen. Era el período de intensas protestas, en que constantemente teníamos que sacar a los estudiantes de aquí entre dos profesores, cruzar un callejón de carabineros, todos con su luma en la mano, sacarlos y ponerlos en un bus al frente, en Avda. Errázuriz, evitando que los carabineros subieran al bus para el apaleo.

Vivimos mucho tiempo dedicados a eso. Por lo tanto, sinceramente, tuve poco tiempo para dedicarme a repensar una Vicerrectoría Académica.

237

**EQUIPO:** *¿Estamos en los ‘80s?*

Recién comenzaba a agitarse el ambiente. Comenzó con don Matías Valenzuela Labra como Rector Delegado, quien era Capitán de Navío en retiro, e Infante de Marina. Cae don Matías Valenzuela, teniendo como Prorrector a Félix Lagreze y surge un nuevo Rector: Raúl Bertelsen.

Me acuerdo de los gritos aquí en el patio. Filadelfo de Mateo era el Vicerrector Académico, y del segundo piso le hablaba a la turba. Ellos le gritaban toda clase de improperios, ni siquiera diría yo garabatos como se dicen hoy en día, sino académicamente: “Tal por cual, momio, andate a tu oficina, déjanos ser libres”.

**EQUIPO:** *Profesor, el Padre Sapunar nos señaló que en un momento hubo dos rectores en la universidad, porque a Raúl Bertelsen lo nombró la Iglesia y el gobierno lo colocó como delegado. Entonces, el Padre Sapunar le llevó la renuncia a Matías Valenzuela y no la quería aceptar. Ahí entró Raúl Bertelsen.*

Exactamente. Yo supe que se había negociado en Lo Vásquez. Cosas de la historia. Lo cierto es que Raúl Bertelsen fue nombrado Rector de la universidad. “Al Rector civil se le nota el fusil”, decían los estudiantes.

**EQUIPO:** *¿Era el primer civil?*

Primero. Y a este “pastelito” que está aquí (yo) el Rector Raúl Bertelsen lo nombra Vicerrector Académico. Él me conoció cuando él era Vicerrector Académico y yo Director General de Investigación, cargos a los cuales llegamos también en forma increíble.

A él lo nombran y yo había sido nombrado por Héctor Herrera Cajas, una semana antes de que cayera. Cuando sale del cargo yo digo: “Bueno. ¿Qué va a pasar conmigo?” Y Raúl Bertelsen me dice: “Tú vas a ser el Director de Investigación”. Me nombra y bueno, después pasa el tiempo y pasó lo que pasó.

¿Por qué digo que es un recuerdo que quisiera borrar? Porque fue una época muy difícil. O sea, ni el Rector ni el ex Vicerrector que habla pudimos trabajar por la universidad. Era una cosa de todos los días: golpes, “caceroleos”, tomas, suspensiones de clases, pancartas, gritos, rayados, bombas lacrimógenas, terrible.

238

Y entonces surgió una crisis sobre la cual –créanme– nunca pregunté de qué naturaleza era, quién la promovió, por qué el Contralor tuvo que irse, por qué el Secretario General tuvo que irse y por qué este Vicerrector tuvo que irse. Nunca lo pregunté, solamente quedó parado Bernardo Donoso a quien estimo mucho desde hace bastante tiempo y nunca le pregunté.

Dime la verdad: ¿Qué fue lo que pasó ahí? ¿Fue por ineptitud de manejar un conflicto? ¿Por qué el Contralor? El Contralor y el Secretario General tenían también cargos en la Armada. Eso los comprometía sin duda alguna. Con todas estas cosas aquí, seguramente la Armada llamaba por teléfono al Rector. Bueno, todo eso se transformó en “un berenjenal”. Realmente, la peor experiencia que he tenido.

Yo he ocupado cargos –como se dijo al comienzo de esta entrevista– de distinto tipo: administración universitaria, de política universitaria, de investigación, de cuestiones administrativas de perfeccionamiento, de jubilación, Director de mi propio instituto, jefe de investigación y no hice nada.

Había problemas internos también. Por ejemplo: se le ocurrió a la rectoría anterior evaluar y calificar a los profesores. En un cuaderno que un vicerrector me entregó, estaba anotado de su puño y letra “un sí, un no, un más o menos” para fulano de tal o cual. No había concepto alguno detrás de esa calificación. Pero eso se traducía que había que pagarles menos o pagarles más.

Por lo tanto, me encontré con un cuaderno indescifrable, como el de un investigador de las pirámides de Egipto al enfrentarse a la Piedra Rosetta. ¿Qué significa eso? El Vicerrector anterior ya se había ido de la universidad. Y entonces, con ese cuaderno en el escritorio, me preguntaba todos los días: “¿Qué hago con esto?” Y los profesores decían: “Ese David Carrillo es un inepto que no es capaz de resolver”. ¡Pero cómo voy a resolver!

El Rector tomó la decisión de subirlos a todos y todos quedaron contentos y dijeron: “¿Ven?, yo no merecía estar ahí”. Fue una medida totalmente arbitraria. Fue un muy mal recuerdo.

Creo, sinceramente, porque el tiempo lo ha demostrado, que donde he estado he hecho bien las cosas, porque soy muy dedicado. Si a mí me encargan algo que hacer, lo hago para la universidad y lo hago bien, que todo el mundo quede contento.

Y por el *plus* que se pagaban y se pagan aún, que son muy importantes hoy, siempre lo dije públicamente: “Soy un hombre feliz en esta universidad. Hago mi trabajo y soy feliz. Toda mi familia ha vivido gracias a esta universidad. Mis cuatro hijas estudiaron en esta universidad, no porque fuera gratuita, sino que la Gracia o el Espíritu Santo les dijo estudien en la Católica de Valparaíso muchachas, o su padre va a tener que pagar mucha plata afuera. Todas estudiaron aquí. Y terminaba mis palabras diciendo: ¡Y más encima me pagan! Soy feliz, hago todo lo que quiero hacer y más encima me pagan”.

He sido muy agradecido de la institución. Como que sigo yendo todos los días –a Curauma– no tengo estudiantes ni cursos que dar, y eso que ayer había 0° C. en Curauma.

**EQUIPO:** *Profesor, ¿Usted tiene algún anhelo o un sueño para la universidad que quiera compartir?*

Yo veo ese anhelo cumpliéndose hoy en día, porque hay políticas universitarias que costó mucho implementarlas y aprobarlas. Hay un Reglamento del Personal Académico clarísimo, hay un sistema de incorporación a la universidad que no responde, por ejemplo, a que un decano o un Director que hace la solicitud sea amigo del Rector; o que el Rector apruebe la contratación de un académico entre “gallos y medianoche”. No, hay concursos públicos, hay comisiones. Asimismo, hay candidatos

que vienen, que dan un seminario, se les evalúa y, de acuerdo al resultado, se les acepta y se les propone formar parte de la Planta.

Eso se está dando y, si uno lo mira y lo proyecta en el tiempo, esta universidad será una institución donde todos los profesores sean doctores. Por lo tanto, especializados en un área determinada del conocimiento y que pueden hablar de su propia disciplina con mucha propiedad, con mucha sabiduría y con un gran amor por la institución.

Mi gran preocupación es el individualismo que aparece, no solamente en la universidad, sino en todas las organizaciones sociales que existen. Un individualismo increíble y eso nos puede llevar –ese es mi gran llamado de atención– nos puede transformar en un “archipiélago”, un montón de islas inconexas, donde cada uno trabaja en lo que le interesa.

Hoy existe incentivo económico por un trabajo académico, cosa que antes no había. La mayor parte de mis publicaciones fueron hechas sin haber recibido un peso por ellas. ¿Ustedes sabían que un profesor que publica un artículo en una revista ISI de corriente principal gana un millón y medio de pesos por él? Es como las cargas familiares en Francia, si tiene un hijo le pagan esto, por dos, esto otro. Y así es como se incentiva la natalidad en ese país.

**EQUIPO:** *Pero es una buena política que otras universidades no tienen.*

No, esta es la única universidad que incentiva con esos montos, ni siquiera en las universidades privadas. En la U. de Concepción le dan \$200.000 o \$300.000 por publicación.

Todas las universidades requieren investigación, por lo que significa el prestigio, el conocimiento, porque publicaciones y libros significa estar en la elite del país.

**EQUIPO:** *¿Usted ve un peligro que el incentivo esté asociado...?*

No, yo creo que hay que dar ese incentivo, pero que no sea tan grande. Yo les digo: por la mayor parte de mis publicaciones no recibí un peso. Este año, en mi laboratorio ya tenemos tres publicaciones. Nos han pagado 4 millones y medio de pesos, que los repartimos –por supuesto– con la colega que está al lado mío y, también, con los estudiantes que han participado. Ese es incentivo para los profesores. Sin embargo, nosotros –no digo los demás de mi propio Instituto– repartimos no en forma igualita-



ria, porque sería injusto también. A cada cual lo que le corresponde: tú trabajaste aquí 6 meses, tanto. ¿Y tú? Nada... nada. ¿Ustedes saben por qué la universidad Católica de Valparaíso da esa cantidad de plata y por qué las otras también quisieron dar todo eso?

**EQUIPO:** *¿Para ser una universidad “compleja”?*

Por supuesto, y que en las acreditaciones se noten las publicaciones. Pero también, porque la universidad recibe en su presupuesto una cantidad de dinero muy importante por esas publicaciones. Yo no voy a tirar un valor, pero les voy a decir que hace 6 u 8 años atrás, a un Vicerrector se le salió y señaló que: “por cada publicación, la universidad recibe al año siguiente unos 6 millones de pesos”. Sacar un millón y medio de esos 6, súper bueno para la institución. Y si la institución publica 200 artículos en revistas ISI, es una cantidad de dinero importantísima.

Mi preocupación apunta –decía hace un rato– a que los profesores se dediquen solamente a publicar, porque como es mucha plata, y cuando viene un estudiante: “Oiga profesor, quiero que me explique... no, ven la próxima semana que estoy ocupado”.

Yo conocí la realidad española cuando hice el doctorado. Los catedráticos eran inalcanzables, dioses, no iban todos los días a la universidad. Y si uno quería hablar con un catedrático, había que pedirle audiencia a la secretaria, y ella te decía: “Venga en 15 días más”. Y el catedrático lo recibía: “Dígame, tal cosa, listo, adiós”.

Entonces, puede que extrememos las cosas. Llegar a un punto tal en que los profesores estén preocupados de ganar y ganar dinero; publicar, ser los mejores en publicaciones del país –y del continente si ustedes quieren– pero ¿quién va a “pagar el costo” de eso? Los propios estudiantes, la docencia. Ustedes saben, quienes tienen la responsabilidad docente y los que la han recibido, que una clase no es ir a pararse delante de un curso y dar un discurso de una hora y media, sin haber estudiado previamente, sin haberla preparado. Hoy día es “Power Point”, antes eran transparencias, antes eran las diapositivas, antes era el papelógrafo.

Ese es mi temor. Los profesores jóvenes de hoy, cuando un Director le dice: “Te voy a nombrar en determinada comisión para que estudien el tema tal”. El docente responde: “Sí, pero lo que pasa es que tengo muchas

actividades, tengo un curso, tengo un proyecto en que debo dar cuenta, libérame en lo posible, no me dejes metido en esta cuestión, porque voy a perder tiempo”. En mi propio Instituto, lo puedo decir abiertamente, se nombró a un profesor joven a cargo de la acreditación de una de las tres carreras del Instituto. Pasó un tiempo y no había ninguna señal de que estaba haciendo algo, hasta que el Director un día recibe una carta renuncia, porque él tenía que dedicarse a la investigación, estaba perdiendo mucho tiempo.

Antes, me acuerdo todos éramos “soldados” de la causa. El Director lo nombraba a uno en la comisión y uno iba a la comisión y se llenaba de reuniones, horas y horas, sin esperar nada a cambio. Hoy, el compromiso no es tal y el atractivo está en tener más dinero.

Varios profesores de Química, de Física y de Matemáticas han sido distinguidos como Profesores Eméritos. Ser emérito no significa ser un “hombre caído del cielo”. No, es simplemente un hombre que ha hecho su trabajo y se ha entregado a la institución. Han llegado profesores jóvenes, que tienen oficina igual que las que tienen los viejos profesores y como los espacios no son infinitos, buscan y presionan para que el profesor viejo se vaya luego. No hay una valoración –que es otro de los peligros– del profesor antiguo, ese que tiene la sabiduría de pararse en una reunión que está casi “en llamas”, decir dos palabras y dejar que las aguas estén tranquilas. O el profesor que aconseja a un profesor más joven para que no cometa los errores que está cometiendo, porque a esas alturas uno puede decir muchas cosas sin ningún interés personal, es gratuito y hay ciertas actitudes contra los profesores más antiguos en algunas unidades académicas, que es realmente preocupante.

Yo no puedo entender... menos mal que Carlos Wörner está ocupando –ahora– un cargo en la administración central, pues se trata de un hombre de una experiencia increíble. Fue uno de los pocos que logró superar los obstáculos en su propia unidad académica. Se fue a Argentina e hizo su doctorado en Bariloche, en el Centro de Energía Nuclear. Fue, incluso, Vicerrector de Desarrollo de esta universidad y, en Física, en su propio Instituto, nadie quiso nombrarlo, con el voto de los jóvenes. Eso es inconcebible.

A mí me da ‘no sé que’, que yo sea el único Profesor Emérito en el Instituto de Química, y no mis otros colegas, con quienes trabajamos “codo a codo”, por muchos años, por hacer grande la Química, el Instituto,

la universidad. Ricardo Córdova, por ejemplo, también fue decano de la facultad, fue Consejero Superior, tuvo mucha actividad y no lo han querido reconocer.

Es cierto que no hay un límite de tiempo para ser reconocido. Ricardo ya no está viniendo a la facultad, lo cual es una pena. Podrían nombrarlo Emérito, si no es obligación ir todos los días. Si yo voy, no es porque sea Profesor Emérito, es porque tengo dos estudiantes de doctorado, tengo responsabilidades con ellos. Entonces, ahí hay que tener una preocupación, evitar que ocurra lo que ya comienza a notarse.



Yo veo –para los 100 años– una universidad de un gran prestigio académico. Los jóvenes, la mayoría va a quedarse en la universidad. Otros, van a buscar nuevos rumbos, nuevos caminos. Seremos menos, pero no importa. Si entran 30 cada año, bueno, que se vayan 10, no estará mal.

Lo que me preocupa, porque tuve conocimiento cuando era Director de Personal y Perfeccionamiento Académico, es que en algunas unidades académicas de mi sector, algunos profesores asociados se iban porque en la universidad “X”, en Santiago, le ofrecían \$80.000 más. Cuando un joven toma la decisión de irse de esta universidad por estos motivos, es porque no la conoce o es porque está demasiado involucrado en el dinero. Al final se termina diciendo: “Qué bueno que se haya ido”, pero duele que puedan haber otras personas que también la cambien por otra que le ofrece \$100.000 más.

Esta universidad tiene muchas cualidades. Yo no me imagino un Director, un decano, un Rector haciendo alguna “trampa” a la universidad. Trampas económicas, “gastarse la plata” en otra cosa, no me calza.

Quisiera contarles una anécdota. A fines de los ochenta, a alguien se le ocurrió crear un grupo de amigos que se reunían una vez al mes, en la casa de uno de ellos. Se le dio una connotación al grupo como si fuera un grupo masón, por ejemplo. Más bien era una especie de cofradía. Se llamaba algo así como “LufeluPeregoAlcada”. Lufelu, porque había uno que se llamaba Luis; otro, se llamaba Fernando, había otro Luis que se murió. Había uno con “Pe” y “da” era David: LufeluPeregoAlcada.

**EQUIPO:** *Hemos sabido de ella. Hemos visto fotos de sus integrantes, pero no hemos sabido el contenido de sus reuniones.*

No era una secta. Simplemente, nos reuníamos a discutir la realidad del país y de la universidad, fuera de acá. Es increíble cómo nos afectan las paredes. Si nos reunimos un grupo aquí y hablamos algo, las paredes influyen de manera impresionante. Aquí uno se comporta de una forma académica. Nos íbamos a la casa de este amigo –la casa era el “templo”– siguiendo un poco el juego de los masones.

Después se amplió, y se incorporaron otros miembros. El Padre Pedro formaba parte. Los mejores momentos en su tiempo. Lo pasábamos de maravilla. El encargado que era Lucho Nicolini, que falleció. Él nos mandaba unos mensajes por escrito, en un sobre, con recortes de diario que él coleccionaba y que eran los temas a discutir. Las noticias más extravagantes ahí estaban.

**EQUIPO:** *¿Eran tertulias?*

Tertulias, sí. Entonces, la tabla decía: “Cada cófrade llevará según su gusto y deleite un producto derivado del cerdo”. Por supuesto que el dueño del templo ponía el vino y nos pasábamos las horas, nadie se quería ir. ¿De qué hablábamos? De todos los temas. Me acuerdo que Lucho Nicolini una vez planteó el tema que se instalaría en Chile una universidad SEK –¿Y eso que es?– Él ya tenía toda la información. universidad SEK, un holding español.

**EQUIPO:** *Profesor, usted fue saludado en la universidad por el Presidente Aylwin. ¿Cómo fue eso?*

Lo que pasa es que la primera universidad que visitó el Presidente Aylwin cuando salió elegido fue esta. 27 de julio de 1991. Era Bernardo Donoso nuestro Rector. Él nos mandó una invitación a cada uno de los miembros del Consejo Superior.

245

Entonces, llegó Aylwin, con la sonrisa que lo caracteriza. Bueno, llegó vestido con todo el poder, con toda la vitalidad. Nos saluda a cada uno con una sonrisa. Uno, simplemente estiraba la mano y el Rector Donoso iba presentándonos a cada uno. Bernardo dio el discurso en el Consejo Superior. Luego, Aylwin agradeció y ofreció después un discurso en el Gimnasio.

**EQUIPO:** *Profesor, le agradecemos sinceramente el tiempo que nos ha obsequiado.*

Muchas gracias a ustedes por la oportunidad de compartir algunos recuerdos.





*Los jesuitas estuvieron más o menos 10 años acá y el padre Jorge González fundó escuelas y amplió la Universidad de una forma tremenda, lo que se favoreció por sus relaciones con diputados y senadores, fundamentalmente de los partidos conservador y liberal.*

## ENTREVISTA

# Enrique Aimone Gibson

3 DE AGOSTO  
DEL 2013

*EQUIPO: El Profesor Enrique Aimone Gibson es Licenciado en Ciencias Jurídicas y Sociales por la universidad Católica de Valparaíso y abogado. Ha sido Director de la escuela de Derecho de la universidad, Senador Académico, Secretario General, candidato a rector, miembro del Capítulo Académico como también decano de la facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales. En el año 2012 recibe la condecoración Fides et Labor por méritos académicos, docentes y administrativos en la Pontificia universidad Católica de Valparaíso. Además, durante veinte años fue abogado integrante de la Ilustrísima Corte de Apelaciones de Valparaíso.*

*Profesor, usted ingresa a estudiar Derecho a la universidad en 1950. ¿Podría relatarnos cómo era la universidad que usted conoció cuando ingresó?*

Físicamente, la escuela era un ala del segundo piso en la Avenida Brasil, mejor dicho, en la calle Doce de Febrero. Creo que equivalente a esto [Fondo Budge del primer piso] estaba la oficina del Padre Eduardo Lobos, que era el Director de la escuela, y después venían los cursos. La actual biblioteca/sala de lectura era la sala del primer año, la otra sala era el segun-



do año y cada vez las salas eran más pequeñas –me asustaba un poco– hasta llegar al quinto año.

Éramos cien alumnos en la carrera: cincuenta en primer año y dos en quinto año. Entramos cincuenta, después éramos treinta y seis y egresamos cerca de dieciséis o veinte. Las clases eran solamente en la mañana, empezaban a las ocho y media de la mañana; todos los profesores que tuve están muertos, el último en fallecer fue don Beltrán Urenda Zegers. Con mi compañero Gonzalo Araya Soto fuimos los únicos que no reprobamos nunca una asignatura. Yo tenía hecha la Memoria, me recibí, di el Examen de Grado e inmediatamente hice la práctica, o sea, del sexto año estamos hablando, como quien dice de egreso del colegio. El 19 de diciembre de 1955 juré ante la Corte de Apelaciones y el 6 de enero me embarqué en un crucero a Hamburgo y a Berlín occidental en ese tiempo (Alemania, 1956). Ese fue más o menos mi recorrido.

248

Fui Vicepresidente del Centro de Alumnos de Derecho y Presidente de la Federación de Estudiantes de la universidad Católica de Valparaíso, FEUC-V, por dos períodos.

**EQUIPO:** *¿Tiene usted recuerdos especiales de compañeros a quienes admiraba?*

Bueno, éramos un grupo muy unido. Entre los alumnos estaba Francisco Murillo Soffia, lo menciono en primer lugar porque siempre fue muy deferente conmigo. El hijo, que también se llama Francisco Murillo, asumió una gerencia importantísima después de ser uno de los gerentes del Banco Santander. Otros compañeros míos fueron: Patricio Boffil; Alfonso Herreros; Gonzalo Araya, gran compañero mío, vivía en Limache nos invitaba muy asiduamente a su casa en la Avenida Urmeneta; Carlos Veas Daza también. Después, están las mujeres: Giovanna Chiesa; Elena Jubero; Nora Pérez, no sé si se recibió o no, casada con Carlos Meléndez Infante, que fue el Director del Canal de Televisión e iniciador de la televisión en Chile; Jorge Hansted\* Rojas, gran persona y gran amigo mío.

**EQUIPO:** *¿Y en cuanto a los profesores?*

Los profesores en primer año fueron: en Derecho Romano, don Francisco Vio; en Derecho Constitucional, don Rodolfo Vio, pero él abandonó después porque tuvo un viaje y lo reemplazó don Enrique Vicente Vicente; en Introducción al Derecho, don Raúl Le Roy; y en Historia Constitucional de Chile, el Reverendo Padre Pedro Azócar.



En segundo año, en Derecho Civil, don José Miguel Infante; en Derecho Procesal, don Vicente Octavio del Pino; en Política Económica, en primer año estaba don Renato Galdames González; y luego don Guillermo Cortés Julio; en Derecho Internacional Público, don Jaime Carvallo Soto.

Después, los ramos eran cíclicos, sobre todo Derecho Civil y Procesal, así que no necesito decir que, en tercer año, mi profesor de Civil fue don José Miguel Infante y de Procesal don Vicente del Pino. Además, en Derecho Penal tuvimos a don Martín Sotomayor; en Derecho Tributario a don Jorge Magasich Huerta, y en Derecho del Trabajo a don Alcides Guzmán Varas. Después, en cuarto año –repito– don José Miguel Infante, don Vicente del Pino y ahí se agregan don Oscar Tortello y otras personas y otros ramos que no recuerdo en este momento.

**EQUIPO:** *¿No fue don Arturo Zavala su profesor?*

Don Arturo Zavala no lo fue. Ahí yo asumí, en cuarto año, la presidencia de la Federación de Estudiantes de la universidad. En quinto año, nuevamente don José Miguel Infante, pero después fue mi profesor don Enrique Wiegand Frödden, que era el decano de la facultad. Estaban también don Carlos Eduardo Hughes, en Derecho de Minería y don José Florencio Infante, hermano de don José Miguel, en Derecho Internacional Privado. En Filosofía del Derecho estaba el Padre Rafael Gandolfo, de la Congregación de los Sagrados Corazones (SS.CC.), gran filósofo, no solo del Derecho. Esos fueron mis profesores.

Rendí mi examen de licenciatura y, como les digo, hice mi práctica obligatoria y después me recibí de abogado el 19 de diciembre de 1955 y me embarqué a Europa en 1956. Fui a Berlín por una beca. Llegué a Teckenburg en ese tiempo. Viajé hasta Hamburgo desde Buenos Aires. Me instalé en una pensión y ahí estuve trabajando y aproveché de hacer traducciones en varios países. Llegué hasta Ceylán, lo que hoy día se llama Sri Lanka. Conocí bastantes países del Medio Oriente y también estuve trabajando en Viena, siempre en tareas de traducción y de apoyo a estudiantes. Llegué acá en el año 1957 y asumí como profesor.

**EQUIPO:** *¿Cómo era el ambiente universitario cuando usted era estudiante?*

Cuando yo tenía que sacar un certificado para demostrar a cuántos alumnos representaba como Presidente de la Federación, eran 1.050 en el año 1954. Éramos muy dados al estudio, no se exigía mucho en el año, pero

los exámenes finales eran horribles: la nota del año no valía nada, una pregunta que usted no sabía y listo, se acababa el examen. Durante el año era muy laxo, a veces, no había nada que hacer. Los profesores no se preocupaban de la asistencia y, si un profesor llegaba tarde, llegaba tarde nomás; y si un profesor no venía, nosotros estábamos en el pasillo, conversábamos y conversábamos. Y por eso se labraron, quizás, algunas amistades muy fuertes y muy interesantes. Se conversaba bastante, era un ambiente universitario.

Las clases eran solamente en las mañanas, y en las tardes había gente que trabajaba en estudios de abogados, en lo que se llama procuradores, es decir, llevando y trayendo información desde y hacia los tribunales. Eso fue más o menos el recorrido nuestro, el recorrido mío en esta universidad Católica.

Les voy a decir otra cosa también: el nivel de estudios no era alto, prácticamente no había biblioteca. Yo me compré mis propios libros para hacer la Memoria, no estaban en la biblioteca. Lo que hay hoy día, la infraestructura de la facultad de Derecho, es impresionante comparado con la nuestra.

Ingeniería Química era –diría yo– la facultad estrella porque estaba ahí el profesor de matemáticas don Luis Cortázar. Otro muy amigo mío fue Jorge Bravo. Estaba también Luis Scherz, que fue Embajador en la República Checa. Estaban Agustín Alberti y Monseñor Carlos Camus, quien también era Ingeniero Químico por la universidad.

Un compañero mío distinguido fue Fernando Rozas, pero sonaba más para la música que para el Derecho. Según él mismo, el Derecho le fastidiaba. Él fue uno de los pocos que hizo de la música una especie de “actividad lucrativa” –en el lenguaje de los alumnos sería una cosa horrible–, pero lucrativa en el sentido de una actividad con la cual uno puede sostenerse económicamente.

**EQUIPO:** *Usted ha sido dos veces decano, ¿cómo recuerda su período en el cargo?*

La segunda vez fue muy agradable, pero la primera muy conflictiva, porque me tocó todo el conflicto de 1967 y yo fui uno de los líderes de la fracción anti-Reforma. Entonces, fue muy conflictiva, muy dolorosa y muy violenta en las tomas de los recintos. Pero las tomas y los conflictos no partieron allí, creo que la universidad se fundó en el 1928 y se cerró

por conflictos con los estudiantes en la década del 30. Yo entré en la década del 50 y hubo un conflicto fuerte con el Rector de entonces, el Presbítero don Malaquías Morales, porque no se llevaba bien con la gente.

No sé quién lo cambió. De ahí, la universidad pasó a ser administrada por la Compañía de Jesús, con el rectorado de diez años del Padre Jorge González Förster, y además estaban el Padre Raúl Montes y el Padre Alfonso Salas, con quien tuve una muy buena relación, porque era prácticamente su monaguillo.

Los jesuitas estuvieron más o menos diez años acá, periodo durante el cual el Padre Jorge González fundó escuelas y amplió la universidad de una forma tremenda, lo que se favoreció por sus relaciones con diputados y senadores, fundamentalmente de los partidos Conservador y Liberal.

Conflictos de la universidad yo no viví mayormente. Hubo una huelga de Medicina muy fuerte, pero de la facultad de Medicina de la universidad de Chile, la cual consiguió el apoyo de todos los estudiantes del país para llevar a cabo dos o tres días de huelga general.

**EQUIPO:** *¿En qué año sucedió eso?*

Eso fue en el año 1953, durante el gobierno de don Carlos Ibáñez del Campo.

**EQUIPO:** *¿Cómo vivió el período de la Reforma, siendo usted contrario a esta?*

En 1968 asumí como Presidente de la Comisión de la Reforma. Fue realmente muy tenso, muy violento, había insultos en las calles y en todas partes. El clima era muy violento y nosotros quisimos vivir en paz, la idea era estudiar.

**EQUIPO:** *¿Fue complejo para usted ser Secretario General con rectores delegados bajo un gobierno militar?*

No, no fue complejo. Pero de repente vino un rector y me sacó del cargo. Don Matías Valenzuela me pidió la renuncia, porque trajo un equipo desde afuera. El rector Hugo Cabezas, fue cuasi pariente mío, en el sentido de que su hijo se casó con una nieta mía, pero eso ocurrió después. Con el rector don Víctor Wilson Amenábar la relación fue muy cordial, almorzábamos juntos.

**EQUIPO:** *¿No eran tiempos difíciles en la universidad?*

No, no, porque era un tiempo muy controlado, no se podía hacer nada. Cosa curiosa. Voy a decirlo todo y no voy a esconder nada, porque no soy candidato a nada. Justo cuando el último rector se iba, la universidad acordó condecorar al General Augusto Pinochet. Y yo lo condecoré.

**EQUIPO:** *¿Usted le entregó la medalla Virtud y mérito a Augusto Pinochet?*

No, no se la entregué, se la clavé en el pecho, que no es lo mismo ¿no es cierto? Lo último es más peligroso, si lo pincho, me paso. Ni siquiera me miró. No me miró para nada. “Permiso General” le dije yo y él, impertérrito. Después dijo algunas palabras. Sus palabras eran amenazantes, siempre [*imita a Pinochet*]: “Por eso señores, tanto y tanto, que quieren volver a la situación de antes, van a ver lo que les va...”. Y nunca decía lo que les iba a ocurrir. Algunas personas todavía recuerdan que se dio la orden de que cada facultad expulsara a los “revoltosos” y luego los expulsados vinieron a mí y reincorporé a mucha gente, que hasta el día de hoy me lo reconoce. “A mí me echaron, pero Enrique Aimone me reincorporó”, dicen algunos.

**EQUIPO:** *Y, ¿cuándo fue la condecoración de Augusto Pinochet?*

En el año 1976. Fue un año muy duro para todos porque ahí se empezó a establecer el modelo económico, ahí creo que vino la Reforma de Büchi. Miren, yo estaba pensando una cosa: los últimos actos de autonomía económica, y no lo digo porque yo sea militante de un partido político, fueron de Eduardo Frei Montalva, cuando Chile nacionalizó el cobre.

No menciono a Salvador Allende, que estatizó el cobre. ¿Por qué? Porque no resultó. Pero esos fueron los actos de autonomía. Después, el ministro de Pinochet, Hernán Büchi, bajó los aranceles, que eran todos muy altos e impedían la importación. Los bajó al diez por ciento parejo y, desde entonces ¿qué es lo que pasa? Chile se insertó en una economía global y, por lo tanto, hoy en día no maneja su política económica. No hay nada posible de hacer, porque tenemos que competir con el mundo y estamos en una economía globalizada. Nada que hacer, simplemente mantener el modelo económico.

Quien diga que hay que cambiar el modelo, no sé cómo lo podría hacer, porque el modelo consiste en ser competitivos. Al modelo, no hay nada que hacerle, porque estamos en una economía global en la cual no podemos dejar de competir. Y hay una fecha clave que fue esa de Büchi. Porque al bajar los aranceles, se hizo más rentable importar que producir, y se produjo un incremento impresionante de cesantía. ¿Qué ha ocurrido?

Muy poco en economía, porque la economía está muy estabilizada. Si ha habido progreso, ha sido en los salarios.

**EQUIPO:** *Usted mencionó que el ambiente acá, ocasionalmente, era conflictivo, pero en el ámbito académico, ¿creció la universidad? ¿Se crearon nuevas escuelas?*

La historia es la siguiente: hubo una controversia muy fuerte dentro del equipo que formábamos: el Rector Víctor Wilson, el Vicerrector de Finanzas que se mantuvo siempre, Bernardo Donoso, y Héctor Herrera. En ese momento, no había facultades, sino escuelas profesionales e institutos independientes, porque ese fue el modelo heredado de la Reforma Universitaria.

Bernardo Donoso y yo fuimos acérrimos partidarios de no alterar esto, pero Héctor Herrera ganó esa pelea. Él quiso crear y restablecer las facultades, y fueron así restablecidas durante el gobierno militar.

**EQUIPO:** *¿Era un problema armonizar escuelas e institutos dentro de facultades?*

Claro que era un problema. Les voy a explicar cómo en la facultad de Derecho sufrimos esto. Salvo Derecho y Literatura, todas las demás facultades utilizaban las matemáticas. Entonces, el modelo era que la matemática fuera impartida desde un Instituto de Matemáticas, que determinara los programas e impartiera las clases. Y eso no calzaba con las escuelas que querían atender sus propios requerimientos de matemáticas, en la medida de sus propias disciplinas.

Y así, nosotros sufrimos mucho con el Instituto de Ciencias Sociales y Desarrollo, que tenía Economía, Ciencia Política y Sociología. Entonces, pretendió siempre establecer sus criterios, por ejemplo, para el Derecho Constitucional. Lógicamente, que el Derecho Constitucional tiene mucho que ver con la Ciencia Política, pero no es la Ciencia Política. Y la economía que nosotros necesitábamos no era la economía que se enseñaba allí. Entonces, hubo fricciones que duraron mucho tiempo entre institutos y escuelas.

En otros casos, también hubo una presión muy fuerte. Al establecerse las facultades algunos institutos desaparecieron o se limitaron al ámbito de investigación de su propia disciplina madre. Eso ocurrió muy fuerte en lo pedagógico, por ejemplo. ¿Cuál es la disciplina clave ahí, la pedagogía o lo enseñado, la actividad o el objeto? Ahí no calzaba el modelo, esa es la verdad de las cosas.

Lo que pasa muchas veces con los modelos es que son simplificaciones muy interesantes, pero a veces, en la práctica, no coinciden. Enseñar matemáticas es distinto a enseñar literatura, a pesar de que en ambos tenemos el verbo “enseñar”: ¿qué es docencia?, ¿qué es pedagogía?, ¿qué es método?

Este fue el tipo de conflicto que el modelo trajo consigo. Se quiso aplicar un modelo a ultranza, puro, pero a veces no se consigue y hay que adaptarlo, y al adaptarlo se desnaturaliza. Entonces, ahí viene la lucha entre los puristas y los prácticos.

**EQUIPO:** *Después de más de sesenta años en esta universidad, la cual conoce como estudiante, como académico y como miembro del gobierno universitario, en su opinión, ¿qué sello particular tenemos como universidad?*

Fíjense que yo echo de menos la catolicidad. En Milán, la principal universidad se llama Università Cattolica del Sacro Cuore, y es la universidad más importante de la segunda ciudad de Italia. En otras partes, hay universidades católicas también, creo que en Perú, Brasil y Argentina.

La catolicidad la conocí a través de la Acción Católica, que contaba con doscientos miembros de un total de mil alumnos de la universidad. Doscientos eran de la Acción Universitaria Católica (AUC) y también había estudiantes de la universidad Técnica Federico Santa María.

Se trataba de lo siguiente: había manifestaciones de religiosidad, como por ejemplo, una procesión del Sagrado Corazón de Jesús, que es el Patrono de la universidad. Creo que eso no es una cosa de beatería ni nada. Ingeniería Química, por ejemplo, “producía curas”.

¿Cómo se concretaba la religiosidad? Esta era una de las peleas más fuertes en lo que fue la revolución universitaria. Oí a algunos distinguidos profesores que decían “suprimamos lo de ‘católica’” pero, como estaban aliados con los de la escuela de Arquitectura en donde había una fuerte catolicidad, tuvieron que acallarse. “La universidad es nuestra”, decían los alumnos, “entonces nosotros podemos cambiarle el nombre y llamarla universidad de Valparaíso”.

Entonces, lo que ocurre es lo siguiente: esta universidad es católica, es una obra de la Iglesia, no se puede ir en contra de los principios de la Iglesia, aunque –para los efectos de ser alumno de la universidad– no es necesario profesar la religión católica, pero sí es necesario respetarla. Eso rige hasta

ahora y me costó a veces unos ‘coscachos’. Una persona, por ejemplo, que en ese tiempo se divorciaba o anulaba su matrimonio, no podía tener cargo directivo superior en la universidad. Ahí se exige, al menos, el respeto a los principios católicos.

Y como les decía, la festividad principal de la universidad era el Día del Sagrado Corazón, con una procesión interna impresionante, y con cada escuela representada con su altar, cánticos en latín y todo lo demás.

**EQUIPO:** *¿En qué año se daban esas procesiones?*

Desde el año 1950 hasta el 1956–1957. Creo que se pierde un poco con los jesuitas. Estoy hablando del tiempo de don Rafael Lira Infante, durante cuyo episcopado entré yo a la universidad. A don Rafael Lira lo sucedió don Raúl Silva Henríquez y, después, hubo un trueque con Monseñor Emilio Tagle.

Monseñor Emilio Tagle parecía un sacerdote... muy, como quien dice, “agresivo” en La Florida y Raúl Silva Henríquez era el Director de CARITAS, es decir, un hombre de números. Entonces, el Nuncio Apostólico Sebastiano Baggio creyó necesario hacer un trueque y llevó a Raúl Silva Henríquez al Arzobispado de Santiago, una persona menos conflictiva y menos avanzada; y a este “avanzado” que era Monseñor Emilio Tagle decidió trasladarlo a la Diócesis de Valparaíso. O sea, como quien dice, el Papa es infalible pero los Nuncios no.

**EQUIPO:** *¿Qué significó pasar de universidad Católica a la denominación de Pontificia universidad Católica?*

No he notado cambios y no es una crítica ni una cosa que lo diga en tono de burla. Es como decir “Sir”. O sea, son títulos y establecen más jerarquía. Creo que eso no es vano: si uno dice, “esta es la Pontificia universidad Católica”, uno tiene que comportarse y rendir conforme a lo que se espera.

**EQUIPO:** *Son los años 90 y usted es candidato a rector con otro candidato que es de su mismo partido. ¿Nos podría explicar la diferencia entre ambos o qué pensaba usted para esta universidad?*

Lo mismo, yo creo que pensábamos lo mismo. Me pidieron ser candidato, pero el triunfo de Bernardo Donoso sobre mí fue abrumador. Con Bernardo siempre hemos tenido la mejor relación. En realidad, lo digo con toda franqueza y no me pesa ni nada. Si lo hubiera pensado bien, no hubiese sido candidato, pero hubo un grupo que insistió y alguna gente,

curiosamente, de repente dijo: “tú habrías hecho una mejor rectoría que Bernardo Donoso”. No lo sé, no lo sé.

El problema en ese tiempo era financiero. El gobierno militar –y no tengo ninguna pretensión política, pero es la verdad– les asignó a todas la universidades que dependían del Estado la parte fuerte del presupuesto, de acuerdo a los alumnos matriculados sobre determinado puntaje. Aunque no conozco bien el mecanismo, a la universidad no se le reajustó, y cayó en un déficit de recursos muy fuerte, porque la consideraban una universidad conflictiva en esos tiempos. ¿Cómo se salió de eso? No lo sé, yo creo que con cuentas fuera de presupuesto, de libre disposición y todo lo demás.

**EQUIPO:** *¿Cómo se imagina la universidad del mañana?*

No sé. Yo creo que aquí se necesitan más recursos para la investigación y para la producción científica, eso es lo que interesa. Porque creo lo siguiente: nosotros, como país, importamos todo. No hay creación propia. Si de repente uno va y ve cosas importadas, algunas son muy insulsas.

Ustedes a lo mejor se acuerdan de los buzones colorados de correos. Llego a Londres y lo que más me llamó la atención eran los buzones colorados de fierro. ¡Bah!, dije yo, ¿esto lo habrán traído de Chile? No, no lo trajeron de Chile. Cosas así uno las ve repetirse y sobre todo en Valparaíso, que fue antes una ciudad inglesa y alemana, allá en el puerto y en el cerro Alegre, y acá en el Barrio El Almendral, fue una ciudad española e italiana, esa es la verdad de las cosas. Caracterizada porque, allá el jefe vivía en el cerro Alegre y bajaba en ascensor a su gran oficina, generalmente naviera-bancaria; y acá, la característica era que el dueño vivía en el segundo piso y, en el primer piso, tenía su negocio que podía ser almacén italiano, ferretería o panadería española, etc.

**EQUIPO:** *¿Cuál es su visión del país?*

El país lo encuentro mal, hay cosas que, no sé, la libertad es buena, pero hay demasiada libertad y hay cosas que se han desnaturalizado. Ejemplo de ello: la familia y el matrimonio, están desnaturalizados absolutamente, eso no lo podría negar nadie.

¿El país? No soy optimista del país, pero sí lo soy en cuanto a que la universidad Católica puede ser acá, en Valparaíso, un centro para salvar algo. Pero el mundo está peor hoy día, el avance es puramente económico.



Otra cosa que es muy importante: el modelo constitucional –y no digo con ello que haya que hacer una nueva constitución– está desquiciado en el sentido natural, que es “salido de quicio”.

Si alguien quiere una cosa hoy día no va al Congreso, pues el Congreso no resuelve nada, va a la calle. Donde se piden las cosas es en la calle y no se piden con razones. Y lo que antes era el documento que expresaba razones, hoy día es la pancarta. Y la pancarta es escriturar el grito, nada más. Eso es, porque en la pancarta cabe poco, “¡FUERA!” o “¡VÁYASE!”, no cabe más, no cabe un raciocino aristotélico, que son tres líneas.

Estuve estudiando la Ley de Pesca y el Mensaje que introduce el Proyecto tiene cincuenta páginas. Es mucho. La pancarta, en cambio, es breve. Pero para fundamentar, para que la ciudadanía entienda una Ley de Pesca, no le pueden dar cincuenta páginas, porque dicen: “no lo voy a leer, no tengo tiempo”. Ese es el problema. Ustedes tienen que darle cosas breves a la gente, para que dispongan de tiempo; o si no, nadie lo lee.

**EQUIPO:** *Profesor, ¿usted ejerció también como abogado?*

Claro que sí. A veces, me reprochan que mi situación económica pudo haber sido mejor fuera de la universidad. A lo mejor, pero a veces, la profesión de abogado tiene buenos y malos clientes también. Tiene períodos en que es interesante alegar y otros en que no es interesante hacerlo. La única opción mía era ser abogado, porque para juez no servía. A pesar de eso, fui durante veinte años Ministro Suplente de la Corte de Apelaciones –para no decir Abogado Integrante– que a lo mejor la gente no entiende lo que es.

Ser Ministro Suplente fue una experiencia que me sirvió para conocer el otro lado de la profesión de abogado, que es muy distinto. Es como en el almacén, no es lo mismo comprar en el almacén que vender en el almacén; no es lo mismo estar con el bisturí que estar en la camilla, son dos roles totalmente distintos.

**EQUIPO:** *¿Cómo financió sus estudios? ¿Era muy cara la carrera?*

Les voy a decir lo siguiente: mi madre pagó una matrícula anual de \$350 de hace sesenta años, los que deben ser unos \$30 mil de hoy, no más que eso. Pagué entonces \$150 mil por mi carrera. Era la única manera de que yo hubiera sido profesional, de otra manera habría sido imposible.

Por otro lado, los profesores no ganaban mucho dinero. No tomaban

esto como algo lucrativo, como una carrera profesional, sino que eran abogados que ejercían y que, sobre todo por el cariño a la Congregación de los Padres Franceses, hacían sus clases por remuneraciones miserables.

**EQUIPO:** *En sus inicios como profesor ¿era bien remunerado?*

Era muy divertido porque cuando comencé a ser profesor, los pagos eran muy irregulares, no se sabía el día de pago. De repente, se esparcía el rumor “llegó don Humberto Navarro” y se formaba una fila de profesores frente a la capilla, que era donde estaba Tesorería. Estamos hablando del día 3 o 4 del mes. Don Humberto atendía a diez personas y la fila era de veinticinco. De pronto, se cerraba la ventanilla: los que tenían el cheque, corrían al banco a cobrar y se lo pagaban a tres o cuatro. Al resto, se lo protestaban.

**EQUIPO:** *Entonces ¿la situación financiera de la universidad era insuficiente?*

258

A quien admiraba era al Padre Jorge González que no se hizo nunca problema por esto. Él atendía y su audiencia era con una puerta de vidrio, de un metro setenta. O sea, todos sabíamos en qué estaba el Padre y a quién estaba atendiendo, lo que se llama ahora transparencia. A las doce y media cerraba, no había más audiencia y se iba a almorzar a su casa, es decir, a la Casa de los Jesuitas. De repente, se iba a Santiago y se conseguía dinero. Hablaba con todos sus amigos de los partidos Conservador y Liberal, se conseguía algunas platas y arreglaba las cosas, pero jamás se descompuso, nunca.

**EQUIPO:** *Háblenos, por favor, de algunos momentos complejos que vivió la universidad.*

Ha habido acá incidentes fuertes. Tomas, yo he estado en tomas. Hubo una rosca una vez con los alumnos del profesor Héctor Herrera Cajas, que se atrincheraron en el tercer piso, en el Salón de Actos y creo que tuvieron que venir los bomberos y todo lo demás.

Una vez estuve en la toma, cuando vino a Chile Fidel Castro en noviembre de 1971. Entonces, Fidel Castro era recibido por las autoridades, allá en la Intendencia. Estábamos en plena época de Allende. Después, fueron unos estudiantes anti-gobierno a protestar contra esto, con las consecuencias siguientes: eran muchos más los adherentes a Fidel Castro que los que protestaban. Tuvieron que correr para acá y refugiarse en la Casa Central de la universidad y al final, algunos se arrancaron, pero Claudio Díaz –me

acuerdo— decía: “Esta es nuestra universidad... y la defenderemos”, y acto seguido saca un plumero. “La defenderemos” ¡con un plumero!

Al final Raúl Allard, que era el Rector, logró salvar a cerca de treinta manifestantes en su oficina y, mientras afuera había mucha gente. Yo era Director de la escuela de Derecho y estaba —me acuerdo— con Carlos de Carlos, que todavía es profesor de acá. Esto lo tengo tan patente: la cosa era realmente violenta, porque los alumnos estaban en la Rectoría, en la sala de Raúl Allard, que no era la Rectoría como ahora, era una sala pequeña. Estaban los que lograron o, mejor dicho, que no lograron arrancar y, perdonando la expresión, hubo que establecer hasta un servicio de bacinicas, obviamente, pues eran horas de horas de tensa espera.

Hasta que como a las siete u ocho llega nada menos que el Intendente, don Carlos Soya, a ver lo que se podía hacer, porque la cosa estaba difícil. Curiosamente, no sé por qué estaba yo ahí.

¿Y dónde fue? En la entrada, en el primer compartimento, ahí entrando a la universidad, ahí estaba el teléfono. Don Carlos Soya estaba aquí, en la universidad. Llegó la CUT también, Emiliano Caballero, a ver qué se podía hacer.

Entonces, el Intendente estaba hablando por teléfono y después —esto me lo confirmó el propio Comandante de la 1ª Zona Naval de Valparaíso— parece que le decía: “Dígame usted lo que le mando”. Figúrense ustedes lo que le mandaba... “No, no, no Almirante, si no es necesario”, respondía el Intendente. Entonces, parece que el oficial le decía: “Pero, sí, inmediatamente, en diez minutos están allá”. ¿Se figuran ustedes quiénes eran? Generalmente, infantes de Marina. “No, Almirante, si las cosas ya están solucionadas”, respondió el Intendente.

Y después al parecer se llegó a un acuerdo de que salían, porque llegó una micro y llegaron carabineros afuera. Entonces, empezaron a salir, era aterrador. Y yo todavía seguía al lado de don Carlos Soya. Tipo que salía, uno de los estudiantes afuera gritaba el nombre. Por ejemplo: “¡Claudio Amenábar!” Y el coro vociferaba: “¡Momio, ladrón, cache y maricón! ¡Momio, ladrón, cache y maricón!” Le tomaban foto y a la micro. Veinticinco veces. Partió la micro y los carabineros cerraron la Avenida España para que no hubiera persecución. Entonces, llegaron al Hotel O’Higgins y ahí, fue una cosa, realmente dramática.

**EQUIPO:** *¿Usted iba en la micro también?*

No. La micro se fue, se fue el Intendente y todos los demás, se distensionó la cosa. Fue algo horrible, realmente horrible. Y los papás, lógicamente, estaban esperando allá a sus hijos para llevarlos en auto, cada uno a su casa. Esos fueron momentos violentos en la universidad, realmente violentos. Otras tomas ha habido, no ha sido una vida fácil la de la universidad, eso es lo que ha ocurrido y lo que yo he visto, doy fe de todo. No soy notario, pero doy fe de todo.

Durante el gobierno militar sucedió que dos rectores delegados murieron, al hilo. Don Víctor Wilson, que tuvo una rosca con no me acuerdo quién y que se murió ahí mismo. Después vino el sucesor, don Hugo Cabezas y también. De pronto, lo fuimos a ver al hospital, porque don Raúl Le Roy nos dijo que estaba hospitalizado pocos meses después de asumido.

Fuimos a visitarlo al Hospital Naval, en Playa Ancha, íbamos con Héctor Herrera, conversando jovialmente en el ascensor. Nosotros supimos que estaba hospitalizado pero no sabíamos por qué. No alcanzamos a llegar, porque simplemente íbamos a saludarlo, porque creíamos que era una cosa de rutina y nos encontramos con que había muerto.

Después, cuando estaba don Matías Valenzuela como rector pasó una cosa un poco extraña. Raúl Bertelsen estaba jurando allá como rector y don Matías Valenzuela seguía aquí.

**EQUIPO:** *El Padre Sapunar llevó la carta de renuncia para despedir a Matías Valenzuela y él no la quiso aceptar: “a mí me nombró el General Pinochet, la Iglesia no me puede sacar”, dijo algo así. Al parecer, hubo dos rectores un día.*

Sí, exactamente, hubo dos rectores. Y don Matías, que ignoraba este nombramiento, seguía trabajando.

**EQUIPO:** *Profesor, antes de terminar nuestra entrevista, ¿hay algo más que nos quiera compartir?*

No sé si haya otra cosa que agregar. No he callado nada.

Pero sí agregaría que Valparaíso era otra ciudad también. ¿Por qué se caracterizaba entonces esta ciudad? Muchos buques a la gira, mucho cura y mucha monja en la calle, carabineros de punto fijo, una ciudad tranquila. En el Cerro Alegre se hablaba alemán e inglés, una cosa que hoy día es impensable, pero los “cabros” eran hijos de ingleses y de alemanes. La escue-

la Italiana estaba acá. Era una ciudad internacional, es decir, una ciudad que era como un terminal de economía internacional. El salitre –dirán ustedes– estaba en el norte, pero la Compañía Anglo-Lautaro estaba aquí, en la calle Serrano, en un edificio maravilloso que existe todavía, el cuarto a partir de la ex Intendencia por calle Serrano.

El edificio del Banco de Londres, hoy día Banco Santander, estaba frente al Turri. El actual edificio del Registro Civil era el del Banco Alemán. El otro era el Banco Alemán Trasatlántico. Después estaba la entrada al ascensor Concepción y seguía el edificio del ex Banco de Londres que es maravilloso, realmente es el mejor edificio de Valparaíso.

Valparaíso era una ciudad rica con gente pobre, pero no era tan pobre. Como yo soy de Concepción, allí alcancé a ver al “patipelado”, es decir, el hombre a pata pelada, que no usaba zapato y que era roto, no en el sentido de insulto, sino que usaba pantalones y chaqueta y todo roto. Eso lo alcancé a vivir, eso ya no existe.

Hoy día, prácticamente, la vestimenta no indica estatus salvo en ocasiones muy importantes. La gente se viste como está más cómoda nada más, no da estatus. En las mujeres a lo mejor sí, mujeres famosas y todo lo demás, pero en general, en las demás personas, no lo da. Esos son los recuerdos; Valparaíso era una ciudad limpia, lástima que esté tan grafiteada, es una pena, me dan ganas de llorar.

**EQUIPO:** *Don Enrique, le queremos agradecer su tiempo y sus recuerdos.*

Gracias. Se los agradezco, realmente. Para mí ha sido una hora realmente bonita. Disfrutada, porque recordar es como quien dice revivir. Recordar viene de corazón. Al recordar, las cosas pasan por el corazón.





*A mí me preocupa que la Universidad no sea presa de esta idea de que todo sea fácil y de índices que no apuntan a la calidad del egresado. Sacar buenos egresados y tener un prestigio cuesta mucho y perderlo no cuesta nada.*

## ENTREVISTA

# Ramiro Mège Thierry

9 DE SEPTIEMBRE  
DEL 2013

*EQUIPO: Hoy vamos a conversar con el profesor Ramiro Mège Thierry. Don Ramiro es Ingeniero en Ejecución en Mecánica de la universidad Católica de Valparaíso y también Ingeniero Civil Mecánico de la universidad Federico Santa María. En la actualidad es profesor agregado de la escuela de Ingeniería Mecánica. Ha sido Jefe de Docencia, Secretario Académico y Director de la escuela. Además, por cuatro períodos fue integrante del Capítulo Académico y Presidente del mismo. Ya en el año 2012 recibió la medalla Fides et Labor de la Pontificia universidad Católica de Valparaíso.*

*Profesor, usted ingresa a estudiar a la universidad el año 1961, ¿cómo era la universidad en ese momento?*

La universidad era bastante pequeña, prácticamente todos los alumnos estaban acá, excepto Arquitectura que me parece que ya estaba en Recreo o se fue en esos años. Era una universidad bastante familiar en ese sentido. El casino, donde está la cafetería actualmente, era el punto de reunión de todos los estudiantes. Ahí estudiábamos, ahí conocíamos a los alumnos y alumnas del resto de la universidad y era un ambiente sumamente grato, muy tranquilo y muy dado al estudio.



La gente, en general, venía a estudiar. Su principal objetivo era terminar los estudios, pero esto no significaba pasarlo mal, sino que había tiempo para todo. Existía el tiempo para estudiar y el tiempo para entretenerse y divertirse. Yo venía de Santiago y rápidamente me fui integrando. Vivía en Villa Alemana. Eran muy pocos los buses que había, así que teníamos el viaje en tren que, en ese tiempo, era lo normal para movilizarse.

Fui adquiriendo nuevos amigos; amigos que naturalmente duran hasta hoy. Ingresé primero a Ingeniería en Química, ahí estuve un semestre, no logré aprobarlo, no alcancé a aprender a estudiar en ese semestre, o cuando aprendí, ya era tarde. Como Ingeniería Química no permitía repetir la asignatura en el segundo semestre, tuve que esperar al año siguiente.

Descubrí que existía Mecánica en la escuela de Técnicos entonces, como una manera de no perder el tiempo, conocí esta rama de la ingeniería, ahí me quedé y de hecho, nunca más reprobé un ramo. Por eso, considero que ese semestre en Ingeniería Química, si bien, me fue mal, aprendí cómo debía enfrentar los estudios, tanto aquí como en la universidad Santa María, pues no volví a tener problemas con ningún ramo y eso no era cosa fácil.

**EQUIPO:** *Don Ramiro, ¿recuerda usted profesores que lo hayan marcado en su enseñanza, en su ejercicio profesional?*

Sí, claro, hay varios. Un profesor —creo que de Física— fue Luciano Laroze, muy poco querido, porque era exigente y terrible. Él venía de la universidad Santa María a hacer clases acá, era de una exigencia alta y parece que nosotros lo molestábamos un poquito en clases, porque no le gustaba respondernos las preguntas. Le hacíamos preguntas y nos decía: “Ah, bueno, claro...” y seguía dando la clase. Pero había que estudiar, de tal manera que nos marcó, porque nos obligó a estudiar y a ser un poco autodidacta en algunas materias, porque en las clases no se le entendía todo.

**EQUIPO:** *¿Era italiano?*

No, chileno. No sé qué ascendencia tenía, pero tenía un tono un poco extranjerizado, pero él era chileno. Ese creo que fue el primero. Después, tuve otros profesores como Manfred Busch que también era Ingeniero de la universidad Santa María. Él trabajaba normalmente en la Refinería de Petróleo en Concón y nos hacía clases de Termodinámica. Tenía la gracia



que, aparte de pasar la materia —en realidad, la materia era lo que menos le preocupaba— a él le gustaba hacernos ver las cosas que nos rodeaban. Así que, de repente, podíamos estar en clases, miraba al cerro y veía un edificio que se estaba construyendo, o algo así, y nos hacía reflexionar sobre eso. Después de unos minutos, pasaba la materia que tenía que pasar.

Era muy exigente. De hecho, creo que aprobaba la mitad del curso, de los cuales la mayoría eran repitentes del curso. Pero nos marcó en ese sentido, de mirar las cosas más allá de la simple ingeniería, de poder observar el mundo con otro lente, porque me imagino debe pasar en casi en todas las carreras: que uno estudia una cosa y se centra en eso sin tener mirada hacia los costados.

**EQUIPO:** *¿Usted percibe que en la escuela de Mecánica hay un sello que la distinga de otras escuelas en el país?*

Sí, y es precisamente eso. Primero, es el trato con los alumnos, que es muy cercano, siempre manteniendo la relación en tanto que uno es profesor y el otro el alumno. Cualquier alumno en cualquier momento puede llegar a mi oficina y hablar sobre algo. Sobre la materia que yo paso en clases, o muchas veces, sobre problemas personales, que “la polola lo pateó”, por ejemplo. Y no sólo a mí. Normalmente, los alumnos tienen —sobre todo cuando llegan a cursos superiores—, bastante confianza con nosotros los profesores. Nos cuentan sus problemas y tratamos de sacarlos adelante.

En la escuela se da el trato que podríamos decir estricto, exigente, lo que nos ha dado muy buenos resultados, porque tenemos excelentes ingenieros, de tal manera que están todos con trabajo. Por otro lado, tienen una visión de la persona, del ser humano y eso también les da muy buenos dividendos, porque suelen mantener un muy buen trato con el personal que ellos tienen a su cargo. Nuestros egresados son muy bien considerados y, por lo tanto, eso les abre puertas laborales.

**EQUIPO:** *¿Usted estaba cuando la escuela se va a Quilpué?*

Claro, eso fue en el año 1977 y se inauguró a fines del año 1978. Las instalaciones han cambiado un poco, ciertamente hay muchas cosas que se han mejorado. Hemos estado los últimos años incorporando nuevos equipos, equipos actualizados, pero así y todo aún tenemos máquinas del año 1927 y trabajamos con ellas.

Siguen siendo excelentes para la docencia, porque tienen una gracia: se ve todo, se pueden medir las cosas. En cambio, ahora, compré un compresor, uno digita ahí una cosa y trabaja solo, pero ¿qué ve uno? Nada, es una caja cerrada, un *container*, el cual no podemos medir.

En cambio, en el equipo que está al lado, que es del año 1927 o 1928, podemos hacer todas las mediciones que queramos, así que se da esa dualidad con los equipos originales que teníamos acá. Después, están los equipos que llegaron el año 1970-1971 con el “Crédito francés” y los que hemos ido adquiriendo o creando nosotros mismos, en este último usualmente se trata de algún memorista que toma un tema, desarrolla un equipo y después se construye.

**EQUIPO:** *¿Ha sido una desventaja estar distante (Quilpué) y aislado de otras escuelas?*

266

Es bien discutible, porque indudablemente que no se tiene el contacto que teníamos acá cuando estábamos con el resto de la universidad. Ya no tenemos que ponernos entre la gente de “Patria y Libertad” y los de “Brigada Ramona Parra”, porque nosotros nos poníamos al medio, como un cortafuego para que no se agredieran. En ese sentido, claro, allá estamos tranquilos, solos. Los alumnos consideran que es su casa y por eso uno no ve rayados en las paredes. El primer semestre suele ser un poco más conflictivo, porque llegan los alumnos que vienen de la enseñanza media, pero *ligerito* se acomodan y ellos sienten que es su casa. Entonces, cuidan todo. Esto tiene ventajas y desventajas. Ahora, tenemos un campus con jardín, con pasto, con una multicancha. Si quieren hacer un *asadito*, piden permiso y hacen el *asadito*. Pero eso no lo tendríamos acá.

**EQUIPO:** *Al momento que usted ingresa a estudiar, ¿había mujeres en su carrera?*

En mi carrera, ninguna. Actualmente, eso ha cambiado. Hago clases en un curso en que deben haber 5 o 6. Si bien son pocas, son excelentes ingenieros.

**EQUIPO:** *¿Dónde están trabajando nuestros estudiantes de mecánica?*

Por ejemplo aquí en la zona, en Lipigas, el que fue Gerente General es exalumno nuestro. En CORFO, hasta el cambio de Gobierno, el jefe máximo aquí en la zona era uno de nuestros exalumnos y, también, en

muchas otras empresas a lo largo de Chile y en las actividades más variadas: minería, pesca, entre otros.

**EQUIPO:** *¿Y estos alumnos, siguen manteniendo vínculo con la escuela?*

Muchos de ellos sí. Anualmente, en octubre se hace un almuerzo con los egresados y se juntan alrededor de 120 a 150 personas, es un buen número. Incluso a veces, llegan de los puntos más distantes del país, así que eso se mantiene. Tenemos un centro de exalumnos que es bastante activo y trata de mantener los archivos y las ubicaciones de todos.

Frecuentemente, uno se encuentra con los exalumnos. Algunos, uno los recuerda perfectamente, porque eran muy buenos; otros, eran más “palamillas”, pero todos tienen un excelente recuerdo de la escuela. Ellos siempre dicen “nosotros somos diferentes”, “nosotros tenemos mejores conocimientos que la mayoría de los otros ingenieros”, así que pronto se destacan y, por eso alcanzan puestos laborales importantes, por esa manera de ser en el aspecto personal. Donde van, ellos se destacan. De otras universidades pueden ser muy buenos ingenieros, pero les falta ese “detallito”.

**EQUIPO:** *¿Y cuál es ese “detallito”?*

Ese que como persona –yo creo–, lo transmitimos nosotros los profesores, en el contacto con ellos. Hasta hace poco, la mayoría de los profesores fuimos formados en la escuela de Mecánica de la universidad. Bueno, éramos todos menos uno. Y después llegó Paula que es de la USACH. Luego, llegó otro que también es de la USACH y, ahora, llegó un tercero formado allá, un español.

**EQUIPO:** *¿Es la escuela de Mecánica la más antigua que tiene la universidad?*

Es de las más antiguas porque nació con la creación de la universidad, así que partió el 25 de marzo del año 1928, junto con lo que ahora es Ingeniería Eléctrica, Construcción Civil, con Ingeniería Química.

**EQUIPO:** *¿En tiempos de Kay Peronard?*

Él llegó un poco después –era mi tío, tío Kay– y trajo toda una nueva idea de la enseñanza de la ingeniería y la aplicó acá con mucho éxito. De hecho, yo creo que durante muchos años la escuela de Ingeniería Quími-

ca fue la mejor carrera de ingeniería de Chile, reconocida por “moros y cristianos”. Sacó excelentes profesionales.

Después, vino la tía Anita Thierry, hermana de mi mamá, que era la esposa. Vino a trabajar –porque ella era química– me parece que en Microbiología y cosas así. Trabajó mucho con la escuela de Pesca.

Después, llegó mi cuñado Iván Droguett, llegó la Marianne, llegó Mireya –mi hermana– y después, llegué yo, como alumno. Me quedé, así que en un momento éramos un montón de la familia en la universidad. Bueno, el tío Kay falleció mucho antes que yo llegara, falleció joven por problemas vasculares. Tenía problemas de circulación. Él tenía un colesterol altísimo y no se cuidaba. En ese tiempo, se sabía muy poco de ese tipo de problemas. Estamos hablando de los años cincuenta. Entonces, eso lo hizo morir muy joven, debe haber sido un infarto lo que se produjo.

268

**EQUIPO:** *¿Qué líneas son fuertes en su escuela?*

En la escuela podríamos decir que hay cuatro áreas. Primero, está el área de Diseño, que es todo lo que tiene que ver con resistencia de materiales, estática, dinámica y diseño de equipos de procesos. Luego, está el área de Metalurgia. Esta la encabezó don Gustavo Rosch y dentro del concierto nacional, llegó a ser un momento muy destacado. Se avanzó mucho en un proceso denominado *pulvimetalurgia*, en el cual se fabrican polvos de algún mineral y después se pueden compactar con temperatura y presión, formando piezas con una terminación mucho mayor que la que permite una fundición. Tercero, tenemos el área de Máquinas-Herramientas, que también es el área de procesos de fabricación. La cuarta área es la mía, la de Termofluidos, que tiene que ver con todo lo que es termodinámica, transferencia de calor, turbomáquinas, máquinas, motores, etc.

Ahora, son bastante parejas todas las áreas de la escuela. En algún momento, la que tuvo un *peak* muy alto fue Metalurgia. En mi área, hemos estado siempre muy bien, ahí está también Jorge Bornscheuer, nuestro Director Feliciano Tomarelli, Ramón Aldunate, Juan René Roncagliolo, que es uno de los mejores especialistas en Motores de Combustión Interna que hay en Chile.

**EQUIPO:** *Don Ramiro, para el año 1967, ¿usted estaba estudiando acá o ya había egresado?*

En 1967 yo era profesor. Entré a trabajar como docente en marzo del año 1966. Egresé y me contrataron de inmediato. En ese momento, era una escuela sólo de profesores *part-time*. Si bien, yo estaba en horario diurno –porque había carreras diurnas y vespertinas–, teníamos todas las clases en la tarde, pues los profesores trabajaban en las empresas de la zona. Además, no éramos tantos. Bastaba que hubiera un solo alumno nocturno para que tuviéramos que hacer todas las clases en la noche. Así es que salíamos todas las noches pasado las diez de la noche, aquí en Casa Central.

Entonces, llegó un profesor, Jack Dalé que es una de las personas que habría que destacar también, porque hizo un cambio en la escuela muy importante. Fue el primer Director jornada completa. Antes de eso, el Director llegaba después de las 18:00 hrs. a cumplir sus funciones.

El señor Dalé, luego empezó a buscar profesores. Yo estaba en último año, pensó en mí, pensó en un compañero mío que era Juan René Roncagliolo, del curso anterior era Jaime Zavala, José Luis Solorzano. Y partimos los cuatro, en el año 1966. Empezamos a formar la escuela que es hoy día. Siempre con muy buena colaboración de todos los profesores de jornada parcial o profesores hora que había en ese momento. Por ejemplo: Manfred Busch, don Mario Olguín, que era un profesor de dibujo que trabajaba en Ferrocarriles y que estuvo con nosotros hasta hace poco tiempo atrás y fue profesor de todos nosotros. También, Germán Cubillos, otro ingeniero que trabajaba en la CRAV en ese tiempo.

**EQUIPO:** *¿Cómo era la relación profesor-alumno?*

Nosotros como alumnos siempre tuvimos acceso a nuestros profesores, ahí aprendimos, vimos que eso era bueno y lo seguimos practicando. Yo digo: “estudié aquí y después estudié en la Santa María”. En la universidad Santa María, acercarse a un profesor era muy difícil. Acercarse a las secretarías también. En cambio, en nuestra escuela, el personal de taller y las secretarías están siempre disponibles, a toda hora. Tengo dos hijas que estudiaron acá en la universidad. Una, me contó que en su escuela el horario de secretaría era de 9.45 a 10:00 hrs., después de ese horario no atendían a nadie. O sea, imposible.

**EQUIPO:** *¿Y los profesores nuevos que se incorporan?*

Bueno, tratamos de meterlos al sistema nuestro. Con Juan René Roncagliolo siempre –alrededor de las 10 de la mañana– nos íbamos a tomar un

cafecito aquí al casino, hasta que un día dijimos: “oye, estamos tonteando, ¿por qué no preparamos el café nosotros?”. Así que nos compramos unas tacitas, un hervidor y empezamos a invitar a los otros profesores de la escuela a tomarse un café con nosotros. Esto creció tanto que ya no cabíamos en las oficinas, que eran chiquititas. Así que nos fuimos a la Sala de Reuniones.

Y ahí quedó. Todos los días, alrededor de las 10 de la mañana y en la tarde, a una hora más variada, nos juntábamos todos a conversar. ¿De qué? De lo que sea, de cosas de la escuela, de fútbol, de la contingencia nacional, etc.

Ahora, eso no significa que todos nosotros pensemos lo mismo, no. Pero hay una gracia, que cuando una cosa se decide, se acepta y todos reman en la misma dirección. Por eso, siempre nuestra escuela se ha visto como una escuela muy sólida, consensuada. Y no es que estemos todos de acuerdo, sino que llegamos a un acuerdo y, para mí, eso es súper importante. Somos todos muy diferentes. Bornscheuer, tiene un estilo, yo soy de otro, etc. Entonces, esto se transmite en todos esos detalles.

**EQUIPO:** *Profesor, usted lleva más de 50 años desde que ingresó como alumno, ¿qué periodos han sido particularmente más difíciles o mejores?*

Cuando yo entré la universidad era súper tranquila. A nadie se le ocurriría ir a una huelga. Un día hubo una huelga que duró mediodía y no fue nadie. Todos iban a sus clases, eso no se entendía. Después, vino la Reforma Universitaria, ahí se produjo un remezón muy fuerte en la universidad completa, no dejó a nadie indiferente. Terminado eso, llegaron los años setenta.

Nosotros pasamos un período que fue malo para la universidad. No había control, todos querían mandar. Entonces, prácticamente los profesores no tenían autoridad. Pasamos un período en que teníamos poco control sobre lo que podíamos hacer, hasta que lo volvimos a retomar, precisamente, por la confianza que establecimos con los alumnos. Fuimos retomando el control de la escuela en base a esa confianza. Los estudiantes se dieron cuenta que había gente que los estaba manipulando, que les decía una cosa y hacía otra. Eso les provocó desconfianza hasta que pudimos volver a tener el control de todas nuestras cosas, como corresponde.

Después, naturalmente, los otros años difíciles fueron entre el año 1970 y el 1973. Yo me venía de casa acá y no sabía si iba a volver en la tarde. Precisamente, antes del 11 de septiembre, ese fin de semana yo estaba en la casa y decía: “Después de todo lo que ha pasado la semana anterior, ya no puede pasar más”, porque era caótico.

Aquí, la universidad un día se la tomaba un grupo, al día siguiente se la tomaba otro. Los profesores veníamos y no podíamos entrar, estábamos aquí en las palmeras. De repente, las bombas lacrimógenas volaban por todos lados. Te podía llegar un bombazo en la cabeza. Era muy difícil la situación, no solo aquí en la universidad, sino que en todas partes.

Tengo una hija que nació en agosto de 1973 y no habían pañales, no había leche, el desabastecimiento era total. Frente a la Casa Central había un almacén que vendía cigarrillos. Estábamos todos los de la universidad haciendo fila para comprar cigarrillos. De la marca que hubiera, no la que tú querías fumar.

271

Pocos días después del 11 de septiembre entramos a la universidad algunos de Física, de Ingeniería Química y nosotros los Mecánicos. Nuestros alumnos nos habían indicado una serie de lugares donde había elementos peligrosos, de tal manera que los ubicamos y vinieron de la Armada a retirarlos, pues ellos tenían los medios y sabían cómo manejar la dinamita y todas esas cosas.

**EQUIPO:** *¿Hubo bombas dentro de la universidad?*

Claro, porque un día se lo tomaba un grupo, otro día se lo tomaba otro. Entonces, los tipos no se defendían con papelitos, con elásticos... Miren: la universidad, por el lado de atrás —a pesar que cubrieron las murallas— todavía muestra los hoyos de bala. La sala de aquí arriba, la incendiaron totalmente tirando bombas molotov. Indudablemente, esa época fue caótica.

**EQUIPO:** *¿Y con los Rectores militares?*

Nosotros tuvimos un Rector, que fue don Matías (Valenzuela) que tuvo la inteligencia de hacerse asesorar por gente de la universidad. Entonces, tenía Vicerrectores como Raúl Bertelsen, quien puso un Prorrector y una serie de personas que manejaban la universidad. A mí, en ese tiempo, me tocó ser Director de mi escuela, era súper respetuoso. Le llegaban estas solicitudes de tercera o cuarta oportunidad y él me llamaba: “don Ramiro,

mire, este alumno está pidiendo tal cosa, ¿qué opina usted?”. Yo le decía: “Déjeme estudiar el caso y le devuelvo la llamada”. Y él hacía lo que uno le indicaba.

Gracias a él la escuela de Ingeniería Mecánica se pudo ir a Quilpué. Él fue clave en el proceso, porque tuvo la voluntad de hacerlo.

**EQUIPO:** *¿Esos terrenos son de la universidad?*

Son de la universidad. Ahí iba a haber una industria textil que nunca llegó a ser, sin embargo, quedaron los galpones a medio terminar, pero la universidad los compró a los Chain a muy buen precio. Hubo otra donación que era para algo de ese estilo y se emplearon esos fondos también. Así llegamos allá.

**EQUIPO:** *¿A usted como Director le correspondió el traslado?*

No, justo en ese momento estaba sacando la Ingeniería Civil en la universidad Santa María. Porque nosotros, dentro de nuestro plan de desarrollo, teníamos Ingeniería en Ejecución. Dijimos: “Ahora, el paso es Ingeniería Civil, vamos a adquirir las competencias, porque esto no es cuestión de crear Ingeniería Civil sin tener los títulos adecuados y los conocimientos”. Así que varios nos fuimos a la U. Santa María, otros se fueron a la universidad Técnica del Estado, otros se fueron a sacar Doctorados al extranjero. De tal manera que, cuando ya teníamos el peso suficiente, abrimos Ingeniería Civil.

Primero: entrar a la facultad de Ingeniería que se estaba creando, porque los únicos que dictaban Ingeniería Civil en “algo” eran los de Ingeniería Química. Estaban haciendo Ingeniería Industrial e Ingeniería Bioquímica, entonces nosotros entramos y nos costó una dura pelea, el examen que tuvimos que pasar fue bárbaro, pero abrimos el camino para que después entrara Ingeniería Eléctrica e Ingeniería en Construcción. Una vez que entramos nosotros ya todo se facilitó.

**EQUIPO:** *¿Tuvieron problemas con el Colegio de Ingenieros? Porque en ese tiempo había que ser colegiado.*

Bueno, antes del 11 de septiembre, claro, había que ser colegiado. Yo no alcancé a conocer el problema, pero uno tenía que tener el título de Ingeniero Civil en alguna de las especialidades tradicionales que existían



en la época. Para ocupar algún cargo público tenía que estar colegiado. A mí no me tocó vivir esa etapa, ya habían suprimido ese requisito. Porque tampoco es muy lógico que tengan que estar colegiados. Sobre todo, si los colegios profesionales aquí reconocen los estudios que uno hizo en la universidad. No son ellos quienes dan el título, como en otros países, donde son los Colegios Profesionales los que dan el título. Uno estudia en la universidad, después va al colegio profesional y ahí lo acreditan profesionalmente. Pero aquí no era así, entonces no era muy justo que tuviera uno que estar colegiado, pero no, nuestra universidad no tuvo ningún problema con el Colegio de Ingenieros. Donde es más complicado entrar es al Instituto de Ingenieros, que es otra cosa. Hasta el día de hoy es una zona bastante estrecha.

**EQUIPO:** *Los años 1980 y 1990, ¿cómo los ve usted desde la escuela?*

Los años cercanos al ochenta, para nosotros, han sido años de progreso y los noventa han sido buenos, pero sin ser espectaculares. Los que han sido buenos han sido estos últimos años. Hemos tenido mayor apoyo de Rectoría, tan simple como eso. Eso es fundamental cuando se necesitan recursos económicos. Con la Rectoría actual hemos tenido muy buena sintonía y eso nos ha permitido comprar equipamiento nuevo.

Tenemos un serio problema: tener nuevos profesionales que hagan clases allá, porque se van afuera, porque la universidad paga muy poco. De tal manera que, al año, nuestros exalumnos están ganando más dinero de lo que gana el profesor más viejo que está trabajando en la escuela. Entonces, no se va a quedar tan fácilmente. El ingreso a la planta docente está difícil también, porque para ser jornada completa se exige un doctorado, de lo contrario, tienen que entrar a otra categoría menor. Por eso ha sido tan complicada la renovación de los académicos de la escuela.

También ahí la Rectoría ha comprendido esta situación y ha mantenido a profesores como adscritos, un número que, no sé si en otra escuela de la universidad exista. Llegamos a ser siete profesores adscritos en un momento, en tanto en otras escuelas, uno o dos. De lo contrario, se tienen que retirar. Juan René Roncagliolo y yo ya estamos como Profesores Agregados, expresión que me molesta, pues parece un parche. Es la asignación nueva del estatuto, bueno no es estatuto, es Reglamento del Personal Académico, el cual contiene estas nuevas definiciones.

**EQUIPO:** *Cuéntenos sobre del Capítulo Académico. Usted estuvo durante cuatro períodos.*

El período dura tres años. Estuve 12 años hasta el 2000. Me acuerdo que cuando se estaban estudiando los Estatutos Generales, yo me oponía a la existencia del Capítulo Académico, porque me parecía una instancia netamente burocrática. Yo decía: “Más trámites”. Curiosamente, me tocó formar parte del primer Capítulo después de que se aprobaron los Estatutos el año 1988. Y ahí me di cuenta de la real importancia que tenía y de lo interesante que es su trabajo, porque se juntan nueve personas, una por cada facultad más el Instituto de Ciencias Religiosas, que ahora es facultad.

El Rector, si lo invitamos va, si no, no. Es un organismo que es autónomo. Trata de la jerarquización, aquella tarea obligatoria que tiene que hacer anualmente el Capítulo Académico. Pero además, tiene que estudiar todos los nuevos títulos, los nuevos grados y todo lo que se le ocurra estudiar. Uno aprende... ¿Qué sabía yo de Psicología? Y llega el proyecto de Psicología que fue uno de los primeros y uno tiene qué.

**EQUIPO:** *¿Usted nos podría ejemplificar qué cosas ha aportado el Capítulo a la trayectoria de la universidad?*

Primero, con ese mismo ejemplo que estaba dando, nosotros estudiamos el programa y nos pareció que no era propio de una universidad Católica, la mirada del hombre que el documento tenía no era la cristiana, la visión antropológica del hombre no tenía que ver con nosotros, podría ser de cualquier universidad privada o laica. De tal manera que lo hicimos ver en el informe al Consejo Superior. Entonces, el Consejo aprobó la carrera, pero le puso ciertos límites y creó una comisión especial que se dedicaría a tratar el asunto. Por eso les digo, fue profundo ese estudio.

**EQUIPO:** *¿Cuánto tiempo duró ese estudio?*

Yo creo que con ese proyecto debimos haber estado unas tres semanas trabajando. El tiempo no es mucho pero la gracia es que los nueve integrantes se comprometen al máximo con cada proyecto que llega.

**EQUIPO:** *¿Y cómo se logra compatibilizar las distintas disciplinas de los integrantes del Capítulo?*

Es que, bueno, creo que ahí está la gracia. El primer presidente era aboga-

do, Mauricio Bezanilla, especialista en Derecho del Trabajo, quien tenía un manejo de las personas especializado. Eso por un lado, él manejaba muy bien las reuniones y sabía decir: “Hasta aquí llegó la discusión o ¿Que se concluye de aquí?” Lo otro que influye es que las nueve personas están dispuestas y no obedecen a nadie. Vale decir, yo estaba por Ingeniería, pero no era representante de Ingeniería, yo no tenía por qué llevar el pensamiento de la facultad allá. Si era el mío lo llevaba, si no era el mío, no lo llevaba. Eso da, también, libertad para moverse y para poder conversar. Se conversan las cosas todo el tiempo que sea necesario. Entonces cuando se trata de crear una carrera se emite un informe, el cual asesora las decisiones que se toman en el Consejo Superior.

**EQUIPO:** *¿Así fue con Ingeniería de Minas por ejemplo?*

Así fue con todas, incluso algunas que yo me arrepiento que se hayan aprobado mientras yo estuve, porque me opuse tenazmente. Óptica, por ejemplo.

275

**EQUIPO:** *¿Por qué se opuso?*

Me opuse porque yo sabía en qué iba a terminar y en lo que terminó. Ponían ahí que estos iban a poder asesorar a una empresa en sus instrumentos ópticos o en observatorios astronómicos. No, esas cosas no ocurren. Un observatorio astronómico es tan complejo que el fabricante es el que los asesora en todo. Nosotros tenemos un microscopio óptico en la escuela que tuvo un costo de no sé cuántos *Mercedes Benz* de la época, un disparate. Se echa a perder el equipo y los únicos que pueden meterse en él son los representantes.

**EQUIPO:** *No los profesionales formados.*

No. Y traen al representante de *Scarsize* de Alemania y punto. Entonces, yo veía eso ¿y en qué iban a terminar nuestros estudiantes? En una óptica, preparando lentes. Pero el campo no es ese. En un momento, no recuerdo cuándo, si me tocó antes que yo terminara mi período en el Capítulo o se decidió después, hubo una reunión muy complicada con el decano de la facultad de Ciencias.

Lo otro que nosotros preparamos fue un documento sobre política (las “Políticas de la universidad”) y lo entregamos al Consejo Superior, pero ahí el Consejo Superior o la autoridad del momento –parece que estaba Bernardo Donoso como Rector– eran muy celosas de sus atribuciones, así

que esta intromisión del Capítulo no les gustaban mucho. Entonces, nunca trataban al Consejo Superior y a sus documentos como debieron haberlo hecho, como un bloque, sino que Rectoría fue tomando “cositas” del documento, que las implementó bien. No obstante en el documento había todo un pensamiento respecto a la universidad, muy interesante. No conozco otro documento de ese tipo.

**EQUIPO:** *El Capítulo, ¿sólo evalúa materias académicas?*

Sí, sólo materias académicas. Bueno, a veces invitábamos al Vicerrector de Administración y Finanzas, nuestro actual Rector. Si queríamos saber algo de investigación invitábamos al Vicerrector de Investigación, etc. Y como digo, una tarea que no deja de ser complicada es la de jerarquización. Los problemas principales los teníamos con ustedes, con Arte, con Arquitectura, porque se mueven en un ámbito que es distinto.

276

En ciencias es distinto. Fue, sacó un magíster, fue, sacó un doctorado, hizo tantos *papers*, tantas investigaciones, suma y resta, fácil. En cambio, en Arquitectura: “El estudio del Portal...” ¿Qué portal? ¿De qué se trata?

Entonces, lo que hicimos al final fue que nos especializamos tres de los capitulares en analizar esto. Citábamos al profesor para que nos explicara. Además, los académicos hacen mucho trabajo en grupo y es muy difícil decir: “Mi trabajo fue hasta aquí, el del otro fue hasta acá”. No es como en las otras áreas que, generalmente, los trabajos son bien claros en señalar de quién es la autoría, pero acá no.

Teníamos que juntarnos una o dos veces con el candidato, antes de hacer nosotros la presentación detallada en el Capítulo, para que de ahí se resolviera. Eran las más complicadas. A veces, con música, todo lo que es arte en realidad es muy difícil.

**EQUIPO:** *Profesor, usted es exalumno y también fue alumno en la universidad Santa María, ¿Usted podría diferenciar cuál es nuestro sello como universidad Católica?*

Bueno, similar al sello que tiene nuestra escuela, tal vez en un grado diferente. Lo que yo les decía hace un rato atrás. En la Santa María, a usted lo preparan súper bien como ingeniero, harta exigencia aquí, allá, pero no lo preparan como persona. Al revés, si traía algo, eso se elimina, de tal manera que acá la visión de la persona prima, y eso es por la visión antropológica de la Iglesia.

**EQUIPO:** *Profesor, como académico o como autoridad, ¿hay algo que a usted le deje particularmente satisfecho de haber contribuido?*

Cuando veo a mis alumnos donde están trabajando, cómo se desempeñan, eso tal vez es lo más importante. Uno puede decir en el Capítulo Académico, como Director de la escuela o como profesor de la escuela, los avances y cosas que hemos hecho, muchas veces son gratificantes. Como Secretario Académico, logré comprar una máquina que hacía muchos años queríamos, una máquina universal de ensayos. Teníamos la original del año 1927- 1928, pero si bien la máquina funcionaba, no podíamos hacer medidas confiables. En cambio, un poco por mi insistencia, porque la dirección estuvo de acuerdo y con la ayuda de rectoría, pudimos renovar esa máquina, porque el presupuesto que nosotros tenemos para la adquisición de equipos no nos permite comprar casi nada. Uno dice: “son 12 millones de pesos –es harta plata– sí, pero cuando una máquina cuesta 40 o 50 millones”... Y esta la pudimos adquirir también porque es China, que tiene un costo muy diferente. Si queremos comprar una alemana de la misma marca que tenemos, eso vale más de 100 millones de pesos. Entonces, nuestros equipos son carísimos. Por eso, si ustedes ven qué escuelas nuevas de Ingeniería Mecánica hay en Chile, ninguna. Seguimos siendo las mismas que habíamos antes. No sé cuántas son, pero son poquísimas. Lo mismo Ingeniería Química. ¿Cuántas universidades tienen Ingeniería Química? Poquísimas, porque también el equipamiento es muy caro. Ingeniería Eléctrica lo mismo.

Las escuela de Medicina, también son carísimas de implementar, pero ahí tienen la gracia de que es tan apetezido el título que lo han podido sacar otras universidades. Si se dan cuenta, nadie tiene estas ingeniería que nosotros llamamos duras. Las ingenierías-ingeniería.

**EQUIPO:** *¿Tiene algún sueño universitario que quisiera compartir?*

El año pasado, para la ceremonia de entrega del *Fides et Labor* me tocó decir el discurso en representación de todos los profesores condecorados. Nadie se enteró de lo que dije, a no ser quienes estuvieron ahí, pues después no se publicó nada al respecto. Incluso me mandaron un disco con algunas fotos, pero curiosamente nada del discurso. Parece que no gustó el discurso. Me lo pidieron del Capítulo, me lo pidieron otros profesores que estuvieron ahí. Bueno, en ese momento recordé lo que era la universidad, de la primera vez que entré aquí. Mi hermano estudiaba Ingeniería

Química, mi hermano mayor que tiene 12 años de diferencia conmigo. La universidad había hecho una adquisición de instrumentos y se los estaban mostrando a los papás de los alumnos. Nosotros vinimos de Santiago a la universidad para acompañar a mi hermano. Esa fue la primera vez que entré, como a los 10 años.

Después ya entré como alumno. Entonces, en mi discurso, primero hice un recuerdo de eso. Después, lo que yo indiqué fue que, en estos momentos, la educación superior debe rebajar los tiempos que duran las carreras. Hay que promover que se titulen todos y hay una serie de índices por ese lado, pero ninguno de los índices se enfoca en la calidad del egresado. Entonces, en la última parte del discurso, puse mi énfasis en eso. A mí me parecía que estas cosas hay que estudiarlas muy bien y no perder la calidad que la universidad entrega a todos sus profesionales.

278

A mí me preocupa eso, que la universidad no sea presa de esta idea de que todo sea fácil y de índices que no apuntan a la calidad del egresado. Sacar buenos egresados y tener un prestigio cuesta mucho y perderlo no cuesta nada. Mi última parte del discurso iba por ahí, que tuvieran cuidado.

Por otra parte, quisiera que la universidad se hubiera atrevido a hacer algunas cosas. Por ejemplo, crear la carrera de Medicina. En el momento en que el rector Muga dirigió la Oficina de Planificación de la universidad, se estuvo estudiando el tema y no se atrevieron a hacerlo. El problema es que los momentos pasan. Ahora, una escuela de Medicina no sé si se justifica porque en este momento hay demasiadas, pero en ese momento habríamos sido la primera nueva escuela de Medicina, los primeros en llegar a Santiago.

Después, la Santa María nos copió la idea y se fue a Santiago. ¡Vaya que le ha ido bien! Entonces, la universidad se ha quedado, se ha frenado, no sé por qué razón, pero le ha faltado ese *punch*.

**EQUIPO:** *En el caso de la carrera de Medicina, ¿no será por razones económicas?*

Muchas veces se dice: “razones económicas”, pero hay que estudiar el tema. Si queremos progresar, la universidad tiene que –indudablemente– endeudarse. “Pero es que estaba muy endeudada” decían algunos, pero la deuda que tenía la universidad respecto al patrimonio que tiene, era ridí-

culo. Entonces, podría haberse endeudado. En ese momento, la Clínica Reñaca estaba disponible al que fuera y la tomara. Habríamos tenido un hospital clínico de primera categoría. Se dejó pasar la instancia. Y, curiosamente, después Bertelsen cuando fue Rector de la universidad de los Andes, creó la carrera de Medicina de inmediato y aquí no la quiso crear.

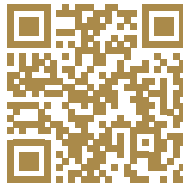
Como ven, hemos dejado pasar las oportunidades. Creo que a nuestra universidad le falta, a veces, atreverse a hacer algunas cosas. Si bien hemos sido pioneros en otras, el área de Pesca por ejemplo, de repente nos hemos quedado sin dar el paso, sobre todo en el momento oportuno. En este sentido, me gustaría que la universidad fuera más agresiva, metafóricamente hablando, por supuesto.

**EQUIPO:** *¿Y eso de quiénes depende?*

Depende del Rector y que él convenza al Consejo Superior. Como Capítulo Académico, se lo hemos dicho al Rector. El Consejo Superior está muy limitado, pues la tabla la fija el Rector y si el Rector no quiere tratar un punto, no lo pone, así de simple.

**EQUIPO:** *Le queremos agradecer muchísimo profesor.*

No, no hay por qué, para mí es un gusto. Yo he estado casi toda mi vida aquí, si llegué con 20 años y ya tengo 72. Ha sido un buen rato el que he estado con ustedes. Muchísimas gracias.







*A mí me gustaría que todos aquellos que entran a la universidad depongan las diferencias que tengan con la identidad institucional, que mantengan con honor su propia fe, pero que nunca ataquen aquello que le es propio a la Casa que los recibe. Porque mi obligación es respetar lo que ella es, porque ella me respeta en mi fe.*



## ENTREVISTA

# Bernardo Donoso Riveros

29 DE AGOSTO  
DEL 2013

*EQUIPO: Hoy vamos a conversar con el profesor Bernardo Donoso Riveros. Bernardo Donoso ingresó a la universidad en el año 1965. Es Ingeniero Comercial de la universidad Católica de Valparaíso. Fue dirigente de la Federación de Estudiantes de la universidad. Tiene estudios de postgrado en los Estados Unidos. En dos períodos ha sido Vicerrector de Administración y Finanzas de la universidad. Además, en dos períodos también, ha sido Rector de la universidad. Posteriormente, fue decano de la facultad de Ciencias Económicas y Administrativas.*

*Profesor, ¿cómo era la universidad cuando usted ingresó?*

En 1965, probablemente, la universidad que uno veía era sólo la Casa Central. No obstante, la universidad ya tenía presencia en otros lugares como el sector de lo que hoy es la facultad de Recursos Naturales o en La Hacienda La Palma, Quillota, pese a que, en aquella época, la escuela de Agronomía funcionaba en la Casa Central. Eso es una primera cosa, espacial. Cuantitativamente, se puede decir que era una universidad pequeña, pero a lo mejor era grande para su tiempo, así que no sé cuál es la respuesta.

En el año 1965, estamos a poco más de 30 años de que la universidad abrió sus puertas, entonces, la consecuencia de ser pequeña fue que posibilitaba el encuentro entre personas. Por eso debe haber un anecdotario grande de relaciones interpersonales y de amores generados en esta “cercanía”, al interior de la Casa Central. Las “guerras juveniles”, los momentos de carnaval y el clima de alegría eran muy propias de la Casa Central, pero también, la universidad caminaba por la ciudad. De hecho, la semana universitaria tenía carros alegóricos, algo que era costumbre en la época.

Había esfuerzos gigantescos de parte de todas las escuelas. Por ejemplo, la escuela de Arquitectura demoraba un día completo construyendo su carro y, luego, lo traía desde Recreo por la Av. España hasta llegar al Obispado de Valparaíso, en la Plaza Victoria. Eso puede sonar hoy día como romántico, pero tiene que ver con la dimensión, la cercanía, la amistad universitaria. Eso, tenía como consecuencia que, personas de distintas disciplinas, pudieran estrechar vínculos.

**EQUIPO:** *Usted ingresó en un período Prerreforma, ¿cómo lo percibió?*

Efectivamente. Es el Chile de 1960. Por lo tanto, es un país inserto a nivel global, en plena “Guerra fría”. Es la época de Martin Luther King hablando, la época del asesinato de Kennedy y la época de los jóvenes marchando en protesta por los tanques que invadieron Hungría. Ese era el mundo que nos rodeaba. Ustedes, se preguntarán qué nos importaban a nosotros estas cosas. A lo mejor, no sabíamos dónde estaba Hungría, pero nos importaba Hungría. También, desde aquí, mirábamos el mundo.

Es un Chile que viene practicando grandes reformas, fundamentalmente, bajo la inspiración social cristiana. Son tiempos en que fue electo como Presidente un gran líder histórico, Eduardo Frei Montalva.

Yo era un estudiante de tercer año cuando se produce la Reforma. Estudiaba en la escuela de Negocios de la Católica de Valparaíso y de la Fundación Adolfo Ibáñez, cosa que hoy no se encuentra en la publicidad de la universidad Adolfo Ibáñez, pero ella nació aquí, en esta universidad, y sus clases se hacían en el segundo piso de la Casa Central. La actual oficina del Rector era el lugar donde estaba la biblioteca y esta es la mejor prueba de que esa universidad nació aquí. Luego, se mudó a Recreo. Yo alcancé a estudiar en ese barrio, lo cual me permitió tener una cercanía afectiva con el mundo de los arquitectos y, por lo tanto, con el movimiento de

Reforma, inspirado por la escuela de Arquitectura y, en particular, por dos o tres de sus líderes. Recuerdo también haber tomado contacto con la gente que hacía Matemáticas. Había ahí un profesor húngaro que era sacerdote en aquella época, y que había llegado para reforzar la enseñanza de las matemáticas.

Esto me lleva a concluir lo siguiente: el Movimiento de Reforma de la Católica de Valparaíso tuvo una pureza original que ningún otro movimiento universitario tuvo en Chile. Me refiero a esa pureza original que es la pureza de los que aman la universidad, de los que quieren una modificación en el orden académico, puro y no una instrumentalización ideológica al servicio de algo al cual yo quiero servir, que no es precisamente lo universitario. De hecho, Edgardo Boeninger reconoce esto cuando dice que la única reforma universitaria auténtica fue la de la Católica de Valparaíso, porque la de la universidad de Chile se politizó muy rápido, y no hablemos del resto.

#### **EQUIPO: *¿Cuáles fueron los principios inspiradores?***

Los principios inspiradores eran muy puros, tenían que ver con la relevancia de lo académico en la universidad. Cuando uno lee el documento original está dicho de otra manera, “lo administrativo al servicio de lo académico”. Por ejemplo, en los años 1960, la escuela de Arquitectura manifestó su parecer respecto a grandes proyectos urbanos, pero lo hizo con proyectos, pues uno podría oponerse a las cosas y no dar propuestas. Yo creo que esto es muy propio de la universidad.

Quiero recordar una frase de una persona que aprecio mucho, Sergio Spoerer. Sergio, fue Presidente de la Federación de Estudiantes en 1969, viene todos los años a hacer clases en nuestro programa de MBA y está en una foto junto a Eduardo Vío y yo, es la foto más bonita para mí. Él dice que: “La Reforma de la Católica de Valparaíso fue hecha en familia”. O sea, todos nos conocíamos, por los colegios, por la familia, por los tíos, porque discrepaban papás con hijos, etc. Por lo mismo, Monseñor Emilio Tagle nos quería a todos.

Don Emilio Tagle era una figura muy importante. Fue un verdadero pastor, era capaz de querer a muchos y siempre tener afecto, incluso con aquellos que le estaban complicando la vida.

Recuerdo que cuando se produjo la elección, hubo un intento para buscar un candidato a Rector que viniera desde afuera. Ahí, hubo muchos que dijeron que no, es el de adentro el que vamos a elegir, y que fue el caso de Raúl Allard. No obstante, el candidato que veía de afuera era una persona con las más altas calificaciones y merece el mayor de los respetos. Llegó a ser Embajador de Chile en el Vaticano muchos años después. Estamos hablando de un líder moral en Chile, pero aún así se desechó como candidato.

**EQUIPO:** *¿Alguna anécdota en tiempos de la Reforma que Usted quiera compartir?*

Déjenme contarles una pequeña historia. Tengo una imagen en mi mente, inolvidable, que es la del Padre Andrés Aninat, en medio de la universidad tomada. Tomada, pero “por miembros de la familia”, este es un detalle muy especial.

284

En la puerta donde hoy está la vigilancia y la escultura de Claudio Girola, en medio de ese lugar, él se paró y nos habló a todos los estudiantes que estábamos ahí: “Hay un deber moral previo que debemos hacer y no es aceptable esta toma, mientras no llegue el Rector que se encuentra fuera de Chile”.

El Rector Zavala estaba en Rusia, pero el que hizo este llamado fue el Padre Aninat. Aninat, no se pronuncia respecto de lo bueno, lo malo, lo justo, lo injusto, las bondades o no de la toma, pero sí señala que, moralmente, no era posible. Simplemente, dijo: “No parece que esto sea razonable cuando no está quien debe estar para hablar de estas cosas”. Fue muy emocionante, puede ser uno de los actos más valerosos que yo he visto en la universidad. Solito, parado ahí.

Nosotros los estudiantes podíamos ser buena gente, pero también gritábamos, no crean que no. La diferencia sería que, a lo mejor, no odiábamos, gritábamos sin odio. Había rudeza, y la culminación de ella fue la entrada a la Catedral. Yo no estuve ese día ahí, así es que pidan que se lo cuenten quienes sí estuvieron.

**EQUIPO:** *¿Usted participó de las tomas?*

Sí. Acá eran las noches de diálogo y de conversación. Uno podría recordar la retórica inigualable de Alfonso Muga, por ejemplo. Alfonso era capaz

de sostener una noche entera la defensa del rector Zavala y del porqué pasaban estas cosas en su ausencia. Notable. Con su oratoria, ponía en jaque a los líderes de la época. Nosotros en esa época éramos más inocentes. ¿Ustedes creen que esta cuestión estaba decantada, perfecta y que uno conocía el destino total de la humanidad? Yo, por lo menos, me declaro en la zona de los que funcionaban por aproximación, más en el mundo de las emociones.

También, recuerdo momentos complejos de discusión en el gimnasio. Dos valientes “no reformistas” enfrentados, aunque las posiciones no fueron eternas, porque todo esto se cruzó después y, primero fue una cosa, luego fue otra, porque la universidad era “una familia y una casa” que había que sacar adelante.

Figúrense: Enrique Aimone y Marianne Peronard, jóvenes profesores, que uno los veía grandes. Es que es muy peligroso el “contra reforma” o “prorreforma”. Es muy complicado, yo no me atrevo a usarlo. De hecho, el rector Arturo Zavala inició reformas importantes acá. Él, por ejemplo, mandó a estudiar a Alejandro Foxley y a otros al extranjero. Ese par de personas eran notables. Capaz que ellos ni siquiera reconozcan su propia valentía. Porque ellos son así. Jamás, Enrique Aimone podrá decir algo que él hizo con mucha grandeza, porque él tiene un modo de ser de muy bajo perfil. Ellos hicieron historia, culminaron su vida en la universidad y crearon grandes cosas.

**EQUIPO:** *¿Y a quién ve como líderes del sector reformista?*

Alberto Cruz, Godofredo Iommi, gran orador. Godo, era capaz de encantar con las palabras. También ellos eran la prueba viviente de la pureza de lo que estaba sucediendo. Pero Arquitectura tuvo otros grandes hombres, como Fabio Cruz. También hubo profesores de la escuela de Negocios que eran reformistas. Por ejemplo, Óscar Godoy. Óscar es un hombre inteligente, actualmente Embajador en Italia. Estas diferencias provocaron resentimientos naturales de carácter humano. De hecho, hubo profesores que tomaron la decisión radical de abandonar nuestra universidad.

**EQUIPO:** *La separación de la escuela de Negocios y la universidad, ¿obedeció a que la primera no compartía los postulados de la Reforma?*

La escuela de Negocios se separa de la Católica de Valparaíso la tarde del 17 de diciembre de 1969, producto del quiebre que también experi-

menta la sociedad. Luego, viene el tema de la prestación de servicios de Economía, pues se tiene que ofrecer desde el Instituto respectivo. Ahora, ¿por qué me acuerdo? No porque tenga buena memoria, sino porque mi mejor amigo y yo dimos examen de grado la mañana del 17 de diciembre. Dimos el examen de grado en Recreo y después los profesores se vinieron para Casa Central. Ese el motivo por el que me acuerdo. Y ahí se produce la separación.

Como señalé, la escuela estaba instalada en Recreo, en la Casona construida por la Fundación Adolfo Ibáñez. Cuando ocurrió la separación, hubo una discusión sobre la biblioteca que ellos tenían, porque las donaciones de libros llegaron a nombre de la Católica de Valparaíso, pero los libros se encontraban allá. A estas alturas de la vida, yo diría que esas son cuestiones menores, pero quizás fueron determinantes en su momento.

286

No eran escuelas grandes como lo son ahora. Fueron poquitos profesores que se quedaron allá. También hubo profesores que optaron por quedarse acá. Tal vez el caso más notable es el de Fernando Ossa, destacado economista que estaba terminando su doctorado en Cornell University y decidió quedarse acá. En definitiva, algunos de los profesores se quedaron allá y otros acá, y lo mismo ocurrió con el alumnado. Mientras más grande era el curso en que uno estaba se quedaban en la Católica y los más jovencitos se iban para allá. Cada alumno y cada profesor lo decidieron. Y la escuela de Negocios se quedó sin universidad.

Por varios años otorgaron un diploma de título que decía: “escuela de Negocios de Valparaíso”. Sólo a partir del año 1974 les fue posible otorgar títulos universitarios al alero de la universidad Técnica Federico Santa María, hasta que se promulgó la Ley de 1981.

**EQUIPO:** *Profesor, ¿usted cree que existe una identidad o como se dice ahora un “Sello valórico” del alumno PUCV?*

Es difícil una respuesta. Hay una pregunta que me he hecho siempre referida a la catolicidad y siempre llego a una misma respuesta que puede ser muy poco rigurosa. El testimonio de personas que caminaron por los pasillos de la universidad fue llenándola de un halo que podría ser esa identidad expresada en la acción de ellos. A mí no se me ocurre otra forma de decirlo, es bien poco concreto.

El año 1982, cuando vuelvo de Estados Unidos después de haber estudiado, una de las primeras imágenes que tengo en mi mente es la de un hombre de pelo blanco, sacerdote, caminando por la Avenida Brasil, muy rápido, porque había incidentes entre estudiantes y carabineros. Ese era el Padre Pedro Gutiérrez, y esa es la imagen que tengo de él aquí, que marcó la historia de la universidad por muchos años, y también marcó vidas, motivó conversiones religiosas.

Como verán, hay muchos testimonios de personas que marcaron épocas. Luis Young, de la escuela de Derecho, marcó vidas que se relacionan con la Doctrina Social de la Iglesia en esta década. Entonces, es probable que la vida de esta institución sea un conjunto de acciones de individuos notables, que son vistos y apreciados por lo que hacen y lo que dicen.

**EQUIPO:** *Don Bernardo, ¿Usted fue el primer Rector elegido por sus pares?*

Bueno, el primero fue Raúl Allard, quien –por lo demás– fue Rector varias semanas más después de que se produjo el quiebre y la caída del gobierno de Allende. Raúl tiene buena memoria y tiene escritos. Él es el más preclaro para hablarles de lo que quieran, pero Raúl fue Rector hasta octubre de 1973. Por tanto, deben haber pasado unas 6 semanas más en la cual no existía claridad sobre la continuidad en las rectorías de las 8 universidades existentes.

Yo estuve en el Canal de Televisión un tiempo y después me vine a la escuela de Ingeniería Comercial, porque en aquel tiempo, los directores de las escuelas eran elegidos según sus posiciones políticas. Entonces, se dio el absurdo de que David Cademártori y yo fuimos directores extremadamente jóvenes. Él era un “niño de chupete” cuando fue director. Eso, era inimaginable para esa época, pero es fruto de las luchas políticas.

**EQUIPO:** *Profesor, ¿dónde se encontraba para el Golpe Militar?*

Yo me encontraba en la oficina de la Rectoría con el Rector Allard. Debo haber tenido unos 25 años. Se da la casualidad de que entró a la oficina la Directora de Becas de la época y le dijo al Rector: “Mira Raúl, acaba de llegar una cosa muy atractiva”. Esa cosa atractiva era un curso cortito de 6 semanas en Río de Janeiro, sobre lo que hoy se llamaría Marketing Internacional y Promoción de las Exportaciones.

Entonces, el Rector me dijo: “Oye Bernardo, ándate tú, son sólo 6 semanas”. ¡Ya! respondí. Me fui. Llené los papeles y cuando estoy en Río, me doy cuenta de que el curso era por 6 meses. Por lo tanto, me fui en junio de 1973 y volví en diciembre del mismo año. Yo no estuve aquí cuando se produjo el Golpe Militar, no vi la evacuación de la universidad cuando estaban a punto de matar gente aquí en Casa Central, esas cosas no las viví. Cuando vuelvo en diciembre, Raúl Allard ya no era Rector y, en su reemplazo, estaba don Luis Alberto de la Maza, de quien he escuchado buenas historias.

**EQUIPO:** *En general, nuestros entrevistados han hablado bien de los rectores delegados.*

Don Luis Alberto de la Maza nombró un equipo con ciertos equilibrios y dejó en el área que siempre es “despreciable” –pero determinante– el “control de la chequera”. Es decir, dejó los asuntos económicos al Vicerrector en ejercicio: Osvaldo Droppelman.

Esto les da una pista de cómo se dio la situación, lo que no significa que la universidad no haya tenido dolores, que no haya personas que la hayan pasado muy mal, todo lo que quieran. También, hay que mirar cómo se fueron cerrando los capítulos. Don Héctor Herrera asumió como Vicerrector Académico. Fue un gran profesor, un académico superior. Quienes tuvieron clases con él lo recuerdan así y tenía –dicen los “cuentos” de la época– un “ojo” para escoger a sus ayudantes, pues siempre escogía a los estudiantes que pensaban distinto a él. Yo no sé si Carmen Castillo –hija de Fernando Castillo Velasco– fue su ayudante en Santiago. Pero recuerdo que en el funeral de Héctor Herrera me tocó hablar como rector para despedirlo en el cementerio. Los que más lloraban eran los que pensaban muy distinto a él. Lloraban de verdad. Alumnos, dirigentes estudiantiles de los ‘80, etc.

**EQUIPO:** *Los entrevistados tienen una imagen de él que no es la mejor. Probablemente, se lo responsabiliza de muchas decisiones complejas.*

Yo tengo una regla de vida y es que –para juzgar a una persona en términos administrativos– debe juzgársela en función del contexto en que tomó sus decisiones y no fuera de él. Obviamente, que él por su personalidad era una persona dura, que se imponía, que tenía un orden jerárquico, pero también hubo paradojas. Por ejemplo, cuando fui rector en 1990, yo era



muy joven y él, un hombre mayor. Él se ordenó jerárquicamente, se puso en línea. Eso tiene que ver, a lo mejor, con una cuestión de mentalidad mejor medieval, y esto lo digo en un buen sentido.

Claro que pasaron arbitrariedades, claro que hubo personas que vivieron dolores muy grandes, evidente que sí. Monseñor Sapunar jugó un papel crucial con personas que todavía le agradecen lo que hizo. Hay muchas paradojas, como que en esos años se contrató a personas opuestas de las razones del golpe y que, luego, entraron como profesores aquí.

**EQUIPO:** *Don Bernardo, ¿fue muy complejo haber sido el rector de la Transición?*

Les voy a decir una cosa que no me la van a creer, pero hay momentos en los que trato de no sentirme protagonista de nada. Tengo la impresión, y lo que voy a decir es muy pretencioso –tanto que ni siquiera se lo he comentado a Teresa, mi mujer– que yo fui “electo Rector” un día de abril de 1979, cuando me fui a estudiar a Estados Unidos.

Partí más maduro, no como se sale hoy. En ese momento, yo era Vicerrector de Asuntos Económicos. Entonces, ese día, hubo una “extraña” despedida. Natural, por cuanto a las personas que viajan para estudiar se las suele despedir. Pero esta despedida, fue diferente, movió a centenares de personas. Yo desconozco si fue para despedirme a mí, si fue para manifestar algo que no tenía que ver conmigo, no lo sé, pero hubo centenares de personas en la despedida que se me realizó en el casino de Casa Central. En ella estuvo el Rector de la universidad –que en aquella época era don Matías Valenzuela– Héctor Herrera, Renato Ochoa, entre otros. Toda esa gente estaba sentada ahí. ¿Por qué? No lo sé.

Esta despedida tiene que haber tenido simbolismos de otro orden, pero que uno no alcanza a captar. Por otro lado, para la Iglesia, la Vicerrectoría de Asuntos Económicos era una cuestión esencial, pues se requería superar la delicada situación económica de la universidad.

Así, hubo muchos ejemplos de vicerrectores de asuntos económicos que fueron rectores electos después, incluso en grandes universidades Latinoamericanas. ¿Por qué? ¿Cuál es la explicación que tenemos?

Entonces, me voy, estudio y vuelvo en 1983. En ese momento, se produjo el cambio de Obispo de Valparaíso, porque don Emilio Tagle terminó su período y lo sucede Monseñor Francisco de Borja Valenzuela. Él le pidió

a la Ministra de Justicia de la época, la señora Mónica Madariaga, que le hiciera un regalo: “Quiero nombrar un rector no delegado, único en Chile, por primera vez”. Y ella le dijo: “Tío, voy a hablar con Augusto” y lo hizo. El profesor Raúl Bertelsen fue nombrado Rector.

Entonces, Raúl le ofreció la Vicerrectoría de Asuntos Económicos a otra persona, que no quiso el cargo. Yo no fui la primera preferencia. Entonces me fue a ver a mí, enfermo, y me dijo: “Bernardo, mira, no quiso ser, ¿tú quieres? Si en algo te ayudo”, y fui Vicerrector otra vez.

Eso duró hasta el 1986. Los conflictos de la década de 1980 fueron muy duros. Tengo el recuerdo que me golpeó un tipo, que venía de Santiago, porque de allá llegaban micros a la lucha callejera. Estaba asustado, me golpeó muy fuerte por atrás, era mucho más diestro que los Carabineros por si acaso, tenía buena formación de lucha. Quedé adolorido.

290

Aquí sucedió un incidente muy grave que hizo que Raúl Bertelsen dejara de ser Rector esa tarde. Le sucedió en la rectoría Juan Enrique Fröemel, profesor del Instituto de Educación. Era un oficial de la Armada que había sacado su doctorado en educación, en los Estados Unidos, un muy buen doctorado y había sido Subsecretario de Educación.

Yo continué como Vicerrector pero, posteriormente, por algunas diferencias de parecer dejé la Vicerrectoría. La dejé en muy buenos términos. De ahí, un profesor que se llamaba Walter Zeller me reemplazó, célebre por su risa en los pasillos de la universidad.

Entonces, Raúl Allard fue el último Rector electo. Luego, vino el período de rectores delegados. Después, cuando hubo elecciones, yo sí tenía la disposición de querer ser Rector. Entonces, se postuló mi nombre junto a Enrique Aimone y Patricio Jiménez.

Enrique, tuvo un gran respaldo. Él es una gran persona, una maravilla, hombre honesto, sencillez, humilde. Bueno, las personas que apoyaron a Enrique tenían la convicción de que la elección estaba ganada. Sin embargo, los resultados fueron decisivos. Supongamos que yo saque 260 votos, Enrique 130 y Patricio 55.

Allí pasó una cosa muy bonita. Cuando yo era Vicerrector con Raúl Bertelsen, un día llega Godo a verme. Entonces me dijo: “¿Te acordás de la comida del 1979? Te vengo a avisar que ahora vos vas a ser el próximo

Rector”. Entonces, cuando llegó el 1990, la primera reunión que tuve fue en una casa de la Avenida San Martín, que era la de Jorge Eduardo Rivera.

En esa reunión –por lo que recuerdo– deben haber estado Jorge Eduardo, Alberto Cruz y Godo. Ellos me dijeron: “Llegó el momento, nosotros estamos contigo”. Eso fue para mí impresionante, por la admiración y el cariño que yo sentía por ellos. Además, yo me sentía joven y los veía a ellos viejos. Entonces, esa cuestión es muy importante para uno. Así se armó la historia, con muchas personas muy leales que se portaron fantástico.

Ahora, creo que tuve suerte en una cosa: Chile fue muy lindo de 1990 a 1994. Era un país romántico, donde todos tenían ganas de que las cosas funcionaran, sin importar de dónde vinieran. Todos queríamos que esto funcionara bien. Por tanto, yo diría que lo más importante que se hizo en ese período fue una cosa: el orden económico.

Tuvimos que hacer una operación gigantesca porque los balances universitarios tenían un descuadre de 10 millones de dólares de la época. En 6 años, logramos sanear. Yo no tuve mi primer equipo como lo soñé. Por ejemplo, Claudio Elórtogui, actual rector, era como el “Ministro de Hacienda local”, pues era SEREMI de Valparaíso, lo que significó que él fuera Vicerrector de Asuntos Económicos mío en el segundo período y no en el primero. Por tanto, el primer Vicerrector que trabajó conmigo fue alguien que –no viniendo del área de las finanzas– lo tiene en la sangre. Es Gabriel Yany.

Alfonso Muga tampoco pudo ser Vicerrector de Asuntos Académicos, porque en ese momento era Director de Educación Superior. Dicho en otras palabras, en el segundo período, tuve vicerrectores que luego fueron rectores. Eso es un privilegio que muy pocas personas tienen. Fue un gran equipo, pero eso no se valora cuando se tiene, solo cuando se pierde.

**EQUIPO:** *Profesor, en su rectoría ocurrió el incendio del gasómetro.*

Sí. Yo era Rector cuando se produjo. Eso fue en 1994. El incendio fue una cosa gigantesca que provocó mucho pánico en todo Valparaíso. Hubo una estampida de gente, fue tremendo. Recuerdo que salí a la calle y había una locura, dicen que hubo gente que corrió hasta las alturas del Cerro Bellavista. Me acuerdo también de un profesor, una persona muy prestigiosa, que anunciaba que había que huir porque venía una explosión gigante.

En ese momento, se acercó la profesora Marianne Peronard y me dijo: “Bernardo, tranquilo, aquí nada va a pasar, controlemos a la gente”. Ella me ayudó, porque su papá y su marido fueron Ingenieros Químicos. Ella sabía muchísimo de esto e hizo el diagnóstico: “Esto no se incendia, no te preocupes”. Ahí yo me sentí seguro.

**EQUIPO:** *En el mismo plano de la anécdota, vino don Patricio Aylwin.*

Sí, claro, era Presidente don Patricio... Fue un momento bien difícil que tuve, pero ya pasó. Uno se olvida de las cosas. ¿Saben por qué me acuerdo? Cuando yo estaba en Estados Unidos, en 1981, escribí un *paper* con ocasión de los 90 años de la Encíclica Rerum Novarum (1891) para un curso sobre El Trabajo que tenía con un gran profesor. El punto es que escribí sobre este tema, tenía listo el *paper* y el día que tenía que presentarlo fue baleado el Papa Juan Pablo II. Por eso, la Encíclica salió tiempo después. Entonces, en 1991 se cumplía el Centenario. Hablé con Don Patricio, le planteé esto de los 100 años de la Doctrina Social, aquí en la Católica de Valparaíso...

Yo tengo la impresión de que Mariana, su hija historiadora, participó en la construcción del discurso del Presidente, un discurso que tuvo mucho contenido.

El Acto se realizó en el Gimnasio. Lamentablemente, cometí una falta de deferencia o, quizás, hice algo falto de sentido político. Como estamos en tiempos de decir “Me arrepiento de lo que hice”, yo lo digo, y creo que las personas serán juzgadas en su contexto. Yo me dije: “Aquí habla el Rector y el invitado”. El Presidente de la Federación de Estudiantes de la época, ante mi omisión, legítimamente se molestó mucho con esto, era lógico.

Cuando yo hablé, hubo pifias. Después habló don Patricio, y todos fuimos felices. Pero lo bonito que tiene todo esto es que hoy, años después, varios de ellos, que ya son maduros e importantes, me han dicho “que burrada fue lo que hicimos”. Ahora, es tiempo para reírse de estos temas.

Pocos años después, vino el Presidente Eduardo Frei por el aniversario de la escuela de Derecho. Recuerdo que estábamos en el Salón de Honor y, entre otros, habló un ex alumno de la escuela. Había estudiado en los Padres Franceses, trabajó en la Cancillería y fue víctima de minas antipersonales, que todavía se encuentran en el norte. Además, escribió un libro sobre La Haya y fue profesor de acá. Luis Winter Iguual es su nombre y fue un largo discurso.

**EQUIPO:** *¿Usted estuvo presente el año 1974 cuando la universidad condecoró con la medalla virtuti et merito a Augusto Pinochet?*

Pensé que había sido el 1978. ¿Fue en 1974? Lo que recuerdo con certeza es que el discurso lo ofreció el Pbro. Enrique Pascal García-Huidobro ¿Lo sabían?

**EQUIPO:** *Entonces ¿Augusto Pinochet vino dos veces a la universidad?*

Bueno... vino dos veces entonces. Y el discurso lo hizo don Enrique Pascal. Yo estuve ahí. Ustedes comprenderán que era una época en que la capacidad de tener reacción explícita era menor, digamos, imposibles. Yo estaba fuera de Chile cuando se votó la Constitución. ¿Cuándo se votó la Constitución? Hay una votación, una famosa votación, cuando se sale una resolución de las Naciones Unidas contra el Gobierno Militar, que es del año 1978 o 1979...

Hubo concentraciones de público en todo el país. De ahí salió la marcha de la universidad Católica. La mayor parte de las personas que desfilaron eran no pinochetistas y, por otro lado, destacados pinochetistas, no desfilaron. Pregunta: ¿Por qué? Porque “la institución” es la que tenía que estar presente y, de esa manera, ella –en el pensamiento de quienes hicieron eso– no era tocada. Esto es bastante sutil y rebuscado, pero créanmelo. “¿Y por qué estás aquí? - Porque es la Católica la que tiene que estar presente y si la Católica no está...”

**EQUIPO:** *¿Cómo se imagina Usted la universidad de cara al centenario?*

Es tan difícil esa pregunta. A mí me gustaría que todos aquellos que entran a la universidad depongan sus diferencias que tienen con la identidad institucional, que mantengan con honor su propia fe, pero que nunca ataquen aquello que le es propio a la Casa que los recibe. Porque mi obligación es respetar lo que ella es, porque ella me respeta en mi fe.

Por lo tanto, “Yo que soy musulmán ahora, me acabo de convertir. Soy un hombre de fe, como era el papá de Kamel Harire –que era un musulmán que cantaba el Corán– quiero estar aquí, seguir practicando mi fe, pero servir a la obra de la universidad en función de lo que ella es y jamás atacar su ser”.

Voy a decirles una cuestión. Uno siempre tiene que decir las cosas, más en el orden de la poesía que en cualquier otro. Me gustaría que mi país, pero

también quienes vivan en la universidad, entendamos que junto con los sueños y todos los deseos legítimos que uno tenga, siempre la realidad nos obliga a que los recursos escasos deben aplicarse sobre las necesidades, que son múltiples y que requieren ser jerarquizadas, porque de lo contrario, destruimos cualquier institución. En otras palabras, que tengamos un entendimiento de que los recursos son escasos y que debemos aplicarlos con una cierta racionalidad.

También, me gustaría que para el Centenario hubiera tal valoración por la filosofía, la historia o la literatura, que las tengamos como base de la formación de los alumnos, en todas las carreras de la universidad, de tal forma, que nos entreguen poder interpretativo, porque con rigor estudiamos eso y con afecto vemos lo que los clásicos nos dan como respuesta. No estoy hablando de la filosofía al servicio de mi ideología, sino que lo que planteo es que los estudios humanísticos sean la base o el soporte para la capacidad interpretativa de toda profesión.

294

Y me gustaría que pensáramos lo siguiente: “¿Será posible que uno pueda contar a las nuevas generaciones la experiencia puntual que uno tuvo y de la cual uno se arrepiente? ¿O tenemos que dejar que el otro se hunda, baje hasta las tinieblas y después se levante?” Esa es la duda que yo tengo. Dicho de otra manera: que los que llegan cada año entiendan que esta universidad tiene una historia y que debemos acoger parte de esa historia, para comprender los dolores que ella ha tenido y no ponerla en el riesgo.

**EQUIPO:** *Profesor, ¿cómo sintetizaría Usted sus períodos en la Rectoría?*

Lo primero, orden en el dinero. Lo segundo: la restauración. El encuentro de los que un día se distanciaron. Por eso hubo dos investiduras de Doctorados *Honoris Causa*: Arturo Zavala y Alberto Cruz. Ese es el símbolo, lo había olvidado. Esos dos doctorados no son una casualidad. Mírenlos, están con fecha y todo. Se abrazaron los dos, cuando uno lo recibió y cuando le tocó al otro. Ellos nunca se odiaron, pero lo simbólico es el abrazo. A esta restauración me refiero. Por eso digo: los dos *Honoris Causa* fueron una gran obra.

Lo otro fue los inicios de la modernización. Esto tiene que ver con las nuevas bibliotecas, la conectividad. Todas las conversaciones que teníamos en la época están obsoletas, ahora está internet.

Por otra parte, está el entendimiento de lo que es ser Rector. Yo creo que todos los rectores sienten lo mismo. Ser Rector es ponerse al servicio de la comunidad universitaria, porque uno es el rostro visible, para que el que tiene que investigar investigue y el que tiene que crear cree. También, al rector le corresponde explorar el mundo. Por eso cuando un Rector viaja y mira, explora y trae “cuentos del mundo”. Esas son las funciones de un Rector.

Por último, pienso que la universidad es un lugar posible para ser feliz y alcanza para todos. Porque tú en ella te puedes inventar un lugar propio para ser feliz.

**EQUIPO:** *El Profesor David Carrillo nos señaló algo muy similar.*

Bueno, el gran creador de este pensamiento es Esteban Morales, a quien nunca se le otorgó el reconocimiento de Profesor Emérito, el cual –estatutariamente– debe nacer de la unidad académica. Esteban fue el primer doctor de La Sorbona en esta universidad. Pero como él es un hombre de tanta “paz espiritual”, ni siquiera se hace la pregunta que yo me hago.

**EQUIPO:** *Profesor, le queremos agradecer su tiempo y sus recuerdos.*

Espero haberles servido para algo. Salven mi honor eso sí al escribir, porque tengo un profundo sentido de la vergüenza propia y ajena.







*El “Tiberíades”<sup>1</sup> nos daba un “espacio” en eso que nosotros veíamos como la opción profesional: el mar y sus recursos pesqueros. Teníamos todos los jueves un curso en donde salíamos a las 4 de la mañana, navegábamos, volvíamos a las 6 de la tarde y, después, teníamos que seguir “muestreando” hasta las 10 de la noche. Esa era la intensidad y todos contentos.*

---

<sup>1</sup> Embarcación de uso académico que se utilizaba en carreras de la actual facultad de Ciencias del Mar y Geografía.



## ENTREVISTA

# Eleuterio Yáñez Rodríguez

3 DE OCTUBRE  
DEL 2013

*EQUIPO: Hoy vamos a conversar con el profesor Eleuterio Yáñez Rodríguez. Él es Ingeniero Pesquero por la UCV y Doctor en Oceanología. En el ámbito académico ha sido Instructor, Profesor Auxiliar, Profesor Adjunto y, actualmente, es Profesor Titular de la escuela de Ciencias del Mar de la facultad de Recursos Naturales de la PUCV. Ha sido también Jefe de Investigación, Jefe de carrera de Pesquería en la misma escuela y decano de la facultad de Recursos Naturales.*

*Se ha desempeñado como Vicepresidente de la Asociación de Profesionales Pesqueros de Chile, Secretario y Presidente de la Sociedad Chilena de Ciencias del Mar, Presidente de la Asociación Gremial de Académicos de la PUCV.*

*Profesor, usted ingresó a estudiar el año 1968 ¿cómo era la universidad que usted conoció?*

La escuela de Ciencias del Mar, en ese tiempo, se llamaba escuela de Técnicos Pesqueros. Estaba ubicada en el subterráneo de esta Casa Central, en la sala 0-8. Después, pasó a ser escuela de Ingeniería Pesquera y de Alimentos. Y en esa sala, en el lado izquierdo, estaban los profesores de Ingeniería Pesquera y, en el lado derecho, los profesores de Alimentos. Era como una sala de alumnos y los

profesores tenían los escritorios como que fueran de alumnos.

Había mucha mística. Era más importante la mística que los profesores desarrollaban con sus estudiantes que el pequeño lugar donde nosotros desarrollábamos. Si bien es cierto, ellos estaban ahí con bastantes restricciones, nosotros estábamos con una sala de clases al lado, para 30 alumnos, y el ambiente de Casa Central nos enorgullecía.

Entrar a la Casa Central en aquellos tiempos era algo grandioso, no solamente porque su edificio era majestuoso, sino por la comunidad que ahí se encontraba. Había un casino central, después el casino de “don Pancho” y, en ellos, nos relacionábamos estudiantes de diferentes carreras. Estaban los agrónomos arriba, estaba la gente de Derecho, las muchachas de Inglés –porque eran mayoritariamente muchachas–, las de francés, la gente de Biología. O sea, era una comunidad muy integrada.

298

Los “recreos” eran muy esperados. Salíamos corriendo a ubicarnos para aprovechar esos 15 minutos y tener esas tertulias con compañeros de curso de diferentes carreras. Eso era tremendamente grandioso.

La sala de clases que teníamos con las Ciencias Básicas, allí en el “laberinto” que le llamábamos nosotros. Ese laberinto era hermoso, porque te conducía hacia la sala de clases donde tú adquirirías el conocimiento. Era como un túnel, que te llevaba a la sala donde tú ibas a estar con profesores de renombre. Profesores de Biología como el Profesor Haroldo Toro. Después, profesores de Química, como el Profesor David Carrillo, que eran verdaderamente destacados. Venían con unas ganas de enseñar que se les notaba en su predisposición. Bueno, éramos menos estudiantes, pero había un ambiente de estudio “a todo dar”. Teníamos las clases teóricas con muy buenos profesores de matemáticas, química, biología –los mejores diría yo– absolutamente comparables a los profesores que tuvimos en nuestros postgrados en el extranjero. Porque, si bien es cierto, uno ha adquirido un Magíster y después un Doctorado, debo reconocer que son “capas” que tengo. La primera capa es la formación que tengo en la Católica de Valparaíso como Ingeniero. La tengo muy pegada al cuerpo y, después, tengo las otras. Ahí siente uno que en el fondo fue muy bien formado.

Ahora, era una universidad en ese tiempo muy exigente, categóricamente exigente. A nosotros se nos advertía, por ejemplo, que de los 30-40 alumnos que entrábamos a la carrera de Pesquería, solamente tenían posibi-

lidad de pasar los mejores: 10 o 12 estudiantes, porque se controlaba el ingreso, pero también la salida. Se privilegiaba la calidad. Los certámenes orales, los certámenes escritos, eran estrictamente ceremoniosos. Cuando uno iba a una sala de clases sabía que tenía que rendir ahí y demostrar, no había otra opción.

Entonces, sabíamos que pocos de los que estábamos en primer año íbamos a pasar. Y sucedía siempre que eran pocos, pero eran los mejores. No recuerdo en este momento, pero se llamaba algo así como “las eliminatorias”. Todos sabíamos que varios podíamos ser eliminados. Tengo recuerdos de mi carrera que era preciosa, porque teníamos un barco para practicar la profesión, el “Tiberíades”. Era una hermosura, porque estaba preparado para recibirnos.

EQUIPO: *¿Un barco?*

Sí. Estaba en el Puerto de Valparaíso. El “Tiberíades” nos daba un “espacio” en eso que nosotros veíamos como la opción profesional: el mar y sus recursos pesqueros. Teníamos todos los jueves un curso en donde salíamos a las 4 de la mañana, navegábamos, volvíamos a las 6 de la tarde y, después, teníamos que seguir “muestreando” hasta las 10 de la noche. Esa era la intensidad y todos contentos. No éramos muchos estudiantes. A esas alturas quedábamos menos. Había grupos bien cohesionados que disfrutaban. Era sacrificado, pero también teníamos derecho a llevarnos un porcentaje de la captura, llamado “la polla”.

Tengo muy buenos recuerdos porque lo teníamos “todo”. Primero, teníamos buenos profesores, un ambiente físico y humano muy grato aquí en Casa Central.

Debo decir que, en aquellos momentos, particularmente el año ‘68, aquí había muchas revueltas. De la Reforma en sí, no me percaté mucho. Venía del liceo, veía muchos problemas, tomas, muchos conflictos por Av. Brasil y Av. Argentina, algunos episodios muy violentos entre Carabineros y estudiantes. Pero claro, no teníamos todavía una idea por qué sucedía esto y, en el ‘68, estábamos preocuparnos de las “eliminatorias”, teníamos que estudiar mucha matemática, física, estadística, química y el tiempo nos consumía en eso.

Seguramente, los estudiantes de cursos superiores atendían más las necesidades de llevar adelante una Reforma, la cual entendí después. Si en

esos momentos yo hubiera estado consciente de lo que estaba pasando, la habría apoyado a todo evento. Después, me di cuenta que era una cosa para gente más madura de la universidad, pero si hubiera tenido la madurez necesaria yo la hubiera entendido y apoyado de todas maneras. Valoro ese tiempo, fue conflictivo. Aquí, vi por ejemplo que se dieron vueltas trolebuses. Se peleaba violentamente entre estudiantes y carabineros. Parece que había gente que sabía luchar y pelear, pero era un grupo más reducido.

Otro momento conflictivo fue durante la dictadura militar. Yo le llamo dictadura y no “Régimen”, lo puedo fundamentar, pero no es el tema del cual estamos hablando hoy. Ahí estábamos más maduros, éramos miembros de la comunidad universitaria.

Terminé la carrera allá en Caleta El Membrillo. Cuando uno mira la dimensión física de la escuela y nota qué tenemos hoy, realmente observa un progreso enorme como escuela de Ciencias del Mar. Y ese progreso obedece a un apoyo directo de las diferentes autoridades de la universidad, de los diferentes rectores, vicerrectores, porque hay que tener apoyo de ellos para impulsar los proyectos de desarrollo.

Creo que tuvimos muy buenos apoyos de los diferentes rectores y logramos esa riqueza que significa “vivir al lado del mar”. Sentir las olas es muy grato para nosotros, a pesar que siempre mi padre me dijo: “Cuídate los huesos”, porque la humedad allí es terrible. Mi papá me visitó una sola vez en la escuela y me dijo: “Esto es de una hermosura a todo evento, pero también hay que preocuparse de la humedad”.

Nunca más me visitó el papá, porque no entendió él por qué me quedé en la universidad haciendo clases, siendo que había estudiado Ingeniería. Parece que él quería que yo trabajara en la industria.

Siempre decía que yo tenía una especie de don de mando. Entonces, era bueno para trabajar en una empresa, pero yo no quería ni la empresa ni la universidad, yo quería el barco, estar arriba de un barco como un pirata. Yo me imaginaba con blue jeans cortados y pescando, separando los pescados, manejando el buque. Ese era mi objetivo al entrar a la universidad, estudiar Técnico Pesquero, que en aquél entonces tenía una gran relevancia.

Ser técnico fue una opción muy apoyada por el Presidente Frei Montalva. Él dijo: “Necesitamos técnicos” y desarrolló proyectos para hacer que las

carreras técnicas fueran subvencionadas por el Estado, para desarrollar Ingenieros Mecánicos, Ingenieros Eléctricos, Técnicos Eléctricos. Todos estábamos en el subterráneo de Casa Central: los Técnicos Mecánicos, los electricistas, los Pesqueros y otros más que estábamos abajo.

Era más cómodo abajo porque allá teníamos nuestros talleres para hacer resistencia de materiales, era más cómodo tener los instrumentos abajo que tenerlos arriba, por el ruido y por todo eso.

Llegamos a Caleta El Membrillo y yo terminé la carrera. La escuela no solamente se desarrolló físicamente, sino que después nació la necesidad de pasar de técnico a ingeniero, a Ingeniero de Ejecución en Pesca. Después a Ingeniero de Ejecución en Pesquería y, luego, Ingeniero Pesquero. Nosotros íbamos avanzando y se abrían estas opciones. A uno le decían: “¿Te quedas con el título de Técnico que tienes o quieres seguir estudiando?”

Yo respondí: “No, yo no quiero ingeniería, yo quiero ser técnico. Quiero mi barco, quiero ir a un barco pesquero”. Fue tanta la insistencia y la tentación que me quedé: “Voy a ser Ingeniero de Ejecución en Pesca”. Cuando terminé, ya no era en Pesca, era en Pesquería. Entonces, no saqué el Técnico Pesquero, me quedo un año más, cuatro años y me titulo de Ingeniero de Ejecución en Pesquería. Me dieron el título en el año ‘74.

Ahí tuve un conflicto personal grande con un compañero de curso de la escuela de Arquitectura: Matamala. Ambos, éramos compañeros en el Liceo de Quilpué. Los dos nos habíamos sacado el primer puesto con un Cum Laude y, por lo tanto, estábamos invitados a una ceremonia que hizo el rector delegado de aquella época. Se hizo una cena acá en el Salón de Honor, con todo lo que uno se puede imaginar. Yo no quería venir y Matamala tampoco.

EQUIPO: *Perdón, porque era Rector delegado...*

No... Tengo que decir una cosa: todos los rectores delegados, no recuerdo ninguno que no se haya cambiado la camiseta. Los rectores delegados terminaron defendiendo a la universidad Católica de Valparaíso, todos.

O sea, se introdujeron en nuestros problemas y no vinieron a imponer nada. Eso es verdad, hay que decirlo. Entonces, no era problema de las personas y los rectores delegados, aunque yo estoy en contra hasta hoy día de los rectores delegados, porque no tienen nada que hacer en la univer-

sidad, era un momento especial y estuvieron acá. No era necesario, pero se hizo. Yo no estuve de acuerdo con los rectores delegados, pero vi a los rectores, personas que eran defensores de nuestra universidad. Eso lo podemos ver, nos defendieron frente a otras autoridades que yo desconozco.

Entonces, si bien es cierto yo era el mejor titulado de Pesquería, había otros de Agronomía y todos estábamos invitados. Hablamos con... ¿Cómo se llamaba Matamala? Matamala era un tremendo estudiante del Liceo de Quilpué. Se sacó el primer puesto.

Él era demócrata cristiano, pero de los buenos. O sea, no solamente por una simple opción política, era una concepción de vida que él tenía y que, en política, lo representaba la Democracia Cristiana. Por eso lo respetábamos. Él tenía problemas en la escuela de Arquitectura por su opción política. Me acuerdo que costó reconocer que era el mejor de esa promoción y había que otorgarle el Cum Laude o el primer premio. Bueno, al final, vinimos a la ceremonia, pero creo que de parte nuestra no se vio ninguna sonrisa, a pesar de la gentileza del Rector de entonces.

Ese fue un momento bastante especial, porque mi personalidad como estudiante formado, no “vibraba bien”. Las vibraciones no eran para acompañar un sentir, sino que había vibraciones que iban para otro lado y un sentir que iba para otro. Entonces, no era cómodo, todo ese período no fue cómodo.

Después, obtuve una oferta de trabajo en Isla de Pascua. Me contrataban y, en ese tiempo, había un 300% de bonificación por “zona”. O sea, yo recibiría tres sueldos en Isla de Pascua, cuando no había ganado nunca un peso. Con el sacrificio de mis padres pude terminar la universidad.

Al mismo tiempo, un profesor de la escuela –con el cual yo trabajaba– se fue a Venezuela, a ganar tres veces lo que le pagaba la Católica de Valparaíso, porque se metió en el tema de la gestión de las petroleras. Como yo era su ayudante, muy cercano, era el único que entendía lo que pasaba en su proyecto, que era un proyecto internacional que trabajábamos con la universidad de Washington, la mejor universidad en Pesquería en aquel momento, y creo que la mejor hasta el día de hoy.

Uno de los profesores de la universidad de Washington se vino a trabajar con nosotros para aplicar una nueva metodología para evaluar recursos pesqueros y él quería chequear esa metodología evaluando los recursos

pesqueros de la zona central de Chile. El profesor se fue y me llamó Teófilo Melo, que era el Jefe de la carrera de Pesquería y me dijo: “Se fue el profesor Trujillo y tú tienes que terminar el proyecto. Te vamos a pagar un millón de pesos hasta que termines el proyecto”.

Estoy calculando, más o menos, lo que me ofrecían al día de hoy. Un millón de pesos, para un estudiante hoy día, no es malo. ¿Cierto? Entonces, tenía este otro trabajo en Isla de Pascua, donde me hacía cargo del desarrollo pesquero de la Isla. Había que partir de cero y hacerlo todo. Un tremendo desafío. Estaba esta oferta y la oferta de la universidad. Uno era un contrato permanente y, el otro, un contrato hasta terminar el proyecto.

EQUIPO: *¿Qué otros recuerdos tiene de esa época?*

Mis compañeros de curso. Hasta el día de hoy, todos los años, nos reunimos. Éramos cinco, porque de los 33 que entramos, pasamos 11 a segundo año. Aunque ustedes no lo crean, el Director de aquél tiempo nos dijo: “¿Ven? De esta gente, de ustedes, seguramente van a pasar 11 a segundo año”. Y de los que pasamos, terminamos cinco y esos cinco que terminamos nos hemos juntado todos los años hasta hoy. La última comida que hicimos fue en mi casa, la semana pasada, pues vino un compañero que trabaja ahora en Alemania, que se casó con una alemana. Su señora estaba de cumpleaños y quería celebrarlo en Chile con nosotros.

Entretanto, había ganado el concurso para trabajar en Isla de Pascua. Había que presentar un curriculum y como yo tenía el cum laude acá, el primer puesto, parece que eso influyó. Ahí fue que mis compañeros me dijeron: “Pídele al profesor Melo que hable con el Director de la escuela, para que no te pague hasta que termine el proyecto, sino que te de un puesto formal en la universidad”. Aunque fuera el más chiquitito –que era profesor instructor– yo le dije al profesor que no iba a aceptar el millón de pesos, porque quedaban dos años para terminar. Además, no iba a saber qué hacer, y tenía esta opción en la Isla.

Quince días después, el profesor Melo me llamó y me dijo: “Ya, te vamos a ofrecer una jornada formal, de planta, como instructor”. Fueron \$500.000, mucho menos de lo que me pagaban por el proyecto, y mucho menos de lo que me pagarían en la Isla. Pero opté por los \$500.000, con contrato firmado el año ‘74.

Había algo más: tenía dudas con Isla de Pascua, a pesar de que allá iba a recibir tres sueldos. Yo me dije: “Con uno vivo en Isla de Pascua y los otros dos se los mando a mis papás”. Mis papás, tenían negocio de almacén, botillería y carnicería, pero como empezaron a salir los supermercados, ellos empezaron a quebrar. Felizmente, cuando ya no estábamos.

Yo, lo único que quería era ayudar a mi papá, por eso quería ser Técnico Pesquero, porque iba a estudiar tres años, me iba al barco, iba a ganar plata y podía ayudar a mi papá. Me iba a Isla de Pascua, dos sueldos para mi papá, uno para mí y solucionaba todos los problemas.

Entremedio de todo esto, ya estaba pololeando con mi futura esposa, acá en la escuela, y sabía que –si me iba a Isla de Pascua– la distancia iba a perjudicar esta relación, de la cual yo era el más interesado. Creo que en primer, segundo y tercer año, mi señora nunca me miró de otra manera que como compañero curso. En cambié yo, desde el momento en que la conocí, la miré de otra manera. Ya tenía dos opciones, Isla de Pascua, tres sueldos y un profesor titular con una sexta parte de ese monto y decidí quedarme en la universidad, donde me dijeron: “Al Centro de Investigaciones del Mar”.

Entonces, entré al Centro de Investigaciones del Mar y el Director me dijo: “Mira, aquí hay una sola moneda de cambio. Aquí, todo el que entra como jornada formal, completa y formal a la universidad Católica de Valparaíso, y particularmente al Centro de Investigación, tiene que publicar un trabajo al año. Eso es todo lo que tienes que hacer”. Ni siquiera me dijeron que tenía que hacer clases, porque era el Centro de Investigaciones. Para hacer una publicación, había que tener un proyecto. Entonces, había que ganarse el proyecto, después hacer la publicación.

Eso, me quedó marcado para siempre: “el profesor que no publica, al menos una vez al año, es como esa espada (de Damocles) que está a punto de caer...” Había que hacerlo, yo lo sentía como una obligación tremenda. Había que tener un proyecto, conseguir los recursos, ir a buscar los datos, hacer los análisis.

En ese tiempo, los dibujos los hacíamos nosotros mismos, con tinta china encima de un papel transparente.

*EQUIPO: ¿Cómo era la relación de la escuela con Rectoría, con la administración central durante esos años?*



La máxima autoridad nuestra –y la sentíamos como obviamente la principal– era el Director de la escuela. No había decano en esa época que yo recuerde y la Casa Central era algo muy solemne: el Rector, el Vice Gran Canciller, eran personalidades muy importantes, aunque nos sentíamos lejanos.

Primero, como estudiante y, después, como recién egresado de la universidad, yo no tenía contacto directo con las autoridades de la Casa Central. Las mirábamos como autoridades centrales, pero todo pasaba por el Director de la escuela. Teníamos tanto trabajo que no podíamos mirar más allá.

EQUIPO: *¿Y cuándo fue decano?*

¡Cómo cambia la vida! Imagínense: una persona que venía de un liceo público. Cuando salí, no postulé de inmediato. No entré al primer año de universidad, le tuve mucho miedo a ese examen, porque cuando tenía que darlo –era el famoso bachillerato– le tenía terror. Cuando salí del liceo, salí mal en inglés y en francés, y no tuve la oportunidad de dar la Prueba de Aptitud Académica, tuve que esperar un año. Entonces, para eso me preparé durante un año. Yo sabía que no venía bien, por eso tuve un año trabajando la Prueba de Aptitud.

¿Qué es lo que hice? Con otros compañeros del liceo nos hicimos un esquema de trabajo durante ese año y todas las mañanas estudiábamos desde las 8.30 de la mañana hasta la 1 de la tarde. Rendí una Prueba de Aptitud Académica bastante buena, sobre todo en Biología, que saqué como 800 puntos.

El “Villeg”, que era el Manual de Biología, “me lo comí” entero en ese año. Siempre fui malo para los idiomas, aunque me gustaba el francés. En mi casa, en mi dormitorio, tenía lleno de mapas en francés. Estando en el liceo y luego en la universidad todo estaba relacionado con Francia. Tiempo después, me tocó ir a Francia.

En el período de la dictadura se empezó a formar un grupo en la Asociación de Académicos que era muy académico y me dieron a entender que había que meterse allí, porque había que defender a la universidad de cosas que querían hacer con ella. Esa es otra cosa seria que tengo que decir:

la Asociación de Académicos, nunca fue un ente político como lo han querido sostener. Nunca. Ahí entraba el que tenía ganas de hablar de universidad, el que tenía ganas de enfrentar el período crítico universitario.

Nosotros, no entendíamos nada, ni de gobierno ni hablábamos cuestiones políticas. Y ahí conocí a Antonio Rehbein, de Ciencias Religiosas; Carlos Álvarez, de Comercio; Juan Orellana, también de Comercio. El trabajar con ellos ahí “no tiene cartón”, pero fue para mí un “tercer postgrado”. Con la dimensión universitaria que ellos le daban a eso. Gente súper valiosa, eran como los maestros que tiran un cincel, correctísimos. Una concepción universitaria, los fundamentos que ellos tenían para definir la universidad, su quehacer, su preocupación por los estudiantes, era magnífico.

**EQUIPO: ¿Qué cosas veían por ejemplo?**

306

Por ejemplo: nos demoramos una semana en definir el concepto de “Autonomía Universitaria” y el porqué nunca a la universidad debía ingresar la fuerza pública, nunca. Se suponía que la autonomía universitaria no es cualquier cosa. La autonomía es la capacidad que tiene la Academia para resolver los problemas. Si ella deja entrar a terceros es que no es capaz, deja de ser universidad en ese momento. Esto es súper profundo.

La defensa jurídica que realizábamos puede haberlo hecho mal. Sin embargo, no se trataba de inmiscuirse en el problema político, sino defender a nuestros estudiantes, porque caían en una situación peligrosa en las cárceles, cuando eran trasladados. Por eso, antes que pasaran a la cárcel, nosotros con el Padre Pedro Gutiérrez íbamos a tratar de sacar a los chiquillos de la Comisaría. Nosotros le decíamos al teniente de Carabineros: “No venimos aquí a decir si ese estudiante es culpable o no, pues ese es un problema de la justicia. Lo que queremos es garantizar que tenga una situación de no peligro”. Eso era todo. Nosotros, no nos íbamos a anteponer a la justicia.

Como ellos lo fundamentaron, como Antonio Rehbein lo fundamentó –porque él hizo ese trabajo en una semana, pues no era todos los días, eran dos horas en la tarde, de 6 a 8 pm, aquí en Casa Central– era tremendamente valioso. Todo está escrito felizmente.

Una vez, nos avisaron desde Gendarmería que el día viernes en la tarde iba haber un conflicto entre los estudiantes universitarios y los reos

comunes, aquí en la Cárcel Pública de Valparaíso. Entonces, nuestros estudiantes corrían peligro.

Lo primero que hicimos fue tratar de sacar al presidente de la Federación, René Lues, que fue candidato a Alcalde en Viña del Mar. Estaba detenido y, con Adela Chaparro, lo sacamos a un recinto VIP. Pagamos para que él pasara del recinto carcelario normal a un recinto más privilegiado, el viernes en la tarde. Al día siguiente, mataron allí a un alumno de la universidad de Playa Ancha. O sea, que, esa cuchilla tuvo la probabilidad de... Bueno, lloramos igual la muerte de ese chico, porque se puso a pelear con un reo común. Había un problema de envidia entre los reos comunes y la atención preferente que nosotros le dábamos —como Comisión jurídica— a los estudiantes que estaban allí presos. Les llevábamos comida miércoles y sábado, cubríamos sus necesidades, etc.

Tanto la Asociación Gremial de Académicos como los representantes de los dos sindicatos y de la Federación de Estudiantes, armamos esa comisión y cada uno de estos cuatro estamentos tenía su abogado. Nosotros teníamos a Lucho Bork, un tremendo hombre. Lucho es un profesor, demócrata cristiano, pero serio.

Yo no soy demócrata cristiano, pero los respeto a ellos. Juan Orellana, demócrata cristiano, para mí es un gran profesor, súper buen amigo, buen hombre y con ganas de enseñarle a todo el que tuviera frente a él. Antonio Rehbein, Carlos Álvarez, toda esa gente era tan simple, tan universitarios. Aquí estaban como universitarios, pero también eran políticos.

Laura Soto era abogada de los estudiantes y Hernán Pinto —que fue Alcalde de Valparaíso— fue el de los sindicatos. O sea, era una Comisión seria, porque el problema era serio, eran estudiantes nuestros, que eran tomados acá en la revuelta y se los llevaban a condiciones, que nosotros encontrábamos que eran peligrosas. El propósito era sacarlos de ahí y que tuvieran un juicio. Ahora me doy cuenta que, en ese tiempo, los juicios valían muy poco. Los jueces no eran capaces de dirimir bien o estaban presionados, no sé, pero ha sido doloroso saber de que la justicia en Chile estuvo también entrabada en esos tiempos difíciles.

La decanatura fue un lapsus en mi vida. Siempre evité la administración. Yo no quería nada con ser secretario, ni director, ni decano, ni nada, pero el tiempo cambia. Ahora me habría gustado ser candidato a Rector ¿Cómo será ser candidato a Rector?. Lo pensé una vez, porque me lo

ofrecieron. Después de no querer nada con la administración, un día estábamos en elecciones y yo era el único de los profesores que nunca había tenido un cargo académico. Eso fue el 2007-2008, por ahí.

Y Patricio Pavez dijo: “Eleuterio nunca ha tenido ningún cargo. Creo que es la oportunidad de él”. Casi 100% de votación, estaba Antonio Cifuentes, de la escuela de Alimentos y fuimos a elección. Hicimos tres elecciones: en las dos primeras yo perdí, por dos votos, y en la tercera, la definitiva, empatamos con Antonio. Teníamos la misma cantidad de votos, pero yo era profesor titular y él era profesor adjunto.

Así que me ganó la decanatura, que no quería, por esta “triquiñuela” que no tiene nada que ver con una elección democrática. Pero eran las reglas del juego: ¿No? La decanatura... fue difícil ser Decano. ¿Saben por qué? Porque no creo en la constitución de las decanaturas de la universidad, no son decanaturas.

308

EQUIPO: *¿En qué sentido?*

Aquí no hay verdaderas Facultades. Porque las Facultades son entes que tienen facultad de organizar el trabajo universitario, de las diferentes unidades que ellos tienen, que normalmente son departamentos. Organizar, es decir, que tienen a cargo el personal, el presupuesto y la autoridad para permitir que el desarrollo de todas esas instituciones funcione, de acuerdo a la política universitaria de la PUCV.

Pero en este caso, no. Los decanos no tienen ninguna autoridad, en el sentido que las autoridades son los Directores de escuela. Ellos tienen las plantas, los presupuestos, los proyectos. Entonces, los decanos en esta universidad Católica es una simple figura que transmite alguna información desde el poder central hacia los académicos. Difícilmente, porque no lo hacen siempre, algo pasa con ellos cuando llegan ahí, no llega la información a las “bases”.

EQUIPO: *¿Pero integran el Consejo Superior?*

Eso es lo importante que tiene, constituyen el Consejo Superior, donde se toman las grandes decisiones de la universidad. Ese es el único rol que yo le veo.

Cuando hicimos la votación de los Estatutos, nosotros presentamos Estatutos como Asociación Gremial, otro trabajo donde los académicos que

he señalado fueron pilares. La presentación de nuestra opción como Estatuto tiene cuatro pilares, los demás fueron puros ayudantes: Antonio Rehbein, Juan Orellana, Carlos Álvarez y Juan Ferrari, que hoy día está adscrito y era de Comercial. Ellos fueron los pilares de la propuesta, donde nos dimos cuenta de este problema que tenía la universidad: facultades que no son facultades y decanos que no son decanos. Formalmente hablando no lo son.

No cumplen el rol de decanos. Cumplen un rol que adoptó la universidad Católica de Valparaíso, porque no lo he visto en ninguna otra parte del mundo. Las facultades están integradas por departamentos. Departamento no es escuela ni es Instituto. Departamentos deben realizar una buena docencia de pre y postgrado, realizar investigación y realizar extensión universitaria, eso es el departamento. En cambio, en una escuela –se dice– son formadores de personas, hacemos clases. Gran error.

Cada departamento tiene que responder por la docencia, por la investigación y por la extensión, al mismo nivel. Nosotros pudimos haber construido la facultad de Recursos Naturales con el Departamento de Pesquería, el Departamento de Acuicultura, el Departamento de Alimentos, el Departamento de Geografía, cada uno con su Jefe, con una cabeza que se llama decano, que maneja el sistema en cuanto a personas y en cuanto a financiamiento en relación con Casa Central. En cambio, lo único que hace el decano hoy es participar de las reuniones que están acá y tomar decisiones.

EQUIPO: *¿Transmiten las necesidades de sus Institutos?*

Difícilmente. Claro, por eso decía yo transmite. La escuela de Ciencias del Mar necesita que le solucionen el problema grave que ocasionaba la erosión marina, pues estaba muy deteriorada. Ese, fue un presupuesto enorme que nos cedió la universidad. Seguramente, lo consiguió el decano hablando en el Consejo Superior: “Consejeros, se va a caer la escuela de Ciencias del Mar y eso es un patrimonio...” Pero, desde el punto de vista del desarrollo de la institución misma, la facultad no es operante. Aquí son muy fuertes los directores.

Por lo tanto, al darme cuenta de esta situación, siendo decano, me costó.

EQUIPO: *¿Cuánto tiempo fue?*

Fueron tres años. Para colmo, el primer año que estuve en la decanatura. Los otros dos años atendía la decanatura con el secretario, la secretaria de facultad y yo. Siempre estaba en mi oficina, conectado con el celular, con el mail, con todo y funcionaba mejor. Lo malo es que, al tomar esos cargos administrativos, uno se cae enormemente en sus aspiraciones de realizar investigación.

Perdí todo lo que fuera proyectos. Me quedé con algunos y recuperar eso me costó cuatro o cinco años. Volver a tener la inercia para mantenerme en un sistema competitivo de captación de proyectos, de publicar, etc.

Hay algunos que publican hasta cuatro papers anuales. Creo que está muy asociado al incentivo económico, yo soy uno de ellos. No sé cómo lo hago para tener más de una publicación. Bueno, más bien administro. Hay gente que uno le paga para que le colabore.

310

De repente, uno se “mete en un baile” y, tal vez, no tiene un buen ritmo. La decanatura no fue un buen periodo para mí ni tampoco me entusiasmó. Por ejemplo: todo el mundo me decía: “Tienes que postular y yo, no quiero, no quiero, no quiero”. Y al final, el día anterior, me obligaron a que fuera candidato de nuevo. Siempre decía que no quería hacerlo, pero bueno, había gente que quería.

*EQUIPO: ¿Y su trabajo en el Consejo Superior?*

En el Consejo Superior no fue fácil. Teníamos un Rector —que yo respeto mucho— el Rector Muga, que controlaba mucho los asuntos internos. Lo que yo le valoro es todo aquello que nos dejó en el escenario externo. La universidad subió el nivel en las expectativas nacionales, de una manera increíble, precisamente por el embate de Alfonso. Éramos respetados en el Ministerio de Educación, en Conicyt, en las Embajadas, en todos lados, eso fue majestoso. Pero al interior, manejaba demasiado. No dejaba que nosotros nos explayáramos.

No tengo la menor duda de que Alfonso Muga, como todos los rectores, piensan en primer lugar en el bienestar de la Católica. De eso no me cabe la menor duda. No hay ningún Rector —que yo no haya visto— absolutamente entregado a ser impulsor del desarrollo de nuestra universidad, pero son los métodos los diferentes.

Alfonso era, ¿Como podríamos decirlo?... Bueno, un caballo se tira bien cuando la rienda está bien tomada. A mí, una de las cosas que me encan-

ta es andar a caballo. Entonces yo sé que tengo que tener la rienda bien sujeta para que no se vaya para cualquier lado. Yo creo que él (Alfonso) tenía las riendas bien tomadas por todos lados. De repente, no dejaba que uno ocupara un espacio para explayarse más claramente. Yo sentía, por ejemplo, que las intervenciones eran muy cortas, no había mucho tiempo para analizar con mayor profundidad algunos temas que a mí me parecían relevantes.

Yo le pedía siempre más tiempo para consultarle a las bases: “No, es que no hay tiempo”. “Es que va a ser mi opinión, no de la facultad” –respondía yo. “Es que no hay más tiempo” era la respuesta. Ahí partían algunas ideas mías, que no sé si eran compartidas con los miembros de la facultad. Después, yo sólo informaba nomás.

Claro que el primer día que llegué y vi esa tremenda sala que es tan hermosa, ceremoniosa, pero al final de cuentas, eso es lo físico –que hay que valorarlo– porque entrar ahí, también tiene su valor. ¿No? Como decano, yo lo valoro.

Fue emocionante cuando entré y me emocioné cuando dejé el Consejo Superior. Hice un discurso de despedida. Me acordé de una anécdota que tiene que ver con el Secretario General de la época. Cuando llegué a la primera reunión del Consejo Superior, llegué con corbata, con un traje sobrio medio negro –no me gustaba el negro– y el decano de la facultad de Ciencias me dijo: “¿Te compraste el terno para la ocasión?” Yo le respondía que sí, que me lo tuve que comprar y me lo habían dado la noche anterior, porque yo no ocupaba ternos.

Cuando me despedí, recordé esta anécdota y les dije: “Me acuerdo que lo primero que me pasó cuando entré a este Consejo Superior fue que el decano de la facultad de Ciencias me preguntó si mi terno era nuevo o no”.

Tal vez, por este apego a la investigación –que es lo que más me gusta de la universidad– lo tengo que decir, esta es una infidencia también, me gusta hacer investigación. Cuando entro a mi oficina... puedo tener cualquier problema, pero entro y se van todos los problemas. Cuando estoy triste, por ejemplo, por un problema familiar, agarro mi auto y me voy a la oficina. Ya sea lunes, martes o domingo, sea día o noche, me quedo ahí trabajando en el computador. Después, cuando salgo, viene el problema nuevamente. Es una sensación de bienestar estar en mi oficina.

Una vez me dieron un premio en Apropech y le tuve que pedir disculpas a mi familia, porque –tal vez– muchas horas en el laboratorio, donde yo había visto tantos amaneceres, no se las dediqué a mis hijos.

Mi señora me entendía más, porque hace lo mismo en su trabajo. Pero ella tiene una tremenda cualidad, una cualidad de las mujeres. Las mujeres son algo tan hermoso, no solamente físicamente, sino que la personalidad de la mujer posibilita que hagan cosas increíbles. Ella llega a casa el viernes y cambia absolutamente el “switch”. Ese sábado y domingo se lo dedica completamente a sus hijos, hasta el día de hoy. Y mis hijos quedan plenos con esa entrega el fin de semana.

Yo no. Yo me venía de repente a la universidad. Cierta vez, mi hija me dijo: “Papá ¿por qué nosotros en actividades sociales estamos solos con la mamá? En cambio, todos los otros niños están con sus papás”. Me lo dijo varias veces. Llegaba el fin de semana, yo les decía: “Vayan ustedes primero al asado, yo tengo que hacer una cosita en la universidad y vuelvo al tiro”. Y no volvía. Nunca había tenido capacidad de contarlo.

Ahora, estoy infinitamente agradecido de esta universidad. Lo digo con emoción, lo agradezco que estoy con esta universidad. Porque primero que nada soy católico. Y eso influye un montón. No pregonar, yo estudié en un colegio de curas agustinos, quienes nos enseñaron que lo único que no hay que hacer en este mundo es pregonar, lo que hay que hacer es actuar. Hay que actuar con el desprovisto, el pobre, el afligido. Esa es la primera función de uno. Si tu estudiante te dice que está mal, tienes que ayudarlo.

La universidad es mi segunda casa, de todas maneras. De repente la confundí, pensé que era la primera, porque le dediqué más tiempo a la universidad que a mis hijos. Lo que pasa es que cuando uno se dedica mucho a esta cuestión, a pesar de que está en la casa, está con la mente pensando en cómo va a salir la publicación, y no está compartiendo el asado como lo hace el resto de tu familia.

Estudié en el Colegio San Agustín, donde los curas me enseñaron que la vida era más simple. Incluso, nos enseñaron a boxear. El mismo “cura Fuster” peleaba con cada uno de nosotros, nos ponía guantes. Claro, uno nunca le tiraba un golpe fuerte, a pesar de que una vez un estudiante se enojó y le pegó al cura, pero dentro del contexto del boxeo.



El problema es que de repente nos pegaban con una varilla chica. Eso nunca me gustó, por eso me salí del colegio. Pero la formación que uno tiene de la vida fue muy buena. Creo que mi apresto lo recibí en el Colegio San Agustín, ahí yo me formé. Después, en el Liceo de Quilpué, aprendí cosas muy buenas. Por ejemplo, la Biología.

Cuando tuve 15 años, el paradero de las micros que iban hacia interior (Quilpué, Villa Alemana, etc.) estaba aquí afuera de la Casa Central. Entonces, cuando venía a fin de mes a buscar la mercadería con mi mamá, cuando veníamos a comprar el uniforme a la tienda “La Sombra”, pasábamos siempre por este sector, a pesar de que vivíamos en Quilpué. Yo siempre miraba las puertas de la Casa Central, siempre.

Un día, le digo a mis padres: “Me gustaría estudiar aquí cuando sea grande”. Mis papás se quedaron callados. Cuando empecé a insistir mis papás me dijeron categóricamente: “Esa es una universidad para ricos y nosotros no somos ricos, no podemos apoyarte”.

313

Yo no sabía lo que significaba eso, pero seguí nomás. Un día, mi mamá habló conmigo y me dijo: “No te preocupes por la plata, yo le pediré a mi papá”. Mi abuelo tenía una situación más o menos cómoda, porque tenía animales en Quilpué, compraba y vendía, tenía camiones, tenía casas que arrendaba. Todos vivíamos alrededor de él, era un campesino de clase A, porque de entre los campesinos de allá era católico, apostólico, romano. Así que enfrenté la universidad, sabiendo que mi abuelo me la iba a pagar, porque él ya me había pagado el Colegio.

Cuando entré acá me di cuenta que aquí estaba la opción de Frei Montalva, por la cual las carreras técnicas eran subvencionadas y, además, existía el arancel diferenciado. O sea, el sueldo de tu papá tenía mucho que ver con lo que tu pagabas. Mi papá era carabinero, así que no pague nada, nunca.

A diferencia de mi señora, quien venía de una familia de mejores condiciones económicas, no estaba en su mente no pagar la universidad y ojalá completo y ojalá al día, porque esa era la concepción de su familia. Dueños de panadería, tenían buena situación económica. Cuando nos inscribíamos, ella pagaba todo y yo no pagaba nada.

*EQUIPO: Profesor, usted que ha estado aquí como estudiante, como profesor, incluso como decano, ¿cree que existe lo que podríamos llamar una forma especial de ser de los alumnos PUCV?*

La identidad, el sello. Creo que existe, hay un sello valórico, hay una identidad, porque hay una mirada a esta universidad diferente. En la época en que yo era estudiante, esta universidad, era mirada de forma diferente. Por ejemplo, la mirada de mis padres: “Una universidad para los ricos”. Eso era lo que irradiaba la universidad. Pero después, apareció el arancel diferenciado en forma también bastante clara. Ahí cambió un poquito la cosa.

Con la Reforma, esta universidad fue bastante participativa en la discusión. Eso es pura riqueza. Mientras más participación, mayor riqueza universitaria. Cuando se imponen las cosas, no tienen ningún sentido.

Es lo mismo que las subvenciones. Hoy día, los pescadores artesanales que tienen poca pesca el gobierno les pasa plata. Yo creo que eso es nefasto, porque va en contra de la dignidad de las personas. Uno tiene que tener un trabajo digno y tener un sueldo para vivir, pero no pueden tirarle una “migajas” —por mucho que sean millones— porque si eso no es resultado de un trabajo, no es digno. Pero que no se diga que estoy en contra de esas subvenciones.

Lo mismo aquí. Si alguien viene y nos impone cosas para que funcione-mos, eso no es digno de la universidad. Durante la dictadura, también perdió la universidad, pero también dejó cosas buenas. Hubo un grupo de personas que pensó la universidad, que la defendió: la Asociación de Académicos.

Yo nunca entendí el porqué perdimos los Estatutos, siendo que nosotros éramos los que más discutíamos de universidad. Después, se recupera un poco una mística de la universidad, un reconocimiento externo de ella. Esto no es una infidencia, pero pienso que eso lo ha perdido la universidad hoy.

La universidad actual, por ejemplo, no habla de la sobreexplotación de los recursos pesqueros, sino que tampoco discute. ¿Qué significa tener a Francisco como Papa diciendo lo que dice? Todavía no hay una discusión y deberíamos estar discutiendo eso. ¿Quién es nuestro nuevo jefe de la Iglesia Católica? ¿Qué quiere? ¿Qué vamos a hacer nosotros para apoyarlo? ¿Estamos de acuerdo con él? Yo sé que hay gente que no está de acuerdo con él. Para mí, el Papa Francisco es lo mejor que nos ha pasado.

Ese sello valórico de la universidad tiene que ser un reflejo en la sociedad. Porque de eso se trata. No se trata de decir nosotros somos ca-

tólicos, somos buenos y atendemos bien a los estudiantes y a nuestra comunidad. ¿Cómo nos reflejamos afuera? Eso tiene que ver con lo que le entregamos a los estudiantes. Creo que la universidad es reconocida por sus egresados.

En lo personal, yo podría decir que una de las cosas que valoro de la universidad es la libertad que nos da. La Iglesia Católica –lo lindo que tiene– es que respeta la libertad de cada persona a pensar como quiera. Sé que hay algunos católicos que son demasiado excluyentes de personas que piensan de otra manera, y eso no es de la Iglesia Católica. Aquí, uno tiene que respetar a cualquier persona, no importa lo que piense. Lo que más valor de la universidad –si ustedes me lo permiten decirlo– es la libertad que me dio para desarrollarme.

**EQUIPO:** *Esto se relaciona mucho con lo que usted señaló en el pasado Claustro Pleno.*

Efectivamente. Creo que el quehacer de la universidad da la libertad de hacer un trabajo. Se trata de respeto a aquellos profesores que, incluso, son comunistas que están trabajando en la universidad. Eso se llama respeto. Y eso se nota afuera.

Los estudiantes nos dicen que esta universidad es diferente a la universidad Católica de Santiago. Ella no hace lo que hacemos nosotros. La universidad de la Santísima Concepción, para mí, es una universidad en la que la Iglesia impone cosas. Aquí no, aquí siempre hay diálogo. El Obispo está con nosotros, pero dialogando; el Vice Gran Canciller está con nosotros, dialogando. Eso se reconoce en la comunidad y no tenemos que despreciarlo.

Por ahí va la cosa de la identidad. Políticamente hablando, no es tan conservadora esta universidad. Pero bueno, mi agradecimiento va por el lado de haberme dado esa oportunidad de haber trabajado bien en libertad. En el conjunto de la vida universitaria creo que hay un respeto por como ven la universidad.

A los estudiantes, los quiero un montón, pero ellos están evolucionando. No creo que los estudiantes en primer año –como me pasó a mí– tuvieran una idea en política muy clara. Eso sí, hay que dejarlos que ellos también hagan sus cosas. Creo que tienen derecho a protestar, tienen derecho a paralizar actividades académicas. Yo les digo: “A lo único que no tienen dere-

cho es a usar la violencia, contra nadie”. Así también, no estoy dispuesto a detenerlos con los Carabineros. Nunca haría eso, ni aunque fuera Rector.

Yo he visto a otros rectores, porque he ido a hablar con ellos, porque soy amigo de ellos. A la universidad de Valparaíso, por ejemplo, nunca ha entrado nadie. Ellos han dejado que los estudiantes funcionen y han terminado su semestre sin haber gastado ni un peso. En cambio ¿cuánto gastamos nosotros por ser muy rápidos en buscar soluciones que, tal vez, eran o parecían lógicas, pero que finalmente fue un gastadero de plata innecesario, con resultados que todavía no se miden?

¿Cómo resulta la calidad de esas clases? La formación que quedó en esos estudiantes creo que no es de la mejor. Tampoco se ha hecho un análisis de ello.

Creo que el sistema universitario se ha homogenizado, todo funciona más o menos igual, todos pretendemos tener una cierta cantidad de alumnos, agrandamos las salas, admitimos más alumnos, da lo mismo. La calidad, pareciera que está en cualquier lugar. Todo esto ha hecho que la Universidad –en Chile– se haya convertido en un sistema medio mediocre, porque a pesar de todos los gastos que ha hecho el país para mejorar el sistema universitario, no estamos entre las mejores universidades del mundo.

¿Para qué tanto gasto? No es problema de plata, es problema de política más clara del sistema universitario. Y la política se desarrolla cuando cada universidad plantea con fundamentos su parecer. Me parece que, en estos momentos, en el Consejo de Rectores (CRUCH) no se hace eso. Por eso me gusta esto del G9.

**EQUIPO:** *¿Por qué aprecia el Grupo de las Universidades públicas no estatales?*

Porque es un grupo que va a decir cosas para desarrollar el sistema universitario, desde su punto de vista. Va a tener que compartirlo con las otras 16 universidades y con las universidades privadas. Aun así, hoy día la universidad ha caído, no ha sido crítica.

A pesar que hay situaciones en que nuestros rectores han opinado, pero las opiniones ¿de dónde provienen? Salen del Consejo Superior, pero esas no son representativas. Somos 400 académicos y la opinión de los 400

debiera tener más presencia. Eso es lo que le hemos reclamado a las autoridades. Nosotros tenemos que juntarnos para decir cosas, que después las autoridades las toman y las llevan a las instancias correspondientes.

Pienso que las reuniones que hacía la Vice Gran Cancillería con el Padre Sapunar eran excelentes. ¿A quién le molestó que ahí estuviera un funcionario, un estudiante, un profesor, una autoridad eclesiástica? Conversábamos en las diferentes mesas con conclusiones que sacábamos por escrito. Desgraciadamente, nunca se han formalizado, como para decir: “Este es el resultado del encuentro de la comunidad universitaria del 2002, 2003, 2004”. Eso no se realizó más. Lo único que había de participativo acá eran esas reuniones del padre Sapunar.

Este accionar de meterse en un sistema universitario dirigido, más bien por los políticos que por nosotros mismos, ha hecho que esta universidad vaya perdiendo su posición. De repente, la Católica y la Chile aparecen en algunos rankings sobresaliendo, no entre las primeras 100 ni entre las primeras 200, sino entre las primeras 500. ¡Y están primero que todos nosotros! ¿Por qué sucede eso? Porque la universidad de Chile ha sido muy apoyada por el Estado, siempre ha tenido asegurado el financiamiento y la universidad Católica de Chile fue muy apoyada por la dictadura, que le puso un Hospital, le puso un Canal de Televisión y siempre estuvo apoyada por los grandes consorcios. ¿No?

Tiene una explicación que ellas siempre estén ahí en los primeros ranking. Creo que nosotros estamos bien posicionados, pero más por un trabajo propio. No dependemos tanto de donaciones. Ayer, leía con mucho agrado, que en el concurso de Fondecyt, de iniciación, estamos terceros, después de la Chile y la Católica. Primera vez que salimos del 5º y 6º puesto. Esto es un logro.

Aquí hay 26 jóvenes que lograron, a nombre de la universidad Católica de Valparaíso, imponerse en un concurso público y abierto. Eso hay que valorarlo. Pero, políticamente hablando, nos hemos dejado estar, afectando nuestro reconocimiento externo y afectando lo que somos.

*EQUIPO: Profesor, usted en el Claustro Pleno se ha referido a la situación de las universidades chilenas. ¿Podría referirse a este asunto?*

Mi hija me preguntaba siempre cuando estaba en la universidad, ¿qué es esto de ser tradicional? Este es un término que inventaron para confundir-

nos, porque la verdad es que en Chile existen dos tipos de universidades: las públicas y las privadas. Y la Católica de Valparaíso es privada. Aquí hay 16 universidades públicas y todas las demás son privadas. Lo que pasa es que, en algún momento, cuando quisimos crecer más —a todos nos pasó lo mismo— teníamos que tener más dinero. Pedimos ayuda al Estado y el Estado nos empezó a apoyar directamente. De ahí que el concepto “privado” se confunda un poco, pero legalmente somos privados.

Y aquí está la paradoja, porque yo creo en la educación pública. Soy un gran defensor de ella. Aquí yo soy de la universidad, soy de universidad privada, donde no pagué para estudiar. He tratado de devolver lo que me dio la universidad. El Estado de Chile tiene la obligación de tener un sistema público muy bien afiatado, comparable con el de la educación privada. Nosotros debiéramos decidir dónde estudiar, como fue siempre. ¿Por qué yo vine a estudiar acá? Porque mi familia era bastante católica y me hicieron católico.

318

Creo que el Estado de Chile tiene que asegurar una educación pública, laica y que equilibre a la sociedad, en términos de proteger a aquella gente que no puede pagar la universidad.

Creo también en el arancel diferenciado porque, si hacemos que esta sea pública y no se pague y esta otra sea privada y se pague, ahí va a aparecer una selección de los jóvenes y eso no puede ser. Tiene que haber un sistema público que asegure una universidad que sea laica, la otra privada, pero cuya selección no esté asociada al ingreso.

Ahora ¿qué ocurre? Creo que se nos vienen problemas. No creo que sea la educación superior la que tenga que tener la prioridad, pues hay menos jóvenes que aspiran ingresar a la universidad. En otras palabras, las universidades van a comenzar a ver una disminución en el número de estudiantes que ingresan. Pienso que eso es bueno, porque hay una cosa que no han hecho las universidades: ninguna ha calculado cuál es el número óptimo de estudiantes para determinada universidad, para este número de profesores. Es posible realizar este cálculo.

Si queremos favorecer la calidad hay un número óptimo de profesores en relación a un número óptimo de estudiantes. Aquí no se trata de que ganemos más plata permitiendo el ingreso de un mayor número de estudiantes, con los mismos profesores. Eso es una tontera, y eso esta Univer-

sidad no lo ha hecho.

Pienso que si se hiciera un cálculo, el número de estudiantes óptimo para esta Universidad sería menor a 10.000. Entonces, hemos tenido 4.000 estudiantes de más si es que queremos hablar de calidad. El problema que se viene es que habrá menos capital disponible. ¿Qué es lo que va a hacer el Estado de Chile? ¿Va a seguir lanzando plata para favorecer a las instituciones públicas y a las privadas no?

Creo que el Estado va a tener que decir: “Si quieren una educación pública que esté a mi cargo, voy a tener que priorizar”. Y ahí nosotros vamos a tener problemas. Creo que hoy se debe favorecer la educación pre-básica, la educación básica, la media y los liceos técnico profesionales. Ahí, yo inyectaría recursos, no en las universidades. Yo no esperaría que las universidades siguieran solicitando recursos al Estado, porque se ha gastado mucho en ellas. ¿Por qué? Porque el Estado ha hecho lo siguiente: le da recursos a las públicas, pero también le da recursos a las tradicionales y también a las privadas. ¿Por qué el Estado de Chile le tiene que estar dando plata a las privadas? Entonces la pregunta es: ¿Por qué tienen que darle recursos a las tradicionales? La Universidad tiene que volver a ser de calidad y el Estado ahí tiene que financiarla.

La enseñanza técnico-profesional fue abandonada. Por cada 4 ingenieros hay 1 técnico: ¡Qué tontera! Si tienen que haber 4 técnicos para 1 ingeniero. Es al revés la cosa, porque un ingeniero no puede hacer el trabajo de un técnico y el técnico tampoco puede hacer el trabajo del ingeniero. Entonces, en Chile, el manejo de la educación tiene que cambiar.

No hemos elegido realmente el modelo que nos permita estar tranquilos por unos 50 años, donde lo único que sea valorable sea cómo se forman los estudiantes. Aquí estamos con problemas de tipo institucional, definiciones, universidad pública, privada, tradicional, colegios aquí, colegios allá.

En definitiva, no creo que haya que cambiarlo todo. Hay mucha gente que siempre está pensando en cambiar el modelo, se cambia el modelo y después se quiere cambiarlo nuevamente.

He estado trabajando en un equipo de profesores para la educación en Chile en Valparaíso. Hay profesores de la universidad Santa María, de la universidad de Valparaíso, de la universidad de Playa Ancha, las cuatro públicas o tradicionales.

Tengo que explicar mucho el por qué-este pensamiento, siendo un profesor de universidad privada o tradicional. Imagínense ustedes cuando nos miden, con el SIMCE, por ejemplo, salimos muy mal parados. Y frente a la OCDE, somos el penúltimo país, a pesar de todo el gasto que se ha hecho.

Estos temas la universidad no los discute, a pesar que tenemos una facultad de Filosofía y Educación. La facultad debiera discutir estos temas y lanzar a la luz pública el pensamiento de la Católica de Valparaíso respecto a la educación. Se hacen seminarios, congresos, pero entre nosotros mismos. Después viene la publicación y sale un libro, que sólo leen los especialistas.

Entonces, la extensión universitaria está mal hecha. No solamente en Pesca, que no dice nada sobre la sobre-explotación o sobre el virus ISA, sino que en Educación, en Agronomía. Los arquitectos, antes opinaban sobre Valparaíso, hoy no lo hacen.

320

Lo único que veo es que todos los días se construye una “mole” de cemento y crece tapando casas, echando abajo casas, no defendiendo ningún patrimonio. La universidad, en eso se ha quedado. No hay debate, no hay discusión, no hay nada.

El Campus en Curauma, por ejemplo. Soy un defensor de ese campus. Cuando se dio a conocer el proyecto, le mandé un correo al Rector diciéndole: “Estoy con usted a todo evento”, porque se veía venir que Curauma era una ciudad. La verdad de las cosas es que lo discutimos muy poco. Por eso hay profesores que están de acuerdo y otros no. Creo que, en general, están de acuerdo pero están choreados, porque no les preguntaron y sostienen que Curauma se pudo haber diseñado de otra manera. Creo que hay un temor de la universidad por ver debatir a los profesores, eso se perdió. No hay debate en la universidad.

Lo que se nos pide a nosotros como académicos e investigadores es tener proyectos de investigación, tener publicaciones, porque por ahí hay ingreso económico para la universidad, aunque tener proyectos, tener publicaciones, tener libros también es una forma de hacer extensión, pero también la universidad debe debatir los problemas centrales de la sociedad chilena. Por ejemplo, el cambio climático, la disminución de la natalidad.

*EQUIPO: Profesor, agradecemos sus opiniones, sus recuerdos y haber compartido con este equipo sus puntos de vista.*



Yo agradezco a todos ustedes. Creo que es un tremendo privilegio tener esta oportunidad de decir lo que uno piensa de la universidad. Hay que ser bien emotivo para que la gente sepa de que cada uno de nosotros queremos esta institución, la queremos más de lo que de repente la gente piensa. No hay que ser tan estricto y pensar siempre en lo cuantitativo, sino que hay aspectos cualitativos que hay que tomar en cuenta y eso hace el todo.

Estuve en una reunión en Conicyt, en un grupo de investigación y el presidente de la Comisión Nacional de Acreditación dijo: “Se trabaja mucho en Chile, se trabaja mucho en la universidad, se trabaja mucho en la facultad, pero la suma del trabajo de cada uno no hace el todo”.

Creo que la universidad está procurando que todos trabajemos, pero finalmente ese trabajo que hace cada uno –de buena calidad y con muy buenas intenciones– no hace el todo. Necesariamente, tiene que haber un momento de reflexión transversal entre los profesores. Si no hay eso, no hay un todo.

Yo lo dije en mi escuela: “No importa que yo haga un buen trabajo, que tú hagas un buen trabajo. Si no nos juntamos, no hay un todo”.





*Pienso que nuestra Universidad tiene que proyectarse en el tiempo y tiene que ser una universidad solidaria, por un lado, pero también competitiva, por otro.*

## ENTREVISTA

# José Antonio Olaeta Coscorroza

16 DE OCTUBRE  
DEL 2013

*EQUIPO: Hoy vamos a conversar con el profesor José Antonio Olaeta Coscorroza. Él es Ingeniero Agrónomo. Ingresó a la escuela de Agronomía de la universidad Católica de Valparaíso. Es profesor titular de la escuela de Agronomía y tiene innumerables publicaciones científicas. Ha tenido diversos cargos: Jefe de Investigación, Jefe de Docencia, Secretario Académico de la escuela de Agronomía, Director de Perfeccionamiento Académico de la universidad, Secretario de la facultad de Agronomía, Consejero Superior, miembro de la Comisión de Bioética de la universidad, miembro del Capítulo Académico. Actualmente, es decano de la facultad de Agronomía de la Pontificia universidad Católica de Valparaíso. Ingresó a estudiar el año 1968, cuando la escuela de Agronomía estaba en Casa Central.*

*Profesor, ¿cómo era la universidad cuando usted ingresó?*

Efectivamente. Nosotros estábamos en Casa Central en el cuarto piso. Estábamos en el sector de atrás, donde después estuvo Biología. En ese tiempo, estaba también Servicio Social. Nuestro patio—en realidad—era la terraza de la universidad, donde hoy día se ubica el Salón Quinto Centenario.

Prácticamente, esa era la facultad. Eran tres salas de clases y existía el campo experimental en Quillota, que en ese tiempo daba la impresión que quedaba bastante más lejos.

Era muy pequeña la facultad. Casi no teníamos profesores de jornada completa. El decano, tampoco era jornada completa. Teníamos todos los cursos en ese sector y todos nuestros trabajos de laboratorio los hacíamos en Casa Central. Así que, respecto otras facultades de Agronomía del país, la nuestra era muy pequeña.

Yo entré el año '68, pero la escuela se había creado el año '63 y es la sucesora de una escuela de Técnicos en Administración Agrícola que se creó el año '60. La escuela funcionaba en el subterráneo y después se trasladó al cuarto piso, al crearse ésta, la carrera duraba cuatro años. Nuestro primer decano fue don Raúl Cortés. Con mucho empuje, mucha mística, mucho esfuerzo, los profesores venían de todas partes a hacernos clases.

324

Cuando la escuela de Técnicos iba a cumplir los cuatro años de la primera cohorte decidieron allí, probablemente con la Rectoría, que la carrera debiera ser de Ingeniería Agronómica. Por lo tanto, se le agregó al Plan de Estudios un año más y se creó la facultad de Agronomía. Pero las personas que se titularon en los primeros años venían de su formación inicial de la carrera de Técnicos en Administración Agrícola.

Posteriormente, se fue el profesor Cortés y llegó el profesor Ricardo Isla, quien estuvo hasta el año '67. Luego, llegó el profesor Carlos Avilés y, en el período post reforma, continuó con otra planta de profesores.

En ese tiempo, después que se fue el profesor Carlos Avilés, hubo un conflicto bastante grande. Como toda institución joven, tuvimos la renuncia de muchos profesores que se fueron con el decano Avilés. El año '69 quedaron tres profesores: uno que fue profesor hora, el director, quien trabajaba en el INIA (Instituto de Investigaciones Agropecuarias). Otro, era don José Ariztía y don Jorge Chellew.

El Rector de la época le pidió a don Juan Toso que reorganizara la escuela. Entonces, estos tres profesores crearon la semilla, tuvieron la visión de traer profesores de jornada completa, alrededor de 8 o 10. Destacados profesionales de distintas áreas de la parte agrícola. El profesor Hugo Ortega estuvo a cargo. Después, la escuela se fue a Quillota.

**EQUIPO:** *¿En qué año se va a Quillota?*

El año '69, porque ahí estaba toda la parte agrícola. Estaba la CORA (Corporación de Reforma Agraria), estaban todos los servicios del agro y, por lo tanto, era importante estar aquí.

**EQUIPO:** *¿Cómo era la relación con otras escuelas?*

Éramos una familia, una universidad muy chiquitita, todo estaba en Casa Central. La facultad de Educación, también estaba Pesca, al lado de donde hoy está el edificio Gimpert. Estaba Ingeniería Química, Derecho, pero no Arquitectura. ¿Qué pasaba? Abajo teníamos la cafetería, donde hoy día está el letrero que dice “universidad Católica de Valparaíso”, en el hall de acceso, eso era la cafetería.

Ahí nos juntábamos todos para los recreos y, por lo tanto, había una gran convivencia con el resto de las facultades. Ahí, conocí a muchos alumnos que luego se quedaron como profesores.

**EQUIPO:** *¿Qué significó para usted ingresar en plena Reforma?*

Yo vivía en Viña pero estudiaba en los Padres Franceses de Valparaíso. Por lo tanto, transitaba siempre por la universidad. Ahí veía las tomas estudiantiles, las típicas cosas, uno las veía desde afuera. Después de la Reforma, la situación política era bastante compleja. Hubo mucha actividad política y surgió el movimiento de la Arquitectura, el M-15 (Movimiento 15 de Junio). También estaba el FER.

**EQUIPO:** *¿Cuál era el FER?*

El Frente Estudiantil Revolucionario. El que estaba a cargo de eso era Sergio Spoerer. Y en el otro estaba el profesor Vial probablemente. Leo Emilfork, fue presidente de la Federación en un tiempo. Y bueno, la situación se fue polarizando.

Cuando la universidad fue tomada yo ya estaba egresando. Por lo tanto, a mí no me tocó nada de eso. Me tocó una huelga, eso sí, en que se perdió ese semestre, fue una huelga de bastante tiempo. Producto del paro, tuve que repetir algunas asignaturas el semestre siguiente.

Y el año '72 yo egresé. El problema en la universidad fue el '72-'73. Después, nosotros estábamos en Quillota. Si bien es cierto que había posiciones políticas diferentes, entre todos convivíamos bastante bien. Éramos

una escuela pequeña, todos nos conocíamos, así que en ese sentido no teníamos ninguna sorpresa de nadie. Eso fue.

**EQUIPO:** *¿Usted piensa que Agronomía ha estado un poco separada de la contingencia de la universidad?*

El hecho de estar lejos a uno lo saca del diario vivir de la universidad, eso es evidente. Ahora, siempre sabemos lo que pasa, pero no estamos metidos en la contingencia directa. Los estudiantes que están en los primeros años, en Valparaíso, tienen más actividad con la gente de otras facultades que los que están en Quillota, pues éstos comienzan la etapa final de su proceso de titulación, empiezan los cursos profesionales y ya se van. Por lo tanto, la mayor efervescencia la tienen fundamentalmente los alumnos de los primeros años.

326

Esperamos en un futuro muy próximo dejarlos a todos en Quillota, todos los cursos. Esto tiene sus pro y sus contra. Por un lado, tendríamos la posibilidad de crear un campus donde haya una actividad universitaria importante. Por otra parte, se pierde un poco el contacto con estudiantes de otras facultades. Aun así, la relación beneficio-costos es positiva, porque tendrían mucho más sentido las asignaturas. En cambio, en Valparaíso, son como estudiantes de cualquiera otra carrera que están estudiando Agronomía, así lo veo yo.

**EQUIPO:** *Don José Antonio, ¿cuándo vuelve usted como profesor de la escuela?*

Yo me recibí el año '74, el 22 de mayo, pero egresé el '72. Hice una parte de mi tesis en el INIA (Instituto de Investigaciones Agropecuarias) en Santiago y otra parte en la universidad, en el Laboratorio de Biología con el Padre Alejandro Horvat. Los experimentos que hice aquí los dejaba andando en la noche y los controlaba al día siguiente. Entraba a la universidad, hacía mis mediciones, me iba y volvía. Ya las últimas veces yo me decía: "esto se lo van a tomar, se lo van a tomar".

Bueno, la cosa es que estaba toda esta efervescencia política. Terminé de hacer mis mediciones y a los dos días se tomaron la universidad. Prácticamente no se podía hacer nada. Todos los gases lacrimógenos se quedaban encajonados en Casa Central. Eso hacía el trabajo muy complejo porque había situaciones complicadas alrededor de la universidad.

Terminé de hacer mis mediciones, la interpretación de los datos, la escritura de la tesis y todo eso lo hice en mi casa. Por lo tanto, no me tocó exactamente participar directamente en las tomas. Yo sé qué es lo que pasaba porque mi hermana, en esa época, estudiaba Derecho y estuvo muy metida en la toma.

**EQUIPO:** *¿Y cuándo ingresó como profesor?*

El '74 me titulé. Justo se abrió una plaza en la escuela de Agronomía y me quedé trabajando inmediatamente. En esa época, tenía dos propuestas de trabajo muy interesantes: una en el SAG, en la Dirección de Tecnología de Alimentos, pues yo trabajaba en la parte de granos y ellos estaban en la línea del manejo de trigos y cosas así; la otra propuesta era en el INIA de Temuco, pues me encanta el Sur.

Tenía esas dos posibilidades, de hecho había ido a las entrevistas y justo se abrió una plaza aquí. Le dije a mi profesor que me iría a Temuco y me dijo: "Mira ¿por qué no te quedas? Esto es como una carrera, allá vas a correr en el Estadio Municipal de Temuco, a lo mejor puedes salir primero en el Estadio, aquí vas a correr en el Estadio Nacional. A lo mejor nomás a salir primero, quizás vas a llegar en el quinto, pero vas a correr en el Estadio Nacional".

Y me quedé. Entré en el año '74 con la jerarquía de profesor instructor. Posteriormente, me fui a estudiar a Estados Unidos, del año '78 hasta el '80. Ahí, saqué mi grado en la Oregon State University.

Recuerdo que me llegaban y me llegaban cheques de la universidad, con poco dinero, pero cheques al fin. Estaban acompañados de una carta que decía: "Sírvese encontrar adjunto cheque por tal suma... firmado", nada más.

En cada sobre había una frase que decía "Saludos, Gonzalito". ¿Se acuerdan de Gonzalito? Gonzalito era el estafeta que tenía la universidad. Andaba siempre con una cotona blanca, usaba anteojos, un caballero mayor que estaba en Portería de Casa Central. Él escribía a los becados en todos los sobres: "Saludos, Gonzalito". Y uno decía: "Mira, Gonzalito me está mandando una carta y me escribe". Otros, en cambio, simplemente utilizaban la fórmula: "Sírvese encontrar adjunto..."

Bueno, regresé y, después de un tiempo, me jerarquizaron como profesor titular. Luego, ocupé la Dirección de Perfeccionamiento Académico y,

desde ese puesto de la administración universitaria, tuve que hacerme cargo de todos los becados que estaban estudiando fuera del país.

Era la parte positiva de trabajar en la universidad, una parte donde uno está preocupado de que la gente que estudia fuera del país esté bien, que se sientan cercanos a la universidad. Y cuando llegué dije: “Esta cuestión no puede ser”. Para que el vínculo con la universidad no se pierda, empecé a mandarles cartas, a contestárselas. “Hola ¿Cómo estás? Mira, lo que tú me pides...”

Uno no se da cuenta, pero hasta el día de hoy ellos se acuerdan de ese gesto, que yo les mandaba cartas. Incluso, quise hacer una especie de folletín, gaceta UCV o noticias de la universidad, así que sacaba fotocopias y les mandaba estos folletos, pero ya salía más caro.

Fue una etapa súper bonita. Uno no estaba preocupado de lo que le fueran a pedir. Te pedían plata para Congresos y cosas así, pero era una tarea grata.

328

#### **EQUIPO: *¿Cuántas personas estaban afuera del país?***

Había alrededor de 30 personas. Nos tocó un tiempo difícil, por ejemplo, el cambio del dólar. El dólar estaba a \$39 y subió a \$53. Fue una locura. Una beca, no sé, de USD800 se reducía a USD350. “Quedó la escoba”, tuvimos que hacer un plan de ayuda, de subsidio a aquellos profesores para que llegaran a una beca como la que tenían antes.

Hablé con el Vicerrector Académico que, en ese tiempo, era Andrés Illanes. Juntos, hablamos con el Rector Raúl Bertelsen y le dijimos: “La gente está mal afuera, tenemos que hacer un plan para suplir ese dinero faltante que produjo el alza del dólar”.

Fue una época conflictiva también. Hubo muchos conflictos dentro de la universidad. Mi oficina estaba en el atillo donde hoy está el Capítulo Académico. Veía toda la Av. Brasil, veía cómo los alumnos tiraban cosas a los Carabineros, y los Carabineros se parapetaban debajo del puente que conduce a la Avda. Argentina y lanzaban gas lacrimógeno.

Muchos de los profesores becados éramos ex alumnos que, posteriormente, nos quedamos trabajando en la universidad. Prácticamente, un gran porcentaje de los antiguos que estamos quedando en la universidad somos ex alumnos que comenzamos toda la carrera aquí. La universidad formó su propia gente. Egresamos, fuimos profesores instructores, pro-



fesores auxiliares, después profesores adjuntos, profesores titulares. Eso, tenía una duración bastante larga, pero la gente se “ponía la camiseta”.

Hoy día uno ve a Andrés Illanes, a Raúl Espinace, Jorge Caffarena, los hermanos Mena, etc., personas que se pusieron la camiseta y partieron becados a estudiar al extranjero. Siempre he pensado que la actividad universitaria es una forma de vida, no es un trabajo como otro. Hoy día están llegando profesores formados en otras instituciones, por lo que creo la selección tiene que ser mucho más rigurosa, porque son personas que vienen con otra forma de ver las cosas.

**EQUIPO:** *Usted nos puede hablar de lo que sería nuestro sello, como alumnos, como profesores.*

Ese es un punto importante, el sello. Si uno mira todas estas personas que nos formamos en la universidad, el mismo Rector Elórtogui, Bernardo Donoso, ambos ex alumnos, que tienen un sello. Son gente que no está aquí por plata, sino porque tiene un sentido universitario, un sentido de solidaridad, son profesionales.

**EQUIPO:** *Pero usted trabajó en la universidad de Talca. ¿Es muy distinta a la nuestra?*

Sí, estuve mucho tiempo allá. Me llevé ex alumnos nuestros para formar esa escuela de Agronomía. En la Católica de Valparaíso, en cambio, hay una impronta un poquito distinta. Esta universidad llena mucho, es una institución donde, si bien es cierto la renta es importante y todo queremos ganar más, no se está aquí por plata.

**EQUIPO:** *Hasta el '73, esta universidad recibía más del 95% de sus ingresos del Estado y eso empezó a cambiar. ¿Usted vivió ese proceso?*

Sí, me tocó recién llegado de mi beca. Aquí esperábamos que llegaran platas desde afuera y hacíamos lo que podíamos. Ese cambio fue paulatino, pero de repente, en los años '80, nos dijeron: “Ya no hay plata para investigación”. Llegaban los dineros solamente para hacer clases, nada más. De investigación casi no se hacía. La Dirección de Investigación no tenía recursos.

Entonces, hubo que buscar dineros. Nosotros empezamos a incrementar nuestro contacto con los agricultores, el contacto con el medio, empezamos a hacer estudios y obtener recursos. Después, llegó un momento en que tuvimos que postular a fondos concursables externos, vincularnos

con agricultores, porque era nuestra sobrevivencia. Ahí empezamos realmente a hacer un trabajo que implicaba buscar dinero y competir. En esa competencia partimos desde muy jóvenes, ganamos proyectos que nos permitieron sentar las bases para hoy postular a importantes proyectos de investigación.

En los años '90 - '92, se construyó el edificio con un MECESUP y con un FONDEF se equiparon gran parte de los laboratorios con tecnología de punta. Pudimos hacer más investigación que antes y ahí se creó la semilla de lo que hoy día tenemos. Bueno, el programa FONDEF fue un programa grande, nos permitió equiparnos. Ahora, se podía hacer una investigación con proyección. Todo ese proyecto lo ganamos en nuestra facultad y nos permitió crear una mística entre nosotros, pues eran proyectos donde participábamos todos los profesores de la facultad con un objetivo común.

**EQUIPO:** *¿Y eso ocurre en todas las unidades académicas?*

No, creo que en nuestro caso se favoreció por encontrarnos más lejos, porque de lo contrario, no habríamos tenido ni pasto. O sea, hay que tener pasto... en la mayoría de las otras unidades académicas, que son espacios cerrados, se tiene personal de piso que limpia y listo. En cambio, nosotros tenemos jardines, salas, pasillos exteriores, árboles frutales, sembradíos, etc. que requieren mayores recursos para su mantención.

En los años '70 - '80 el funcionamiento era muy precario. La estructura estaba deteriorada, las salas de clases tenían condiciones bastante deficientes. De hecho, en invierno, hacía más frío adentro que afuera de la sala de clases. Los estudiantes se ponían los cuadernos en el asiento para que no les pasara el frío.

**EQUIPO:** *Don José Antonio, ¿qué recuerdos tiene del período de los rectores delegados?*

A nosotros los rectores delegados nos trataron muy bien. Con este esquema que estábamos planteando, le solucionamos muchos problemas a la Rectoría. No le íbamos a pedir mucho dinero, porque podíamos vivir generando algunas platas.

Creo que gran parte de nuestro progreso fue en esa época. El pensionado de Agronomía partió en esa época, lo fue a inaugurar don Matías Valenzuela. No tuvimos ningún problema. Incluso teníamos muchas actividades donde iba el Rector, iba muy seguido a nuestra facultad.

Estaba Alberto de la Maza, Hugo Cabezas, Víctor Wilson y Matías Valenzuela. En realidad, el contacto lo tuvimos fundamentalmente con don Matías, los otros rectores también, pero duraron muy poco. Uno falleció prácticamente en la universidad, Cabezas, producto de un altercado que tuvo con un profesor.

**EQUIPO:** *¿Usted recuerda cuál fue el problema que tuvo?*

El problema fue que faltaba material de aseo en una escuela determinada. Entonces, el Rector Cabezas había ido a visitar dicha escuela. El Director de la época increpó al Rector preguntando cómo era posible que no hubiera material de aseo. Parece que esta discusión le causó un problema grande y le vino un ataque al corazón.

Eso es lo que más o menos recuerdo. Fue lamentable. Y parece que fue un buen Rector, porque cuando fui al funeral, las palabras de la gente fueron muy elogiosas y hablaron muy bien de él. Posteriormente, don Matías se portó muy bien con nosotros, no podemos decir nada.

331

**EQUIPO:** *¿A quiénes recuerda usted como referentes de la universidad?*

En ese tiempo, teníamos este grupo de profesores de planta, 10 profesores, que comenzaron la semilla del trabajo académico. Estaba Hugo Ortega, que era el Director, Álvaro Pinto (fue mi profesor, fue mi mentor), Domingo Reyes (Director y yo fui su Secretario Académico). Están todos fuera y algunos fallecidos también. Estaba Günter Klinberger, Olivia Prado, Luis Mozella, que fue Director posteriormente; estaba Pedro Undurraga. Pedro llegó a comienzos de los '70. Él me antecede. Llegó a ser profesor de jornada completa el año '72, cuando yo estaba saliendo. Es el profesor más antiguo que queda hoy día en la escuela. Después, llegó Eduardo Salgado, también en los años '70.

**EQUIPO:** *¿Y en el resto de la universidad?*

En ese tiempo estaba doña Inés Pardo, también Enrique Aimone. Como alumno, pude asistir a observar algunas sesiones del Senado Académico. Miraba, pero no entendía mucho. Estaba don Héctor Herrera también, una persona importante. Era Vicerrector Académico cuando a mí me tocó ser Secretario Académico. Su familia era de Malloa, tenían un campito, una parcela.

Él estudió en la universidad de Chile y después se vino para acá. El que sabe eso es Raúl Buono-Core. Tenía un aspecto, con su barba, muy formal, un aspecto de profesor universitario, típico, muy severo.

**EQUIPO:** *Los alumnos se ponían de pie cuando entraba a clases.*

Claro, y con sombrero. Uno lo veía mayor, pero en realidad no lo era tanto. Al conversar con él, afloraba su amabilidad, era bien simpático para conversar y muy divertido.

Yo era Director de Perfeccionamiento Académico, tendría unos 30 años. En ese tiempo, para asistir a un Congreso se requería ir a pedir plata nomás. Hoy en día, las ayudas de la universidad para asistir a estos encuentros están basadas en los proyectos, existen fondos concursables, etc.

Y bueno, yo tenía unos fondos que debía repartir entre las escuelas. Normalmente, lo que yo siempre pedía era que el Director y el decano estuvieran de acuerdo y que hubiera una “mosquita” (firma) para que no llegara un profesor y me dijera: “Me quiero ir a tal curso” y yo tuviera que responderle: “Toma, aquí está el dinero”. No, yo quería que hubiese una orgánica.

332

Entonces, don Héctor me fue a pedir plata para asistir a un congreso, creo que era Director del Instituto de Historia. Tenía que pasar una carta para el decano que yo le pedí, y le dije: “Mire, la verdad es que ningún problema don Héctor, que pase por el Director –usted es el Director– por el decano y después, yo no tengo ningún problema, pero que el decano sepa”. Ya –me dijo– y se fue. Y me mandó una carta solicitando la plata como Director, con copia al decano. No le había pedido permiso.

Después lo encontré en un pasillo y le dije: “Don Héctor, con usted no se puede”. Ah –me dijo– esa es la diplomacia bizantina.

Lo mismo me pasó con doña Marianne Peronard. Me fue a pedir plata para un congreso: “Oiga doña Marianne, la verdad es que la política de la universidad en este caso es que tal cosa...” Ella me escuchaba. “¿Qué le parece?” le digo, y me dijo:

“Me alegro muchísimo que por primera vez la universidad tenga una política”. Y claro, me lo tiró así. Bonitas historias en esa Dirección.

Estuve como 2 ó 3 años en el cargo. Después, como Secretario Académico, tuve bastante relación con las autoridades: con don Matías de Rector, con don Héctor de Vicerrector, con Félix Lagreze de Prorector. En realidad, él era el rector civil. El Secretario General era Enrique Aimone.

**EQUIPO:** *Al parecer, don Héctor Herrera tuvo un rol muy importante en la universidad.*

No sé. Probablemente fue así. No lo visualizaba desde esa perspectiva, porque la Vicerrectoría era Académica. Yo nunca fui a hablar con Félix Lagreze de un tema académico, siempre lo tuve que hablar con don Héctor. Todos los decretos se veían con don Héctor y con su equipo. Entre ellos, Luis López.

Él estaba en la Vicerrectoría, trabajaba arriba, donde uno sube al altillo, donde está la parte técnica de la Secretaría General. Hoy hay unas fotocopadoras. Uno sube una tarima por dentro y, arriba de esa tarima, tenía su escritorio don Luis. Después, ahí estuvo doña Inés Pardo, que fue Secretaria General de la universidad.

**EQUIPO:** *De los cargos importantes de la universidad, ¿Usted recuerda a otras mujeres?*

Marianne Peronard estuvo en el Consejo Superior; Gladys Jiménez fue Vicerrectora en la rectoría de Alfonso Muga; Amelia Dondero estuvo en algunas cosas relativas a Cooperación Técnica.

**EQUIPO:** *¿Cómo se elegía a las autoridades en ese tiempo?*

Había un decreto de la Presidencia de la República que designaba al Rector, con una palabrita que decía “delegado”. Al ser delegado no había elecciones, no había nada. Incluso, nosotros tuvimos una contratación de un profesor que queríamos que fuera Director y la rectoría nos dijo que no. El rector determinaba quiénes estaban y quiénes no, no había lugar para una votación.

En el caso de nuestra escuela, el Director, que era Hugo Ortega, fue removido del cargo en octubre del ‘73, pero siguió siendo profesor. Después, se fue. Luego, llegó Luis Mozella y el rector anunció que Luis iba a ser el director. Quien sabe detalles de todas estas cosas es Pedro Undurraga, pues él llegó el ‘72, cuando yo era alumno todavía.

Las generaciones han ido pasando y la verdad es que en este momento hay muy poca gente que tiene toda la historia de la facultad. Está Pedro, está Eduardo Salgado, que tiene una parte del 74 para adelante. Está Gabriela Verdugo y yo. O sea, en este momento nosotros todavía podemos recuperar parte de la historia, Gabriela y yo éramos estudiantes en la época, porque la escuela tuvo una serie de dificultades en el año ‘69.

**EQUIPO:** *Don José Antonio, ¿Qué cosas recuerda usted de los últimos rectores delegados?*

Recuerdo que en tiempos del Obispo Francisco de Borja hubo un momento en que no había dinero para pagarle el sueldo a los profesores. Creo que el Obispo fue a hablar con el Presidente Pinochet, no lo tengo claro, porque quería un rector nombrado por la Iglesia. Y ahí, tengo entendido, que se nombró no sé si a Juan Enrique Fröemel o a Raúl Bertelsen.

De común acuerdo entre el Obispo, que era el Gran Canciller de la universidad y la presidencia de la República, fue nombrado el rector delegado. Fue una persona de consenso y creo que Fröemel fue el último rector delegado.

En ese momento, se crean los Estatutos Generales de la universidad. De ahí, le sucedió Bernardo Donoso. Hubo una serie de conflictos porque, en esas comisiones, lo que se aprobó fue que hubiera una consulta. Pero, el recuento debía ser público, una cosa así. La Iglesia no quería y, bueno, al final se llegó a un acuerdo –parece que estaba metido el Padre Jorge Sapunar– que el recuento fuera en un recinto de la universidad, sin periodistas, que fuera conocido por los profesores. Entonces, se trataba de una consulta, no de una votación, la típica cosa “sí pero no”.

Si uno va hoy día a la Católica de Santiago y a la Católica de Temuco, ahí hay consulta, pero las urnas no se abren, en cambio aquí sí. Esa fue una cosa que en los Estatutos Generales quedó consignada. Al final, todo el mundo sabe.

**EQUIPO:** *Con el retorno de la democracia hubo elección de Rector. ¿Quiénes fueron los candidatos?*

La primera vez compitió Bernardo Donoso junto a Enrique Aimone y Patricio Jiménez. Al período siguiente, estuvo Bernardo con Hugo Renato Ochoa y Alex Avsolomovich. Lo que pasa es que en nuestros Estatutos dice que tiene que haber una terna. Entonces, resulta que hay una elección –que no es elección propiamente tal– porque al Obispo no se le puede proponer un solo candidato, porque de lo contrario se lo estaría obligando a optar por ese candidato.

Lo que pasa, es que es una universidad bastante pequeña y de bastante consenso, nos conocemos todos.

**EQUIPO:** *Profesor, ¿Cómo se imagina la universidad de cara al centenario?*

Yo creo que la universidad debiera tener una proyección en todos los ámbitos, una proyección académica, en investigación, un nivel de estudiantes que sea bueno, acorde con esto. Con estudiantes buenos y con profesores también muy buenos.

Creo que tenemos que optar por tener los mejores profesores en las distintas carreras. Aunque no seamos una universidad tan grande, que seamos mucho más reconocidos que hoy y que pudiéramos estar a la vanguardia del conocimiento, en investigación y docencia, que tuviéramos una muy buena formación de nuestros estudiantes, con un buen sello valórico, con un sello que –en el fondo– las personas sientan que su universidad está detrás de su formación, y no gente que viene a la universidad porque sólo porque quedó en la universidad. No sé, es una proyección de ese tipo, una universidad que sea una luz y que esté dentro del concierto de universidades mundiales.

Creo que ahí hay un tema en que tenemos mucho que avanzar. Tenemos que ser una universidad muy concentrada en su quehacer y tratar de ser los mejores y no tener un pasar únicamente. A mí me encantaría tener en el futuro gente que obtuvo 700-800 puntos en la PSU y que optó por la Católica de Valparaíso.

Pienso que nuestra universidad tiene que proyectarse en el tiempo y tiene que ser una universidad solidaria por un lado, pero también competitiva por otro.

**EQUIPO:** *Profesor, le queremos agradecer infinitamente esta entrevista.*





*Si esta Universidad pretende seguir llamándose Católica, hay ciertos valores, como la solidaridad, el respeto, la dignificación de la persona humana, que tienen que ser los más relevantes.*



## ENTREVISTA

# Etna González de la Fuente

30 DE OCTUBRE  
DEL 2013

**EQUIPO:** *Vamos a conversar con la Profesora Etna González de la Fuente, Licenciada en Filosofía y Educación, Licenciada en Historia del Arte, Profesora de Historia, Geografía y Educación Física, Orientadora Educacional, Magíster en Educación y Doctora en Filosofía y Letras. Ejerció la docencia en la Pontificia universidad Católica de Valparaíso entre los años 1974 y 2009. Ingresó a estudiar a la universidad en el año 1953.*

*Profesor, por favor. Yo, la Licenciatura en Historia del Arte, por razones que no cabe explicar, no pude terminarla, me faltaron dos seminarios y un curso. Por lo tanto, llegué hasta ahí nomás y después se cerró el programa. Es lo único que no he terminado en mi vida y me pesa mucho.*

*Lo que queremos que nos cuente, profesora, es cómo era la universidad cuando usted ingresó.*

Puedo explicarlo de distinta manera. Primero, desde el punto de vista físico, la universidad era este edificio hasta el gimnasio. Todo lo que sigue al gimnasio, en todos los niveles, incluido el laberinto, no era universidad. Eran locales comerciales o viviendas, residencias de muchos profesores o funcionarios. La universidad era media manzana y todos cabíamos aquí. Éramos menos de mil alumnos.

Existían las carreras de Derecho, que era de la Congregación de los Sagrados Corazones, Ingeniería Química, Arquitectura, que cuando yo estaba estudiando se trasladó a Recreo.

Cuando yo ingresé, existía pedagogía en Castellano, en Inglés, en Filosofía, en Matemáticas-Física y, recién, en el año 1952, se creó la pedagogía en Historia y Geografía y Educación Cívica.

Por otra parte, por esas maravillas de la historia de la humanidad, era Obispo don Rafael Lira Infante. El Obispo, con una inteligencia preclara, trajo a los jesuitas para que se hicieran cargo de la universidad, porque esto era peor que un colegio de quinta categoría.

A todo esto, no dije que en el subterráneo estaban las carreras técnico-profesionales: Mecánica, Electricidad, Construcción y aquella que formaba a los contadores. Esas cuatro carreras eran gratuitas y vespertinas. Arquitectura, Ingeniería Química y Derecho pagaban una matrícula. Las pedagogías pagábamos una mínima matrícula y nada más. Durante el año, no había otro pago más que esa matrícula mínima. Yo me acuerdo de que una vez alegué porque la habían subido, una ridiculez.

Había muchos sacerdotes seculares y, también, regulares. Estaban los jesuitas, los Salesianos y los Padres Franceses, que habían “invadido” la escuela de Derecho. En esta universidad, había muchos sacerdotes. Eran inteligentes, sabios y santos. Yo pondría las manos al fuego por todos, no eran curas párrocos, eran sacerdotes. Cura no había ninguno, salvo el cura de Los Doce Apóstoles, que creo hacía clases aquí.

Todo alumno que ingresaba a la universidad y decía que era católico, los jesuitas lo agarraban de la muñeca y quedaba inscrito con cinco años de Cultura Religiosa, cuyos cursos eran anuales.

**EQUIPO:** *¿Por qué hacían eso?*

Porque la universidad era católica. Se suponía que, si tú eres un profesional, tu formación católica tiene que ser equivalente a tu formación profesional. No puede haber abogado, ingeniero, o lo que sea con los conocimientos de un niño de Primera Comunión, no te va a caber el pantalón de Primera Comunión cuando estés egresado.

Por lo tanto, tu formación teológica, si eres católico, tiene que ser equivalente a tu formación profesional, absolutamente válido.

Y como eran muy sabios estos jesuitas en primer año entrábamos una poblá. En Historia, por ejemplo, entramos más de 60 alumnos. En Ingeniería Química, era normal que entraran 100. De esos 100, pasaban 5. De Historia, pasábamos 20. La primera vez, yo no pasé.

En primer año, el tema de Cultura Religiosa en que nos metían a los 60, a los 100 o a los que fuéramos era “Doctrina Social de la Iglesia”. A mí, me metieron a la vena esta materia.

Si no eras católico, te librabas de Cultura Religiosa, salvo en quinto año, que teníamos Moral Profesional y “Moral Matrimonial”, era el único curso. Yo no era católica en ese tiempo, me hice católica en tercer año en esta universidad. Sí, nadie me obligó, yo quise. Tuve una compañera judía, otra era luterana y había una que no creía en nada.

Los ramos eran anuales y si tú te quedabas repitiendo, repetías el año, el curso aprobado no importaba. De todas maneras, tenías que hacer el curso completo.

**EQUIPO:** *¿Usted nos podría compartir su experiencia de ser profesora de profesores aquí en la UCV?*

Cuando yo veo las catástrofes que hay dentro de los profesores me da vergüenza, no sé si lo hice bien o no. Formar profesores. Cuando me dieron la oportunidad de trabajar aquí en la Católica, antes había trabajado en el sistema escolar. Once años los trabajé como orientadora. Un tiempo breve en la universidad de Chile y, previamente, cuando era estudiante, hice clases también. En total, llegué con diecisiete años aquí de experiencia docente.

Casi me morí de susto porque consideraba que esto me quedaba grande, pero así y todo lo hice. Yo en la universidad había aprendido que cuando no había quien hiciera algo, yo debiera asumir, hacerlo y sacarme la mugre, estudiar hasta morir y hacer lo que hubiere que hacer y lo mejor que pudiera. Eso lo aprendí de los jesuitas. Es decir, los jesuitas me marcaron con la inteligencia, la voluntad y el dar hasta que duela.

**EQUIPO:** *¿Cuál de los jesuitas fue más relevante para Usted?*

El padre Raimundo Barros. Era una *bestia*, fui su ayudante. Era exigente, exigente, exigente hasta la locura. Por otra parte, estaba la dulzura del Padre Vergara, que fue el que hizo que yo me diera cuenta que yo existía. El Padre Iturrate, que era muy comprensivo, bueno para tomar el pelo. Nos

embromaba a todos. Y el Padre González Förster, que hacía que lo imposible fuera posible. Diciendo nunca no, siempre decía sí, aunque no fuera.

Todo esto tiene que ver con los jesuitas. Ellos tenían de esa gente capaz de encontrar el agua donde no se la ve. Los jesuitas tienen ese talento. Y creo que don Héctor Herrera también la tenía, por eso don Héctor me trajo para acá, porque vio que servía. Él fue mi maestro, llegó cuando estaba en segundo año. Antes, había dos profesores, uno encantador, muy dulce, pero bueno para enseñar en el colegio. Don Héctor, inmediatamente nos puso en un nivel universitario.

Lo más agradable de enseñar en la Católica era que estaba en mi casa, en que conocía a todo el mundo, me sentí acogida, pero nunca tanto. Siempre hay un momento en que tú no te sientes acogida. Es decir, por las autoridades siempre. Era agradable estar entre católicos, aunque no todos eran católicos. Era agradable creer en la generosidad, la solidaridad la podías encontrar, encontraba gente solidaria, generosa, que te trataba de abrir puertas y ventanas. Eso yo lo sentí por mucho tiempo y, sí, trabajé tranquila, trabajé sintiendo que lo que a mí se me ocurría –si tenía sentido– me era posible realizarlo.

Recuerdo que habíamos hecho el Magíster, nos habían enseñado metodología cuantitativa con estadísticas y todas esas latas que son horriblas (todas las estadísticas son macabras)... Estaba dando un curso para Educación Parvularia. Se necesitaba un curso sobre familia, porque las educadoras de párvulos tenían que tratar con los padres y apoderados. Ahí fue cuando me metí en el tema de familia y, por ese camino, fue que un día resolví junto con Carlos Céspedes –que venía llegando de Alemania– y otros compañeros, hacer una investigación sobre la familia como entidad educativa. Una cuestión más grande que “la carpa del circo del Tony Caluga”, una cosa de locos, pero ¡¡con la metodología cuantitativa!! ¿Cómo va a investigar familia con un enfoque cuantitativo? Yo no me había dado cuenta de que eso no se podía.

Entonces, de repente, supe a través de una excompañera, que en España investigaban familia con otra metodología. Frescamente, pedí permiso para ir a hacer unos cursos. Eran tres cursos de una semana cada uno que daban en la universidad de Navarra. La Católica me dio permiso, patrocinio y financiamiento ¿Se dan cuenta? Es la cosa más tirada de las mechas que había en esos tiempos, pero bueno, pasaban esas cosas. Y

partí. Ahí, caí en la cuenta de que era otra metodología. Después de eso, salió el Doctorado.

Otra cosa que recuerdo. Yo no habría egresado nunca de la universidad sin Olga Navarro, que era la bibliotecaria que en ese tiempo había. La Olguita era la que atendía la Biblioteca Central que funcionaba en este mismo espacio. Era la única bibliotecaria, era maravillosa.

Después, cuando llegué a trabajar a la Católica, estaba la señora Gaby del Canto. Su marido fue el que creó el Centro de Investigaciones Pedagógicas en Santiago, don Robinson Gaete. Él había sido profesor mío en Orientación y Berta Medina era su ayudante de biblioteca. Yo diría que sin los bibliotecarios, no habría podido hacer nada. Nada, si en esta universidad no estuvieran esas personas atendiéndonos.

**EQUIPO:** *¿Usted ve nacer el Campus Sausalito?*

Cuando yo estudié estábamos todos aquí en Casa Central. Después, cuando estudié orientación, empezaron ya a despedir a algunos “inquilinos” de los departamentos (antiguo Pensionado de la universidad) y empezaron a construir el laberinto. Entre los inquilinos que despidieron estaba don Héctor Herrera, que vivía en el cuarto piso, esquina Av. Argentina con Yungay. A él lo desalojaron y lo tiraron más para abajo. Ahí, empezaron a agrandar la universidad.

Yo egresé de Orientación, me fui a trabajar como orientadora y no me recibí inmediatamente. Me acuerdo de que el Rector me hizo hacer la memoria del proceso del trabajo de orientación que hacía en los colegios e hice una memoria así chiquitita. ¿Pero cómo se le ocurre si usted ha hecho más? ¿Qué espera para llevar esto a la universidad y se recibe de una vez por todas!

Él hizo que me titulara, porque yo estaba egresada de Orientación y cuando vine a hacer los trámites para recibirme, me encontré con que mi escuela no estaba aquí en Casa Central, sino que en Sausalito (Viña). Después, cuando llegué a trabajar, estaba en Sausalito. Yo había conocido ese lugar cuando era el Liceo del Mar, fundado por el Párroco de la Parroquia San Antonio, el padre Félix Ruiz de Escudero.

**EQUIPO:** *¿En qué año se incorporó como profesora de la universidad?*

En 1974. Casi siempre en Sausalito, muy poco salía del Campus. Yo les hacía clases a las carreras de Educación Física, Castellano, a pedagogía Básica,

Parvularia y Educación Diferencial es donde más enseñé. Cuando llegué, era la escuela de Educación. Éramos una poblá de gente y lo pasábamos bien.

A Pablo Wiegand, que es un hombre maravilloso, le nació una hija con un problema de desarrollo cognitivo, fue con ello que se dio cuenta que en Valparaíso o Viña no había dónde educar a su hija. Él hizo todo lo posible hasta conseguir que se creara la carrera de Educación Diferencial. Esta carrera era “un Estado” dentro de la escuela de Educación, porque realmente Pablo no quiso que nadie de los que enseñaban en la carrera de Educación enseñaran en “su carrera nueva”. Entonces, trajo psicólogos y trajo de todo de otra parte. Y él impartía la asignatura “Fundamentos Filosóficos de la pedagogía”. Con mucho orgullo tengo que decir que, cuando él dejó la universidad, exigió que yo diera ese curso, porque yo había sido alumna de él en el Magíster. Pablo es un hombre menor que yo y está vivo. Está desvinculado de la universidad. Fue Rector de los SS.CC. y, después, por esas cosas divertidas que yo nunca he entendido, fue Rector de un Liceo judío, judío de esos con rulitos.

#### **EQUIPO: *¿Usted estudió Historia?***

Yo había estudiado Licenciatura en Historia del Arte. A mí me gustaba el Arte así como un “gusto para la mano izquierda”, porque era por pura ociosidad que yo empecé a estudiar eso. Eran los tiempos de la Unidad Popular, yo lo pasé muy mal. Entonces, para no pensar en mis problemas, como no me echaban de la pega y no me dejaban trabajar en nada en el liceo, estudié Arte y lo gocé, era el “ocio griego” perfecto.

Un día, llegó a mi oficina la María de la Luz Morillo, de la carrera de Educación Diferencial. Resulta que en el penúltimo año de la carrera había un curso que se llamaba “Lenguaje Artístico”. Ese curso era pre-requisito para que las alumnas aprendieran a usar el arte como recurso terapéutico. Entonces, me comentó de esta cuestión y yo me enganché. Me fasciné con lo que ella me dijo. A la tarde siguiente, me llegó un memorando señalando que había sido designada para impartir ese curso.

¡Me fregaron! Porque era una cuestión que yo había estudiado por puro gusto y tuve que sistematizarla...

Pero nunca lo he pasado mejor. Nunca he hecho más cosas locas, locas. Nunca he sabido cantar ni tocar más allá que el timbre. Nunca he sabido actuar, nunca he sabido bailar, nunca he sabido hacer nada de arte. Me gusta, vibro, gozo.

El curso tenía dos pilares que eran: jugar con la noción de mito y la noción de mundo. A partir de esas dos nociones, hicimos de todo. Íbamos a ver obras de teatro, a exposiciones, recorríamos la ciudad como si fuera una obra de arte.

Fueron varios años que hice ese curso. Tuve la suerte de tener una ayudante que estudiaba pedagogía en Música, Ana María Maldonado. Entonces, ya éramos dos “locas” juntas. Pero esta loca tenía la cualidad que era secretaria profesional, entonces la locura la “aterrizaba”. Lo he pasado bien en todos los cursos que he hecho, pero de todos ellos, el de Lenguaje Artístico me permitía volar.

“Sin forma no hay idea”. Les juro que ese mensaje era más significativo que toda la lata que yo les daba. No sé, serían las voladas de la González.

**EQUIPO:** *¿Usted tiene una mirada crítica de la universidad que tanto quiere?*

343

Yo he vivido más horas de vigilia en la universidad que en mi casa. Yo no sería la persona que soy si no hubiera tenido la posibilidad de estudiar y de trabajar aquí; de interactuar con gente de toda índole, gente simpática y de la otra, gente sabia y de la otra, gente buena y de la otra.

Porque el mundo es así y eso aprendí gracias a Dios ¡Qué extraño! Ustedes piensen en ese álbum de fotos que hay de nosotros, hacíamos tantas cosas juntos. Es decir, se cultivaba el compañerismo, la amistad. No te voy a decir que todos seamos amigos-amigos, pero somos compañeros y existe un gran cariño y un estar disponible para el otro, siempre.

Por otra parte, en ese tiempo, pude ejercer la Orientación porque aquí tuve acceso a conversaciones, a tomar en la cafetería chica. Tenía amigos que estudiaban arquitectura, ingeniería química, derecho, amigos que estudiaban otras carreras y uno se informaba de sus mundos profesionales, de cuáles eran sus urgencias.

Recuerdo un día que el flaco, Abdón Cifuentes, ingeniero químico, lo veo bajar verde –porque no estaba pálido, estaba verde–, pues llevaba 52 horas observando un fenómeno en el laboratorio y no podía moverse del lugar hasta que no terminara el proceso. Eso lo vi, chiquillos que trabajaban de esa manera y ese era mi amigo.

Jamás he sabido lo que es la disciplina, pero yo era amiga de un ingenie-

ro químico y entendí en qué consiste la formación de uno y cuáles son sus mundos laborales a los cuales se enfrenta. Por lo tanto, nunca me he sentido pobrecita, profesorcita, ¡ay de mí! De ninguna manera, si los abogados, los arquitectos, los ingenieros fueron mis compañeros de universidad. Me encantaría que los estudiantes no se sintieran que están en Sausalito y que no saben nada del resto de la universidad.

**EQUIPO:** *¿Usted cree que existe todavía ese compañerismo?*

Yo creo que, de alguna manera, sí. Para muchos, Sausalito es un ecosistema muy lindo, me da la idea, pero no sé si hay esta multidisciplinariedad de la que recién hablaba, sino que percibo que todos están muy metidos en sus propios asuntos. Entonces, no oyen hablar de las inquietudes, de los intereses de los demás. Quizás, si estuviéramos en el centro de alumnos general tendríamos una visión universitaria. Los demás tienen visiones muy parciales. No sé, tendría que haber instancias en que tuviesen que compartir aquí o en algún lugar. Para mí la Casa Central tiene que ser eso.

**EQUIPO:** *¿Pero es un tema de espacio físico, del hecho de que existen 17 sedes?*

Yo creo que influye y mucho, ¿por qué la universidad Santa María ha logrado lo que ha logrado? Con mucho respeto lo digo y con mucha sana envidia: ¡porque están juntos! Este desparramo de unidades académicas que tenemos, en el cual no hay “un solo corazón ni tampoco un latido que sea unísono”, donde no hay cosas que nos congreguen a todos, solo las “mochas” políticas. No puede ser, tiene que haber eventos.

Nosotros hacíamos aquí competencias. Recuerdo que entre Ingeniería Química y Arquitectura había unas peleas maravillosas, pero maravillosas, pues eran realmente “actos poéticos”, como dicen los artistas.

Una vez alguien pintó un moai que había ahí cerca del Hotel Miramar, cerca del castillo Wulff, por alguna plazoletita de ahí. Había un moai y un idiota pintó el moai. Entonces, los Ingenieros Químicos tuvieron que inventar un producto que limpiara la embarrada del moai. Los arquitectos hicieron un “Acto de desagravio”, porque los arquitectos tienen que ir por esa onda, ¡un desagravio! ¡¿Qué teníamos que ver con el moai?! (con todo respeto que merecen los pascuenses) Repararlo era algo edificante, que nos congregaba. Cuando se ha hecho un acto de desagravio por los despelotes que dejan ahora, todas las cosas quedan destruidas, incluso en



esta misma universidad. Había como una “buena onda”, una buena onda en todos nosotros, y eso se contagia. La gente que agrede hace que los otros se defiendan y en la defensa termina agrediendo.

**EQUIPO:** *¿Le gustaría que la universidad se volviera a juntar?*

No sé qué instancia puede en este momento ser un núcleo que aglutine, que entusiasme a la gente. Algo tiene que surgir. Y ahí están los artistas, porque los artistas tienen la cualidad de “fundar mundos”, la palabra poética es la que hace que surja un mundo, ¿cierto? Tiene que surgir un poeta, que no necesariamente tiene que ser del Instituto de Arte. Ojalá que sí, pero que haga que ahí se produzca este entusiasmo, que produzca una condición de mitopoiesis.

Esta palabra poética –que es mítica– hará posible la poiesis. Alberto Cruz, hizo en su momento eso. Pero en un momento estaba Alberto Cruz, Lucho López y Lucho Nicolini, tres locos. Claro, estaba Godofredo Iommi para más remate. Don Lucho López, aparte de hacer unas clases de lógica espantosas –con todo respeto, señor– dentro de esa poiesis fue capaz de ser Director del originario Colegio Rubén Castro, creado por los jesuitas.

**EQUIPO:** *¿Un colegio experimental?*

Un colegio extraordinario. El proyecto del Rubén Castro es algo que nunca más se ha intentado, porque la mayoría de los alumnos del Colegio eran hijos de marino y posteriormente no pudo continuar. En ese tiempo, el ciclo de Humanidades duraba seis años. En los dos o tres primeros años, sólo se les enseñaba Lengua. Es decir, tenían que aprender castellano a fondo, francés a fondo, inglés a fondo, además de matemáticas y química, y seguramente latín, no me acuerdo, porque el Padre Jorge González metía latín a todo. Con eso, al estudiante lo dejaban tranquilo y partía el segundo ciclo con historia, filosofía, arte y todas las materias para las que eran necesarias las lenguas.

Uno de los exalumnos destacados es Alejandro Guzmán. Alejandro es una persona interesante, sabe mucho. Cuando se creó el Colegio, se sacaron de las carreras de pedagogía de la universidad a varios profesores, entre ellos a Guido Crino. Primero a don Héctor Herrera, y don Héctor llevó a Guido al Colegio.

**EQUIPO:** *¿Usted cree que hay algo que podríamos definir como la identidad, una característica especial del alumno PUCV?*

El otro día, alguien que estudió en otra universidad me dijo que: “Los chiquillos de la UCV tienen como una bonhomía. Es decir, son menos belicosos y descalificadores que los que vienen de otras universidades”. Yo confío que es así.

Incluso en el vestir. En mi tiempo, los alumnos de Derecho andaban con corbata... Hay una palabra, que está algo pasada de moda, pero yo la uso. La palabra es pudor. ¿Qué es el pudor? Es no realizar acción que pueda escandalizar a otro, decir algo escandaloso, mostrar algo que al otro lo haga ponerse “turulato”. Por ejemplo: si una mujer muestra unas pechugas hasta aquí, “hasta las puntitas”, eso es, no es impúdico que muestre, porque lo que muestra es hermoso, sino que en el otro puede suscitar reacciones que no va a poder controlar siempre. Eso para mí es el pudor, el exponer al otro a una intimidad que no está preparado para recibir.

Alguna vez lo tengo que haber explicado. Es que creo que de eso se trata, de ser capaz de contenerse. Eso yo lo veo, ¿ustedes sabían que yo voy a clases al Instituto de Historia? Soy alumna del profesor Armando Barría, en Historia Contemporánea. Porque yo no sé nada de Historia, no por culpa del Instituto, sino porque nunca enseñé historia y nunca seguí estudiando historia.

**EQUIPO:** *¿Y qué enseñaba usted?*

Bueno, primero –“cuando era chica”– cuando estaba estudiando, enseñé Historia, debo haber estado en cursos superiores. Después, trabajé como orientadora.

Después, cuando llegué a la universidad, estando en la cátedra de orientación, se creó un Programa de Magíster, muy acotado. Como consecuencia del Golpe Militar, en el Instituto de Educación habíamos quedado muy pocos profesores. Ninguno tenía posgrado. Entonces, el director de la época, Mario Núñez, que debo reconocer tuvo mucha visión, nos dijo: “Todas las personas que fueron exoneradas de la universidad están en el extranjero obteniendo grados académicos. Cuando ellos regresen, nosotros no vamos a tener ningún grado para optar a los concursos académicos que se abran”. Entonces, se abrió un programa de Magíster en Educación y yo lo tomé. Estaba haciendo clases de orientación, estudiando licenciatura en Historia del Arte y también cursaba el Magíster.

Pablo Wiegand era uno de mis profesores. Nos dio un trabajo sobre un libro que yo creo vale la pena para pensar la universidad. La tarea consistía en analizar un texto que decía: “Hablar de educación desde el interior de una forma de vida es inseparable a hablar de lo valioso”. En otras palabras, el texto plantea que toda profesión te enriela en una forma de vida, uno le puede poner un sello propio, pero esa forma de vida apela a ciertos valores que, si no, lo que tú estás haciendo no tiene sentido. Entonces, la educación siempre apela a los valores.

Bueno, después de ese trabajo, Pablo me llevó a trabajar en el Departamento de Fundamentos Teórico-Filosóficos de la Educación.

**EQUIPO:** *Esa era la asignatura obligatoria de todas las pedagogías.*

Cierto. Era una locura, porque seguí dictando las tres asignaturas, estaba en el curso de Lenguaje artístico –que era el que me “hacía las cosquillas al alma” – hasta que suprimieron el curso de Orientación dentro del Plan de Estudios de pedagogía, y los profesores egresaban sin estar preparados para ser profesores jefes. Cuando me fui a estudiar a España, María de la Luz Morillo, mi colega, me dijo: “Cuando regreses vas a seguir dictando la asignatura de Orientación”. Providencialmente, le dije que no a María de la Luz.

**EQUIPO:** *Profesora ¿Qué vinculación tuvo usted con Juan Gómez Millas?*

Yo hice mi trabajo de Tesis del Magíster con Juan Gómez Millas.

**EQUIPO:** *¿Juan Gómez Millas hizo clases en nuestra universidad?*

Juan Gómez Millas, que Dios lo guarde, nació en 1900. Fue profesor de Historia y, posteriormente, decano de la facultad de Filosofía y Humanidades de la universidad de Chile, desde el año 1947 hasta el 1953. Después, fue Rector de la universidad de Chile, entre los años 1953 y 1963.

En ese intertanto, fue profesor de Historia de Héctor Herrera Cajas en la universidad de Chile. Él fue quien introdujo la visión historicista de Oswald Spengler en la universidad, una visión histórica diferente a las que antes se manejaban en nuestro país.

Juan Gómez había estudiado con los jesuitas. Fue compañero y amigo “de cogote” de San Alberto Hurtado, y compañero de curso del hermano mayor del Padre Jorge González Förster. Cuando yo lo conocí, era agnóstico y cuando lo dejé de ver, ya era creyente.

Él se mantuvo siempre muy vinculado a los jesuitas, con un talento especial de encontrar para qué sirve la gente. La palabra adecuada es *zahorí*. Así se designa a la gente que saben encontrar el lugar adecuado para cada persona en el mundo.

Cuando la escuela de Educación quedó descabezada para el Golpe, don Héctor era Vicerrector y alguien tenía que guiar a la escuela. Entonces, don Héctor le solicitó a don Juan que viniera a hacernos una asesoría. Don Juan venía todas las semanas, pues tenía reuniones con nosotros. De ahí salió mi vínculo con él y la idea de hacer mi tesis sobre su pensamiento que, si antes yo era libre, con Juan Gómez Millas yo quedé con “libertad encarnada”. Con Juan yo logré una visión de mundo maravillosa que se lo deseo a cualquiera.

**EQUIPO:** *Sra. Etna ¿Qué le parece que se haya acabado la escuela de Educación?*

348

Dos cosas. Por una parte, se produjo una reforma a nivel nacional en la formación de profesionales y, en consecuencia, las escuelas de pedagogía tenían que salir de las universidades. Sin embargo, una universidad católica que no forme educadores no es universidad católica, es un mandato para las instituciones de este tipo, porque la Iglesia es *magíster*, educa.

Entonces, tiene que tener escuela de educadores. Una manera de responder a esa demanda era creando el Instituto de Educación y la escuela de pedagogía. Las personas que hicieron eso no tenían idea lo que significaba pedagogía ni educación. Tendría que haberse llamado Instituto de pedagogía y escuela de Educación. Los “cerebros” de esta decisión no tenían idea de lo que estaban haciendo y pusieron cambiados los nombres. Ahí tendría que haberse realizado investigación.

Esa es la explicación que a mí me calmó. Pero, por otro lado, en ese momento en las escuelas de pedagogías éramos 60 y tantos de jornada completa. Entonces, éramos el Estado dentro del Estado.

Lo que yo pienso es que mi Instituto de Educación –me da pena– no hubo nadie que tuviera, no sólo la claridad de ideas, sino que firmeza para dirigir y que no se desgastaran en problemas. En todas las universidades, la gente, cuando elabora los planes de estudio –¡qué barbaridad lo que voy a decir, pero lo diré!– lo hace con las asignaturas que ellos se sienten capaces de enseñar, y no se abren a la posibilidad de, o contratar a otra

gente, o “sacarse la mugre” estudiando otra cosa.

Creo que cualquier persona inteligente, cuando se propone aprender algo lo aprende, pero para eso tiene que trabajar mucho. Pienso que eso era como una “quinta columna” de gente que estaba ahí y que quería defender esa “peguita” que había conseguido, gente que le tenía miedo al cambio.

Entre los cambios que una vez se hicieron –menos mal que yo ya estaba con ganas de irme– fue que, en primer año, programaron una asignatura estúpida que se llamaba “Dimensión Profesional de la pedagogía”. ¿Entienden eso? Un asco, un espantajóvenes. Lo di una vez nomás, un semestre y de ahí me fui ¡Yo no hago este ramo!

Cuando los alumnos vienen del colegio y entran a estudiar historia, biología, inglés, a ninguno le “cae la chaucha” que llegan a estudiar pedagogía. Si a uno lo tienen que enamorar de la pedagogía.

**EQUIPO:** *¿Y en qué difería?*

Es decir, tenías que meter unas teorías... Primero, el cuestionamiento si la pedagogía es profesión o no. Entonces, por gente... mezquina, que estaba encapsulada. Eso, yo creo que, en parte, hizo que después se fuera debilitando la universidad. La escuela de Educación se acabó de “muerte-mortal”, de inanición.

**EQUIPO:** *Que las pedagogías salieran de la universidad lo dictaminó el General Pinochet.*

Pero de todas maneras, nunca salieron. Esta universidad siguió formando profesores. Finalmente, el Instituto de Educación proveía los ramos teórico-pedagógicos a distintas especialidades. Por otra parte, los planes de estudio que se configuraron para resolver los problemas educacionales del país no fueron los que permitían que un profesor saliera mejor formado.

El ramo que yo enseñaba era teórico. Sacaron los fundamentos filosóficos de la educación. Gracias a Dios, después me llevaron a Educación Diferencial, en el cual se mantuvo la asignatura.

Uno no puede educar si no se enamora del ser humano, y un educador que no ame al ser humano porque es ser humano, no importa que sea feo, que sea chueco, que sea hediondo, pero es una persona. Cuando te enamoras del ser humano como persona puedes educar. Eso es lo que yo

pretendía, no sé si lo conseguí. De eso se trataba. Entonces, una escuela o un Instituto de Educación que no fomente el amor al ser humano como persona, carece de sentido.

**EQUIPO:** *Antes de comenzar esta entrevista, usted tuvo reparos respecto al esfuerzo de memoria histórica que la universidad realizó en 2003. Nos referimos al libro publicado para los 75 años.*

Cuando ustedes me invitaron a esta entrevista les dije al tiro que yo no quería participar en algo que terminara siendo como lo que se escribió como historia de la universidad el año 2003.

Yo creo que lo que están haciendo ustedes es algo que vale, porque para reconstruir una estampa histórica de una institución es necesario recurrir a todas las fuentes. Y una de las fuentes es lo que dice la gente.

350

Pienso que ese libro (de la historia de la universidad) fue pobre, fue malo, fue insuficiente, no estuvo a la altura de un trabajo de historiadores. Esto lo dije porque no hubo ni siquiera una adecuada recopilación de información. Cuando yo estudié el pensamiento de Juan Gómez Millas, que era una persona que estaba viva, tuve que recurrir a los documentos, a los monumentos y a la tradición. Por lo tanto, investigué todo lo que él había hecho, leí todo lo que él había escrito y todo lo que de él se había escrito. Hablé con cuanta persona pude para formarme una idea de quién era él.

Eso hizo que personajes tan importantes como Vito Alberti quedaran ausentes. Vito fue compañero mío de la carrera de Historia. Él estudió Historia, porque en Valparaíso no había ninguna universidad que enseñara biología. No existía en la universidad de Chile (sede Valparaíso) Medicina. En cambio, en nuestra malla curricular, había una asignatura que se llamaba Biogeografía.

Y de la biogeografía él se agarró y creó la escuela de Biología Marina, ese gran centro de investigaciones del mar que no sé cómo se llama ahora.

**EQUIPO:** *Se llama Centro Universitario Vito Alberti.*

Bueno, él creó eso y eso no sale en esa memoria de 2003. Es una maravilla este Vito Alberti. Fue un hombre brillante, se murió muy joven, pero dejó tantas cosas, hasta fundó la universidad del Norte, la universidad de Antofagasta.

Tampoco mencionan todo lo que hizo Héctor Herrera al relevar la formación de historiadores, no sólo de profesores, sino también de investigado-

res. La Católica de Valparaíso fue un crisol de historiadores, gracias a él. Que era “momio”, qué sé yo ¡No importa! Hacía que la gente estudiara.

Nada de eso sale publicado en esa historia de 2003. No le dan la relevancia que tuvieron los jesuitas. Fueron diez años. Uno de mis colegas en el Instituto de Historia, Carlos Ramírez, le hizo un homenaje al padre Barros. Y en ese homenaje al padre Barros, dio un homenaje a los jesuitas. A ese acto asistió el padre Alfonso Vergara junto a un grupo de seminaristas del noviciado jesuita, para que vieran lo que habían hecho los jesuitas aquí.

**EQUIPO:** *¿A qué otros sacerdotes considera relevantes?*

Miguel Iturrate. Si bien yo nunca serví para que me dirigieran, porque se usa mucho la dirección espiritual dentro de la Iglesia y nunca he servido para eso. A lo más, tengo un cura amigo con quien converso y peleo, un “cura para pelear”. El Padre Iturrate fue un gran director espiritual. Ayudó a mucha gente. No sé si era psicólogo, pero se dedicaba a la psicología. Todos estos curas tienen otras profesiones: son ingenieros, son abogados, capaz que hubiera sido psicólogo. Él creó la carrera de Orientación Educativa que yo estudié y nos acercó a todos los que postulamos.

351

Cuando yo estaba egresando del colegio en el año 1959, él creó y dirigió la carrera. Nos dio una gran formación neofreudiana. Las clases del cura eran para matarse de la risa, eran maravillosas, uno no sabía si estaba en clase o en chacota. Creo que entendí lo que dice el Padre Nuestro escuchándose al Padre Iturrate.

Dentro de mis compañeros, estaba María Cristina Morillo, una chiquilla que estudiaba filosofía, muy inteligente, y ¡se enamoraron! Entonces, al “cura Iturrate” lo mandaron a estudiar a Francia, a Bélgica. Entretanto, yo me casé y él fue quien me casó. A poco de casarme me di cuenta de que mi matrimonio no funcaba. Entonces, vine a hablar con el cura Iturrate, porque él nos había casado.

Por eso me dediqué a estudiar la familia, porque yo la embarré.

A todo esto, el cura había llegado de Europa y lo habían nombrado Vicerrector, para dejarlo más amarrado. Entonces, el cura estaba en su escritorio y le digo: “Si no fuera porque estoy esperando... (a Atilio)”. Hasta ahí no más llegué.

Este cura –que no era muy grande, era más chico que yo, era puro músculo– dio un brinco, me abrazó, me tomó en brazos. Estaba feliz, así que lo

que yo quería plantearle, que estaba toda “aponchá” se fue a “las porras”. Hasta ahí llegó esa conversación.

Por otro lado, cuando él decide que esta relación –con mi compañera María Cristina– no puede seguir ocultándose, se “manda a cambiar” a Estados Unidos. Tiene que haber dejado “todo arregladito”, para ser reducido al estado laical.

La verdad es que a mí no me escandalizó, porque me di cuenta que para él la familia, los hijos eran algo muy fuerte. Se quedó a vivir en Estados Unidos, se casó con María Cristina, tuvieron mellizos, se desenvolvió como psicólogo clínico. Bueno, él falleció hace un tiempo y María Cristina vino a Chile.

Otro cura jesuita fue el Padre Nemesegui, un gran matemático. Y se enamoró de otra alumna, de Marina Labra. Una vez fui a ver a Marina –ya estaba casada con el cura– y yo, la bruta, lo saludo y le digo: “¡Padre!” ...

Estas cosas ocurren después del Concilio Vaticano Segundo, mucha gente que había entrado por razones equívocas dejó el sacerdocio. Otro que dejó el sacerdocio fue Jorge Eduardo Rivera. Cuando cursé la Licenciatura en Historia del Arte tuve un ramo con él que se llamaba “El Origen de la obra de Arte”. Él había sido sacerdote de los Sagrados Corazones.

**EQUIPO:** *¿Igual que Álvaro Valenzuela?*

Álvaro es mi “amigo de cogote”. Lo conocí el día que cantó su primera misa en la Parroquia de Viña. Había sido compañero de curso de mi marido. Después, se doctoró en Filosofía. En todo caso, Álvaro era “doctor” mucho antes de que se le concediera el doctorado, era doctor realmente de nosotros en el Instituto de Educación. Era “años luz” el mejor de todos, intelectual, profesionalmente, el tipo que sabía más, pero no servía para Director, servía para estudiar.

**EQUIPO:** *Profesora, ¿cómo ve Usted la universidad?*

Yo sé que tanto las instituciones como las persona tienen una vida, y la vida de esta universidad ha transcurrido como todas las vidas. Pienso que cuando la universidad se recuperó económicamente perdió mucho. Mientras ella fue pobre y andaba “a palos con el águila”, pero cuando la organizaron económicamente –eso fue un gran mérito de Bernardo Donoso, quien saneó la economía de la universidad, que era una catás-



trofe- se transformó la universidad en una empresa. ¡Qué barbaridad lo que estoy diciendo!

Creo que la noción de empresa es muy amplia. Pienso que podemos ser empresa, pero una empresa en que la educación... Si esta universidad pretende seguir llamándose *Católica*, hay ciertos valores, como la solidaridad, el respeto, la dignificación de la persona humana, que tienen que ser los más relevantes. La persona humana de cualquier condición en esta universidad debe sentirse digna y valorada.

Cuando uno se siente valorado, se atreve a todo.

Cuando planteo que para mí hacer la tesis con Juan Gómez Millas fue lo mejor que me ha ocurrido... porque no fue para él, sino que con él, fue la amistad con él, él hizo que yo creyera en mí, incondicionalmente. Creo que eso es lo que uno tiene que tener al salir de la universidad: creer en sí mismo.

353

Yo creo que uno tiene que ser “doctor”. Cada uno de ustedes tiene que ser “doctor” y tiene que ser lo máximo en sí mismo y de eso tiene que tratar la universidad. Cada profesor debe inspirar. Ojalá que seamos capaces de darle credibilidad a todos nuestros alumnos.

**EQUIPO:** *Profesora, le queremos agradecer infinitamente que nos haya contado algunos de sus recuerdos.*

Muchas gracias.





*El objetivo último de la Reforma Universitaria apuntaba a formar personas integrales que, junto con conocimiento, estén imbuidos de este espíritu, no de triunfalismo en la vida, sino de un espíritu de servicio y un espíritu social.*

## ENTREVISTA

# Raúl Allard Neumann

14 DE NOVIEMBRE  
DEL 2013

*EQUIPO: Estamos con don Raúl Allard Neumann. Él tiene un extenso y nutrido currículum, pero vamos a tratar de sintetizarlo. El año 1961 egresó de la carrera de Derecho, convirtiéndose luego en Licenciado en Ciencias Jurídicas y posteriormente abogado. Es Master y tiene otros posgrados en universidades norteamericanas.*

*Ha sido Pro Secretario General y Rector de la universidad Católica de Valparaíso y académico de varias escuelas. Participa y ha participado en variadas instituciones públicas, nacionales e internacionales y, además, ha tenido variados cargos públicos.*

*Está entre los fundadores de la Democracia Cristiana en Chile, fue regidor por Viña del Mar, fundó el Consejo de Rectores de la V Región, el CRUV. Fue miembro del Consejo de Rectores de universidades chilenas. Fue el primer Rector elegido post Reforma, Subsecretario de Educación en los '90, Director Nacional de Aduanas y también Intendente de Valparaíso. Actualmente, es Presidente del Directorio del CFT UCE Valpo; Director del Magíster de Relaciones Internacionales del CEAL y miembro del Consejo Superior de nuestra universidad.*

*Profesor, hemos visto cómo las personas ven las etapas de la trayectoria universitaria de distinta forma. Por ejemplo: la misma Reforma o la etapa en que estaban los rectores delegados, hay distintas opiniones y distintas visiones al respecto. En lo que sí han coincidido muchos es en una visión bastante romántica de lo que era antes Casa Central y la universidad, cuando eran pocos miles de alumnos y no trece mil como los que tenemos ahora. ¿Qué año ingresa usted como estudiante y cómo era la universidad en esa época?*

Bueno, yo estudié en los '50. Estaban los jesuitas a cargo de la dirección de la universidad. Estudié con el Padre Jorge González y tengo el título firmado por él. Ingreso a estudiar Derecho en 1955 y egreso en 1959. Me recibí de licenciado el '61. Ese mismo año obtuve el título de abogado por la Corte Suprema y obtuve una beca Fulbright para estudiar Derecho Comparado en la Southern Methodist University (la universidad Metodista del Sur) en Dallas (Texas).

356

Partí en septiembre del '61 a Estados Unidos. En total, después estuve en Estados Unidos 12 años, porque volví allá después de ser Rector. Ahí estudié en Princeton y trabajé en la OEA, 9 años en Washington. Tengo esa experiencia de haber vivido en total 12 años en Estados Unidos y haber podido desarrollar una función académica y de relaciones internacionales, que es a lo que actualmente me dedico como académico dirigiendo el programa de Magíster.

Cuando yo asumí como Rector, la universidad era relativamente pequeña. En 1968 eran 3.600 alumnos. Durante los años '68 al '73 creció a 7.800. La universidad adquirió en esos años de la Reforma las dimensiones que después evolutivamente se han mantenido hasta hoy. Ahora, no hay duda de que en la década del '50 había una cercanía. La universidad era –fundamentalmente– la Casa Central.

Aquí estaban las facultades. Entre los alumnos y los profesores había mucha interrelación, o sea, se daba una interrelación física, uno sabía lo que estaba pasando. Por ejemplo, yo estuve presente el día que se hizo la primera transmisión de televisión en Chile en esta universidad, porque pasé en la mañana después de clases, vi el letrado, volví en la tarde y como era en una sala relativamente chica, me dejaron entrar y yo estaba presente aquí cuando llegó la señal. Entiendo que venía desde Playa Ancha.

Había una interacción muy grande. Los alumnos nos conocíamos bastante entre nosotros y había una actividad gremial importante. Era una época en que los dirigentes estudiantiles eran figuras nacionales. Yo, el año '55, entré a un partido político que era muy chico, la Falange Nacional. Presentamos una candidatura con Jorge Molina, perdimos, pero íbamos a Santiago. Ahí me recibía Patricio Rojas, que era Presidente de la FECH y que después fue ministro de varias cosas: Ministro del Interior con Frei Montalva y Ministro de Defensa con Aylwin.

Uno volvía a Valparaíso y yo contaba que me recibió y conversé con Pato Rojas. No me creían, porque Pato Rojas aparecía en los diarios como ahora aparece el Ministro del Interior.

Había vida gremial, había vida académica y había una interacción entre unidades muy grande. Eso le dio cierta homogeneidad a la universidad y —yo diría— que facilitó el proceso de reforma. Por ejemplo, en esta universidad, los Institutos les dan servicios a las escuelas. Una escuela profesional —en teoría— no tiene los ramos básicos como matemáticas o economía, se los pide al instituto correspondiente. Así fue durante la Reforma. Eso fue posible gracias a esta de interacción y conocimiento mutuo entre unidades académicas.

**EQUIPO:** *Profesor, ¿Usted reconoce a Luis Scherz como un inspirador de la Reforma?*

Sí. Ahora, uno entre varios. Les traigo algunos materiales, adelantándome un poco a su pregunta. Como estos hechos sucedieron hace 40 años, es fácil olvidarlos, deformarlos o idealizarlos. A mí siempre me decían que escribiera la experiencia y completa la escribí 35 años después. Esto se los puedo dejar para la Comisión, porque se escribió el año 2002. Como se mencionó, desempeñé bastantes funciones públicas y, entre ser Intendente de Valparaíso (que dejé de serlo en enero del 2002) y que el Presidente Lagos me designó luego Director Nacional de Aduanas (en noviembre), entre esos meses de marzo a octubre volví a la universidad y escribí este libro.

Me di cuenta que era “ahora o nunca”. Además, yo había mantenido dos baúles llenos de documentos. Al estar en la universidad el 2002, todavía quedaban muchos actores, aún quedan. Era cuestión de tomar el teléfono y completar los datos y, en tres meses, escribí este libro, porque vi que se daban las condiciones.

También les traigo un material que responde a su pregunta: es el “Fundamento para nuevas estructuras de la universidad Técnica de Valparaíso” que escribió Luis Scherz el 8 de octubre de 1964. Creo que tiene la ventaja histórica de que está autografiada por Luis Scherz, entiendo que los historiadores le dan mucha importancia a eso.

Y aquí les puse que cuando yo redacté, siendo rector interino, el decreto de rectoría 322, de nueva Estructura académica de la universidad Católica de Valparaíso, Plan experimental para nueva estructura académica, una de mis fuentes fue Luis Scherz.

Al firmar ese decreto, me di cuenta la trascendencia que iba a tener y lo escribí de mi puño y letra, sin comisiones, porque había suficientes antecedentes y, sin duda, la propuesta de Luis fue considerada.

Ahora, si uno la ve después, retrospectivamente, en la estructura académica tuvo mucha influencia y en la estructura de poder se quedó corta, porque él pensó que las facultades, por ejemplo, con sus intereses corporativos, no iban a permitir un Senado Académico que reflejara directamente la base universitaria y no, como ha vuelto a ser ahora, uno o dos representantes de cada facultad.

Eso lo pudo hacer la Reforma. Suprimió las facultades y, en el Senado Académico, no había ningún saber (disciplinar), ninguna facultad representada, sino que directamente los académicos de Institutos elegían representantes y los académicos de escuela elegían representantes. O sea, en buena parte en lo académico, nos regimos de alguna manera por ideas de Scherz y, en lo político-estructural, él se quedó corto.

**EQUIPO:** *Hay quienes piensan que el Senado Académico no cambió la vida universitaria. ¿Usted opina distinto?*

Yo creo que en eso entraríamos a fondo en la Reforma, en cuanto a precursores, pero junto con Luis Scherz –yo lo señalo en mi libro– también está la Federación de Estudiantes, que hizo una convención en 1966, un hermano mío era presidente, Sergio Allard.

Ellos estaban en relación con otras universidades, la UFUCH, la Unión de Federaciones Universitarias de Chile –que presidía José Miguel Inzulza– que actualmente es Secretario General de la OEA y ha sido Ministro del Interior y otras carteras. No hay duda que ahí también hay un ele-

mento precursor importante. Talleres, los cuales realizaba en la Sala del Consejo Superior o en el Salón de Honor. Yo era Pro Secretario e iba cuando podía, de acuerdo a mis funciones, a estos talleres en que estaba Luis Scherz, Ataliva Amengual y los dirigentes estudiantiles.

Luego, en la rectoría de Arturo Zavala, fui Pro Secretario. Don Arturo había sido mi profesor de Derecho Procesal en los '50. Estábamos en el equipo de rectoría junto a Fernando Molina Vallejo, que también había sido compañero mío y era el Vicerrector Académico. Estaba también Roberto Serra Despouy, de Ingeniería. Finalmente, estos que menciono adherimos a la Reforma y se creó el Instituto de Ciencias Sociales y Desarrollo que –de alguna manera– quebraba la estructura de facultades y preanunciaba la nueva estructura que le daba un lugar a la ciencia, en este caso, a las Ciencias Sociales.

También, la rectoría Zavala pre anunció –a través de decisiones como esa– la nueva estructura y generó una mayor demanda, porque los estudiantes ya venían radicalizándose progresivamente, pues era una época de grandes movimientos sociales en Chile. Hay varios movimientos precursores que explican por qué la Reforma partió en esta universidad y no en ninguna de las otras siete.

Ahora, aprovecho de entregarles algunas cosas que pueden darles luces a ustedes. Una es el discurso en que yo asumí el año 1968, porque no es el discurso normal de una asunción, sino que el discurso de un proceso que ya llevaba 14 meses. Aquí partió en junio del 67 –a diferencia de la universidad Católica de Santiago– que apuntó a la salida del rector. Aquí apuntamos a una nueva Constitución Básica que cambiara –conceptualmente– las bases de la universidad.

Yo estuve en el Consejo Superior. Primero, como Pro Secretario General y, luego, me tocó presidirlo como Rector. Yo soy Pro Secretario General en el momento del estallido. El acuerdo básico es el acuerdo del 17 de junio que le da cauce a la Reforma.

A mí me tocó redactarlo como Pro Secretario. Después, viene el Claustro Pleno que se hizo durante 15 días aquí en el gimnasio, lleno. La comunidad universitaria se pronunció entre tres alternativas de estatutos. La ponencia 1, que era la Constitución Básica fue la que triunfó. La ponencia 2, del profesor Luis López; y la ponencia 3, de Marianne

Peronard, que era la delegada y la que representaba –de alguna manera– el sector del rector Zavala, lo que sería la mayoría del Consejo Superior.

Ahí se pensaba que la Reforma estaba en minoría. La Reforma era –llamémoslo en términos políticos– una coalición de la escuela de Arquitectura y alrededor de 20 profesores como Oscar Godoy de Filosofía, cercano al grupo de Arquitectura, el Instituto de Ciencias Sociales y Desarrollo y unos 20 profesores como Patricio Bofill y yo –de Derecho– que éramos cercanos al Instituto de Ciencias Sociales y la Federación de Estudiantes. Esos fuimos los que patrocinamos la Constitución Básica.

Ahora, se suponía que la mayoría de los profesores estaban en la línea más bien de Héctor Herrera, de continuidad.

Los reformistas teníamos una Constitución Básica muy avanzada, pero no teníamos mayoría. Ahora, esa percepción cambió el primer día –de los 15 que duró el Claustro– porque se creó la figura del Director de debate para presidir el Claustro.

O sea, Monseñor Emilio Tagle, Gran Canciller, era un Presidente llamémoslo emérito, y asistió el primer y el último día. El primer día, fue elegido el presidente efectivo. El Movimiento de Reforma me llevó a mí y quienes patrocinaban la ponencia 3 llevaron a Enrique Aimone. En un resultado bastante sorpresivo, gané por 4 votos. Eso, entonces, le indicó a la comunidad universitaria que la línea iba por la Reforma. O sea, fue lo que llamamos hoy una elección primaria.

**EQUIPO:** *Profesor, declarar la universidad en reorganización o en reestructura como lo propusieron los arquitectos, ¿generó algún tipo de debate? Porque primero había que estar de acuerdo que la universidad requería reestructurarse?*

No hay duda. El día 15 de junio Arquitectura saca su Manifiesto. En el Consejo Superior se venía discutiendo fuertemente la Reforma, en el sentido de que se habían hecho todos estos pasos previos y la situación no cambiaba. Algunos decanos, sobre todo en Arquitectura, resentían el hecho –por ejemplo– de que el rector contrataba, fijaba remuneraciones, el presupuesto no era público y entonces se decía “lo administrativo está por sobre lo académico” y había que dar vuelta esto. El Manifiesto de Arquitectura lo señala.



El Manifiesto tiene, además, el valor del vuelo poético de Godofredo Iommi. Ahora, estos votos suelen comenzar diciendo: “Exigimos, Rechazamos, Repudiamos”. En cambio, aquí se parte diciendo: “Una ola de cobardía cubre nuestra América, frente a ella proponemos el lúcido coraje para instalar en tierras americanas un lugar en que prevalezca la libertad del estudio”.

Entonces, no hay duda. Es otro lenguaje, es otra actitud y, como en una cascada, en una semana se desencadenó el proceso. El día siguiente, la Federación empieza a reunirse, escucha a los arquitectos, escucha a Fernando Molina, me escucha a mí y a los que estábamos en la Rectoría. En el fondo decide sumarse a ese proceso, aunque de alguna manera arquitectura tenía una línea independiente, diría yo, y separada.

El Instituto de Ciencias Sociales y Desarrollo y los que estábamos alrededor también decidimos sumarnos y se cita a un Consejo Superior el día 17. Ahí se toma en cuenta el Manifiesto de Arquitectura, pero también se toma en cuenta lo que dicen los representantes de la Federación, lo que decimos la gente de la Rectoría. Arturo Zavala estaba en Rusia y Roberto Serra lo estaba subrogando.

Finalmente, ahí se le da salida al proceso. No quizás tan radicalmente de declarar acéfala a todas las autoridades universitarias, como dice el Manifiesto, sino que se invita al Rector a encabezar el proceso que iba a culminar en una elección de Rector. Se estaba consciente que iba a tener que haber una serie de autorizaciones entre medio.

Ese acuerdo del 17 de junio le da una salida. Vuelve Arturo Zavala al país, el Gran Canciller lo apoya en su crítica a este acuerdo, en el sentido que se había tomado estando él en ausencia. Eso, origina que la Federación de Estudiantes se toma los recintos universitarios y parte una toma que dura 56 días.

Ahí salieron de sus cargos, no de profesores de la universidad, pero sí de sus cargos administrativos: Fernando Molina como Vicerrector, Roberto Serra, Alberto Vial —que era miembro del Consejo Superior— y, en el caso mío, no fui destituido, porque yo renuncié.

Fui el único que renuncié antes. Me pareció que —siendo Pro Secretario y sintiendo moral y académicamente que debía apoyar al movimiento—

tenía que renunciar, porque era un cargo nombrado y de confianza del rector. Después, cuando se hizo el Acta de Avenimiento, los estudiantes pidieron varias cosas. Entre ellas, pidieron mi reposición y ahí volví de Pro Secretario. Vino el Claustro Pleno, se aprobó la Constitución Básica, fue una delegación a Roma.

En esos tres meses hubo una Comisión de Reforma, que no era resolutive, pero sí estudió alternativas de nueva estructura de universidad. Y de esa Comisión –que presidió Enrique Aimone– surgieron los tres proyectos de estatutos que, después sí fueron al Claustro Pleno que tenía carácter vinculante. Ahora, ustedes me preguntaban cuándo presidí el Consejo Superior... cuando me nombraron rector interino.

Aquí esta –en el libro que les he dejado– los tres períodos en que yo fui rector. Rector interino, entre abril del 68 y agosto; el 8 de agosto, el mismo día del primer aniversario del Acta de Avenimiento que puso término a la toma. Hicimos la elección de rector y yo asumí el 6 de septiembre, por un período de tres años. Este discurso que les he dejado es el discurso inaugural. Por eso les digo que es también parte de la historia, porque en las primeras tres o cuatro páginas reseño los 14 meses acontecidos desde junio del '67 hasta septiembre del '68. En él, también me refiero a los precursores y a un antecedente que es muy importante, que no lo había mencionado. Se trata del Seminario de Buga (Colombia). A fines de 1966, se reunió la CELAM, la Conferencia Episcopal Latinoamericana. Sacó la Declaración de Buga sobre el Desarrollo Social y, específicamente, sobre el rol de las universidades católicas. A esa reunión asistió Luis Scherz, entre los asesores. Ahí, el lenguaje es muy latinoamericanista y partidario de la Reforma social, contrario al colonialismo económico e intelectual.

**EQUIPO: *¿Sólo universidades católicas se reúnen en Colombia?***

Yo no sé si todos los asesores eran exclusivamente de universidades católicas, pero era una reunión, en el marco oficial de CELAM. En esos meses –entre abril y agosto– en que yo fui rector interino, se hicieron todas las bases de la Reforma que existen hasta hoy, porque la estructura de poder duró hasta la intervención, que partió el 11 de septiembre del '73, pero yo fui rector hasta el 4 de octubre.

Y la rectoría no es la misma rectoría de la época. El Claustro Pleno existe, pero con características distintas. El Senado Académico es muy distinto

al actual Consejo Superior, pero la estructura académica surgió de un decreto de esta rectoría interina.

**EQUIPO:** *¿Cuál es el decreto?*

El decreto 322 del 24 de mayo de 1968 se llama “Plan experimental de nueva estructura académica”. Define los Institutos, las escuelas, define cómo se van a llegar a instalar los institutos, define lo que es un centro interdisciplinario, y eso existe hasta el día de hoy.

Hasta ese momento, no existía la Química, existía la pedagogía en Química. Ese decreto establece el Instituto de Ciencias Básicas, establece el lugar para la Química como Química, la Física como Física y algunas novedades como la Teología.

La universidad llevaba 40 años como universidad Católica. Había clases de Cultura Religiosa, pero no estaba la Teología como disciplina. Bueno, en eso yo diría que hay distintas interpretaciones, pero el hecho que la Estructura Académica de la Reforma es la base y hoy se mantiene. Yo diría que es un hecho absolutamente decantado.

Por ejemplo: cuando se cumplieron los 40 años de la Reforma, se le rindió un homenaje a Luis Scherz con un libro (*Testimonio de una época, señales para el futuro*, 2007). En ese libro, hice unos comentarios. Otros los hizo Carlos Huneus, que ha trabajado sobre estas materias y, también, Alejandro Guzmán.

Alejandro era de una línea bastante cercana a la de Héctor Herrera y colaboró mucho conmigo en la redacción del Estatuto del Personal Académico. Este es del año 1971 y rigió hasta el 2008.

La Reforma, uno la ve desde varias décadas de distancia. Por ejemplo: todo lo que rige la incorporación de un académico, la carrera académica, cómo se jerarquiza, cómo se llega a ser profesor titular, cómo se llega a ser profesor adjunto. Hay aspectos en que la Reforma es historia y otros en que está plenamente vigente.

Incluso, en dos aspectos: la responsabilidad administrativa y académica a los profesores y la parte judicial –cómo se hace efectiva– que puede llegar hasta su destitución, está aquí y sigue rigiendo. La comisión que presidió

el mismo Alejandro Guzmán para el nuevo Estatuto consideró que era demasiado sensible como para tratar ese tema.

Entonces, es curioso que –en épocas de paz– se consideró muy sensible y, en épocas realmente convulsionadas en Chile, como el año ‘71, nos dimos esa estructura. Aquí dice claramente: cuáles son los derechos de los profesores, las responsabilidades, y cómo se hacen efectivas esas responsabilidades. Y eso está vigente.

Porque el año 2008 –yo estaba de nuevo en el Consejo Superior– se consideró que era demasiado sensible como para tratar el tema. Ahora, en este libro dedicado a Luis Scherz, Alejandro habla de una especie de politización de los 14 primeros meses, antes que yo asumiera ya como rector titular. Dice que ahí hubo influencia política, influencia del partido político de gobierno –que era la Democracia Cristiana– y eso politizó la Reforma.

364

Después dice: “En esta universidad, eso no fue así”. Por ello suscribo esta proposición que dije. En esta universidad, una vez acabada la “fase subversiva” de la Reforma, no bien quedó institucionalizada a partir de 1968, aquella hubo de transformarse en algo muy técnico. Dejó de consistir en una aglomeración de críticas y de consignas, para devenir en un programa de modificaciones estructurales y funcionales que permitieron a esta universidad alcanzar –en pocos años– un diseño eficaz.

Tan solo quiero recordar la llamada Constitución Básica (o sea, los Estatutos Generales), el Estatuto del docente –que es este estatuto del personal académico, en el cual él me colaboró mucho–, el Reglamento de currículum flexible, la intensificación del Perfeccionamiento a los docentes, la creación de Institutos de Investigación, que son todos los que existen ahora (el Instituto de Historia, el Instituto de Geografía, el Instituto de Filosofía, el Instituto de Biología, el Instituto de Ciencias Básicas, el Instituto de Arte).

Sin duda alguna, ahí está la base –dice Alejandro en su artículo del libro homenaje a Scherz– del alto lugar que, actualmente, ocupa la universidad entre las de su género. Si fue así, no pudo dejar de ocurrir que todos los miembros de la universidad –sin prejuicios de ideología– participaron en la fase constructiva de un movimiento que se mostraba con resultados tan positivos para el régimen de la universidad.

Yo he visto en este regreso a la universidad, después de más de 20 años que volví, ya de pleno a partir del 2006, que existe este reconocimiento como el que hace aquí Alejandro, los primeros 14 meses son debatibles y, a partir del '68, la estructura académica existe. Yo he visto que sobre eso hay un gran consenso.

**EQUIPO:** *Profesor, ¿Cómo podría usted resumir el espíritu de la Reforma?*

Hay varios aspectos. Es difícil decirlo todo en una sola palabra, pero la Reforma se inserta en los movimientos sociales de los '60 y '70, los cuales tenían un cierto voluntarismo y llamaban la atención sobre la justicia social. Yo, al mismo tiempo que era Rector de la universidad, era Regidor de la Municipalidad de Viña del Mar y formaba parte de los procesos de Promoción Popular.

O sea, lo que se hacía en la universidad se hacía también a nivel de los barrios. Era una especie de toma de posesión –por el pueblo– de un mayor rol en la sociedad. Los movimientos sociales eran capaces de transformar las estructuras que se consideraban –en palabras del propio Seminario de Buga– colonialistas, no en el sentido de las antiguas metrópolis, sino que en términos de las ciencias y las técnicas que venían desde afuera y que eran recepcionadas acriticamente.

Al mismo tiempo, se pugnaba en lo político por una revolución, un cambio en la propiedad de la tierra, un cambio en la posición del pueblo, la “Promoción Popular” significaba que el pueblo –no a través de representantes o de dádivas– sino que desde sí mismos promovía y producía los cambios. El Estado tenía que abrir los caminos para ello, pero el propio pueblo, a través de sus instituciones vecinales, obtuvo ahí un reconocimiento importante. Se abría un cambio. La Reforma Universitaria era parte de todo esto.

Ahora, dentro de eso había matices. Quienes dirigimos la Reforma en la Católica de Valparaíso decíamos que nosotros podíamos –desde las funciones propias de la universidad– orientar los procesos socio-culturales. Pero, ¿cómo lo hacíamos? Pronunciándonos sobre cada una de la situaciones importantes del país.

Uno de los capítulos de mi libro (*35 años después*, 2002) es esa función crítica. Nos pronunciábamos sobre la nacionalización del cobre, sobre

los intentos golpistas que hubo en esos años, pero nos pronunciábamos como universidad.

Había otros que iban más allá y querían que la universidad fuera –en sí misma– una especie de “proyectil” para los cambios, pero nosotros –quienes dirigíamos la universidad– considerábamos que eso la iba a desnaturalizar.

Durante los primeros tres años de mi rectoría estaba Frei Montalva como Presidente. Después, yo fui Rector durante todo el período de Allende y un mes con Pinochet. La situación en Chile se radicalizó durante el gobierno de Allende, quien siempre respetó la autonomía universitaria. Tuvimos muy buenas relaciones con él y nosotros mantuvimos ese rol crítico. Aplaudimos a Allende y le entregamos un documento que justificaba la nacionalización del cobre y criticamos el proyecto de Reforma de la Educación que se llamó la ENU, la escuela Nacional Unificada. En ambos casos, el gobierno –cuando lo aplaudimos y cuando lo criticamos– agradeció nuestro aporte, porque era un aporte desde lo académico.

366

Entonces, en ese clima de cambios sociales, nosotros considerábamos que la universidad era –en la tradición de la Doctrina Social de la Iglesia– una autonomía social. Tanto el gobierno como la Iglesia tenían que respetar esa autonomía social. Por eso es que nosotros manteníamos el vínculo con la Iglesia, pero a través de algunas designaciones.

Les he entregado a ustedes copia de los originales de mis tres nombramientos: como rector interino (en abril del ‘68), como rector titular (en septiembre del ‘68) y como rector reelegido (en agosto del ‘71). En esa oportunidad saqué el 70% de los votos.

Ahí, el Obispo nombraba, pero en lo sustantivo el Obispo tenía un representante en el Consejo Superior, y se daba la relación –a través del Instituto de Teología, que después se degradó a Instituto de Ciencias Religiosas y ahora ha vuelto a ser Teología. Entonces, la comunidad universitaria, recibía la confianza de la sociedad chilena, de la Iglesia, para autorregularse. Eso –diría– que fue usado en esta universidad responsablemente.

Ahora, había un ideario para poner en práctica este proceso que está en los documentos del ‘67, que está en el Acta de Avenimiento, que está en la Constitución Básica y que recojo en este libro, que es la “universidad comprometida”. Ahí, el compromiso era con Chile y su pueblo desde las

funciones propias de la universidad. No que la universidad sea utilizada como un proyectil para el cambio social, porque la desnaturalizaba, sino que una “universidad reflexiva”.

También se daba el pluralismo, que es propio de la ciencia. Se criticaba la universidad profesionalizante. El aporte de Scherz es, fundamentalmente, esa crítica a la universidad profesionalizante. Él había desarrollado su tesis en Alemania, la sacó en un libro y, después, nos dio esta contribución.

Se hablaba también de la “universidad democrática”. Ahora, en uno de mis discursos, desarrollo esos principios y, en particular, esta idea de democracia, que seguramente también va a surgir en esta pronta Comisión.

Quienes estábamos en el proceso, sosteníamos que no se puede trasladar a la universidad el concepto de democracia política de “una persona-un voto”. Sí, significa el hecho que las autoridades elegidas lo son por períodos determinados, son responsables frente a la universidad, pero con las jerarquías propias de lo universitario. Por eso que acá hubo –diría yo– participación, pero no lo que se llama a veces peyorativamente como “co-gobierno”, en el sentido de que gobiernan juntos profesores y alumnos. Acá hubo participación estudiantil, pero participación real.

Al mismo tiempo, era real que los profesores tenían la mayor parte de la responsabilidad y del poder de voto. O sea, era una democracia que respetaba el ser propio y las jerarquías propias del saber. Ahora, yo diría que sobre la base de esos principios elaboramos la Constitución Básica.

El objetivo último de la Reforma apuntaba a formar personas integrales, personas que, junto con conocimiento estén imbuidos de este espíritu, no de triunfalismo en la vida, sino que un espíritu de servicio y un espíritu social. Eso era lo que impregnaba todo el proceso, porque como les dije, la Reforma Universitaria es uno de los procesos sociales que se dio en Chile y en América Latina durante los ‘60 y ‘70.

**EQUIPO:** *Profesor, ¿cómo fue su relación con el rector Arturo Zavala?*

Bueno, yo estudié leyes “por culpa” de Arturo. Él vivía frente a mi casa –en 4 Norte– en Viña del Mar. Yo le decía que iba a estudiar Arquitectura y él me decía que estudiara Derecho. Finalmente, estudié Derecho y fue mi profesor, de segundo a quinto año, y después, yo me fui a estudiar a Dallas.

Luego de eso trabajé como abogado. Fui abogado de la Compañía Sudamericana de Vapores. Fue una experiencia profesional interesante, porque era la empresa más grande en la zona y, al mismo tiempo, estaba en la actividad política. Quien me pidió que me viniera a la universidad con más tiempo fue don Arturo, al nombrarme Pro Secretario General.

**EQUIPO:** *¿Nunca estuvo dolido con usted?*

No hay duda que la Reforma produjo resentimientos. Algunos de ellos duraron bastante tiempo. Cuando yo escribí este libro (35 años después) lo mandé a casa de don Arturo y me envió una carta diciendo que me lo agradecía, que lo que ahí se señala es en esencia lo que ocurrió.

Pero no hay duda que a él también le tomó –creo yo– bastantes años asumir. Don Arturo tuvo que renunciar al cargo de rector el año '68, cosa que él no pensaba, porque las designaciones –en esos años– eran más bien de tipo indefinido. Él y algunos de sus partidarios lo tomaron desde un punto de vista personal.

Todas estas cosas siempre combinan procesos sociales, procesos políticos con cuestiones subjetivas y relaciones interpersonales. Pero yo conversaba mucho con él en los últimos años, desde que volví a la universidad.

El caso mío fue distinto, por todos los años que estuve fuera de la universidad. Cuando el Obispo me pidió el año 2008 que lo representara en el Consejo Superior, para mí fue una sorpresa. Yo –cuando fui rector– había suprimido el Consejo Superior para sustituirlo por el Senado Académico. Y una de las razones por las cuales me dijo que me nombraba era por mi experiencia universitaria. Después de 20 o 25 años fuera de la universidad en funciones internacionales, como Subsecretario de Educación, como Intendente Regional, él –el Obispo– valoraba eso.

Ahora, si uno compara el Consejo Superior con el Senado Académico hay una diferencia: el hecho de que en el Senado Académico no estaban representadas las facultades, es decir, no estaban representados lo que normalmente se llama “intereses corporativos”. La Ciencia Básica pide recursos para Ciencia Básica, Agronomía pide recursos para Agronomía, Derecho pide recursos para Derecho, y en el Senado Académico no estaba representado ni Derecho, ni Ingeniería ni Agronomía. La única que estaba representada era Teología, porque lo establecían los Estatutos como



una cosa simbólica, lo de la vinculación con la Iglesia. Ahí había una diferencia fundamental. Quien primero destacó este asunto, y después lo han citado aquí y en el extranjero, fue Edgardo Boeninguer.

En segundo lugar, está el tema de la participación. En el Senado hubo una evolución. Terminó con 30 miembros, de los cuales seis eran estudiantes, dos eran funcionarios. Los funcionarios votaron para la elección de rector en la segunda parte de la Reforma, no en la primera. O sea, cuando yo fui elegido el '68 votaron profesores y alumnos. El año '71, por profesores, alumnos y funcionarios. Lo interesante era cómo se elegían los demás.

Un día se reunían todos los profesores de Instituto y elegían ocho representantes, cualquiera fuera el tipo de Instituto: Historia, Geografía, Teología, Biología, Química, Física, Arte y Música. Elegían ocho. Y otro día, se reunían los profesores de escuela y elegían otros ocho: Derecho, Idiomas modernos, Educación, Ingeniería Química, etc.

369

En esa forma ¿cuál era la *rational*, la razón última? Era que las personas discutieran y resolvieran con la universidad como un todo, no como representantes de su respectiva unidad académica. Yo les digo: basta mencionar lo anterior para decir que el Senado es radicalmente distinto al Consejo Superior.

Conocí el Consejo Superior anterior a la Reforma porque el Obispo y la Iglesia autorizaron la elección de rector, pero no aprobaron la Constitución Básica. Entonces, fui elegido rector con los estatutos antiguos y, por lo tanto, yo presidí el Consejo Superior durante un año y medio. Ahora, ahí fui a Roma a insistir en que se aprobara la Constitución Básica para poder elegir Senado Académico. También está contado en mi libro que Roma nunca aprobó jurídicamente la Constitución Básica, sino que me autorizó para ponerla en práctica. Volví de Roma y tuvimos elecciones, instalamos el Senado Académico y nos regimos por la Constitución Básica. Roma me autorizó para ello.

**EQUIPO:** *¿Era tenso el ambiente en la universidad desde que se empieza a gestar la Reforma?*

Yo diría que la realidad es la que menciona Alejandro Guzmán. Los primeros 14 meses obviamente fueron tensos. El "período de la toma" de la universidad fue un período en que también se intentó reanudar las clases

en el Colegio de los Padres Franceses de Valparaíso y en otros locales. Eso motivó tensiones entre grupos estudiantiles, entre los que estaban con la Reforma y otros.

En el Claustro Pleno –me tocó a mí dirigir los debates– había alrededor de 1.500-2.000 personas en el gimnasio. A pesar de que eso fue efervescente, fue al mismo tiempo ordenado. Efervescente porque discutir un Estatuto entre 1.500 personas... la respuesta es: imposible. Y fue posible. A pesar de que había un clima efervescente, un día dijimos: los principios fundamentales de la universidad, y se discutieron; otro día, la estructura académica; otro día, las estructuras de poder; otro día, las relaciones externas de la universidad y, finalmente, se votó.

Entonces, había tensión, sí, pero también hubo capacidad de resolución. Una de las cosas que han destacado todos los analistas externos –como Carlos Huneeus– es que, mientras en otra universidad se mantuvo una especie de clima permanente de debate, aquí la universidad entró después en un proceso de institucionalización. Por ejemplo: la primera interrupción de clases vino a ser la del año '72, con motivo de una huelga de camioneros, en octubre del '72.

Pero el año '69, '70, '71, en un Chile con una fuerte tensión política, aquí había continuidad en el trabajo académico. Los profesores que habían estado con la ponencia 3, el ejemplo de Marianne Peronard y muchos otros, quienes se sumaron a la construcción de la Reforma cuando se dieron cuenta que no había discriminaciones.

Por ejemplo: ¿Cómo se construyeron los Institutos? Con actos académicos públicos. ¿A partir de quién? De una comisión organizadora. Ahí están en mi libro todos los miembros de la comisión organizadora. ¿Quiénes? No los que habían estado en la Reforma, sino los que tenían más título, más prestigio y más reconocimiento.

¿Quién lideró la creación del Instituto de Historia? Héctor Herrera Cajas, que había estado en contra de la Reforma en sus fases iniciales. ¿A quién mandamos a doctorarse? A más de cien alumnos, entre ellos Alejandro Guzmán, quien lo reconoce en un artículo que les mencioné. Se los digo sinceramente, porque era Rector. Yo sentía el apoyo de gran parte de la universidad. El año '71, correspondió una nueva elección de Rector. Estaba Allende en el gobierno. Rodrigo González, que ahora es Diputado,

fue el candidato de algunas fuerzas de izquierda. A mí me presentó un movimiento que se llamó el “Movimiento de Reforma” que fue un “partido universitario”.

Hay un manifiesto del movimiento de reforma. Ahí firman alrededor de 50 profesores, de los cuales –más o menos– la mitad era reformista desde el comienzo y, la otra mitad, partidarios de la ponencia 3, quienes a estas alturas estaban muy identificados con el movimiento reformista.

Ahora, este “partido universitario” ganó todas las elecciones. Hacíamos estas elecciones para elegir los ocho representantes de Institutos, los ocho representantes de escuela y siempre ganaba las elecciones. ¿Por qué? Porque, a pesar de que el país estaba bastante politizado, la propuesta reformista era muy fuerte, más fuerte que la realidad política. Entonces, yo podía ser rector reformista y los días sábado, en la Municipalidad de Viña, era parte de la mayoría municipal. En la universidad, yo no era parte de ningún bloque político. Aquí, yo era el líder de la Reforma.

Ahora, eso se pudo hacer y eso hizo que el ambiente era agradable. Si ustedes ven las Actas del Senado Académico, que se mantienen todas, notarán cómo los estudiantes, los Presidentes de Federación, al despedirse del Senado Académico decían que había sido la gran experiencia de sus vidas. También, uno se da cuenta que cualquier modelo puede funcionar. Pero cada modelo tiene su época. Yo, por ejemplo, no repetiría este modelo. Hay gente que dice: “¡Seis alumnos con voz y voto!” ¿Cómo se podía gobernar eso? Bueno, los alumnos no actuaban como bloque, porque en ellos sí que operaban las tendencias políticas nacionales. Entonces, normalmente, los tercios políticos de izquierda-centro-derecha, también se daban en esos seis representantes alumnos.

La manera que tenía de obtener el voto de ellos para algún proyecto importante era hablar con todos. Hablaba yo o lo hacía Duncan Livingston, que era mi Vicerrector Académico, porque entre ellos no llegaban como un bloque de alumnos contra la rectoría. Eso no existió nunca. Siempre estuvo como característica –y lo destaco en el libro y también otros análisis independientes como Carlos Huneeus– el hecho que aquí, la Reforma, no fue alumnos versus profesores, sino que profesores y alumnos juntos.

El mejor símbolo es la escuela de Arquitectura, que actuaba como una sola fuerza. No es que los estudiantes fueran distintos a los de ahora, siempre

los Presidentes de Federación son críticos y no importa cuál sea su sentido político. Al mismo tiempo, siempre estuvieron por facilitar la Reforma.

El cambio ideológico del país repercutió en los estudiantes. Casi todos los años –salvo una vez– cambió el color político del Presidente de Federación. Pero igual seguían apoyando la Reforma. Fueron presidentes de la federación en los años en que yo fui rector: Eduardo Vío, que era demócrata cristiano. Lo sucedió Sergio Spoerer, que se unió al Mapu. Luego, gana Leonidas Emilfork, del “Movimiento 15 de Junio”, que nace en Arquitectura. Posteriormente, Emilfork es destituido y le sucede Jaime Esponda, que era Mapu. A Jaime lo sucede Gonzalo Pineda. Fue la única vez que un Mapu sucede a otro Mapu. Después, la democracia cristiana se había rearmado y gana el año ‘71 con Ramón Alfaro. Luego, la derecha gana en 1972 con Juan Carlos Bull.

En junio de 1973, el país estaba muy polarizado contra Allende y el Presidente de la Federación era de derecha. Nosotros tratamos de salvar la democracia en el país con una serie de iniciativas. Por ejemplo, en el Senado Académico, compuesto por 30 miembros, hicimos una reunión, libre como eran todas. Podía ir cualquier persona, no necesariamente de la universidad, sino que cualquier persona que iba pasando por la calle, a nadie se le negaba el ingreso a las sesiones.

Volviendo a lo sostenido por Héctor Herrera –a quien yo respetaba mucho– sobre no encontrar diferencias entre el Senado Académico y el Consejo Superior, no hay duda que eso era una exageración.

**EQUIPO:** *Profesor, uno de los aspectos que nos interesa es conocer la percepción de nuestros entrevistados sobre aquello que denominamos Sello Valórico de la universidad. ¿Qué opinión tiene usted?*

Sí, yo creo que hay un sello valórico, que está impregnado con la historia misma de ser universidad Católica y estar en Valparaíso. Hay una definición, de una universidad que, ante todo, es universidad en la búsqueda del saber, en esta especie de sello distintivo de lo universitario.

Esto no es una mera frase, porque significa que ahí está el germen de la comunidad: profesores y alumnos aprendiendo juntos. De hecho, todos quienes nos hemos dedicado a enseñar sabemos lo que uno aprende de los alumnos.

Ahora, junto con eso está el sello que viene de los fundadores, que quisieron formar primero una escuela, un tecnológico, que formara técnicos y, después, muy sabiamente el albacea –Rafael Ariztía– lo interpretó como una verdadera universidad, pero manteniendo esa idea del saber industrial, el saber comercial, el saber tecnológico, la universidad que permitiría formar a trabajadores.

Ahora, eso es lo que le ha dado un sello a la universidad. Algunos, con justicia o no, cuando hablan de la Pontificia universidad Católica de Santiago, piensan en una universidad que, de alguna manera, ha formado a elites, y elites católicas. Si tu recorres Chile, esta universidad nunca ha tenido esa característica. A esta universidad, siempre se le ha reconocido ese ethos regional y social que viene impregnado desde los fundadores.

**EQUIPO:** *Profesor, después de reincorporarse, ¿cuál considera usted que ha sido su mayor contribución a la universidad?*

373

He tenido la suerte, a partir del 2006, de hacer algo que siempre estuve pensando desde que salí de la universidad: dedicarme a lo académico. El año 2006 volví para acá, después de haber sido Director Nacional de Aduanas, y ha sido mi empleo permanente.

Ahora, siempre que se me ha pedido alguna contribución pública la he hecho. Por ejemplo: el año 2006-2007, la Presidenta Bachelet que hacía comisiones en distintas áreas, me nombró en la de Cultura. Fui Presidente de la Comisión de Institucionalidad del Patrimonio Cultural y tuve que redactar y entregar –porque el Presidente ahí no sólo dirigía los debates, sino que redactaba– un informe sobre Patrimonio Cultural, lo que presenté en el Patio de Las Camelias, en La Moneda (abril del 2007).

Pero he estado, fundamentalmente, dedicado a la parte académica en el Centro de Formación Técnica, en la presidencia del Directorio. Volviendo al tema del sello valórico, fue una manera de la universidad de reingresar al “mundo técnico”.

Una de las cosas que a nosotros nos tocó hacer durante la Reforma, junto con crear los Institutos, fue reforzar las escuelas. Y una de las cosas por las cuales algunos profesores sentían temor a la Reforma es que las escuelas iban a quedar en una situación desmedrada frente a los Institutos.

Por ejemplo, por eso se fue Alejandro Livingston y Cecilia Barra a la universidad Santa María, porque ellos eran los más destacados profesores de Ingeniería Química y pensaron que, al darle mucha importancia a la Física, a la Química, a la Biología, como ciencias, eso iba a ir en desmedro de la Ingeniería como saber tecnológico. La realidad fue al revés: se le dio lugar a la ciencia y, al mismo tiempo, se ampliaron las ingenierías.

Creamos la primera escuela de Ingeniería Bioquímica del país y la tercera de Ingeniería Industrial. De alguna manera, subieron de categoría los técnicos que se llamaban escuela de Sub Técnicos. Después que yo me fui, esos pasaron a ser parte de la escuela de Ingeniería. De ahí vienen las escuelas de Ingeniería Eléctrica y la de Ingeniería Mecánica. Con esto, la universidad perdió de alguna manera el sello original de formación de técnicos y se retomó con el CFT.

374

Ahora, mi contribución académica ha sido fundamentalmente traer como disciplina las Relaciones Internacionales. Se hacía aquí Derecho Internacional o Relaciones Internacionales, pero como parte del Derecho o la Economía. A partir del 2009, hemos instalado las Relaciones Internacionales como yo las estudié en Princeton —después de ser rector— como una ciencia social moderna, que estudia la marcha del sistema internacional y la interacción entre actores internacionales estatales y no estatales. Eso lo hemos consolidado a través del Magíster en Relaciones Internacionales y he escrito libros, artículos y ya tenemos dos promociones de egresados. Esto de haber podido volver a la universidad e instalar una ciencia ha sido muy positivo.

Lo otro, es que estas vías tienen altibajos. El hecho de haberme comprometido con la Reforma, haber renunciado a Pro Secretario y después haber vuelto, de alguna manera marcó la vida posterior.

Yo era rector el día del Golpe, fui citado por la Junta de Gobierno a una reunión el 27 de septiembre del '73 y, estando frente al General Pinochet, al Almirante Merino, Leigh, me manifesté en contra de la intervención. No era fácil manifestarse en contra de algo el día 27 de septiembre del '73. Después vino mi exoneración. El año '89, sin que yo lo pidiera, el Consejo Superior declaró que esa exoneración había sido exclusivamente por razones políticas y fui rehabilitado.

Después, me fui a Estados Unidos, yo estuve 10 años, se dio fundamentalmente por estos avatares vinculados a los movimientos sociales y la Reforma universitaria, pero las cosas se dieron y allá, viviendo en Washington, me veía frecuentemente con Fernando Molina Vallejo. Yo estaba en la OEA, él estaba en el BID. De ahí surgió la idea de escribir un libro relativo a la Reforma.

Fernando había sido tan actor como yo, con la diferencia de que él el año '68 partió a la Católica de Chile y fue Vicerrector de Fernando Castillo Velasco. Yo me quedé dirigiendo la universidad y él me decía: "Tienes que escribir el libro". Finalmente, el año 2002, lo escribí.

**EQUIPO:** *Profesor, usted como representante del Obispo en el Consejo Superior, ¿tiene un rol similar al que tuvo Wenceslao Barra (Padre Wenche) respecto al Obispo Emilio Tagle?*

No, lo de Wenceslao Barra es más parecido a lo de Jorge Sapunar y el padre Dietrich Lorenz. Esta figura –que además de un representante existan estos otros tres representantes– no existía cuando yo estaba como rector. Esto es nuevo.

He escrito este libro (*Ambientes Múltiples*, 2013) que está en su diagramación final –según me dicen en RIL– y estará listo en diciembre. Esto se llama "Testimonios de cinco décadas en el desarrollo de Valparaíso, Chile y América Latina", porque tomo los cinco o seis ambientes en que me ha tocado observar y tratar de intervenir en la realidad.

Se trata de 40 ensayos, donde la Reforma ocupa cinco. El capítulo décimo "La Reforma universitaria como experiencia histórica"; el 11, "El Presidente Allende y la Reforma"; el 12, "La universidad del '73, diálogo con personalidades nacionales". Esto ocurrió en junio, dos meses antes del Golpe. Fuimos a entrevistar alrededor de 30 personalidades –desde José Tohá hasta los líderes de izquierda, centro y derecha– y a todos les preguntábamos: ¿Hay una salida democrática? ¿En qué puede contribuir la universidad?

Luis Hernández Parker, que era el periodista más importante de la época, le dedicó cuatro páginas de la Revista Ercilla, diciendo: "Aún el diálogo es posible". Nosotros vinimos al Senado Académico, dijimos qué era lo que habíamos visto como "puntos de encuentro", pero no se produjo. Ahora,

no parecía imposible. Había casi coincidencia en la promulgación de un proyecto sobre las bases de la economía. Ese era el que –se dice– Allende iba a llamar a plebiscito el día del Golpe. Ahora, si lo hubiera hecho dos meses antes.

**EQUIPO:** *Después del 11 de septiembre, ¿fue compleja la relación con las nuevas autoridades?*

Pinochet era... después se fue –digámoslo- sofisticando. En ese momento, era como más tosco. El partió preguntando al Consejo de Rectores si estaba de acuerdo con una propuesta que había presentado su Presidente, Edgardo Boeninger. La Presidencia del Consejo de Rectores –en esa época– no era encabezada por el Ministro de Educación, como nominalmente lo es ahora, con uno de los rectores como Vicepresidente. En ese momento, la ley indicaba que lo presidía el Rector de la universidad de Chile.

376

Pocos días después del Golpe, Edgardo llamó a los ocho rectores y nos dijo que los Generales de Aviación le habían pedido que presentara una propuesta sobre las condiciones en las cuales seguiríamos como rectores.

Todos los días se cerraba una institución: un día las municipalidades, otro día se intervenía el Congreso, otro día se declaraban en receso los partidos políticos. Entonces, la idea de los Generales de Aviación era –aparentemente– que las universidades siguieran con cierta continuidad. Y nos reunimos en la casa de Edgardo.

Ahí se vio que no había 100% de unidad entre nosotros, porque William Thayer Arteaga, rector de la universidad Austral, demócrata cristiano, nos dijo que él estaba por lo que definiera el gobierno. O sea, no estaba por tener una posición como Consejo. Y a Domingo Santa María Santa Cruz lo habían destituido ya de la rectoría de la UTFSM, porque habían encontrado armas. Entonces, a él le enrostraron no haber aplicado la Ley de Control de Armas. Yo aquí, en agosto del '73, apliqué esa Ley y, por esa razón, entraron los marinos y sacaron las armas.

**EQUIPO:** *¿Hubo armas?*

Sí, pero el 31 de agosto llamé a la fuerza pública. Estaba tomado este edificio por la Federación de Estudiantes, que era gremialista, con un sector de los estudiantes y profesores demócrata cristianos. Y el edificio donde ahora está el Gimpert, era un edificio de dos pisos, en que estaba el



Instituto del Mar y, al lado, había estado antes el Colegio Rubén Castro. Y los estudiantes –después se supo y de alguna manera se sabía– estaban de acuerdo con los autobuseros y camioneros que estaban haciendo una Huelga en Reñaca.

El 31 de agosto se produjo una especie de nube, porque había disparos. Ahí me llamó el Almirante José Toribio Merino, que era el Jefe de la Plaza, y me dijo: “Hay ya heridos a bala. De aquí en adelante, los muertos son de su cuenta”. Entonces, yo le dije: “¿Cómo es esto Almirante?”

“Sí –me dijo– porque yo solamente puedo entrar si usted lo pide, de acuerdo a la Ley de Control de Armas”.

La Unidad Popular ahí ya no contaba. Los dirigentes iban a donde está hoy la Pro Secretaría General. Ahí estaba yo, porque la rectoría estaba tomada y entraban a preguntar lo que pasaba. Quienes estaban aquí haciéndole frente a los estudiantes gremialistas que se encontraban en la Federación eran el MIR y algunos sectores de la izquierda más radicalizada.

#### **EQUIPO: ¿Extrauniversitarios?**

Eran fundamentalmente universitarios y también extrauniversitarios, pero no los Partidos Socialista y Comunista oficiales, que eran partidos de gobierno. Entonces, antes de pedirle a la fuerza pública (a Merino), les dije a quienes me rodeaban que iba a hacer un último intento. Llamé a Juan Carlos Bull (Presidente de la Federación) y lo tenía “medio convencido”, pero las personas que lo acompañaban ahí, que eran más radicalizados que él, le decían que no cediera, porque en el fondo, ellos estaban esperando un acontecimiento mayor.

Ahí me di cuenta que había que aplicar la Ley de Control de Armas. Fui donde el Almirante Merino, le entregué la carta y, en pocos minutos, ellos sacaron las armas. Sí le pedí que no detuviera a nadie y no se detuvo a nadie. Simplemente, se limpió la universidad de armamento.

Después del Golpe, los marinos tomaron el control. A mí me llamaron el día 14 para hacerme cargo de los edificios. Entré aquí con Oscar Bernal, que era el Contralor y con Claudio Moltedo. Me acuerdo que hicimos una especie de inventario y asumimos de nuevo el control de la universidad para preparar la vuelta de clases.

El día 16 de septiembre, estábamos con Duncan Livingston (Vicerrector Académico) y Juan Carlos Bull (Presidente de la Federación) estudiando la reanudación de clases y empezó una balacera tremenda. Después, se supo que fue uno de los intentos que hizo el MIR, un poco loco, de tomarse –simultáneamente– un retén de Carabineros en Playa Ancha y otro aquí cerca, en Eusebio Lillo.

Como no lograron su propósito, los jóvenes arrancaron. Yo bajé también –muy bruto– y vi a un joven que venía perseguido de carabineros y que trató de meterse a los recintos portuarios. Le iban disparando detrás y, bueno. ¡Qué podía hacer uno ahí! Pero le vi la cara mientras era perseguido.

Después, el día 26, me llama un coronel y me dice que al día siguiente nos iba a recibir la Junta Militar. En el intertanto, esta reunión había sido en la casa de Edgardo Boeninger.

378

Edgardo había presentado un documento-propuesta. Ahí Pinochet partió preguntándonos a cada uno si estábamos de acuerdo. Tenía una lista ahí: Rector tanto: ¿Está de acuerdo? Sí, respondía. Rector Allard ¿Está de acuerdo?...

**EQUIPO:** *¿Pinochet dirigía esa reunión?*

Sí. Finalmente, dijo: ¿Están todos de acuerdo? Sí, respondimos. Pues la Junta Militar no estaba de acuerdo y anunció que se intervenían las universidades.

En los años siguientes, porque éramos todos amigos y lo seguimos siendo, quedamos vivos Miguel Campos y yo, desde que murió Edgardo Henríquez, Enrique Kirber... Entonces, siempre nos preguntábamos por qué Pinochet no partió la reunión diciendo que iba a intervenir las universidades.

Hace como dos años, uno de los asesores que estaban parados detrás de Pinochet dijo que ellos esperaban que –al menos la universidad Austral– y, posiblemente, una más, la U. de Concepción, estuvieran en contra de la propuesta de Boeninger, o sea, que no hubiera una unanimidad entre los rectores. Por cierto, tiempo después, al rector Carlos von Plessing –de la U. de Concepción– ellos lo nombraron rector delegado.

Pero hubo unanimidad. Lo que hizo William Thayer Arteaga es que él estaba de acuerdo con el gobierno. Entonces, no vino él y mandó a José Vera. José Vera estuvo de acuerdo con nosotros, con los más autonomistas, por lo que ese día no hubo discordancia.

Pinochet fue como el más consecuente, en el sentido de que la explicación de él, por la cual se intervenían las universidades era simple y directa: “Hemos intervenido los partidos políticos, hemos intervenido las municipalidades, hemos intervenido el Congreso y también vamos a intervenir las universidades, porque no se defendieron del cáncer marxista”.

Esas fueron más o menos sus palabras. Porque los demás como que trataban de elaborar más, salvo el General Leigh, que dijo que la Reforma había degenerado las universidades. Entonces, cuando terminó de hablar Pinochet preguntó si alguien tenía algo que decir. Ahí yo levanté la mano y dije: “¿Puedo refutar al señor General Leigh?” Mis colegas rectores me “pegaban patadas” por debajo, porque no se estilaba refutar al señor General Leigh el 27 de septiembre del ‘73, en el lugar de la Junta de Gobierno.

Ahí me salió —en tono de discurso— que lo mejor que podía hacerse era dejar a las universidades autogobernarse. Ellos habían hablado mucho del “cáncer marxista”, pero el año ‘73 solo había una Federación encabezada por un comunista. Era en la universidad de Chile y fue porque se había negado a hacer elecciones. En todas aquellas en que hubo elecciones no había ganado la izquierda. Entonces, yo les puse eso como ejemplo y añadí que lo mejor era dejar que las universidades se manejaran por sí mismas.

Lo curioso de Leigh fue que después hubo una segunda ronda de intervenciones después que intervenimos nosotros. Ahí Leigh cambió totalmente actitud y le dijo a Pinochet: “General, la prensa internacional ha visto a los rectores entrar como rectores. Yo le pido que salgan como rectores, o sea, que no nos echen en ese momento”. Entonces, cuando pasaban esas cosas que se salían de libreto, Pinochet se volvía atrás y hablaba quien había asumido ese día como Ministro de Educación (Almirante Hugo Castro Jiménez), de quien —se dice— fue el que inclinó la balanza hacia la intervención.

Después, Pinochet se volvió y dijo: “Siguen de rectores hasta nueva orden”. Esta era una cosa que comentábamos con Edgardo hasta que murió, y claro, era un lenguaje como militar: “Siguen de rectores hasta nueva orden”.

A los dos días, llegó el Almirante Luis Alberto De la Maza y le dije: “Bueno Almirante. ¿Va a asumir?”. Pero no asumió hasta cuatro o cinco días después. Un día me dijo que, ya que iba a asumir, que la gente de la rectoría era muy leal a mí y él quería dejar a dos. Entonces, dejó a Osvaldo Droppelmann, Vicerrector de Administración y Finanzas y el que era el Pro Secretario General, que murió hace poco.

Yo les dije que se quedaran. Ahora, duraron poco tiempo, precisamente por sus diferencias con Héctor Herrera y otras personas de la rectoría. Ahí fue cuando partí a Estados Unidos, en septiembre del ‘74 y volví el ‘84.

Junto conmigo salió también el Vicerrector Académico, que era Duncan Livingston y el Vicerrector de Comunicaciones, Juran Orellana Peralta. Durante mi rectoría fue Vicerrectoría. Creo que es la única etapa en la universidad en que Comunicaciones ha sido Vicerrectoría y, pienso, que debiera volver a serlo. Fueron momentos interesantes, ha sido movida la cosa.

Muy bien, gracias a ustedes y que bueno que se mantenga el interés por la historia de la universidad, es una historia riquísima.







*Las cosas podrían ser diferentes si pudiéramos cambiar por una relación más horizontal, más pro-social, siempre teniendo en cuenta que el rostro del otro interpela y que, sea alumno, administrativo, auxiliar o autoridad, somos todos iguales en dignidad.*

## ENTREVISTA

# Gladys Jiménez Alvarado

11 DE DICIEMBRE  
DEL 2013

*EQUIPO: Hoy vamos a conversar con la profesora Gladys Jiménez Alvarado. Gladys Jiménez es profesora de Educación Física, titulada en la universidad Católica de Valparaíso. Es candidata a Doctora de la universidad de Granada, España. Ha sido académica desde el año 1968 al 2013 de la escuela de Educación Física. Fue Directora de la escuela de Educación Física, Directora de Desarrollo Curricular y Formativo de la Vicerrectoría de Asuntos Docentes y Estudiantiles. También ha sido Directora General Estudiantil de la Vicerrectoría Académica. Ha sido Decana de la facultad de Filosofía y Educación, miembro del Consejo Superior, Vicerrectora de Asuntos Docentes y Estudiantiles y actualmente es académica de la escuela de pedagogía de la Pontificia universidad Católica de Valparaíso y Directora del Proyecto ALFA.*

*Profesora, ¿cuándo entró a la universidad?*

En el año 1964, como alumna de la carrera de Educación Física. Desde hace ya 50 años que salí del colegio.

*EQUIPO: Cuéntenos Gladys, ¿cómo era la universidad que usted conoció?*

Yo creo que es como la vida; distinta, no por eso ni más ni menos. Distinta porque éramos cinco mil estudiantes, hoy día se ha triplicado. Recuerdo que convivíamos todos en ese edificio que es el contiguo de donde está el laberinto. Estaba el casino donde todos nos conocíamos, el *Casino de don Pancho*, donde comíamos unos ricos sándwich de jamón que nos preparábamos nosotros mismos. Era –yo diría– más pequeña en cuanto a carreras, número de estudiantes y, por lo tanto, cuando algo es más pequeño la posibilidad de conocerse está, es decir, de interrelacionar. Yo no diría más familiar, sino distinta y conforme a la época, ni más ni menos.

Entretenida, súper entretenida. Siempre nos recordamos cuando nos reunimos con los compañeros de curso, las fiestas que hacíamos en el Salón de Honor. ¿Ustedes se pueden imaginar zapateando arriba del Salón de Honor? O por ejemplo en los patios. Ya no se hacen las fiestas aquí en la universidad, además no había esas tablas que ponían para impedir el ingreso de estudiantes al segundo piso de la Casa Central.

384

La verdad es que, seguramente ocurrían las mismas cosas que ocurren hoy: que algunos salían más bebidos que otros, que hacían el amor, por ahí por la sombra de los árboles, no sé. Bueno, yo también creo que era un mundo diferente el que vivíamos. En cambio, siento que hoy es difícil la vida, es compleja, con un ritmo muy acelerado. Yo me recuerdo que jamás me preocupé de lavarme la ropa, porque llegaba a la casa y mi mamá me tenía todo limpiecito. Nos juntábamos, generalmente, en las casas de las compañeras para estudiar.

**EQUIPO:** *¿Cuántas mujeres había en la carrera de Educación Física?*

Éramos 13 mujeres. Bueno, cuando entré, entre todas las mujeres no éramos más de 15 en toda la escuela. La carrera de Educación Física nació el año 1963, es la tercera a nivel nacional, porque la primera es la de la universidad de Chile. La segunda, perteneció a la sede de la U. de Chile en Valparaíso, que en este momento es la UPLA. Luego, estamos nosotros, desde el año 1963. Era distinta la vida. Los hombres nos duplicaban. Piensen que el año 1964 yo diría que, recién las mujeres empezábamos a ingresar a la universidad.

**EQUIPO:** *¿Dónde estaba la escuela?*



La escuela estaba donde en este momento está la Dirección de Asuntos Estudiantiles, que tú entras por la calle *Yungay* con calle *Doce de Febrero*. Esa parte era la escuela de Educación Física. Bueno, hacíamos clases en el gimnasio. El gimnasio era otra cosa, existían dos galerías. Yo creo que se ha ido también como modernizando, actualizando y la universidad respondiendo a los tiempos.

**EQUIPO:** *Profesora, ¿quiénes la marcaron a usted como estudiante?*

Fundamentalmente cuatro personas: Una es el entonces decano de la facultad, don Luis López González, este hombre era un sabio realmente, nos hacía el curso de Lógica.

**EQUIPO:** *¿Él creó la escuela?*

Sí, junto a Bernardo Parra y otro profesor de Educación Física. Además, Luis López González era amigo de mi padre. Entonces, fue su visión de mundo la que me marcó. Por ejemplo, en su clase de Lógica nos hacía leer y analizar “El Principito”, pero tan contextualizado a la realidad y, como les digo, esta amplitud que tenía del mundo... También, era filósofo, arquitecto, matemático, quizás no con los títulos, pero con una formación maravillosa, un hombre muy humano, muy cercano. Fumador empedernido, bajaba a las clases –me acuerdo– nos iba a ver, nos invitaba a su casa los fines de semestre a comer empanaditas de queso.

La otra persona que me marcó fue mi profesora de gimnasia, una mujer joven que llega a trabajar en la escuela a los 24 o 25 años. Revoluciona y nos revoluciona a todos, porque empieza –primero– a cortarnos las mallas. Eran unas mallas espantosas, calzonudas espantosas. Bueno, ella nos cambia las mallas, de las mallas negras pasamos a las mallas calipso, qué sé yo. Arma un grupo de gimnasia, con una dedicación al trabajo nada más increíble.

**EQUIPO:** *¿Cuál es el nombre de la profesora?*

Cecilia Steal (*sic*). Ella llega a enfermarse incluso por su exceso de dedicación y se tiene que retirar de la escuela a causa de una tuberculosis y la falta de cuidado a su salud. Miren, para ilustrarles un poco: nosotros entrenábamos –me acuerdo que yo en ese momento pololeaba con mi marido, Q.E.P.D.– hasta las doce de la noche en el gimnasio a las siete de la mañana (7:00 A.M.) si era necesario. Es decir, ella tenía una dedicación

asombrosa, una vocación de servicio que la llevó a enfermar. Si ustedes me preguntan, eso me marcó porque era trabajólica. Yo también soy trabajólica, pero claro, esto tiene el riesgo de dejar de lado a la familia.

La tercera persona que me marcó fue Patricio Varas que era filósofo. Me marca porque cuando asumo la asignatura de Gimnasia empecé a cuestionarme y dije: “No, esto no es para toda mi vida, estar enseñándole a los estudiantes que se paren en las manos, que hagan volteretas, ¿qué sentido tiene?” Y con Patricio, comenzamos un trabajo muy hermoso con un grupo de alumnas de la escuela en torno a la expresión y al significado que tiene el cuerpo, más allá del ejercicio físico. Patricio me dio todo el ánimo de adentrarme en significados más fenomenológicos de la corporalidad. Y bueno, fuimos *partners* por bastante tiempo.

Después, ya cuando empecé a estudiar el Magíster en Educación, Marcia Prieto, una mujer realmente con vocación de servicio, muy responsable, dedicada a sus alumnos; muy cercana, pero a su vez, exigente. De una gran rigurosidad académica.

**EQUIPO:** *¿De qué disciplina era ella?*

Ella trabajaba en el Instituto de Educación en ese momento. Ella es profesora de inglés –de formación–, pero fundamentalmente se dedicó a todo lo que es la investigación cualitativa en educación. Le interesaba el tema de los fundamentos sociales. Era doctora en Educación también. Yo les diría que el elemento común de todos estos profesores es la cercanía, la proximidad, esa horizontalidad en las relaciones que a mí me parece es fundamental en una universidad, sobre todo en la relación estudiante-profesor. Son ellos los que me marcaron.

**EQUIPO:** *¿Había más relación entre las escuelas?*

Sí, yo diría que sí. Es que éramos tan pocos en realidad que nos conocíamos todos. Además, había menos Campus. Y sobre todo en las fiestas, claro, en ese tiempo –por ejemplo– eventos que congregaban a toda la universidad, como los campeonatos de básquetbol universitario, con el Rector González Förster metido entre medio en la misma micro que nos llevaba a Santiago para hacerle barra al equipo.

Había eventos donde se congregaba gran cantidad de estudiantes, quizás, por el momento en que se vivía. Yo me recuerdo que para mí estudiar en

la universidad fue gracias a un apoyo familiar muy grande. Esto de no tener que lavar, ducharme e irme y que me hacían la cama y todas estas cosas, y que yo podía saber que podía ir con mis amigos a estudiar y que mi mamá nos tenía un kuchen o que íbamos a la casa de las chicas.

Son mundos totalmente diferentes.

Yo veo que hoy día que para los estudiantes es todo muy difícil, tienen que trabajar o vienen de regiones, no tienen a su familia cerca. Creo que estudié en un momento en que realmente estar en la universidad fue de mucha proximidad, mucha cercanía, mucho conocimiento. En las fiestas nos conocíamos todos y como la escuela era muy alegre y nos encantaba bailar, entonces hacíamos comparsas y todo el mundo se congregaba con los estudiantes de Educación Física, yo creo que eso también ayudó a vivir la universidad de la forma que yo les cuento.

**EQUIPO:** *¿Qué nos puede decir del padre González Förster?*

387

Un hombre muy cercano, muy sencillo, con su sotana de jesuita, sentado gritando igual que nosotros en favor del equipo. Yo diría más que un Rector, un Pastor, diría yo. Una persona muy querida por todos.

**EQUIPO:** *¿Cuándo cree usted que la universidad empieza a crecer y a perder, tal vez, un poco estas características de cercanía?*

A ver, yo diría dos cosas. Que la cercanía como tal no se pierde porque sí se da en las Unidades Académicas, en las salas de clases, evidentemente con diferencias, en algunos cursos más, en algunos menos, con algunos colegas más, con otros menos. Esa cercanía que es propia del ser humano y propia de la vida universitaria se mantiene, y en eso yo doy fe.

Incluso, hay una cercanía cuando uno es profesor simplemente y con la autoridad, también. Esta posibilidad que tenemos los académicos de estar en un cargo y después ser profesor, eso creo que es muy interesante. Entonces, la cercanía, con distintos rostros, se mantiene. Además, doy fe también de que uno en cualquier momento, en los momentos más dolorosos, uno sabe que cuenta con las personas y con las autoridades de la universidad. Todo el recuerdo que tengo de la muerte de mi marido fue clave, digamos el apoyo de Alfonso Muga, de Claudio Elórtegui fue realmente clave, me emociona.

Por lo tanto, creo que en eso la universidad ha sido sabia y las personas que la habitamos hemos ido manteniendo esa relación. Claro que también hay relaciones tensas, seguramente, porque el ambiente es mucho más competitivo. A veces, uno no se ve todos los días, como nos veíamos en estos lugares que nos encontrábamos, en el casino chico, en el casino grande, etc.

Por otro lado, la universidad empieza a crecer en cantidad de alumnos, de sedes, en distintos lugares, en cantidad de profesores, de administrativos. Y eso podría ir generando un ambiente diferente, en el sentido que hay diversidad de aproximación entre las personas y eso es propio de las organizaciones. Pero hay una columna vertebral que a mí me parece que la universidad mantiene hasta el día de hoy.

Lo que, quizás, es una de las cosas que ha sido más dolorosa, es que los jóvenes han aprendido a desconfiar y, a veces, te miran con cierto recelo y cuesta más aproximarse a ellos. Los jóvenes son más neutrales, tienen esa capacidad como para alejarse y, si no les incumbe directamente, ellos siguen su camino y no pasa absolutamente nada.

**EQUIPO:** *¿Qué ha aportado su disciplina, la Educación Física, a la universidad en estos 50 años?*

Bueno, creo que la disciplina pasó un momento muy complejo en el que algunas autoridades dijeron que no tenía el *status* universitario. Diría yo –sobre todo– cuando nos fuimos al Campus Sausalito. Eso tiene que haber sido en el momento en que Héctor Herrera Cajas era Director del Instituto, yo ya me pierdo en los años, tiene que haber sido cerca del 1970.

Había autoridades que decían eso, que la carrera de Educación Física, la pedagogía, no tenía *status* universitario y no sabían por qué estaba acá. En ese momento yo dictaba un curso de Estudios Generales, hoy día Formación Fundamental, que se llamaba *Movimiento, expresión y creatividad*. Algunos alumnos me contaban que su profesor les decía: “por ningún motivo, eso no es asignatura, o sea, cómo se les va a ocurrir tomar eso”. Había un contexto adverso, pero los chiquillos lo tomaban igual, porque también –y en eso trato de ser bien equilibrada– me hago responsable de esa crítica. Yo creo y me pregunto por qué esta disciplina era muy técnica, muy apegada a lo instruccional, a la reproducción de movimientos, y resulta que muchas veces la respuesta se liga a un sinsentido.

Se ha avanzado mucho respecto a lo que significa la corporeidad, lo que significa la motricidad, la importancia que tiene la presencia de la motricidad y del juego durante toda la vida del ser humano. Por lo tanto, hay otras perspectivas, otros paradigmas que –creo– la escuela y la disciplina fueron avanzando. Hoy día, por ejemplo, hay algunas asignaturas dentro del Programa de Formación Fundamental que se refieren a esta ampliación, a la contribución que tiene la asignatura en la formación integral. Por ejemplo, la asignatura *El Hombre y los juegos* trata un tema universal: el de la cultura mapuche, los juegos mapuches. Es muy interesante ver cómo los alumnos se acercan a sus ancestros. El tema del autocuidado de la salud, que es muy contingente hoy día en Chile y en el mundo: cómo la salud se ha deteriorado y cómo el ejercicio es una actividad fundamental para mantenerse sano.

Yo diría que las escuelas de Educación Física, todas, tenían el enfoque de la universidad de Chile, que era bastante técnico, formar al profesor que tiene que mostrar todos los ejercicios. Aquí en la universidad, la cosa fue distinta, tenía la visión de *Lucho López*. Fíjense que en el año 1963, año en que se crea la escuela, ya Lucho López hablaba de todo lo que se habla hoy día, o sea, cómo el tema del cuerpo, de la motricidad tienen relación con el uso del tiempo libre, con el cuidado de la salud, con el juego, con la cultura. Él tenía una visión diferente, y esta escuela es la única en el país que no tiene ese origen tan técnico que tenía hace 100 años atrás en la universidad de Chile.

**EQUIPO:** *Profesora, ¿cómo recuerda el proceso de la Reforma?*

Primero, tendría que decir que fue el momento en que conocí a mi marido. Recuerdo que, tomada la universidad, en el casino, conocí a mi marido y ahí no nos separamos más. Bueno, hasta que falleció. Por otro lado, recuerdo el período como una convicción de profesores y estudiantes respecto a aspirar a una universidad distinta. Ahora, políticamente, yo era muy ingenua en ese momento y la escuela en sí no participaba mucho. Por lo tanto es tremendamente lúdica e irresponsable esta mirada. No participábamos mucho, fuera de quedarnos en la universidad –cuando nos permitían– porque se quedaban más bien los varones. Por lo tanto, tengo muy buenos recuerdos de la Reforma en ese sentido.

Me acuerdo del Dr. Aguirre con su guitarra, la universidad tomada y nosotros cantando en el casino grande o en el casino chico. Me la recuerdo muy lúdica la verdad, irresponsable de todas maneras.

**EQUIPO:** *En esa misma línea, ¿le tocó vivir posteriormente momentos conflictivos?*

Sí, en el año 1973 ya era profesora de la universidad, pero después del Golpe Militar fue todo muy complejo. Viví como Vicerrectora la toma del 2000 y como Decana el Movimiento del 2011.

**EQUIPO:** *Estos conflictos, ¿le han dejado un aprendizaje a la universidad?*

No podría hablar por la universidad, sería muy pretencioso, pero sí a mí me ha dejado un aprendizaje que fue la posición que adopté durante el 2000 y el 2011. Siento que mi generación en la universidad fue una generación que, con el Golpe Militar, tuvo mucho miedo. Recuerdo que estaba embarazada de mi segundo hijo en el año 1973. Por lo tanto, como la escuela tenía ventanas hacia la calle, a veces me veían venir mis colegas y me decían: “¡ándate, ándate porque aquí se va a armar la...!”. Yo me iba, me protegían. Mi hijo nació un poquito antes, un mes antes del Golpe.

Esta confrontación entre las mismas personas que habitaban la universidad fue durísima, eso fue tremendo. Yo sentí mucho miedo, me recuerdo que cuando llegó el Director Interventor a mi escuela, nos reunieron y nos fueron llamando uno por uno. Fue Carlos López. Él tenía muy claro lo que debía hacer y las autoridades lo respaldaban. Se fueron ocho profesores, tres colegas que trabajaban conmigo y otros cinco profesores más.

Yo aquí tengo una deuda, de haber omitido muchas cosas durante años y esto me da mucha pena. La deuda de mi generación es la omisión, ese fue el pecado. Fue durísimo, porque a mí me llama un día Carlos López y me dice: “Esta asignatura que usted hace [Expresión Corporal], ¿este es un asunto suyo, no?” No –le digo– esto está a nivel mundial y le doy todos los fundamentos. Claro, ¡era mi pega!

Además, había otros momentos muy duros. De repente, llamaban a un profesor a la Vicerrectoría y no sabías nunca más de él. Lo habían tomado preso directamente, lo llevaban a los cuarteles –qué se yo– en la escuela Naval vieja, fue muy duro, me cuesta mucho...

¿Qué pasa? Yo dije esto no puede ser, o sea, el miedo lo puedo tener, pero estas son mis convicciones. Le he dado mucho, mucho tiempo a mi trabajo respecto al diálogo.

**EQUIPO: *El año 2000, ¿fue complejo?***

Lo fue. Yo estaba en la Vicerrectoría de Asuntos Docentes y Estudiantiles en ese tiempo. Fue complejo porque yo tenía mucha proximidad con los *chiquillos*. Evidentemente, ellos no hacen las cosas en contra de las personas, las hacen por sus valores, por sus convicciones. Lamentablemente, en ese momento, los estudiantes entran por el gimnasio –tenían tomada la Casa Central– y entran a toda la parte administrativa. Yo ya les había dicho: “Si entran ahí, van a entrar los Carabineros. Por favor, no hagan eso, porque va a ser tremendo”. Ese fue el primer hecho: el desalojo.

Me acuerdo que cuando entró Carabineros a desalojar la parte de administración, por todo lo que significaba esa parte, ya se les había advertido que no entraran. Yo escuchaba los gritos. Nosotros estábamos ubicados en las casas de al frente, en el patio. Y me llamaban por teléfono me acuerdo: “¿Ve Sra. Gladys? Usted nos dijo que los Carabineros no iban a entrar”. Esa toma para mí fue muy difícil.

391

El otro episodio fue la amenaza de huelga de hambre en esta comunidad. Yo llevaba todas las reuniones con la Mesa Ejecutiva de la Federación. Entonces, me dice Renzo: “Sabe Sra. Gladys, hoy día empezamos la huelga de hambre”. ¡Por ningún motivo! –les dije– ¡No se los permito! Fui tan directa en eso, tan convencida, que no la hicieron. Pero ese es el momento en que tú dices: “Dios mío, dame fuerzas para que los chiquillos no sigan en esto”.

Y el tercer hecho que recuerdo, con un agradecimiento tremendo a la Marta Bello, psicóloga, profesora en ese momento de la escuela de Psicología, que trataba a uno de los estudiantes que estaban en el edificio Gimpert y el alumno se descompensa de su problema psiquiátrico en la mañana; amanece desnudo, corriendo por la terraza del Gimpert. Eso corresponde al 2000, el año de la toma.

Y agregaría un cuarto ejemplo, que para mí fue muy doloroso. Cuando entregan la universidad, se la entregan a los Sindicatos. Pero frente a la Casa Central, a Renzo le tiran huevos, tomates y naranjas. Los otros estudiantes no la querían entregar. Eso también para mí fue doloroso, porque nadie tiene derecho que se le trate así, menos a un joven, a mí me consta que Renzo se la jugó.

**EQUIPO:** *¿Era el Presidente de la Federación?*

Claro. Y no pudo. Bueno, cuando entramos a la Casa Central, como que había habido algo, muy desolada la Casa Central, con pintados. Me acuerdo que llegábamos a las siete de la mañana y nos íbamos a las tres de la mañana. Esto que nos van a entregar, que mañana nos entregan, y llegábamos y no nos entregaban, fue tremendo.

¿Y la toma del 2011? Lamento la verdad, pero desentendiendo lo que pasó allí —que se tomaron la universidad—, pero entiendo el tema de la facultad mía. Jamás compartí estos hechos de violencia, nunca los he compartido, los estudiantes lo saben. Por lo tanto, para mí la única forma era dialogar. Dialogar con los espacios tomados y buscar redes de tal manera, que ellos mismos fueran dándose cuenta que esa no era la vía.

Fue complejo cuando se toman la facultad de Filosofía y Educación. Me parece que permaneció 5 meses en paro, de los cuales 2 estuvo en toma con trabajos a la comunidad. Los profesores se ausentaron, no había muchos profesores y una de las cosas que conversábamos, justamente, fue que era fundamental la presencia nuestra allí, para seguir con el diálogo.

Siento que, muchas veces, no fui muy comprendida. No es que estuviera aprobando hechos de violencia, me parecía que el camino era el diálogo, y en eso fui súper transparente.

**EQUIPO:** *¿De parte de sus colegas?*

Sí, por muchas personas. La verdad es que Claudio Elórtégui todo el tiempo me apoyó, porque él conoce como soy, no ando con dobleces. Bueno, menos mal que entregaron. Pudo haber durado mucho más eso. Fue complejo.

A mí me parece que el diálogo es en la sala, en el patio, en el café, en todos lados. Esta cercanía, este diálogo, no se trata de convencer al otro, sino de intercambiar distintos puntos de vista, y yo creo que ahí hay todo un trabajo formativo para los jóvenes y, también, para nosotros los adultos.

**EQUIPO:** *Profesora, ¿por qué se llega a ciertos extremos de violencia o de agresividad, como ataques personales y ese tipo de cosas, que son totalmente injustificables cuando todos estamos de acuerdo en que el diálogo es lo que debiera prevalecer?*



Yo me he hecho la misma pregunta. Qué hemos dejado de hacer los profesores y, también, me hago una autocrítica. Diría que se llega a esos extremos, que los jóvenes tienen esos niveles de violencia que, incluso, no les importa nada y arremeten contra las personas. Creo que no es solamente lo que podríamos estar omitiendo nosotros, sino es también el ambiente, el entorno, el tema familiar, el tema contextual de nuestro país. Quizás, la falta de tolerancia que hay muchas veces y diría que, también, el nivel de educación.

Tampoco hay información ciudadana. Se ha perdido esto de los deberes y los derechos. Entonces, los jóvenes están muy centrados en los derechos, y los deberes los sienten como amenaza.

¿Cómo equilibrar ambas cosas? Si uno hace a una persona sujeto de derecho es porque hay deberes también, y en ese sentido, las variables son muchísimas. Uno dice: “Pero es que no son todos”. Son ideologías que adquieren desde muy pequeños, en su hogar, porque escuchan a sus padres, en el colegio, porque no les enseñan que hay derechos y deberes. Se van conformando una realidad, una convicción, una ideología que al final lo justifica todo. Yo siento que el mundo está como convulsionado respecto a este tema.

Esa violencia también existe de parte de los adultos. Por ejemplo, en la sala de clases todavía uno observa a profesores que son violentos verbalmente. En mi época, a nosotros un profesor nos gritaba de un lado para otro. Esos son actos de violencia que uno tiene que tratarlos mucho.

Estoy convencida de que si pudiéramos cambiar los climas del aula, de la clase, con una relación más horizontal, más pro-social, siempre teniendo en cuenta que el rostro del otro interpela y que, por lo tanto, sea alumno, administrativo, auxiliar, autoridad, somos todos iguales en dignidad, yo creo que las cosas podrían ser diferentes.

Estamos viviendo siempre en tensión y eso ineludiblemente afecta en el comportamiento.

Un ejemplo, en mis tiempos, en el colegio, era típico que se decía que “con sangre la letra entra”. Entonces, venían los “coscachos, los pellizcones”... Yo estudié en un colegio de monjas, el “pellizcón” de la monja cuando me equivocaba al leer. No me acuerdo que leía el Evangelio, yo

me acuerdo del pellizcón de la monja. Te va creando cierta resistencia, cierto comportamiento, que uno dice: “Bah, me estoy comportando exactamente igual”.

Yo tuve experiencias tremendas cuando fui Directora General Estudiantil. Llamábamos a los padres para informar de la situación de sus hijos y ellos nos decían: “Mire, sabe, no me moleste de nuevo, yo no tengo nada que ver con este cabro, él es el que decidió estudiar, yo no tengo de dónde sacar...”. Respuestas muy duras, muy violentas y eso nos lo decían esos papás, ¿qué decía el hijo?

Vivimos como un círculo vicioso y creo que se puede transformar en un círculo virtuoso, en la medida en que uno, primero, desarrolla un trabajo intrapersonal muy fuerte, siempre tratando de ir asumiendo de distintas formas las cosas, siendo muy crítica incluso con uno misma, pero también trabajando en el desarrollo de las relaciones interpersonales. Creo que no es fácil, es de toda la vida.

**EQUIPO:** *¿Cómo es que, el 2011, estando la universidad en paro durante 6 meses, la escuela de Ingeniería Mecánica estuvo sólo 1 día en paro?*

Son señales: el que los profesores estén todo el día en la universidad y tengan las oficinas abiertas, disponibles para conversar no sólo de temas académicos.

Tienen dudas existenciales, necesitan conversar. No tienen con quién hacerlo. Cuando se tomaron la facultad de Filosofía y Educación en 2011, creo que en algo incidió el que hubiera ausencia de profesores. Ahora, uno puede justificar a los profesores. Mi tarea era estar todo el día en la universidad, porque yo era la Decana. Hay muchas demandas para los profesores y creo que eso hay que asumirlo como una opción. Uno decidió estar en la universidad y tiene que “cargar con la mochila”.

Querámoslo o no hay una relación muy estrecha entre tu vida personal y tu vida profesional, tú no las puedes separar, sobre todo en el tema de la docencia. La docencia no termina en el aula. Creo que el énfasis en lo formativo en la universidad no lo puede perder y esta universidad se caracteriza por eso.

**EQUIPO:** *¿Considera que hay una identidad del alumno PUCV, incluso de los académicos, algo que nos identifique?*

Siempre he sostenido esta capacidad de proximidad, de humanidad que hay en cada uno de quienes habitan en la universidad. Y cuando digo de humanidad me refiero a que el ser humano tiene fortalezas y aspectos por mejorar. Creo que eso es muy propio de esta universidad católica. Ahora, en los momentos más complejos siempre tienes a alguien, eso es lo otro. Siempre hay alguien que tú sabes con el que puedes contar y eso también es una enseñanza existencial.

Creo que hay un sello humanista tremendamente impregnado en cada uno de nosotros, aunque los estudiantes muchas veces no lo reconocen. Yo me recuerdo de reuniones en la Dirección de Desarrollo Curricular sobre el tema de la elaboración docente o el tema de los Centros de Alumnos desde la Dirección General Estudiantil. A veces les decía: “Tanto que criticas a la universidad, no te gusta, pero ¿por qué estás acá?, ¿por qué no te vas a estudiar a la universidad que tú dices que es mejor?” Los alumnos se quedaban callados.

**EQUIPO:** *¿Cómo usted sueña esta universidad para el 2018 cuando cumpla 90 años?*

Qué difícil. La verdad es que, más que soñarla, me gustaría vivirla, desde el lugar donde estoy no más, incluso desde afuera, no viniendo a Casa Central. Digo la Casa Central porque aquí, en este momento, tengo el espacio. Siempre he soñado, para cuando la universidad cumpla los 100 años, poder entrar por la puerta principal, como cuando las abrieron al cumplir los 75 años, me encantaría.

Me gustaría que fuera una universidad más unida, respecto de lo que buscamos en la universidad, no tanta tensión entre un paradigma que es académico y uno que es formativo. Creo que es posible integrarlo, porque los alumnos deben tener formación académica. El profesor debe desarrollarse académicamente, pero a su vez debe reconocer que los tiempos son distintos, que los jóvenes necesitan ser formados. La universidad es un espacio formativo por excelencia, la formación no termina. Por lo tanto, me gustaría que se pudieran integrar estos modelos.

**EQUIPO:** *¿Eso tiene que ver con cambios en las mallas curriculares?*

Es que los cambios en las mallas pueden ser “de cosmética”, porque el medio te lo exige. Alguna vez se pensó que el docente universitario no puede

hacer de todo. Podría haber más reconocimiento a aquellos profesores que les gusta más la docencia de aquellos profesores que les gusta más la investigación. Ahí se produce la tensión en el profesor que no investiga, entonces, ¿cómo va retroalimentando y desarrollando su docencia?

**EQUIPO:** *Para el 2011, usted era Decana y fue una de las pocas personas que estuvo en contra de muchas cosas de la universidad y a favor de los alumnos...*

Bueno, fue muy duro el 2011 para mí. Siempre les he dicho a los estudiantes, y sobre todo a los pedagogos, que uno tiene que mantener sus convicciones pero no dejar de dialogar, porque uno aprende también del otro.

Hubo situaciones que fueron muy duras, no conflictivas diría yo, no sé cómo decirlo, pero fuertes, que me llegaron. Por ejemplo, la declaración del Consejo Superior respecto a un alumno que estaba en huelga de hambre. Me fui con la idea de que la declaración iba a hablar sobre el principio de la vida. Si era así, yo la firmaba. Cuando la leo, sentí que no era así, que hablaba del principio de la vida, pero además hablaba de lo que estaba pasando, se reiteraban cosas que ya se habían dicho. Entonces, no me pareció. Fue durísimo tomar esa decisión, no dormí esa noche.

Al otro día, creo que como a las seis o siete de la mañana, le digo a mi marido: “¿Sabes? tengo un problema, no estoy de acuerdo, no puedo firmar esta cosa porque es algo que atenta contra mi conciencia, contra mis convicciones, contra mis valores. Yo no puedo firmarlo. Y no lo firmé”.

Después de eso, me encontré con gente muy generosa, muy llana, muy abierta, nunca lo voy a olvidar y nunca le voy a dejar de agradecer a Gonzalo Bravo, quien me escribió y me dijo: “Señora Gladys, viva la diversidad. La entiendo, quédese tranquila”. Y con la palabra de Gonzalo me quedé tranquila.

También, hubo quienes me preguntaron “¿Por qué no vas a firmar la declaración del Consejo Superior?” Sí, quizás lo no valiente que fui para el Golpe de 1973, me llenó de energía para decirme: “De aquí en adelante yo no omito, voy a decir lo que pienso. Y cuando no esté de acuerdo voy a decirlo, que no estoy de acuerdo y punto”.

Creo que eso es muy sano para todos, para la comunidad. El 2011 fue un duro momento.

Otro duro momento fue que participé de una marcha, porque quería estar allí como ciudadana pero, además, quería saber qué pasaba con los estudiantes. Bueno, llegué a las dos de la tarde y de regreso en la universidad ya se sabía que yo había estado en la marcha.

¿Saben lo que me dolió? Que no me lo dijeran, algunos decían cómo es posible que una Decana de la facultad de Filosofía y Educación estuviera en la marcha. Esa es la cultura que ojalá se cambiara, no sólo en la universidad, también en Chile, porque las universidades son reflejo de la sociedad. Esta cultura de descalificar al otro, sin que el otro sepa, estar en la boca de todos y yo me pregunto por qué no me lo dijeron. Me enteré por casualidad después. De hecho, en un Consejo Superior lo expliqué y ahí Claudio me dijo: “Quédate tranquila, Gladys, te conozco”.

Y, por otro lado, los estudiantes: “Ya po’ profé ¿Cuándo va a ir?”

– “No, no voy a ir, cuando deje de ser Decana, ahí sí iré...” Pero es comprensible, omití ir a las marchas.





*La Universidad sirve para que se encuentren consigo mismos, para que se salgan del colegio y se den cuenta quiénes son y cuál va a ser o quieren ellos que sea su destino.*

## ENTREVISTA

# Miguel Eyquem Astorga

13 DE DICIEMBRE  
DEL 2013

*EQUIPO: Hoy día vamos a hablar con el profesor Miguel Eyquem Astorga. Miguel Eyquem es arquitecto de la Pontificia universidad Católica de Chile, es miembro fundador de la escuela de Arquitectura de la universidad Católica de Valparaíso junto a Alberto Cruz, Godofredo Iommi, Francisco Méndez, Fabio Cruz, José Vial y Arturo Baeza. Es profesor titular de la Pontificia universidad Católica de Valparaíso. En 1971 recibió el Premio Nacional de Urbanismo. El año 2009 es nombrado Doctor Honoris Causa de la Pontificia universidad Católica de Valparaíso.*

*Tiene un record de haber asumido muchas funciones en la escuela de Arquitectura, pero nunca tuvo cargo alguno. No ha sido jefe de docencia, no ha sido secretario académico, no ha sido director de la escuela. Llegó a la escuela el año 1952.*

*Cuéntenos profesor, ¿cómo fue esa llegada?*

Bueno, entiendo que en verdad aquí no se trata de hablar de mí, sino de la escuela de Arquitectura. En una universidad Católica de Valparaíso, el nombre Valparaíso viviendo el tiempo que nos ha tocado, nos hemos dado cuenta la dimensión que tiene ese nombre “Valparaíso” en el mundo.

Es mucho más importante que Santiago o cualquier otra capital más sonora, porque Valparaíso tiene una estatura histórica muy antigua.

Lo que hay que cuidar cuando hablamos de una fundación es que aquí existía una escuela de Arquitectura muy antigua, con grandes personajes y muy curiosos. Les estoy contando en realidad las circunstancias de la llegada, con grandes personas. En verdad no los conocí, les voy a contar después por qué.

Por ejemplo, me acuerdo de Pablo Mondragón, por lo sonoro del nombre, que posteriormente fue profesor en la universidad de Chile, sede Valparaíso. Un gran tipo, gran arquitecto. Otro arquitecto, que tenía nombre extranjero, no sé si gringo o alemán, que tiene casas, arquitecturas modernas aquí en la zona, muy buenas. Ellos eran profesores cuando nosotros llegamos.

**EQUIPO:** *¿Cuándo habría sido fundada la escuela de Arquitectura?*

400

Mucho tiempo antes. Lo que sucedió, ustedes saben, era una universidad muy chica ésta, como un colegio mayor y el Obispado de esa época quiso que tomara una estatura que se enfrentara con la Católica de Santiago. Era como un estar “mano a mano”, frente a frente, entre las dos “Católicas”.

Nombraron entonces como rector al padre Jorge González Förster, jesuita, un hombre que —supongo— todos le han hablado de él, realmente extraordinario. Él quiso reforzar las escuelas. En la escuela de Arquitectura no quería tocar a los profesores que había, pues los apreciaba mucho. Lo que él quería era reforzar la escuela.

Ahí viene una cuestión de destino de la historia, todas coincidencias... es como estar en juego de ajedrez, cuando todas las piezas coinciden en una cierta posición que permite llevar el juego a un jaque mate.

El que estuviera aquí el padre González coincidió con que nosotros estuviéramos en una situación especial en Santiago. El padre supo que estábamos iniciando un “movimiento interno”. Alberto, Jaime Bellalta, Pablo Burchard y yo estábamos haciendo un estudio interno en la disciplina. De alguna manera, supo esto y nos mandó a llamar. Quería decirnos lo que necesitaba: un profesor con un ayudante.

Aquí vienen todas esas circunstancias muy extrañas. Por ejemplo, si en ese momento no hubiese llegado recién a Chile Godo —Godofredo Iommi— un argentino desconocido para nosotros. ¿Por qué vino?



Estoy nombrando las circunstancias para que se entienda esto que llamo destino. Godo había venido antes a Chile, pero el año '48 asiste al funeral de Vicente Huidobro. Y nosotros, justamente, estuvimos a cargo de recibirlo, también un azar, accidental absoluto. Para cualquier persona ajena a lo que estábamos viviendo esto era un "cacho". ¿Qué vamos a hacer con éste?, nos preguntábamos.

El hecho es que llega Godo y las circunstancias hicieron que "quedáramos caminando juntos". Cuatro años después, nos llama el padre González para contratar a uno de nosotros. A escala chilena —les cuento lo de Godo por esto— habría venido sólo Alberto con uno de nosotros como ayudante, que se hubiera sorteado, y se habría quedado como un profesor solo con un ayudante, solo en este camino que estábamos realizando, lo cual no habría conducido jamás a la escuela que tenemos hoy, se habría transformado en otra cosa, no lo sabemos.

Lo que sucedió de allí para adelante no habría sucedido. Los arquitectos llamarían a esto "fuerza dirigida". ¿Cómo se llama en Matemáticas? Una flecha, un vector, adquirimos un vector que nos diversificaba, que nos cambió la estatura. La estatura de los chilenos debería haber sido como lo que quería el Padre, que vinieran dos. En ese momento, como si se le hubiera iluminado algo, Godo dijo: "Mira, esto no pasa todos los días, esta es la ocasión. O siete o nada".

En ese momento, se había formado un grupo de siete. Estábamos estudiando una nueva forma de aproximación a la arquitectura. Por qué se dio eso, es una historia larga, no quiero que se nos desvíe porque es muy largo hablar de eso, porque es hablar de la situación de Chile en ese momento. Chile es una isla extraña, una isla inmensa, pero una isla, y creo que sigue siendo igual. Seguimos siendo una isla, que explica muchas cosas raras que pasan. ¿No es cierto? Entonces. ¿Por qué resultó esto? Godo dice: "Sí, yo voy contigo Alberto, quiero ser testigo de que te atrevas a proponer que somos siete". ¿Cómo el Padre González toleró a este argentino con un acento porteño? Un acento de porteño terrible para un chileno. ¿Cómo se dio esta situación? Otro misterio.

**EQUIPO:** *Y sobre todo que Godo no era arquitecto.*

Claro, absolutamente. Si ustedes me preguntan qué tiene que hacer la poesía con la arquitectura, no me pregunten a mí, yo no la puedo pensar,

nunca la pensé... y ¿por qué está aquí? El destino. Si me preguntan por qué está la poesía, fue el destino. El destino. ¿Lo puedo explicar? No, es un misterio.

Bueno, el hecho extraordinario es esto. Por eso digo una extraña coincidencia que permite hablar que hay un destino aquí mayor que nosotros. Resulta que el padre González venía de ser Rector del Seminario San Miguel en Buenos Aires. ¿Ustedes han oído hablar del Seminario San Miguel? Es un seminario jesuita, es tan poderoso, como toda Argentina, tiene otra escala. En los suburbios de Buenos Aires, hacia el lado de Chile, hay un edificio de cinco pisos de altura, una manzana en el barrio de San Miguel, un block enorme, con un observatorio astronómico en la parte superior.

Hay ahí unos jesuitas astrónomos que han hecho descubrimientos desde el hemisferio sur, que son reconocidos. Y el Padre González, que ha pasado algunos años conviviendo con el acento porteño, estaba recién llegado a Chile, se encuentra con Godo. ¡Qué extraña coincidencia!

402

Entonces, cuando llegamos aquí en grupo, nos invitó el padre, en grupo, en un auto de un joven de Santiago que nos traía. Pablo Sotomayor, quizás lo han oído hablar.

Nos quedamos ahí, en la Av. Brasil, abajo, debajo de las palmeras, mirando la ventana del Rector. Yo, muerto de susto, mirando los vidrios, esperando el momento en que saldría Godo defenestrado. Esto que estoy contando lo supe después, no en ese momento —de dónde venía el Padre y todo eso— pues era un desconocido para nosotros. ¡¿En qué momento saldría este Godo volando para afuera?!

Esto no puede ser y demoró más de una hora esta conferencia. Finalmente, Alberto y Godo bajaron felices, radiantes: “¡Nos fue bien, estamos en conversaciones, hay problemas!” y ahí nos fueron contando la cosa.

El primer problema que encontraba el Padre González era su Director de Finanzas. ¿Cómo se llamaba...? el padre Raúl... un jesuita que era un “mano de guagua” terrible, que decía: “No, no, para esta escuela tienes tanta plata y no aflojaba”.

¿Cómo la cosa se pudo arreglar? Seguramente la imaginación de Godo habrá ayudado al asunto, pero ese era el problema, que el Padre no tenía presupuesto, siempre fue pobre. La universidad Católica era pobrísima y sigue siéndolo, no ha cambiado mucho.

Ese fue el inicio. Un encuentro de lo más extraño que puede existir. Todavía no hay ningún historiador que se haya podido meter en esto y, seguramente, yo no lo voy a conocer a ese historiador, pero va a tener problemas para interpretar esta situación, porque no puede aparecer la palabra “milagro”. Hoy día no tiene sentido eso, nadie entendería qué quiere decir, pero todas estas extrañas coincidencias, tan extrañas todas como que, aquellos que nos encontramos con Alberto el año ‘46 en la universidad Católica, éramos tres, mayores que el resto del curso en el que estábamos, porque veníamos de Ingeniería. Éramos Bellalta, Burchard – hijo del pintor Pablo Burchard– y yo.

Ellos dos eran de la Católica y yo venía de la universidad de Chile, una escuela gigantesca. Pues nos encontramos con Alberto ahí, casualmente, y descubrimos que tanto él como nosotros estábamos exactamente en la misma situación: en el desconcierto de estar en un desierto. Estábamos en un desierto.

Era una escuela más pobre que ésta de Valparaíso. No tenía edificio, estábamos ahí en la Alameda, debajo del techo. No en una mansarda (buhardilla), esa es una forma elegante que viene del arquitecto “Mansart”, francés de la época de Luis XIV, de Versalles. Esto era un entretecho con “palos hechos a suela”, no “palos de barraca”, se veía el trabajo de corte de los árboles, con unos mesones como esos de tabla que usan los empapeladores de muro, iguales. Esa era la escuela.

No había biblioteca. ¿Conocen ustedes una escuela –cualquiera– que no tenga biblioteca? No sé cómo hacían las revistas. Cuando digo isla, ahí estaba la isla, era un lugar aislado del mundo, completamente. Por eso digo que nos encontramos con un desierto.

¿Quiénes eran profesores? Eran los profesionales salidos de ahí mismo o venidos de cualquier parte. Muchos, con “estar” en Europa, porque esa era la forma de escaparse en un momento dado de la isla y conocer el mundo, pero habiendo encontrado en Europa a los más grandes arquitectos del momento como Walter Gropius, en Alemania, o Le Corbusier en Francia.

Llegaban acá y se “enlizaban”. Estoy traduciendo del francés esto, como cuando un auto se sale del pavimento a cualquier velocidad y se entierra en la arena de una playa. Las ruedas del vehículo se frenan hasta que se hunden. A ellos les pasaba lo mismo.

Otro caso, fue el de Sergio Larraín. Gran profesor en Europa. Él nos nombró en un curso oficial de la nueva escuela que nacía en Santiago. Él llega de Europa, estuvo en Alemania e hizo el primer edificio realmente moderno que hay en el centro de Santiago. Se llamaba “Oberpaur”. ¿Se acuerdan ustedes del edificio? En la esquina de calle Huérfanos con Estado. Un edificio redondo de ventanas horizontales, sigue allí y se sigue viendo muy moderno. Con una entrada justo en la esquina, en diagonal, con una escala mecánica –la primera escala mecánica que hubo en Chile estuvo ahí– era EL edificio moderno. Y después de eso, no hubo más.

En ese momento en que nos conocimos en la universidad pasaba eso. Johnson, otro gran hombre de la arquitectura de Santiago, de la misma escuela de la UC. Llega y hace una casa entre medianeras, esas casas de fachadas corridas en la calle Amunátegui. Después de eso, diseñó el Edificio de la Embajada de Argentina en Chile, una arquitectura neoclásica, afrancesada.

404

Ese era el desierto en donde nosotros nos encontrábamos y nos preguntábamos cómo podemos encontrar dónde está la arquitectura, la arquitectura moderna, dónde nace, qué es, cómo saber... no podíamos saber.

Alberto Cruz igual. Nos hacía un curso que se llamaba “Plástica”, que para todos era una diversión. Eran unas hojitas de papel donde hacíamos unas rayas abstractas. Llega un día, por ejemplo, con una hoja arrancada de la revista “Eva” –de una de sus hermanas– que contenía un recuadro así, de una cosa lo más loca que podía haber. Alberto dijo: “No, si esta es reproducción, se llama reproducción esta cosa. Es un cuadro de Kandinsky, un pintor moderno”. Yo le decía: ¿Pero cómo Alberto? ¿Y existe esto?! Sí, existe –me dijo–.

Entonces, nos juntamos los más viejos –que éramos más críticos– fuimos a hablar con él y le dijimos: “Mira Alberto, sabes, te ayudamos, estudiemos juntos, estamos en la misma, estamos en el mismo desierto, pero juntos”. Ya a los profesores de taller –por mi parte– los había descalificado desde el primer momento. Y hay gente que venía desde la oficina, con los proyectos de casas que hacían, banalizados por la vida de todos los días y que traían esa experiencia para corregir las cosas que nos encargaban, los dibujos.

No tenía nada que decir, de modo que... no tengo escuela. Lo único que yo deseaba en ese momento era irme a Francia, porque soy francés, de

origen. Y si llegaba allá, tenía carta para trabajar con estos hombres y así aprender. Para mí, se moría la universidad con esta experiencia primera. De modo que esta fue –les cuento– la preparación para llegar acá, a esta escuela de Arquitectura. Ahora, por supuesto, este grupo que trabajaba en privado, en secreto entre nosotros, tenía consecuencias de todas maneras en la gente más joven. Por ejemplo, en Arturo Baeza, José Vial y Fabio Cruz, quienes venían en otro curso bastante más atrás que nosotros y que sabían la historia.

Ellos iniciaron una revolución en Santiago. ¿Quién fue el “personaje gris” que los iluminó para hacer esta revolución, pues eran novatos en todas estas cosas? El argentino, el poeta argentino (Godofredo Iommi). Se los presentamos nosotros y él les dijo: “tienen que desfilar, tienen que hacer pancartas o letreros”, igual que “Los pingüinos” de ahora, muchos años después.

Ellos hicieron caer al decano de esa época, que era una grandísima persona, un tipo encantador, don Alberto Risopatrón. Su hijo era compañero nuestro. Todos ellos muy buena gente. Ni sombra de alguna pillería política, algún tipo de maldad posible de imaginar. Era –lo que llamo– la situación de “isla” en que vivíamos.

**EQUIPO:** *Profesor, ¿había mujeres en la escuela?*

¿En la escuela? En ese momento no había escuela. Había sólo tres casados: Godo, que por estar casado con una chilena, tuvo que venirse; Baeza y Fabio. ¿Profesoras? No existían, no existían mujeres. Estas tres jóvenes estaban preocupadas de formar la familia. En ese tiempo había menos mujeres profesionales que ahora, ninguna de ellas lo era, desde luego.

**EQUIPO:** *Profesor, cuando llegan los siete profesores a Valparaíso, ¿se encuentran con una escuela que está funcionando?*

Por supuesto. Acá en Casa Central, para el lado de la Av. Argentina, algunas salas ahí. Yo prácticamente no fui a esa escuela. Esa es una cosa personal que tengo que decirles también, que fue más violento para mí lo sucedido. En rigor, el que estaba contratado como profesor era Alberto con un ayudante. ¿Cómo se resolvió el asunto? No sé. El Padre González podía contratar, no podía inventar profesores.

Pancho Méndez se propuso hacer un curso de Urbanismo. Él es un tipo

culto, podía improvisar, sin ningún problema, estaba en la ley. Pero ahí está el genio de Godo. Él es un tipo creativo, como no conocí jamás a un chileno así. Ustedes lo conocen, no tengo para qué explicárselo. Él dijo que en las conversaciones con el padre había saltado la chispa: “Hay que hacer el Instituto de Arquitectura”.

Claro, por el hecho de ser argentino sabía del Instituto de Arquitectura que se había hecho en Tucumán, donde había participado un chileno que se llama Juan Borchers. Este hombre de Punta Arenas participó en esto, era un intelectual de la arquitectura que estaba en problemas parecidos a los nuestros, pero en la universidad de Chile. Era mayor.

Pero ese Instituto de Tucumán había dejado de existir, como todos los movimientos artístico-intelectuales son como los relámpagos. En Europa no duraban nada y terminaban –a veces– a balazos y en escándalo. Éste, no sé cómo terminó, pero conocimos después nosotros a los grandes arquitectos argentinos que participaron en él.

Entonces, a Godo se le ocurre proponer el segundo Instituto de Arquitectura en América. Y el padre González, que tenía sus dimensiones dijo: “Claro, este es un asunto que le hace falta a esta universidad, está en su camino el asunto”.

Ahí está la genialidad, esa visión del poeta que –sin ser profeta– ve para adelante, vio una cosa. ¿Qué pasaba? Todos los demás estábamos en el Instituto y ahí, el Padre González, tuvo herramientas para conversar con el Padre Raúl (encargado de Finanzas de la universidad) de qué se trataba de formar un Instituto de Arquitectura.

Entonces, había materia para conversar. Todos los demás trabajamos en el instituto para investigar. ¿Cuáles fueron nuestras primeras investigaciones? Estudiar Valparaíso. Estudiar eso que estudiarían los sociólogos, los ingenieros, los problemas duros de la ciudad. Comenzamos a conocer Valparaíso en los números, en las cantidades, lo que era, por ese camino.

Esto comenzó en marzo del ‘52. A fines de año me sucedió una cosa. Yo estaba trabajando con arquitectos y tuve mucha suerte en eso, eso era mi verdadera universidad. Terminé siendo socio con Jorge Elton, que tenía un edificio, una oficina profesional, del cual Alberto había sido primero su socio.

Alberto se había retirado de socio para dedicarse más a la universidad y yo ocupé el lugar de Alberto. Comencé a trabajar con él. A fin de año, me llegaron unos honorarios que me daba Elton, de un último trabajo que habíamos hecho en La Serena. Le digo a Alberto: “Mira. ¿Qué podríamos hacer con estos honorarios? Algo interesante para nosotros. Por ejemplo, podríamos ir en un viaje en grupo a Argentina, un viaje corto”.

“No —me dijo Alberto— no seas tonto, lo que tú tienes que hacer es irte a Europa por un año y nosotros te mandamos el sueldo, la limosna que recibimos aquí, te lo mandamos mes a mes”. De modo que, el año ‘53, yo no estuve aquí, andaba en Europa, andaba estudiando en el libro abierto que aquí no teníamos. La biblioteca que no teníamos, la tuve allá. Esa era la idea.

El año ‘53 se produjo toda una situación, una serie de hechos insólitos, no deseados ni esperados, de los cuales yo no participé. Lo supe cuando volví.

Se había adquirido la casa para la escuela de Arquitectura. Fue tan violenta toda la cosa que requirió que existiera esta casa. Y luego, me dicen: “La mejor sala que hay en el segundo piso, ese será tu taller”.

Ese fue un hachazo encima de la cabeza. Lo último que yo hubiera deseado en la vida de vuelta de ese viaje era hacerme cargo de un taller, un taller que estaba lleno de gente antigua. Yo los miraba y los encontraba más viejos que yo. Seguramente, si nos tomaran una foto se vería así, se verían más viejos. No sé por qué, pero era así la cosa.

Todo esto, los años ‘50, fueron precipitados, fueron mucho más rápidos de lo que deseábamos. Todo lo que aquí sucedió era lo último que yo hubiera deseado, jamás he querido ser profesor, creo que nunca he sido profesor. Yo me pregunto ¿Qué hago aquí? ¿Por qué? Porque de esta manera estamos descubriendo y haciendo la arquitectura.

Para corroborar que lo que estoy diciendo no es una mera metáfora, el año ‘48, justamente el año que recibíamos a Godo, yo estaba construyendo con Elton en Pucón, el Hotel Antumalal, Lago Villarrica. ¿Ustedes lo han oído nombrar? Tuve la suerte, no voy a contar las circunstancias porque es más largo, que quedé a cargo de desarrollar el proyecto y desarrollar la construcción con un maravilloso tipo que era el propietario y, al mismo tiempo, el constructor. Era un extranjero, Willy Pollack, que era un chico, un tipo de las cosas más extraordinarias que pueden pasarle a este país, tener tipos como ese, un gran artista.

Que coincidan todas esas cosas... Con el tiempo, me he dado cuenta lo difícil que es hacer una obra... el destino, no hay otra explicación, el destino. Total que fui autor, en ese momento, sin tener conciencia de que era así, para mí era una cosa completamente natural.

Yo estaba haciendo una arquitectura que era resultado de la arquitectura moderna en el mundo, lo que se podía ver en una revista o en libros editados. Se podía ver –si se puede llamar estilo– un estilo de ese orden. Para mí era una arquitectura moderna, natural, adaptada a ese lugar de la naturaleza donde estaba, que era muy fuerte. Su mérito era ese.

Cada hecho un asunto muy sencillo en un lugar muy potente, como ese lugar. Con el tiempo me he dado cuenta que ese edificio –dentro de este país– está en una vanguardia que la conserva hasta hoy en día. En ese edificio, hay logros que para mí eran absolutamente naturales, que siguen siendo no naturales para la arquitectura chilena, una cosa extraordinaria que no se hace habitualmente. Curioso ¿No? Pero así fue. Parte de nuestra historia es así.

De modo que cuando llegué aquí –Valparaíso– era un arquitecto profesional con obras importantes, no un profesor, no era eso. Ahora, la experiencia adquirida en viajes y aquí con las obras debía traspasarla o tenía una obligación moral de colaborar con otros para que también las encontraran. Eso respondería entonces al por qué estoy aquí. Y porque aquí, como lo estamos proponiendo, se estaban dando este tipo de visiones que –día a día– yo había comprobado. Pensábamos que la arquitectura debía nacer de este tipo de experiencias, que es lo que ésta escuela hace hasta hoy día.

**EQUIPO: *¿Cómo percibe la relación con el resto de la universidad?***

Lo que esta escuela piensa es lo siguiente. Una frase nuestra: “La arquitectura da hogar al resto de la humanidad”. Por alguna razón, nosotros no tenemos nada que ver con el resto de los animales, aunque tengamos muchos órganos parecidos. No tenemos piel para andar sin traje, nuestra piel no resiste la intemperie, tenemos que inventar un traje que no nos fue dado. En seguida, no podemos vivir a la intemperie, los primeros hombres se guardaron en guaridas, en grutas naturales. Hay que protegerse. Se necesita lo que hemos llamado una casa, se necesita una casa. La arquitectura le da casa al resto, a todos los oficios.



¿Qué significa dar casa a todos los oficios? Que tiene que conocer de alguna manera todos los oficios, pero esa es una enciclopedia imposible de alcanzar. Por supuesto, imposible de alcanzar. ¿Cómo lo vamos a conseguir? Ahí hay una invención nuestra: ¿Cómo vamos a percibir algo de los oficios que nos quedan tan lejos, por ejemplo, el oficio de un científico investigador? No tenemos ni para comenzar matemáticas, aunque nos pusieron un curso especial de matemáticas. No tenemos ninguna herramienta para acercarnos a ellos. ¿Cómo?

Se propuso la observación. Y eso es propio de esta escuela: la observación. Y ¿Cómo se hace, también un psicólogo, un médico, un pintor? Observan igual. Nosotros vamos a observar con una herramienta: la pluma. Todo el mundo de tres dimensiones lo vamos a reducir a dos dimensiones. Vamos a reducir imágenes –por ejemplo– a símbolos, si es necesario, para que contenga esa realidad que vemos. Vamos a observarlos a todos, a todos los oficios.

Entonces, dentro de la universidad, nuestro deseo sería tener relación con todos. Directamente, tenemos con Ingeniería, porque recurrimos a ellos; con los matemáticos, desde el primer día. El Poeta propuso –como los griegos, nuestro origen de occidente– “Tenemos que tener las matemáticas adentro –como Pitágoras– nuestras matemáticas”. Eso, desde el primer día.

Por el poeta nos llegaba la literatura, enseguida la filosofía. ¿Qué tiene que hacer la filosofía? Después de la poesía lo más próximo que tenemos es la filosofía. ¿Por qué? ¿Qué tiene que hacer con la arquitectura? Eso, para la arquitectura es un oficio, que hay que conocer, pero ¿Qué tiene que hacer adentro la filosofía?

Yo diría: “Mira, después de tantos años, si me preguntaran realmente qué es lo que hacemos en nuestra escuela, yo diría filosofía. ¿Pero usted no enseña arquitectura? Sí, creo que la arquitectura que hay que enseñar se llama filosofía”.

¿Cómo nos encontramos? Igual que con El Poeta. El primer año estábamos aquí, una tarde estábamos con Godo, debe haber sido al principio, por el mes de abril –por ahí– Godo me dice: “Mira, sé de una conferencia que hay esta tarde, que da Ernesto Grassi, que es un profesor de Múnich, que está contratado para hacer un seminario en Santiago por Juan Gómez

Millas, el más grande Rector que ha habido en la universidad de Chile. Este hombre viene esta tarde aquí a hablar de Leonardo da Vinci, porque se celebra el cuarto centenario de Leonardo. Vamos a oírlo”.

Vamos –le dije– si se trata de Leonardo... Y nos gustó tanto la forma de este Grassi, filósofo alemán pero italiano de origen. Tanto nos gustó cómo colocó a Leonardo como un gran artista. Al final, es nuestro ejemplo. ¿Cómo conocemos a Leonardo? Por sus cuadernos, por sus dibujos. Nosotros somos los sucesores de ellos.

Fuimos a hablar con él después y Godo, que es un loco sin medida, lo convidó al día siguiente a nuestra casa en Cerro Castillo... ¡Qué locura! Lo único que había para mostrarle eran los dibujos del curso de Alberto, de primer año de arquitectura, hechos por “niños de colegio” que no habían dibujado jamás. Unos dibujos horribles, espantosos de malos, que no significan nada para nosotros. ¡Qué locura!

410

Armamos una exposición para Grassi. Entonces, delante de cada uno de estos dibujos que “retorcían la guata”, Alberto comenzó a explicarle lo que este niño, sin percibirlo por sí mismo, había descubierto. Evidentemente, lo que estaba contando Alberto era netamente el ojo de él, pero no podía ser una mera invención. ¡Este loco va a inventarlo todo! –pensaba yo– no podía ser una mera invención, porque Alberto sabía quién era Grassi, era un europeo, nacido en Italia, que debe haber conocido el cuaderno de Leonardo desde chico, podía inmediatamente darse cuenta que no correspondía a nada con lo dibujado, de lo que estaba hablando.

No, no fue así, en realidad el ojo de Alberto desentrañaba todo. Y al final, Grassi –yo lo observaba– estaba mudo, no levantó un dedo, no hizo una pregunta, estaba fascinado.

Termina, llama a Alberto y le dijo: “Lo que ustedes han estado haciendo aquí es método socrático, le han estado sacando con un tirabuzón a estos niños lo que tienen escondido adentro de ellos. Este es el retrato del ser humano”.

¿Qué pasó? De ahí para adelante –para Grassi– venir acá era un punto de llegada, que éramos nosotros. Entonces, el Instituto de Filosofía de la universidad lo contrató para hacer un seminario, durante cinco años, sobre los “Diálogos de Platón”. Nosotros, religiosamente, todas las semanas asistimos a ese seminario.

Por ahí llegó la filosofía a la escuela de Arquitectura y descubrimos —en los Diálogos de Platón— el método socrático. Era, en realidad, la espina dorsal de nuestra enseñanza. Lo que nosotros queríamos descubrir dibujando, estaba ahí. Entonces, la filosofía llega por accidente, también la poesía. Eso es esta escuela.

**EQUIPO:** *¿Y la historia también?*

Ah, ¡Por supuesto! El más grande historiador del momento —conocido por mí— fue Mario Góngora, muy amigo nuestro, porque descubrió esta forma de hacer historia que nos aproximó inmediatamente a él. Estamos ligados con todo eso. Fíjense una cosa, a poco andar, no recuerdo exactamente qué año, pero tuvimos la suerte que apareciera el *Padre Nemiselli*. ¿Cómo se llamaba este jesuita? Era un matemático, que venía de la línea del movimiento austriaco, del Círculo de Viena.

Había estudiado con uno de los discípulos de este círculo. Por ejemplo, nos hizo un curso de las matemáticas, que son el fundamento de la computación de hoy en día, la numeración en base a 1. Nos hizo un curso sobre eso para mostrarnos cómo trabajan los sistemas lógicos actuales. Bueno, con él fundamos el Instituto de Matemáticas, en nuestra escuela, donde está la actual fotocopidora, en esa caseta de madera. Ahí se fundó el Instituto de Matemáticas.

Yo llegué con unos problemas de luminotecnia desde Santiago. Se había descubierto un ingeniero luminotécnico Sr. Domínguez. Y por un proyecto que nos llegó al taller en primer año, una Iglesia (Santa Clara). Propuse un problema luminoso, un fenómeno novedoso para nosotros, luminoso, no sabíamos cómo medirlo. Hubo que llamar a Domínguez. Alberto me dijo: “Mira, se ve que la arquitectura actualmente requiere permanentemente calcular, controlar este problema luminoso. ¡Fundemos el Instituto de Luminotecnia para la universidad con este Domínguez!” Y así lo hicimos, se fundó el Instituto de Luminotecnia. Estas son las relaciones más directas con la universidad.

**EQUIPO:** *¿La catolicidad está presente en esta escuela?*

Por supuesto, todo. Esa es otra cosa también muy casual. Todo este grupo que vino era muy cristiano, de vida cristiana. Godo mismo, como buen intelectual, era un librepensador, por supuesto. Hijo de un italiano que era un anarquista profesional llegado a Argentina. Godo nació en Buenos

Aires. Es un convertido y tenía ese “fanatismo religioso” de los convertidos. Godo era diez veces más católico que nosotros, por convertido, por su mujer, porque se casó aquí en Chile y por ahí se convirtió.

**EQUIPO:** *Y Claudio Girola ¿Cómo llega?*

Claudio vino el primer año cuando hicimos una exposición aquí en el Hotel Miramar, que se llamó “Exposición del Arte Concreta” de Buenos Aires, que era un movimiento abstracto, en el cual participaba Claudio. Entonces, Claudio trajo esa exposición que montamos aquí. Ahí conoció la escuela y nos conoció a todos, en ese momento. Pero, Claudio estaba casado y vivía en Buenos Aires, con una cantante “abstracta”, dodecafónica. Era una especialista en la composición “Dallapiccola”, un compositor italiano. Entonces, ella tenía que ir con frecuencia a cantar a Europa. Todo eso no le permitía a Claudio desplazarse con facilidad. Pero cuatro años después, más o menos, se separaron y Claudio se vino a vivir con nosotros. Era sobrino directo de Godo.

**EQUIPO:** *Profesor, ¿cómo surge la idea de Ciudad Abierta de Ritoque?*

La historia es muy larga. Desde el principio, Godo –igual que nosotros– quería ir a Europa y conocer los orígenes. Él quería conocer a los poetas del movimiento moderno que quedaban vivos. Por ejemplo, uno que había trabajado cuando Huidobro estaba vivo. Por último, los rastros de ellos, pero no había podido. Primero, porque estalló la guerra y se cerraron los puertos de Europa. No pudo llegar, viajábamos por el mar en ese tiempo. Después, se casó. Estaba aquí pero no era capaz de irse con su familia.

Todos éramos gente sin fortuna personal, pero hubo un momento –que fue el año ‘57– en que encontramos una “martingala” que le permitiría a Godo llegar hasta Madrid. Esa era nuestra idea. Él quería llegar a París, porque ahí –según él– había no nacido, pero florecido, la poesía moderna. Bueno, llegó hasta Madrid.

Rápidamente hubo situaciones que lo pudieron llevar a París. Con la fuerza de él y la extraordinaria fuerza de su mujer, Ximena Amunátegui. Sin esta Ximena, no existiría esto, todo esto que les estoy contando no existiría. Desde el tiempo en que formamos nuestro grupo en Santiago fue necesaria ella, porque como éramos unos “desplataados” no podíamos ir a hablar a un bar, a un restaurant como se hace hoy fácilmente, se va a comer, se conversa.

Prohibido para nosotros todo eso. Teníamos que funcionar en casas particulares de modo que ella hiciera lo que Godo llamaba “mesa abierta”. ¿Cómo se llama en Chile? Era una mesa abierta. Ella, todas las tardes, recibía con todo agrado a quien llegara, con toda felicidad, sin ningún problema. Si no hubiera existido eso, no habría habido lugar de reunión. Los demás éramos solteros, no teníamos casa para eso, o ninguno se atrevía, o no se producía el *ámbito* que se necesita. Este viaje de Godo fue posible por ella. No la voy a describir, porque no tengo palabras para dimensionarla, pero sí fue un eje de todo nuestro caminar.

¿Cuál fue uno de los móviles que hizo posible ayudar a Godo en este viaje? La guerra se había terminado el año ‘45, estábamos a menos de 10 años y todavía el plan Marshall no estaba en ejecución, de modo que Europa estaba pobre. Por ejemplo: había muchas casonas, grandes y desocupadas. Ernesto Grassi nos decía: “Ustedes van allá, claro a Alemania no los puedo invitar porque no tienen el idioma, pero si llegan a Francia, pueden perfectamente encontrar muchas casas desocupadas, muy fáciles de arrendar. Si ustedes quisieran montar esta escuela en Europa es el momento para hacerlo –nos dijo– y les va a ir muy bien”.

Entonces, nos aviva esa tentación de una aventura, una gran aventura. Cuando se fue Godo, Pancho Méndez y yo decidimos que éramos los que estábamos quedando “libres”, porque Alberto se había casado el año ‘57 con una viñamarina y dijimos: “Vamos nosotros a París que podemos hacerlo, ahora que está Godo allá y demostraremos que somos capaces de ganarnos la vida en esta profesión –cosa que extrañamente era posible– y así envalentonamos a todos los demás para que hagamos el plan de Grassi”. ¡Y lo hicimos!

Pancho vendió una oficina que tenía en el centro de Santiago y con eso nos pagamos el buque. Era uno de esos buques que se usaba para transporte de tropas, que luego lo habían convertido en un buque barato para viajar a Europa. Se tomaba en Buenos Aires. Nos fuimos en uno de esos buques y desembarcamos en Barcelona.

Teníamos fondos para vivir tres meses. Después de eso, teníamos que sustentarnos nosotros. Esa era la jugada y así lo hicimos, demostramos que en verdad se podía vivir en París y ayudar a Godo perfectamente, con nuestra propia fuerza. Así fue esa experiencia.

Les conté todo esto para responder la pregunta por Ciudad Abierta. ¿Qué pasó? Que estando en Europa, Godo viajó a Alemania invitado por Grassi, a unos cursos de alemán y a diversas cosas. Un día encuentra a una chilena que le pregunta: “Usted, mirando desde aquí a América, ¿qué diría? ¿Cómo la ve?”

Era una ocurrencia esa pregunta. Godo se quedó meditando sobre esto, cómo él –en ese momento– debía ver América desde allá.

Se propuso ahí lo que podríamos llamar, no sé, un historiador podría llamar una teoría, una teoría sobre América. Él la llamó: “América fue un regalo”, la propiedad de un regalo, que es inesperado, no es conocido. Uno no sabe qué hacer con un regalo, porque no está previsto, no está en sus planes. Quizás, puede ser un “cacho”. ¿Qué hago con esto? No se sabe qué hacer con el regalo. Esa era la proposición de Godo para ver América.

414

Colón, por ejemplo, nunca supo que había descubierto América. Colón, descubrió un nuevo camino para llegar a las Indias, y él había llegado a otro lugar de las Indias. Hasta su último viaje, nunca descubrió que era otro lugar del mundo. Todo esto lo explica un mexicano, no recuerdo su nombre. Él se refiere al descubrimiento del cuarto continente que falta en el mundo conocido –hasta ese momento– por los geógrafos de Europa. Y ese cuarto continente era éste, que completó el mundo, que para todos sus descubridores y sus navegantes era un regalo inesperado. Y así fue que no se supo cómo recibirlo. España y todos los europeos que vinieron en viajes sucesivos después solo quisieron venir a América para explorarla. Quizás, en lo profundo, hasta hoy día se la sigue explotando. América nunca tuvo una fundación poética, como el *Rapto de Europa* por ejemplo. Aquí no hay mitología. Vista desde afuera, a América le hacía falta redescubrirla con el ojo poético, sin intereses de explotación.

Hablando en estos términos, lo que perdió América durante siglos fue la *Leyenda del dorado*, el oro. Esta leyenda no era una mitología, era verdadera, un tipo recubierto de oro, vestido de oro, existía.

Un amigo historiador del medioevo me cuenta que varios siglos después del descubrimiento de América, cambió la economía de Europa, se enriqueció Europa con el oro de América. Eso fue América, una tremenda mina que había que explotar.

¿Qué propone Godo? Un atravesar América, redescubrirla con el ojo ad-

mirativo del que va reconociendo un territorio nunca visto con esta mirada poética. Eso es lo que llamó él La Travesía, la travesía del territorio. Entonces, estudiando acá la cosa ¿Qué es lo que propuso Alberto? Que la Cruz del Sur –que es la gran constelación, que nos indica el Polo– la proyectáramos dibujándola encima de América.

Es bastante curioso que las dimensiones, todo esto es concordante con la realidad geográfica de Chile. Si tomamos Chile, con sus largos 4.000 kilómetros, lo colocamos en Brasil va del Amazonas a Porto Alegre, justo el largo de Chile. ¡Bah! Brasil tiene ese largo. De ancho, vamos de Ecuador a Bahía, atravesado: ¡Justo Chile! ¿Qué pasa al norte? De San Francisco a Nueva York ¡Justo Chile! Y del Golfo de México al Canadá ¡Justo Chile!

¿Estados Unidos? en medidas transversales es igual a Brasil. A ver. ¿Y qué pasa en el Ecuador? Si repetimos 10 veces Chile, son 40.000 kilómetros, la medida de la circunferencia en el Ecuador, que es la misma medida por los Polos. ¿Qué pasa con los polos? De Polo a Polo son 5 Chiles, por arriba de la Cordillera de los Andes. Claro, el Polo Norte no tiene territorio, pero llega la cordillera hasta “ver” el Polo. Son 20 mil kilómetros de cordillera “volados” por un planeador.

Chile “mide el mundo”. ¡Fantástico! Quizás, por eso tiene la capacidad de ser una isla de ese porte, rodeada –por un lado– con un océano que da vueltas parte de la tierra. La extensión más grande que existe es agua, se llama Pacífico. Y por el otro lado está la cordillera, que es la cordillera más alta que existe. Los cerros más altos del mundo –después del Everest– los tenemos aquí, y justamente al frente de nosotros, en esta parte. ¡Fantástico! Son las condiciones geográficas para que sea una isla.

Lo curioso es que, aunque los aviones borraron las fronteras y todo el sistema de comunicación borró las dimensiones, sigamos siendo una isla. Hay que buscar acá, lo llevamos en el corazón eso, nos gusta ser isla, creo.

Y por supuesto que el “cuento” de esta escuela está inserto en esta situación, porque la hemos medido nosotros mismos. Cuando digo “medido” geográficamente, con nuestros viajes, claro. Fíjense que Amereida, por ejemplo, el primer viaje que se propuso fue siguiendo el eje más largo de la Cruz. ¿Cuál era la idea? Partiendo de Punta Arenas, porque para partir del Cabo de Hornos tendríamos que haber tenido un buque, pero desde Punta Arenas podíamos partir sobre ruedas, que era una forma más mo-

desta para llegar al cruce de la cruz, que era Santa Cruz de la Sierra, en Bolivia. Ahí coincidió el cruce de los dos ejes de la cruz.

Yo soy aviador, he recorrido esta cordillera, conozco todas las altas cumbres de aquí. Sin motor, con las fuerzas naturales y ustedes dirán: “bueno, era una prueba para demostrar que con la ayuda de la naturaleza...” No, no era eso. A motor no podía hacerlo, significaba tener unos aviones tremendos que nunca podré tener. Un avión de club aéreo llega a media altura, pero con los “motores naturales” se sube el Aconcagua. Esa es la maravilla de la naturaleza. De modo que tenemos agarrada la naturaleza, una experiencia con la naturaleza, en la horizontal y en la vertical.

Les cito esto porque es parte de la experiencia de la arquitectura. La arquitectura, desde antaño, no es descubrimiento nuestro esto, no puedo decir desde Adán, porque no lo conocí, pero desde las primeras construcciones que hizo el ser humano fue con la medida del cuerpo, comienza la casa.

416

Ningún arquitecto hoy en día puede pensar una casa desde un terreno municipal sin pensar en la ciudad. Yo veo la calle o avenida, pasa por delante, la circulación, pero la ciudad entera tiene que estar pensada, porque sus habitantes ocupan la ciudad. Y a partir de ahí, nosotros –con esta dimensión que estamos hablando de travesía– tenemos que decir que, quizás es la única escuela que lo hizo, no sólo con la ciudad, nosotros tenemos que trabajar con la medida del país.

Varios cursos vienen llegando –en un examen estamos dando cuenta de eso– de haber hecho travesía. Unos fueron a Punta Arenas, con los marinos, en un barco que va por los canales, por los mares interiores. Otros fueron a Brasil, otros fueron por la costa para el norte. Otros fueron a la cordillera.

Nosotros tenemos un símbolo, una especie de pórtico que hicimos, con los pilares que estaban botados en la vía, de los restos del ferrocarril trasandino –otro de los crímenes que ha cometido este país, perder eso– con esos enormes postes metálicos importados. Hicimos un pórtico, donde se abre el Valle del Juncal y se sube a Portillo, en esa zona y que está todavía ahí. Se hizo para sostener un poema de Godo que cantaba la unión de los territorios. Cuánto se hablado del túnel a medio nivel que se tiene que hacer y que era una de las prioridades futuras –supongo– hacer ese túnel. Más de 15 años atrás que se está hablando de eso. Fuimos nosotros a cantar eso, que al fin íbamos a tener una unión permanente con los argentinos.



Entonces, esta escuela tiene esa dimensión territorial, una dimensión con América desde luego, pero que sabemos que viene de allá, con Europa, y hoy día, por supuesto que con el Asia. Por ejemplo, uno de nuestros profesores, que cada cierto tiempo están autorizados a hacer un viaje por el mundo, observando, estudiando, fue especialmente a China y no hizo otra cosa que recorrer China. Esa dimensión ya la tenemos, dimensión hacia el Asia. La arquitectura trabaja con esas medidas, con la medida del cuerpo frente a la medida de la naturaleza donde vivimos.

La pregunta de ustedes sería “Hoy día la Tierra está pensando en el sistema planetario”, cierto. Hablan de Marte, por ejemplo, y quieren mandar a gente a Marte. Ya están inscritas más de 250 mil personas que se han matriculado porque quieren ir a Marte. Pensamos, “estos son los candidatos al suicidio”. Quizás no, habría que hablar con ellos, no es cierto.

Estamos con otra dimensión, tenemos otra dimensión de vida. Muchos científicos hoy día están pensando lo que le queda a este planeta para que sea habitable. Y cada vez es más corto, con la polución del aire, con el consumo de la energía, etc. Cada día es más corto, el fin del mundo sobre la tierra. Entonces, se está pensando. ¿Y dónde mandamos a la humanidad? A otro planeta. Hasta ahora no se ve, pero para un científico no hay límite. No lo hemos descubierto, tenemos que descubrirlo.

**EQUIPO:** *Profesor, ¿qué es lo nuevo de este pensamiento tan propio de ustedes sobre la universidad y el quehacer de la arquitectura?*

Yo creo que nosotros no estamos diciendo nada nuevo, estamos llamando a la conciencia de cosas que existen. En la escuela, a los estudiantes les llamamos la atención sobre las dimensiones del ser humano, que tomen conciencia de nuestras dimensiones. Éstas que hemos estado hablando, son las dimensiones del ser humano de hoy en día. Aunque se le llame a uno profesor titular –esos son títulos externos, pues yo no tengo ninguna vocación real de profesor– les repito a mis alumnos que la universidad sirve para que se encuentren consigo mismos, para que se salgan del colegio –que está en otra dimensión– y se den cuenta quiénes son y cuál va a ser o quieren ellos que sea su destino.

Yo les estoy contando mi propia experiencia... Cuál debe ser su destino y cuál sería la vocación –si creen que tienen– o dónde descubrir cuál es su vocación. Por eso que en la universidad es natural decir: “No voy a seguir

aquí, voy a seguir en esta otra escuela, descubrí que en Santiago... que no aquí”, todo eso es la ocasión de hacerlo y está permitido, y en realidad en cualquier año lo hacen, un día se dan cuenta. Lo que decíamos nosotros antes, ahora lo oigo menos: “le cayó la chaucha”. “¡Pucha, no me había dado cuenta, estaba mal colocado, es acá la cosa!” Si la universidad consigue eso, ha triunfado. Digo la universidad, en general, no esta escuela. Ustedes están –primero que todo– en una universidad, y han venido a esto: a reconocerse, quiénes son y dónde están.

Yo creo que el mayor trabajo que hace esta escuela es ayudar a eso, con todas estas actividades que hemos estado hablando, ayuda a eso: a encontrar la propia dimensión del ser humano. Digo especialmente ser humano, para no estar con esa “gargantería” de hombre o mujer u hombre genérico. Entonces, siempre queda la mujer como la sombra del hombre. No, para qué nos complicamos, si vamos a ser gobernados por una mujer ¡Y felices! Mucho más felices que los argentinos, por supuesto. Ya lo hemos sido, sin ningún temor. Al contrario, hemos descubierto que, quizás, son mucho mejores gobernantes.

En ese sentido, mi deseo, sería hablarles a los estudiantes: Miren muchachos, estamos tratando de hacer conciencia de qué engranaje somos nosotros en un gran sistema que se llama el universo entero, el gran sistema humano, por ejemplo, ¿Qué engranaje somos? ¿Dónde estamos cada uno de nosotros? De esa manera, estamos pensando nuestro propio destino, dónde aprender y dónde encontrarnos con él.

Para un filósofo, conocer, saber algo, es ver, su lenguaje es ver. ¿Qué es lo que estoy haciendo? Estoy haciendo filosofía. Para hablar de la posición de los arquitectos, tengo que hablar de filosofía, de conceptos que los filósofos me han dado. Nosotros hablamos del “ver”, hay que aprender a ver. Un filósofo amigo nuestro, François Fédier –que lo conoció Godo en Francia– vino a Chile. Él fue uno de los participantes de esa primera travesía. La mayoría eran extranjeros invitados, entre argentinos como el pintor Jorge Pérez Román, y los europeos, entre ellos Fédier. Era discípulo de Heidegger, por azar, no escogido, y resulta que mi gran amigo en Europa hoy día es él, si yo voy luego a casa de él, se enoja si me voy a otro lado.

Entonces, el lenguaje conceptual que tenemos es tomado de ellos, de él. Esto que les estoy diciendo del ver... para comprender esto es necesario

darse cuenta, necesario “ver” la cosa. Esa es la fórmula que hablan los filósofos. Resulta exactamente, sin buscarla, no por casualidad o porque nos pertenece el ver. ¿Qué es lo que hace la observación? Ver, por ejemplo, cómo ahora estamos apoyados en esta mesa en los brazos, tenemos que tener el tronco apoyado nosotros. Aquí lo estamos apoyando sobre nuestros brazos. Claro, está la mesa, pero si no, pondrían las manos acá. Yo diría: “Observación de un físico”. No olvidemos que la cabeza —ella sola— pesa 5 kilos, pesa mucho.

Nuestro observar es ver. ¿Cómo se dibuja? Ver el espacio, transformarlo en una línea, es puro ver, ver como se transforma una cosa en otra, no hay otro verbo que ver. Y resulta que ver significa conocer ¡Fantástico! “Nos cayó de perilla”. Resulta que nosotros estamos pensando con las manos. Ejemplo de esto: Alberto. Todas las fotos que ustedes han visto de Alberto es Alberto con un cuadernito. ¿Cierto? Para él concentrarse, o si me escuchara aquí, estaría dibujando, escribiendo no, quizás alguna palabra, pero estaría dibujando. Está atento a lo que se hablaba, sin darse cuenta, está simbolizando de alguna manera, después dice: “Ah, claro, ya sé, aquí están hablando de esto”. Esos son sus cuadernos y se ha ido transformando el hablar en ver.

Yo estoy feliz de hablar de la escuela de Arquitectura, porque creo que aquí se han producido fenómenos muy extraordinarios, que no somos capaces de hacer la historia nosotros mismos. Habrán historiadores que lo descubrirán. Ojalá que se encuentren con los documentos para hacerlo, pero esta escuela tiene muchas cosas dentro de esta universidad. Esto no habría resultado, que nos hubiéramos juntado en Santiago.

Yo sigo yendo a Santiago, estoy haciendo unos trabajos allá, en la Católica de Chile, pero ellos tienen los ojos puestos acá.

Las escuelas del mundo, se los digo por un congreso que hubo en Creta recientemente. A ese congreso —sobre escuelas de arquitectura— fue uno de nuestros jóvenes profesores a representarnos. Todos están desesperados por saber en qué estamos. Para mí, que soy primero ingeniero, es de una claridad enorme.

En el siglo XIX, por un accidente, se separaron de repente las escuelas de arquitectura —que estaban dentro de las escuelas de ingeniería. Claro, los franceses hacían unos maravillosos cuadros, en los que está dibujado

hasta el último centímetro, una especie de alfombra persa. Los pastelones en el pavimento o las placas en el muro, todo dibujado, *horror vacui*. Y presentaban eso en un salón de exposición de cuadros. Todas las escuelas de arquitectura del mundo se hicieron de ahí copia. En Chile, igual.

La Arquitectura no puede ser un arte, porque es para. Esta casa se hizo para, para ser habitada, es como un destino, no tiene libertad. Una obra de arte es “inútil”, tiene que tener la libertad de lo que puede existir o no existir. La Arquitectura no, no tiene esa libertad.

Ahora, nosotros hicimos que ciertos edificios llegaran a ser una obra de arte, por la perfección de sus facturas, por cómo han sido hechos, con qué amor. En lenguaje nuestro sería porque muestra las “toneladas de amor” que se ha depositado para hacerla. Luego, está mucho más allá que la utilidad, lo que se invirtió en la obra, está mucho más allá que su utilidad.

420

Entonces, puede ser una obra de arte. Por ejemplo: el Partenón de Atenas. Se hicieron cientos de partenones iguales, pero cualquiera que haya andado circulando, cuando llega al Partenón de Atenas, al final de la escalinata, está ahí.

Justamente, yo lo conocí junto con Fedier. Llegamos juntos arriba. Imagínense. Nos quedamos parados, inmóviles. Los dos nos miramos. ¡Qué próximo! ¿No? Con las manos se podía tocar. Después, midiendo... no tiene medida. Esta relación del cuerpo con la obra. ¡¿Para qué decir la facturación?!

Ahí descubrí una cosa, que ningún historiador del arte lo va a decir nunca, no existe. Pero yo lo aseguro ante mi cadáver: “Es una obra pre fabricada. ¡¿Qué sabían de pre fabricación?! Los antiguos sabían cosas que nosotros no sabemos. Es una cosa evidente. En la cantera, de donde traían esas piedras, esos travertinos, estaban por allá al fondo del valle, lejísimo, sin camino, con unas carretas con unas rueditas, que deben haber sido de palo, una “carreta chancha”, que se yo, tirada por unos bueyes.

¿Qué es lo que dice cualquier tipo inteligente?: “Ustedes, me traen de allá el peso mínimo, el transporte mínimo, la pieza terminada que yo voy a colocar acá”. Luego, había una industria allá, que tenía que fabricar exactamente, matemáticamente, la cosa; y otra industria acá, de puro montaje.

Prueba histórica: ¿Quién fue el encargado de hacer el Partenón? Fidias, que era el escultor. Y tenía a Iktinos y otros –que eran arquitectos– a cargo de él. ¿Por qué Fidias? Porque Fidias era el que hacía la estatua de Atenea Parthenos, que era del porte del Partenón. Tuvieron que abrirle una ventana, arriba, para que asomara la cabeza. ¿Y cómo lo hacía? De mármol, por partes. Armaba una cantidad de partes, una prefabricación. Lo hacía en el suelo, un brazo y lo montaba allá arriba.

Luego, el que sabía montar estas cosas, en vertical, a gran altura para ellos, era el escultor. Pero era lo que estoy diciendo: Fidias recibía todas las partes de una escultura, que la armaba y se llamó Partenón.

Esa historia es tan sencilla. No está en ningún historiador del arte. Tampoco lo he encontrado en ningún crítico. Nosotros debíamos hablar de estas cosas, pero como no somos especialistas no nos creen. Esa es la tontería de las especialidades de hoy día. Mi gran ejemplo siempre ha sido el Renacimiento.

En el Renacimiento no había títulos. Piensen: tipos como Filippo Brunelleschi, uno de los grandes arquitectos del Renacimiento, de los más viejos, uno de los primeros que se inició. Lo conocemos por el Duomo de la Catedral de Santa María dei Fiori, en Florencia. Es una cosa gigantesca, tiene 40 metros de diámetro, igual que el Panteón de Roma, que es de ladrillo. Este tipo, ¿qué hizo? Fue diseñador de la construcción; fue constructor, pues armó una empresa para hacer eso; fue calculista, como un ingeniero calculista, tuvo que calcular su edificio, si no, no se hace. También fue inventor, pues inventó los cabrestantes, que son máquinas para subir los pesos. Eran unos concursos que los ganó él, y las máquinas estaban dibujadas por Leonardo. Tampoco ningún historiador cuenta eso. Por último, fue arquitecto, porque todo esto estaba dado, era una construcción que había que hacer.

Pero, cuando llega arriba, hay un hoyo de seis metros, por donde entra la luz y sobre ese hoyo él hizo una capilla. Eso es un invento de él. Como arquitecto, una capilla, que la imitaron después todas las iglesias del mundo. ¡Fantástico el tipo!

Ese es Brunelleschi, el que inventó la primera cuerda de resorte para un reloj, antes eran todas de pesa. ¿No es cierto? El que inventó el resorte enrollado fue él. Inventor de los cabrestantes, estos engranajes de madera

que dibujaba Leonardo. El inventor de haber podido hacer esa cúpula, sin el alzaprimado sobre el “castillo de madera”, de 100 metros de altura, que después es leña para poder hacer cualquier cosa. Hoy día. ¿Cómo hace una construcción de hormigón de esa especie? Haciendo este castillo. Él lo hizo sin eso, y por eso es que lo hizo.

Los encargados de eso, que eran industriales de la tela, sabían muy bien de Economía. Lo que se van a ahorrar de no hacer toda esta “palería”, que después la botan. Y eso que dijeran: “Éste tiene que ser”. Un genio, todavía no se sabe cómo lo hizo, cómo consiguió para hacer eso. Un genio, realmente un genio. Yo tengo algunas teorías al respecto, pero seguramente que si las expusiera las negaría. Tendría que hacerlas con un calculista, calcular la proposición.

Ese mundo que nosotros quisiéramos, un mundo sin títulos, son tipos enteros, hacen todas las cosas. Lo que pasa es que aquí estamos hablando de un genio, que las hace todas bien. Nosotros somos capaces de hacer una, quizás.

**EQUIPO:** *Profesor ¿quiénes quedan de los fundadores?*

El único que queda soy yo y Pancho en Santiago. Es curioso, Arturo Baeza era el más joven. Fue el primero en morir y así, sucesivamente, hasta que yo me propuse que conmigo se detenía esta situación absurda, porque lo natural era que mueran los viejos y, luego, los jóvenes, y no al revés y “conseguí que Alberto muriera antes” [...]

Aquí se quebró, así que tengo libertad para morir ahora. Era una situación absurda, es cierto lo que digo, Baeza joven, no sé qué edad tendría.

**EQUIPO:** *Parece que Arturo Baeza estaba de vacaciones, en la playa, descansando. Lo fueron a despertar y había fallecido.*

Se fue sin darse cuenta. Pepe Vial, en cambio, estuvo muy enfermo de cáncer. Pepe no duró mucho, fue muy violento. Claudio Girola igual.

Claudio tuvo una cosa muy extraña: tenía un tumor enorme que nunca se dio cuenta que lo tenía. Hasta el día de morir, que estaba seguramente muy grave, nunca se sintió mal, nunca creyó él que se iba a morir curioso. Es una situación que lo tenía insensible al cuerpo.

Son muy extrañas estas muertes. En cambio, Alberto, podríamos decir

que murió conforme a su vida. Nunca estuvo enfermo, se le cansó el cuerpo, se comenzó a quedar dormido los últimos días. No tuvo fuerzas para levantarse ni tampoco fuerzas para hablar. No se le oía, porque se habla con una gran... No nos damos cuenta, para hacer funcionar las cuerdas vocales hay que soplar fuerte como un oboe o un flautista, hay que hacer fuerza. Alberto no tenía fuerzas para soplar las cuerdas vocales, no se le oía lo que hablaba. El cuerpo se le cansó y amaneció un día, dormido. Fantástico.

**EQUIPO:** *Le queremos agradecer el tiempo que nos ha dedicado.*

No, todo lo contrario. Ustedes me han dedicado tiempo para hablar de cosas que son muy entrañables, que uno siempre está temiendo que se pierdan. En resumen, la historia de esta escuela es muy sencilla. Es de un personaje a otro, a otro, a otro. Esa es la historia: la reunión de esos personajes.

